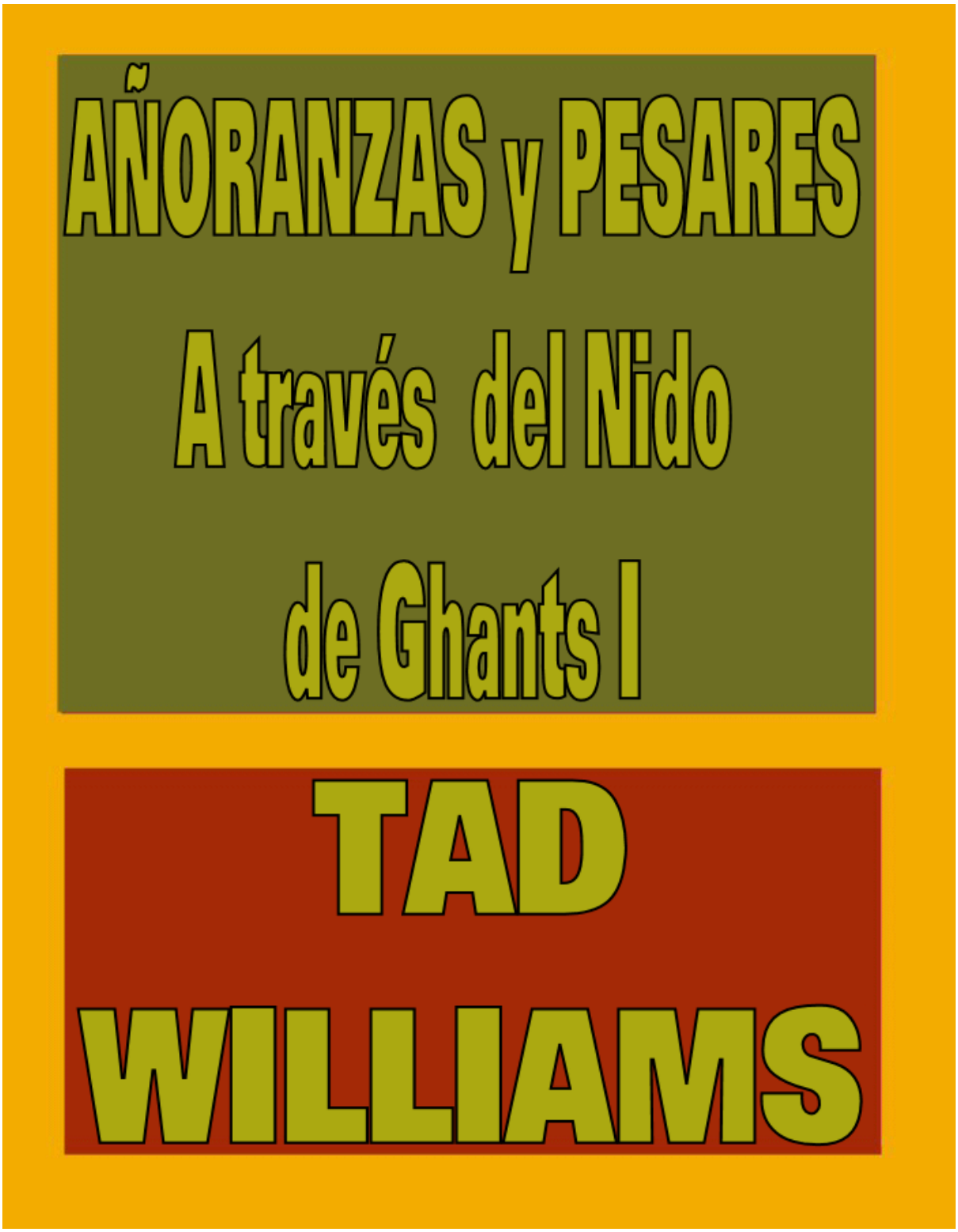


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Librodot


Montañas de los Nornos
Urmsheim
La Marca Helada
Colinas Wealdan
Alto Thrithing
Praderas Thrithing
Warinsten
Perdruin
Lago Thrithing
Alto Wran
Bajo Wran
Osten Ard

NOTA DEL AUTOR

Y la muerte no tendrá poder.
Los hombres muertos y desnudos serán
como el hombre en el viento y en la luna de occidente;
cuando sus huesos estén pulidos y ni éstos existan,
en sus codos y pies habrá estrellas.
Aunque enloquezcan, estarán cuerdos,
aunque se hundan en el mar, volverán a emerger;
aunque los amantes se pierdan, amor no desaparecerá,
y la muerte no tendrá poder...

Dylan Thomas
(de *Y la muerte no tendrá poder)*

Di la verdad, pero dila con tacto;
el éxito está en el rodeo.
Demasiado resplandeciente para nuestra debilidad
es la soberbia sorpresa de la verdad.
Suavizada cual relámpago para los niños
con amable explicación,
la verdad debe deslumbrar poco apoco,
o todo hombre quedaría ciego.

Emily Dickinson

Esta obra está dedicada a mi madre, Barbara Jean Evans, que me inculcó el deseo de buscar otros mundos y de compartir con los demás lo que en ellos encontrara.

A través del nido de ghants, *que es un pequeño mundo de angustias y de alegría, se lo dedico a Nancy Deming-Williams, con mucho, mucho cariño.*

Muchas son las personas que aportaron su ayuda a estas obras, desde las sugerencias y el apoyo moral hasta unos cruciales conocimientos de logística. Eva Cumming, Nancy Deming-Williams, Arthur Ross Evans, Andrew Harris, Paul Hudspeth, Peter Stampfel, Doug Werner, Michael Whelan, el amable equipo de DAW Books y todos mis amigos de GEnie® constituyen sólo una pequeña muestra de quienes me ayudaron a terminar La Historia Que Por Poco Acaba Conmigo.

Mi especial agradecimiento es para Mary Frey, que hizo un tremendo acopio de energía y de tiempo para leer y —a falta de una expresión mejor— analizar el monstruoso original. Fue ella quien me estimuló cuando yo de veras lo necesitaba.

Y, desde luego, las contribuciones de mis editores, Sheila Gilbert y Betsy Wollheim, son de un valor incalculable. El gran interés demostrado es... culpa suya, y aquí tienen, por fin, su bien merecido castigo.

Mis más cordiales gracias a todos los mencionados y a todos los demás amigos e incondicionales a los que, aunque no los nombre, no dejo de recordar.

Nota: Al final del libro hay un índice de personajes, un glosario de términos y una guía para la pronunciación.

Prólogo

Guthwulf, conde de Utanyeat, movía los dedos de aquí para allá sobre la gastada madera de la gran mesa de Juan *el Presbítero,* preocupado por la anormal quietud. Aparte de la ruidosa respiración del copero del rey Elías y del choque de las cucharas contra los cuencos, el espacioso salón estaba en silencio..., mucho más de lo que habría debido estarlo cuando casi una docena de personas tomaban allí su cena. El silencio le parecía doblemente opresivo al ciego Guthwulf, si bien no tenía por qué resultar tan raro: esos días sólo unos cuantos comían en la mesa del rey, y quienes acompañaban a Elías parecían cada vez más ansiosos por marcharse sin tentar a la suerte con algo tan arriesgado como una conversación de sobremesa.

Unas semanas antes, un capitán mercenario llamado Ulgart, procedente de las Praderas Thrithing, había cometido el error de bromear acerca de lo ligeras que eran las mujeres de Nabban. Tal opinión era corriente entre los hombres thrithingos, que no comprendían que una mujer se pintase la cara y llevara vestidos que permitieran enseñar lo que, a juicio de los habitantes de los carromatos, era una desvergonzada cantidad de carne desnuda. La grosera chanza de Ulgart habría pasado inadvertida en compañía de otros hombres, y, dado que eran pocas las mujeres que aún residían en Hayholt, únicamente varones se hallaban sentados a la mesa de Elías. Pero el mercenario había olvidado —o quizá ni siquiera lo sabía— que la esposa del Supremo Rey, muerta por una flecha thrithinga, era una noble nabbana. Cuando fue servido el postre, consistente en una especie de flan, la cabeza de Ulgart ya pendía del arzón delantero de la silla de montar de un guardia erkyno, camino de las puntas que coronaban la Puerta de Nearulagh, para deleite de los cuervos que las poblaban.

Hacía largo tiempo que en la mesa de Hayholt no había una charla vivaz, se dijo Guthwulf. Ahora, las comidas transcurrían en medio de un mutismo casi fúnebre, sólo interrumpido por los gruñidos de los sudorosos criados —que trataban de suplir la falta de varios compañeros desaparecidos— y, de vez en cuando, por los nerviosos cumplidos de los escasos nobles y funcionarios del castillo que no podían rehuir la invitación del rey.

De pronto, Guthwulf oyó un quedo murmullo y reconoció la voz de sir Fluiren, que le susurraba algo al soberano. El anciano caballero acababa de regresar de su Nabban natal, donde había actuado de emisario de Elías ante el duque Benigaris, por lo que ahora ocupaba el lugar de honor a la derecha del Supremo Rey. El hidalgo había explicado a Guthwulf que la conferencia sostenida aquel mismo día con el rey no se había apartado de lo acostumbrado. Sin embargo, Elías parecía preocupado. Guthwulf no podía juzgarlo por su vista, pero las décadas pasadas en su presencia le permitían poner imágenes a cada inflexión de la voz, a cada una de las extrañas observaciones del

Supremo Rey. Además, el oído, el olfato y el tacto de Guthwulf, que parecían mucho más agudos desde la pérdida del uso de sus ojos, se hacían todavía más finos en presencia de *Dolor,* la terrible espada de Elías.

Desde que el rey lo había obligado a tocar el arma, la gris hoja se había transformado para él en algo casi vivo; en algo que lo conocía y esperaba en silencio pero con temible percepción, como un animal que hubiese notado su olor. La mera presencia de la espada le ponía los pelos de punta y hacia que todos sus nervios y tendones estuvieran en suma tensión. A veces, en plena noche, cuando el conde de Utanyeat yacía insomne, creía sentir la hoja a través de los centenares de codos de piedra que separaban sus aposentos de los del rey..., un plomizo corazón cuyos latidos sólo él podía oír.

Súbitamente, Elías echó hacia atrás su sillón, y el chirrido de la madera sobre la piedra sobresaltó a todos los comensales. Guthwulf se figuró unas cucharas y copas inmovilizadas en el aire, goteando.

—¡Maldito seáis, viejo! —rugió el monarca—. ¿Me servís a mí, o a ese cachorro de Benigaris?

—Yo sólo os transmito lo que dice el duque, señor —contestó sir Fluiren con voz trémula—. Pero estoy convencido de que no quiso faltaros al respeto. Tiene problemas en sus fronteras con los clanes de los thrithingos, y los wrans se muestran recalcitrantes...

—¿Y qué me importa a mí eso?

Guthwulf casi pudo ver cómo Elías entrecerraba los ojos. No en vano había observado con frecuencia los cambios que el enojo producía en las facciones del rey. Ahora, su pálida cara estaría cetrina y ligeramente húmeda. En los últimos tiempos, Guthwulf había oído comentar a los criados, entre murmullos, que Elías adelgazaba mucho.

—¡Yo ayudé a Benigaris a conseguir el trono!. ¡Que Aedón lo maldiga! ¡Y le di un lector que no interferirá!

Dicho esto, Elías hizo una pausa. Guthwulf, solo a pesar de la compañía, oyó una fuerte aspiración de Pryrates, sentado frente a él. Como si creyera haber ido demasiado lejos, el rey se disculpó con una insegura y poco afortunada broma y reanudó una conversación más tranquila con Fluiren.

Guthwulf quedó pasmado durante unos momentos, pero luego se apresuró a levantar su cuchara y comer para disimular su repentina alarma. ¿Qué expresión debía de tener? ¿Lo miraban todos? ¿Podrían ver su traidor sonrojo? Las palabras del rey sobre el lector y la contenida expresión de espanto de Pryrates resonaban una y otra vez en su mente. Los demás supondrían, sin duda, que Elías se refería a una influencia en la elección del dócil escritor Velligis como sucesor de Ranessin, el lector anterior. Pero Guthwulf sabía que no era así. La alteración de Pryrates al temer que el rey hablara demasiado confirmaba lo ya sospechado por él: que era el propio Pryrates quien había dispuesto la muerte de Ranessin. Resultaba evidente, pues, que Elías estaba enterado, y que quizás incluso hubiese ordenado el asesinato. El soberano y su consejero habrían hecho tratos con los demonios y eran responsables de la muerte del sumo sacerdote.

En esos momentos, y no obstante hallarse sentado a la mesa en compañía bastante numerosa, Guthwulf se sentía tan solo como pudiera estarlo un hombre en la cumbre de un picacho azotado por los vientos. No resistía tal carga de decepción y miedo. Había llegado la hora de huir. Prefería ser un mendigo ciego en los peores pozos negros de Nabban que permanecer un solo instante más en ese maldito y endiablado alcázar.

Guthwulf abrió la puerta de su alcoba de un empujón y se detuvo en el umbral para dejar que el gélido aire del corredor lo purificara. Era medianoche. Aunque no hubiese oído la serie de lúgubres tañidos de la Torre del Ángel Verde, habría reconocido el intenso roce del frío contra sus mejillas y ojos, el cortante filo de la noche cuando el sol se hallaba en su más remoto refugio.

Era extraño servirse de los ojos para sentir con ellos; pero, ahora que Pryrates lo había privado de la vista, resultaban ser, precisamente, su parte más sensible y registraban cualquier cambio en el viento o el tiempo con una sutileza mayor que la de las puntas de los dedos. Sin embargo, y pese a lo útiles que aún eran sus cegados globos oculares, había algo horrible en su uso. Varias noches había despertado sudoroso y jadeante por culpa de un sueño en el que se veía a sí mismo como un informe ser reptante, de cuya cara sobresalían una especie de carnosos pedúnculos, unos ciegos bulbos que se movían como los cuernos de un caracol. En sus sueños, Guthwulf todavía veía, y el saber que aquello que miraba era él mismo lo arrancaba angustiado de sus pesadillas una y otra vez para devolverlo a la verdadera oscuridad que ahora era su hogar permanente.

El conde salió al corredor, tan sorprendido como siempre de seguir en las tinieblas cuando pasaba de una habitación a otra. Al cerrar la puerta del cuarto y, con ello, dejar de recibir el calorcillo del brasero, el frío se hizo más intenso. Guthwulf oyó el sordo ruido metálico de los centinelas armados que montaban guardia en lo alto de las murallas, al otro lado de la abierta ventana, y prestó atención a los crecientes aullidos del viento, que a su paso, y por debajo de su gemebundo canto, sofocaba el crujido de las cotas. Un perro ladró en la población que se extendía al pie del alcázar, y en alguna parte, donde el corredor daba varias vueltas, una puerta se abrió y volvió a cerrarse quedamente.

Guthwulf vaciló durante unos momentos, pero al fin se apartó unos pasos de su puerta. Si quería irse, tenía que ser ahora... Era absurdo permanecer divagando en el corredor. Debía darse prisa y aprovecharse de la hora: con todo el mundo cegado por la noche, él estaba casi en las mismas condiciones que los demás. ¿Y qué otra solución le quedaba? Se sentía incapaz de aguantar al monstruo en que el rey se había convertido. Pero era preciso irse en secreto. Aunque a Elías apenas le servía ya para nada Guthwulf, un caballero incapaz de tomar parte en una batalla, el conde de Utanyeat dudaba que su amigo de otros tiempos lo dejase marchar así como así. Que un ciego abandonara el castillo donde le daban comida y alojamiento y huyese de su viejo camarada Elías, que lo había protegido de la justa cólera de Pryrates,

olía demasiado a traición... Al menos, así lo consideraría el hombre que ocupaba el Trono de Huesos de Dragón.

Guthwulf llevaba algún tiempo reflexionando sobre el plan, e incluso había estudiado la ruta a seguir. Bajaría hasta Erchester, para pasar la noche en la abadía de San Sutrino. La catedral estaba casi desierta, y los monjes se mostraban caritativos con todos los mendigos que tuviesen suficiente valor para pasar la noche dentro de los muros de la ciudad. Luego, por la mañana, se mezclaría entre la gente que salía en dirección al Viejo Camino de la Selva, siguiendo hacia el valle de Hasu. Y desde allí... ¿adonde? Tal vez hacia las praderas, donde —según los rumores— Josua formaba un ejército rebelde. Quizá llegase a una abadía de Stanshire o buscara cualquier otro lugar donde refugiarse, al menos hasta que el inimaginable juego que Elías llevaba entre manos lo destruyera todo.

Pero ahora le convenía dejar de pensar. La oscuridad lo ocultaría de los ojos curiosos, y la luz del día lo hallaría ya a buen recaudo en San Sutrino. Había llegado el momento de partir.

Ya iba a echar a andar pasillo abajo, cuando notó a su lado una presencia ligera como una pluma... Un aliento, un suspiro, la indefinible sensación de que *allí había, alguien.* Se volvió y alargó súbitamente la mano. ¿Intentaban detenerlo?

—¿Quién...?

Mas no había nadie. O bien, si realmente había alguien cerca, esa persona permanecía en absoluto silencio, burlándose de su ceguera. Guthwulf advirtió entonces una repentina inestabilidad, como si el suelo temblara bajo sus pies. Dio otro paso y, de pronto, sintió la poderosa presencia de la espada gris, con su peculiar fuerza. Por espacio de unos segundos, el conde creyó que las paredes se habían derrumbado. Una violenta ráfaga de viento pasó a su lado, para desaparecer luego.

¿Qué locura era aquélla?

«Cegado y abatido. —Guthwulf estuvo a punto de llorar—. ¡Y con una maldición encima!»

El conde procuró endurecerse y se alejó definitivamente de la seguridad de su alcoba, pero la extraña sensación de trastorno lo acompañó mientras recorría los interminables pasillos de Hayholt. Insólitos objetos pasaron por debajo de sus palpantes dedos: delicados muebles y lisos y encerados balaustres de complicada forma, algo que no recordaba haber visto en los corredores y salones del castillo. La puerta que daba a los alojamientos otrora habitados por las camareras se movió al no estar cerrada y, aunque a Guthwulf le constaba que aquellas habitaciones se encontraban vacías —la jefa había sacado clandestinamente de Hayholt a todas las chicas a su cargo, antes de su ataque contra Pryrates—, creyó percibir un vago susurro de voces en las profundidades. El conde se estremeció, pero siguió adelante. De sobra conocía la cambiante y poco segura naturaleza del castillo en aquellos días. Ya antes de perder él la vista, era un lugar misteriosamente inestable.

Guthwulf continuó contando sus pasos. Había practicado el ca-

mino varias veces, en las últimas semanas; treinta y cinco pasos hasta la vuelta del corredor, dos docenas más hasta el rellano principal, y desde allí salió al angosto Jardín de las Enredaderas, donde soplaba un viento helado. Otro medio centenar de pasos y se halló de nuevo bajo techo, a lo largo del corredor del capellán.

La pared resultaba templada al tacto, pero de repente se hizo quemante. El conde de Utanyeat apartó la mano con un gesto de dolor y susto. Un débil grito llegó pasillo abajo.

—... *T'sí e-isi'ha as-irigú...!*

Guthwulf volvió a tocar la pared y sólo notó piedra, húmeda y fría como la noche. El viento le sacudió las ropas..., el viento o una insustancial multitud. La sensación de la presencia de la espada gris era muy intensa.

El conde corrió a lo largo de los corredores del castillo, pasando los dedos lo más ligeramente posible por la superficie de aquellas paredes espantosamente variables. Que él supiese, era el único ser vivo en esa parte de Hayholt. Los extraños sonidos y aquellos roces tenues como el humo o como las alas de una polilla sólo podían ser fantasmales imaginaciones, como se dijo, y no le impedirían seguir adelante. Sin duda se trataba de las sombras de los maléficos entrometimientos de Pryrates. Pero él no estaba dispuesto a permitir que le impidiesen la huida, ni tampoco a permanecer prisionero en tan corrupto lugar.

Guthwulf tocó la basta madera de una puerta y comprobó, con gran alegría, que no se había equivocado. Tuvo que luchar consigo mismo para contener un grito de triunfo y de inmenso alivio. ¡Había alcanzado la pequeña salida situada junto a la Puerta Mayor del sur! Al otro lado respiraría aire libre y se encontraría en los terrenos comunales que daban al bastión interior.

Pero, cuando la abrió y de un paso estuvo en el exterior, en vez de la gélida noche esperada el conde notó un aire caliente y el ardor de muchos fuegos en su piel. Y numerosas voces murmuraban, doloridas y preocupadas.

«¡Madre de Dios! ¿Se habrá incendiado todo Hayholt?»

Guthwulf retrocedió, mas ya no pudo hallar la puerta, y sus dedos arañaron unas piedras cuyo calor aumentaba por momentos. Los murmullos crecieron lentamente hasta formar un intenso zumbido de agitadas voces, suave y al mismo tiempo penetrante como el de una colmena. «¡Locura! —pensó—. ¡Mera ilusión!» No debía ceder. En consecuencia, siguió adelante, siempre contando los pasos.

Pronto, sus pies resbalaron en el barro de los prados comunales, aunque sus talones golpeaban al mismo tiempo unas lisas baldosas. El invisible castillo era objeto de terribles cambios, ora ardiente y tembloroso, ora frío y tremendamente sustancial, todo ello en medio de un absoluto silencio, ya que sus habitantes dormían sin darse cuenta de nada.

El sueño y la realidad parecían totalmente entretejidos, como si Guthwulf, en su personal negrura, estuviera envuelto por susurrantes fantasmas que confundían sus cuentas. Pero, aun así, el conde prosiguió su camino con la misma firme decisión que lo había asistido

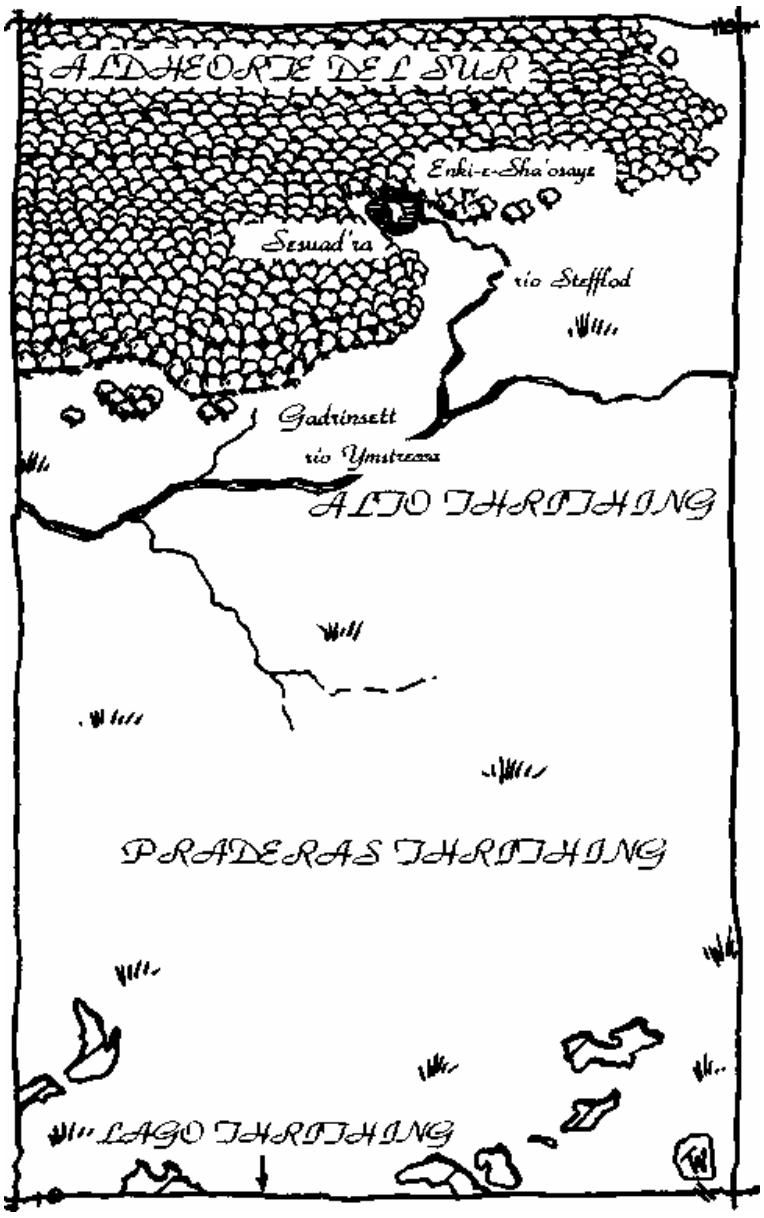
en tantas espantosas campañas como capitán al servicio de Elías. Avanzó pesadamente en dirección al bastión mediano, y al fin se detuvo a reposar unos instantes cerca —según sus titubeantes cálculos— del lugar donde otrora habían estado los aposentos del médico del castillo. Todavía se notaba el olor a madera quemada; alargó la mano y, entre sus dedos, unos restos se hicieron polvo. Guthwulf recordó distraídamente la conflagración que les había costado la vida a Morgenes y a otras personas. De repente, y como impulsadas por sus pensamientos, surgieron a su alrededor unas chisporroteantes llamas que lo envolvieron en fuego. Eso no podía ser imaginación suya. ¡Si sentía el mortal calor! Éste lo atenazaba como un aplastante puño, y era inútil que tratara de esquivarlo. El conde ahogó un grito de desesperación. ¡Estaba atrapado, atrapado! Nada lo salvaría de morir quemado.

—¡Ruakha, ruakha Asu'a!

Detrás de las llamas sonaban unas fantasmagóricas voces... Ahora, la presencia de la espada gris estaba dentro de él, dentro de todo. Guthwulf creyó percibir su música sobrenatural y, de forma más débil, el canto de sus extrañas hermanas. Tres espadas. Tres infernales hermanas, que ahora lo conocían.

Súbitamente se produjo un susurro semejante al movimiento de numerosas alas, y el conde de Utanyeat descubrió una abertura delante de él, un hueco en la pared de llamas, una puerta por la que entraba aire fresco. Como tampoco podía dirigirse a ninguna otra parte, Guthwulf se echó la capa por encima de la cabeza y salió entre tambaleos a una sala de más tranquilas y frías sombras.

La roca que espera



1

Bajo cielos extraños

Simón observó con ojos entrecerrados las estrellas que nadaban en la negra noche. Cada vez le costaba más permanecer despierto. Sus cansados ojos se volvieron hacia la constelación más brillante, un desigual círculo de luces suspendido a lo que parecía un palmo de altura sobre el resquebrajado y frágil borde de la bóveda.

¡Allá! Aquello era la Rueca, ¿no? Parecía extrañamente elíptica, como si el mismo cielo del que pendían las estrellas hubiera sido alargado hasta adquirir una forma rara; pero, de no ser la Rueca, ¿de qué otra cosa podía tratarse, a tanta altura, en el cielo de mediados de otoño? ¿Y si fuera la Liebre? Pero no: la Liebre tenía una pequeña estrella a su lado, la Cola. Además, la Liebre no era tan grande...

Un ramalazo de viento azotó el ruinoso edificio. Geloë daba el nombre de «el Observatorio» a ese lugar. En opinión de Simón, era una de sus bromas. Sólo el paso de los largos siglos había abierto la bóveda de blanca piedra a los cielos nocturnos, de manera que no podía haber sido un observatorio. Ni siquiera los misteriosos sitha serían capaces de contemplar las estrellas a través de un techo de sólida roca.

Un nuevo golpe de viento, más fuerte que el anterior, arrastró consigo una intensa nevada. Aunque aquello lo hizo temblar, Simón sintió agradecimiento, porque el frío lo había despejado un poco. No podía permitirse quedar dormido. ¡No precisamente *esta* noche!

«De modo que ya soy un hombre —pensó—. Mejor dicho, casi. Casi un hombre.»

Simón se arremangó la camisa y se miró el brazo. Probó de abultar sus músculos, pero frunció el entrecejo ante los poco satisfactorios resultados. Luego se pasó los dedos por el vello del antebrazo, palpando los puntos donde los cortes habían dejado cicatrices. Aquí, donde las ennegrecidas uñas de un hunë habían dejado sus señales; allí, donde él había resbalado y se había golpeado contra una piedra en una de las pendientes del Sikkihoq... ¿Qué significaba ser adulto? ¿Tener una serie de cicatrices? Simón supuso que también significaba aprender de las heridas, pero... ¿qué podía aprender de todo cuanto le había ocurrido durante el último año?

«No permitas que maten a tus amigos —pensó con amargura—. Esto, por una parte. No vayas a correr mundo y te veas perseguido por monstruos y hombres locos. No hagas enemigos.»

Estas eran las sabias palabras que la gente siempre estaba dispuesta a hacerle oír. Las decisiones no eran nunca tan sencillas como parecían en los sermones del padre Dreosan, según los cuales siempre

Librodot

cabía elegir entre el Camino del Mal y el Camino de Aedón. En las recientes experiencias de Simón, sin embargo, todas las opciones parecían darse entre posibilidades igualmente desagradables, con sólo una mínima referencia al bien y al mal.

El vendaval que soplaba a través de la cúpula del Observatorio se hizo más estridente. A Simón se le pusieron los pelos de punta. Pese a la belleza de las nacaradas paredes, esculpidas de modo complicado, aquel lugar no parecía darle la bienvenida. Los ángulos resultaban extraños, y las proporciones diríanse dibujadas para satisfacer una sensibilidad distinta. Al igual que otras creaciones de sus inmortales arquitectos, el Observatorio pertenecía por completo a los sitha. Un mortal nunca se hallaría totalmente a gusto en él.

Simón se levantó y comenzó a andar, inquieto. El débil eco de sus pisadas se perdía entre los aullidos del viento. Una de las cosas interesantes de aquella gran sala circular era, sin duda, que tenía el suelo de piedra, cosa que los sitha ya no parecían hacer. El joven dobló los dedos de los pies en el interior de las botas cuando, de pronto, recordó los templados y herbosos prados de Jao é-Tinukai'i. Allí había caminado descalzo, y siempre era verano. Al pensar en ello, Simón se abrazó el pecho para darse calor y consuelo.

El suelo del Observatorio estaba compuesto de baldosas exquisitamente cortadas y ajustadas, mientras que la cilíndrica pared parecía de una sola pieza, quizás incluso de la misma materia que la propia Roca del Adiós. Simón reflexionó. Los demás edificios del lugar tampoco presentaban ninguna juntura visible. Si los sitha habían abierto las casas directamente en la roca, penetrando así en las profundidades de Sesuad'ra —toda la roca parecía surcada de túneles—, ¿cómo sabían cuándo tenían que interrumpir la perforación? ¿No temían que, si hacían un agujero de más, toda la roca se hundiera? Aquello resultaba tan mágico como otras cosas de los sitha que había oído o visto, y tan incomprensible para los mortales: saber en qué momento parar.

Simón bostezó. ¡Qué noche tan larga, Jesuris Aedón! El chico miró las rodantes *y* palpitantes estrellas.

«Quisiera trepar al cielo y ver la luna.»

El muchacho cruzó el liso suelo de piedra hacia una de las largas escaleras que subían en espiral alrededor de la circunferencia de las piezas, contando los pasos. Ya lo había hecho varias veces durante la larga noche. Cuando hubo dado cien pasos, se sentó. El diamantino brillo de cierta estrella, que en su anterior paseo había sido visible a medio camino de un hueco en la deteriorada cúpula, destacaba ahora junto al borde de la brecha. No tardaría en desaparecer detrás de la restante techumbre.

Bien. Al menos había pasado algún tiempo. La noche era larga y las estrellas resultaban extrañas, pero el tiempo avanzaba, de todos modos.

Inició la subida de la escalera que tenía enfrente, sin más dificultad que un ligero mareo que, sin duda, se solucionaría con un prolongado sueño. Llegó al rellano superior, un cincho de piedra apuntalado por pilares que, en su día, había circundado todo el edificio.

Hacía mucho que estaba desmoronado en su mayor parte. Ahora llegaba sólo unas cuantas anas más allá de su unión con la escalera. La parte alta de la elevada pared exterior quedaba exactamente encima de la cabeza de Simón. Varios cuidadosos pasos lo condujeron por el rellano hasta un punto donde la brecha de la cúpula descendía hasta escasa distancia de él. El muchacho alzó el brazo en busca de buenos asideros para los dedos, y seguidamente se aupó. Pasó una de las piernas por encima del muro y la dejó colgando sobre la nada.

No obstante hallarse envuelta en unos velos de nubes sacudidos por el viento, la luna brillaba lo suficiente para hacer resplandecer las pálidas ruinas como si fuesen de marfil. Simón había encontrado una buena posición. El Observatorio era el único edificio, dentro de la muralla exterior de Sesuad'ra, que tenía la misma altura que ésta, lo que confería a la construcción el aspecto de una obra vasta y baja. Al contrario de los otros lugares abandonados por los sitha, no había allí torres sobresalientes ni altas agujas. Era como si el espíritu de los constructores de Sesuad'ra hubiera sido reprimido, o como si la edificación se hubiese efectuado con algún fin utilitario, y no sólo para lucir su arte. No podía afirmarse que los restos careciesen de atractivo: la blanca piedra poseía una delicada luminosidad muy peculiar, y los edificios situados dentro de la muralla exterior estaban dispuestos de manera desordenada pero, al mismo tiempo, con una geometría supremamente lógica. Aunque la construcción había sido realizada a una escala mucho menor de lo que había visto Simón en Da'ai Chikiza y Enki-e-Sha'osaye, la propia modestia de sus dimensiones y la uniformidad de su estilo le daban una belleza sencilla, distinta de la de aquellas otras ciudades más importantes.

Alrededor del Observatorio y también de las demás estructuras mayores, como la Casa de la Despedida y la Casa de las Aguas —nombre que les había puesto Geloë, si bien Simón ignoraba si tenían algo que ver con su propósito original—, serpenteaba un sistema de senderos y edificios menores, o sus restos, cuyas entrelazadas sinuosidades y espiras habían sido diseñadas de forma tan ingeniosa y, a la vez, tan natural como los pétalos de una flor. Gran parte de la zona estaba cubierta de enredados árboles, pero incluso éstos revelaban trazos de un orden rudimentario, dado que el verde espacio existente en medio de un círculo de oscura hierba mostraba dónde había comenzado la ancestral línea de setas.

En el centro de lo que, obviamente, había sido un día un poblado de rara y sutil hermosura, se hallaba una meseta embaldosada de modo extraño. Ahora estaba prácticamente tapada por inoportuna hierba, pero incluso a la luz de la luna se adivinaba allí algo de sus intrincados y exuberantes dibujos. Geloë llamaba a esa placeta el Jardín de Fuego. Simón, que sólo se sentía familiarizado con el sistema de viviendas de los humanos, hubiera dicho que aquello era un mercado.

Más allá del Jardín de Fuego, al otro lado de la Casa de la Despedida, se alzaba un inmóvil frente ondulado de pálidas formas cónicas: las tiendas de la compañía de Josua, ahora notablemente aumentada por los recién llegados que se habían agregado en las últimas semanas.

La verdad es que quedaba bien poco espacio, incluso en la ancha cumbre de la Roca del Adiós. Muchos de los nuevos elementos del grupo se habían instalado en el laberinto de galerías existente debajo de la pétrea piel del peñasco.

Simón contempló el parpadeo de los lejanos fuegos del campamento hasta que empezó a sentirse solo. La luna parecía muy lejana, y su cara resultaba fría e indiferente.

No supo cuánto rato había estado con la mirada fija en una vacía negrura. Primero creyó haberse dormido y vivir un sueño, pero aquella rara sensación de hallarse suspendido encerraba una realidad: una realidad alarmante. Quiso moverse, pero sus miembros parecían carentes de nervios y apartados de él. Simón tuvo la impresión de que, de todo su cuerpo, sólo conservaba los ojos. Y era como si sus pensamientos brillasen con la misma intensidad de las estrellas vistas en el cielo..., cuando el cielo y las estrellas existían; cuando, aparte de la infinita negrura, había existido algo más. El terror lo invadió.

«¡Que Jesuris me asista! ¿Habrá llegado el Rey de la Tormenta? ¿Todo será ya negro para siempre? ¡Devuélvenos la luz, Señor!»

Como si el dios hubiese contestado a su rezo, en la inmensa oscuridad empezaron a encenderse varias lucecillas. No se trataba de estrellas, como Simón había supuesto primero, sino de antorchas, de unos diminutos puntos de luz que aumentaban de tamaño tan despacio como si viniesen de muy lejos. Luego, aquella especie de nube de luciérnagas se transformó en una corriente, y la corriente en una línea que avanzaba en lenta espiral. Era una procesión: incontables antorchas subiendo por la montaña, del mismo modo que Simón había llegado a la roca, procedente de Jao é-Tinukai'i.

Ahora, el muchacho distinguió las encapuchadas figuras que formaban la columna: una silenciosa multitud que se aproximaba con ritual precisión.

«¡Estoy en el Sendero de los Sueños! —pensó Simón de súbito—. Ya dijo Amerasu que yo me hallaba más cerca de él que otras personas!»

Pero... ¿qué era lo que veía?

La fila de portadores de antorchas alcanzó un lugar plano y se extendió en forma de centelleante abanico, de modo que las luces abrazaron ambos lados de la cumbre. Aquella gente había subido a Sesuad'ra, pero a una Sesuad'ra que, incluso a la luz de las antorchas, resultaba muy diferente de la que Simón conocía. Las ruinas que lo habían rodeado ya no eran tales. Cada pilar, cada pared se alzaban en perfecto estado. ¿Era eso el pasado, la Roca del Adiós tal como había sido antaño, o una extraña versión futura, la reconstrucción que tendría efecto algún día? ¿Quizá cuando el Rey de la Tormenta hubiese subyugado todo Osten Ard?

La nutrida compañía avanzó hasta una explanada que Simón reconoció como el Jardín de Fuego. Allí, las encapuchadas figuras depositaron sus antorchas en unos huecos que había entre las baldosas, o bien encima de unos pedestales de piedra, de manera que de pronto floreció un verdadero jardín de fuego, un campo de fluctuantes y ondulantes luces. Acariciadas por el viento, las llamas danzaban, y las

chispas parecían superar en número a las mismas estrellas.

Inesperadamente, Simón se vio arrastrado por aquella muchedumbre, camino de la Casa de la Despedida. Podría decirse que cayó a través de la refulgente noche, atravesando rápidamente las paredes de piedra hasta llegar a la iluminada sala como si su cuerpo fuera inmaterial. No percibía más sonido que un continuo rumor en sus oídos. Vistas de cerca, las imágenes que tenía delante parecían cambiar y difuminarse en sus bordes, como si el mundo hubiera sufrido un ligero retorcimiento que le hiciese perder su forma natural. Simón intentó cerrar los ojos, desconcertado, pero comprobó que su yo soñante era incapaz de excluir esas visiones: tenía que limitarse a mirar, como un fantasma indefenso.

Muchas figuras se hallaban de pie junto a la gran mesa. Unas esferas de frío fuego habían sido colocadas en hornacinas, en cada pared, y su resplandor azul, anaranjado y amarillo arrojaba largas sombras a través de las trabajadas paredes. Pero aún más impresionantes y profundas sombras proyectaba lo que había encima de la mesa: una construcción de esferas concéntricas, semejante al gran astrolabio que Simón había pulido con frecuencia para el doctor Morgenes. Pero, en vez de ser de cobre y roble, este ingenio estaba hecho en su totalidad de líneas de una luz que ardía sin llama, como si alguien hubiera pintado las caprichosas formas en el aire, con fuego líquido. Las figuras que se movían a su alrededor resultaban nebulosas, pero, aun así, Simón no dudó que eran sitha. Imposible confundir sus posturas, que recordaban las de los pájaros, y su suave gracia.

Una mujer sitha, de túnica celeste, se inclinó hacia la mesa y, con gran habilidad, trazó con un dedo llameante sus propias adiciones al reluciente artilugio. Sus cabellos eran más negros que las sombras, más negros todavía que el cielo que cubría Sesuad'ra: una gran nube de oscuridad que enmarcaba la cabeza y los hombros. De momento, Simón pensó que podría ser una Amerasu rejuvenecida, pero, aunque mucho en ella le recordaba a la Primera Abuela, en otros aspectos era distinta.

A su lado había un hombre de barba blanca y ondulante vestimenta gránate. De su frente sobresalían unas formas semejantes a pálidas antenas, y eso hizo sentir incómodo a Simón, porque ya había visto algo parecido en otros y más angustiosos sueños. El individuo barbudo le dijo algo a la mujer, que se volvió y añadió a sus dibujos un nuevo remolino de fuego.

Aunque Simón no podía distinguir bien el rostro de la morena mujer, sí resultaba evidente la identidad de quien se encontraba frente a ella. Escondía su cara detrás de una máscara de plata, y llevaba el resto del cuerpo envuelto en ropas de un blanco de hielo. Como si quisiera dar una respuesta a la mujer de los cabellos negros, la reina de las nornas levantó el brazo y arrojó un cordón de mortecino fuego a través del ingenio, y a continuación volvió a agitar la mano para cubrir el globo más alejado con una red de luz escarlata, que humeaba delicadamente. Junto a ella, un hombre controlaba con tranquilidad cada uno de sus movimientos. Era alto, parecía de constitución fuerte y lucía una armadura completa, llena de pinchos y negra como la

obsidiana. No llevaba máscara de plata ni de otro material, más, aun así, Simón apenas logró distinguir sus facciones.

¿Qué diantre hacían? ¿Acaso se trataba del Pacto de Separación, del que Simón ya había oído hablar? Porque, desde luego, allí en la Roca estaban reunidos sitha y nornas.

Las borrosas figuras se pusieron a hablar con más animación. Entrelazadas y cruzadas líneas de llamas fueron lanzadas al aire, alrededor de las esferas, donde quedaron colgadas de la nada, brillantes como el paso casi invisible de una flecha encendida. Las palabras parecieron adquirir un tono más duro: muchos de los observadores que habían permanecido en las sombras avanzaron hacia la mesa gesticulando con más enojo del que Simón hubiese visto jamás en los inmortales conocidos, para rodear a los cuatro personajes principales. No obstante, el muchacho sólo pudo oír un sordo rugido como el del viento o de unas aguas embravecidas. Los globos de llamas situados en el centro de la disputa ardieron con nueva fuerza, ondeando como una hoguera lamida por el viento.

Simón hubiera querido poder moverse para ver mejor lo que allí sucedía. ¿Presenciaba el pasado? ¿Habría brotado de la encantada piedra? ¿O era sólo un sueño, una imaginación producida por la larga noche en vela y, quizá, por los cantos escuchados en Jao é-Tinukai'i? Algo le decía, en su interior, que no eran ilusiones suyas. Todo se veía tan real, que le pareció poder alargar el brazo..., alargar el brazo... *y tocarlo...*

El sonido empezó a reducirse. La luz de las antorchas y esferas palideció...

Simón volvió a la realidad entre escalofríos. Se hallaba sentado en la desmoronadiza pared del Observatorio, peligrosamente cerca del borde. Los sitha ya no estaban. En el Jardín de Fuego no había antorchas, y en la cumbre de Sesuad'ra no se veían más seres vivientes que un par de centinelas acurrucados cerca del fuego, al lado de aquella ciudad formada por tiendas de campaña. Simón permaneció un rato más en lo alto de la pared, con la mirada fija en las lejanas llamas mientras intentaba comprender lo que había visto. ¿Tenía algún significado? ¿O era simplemente un resto sin importancia alguna, un nombre garrapateado en una pared por cualquier caminante y que seguía allí cuando hacía ya tiempo que la persona había dejado de existir?

Simón descendió con cuidado del tejado del Observatorio y volvió a su manta. Le dolía la cabeza de tanto pensar en la misteriosa visión. A medida que transcurrían las horas le costaba más reflexionar sobre ello.

Después de ceñirse más la capa —porque la túnica que llevaba debajo no abrigaba mucho—, bebió un largo trago de su odre. El agua, procedente de uno de los manantiales de Sesuad'ra, era dulce y buena, aunque sus dientes notaron el frío. Tomó otro sorbo, saboreando el gustillo a hierba y flores silvestres, y golpeó ligeramente con los dedos las baldosas del suelo. Sueños o no sueños, se suponía que debía reflexionar sobre lo que le había explicado Deornoth. Al principio de la

noche lo había repetido todo tanto en su mente que, al fin, le parecía una tontería. Pero ahora, cuando de nuevo procuró concentrarse, encontró que la letanía enseñada con tanta paciencia por Deornoth no quedaría registrada en su memoria, porque las palabras se le escurrían como peces en un estanque poco profundo. Sus recuerdos vagaron en otras direcciones, y ante sus ojos pasaron todos los extraños sucesos que le habían tocado vivir desde su huida de Hayholt.

¡Qué temporada! ¡Y cuántas cosas había visto! Simón no creía poder considerarlo una aventura, porque eso sonaba más a una de esas cosas que acaban felizmente, y él dudaba que el final de su historia fuese satisfactorio. Había habido suficientes muertes para que la palabra «felizmente» sonara a una cruel burla, pero, aun así, se trataba de una experiencia que superaba en mucho los más audaces sueños de un pinche de cocina. Simón *Cabezahueca* había tropezado con criaturas de leyenda, participado en batallas e incluso matado a personas. Desde luego, todo eso había resultado mucho menos fácil de lo que él se imaginaba tiempo atrás, cuando ya se veía como un potencial capitán de los ejércitos del rey. La verdad era que todo había sido muy, muy desconcertante.

Simón había sido perseguido por demonios, estaba considerado un enemigo de los brujos, había llegado a intimar con miembros de la nobleza —que no parecían mucho mejores ni peores que el personal de las cocinas y despensas— y, además había residido en la ciudad de los inmortales sitha, aunque como un huésped un poco reluctante. Aparte de la seguridad y de un lecho caliente, lo único que su enorme aventura parecía no querer ofrecerle eran muchachas bonitas. Había conocido a una princesa, sí, que por cierto ya le había gustado cuando la suponía una chica sencilla, pero hacía largo tiempo que no la veía, y sólo Aedón sabría dónde estaba. Desde entonces, de poca compañía femenina había disfrutado, como no fuera la de Aditu, hermana de Jiriki, pero esa joven quedaba bastante fuera del alcance del torpe entendimiento de Simón. Aditu era como un leopardo: fascinante pero, a la vez, aterradora. El muchacho ansiaba encontrar a alguien más semejante a él, pero más gentil, claro. Simón se frotó la descuidada barba y, después, se llevó una mano a la prominente nariz. La chica con que soñaba tenía que ser mucho más guapa que él. Pero lo cierto era que estaba harto de la soledad. Necesitaba hablar con alguien, con una persona que sintiera interés por él, que lo comprendiese como ni siquiera su buen amigo el gnomo Binabik podía hacerlo. Alguien que compartiese sus pensamientos...

«Alguien que entienda lo del dragón», se dijo de súbito.

Un escalofrío le recorrió la espalda, y no era precisamente el viento lo que se lo había producido. Una cosa era tener una visión de los antiguos sitha, por muy impresionante que fuese. Mucha gente tenía visiones. En la Plaza de la Batalla de la ciudad de Erchester, unos locos se gritaban unos a otros, a ver quién ganaba a los demás en fantasía, y Simón sospechó que, en Sesuad'ra, tales cosas debían de ser todavía más frecuentes. Pero él se había enfrentado a un *dragón,* que significaba mucho más de lo que cualquier otro pudiera decir. Se había

visto delante de *Igjarjuk,* el dragón de hielo, sin echarse atrás. Había blandido su espada —mejor dicho, *una* espada, porque era más que presuntuoso llamar suya a *Espina*—, y el dragón había caído al momento. Realmente parecía maravilloso. Era algo que nadie más que Juan *el Presbítero* había conseguido, y a Juan se lo consideraba el más grande de los hombres, el Supremo Rey.

«Desde luego, Juan mató a su dragón, pero yo no creo que *Igjarjuk* muriera. Cuanto más pienso en ello, más seguro estoy. No puedo imaginarme que su sangre me hiciera sentir de tal manera, si el dragón hubiese muerto. Y no me veo suficientemente fuerte para matarlo, ni siquiera con una espada como *Espina.»*

Lo extraño era que, pese a que Simón había contado exactamente a todo el mundo lo ocurrido en Urmsheim y lo que él opinaba de ello, entre quienes ahora habían convertido la Roca del Adiós en su hogar aún había algunos que lo llamaban «Matador de Dragones» y lo saludaban sonrientes a su paso. Y, aunque él había intentado que olvidaran ese nombre, la gente parecía tomar su reticencia por modestia. Incluso había oído cómo uno de los nuevos colonos procedentes de Gadrinsett explicaba la historia a sus hijos, en una versión que contenía una vivida descripción de la forma en que la cabeza del dragón se había desprendido del cuerpo, al recibir el tremendo golpe de Simón. No tardaría en llegar el día en que poco importara la verdad de lo sucedido. La gente que lo apreciaba —o, mejor dicho, disfrutaba con la historia— acabaría por afirmar que él había matado al gigantesco dragón de hielo con una sola mano. Por otro lado, quienes no le hacían caso asegurarían que todo era mentira.

La idea de cómo algunos hacían correr falsas historias acerca de su vida enojaba mucho a Simón. Porque eso, según y cómo, degradaba todo el asunto. Su enojo iba dirigido, no tanto a quienes negaban la veracidad de la hazaña —ya que nunca podrían hacer olvidar aquel momento de imponente silencio y quietud en la cumbre de Urmsheim—, sino a los otros, los exageradores y simplificadores. Los que referían la aventura como una gesta de valentía no demasiado inquietante, de un imaginario Simón que simplemente atacaba a los dragones porque podía, o porque los dragones eran malos, manchaban con sus sucios dedos la parte más limpia de su alma. Encerraba el hecho algo mucho más profundo, algo que le había sido revelado a través de los ojos de la bestia, pálidos y carentes de toda emoción, en su propio y confuso heroísmo y en aquel momento de verse bañado por la negra sangre, por la sangre que le había mostrado el mundo..., el mundo...

Simón se enderezó. Había vuelto a echar una cabezada. ¡Cielos, qué enemigo tan traidor era el sueño! No podía uno enfrentarse a él y luchar... No; el sueño aguardaba a que uno mirase en otra dirección, para presentarse de súbito. Pero él había dado su palabra y, ahora que iba a ser un hombre, su palabra tenía que ser un compromiso solemne. En consecuencia, permanecería despierto. Era ésta una noche especial.

Los ejércitos del sueño lo forzaron a adoptar unas medidas drásticas cuando llegó la madrugada, pero no consiguieron derrotarlo.

Cuando Jeremías entró en el Observatorio con una vela, todo su cuerpo tenso ante la importancia de su misión, fue para descubrir a Simón sentado con las piernas cruzadas en un charco de agua que se helaba rápidamente. Los mojados cabellos rojos le caían sobre los ojos, y el mechón blanco destacaba como un carámbano entre el resto de su pelo. El alargado rostro de Simón parecía iluminado por el triunfo.

—Vertí sobre mi cabeza toda el agua del odre —dijo con orgullo, aunque los dientes le castañeteaban con tanta fuerza que Jeremías tuvo que pedirle que repitiera la frase—. ¡Que me eché agua sobre la cabeza! Para aguantar despierto. ¿Qué haces tú aquí?

—Es la hora —contestó el otro—. Falta poco para el amanecer. Ha llegado el momento de que salgas de aquí.

—¡Ah…! —exclamó Simón, al mismo tiempo que se ponía de pie con cierta inseguridad—. Permanecí despierto, Jeremías. No dormí en toda la noche.

—Bien —aprobó Jeremías con una sonrisa moderada—. Esto está bien. Pero ahora ven. Strangyeard tiene un buen fuego.

Simón, que estaba más débil y helado de lo que había esperado, rodeó con un brazo los delgados hombros del compañero, en busca de apoyo. Jeremías había enflaquecido tanto que a Simón le costaba recordar cómo era antes: un seboso aprendiz de cerero, de triple barbilla, siempre sudoroso y jadeante. Pero por la absorta expresión que de vez en cuando asomaba a sus ojos, ahora medio en la sombra, Jeremías tenía el aspecto de lo que en realidad era ahora: un apuesto y joven escudero.

—¿Un fuego? —balbució Simón, que por fin había comprendido las palabras del amigo, aunque todavía estaba un poco mareado—. ¿Un buen fuego, dices? ¿Y también hay comida?

—Una gran fogata —afirmó Jeremías en tono solemne—. Es algo que aprendí… allá abajo en la herrería. ¡Cómo encender un buen fuego!

El muchacho meneó la cabeza despacio, perdido en sus recuerdos, y luego alzó la vista, de cara a Simón. Una leve sombra pareció aletear detrás de su mirada, como una liebre perseguida en las praderas, antes de que la cautelosa sonrisa volviera a su rostro.

—Respecto de la comida, pues… no la hay. De momento, todavía no, y tú lo sabes. Pero no te preocupes, tragón. Probablemente, al anochecer conseguirás un trozo de pan o algo por el estilo —agregó Jeremías.

—¡Canalla! —exclamó Simón, riendo, y expresamente se apoyó de modo tan pesado en el escudero, que éste se tambaleó.

Sólo después de muchos reniegos y mutuos insultos consiguieron mantener el equilibrio para no caer contra las gélidas losas. Juntos salieron al fin por la puerta del Observatorio al pálido resplandor violáceo del alba. La luz procedente del este empezaba a extenderse sobre toda la cumbre de la Roca del Adiós, pero no se oía el canto de un solo pájaro.

Jeremías había cumplido su palabra. La fogata que ardía en la cámara del padre Strangyeard, cuyo techo era de lona, proporcionaba

un calor maravilloso, que era justamente lo que Simón necesitaba, dado que se había quitado la ropa *y* estaba metido en una tina de madera. Cuando el chico paseó la mirada por las paredes de blanca piedra, decoradas con enredaderas y diminutas flores grabadas, la luz del fuego onduló la trabajada superficie de forma que todo pareció moverse bajo unas poco profundas aguas rosa y anaranjadas.

El padre Strangyeard alzó un nuevo cazo de agua y bañó la cabeza y los hombros de Simón. Al contrario que la ducha que se había impuesto a sí mismo antes, esta agua había sido calentada, y, cuando resbaló por su helada piel, Simón tuvo la sensación de que parecía más sangre que agua.

—«Que..., que esta agua arrastre consigo el pecado y la duda...» Strangyeard hizo una pausa para palparse el parche que cubría uno de sus ojos, entrecerrado y lleno de arrugas el otro, mientras se esforzaba en recordar el siguiente pasaje de la oración. A Simón le constaba que era nerviosismo y no falta de memoria, ya que el sacerdote había pasado la mayor parte del día anterior leyendo y releyendo la breve ceremonia.

—«Haz..., haz que el hombre así lavado y confesado no tema estar delante de Mí, de modo que Yo pueda mirar el espejo de su alma y ver reflejados en él la honestidad de su ser, la sinceridad de su juramento..., la sinceridad de..., de su juramento...» ¡Oh...!

El sacerdote volvió a entrecerrar su ojo sano, desesperado.

Simón dejó que el calor del fuego le azotase el cuerpo. Se sentía como si no tuviera huesos, atontado, pero tampoco era una impresión desagradable. Había temido estar intranquilo e incluso aterrorizado, pero la noche en vela había consumido sus miedos.

Strangyeard se pasó una mano, distraído, por los pocos mechones de pelo que le quedaban, recordó por fin el resto de la ceremonia y la terminó a toda prisa, como si temiera que la memoria le fallase de nuevo. Una vez finalizado el rito, el sacerdote ayudó a Jeremías a secar a Simón con suaves telas, y después le devolvió su túnica blanca, esta vez con un grueso cinturón de cuero. Cuando Simón se calzaba las zapatillas, una pequeña figura apareció en la puerta.

—¿Está a punto? —preguntó Binabik.

El gnomo hablaba con gran calma y seriedad; como siempre, lleno de respeto hacia los ritos de cualquiera.

Simón lo miró y experimentó de súbito un enorme cariño hacia el hombrecillo. Era un verdadero amigo, el que había estado a su lado en todas las adversidades.

—Sí, Binabik. Estoy a punto.

El gnomo lo condujo al exterior, seguidos ambos por Strangyeard y Jeremías. El cielo era más gris que azul y aparecía salpicado de jirones de nubes. Toda la procesión se adaptó al paso distraído de Simón al avanzar bajo la luz matutina.

El sendero hacia la tienda de Josua estaba bordeado de espectadores, quizá diez veintenas en total. En su mayoría eran thrithingos del clan de Hotvig y nuevos colonos llegados de Gadrinsett. Simón reconoció algunos rostros, pero sabía que los más familiares lo

aguardaban junto a Josua. Varios niños lo saludaron agitando la mano. Sus padres les dieron sendos zarandeos, riñéndolos en voz baja por temer que la espontaneidad de los pequeños alterase la solemnidad del acontecimiento, pero Simón sonrió y les devolvió el saludo. El frío aire de la mañana era un alivio para su cara. De nuevo experimentaba un cierto mareo, de manera que tuvo que contener el impulso de soltar una carcajada. ¿Quién habría imaginado que iba a suceder algo semejante? Simón miró a Jeremías, pero el rostro del muchacho era impenetrable. El joven escudero caminaba con la mirada baja, ya fuese por estar meditabundo o por timidez.

Alcanzado el espacio abierto que había delante de la tienda de Josua, Jeremías y Strangyeard retrocedieron un poco hasta situarse con los demás en un desigual semicírculo. Sludig, que llevaba recién recortada y trenzada la rubia barba, le sonrió a Simón como un orgulloso padre. El moreno Deornoth estaba a su lado, vestido con sus mejores galas de caballero y acompañado por el arpista Sangfugol y, asimismo, por Isorn, hijo del duque. Tampoco podía faltar el viejo Towser, envuelto en una pesada capa, que parecía murmurarle calladas quejas al joven rimmerio. Más cerca de la entrada de la tienda permanecía la duquesa Gutrun y la joven Leleth. Junto a ellas, Simón vio a Geloë. La postura adoptada por Geloë, la mujer de la selva, era la de un viejo soldado obligado a someterse a una innecesaria revista, pero, cuando sus amarillos ojos se cruzaron con los de Simón, hizo un breve gesto afirmativo, como si reconociese que la tarea había sido cumplida.

En el otro extremo del semicírculo destacaba Hotvig y sus compañeros guardias, con sus lanzas como un bosquecillo de delgados árboles. La blanca luz de la mañana se filtraba a través de las espesas nubes, haciendo relucir débilmente los brazaletes y las puntas de las lanzas de esos hombres. Simón procuró no pensar en otros, como Haestan y Morgenes, que ya no podían hallarse presentes...

Enmarcada en la abertura que formaban esos dos grupos se veía una tienda a listas grises, rojas y blancas. Delante se encontraba el príncipe Josua, con la envainada espada *Naidel* colgada del cinto y una fina corona de plata ciñéndole la frente. Lo acompañaba Vorzheva, suelta la oscura y abundante melena, que le caía exuberante sobre los hombros y se movía agitada por el viento.

—¿Quién se presenta ante mí? —preguntó Josua con voz lenta y mesurada, y, como si deseara desmentir la severidad de su tono, dirigió a Simón un asomo de sonrisa.

Binabik pronunció las palabras cuidadosamente.

—Uno que quisiera ser armado caballero, príncipe, siervo vuestro y de Dios. Es Seomán, hijo de Eahlferend y Susanna.

—¿Quién habla en su favor y jura que eso es cierto?

—Soy Binbiniqegabenik, de Yiqanuc, y juro que lo dicho es cierto —declaró Binabik con una reverencia.

Su cortés gesto produjo una oleada de regocijo entre la muchedumbre.

—¿Y mantuvo su vigilia, y se confesó?

—¡Sí! —se apresuró a intervenir Strangyeard en un tono agudo—. ¡Lo hizo, sí!

Josua contuvo una nueva sonrisa.

—En tal caso, dejad que Seomán se adelante.

Cuando Binabik apoyó brevemente su pequeña mano en el brazo de Simón, éste dio unos pasos en dirección al príncipe y, luego, hincó una rodilla en la espesa y ondeante hierba. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Josua aguardó un momento antes de hablar.

—Me prestasteis grandes servicios, Seomán. En una época de graves peligros arriesgasteis la vida por mi causa y volvisteis con un extraordinario premio. Ahora, ante los ojos de Dios y de vuestros compañeros, me dispongo a alzaros y concederos un título y honores superiores a los que reciben otros hombres, pero a la vez deposito en vuestros hombros una carga superior a la que esos otros hombres tienen que soportar. ¿Juráis aceptarlo todo?

Simón tomó aire, para que su voz sonara segura, pero también con el fin de recordar las palabras que Deornoth tanto le había inculcado.

—«Quiero servir a Jesuris Aedón y a mi señor. Levantaré a los caídos y defenderé a los inocentes. Nunca apartaré mis ojos del deber. Prometo defender de los enemigos morales y materiales los dominios de mi príncipe. Juro esto por mi nombre y honor, con Elysia, la santa madre de Aedón, como testigo.»

Josua se acercó a él y apoyó la mano sana en la cabeza de Simón.

—Os nombro mi hombre, pues, y os impongo los deberes de la caballería, Seomán —declaró, y seguidamente llamó al escudero.

Jeremías dio unos pasos adelante.

—Aquí me tenéis, príncipe Josua —dijo con voz temblorosa.

—Trae su espada.

Después de una breve confusión —la empuñadura del arma se había enganchado en la manga del padre Strangyeard—, Jeremías fue hasta ellos con la espada en su labrada vaina. Era una hoja erkyna bien pulida, pero vulgar por lo demás. A Simón le disgustó, por espacio de unos instantes, que esa espada no fuese *Espina,* pero enseguida se riñó a sí mismo por tamaña presunción. ¿Nunca iba a darse por satisfecho? Además... ¡qué bochorno, si *Espina* no se sometía a los ritos y demostraba ser pesada como una piedra de molino! En tal caso, él habría hecho el ridículo. De repente, la mano que Josua había posado en su cabeza le pareció tan plúmbea como la famosa espada negra. Simón bajó la vista para que nadie se fijara en su sonrojo.

Cuando Jeremías le hubo ceñido la espada a Simón, el nuevo caballero desenvainó la hoja, besó su empuñadura e hizo la señal del Árbol antes de depositar el arma en el suelo, delante de los pies de Josua.

—¡A vuestro servicio, señor!

El príncipe retiró la mano, sacó a *Naidel* de su vaina y tocó con ella los hombros de Simón. Primero el derecho, después el izquierdo y, finalmente, de nuevo el derecho.

—Ante los ojos de Dios y de vuestros compañeros, ¡levantaos, sir

Seomán!

Simón se alzó tambaleante. Ya estaba. Era todo un caballero. Su mente parecía tan nublada como el amenazador cielo. Al cabo de un largo y silencioso minuto, estallaron los vítores.

Horas después de la ceremonia, Simón despertó sobresaltado de una pesadilla de asfixiante oscuridad para encontrarse medio estrangulado por un nudo de mantas. Un débil sol invernal iluminaba la rayada tienda de Josua, y unas tiras de luz roja surcaban, como si fuesen pintadas, el brazo de Simón. El joven se cercioró de que realmente era de día. Había dormido, pues, y todo no había sido más que un horrible sueño...

Se incorporó gruñendo para deshacerse de todo aquel lío de ropa de cama. Las paredes de lona de la tienda palpitaban bajo el azote del viento. ¿Habría gritado? Esperaba que no fuese así. Resultaría humillante despertar entre voces la misma tarde de haber sido investido caballero en premio a su valor.

—Simón... —dijo alguien, y una pequeña sombra apareció en la pared más próxima a la puerta—. ¿Estás despierto?

—Sí, Binabik —contestó Simón, y alargó la mano para coger su camisa al mismo tiempo que el hombrecillo se agachaba para entrar.

—¿Descansaste bien? No es fácil permanecer despierto la noche entera y, a veces, luego cuesta conciliar el sueño.

—Dormí —respondió Simón con un encogimiento de hombros—, pero tuve un sueño extraño.

El gnomo arqueó una ceja.

—¿Lo recuerdas?

Simón trató de hacer memoria.

—No del todo. Se me ha ido de la cabeza. Era algo relativo a un rey, y creo que vi flores mustias... Olía a tierra...

Simón meneó la cabeza. Había olvidado el resto.

—No importa.

Binabik recorrió la tienda del príncipe en busca de la capa del amigo. Cuando por fin la halló, se la arrojó al recién armado caballero, que en aquel momento se ponía los pantalones.

—Con frecuencia, tus sueños te trastornan —agregó—, y raramente te sirven para aumentar tus conocimientos. Lo mejor será que no te esfuerces en recordarlos.

Simón se sintió un poco desairado.

—¿Conocimientos? ¿Qué quieres decir? Amerasu afirmó que mis sueños significaban algo. ¡También tú y Geloë lo creíais!

Binabik suspiró.

—Sólo quise decir que no tenemos mucha suerte en su interpretación. En consecuencia, me parece mejor que, al menos por el momento, no te inquietes por eso. ¡Debieras disfrutar tu gran día!

La seriedad del gnomo fue suficiente para que Simón se avergonzara de su pasajero mal humor.

—¡Tienes razón, Binabik! —declaró a la par que se ceñía el talabarte, cuyo desacostumbrado peso era una novedad más en aquel día

de milagros—. Hoy no quiero pensar en nada..., ¡en nada malo!

Binabik le dio una cordial palmada.

—¡Ahora habla mi compañero de tantas aventuras! Salgamos. Aparte de cederte su tienda para que durmieses cómodo, Josua se ha encargado de que te aguarde una buena comida y, además, goces de otros placeres.

Simón y sus compañeros penetraron con los últimos rezagados por la raída puerta de la Casa de la Despedida, en cuyo interior esparcían su cálida luz las antorchas. La vasta pieza estaba llena de gente sentada sobre capas y mantas extendidas en el suelo, del que habían sido eliminados los siglos de musgo y hierba. Por doquier ardían pequeños fuegos destinados a la preparación de comidas. En aquellos días no abundaban las excusas para celebrar algo, y los exiliados de muchos lugares y países que ahora se encontraban allí parecían decididos a pasarlo bien. Simón fue invitado a detenerse ante diversos fuegos para compartir una bebida de felicitación, de modo que tardó bastante rato hasta llegar por fin a la mesa principal, una maciza losa de piedra decorada que formaba parte de la primitiva sala sitha y donde lo esperaban el príncipe y el resto de su compañía.

—¡Bienvenido, sir Seomán! —exclamó Josua, conduciendo a Simón al asiento que quedaba a su izquierda—. Nuestros colonos de Nueva Gadrinsett no han ahorrado esfuerzos para hacer de este acontecimiento una gran fiesta. Hay conejo y perdiz, y creo que también pollo, además de ricas truchas plateadas del Stefflod. Comed a gusto, muchacho —agregó en voz más queda, inclinado hacia el joven caballero. A pesar de las semanas de paz disfrutadas últimamente, Simón encontró que el príncipe parecía demacrado—. Pronto empeorará el tiempo y, como los osos, tendremos que vivir de la grasa almacenada.

—¿Nueva Gadrinsett? —preguntó Simón.

—En Sesuad'ra sólo estamos de visita —intervino Geloë—. El príncipe tiene razón al considerar que sería presuntuoso dar a nuestro poblado el nombre de tan sagrado lugar.

—Y dado que Gadrinsett es el punto de origen de muchos de nuestros residentes, y el nombre es adecuado, ya que en lengua erkyna significa «lugar de reunión», así he bautizado nuestra pequeña ciudad de tiendas —declaró Josua, alzando su copa de metal batido—. ¡Nueva Gadrinsett!

Todo el mundo se unió a su brindis.

Los escasos recursos que ofrecían los valles y las selvas habían sido bien aprovechados. Simón comió con un entusiasmo que rayaba en el frenesí. Había estado en ayunas desde el anterior mediodía, y durante gran parte de la noche en vela se había distraído pensando instintivamente en manjares. Al final, el agotamiento le había hecho olvidar el hambre, que ahora volvía con gran intensidad.

Jeremías permanecía detrás de él y se encargaba de llenar nuevamente la copa de vino aguado cada vez que Simón la vaciaba. Al recién armado caballero no le hacía demasiada gracia que su antiguo compañero de Hayholt le sirviera, pero Jeremías insistía en ello.

Al llegar a Sesuad'ra el otrora aprendiz de cerero, atraído por los

rumores de que Josua estaba formando un creciente ejército con los desafectos, Simón se había sorprendido. No sólo por el cambiado aspecto que presentaba Jeremías, sino por la inverosimilitud de un nuevo encuentro entre ellos, sobre todo en tan extraño sitio. Pero, si la sorpresa de Simón fue grande, todavía se asombró más al descubrir que el amigo seguía con vida y, principalmente, al conocer las aventuras corridas por él. Para Jeremías, la supervivencia de Simón parecía ser un verdadero milagro, y por ello se había puesto a su servicio como si ingresara en una orden religiosa. Dada la firme determinación del chico, Simón acabó por ceder, aunque no sin considerable turbación. La desinteresada devoción de su nuevo escudero le producía cierta incomodidad, y se sentía mucho más feliz cuando, en algún momento, asomaba una pizca de su antigua y burlona amistad.

Aunque Jeremías pedía una y otra vez a Simón que le contara todo cuanto le había ocurrido, el aprendiz de cerero mostraba una reticencia a hablar mucho de sus propias experiencias. Únicamente explicaba que lo habían obligado a trabajar en la herrería situada debajo del castillo, y que Inch, anterior ayudante de Morgenes, era un patrón muy cruel. Simón se imaginaba mucho de lo que Jeremías no quería decir, y en silencio lo ponía en la cuenta que le debía a aquel gigantón tan lento de palabras. Al fin y al cabo, él era ahora un caballero, y... ¿acaso no figuraba eso entre los deberes de los caballeros? ¿Administrar justicia...?

—Miráis al vacío, Simón —dijo lady Vorzheva, sacándolo de sus pensamientos.

A la esposa de Josua ya empezaba a notársele el embarazo. No obstante, conservaba algo de su aire salvaje, como un caballo o un pájaro que tolerase el contacto con los humanos, pero que nunca se dejaría domar del todo. Simón recordó la primera vez que la había visto cruzar el patio de Naglimund, preguntándose ya entonces cómo una mujer tan encantadora podía parecer tan terriblemente desgraciada. Ahora se la notaba más contenta, si bien aún quedaba en ella una relativa dureza.

—Lo siento, señora. Pensaba en..., en los tiempos pasados, supongo —respondió él con un súbito sonrojo, porque... ¿qué conversación podía uno mantener sentado a la mesa con la esposa de un príncipe?—. Es un mundo extraño —añadió.

Vorzheva sonrió divertida.

—En efecto, lo es. Extraño *y* preocupante.

Josua se alzó y golpeó la mesa con su copa hasta que el abarrotado espacio quedó en silencio. Cuando la muchedumbre de sucias caras miró al príncipe y a quienes lo rodeaban, Simón tuvo una súbita y sorprendente revelación.

Toda aquella gente de Gadrinsett, que contemplaba boquiabierta a Josua, ¡era él...! Eran todos iguales que él en otros tiempos. Siempre le había tocado quedarse fuera y admirar desde lejos a las personas importantes. Ahora, en cambio, cosa maravillosa e increíble, *él* figuraba entre la gente de categoría y era un caballero sentado a la larga mesa del príncipe, con lo que otros lo miraban envidiosos. Sin embargo, era el

mismo Simón de antes. ¿Qué significaba eso?

—Nos hemos reunido por diversas razones —anunció Josua—. La primera y más importante es la de dar gracias a nuestro Dios por estar vivos y a salvo en este lugar de refugio, rodeado de agua y protegido de nuestros enemigos. Además estamos aquí para celebrar la vigilia del día de San Grenis, que es una festividad a respetar con el ayuno y la oración silenciosa, ¡pero que también debe ser festejada la víspera, con buenos manjares y vino!

Dicho esto, Josua levantó su copa para corresponder a las aclamaciones de la multitud. Cuando el vocerío se hubo apagado, el príncipe sonrió y continuó:

—Celebramos asimismo el título de caballero conseguido por el joven Simón, ahora sir Seomán.

Otro coro de vítores. Simón se ruborizó.

—Todos presenciasteis cómo era armado caballero. Lo visteis tomar la espada y pronunciar el juramento. Lo que aún no habéis visto, es... ¡su divisa!

Se produjo un intenso murmullo cuando Gutrun y Vorzheva se inclinaron para sacar de debajo de la mesa un rollo de tela que, precisamente, había estado junto a los pies de Simón. Isorn se adelantó para ayudarlas, y entre los tres lo alzaron para extenderlo.

—¡He aquí el emblema de sir Seomán de Nueva Gadrinsett! —declaró el príncipe.

Sobre un campo de listas diagonales grises y rojas —los colores de Josua— destacaba la silueta de una espada negra. Enroscado a ella como una enredadera, aparecía un sinuoso dragón blanco cuyos ojos, dientes y escamas habían sido meticulosamente bordados en hilo escarlata. La muchedumbre gritó entusiasmada.

—¡Viva el matador de dragones! —aulló un hombre, y otros lo imitaron.

Simón bajó la cabeza, sonrojado de nuevo, y rápidamente vació su copa de vino. Jeremías volvió a llenarla con orgullosa sonrisa. Simón se bebió también ésta. Todo resultaba glorioso, pero... en lo más profundo de su corazón sentía que faltaba algo muy importante. No el dragón, aunque él no lo había matado, en realidad. Ni *Espina,* que desde luego no era su espada y ni siquiera tendría utilidad para Josua. Algo no era perfecto...

«¡Por el Árbol! —pensó Simón, disgustado consigo mismo—. ¿Es que no vas a dejar de quejarte nunca, cabezahueca?»

Josua hizo sonar de nuevo su copa.

—¡Pero esto no es todo! —anunció—. ¡No es todo!

El príncipe parecía disfrutar mucho con aquel acto.

«Tiene que ser agradable para él presidir, por una vez, acontecimientos felices.»

—¡Hay más! —exclamó Josua—. Otro regalo, Simón.

A un gesto suyo, Deornoth se apartó de la mesa para dirigirse al fondo de la estancia. El zumbido de las conversaciones volvió a aumentar. Simón tomó otro trago de vino aguado y expresó su agradecimiento a Vorzheva y Gutrun por los bordados hechos en su emblema,

ensalzando la calidad de la preciosa labor hasta que ambas mujeres se echaron a reír. Seguidamente, cuando varias personas situadas al fondo del gentío prorrumpieron en gritos y aplausos, Simón levantó la vista y descubrió que Deornoth regresaba con un caballo de color zaino.

Simón quedó boquiabierto.

—¿Es...? —balbució, dio un salto, se golpeó la rodilla contra la mesa y cruzó a toda prisa el abarrotado suelo—. *¡Hogareña!* — chilló, a la vez que se abrazaba al cuello de la yegua que, menos emocionada que él, le rozó suavemente el hombro con la nariz— Pero... ¿no dijo Binabik que *Hogareña* se había extraviado?

—Y así era —contestó Deornoth, sonriente—. Cuando Binabik y Sludig fueron atrapados por los gigantes, tuvieron que soltar a los caballos. Uno de nuestros grupos de exploradores encontró luego a tu yegua cerca de las ruinas de la ciudad sitha, al otro lado del valle. Es posible que *Hogareña* sintiera la presencia de los sitha que continuaban allí, y se creyera segura, dado que, según tú dices, pasó algún tiempo entre ellos.

A Simón le dio rabia verse llorando. Había tenido la certeza de que la yegua era una más en la lista de amigos y conocidos perdidos aquel terrible año. Deornoth aguardó a que se hubiese enjuagado los ojos y dijo:

—La devuelvo a su sitio, junto a los demás caballos, Simón. Comía cuando me la llevé de allí. Podrás verla por la mañana.

—Gracias, Deornoth, ¡muchas gracias! —musitó el joven, antes de retornar a la mesa con paso inseguro.

Una vez sentado y aceptadas las congratulaciones de Binabik, Sangfugol se puso de pie al pedírselo el príncipe.

—Como ha dicho el príncipe Josua, celebramos el ascenso a caballero de Simón —refrendó el arpista, con una reverencia de cara a la mesa de los personajes—. Pero él no estuvo solo en su camino, ni en su valentía y sus sacrificios. Sabéis que el príncipe ha nombrado protectores del reino de Erkynlandia a Binabik de Yiqanuc y a Sludig de Elvritshalla. Pero no termina aquí todo. De los seis valientes que partieron, sólo tres lograron regresar... Y yo he compuesto esta canción, confiando en que en los tiempos venideros ninguno de ellos sea olvidado.

A un gesto afirmativo de Josua, arrancó una delicada sucesión de notas al arpa que uno de los nuevos colonos había construido para él, y empezó a cantar.

En el más remoto norte, donde soplan vientos tempestuosos
y los dientes del invierno están llenos de escarcha,
de las profundas y eternas nieves
surge una montaña, la fría Urmsheim.

A la llamada del príncipe, seis hombres
partieron a caballo de la amenazada Erkynlandia.
Sludig, Grimmric, el gnomo Binabik,
Ethelbearn, Simón y el bravo Haestan.

Buscaron éstos la poderosa espada de Camaris,
la negra Espina *de la antigua Nabban,*
astilla de una estrella caída del cielo
para salvar la torturada tierra del príncipe...

Mientras Sangfugol tocaba y cantaba, no hubo murmullos, y el silencio cayó sobre los allí reunidos. El propio Josua escuchaba con suma atención, como si la balada pudiese convertir en verdadero el triunfo. Las antorchas oscilaban. Simón bebió más vino.

Era ya muy tarde. Sólo un par de músicos tocaban todavía (Sangfugol había cambiado su arpa por un laúd, y Binabik había sacado su flauta a última hora), y el baile degeneraba ya más o menos en tambaleos y risotadas. Simón había bebido gran cantidad de vino y bailado con dos muchachas de Gadrinsett, una muy regordeta y la otra, su amiga, sumamente delgada. Las chicas no habían dejado de susurrar entre ellas, impresionadas por su incipiente barba y por los honores de que Simón era objeto, riéndose de manera tonta cada vez que él intentaba entablar conversación. Por último, perplejo y más que un poco irritado, les dio las buenas noches con un besamanos, como correspondía a un caballero, pero eso produjo en las jóvenes nuevos ataques de nerviosa risa. Simón se dijo que eran sólo dos chiquillas.

Josua, por su parte, había regresado al lugar de la fiesta después de acompañar a lady Vorzheva a su aposento, y ahora conversaba tranquilamente con Deornoth. A ambos se los veía cansados.

Jeremías dormía en un rincón, decidido a no acostarse mientras Simón siguiera levantado, sin tener en cuenta que su amigo había podido descansar hasta después del mediodía. En realidad, el propio Simón empezaba a pensar en el modo de escapar hacia su lecho cuando, de pronto, en la puerta de la Casa de la Despedida apareció Binabik. A su lado iba Qantaqa, olisqueando el ambiente de la gran sala con una mezcla de interés y desconfianza. El gnomo dejó fuera a la loba y entró. Saludó a Simón y se abrió paso hasta el sillón ocupado por Josua.

—¿Así que le han preparado una cama? ¡Bien! Binabik nos trae noticias —agregó el príncipe de cara a Simón, que también se aproximaba—. ¡Buenas noticias!

El gnomo asintió.

—Yo no conozco a ese hombre, pero Isorn parece opinar que su llegada es importante. Se trata del conde Eolair, un hernystiro —le explicó a Simón—. Acaba de ser traído a través del lago por uno de los pescadores, y ahora está aquí, en Nueva Gadrinsett... —recalcó Binabik con una sonrisa, porque el nombre dado al poblado le parecía una invención torpe—. El conde se siente muy cansado, pero asegura tener importantes noticias para nosotros. Nos las dará por la mañana, si el príncipe está conforme.

—¡Naturalmente! —declaró Josua, acariciándose la barba pensativo—. Toda noticia procedente de Hernystir es valiosa, aunque dudo

mucho que el relato de Eolair sea satisfactorio.

—Podría serlo. En cualquier caso —continuó Binabik en voz más baja— Isorn dice que Eolair afirma haber averiguado algo significativo acerca de... —y su voz se redujo todavía más— ... de las Grandes Espadas.

—¡Oh! —exclamó Deornoth, sorprendido. Josua guardó silencio durante unos momentos.

—Bien... —murmuró al fin—. Mañana, día de San Grenis, quizá sepamos si nuestro exilio permite abrigar esperanzas o no. Dicho esto, se levantó e hizo girar su copa con los dedos.

—¡A la cama, pues! —concluyó—. Mañana, cuando Eolair haya podido reposar lo suficiente, os mandaré llamar a todos.

El príncipe cruzó la estancia en dirección a la salida, y las antorchas hicieron saltar su sombra a lo largo de las paredes.

—¡A la cama, como ha dicho Josua! —sonrió Binabik de nuevo, y Qantaqa acudió para poner la cabeza debajo de la mano de su amo—. Será un día digno de recordar... ¿No es cierto, Simón?

El caballero recién armado sólo pudo hacer un gesto afirmativo.

2

Cadenas de muchas clases

La princesa Miriamele contemplaba el mar. De niña, una de sus ayas le había explicado que el mar era la madre de las montañas, que toda la tierra procedía del mar y volvería un día a él, del mismo modo que, según se decía, Khandia había desaparecido en las oscuras profundidades. Y, en efecto, las dos olas que golpeaban los acantilados sobre los que se alzaba el hogar de su infancia en Meremund parecían querer reclamar la rocosa costa.

Para otros, el mar era madre de monstruos, tales como los kilpas y los kraken, los oruks y los abisuks. Sabía Miriamele que el negro fondo era un hervidero de cosas extrañas. Más de un colosal e informe cuerpo había ido a parar a las rocosas playas de Meremund para pudrirse al sol bajo la temerosa y fascinada mirada de los habitantes de la zona hasta que la marea volvía a llevárselo a los misteriosos abismos. No cabía duda de que el mar era cuna de grandes monstruos.

Pero cuando la madre de Miriamele se fue para nunca más volver, y el rey Elías quedó sumido en una airada melancolía por la muerte de su esposa, el océano se convirtió en una especie de padre para ella. A pesar de sus cambios de humor, ya que el mar se mostraba totalmente distinto a las horas del sol que por la noche, cuando brillaba la luna, y tremendamente caprichoso cuando las tempestades agitaban su superficie, aquella inmensa masa de agua había llegado a ser una constante en su niñez. Las olas la acunaban de noche, y cada mañana despertaba entre las voces de las gaviotas. Apenas levantada, corría a la ventana para contemplar las velas que ondeaban cual flores de grandes pétalos en el puerto, debajo mismo del castillo de su padre.

El océano había representado muy diversas cosas para ella, y eso quería decir mucho. Pero hasta ahora, cuando se encontraba apoyada en la barandilla de popa del *Nube de Eadne,* con las cabrillas de la Verde Inmensidad extendiéndose hasta donde alcanzaba su vista, Miriamele no se había dado cuenta de que el mar podía constituir también una cárcel, un encierro tan seguro como si estuviese construido de piedra y hierro.

Cuando el barco del conde Aspitis puso rumbo hacia el sudeste de Vinitta, en dirección a la bahía de Firannos, llena de islas, Miriamele sintió por vez primera que el océano se volvía contra ella y la sujetaba con más fuerza que la propia corte de su padre, con todo el ritual, o que los soldados que la rodeaban siempre con sus afiladas armas. De esos guardias había logrado escapar, ¿no? Pero... ¿cómo iba a escapar de tantas millas de un mar vacío? Sería mejor ceder. Miriamele estaba

cansada de luchar, cansada de ser tan fuerte. Los acantilados de roca se mantenían orgullosos durante un tiempo incalculable, pero finalmente caían al océano. En vez de resistirse, era preferible flotar hacia donde las mareas la condujeran, como un trozo de madera, modelado por la acción de las corrientes pero en movimiento, siempre en movimiento. Aspitis no era mala persona, en el fondo. Desde luego no la trataba con la misma deferencia de dos semanas atrás, pero todavía le hablaba amablemente..., al menos, si ella hacía su voluntad. En consecuencia, la haría. Flotaría como un palo abandonado, sin ofrecer resistencia, hasta que el paso del tiempo y los acontecimientos la arrojasen de nuevo a tierra.

Una mano tocó la manga de su vestido. Miriamele se volvió, sobresaltada, para hallar a su lado a Gan Itai. El rostro de la niski, surcado de intrincadas arrugas, permanecía impasible, pero sus ojos, de motas doradas, parecían brillar aunque no les daba el sol.

—No quise asustaros, hija.

Apoyada también en la barandilla junto a Miriamele, ambas dejaron vagar la mirada sobre las inquietas aguas.

—Cuando no hay tierra a la vista —dijo la princesa al fin—, uno podría creer que navega hacia el borde del mundo. Parece que no haya tierra en ninguna parte.

La niski movió la cabeza en sentido afirmativo. Los finos cabellos blancos revoloteaban alrededor de su cara.

—En ocasiones, de noche, cuando estoy sola en cubierta, cantando, tengo la sensación de surcar el Océano Infinito y Eterno, el que mi pueblo cruzó para llegar hasta este país. Dicen que el mar era negro como el alquitrán, aunque las crestas de las olas centelleaban como perlas.

Mientras hablaba, Gan Itai extendió el brazo y le estrechó la palma de la mano a Miriamele. Esta no se resistió, pese a su sorpresa e inseguridad, pero siguió con la vista fija en el mar. Instantes después, los largos y coriáceos dedos de la niski depositaron algo en su mano.

—El océano puede ser un lugar solitario —continuó Gan Itai como si no supiera lo que su propia mano hacía—. Muy solitario. Cuesta encontrar amigos en él. Resulta difícil saber en quién se puede confiar... La niski retiró la mano, que desapareció entre las amplias mangas de su vestimenta.

—Espero que tengáis la suerte de conocer a gente en quien confiar..., lady Marya —agregó.

La pausa hecha antes de pronunciar el falso nombre de Miriamele era inconfundible.

—Lo mismo espero yo —contestó la princesa, excitada.

—Bien... —Una sonrisa torció los delgados labios de Gan Itai—. Os veo un poco pálida. Quizás os resulta demasiado fuerte el viento. ¿Por qué no bajáis a vuestro camarote?

La niski inclinó ligeramente la cabeza antes de alejarse sobre sus descalzos y morenos pies, que la llevaban hábilmente por la oscilante cubierta.

Miriamele la siguió con la vista, y luego miró hacia el gobernalle,

donde el conde Aspitis hablaba con el timonel. El conde alzó su brazo para librarse de la dorada capa con que el viento le había envuelto todo el cuerpo. Al descubrir a Miriamele, le dedicó una leve sonrisa, para volver enseguida a la conversación con el marinero. En la sonrisa de Aspitis no había nada insólito, salvo quizás una cierta superficialidad, pero la joven sintió que un súbito frío le oprimía el corazón. Sin pensarlo, agarró con más fuerza el rollo de pergamino que sostenía en la mano, temerosa de que el vendaval pudiera arrebatárselo y hacerlo volar en dirección a Aspitis. Ignoraba por completo qué podía contener, pero algo le indicaba que él no debía verlo.

La princesa se forzó a caminar por la cubierta, siempre sujeta a la barandilla con su mano vacía. No tenía, ni mucho menos, la seguridad de Gan Itai.

En el apenas iluminado camarote, Miriamele desenrolló con cuidado el pergamino. Tuvo que acercarlo a la vela para descifrar las diminutas y enrevesadas letras.

Cometí muchos errores,
leyó,

y sé que ya no confiáis en mí. Creed, sin embargo, que estas palabras son sinceras. Fui muchas personas, ninguna de ellas provechosa. Padreic era un imbécil; Cadrach, un granuja. Tal vez pueda llegar a ser algo mejor, antes de morir.

Miriamele se preguntó de dónde habría sacado el monje el pergamino y la tinta, y al fin supuso que se lo habría proporcionado la niski. Al contemplar el dificultoso escrito, la joven pensó en los débiles brazos de Cadrach, que sostenían el peso de las cadenas, y experimentó una punzada de compasión. ¡Cuánto habría sufrido para escribir aquello! Al mismo tiempo, ¿por qué no la dejaba en paz?

Si esta carta está en vuestras manos, Gan Itai cumplió lo prometido. Es la única que merece vuestra confianza, a bordo, con excepción de mí, quizá. De sobra sé que os engañé y abandoné. Soy un hombre débil, mi señora, pero al menos os serví con mis advertencias, e intento hacerlo todavía. No estáis a salvo en este barco. El conde Aspitis es aún peor de lo que yo suponía. No es simplemente un reluciente elemento de la corte del duque Benigaris, sino también un siervo de Pryrates.

Cierto es que yo os dije muchas mentiras, mi señora, y que os escondí muchas verdades. Eso ya no lo puedo arreglar, ahora. Mis dedos están cansados, los brazos me duelen. No obstante, quiero deciros esto: ningún ser vivo conoce mejor que yo la maldad del sacerdote Pryrates, ni hay nadie, tampoco, que sea más responsable de esa maldad, porque yo mismo lo ayudé a convertirse en lo que es.

El relato sería largo y complicado. Bastará con que os

diga que, para mi eterna y horrible vergüenza, yo entregué a Pryrates la llave de una puerta que nunca debió abrir. Peor todavía: hice eso después de saber cuan voraz bestia es. Yo cedí por ser débil y miedoso. Es lo peor que hice en toda una vida de lamentables errores.

Creedme ahora, señora. Para mi angustia, conozco bien a nuestro enemigo. Espero, pues, que me creáis si os digo que Aspitis obedece no sólo las órdenes del duque Benigaris, sino también las del malvado sacerdote rojo. En Vinitta lo sabía todo el mundo.

Tenéis que huir. Quizá pueda ayudaros Gan Itai. Por desgracia, me figuro que no seréis tan poco vigilada como en Vinitta. Mi cobarde intento de fuga lo impedirá. Os suplico que abandonéis el barco lo antes posible, aunque no sé cómo ni por qué. Buscad refugio en la posada llamada La escudilla de Pelippa, de Kwanitupul. Creo que Dinivan envió allí a otras personas que tal vez puedan ayudaros a llegar junto a vuestro tío Josua.

Debo terminar a causa de los dolores. No pido que me perdonéis. No lo merezco.

En el borde del pergamino había una mancha de sangre. Miriamele la contempló con los ojos bañados en lágrimas hasta que alguien llamó bruscamente a la puerta y el corazón empezó a latirle con violencia. La princesa tuvo el tiempo justo de arrugar la nota antes de que Aspitis entrara.

—Mi hermosa señora —dijo el conde, muy sonriente—. ¿Por qué os escondéis aquí en la oscuridad? ¡Venid a dar un paseo por la cubierta!

El pergamino parecía arder en la mano de Miriamele, como si fuera un ascua.

—No..., no me encuentro bien, señor—balbució ella, tratando de disimular su agitada respiración—. Iré en otro momento.

—Marya... —insistió el conde—. Ya os dije una vez que lo que me encantaba de vos era esa franqueza provinciana... ¿Acaso os convertís ahora en una remilgada cortesana?

Se colocó a su lado, y su mano acarició el cuello de la joven.

—¡Venid! —prosiguió—. No es de extrañar que os sintáis mal en este cubículo. ¡Necesitáis respirar aire puro! O quizá prefiráis permanecer aquí, en la oscuridad —susurró rozándole el lóbulo de la oreja con los labios—. Tal vez os sintáis simplemente... sola...

Sus dedos recorrieron con delicadeza la garganta de Miriamele, suaves como una telaraña.

La princesa miró la vela encendida. La llama danzaba delante de ella, pero todo lo demás se hallaba sumido en negras sombras.

Las vidrieras del salón del trono de Hayholt se habían roto. Los desgarrados cortinajes impedían la entrada de las ráfagas de nieve, pero no la del gélido viento. Hasta el propio Pryrates parecía sentir el frío. Si bien aún llevaba la cabeza descubierta, se abrigaba con un ropón rojo

forrado de piel.

De todas las personas presentes en el salón del trono, sólo el rey y su copero parecían insensibles al cortante aire. Elías se hallaba sentado en el Trono de Huesos de Dragón con los brazos desnudos y los pies descalzos, y, con excepción de la gran espada envainada que pendía de su cinturón, iba vestido de forma tan casera como si estuviera en sus aposentos privados. El monje Hengfisk, silencioso paje del rey, llevaba un raído hábito, lucía en su rostro la acostumbrada y estúpida sonrisa y parecía sentirse tan cómodo como su amo en aquel helado ambiente.

El Supremo Rey estaba bien arrellanado en su óseo trono, con la barbilla descansando sobre el pecho y sin perder de vista, por debajo de las espesas cejas, al sicario de Pryrates. En contraste con las estatuas de negra malaquita colocadas a cada lado del trono, la piel de Elías parecía blanca como la leche. Unas venas azules asomaban a sus sienes y a lo largo de sus enjutos brazos, sobresaliendo como si fueran a atravesar la carne.

Pryrates abrió la boca como si quisiese decir algo, pero la volvió a cerrar. Su suspiro fue el de un mártir aedonita abrumado por la perversidad de quienes lo perseguían.

—¡Maldito seáis, sacerdote! —rugió Elías—. Estoy decidido.

El consejero del rey se limitó a hacer un gesto de afirmación. La luz de las antorchas hacía relucir su calva cabeza como una piedra mojada. A pesar del viento que sacudía los cortinajes, la estancia parecía llena de una extraña quietud.

—¿Y bien?

Los verdes ojos del monarca brillaban peligrosamente. El sacerdote suspiró de nuevo, esta vez con menos fuerza, y su voz sonó conciliadora cuando habló.

—Soy vuestro consejero, Elías. Sólo hago lo que vos deseáis de mí: ayudaros a tomar la decisión más conveniente.

—Pues lo que yo considero más conveniente es que Fengbald elija unos hombres y se encamine con ellos al este. Quiero que Josua y su pandilla de traidores sean sacados de sus escondrijos y aplastados. Ya retrasé demasiado este asunto a causa de Guthwulf y de los titubeos de Benigaris de Nabban. Si Fengbald parte ahora, él y sus tropas alcanzarán la guarida de mi hermano dentro de un mes. Vos mejor que nadie, alquimista, sabéis el invierno que nos espera. Si tardamos más, las posibilidades serán nulas.

El rey se tiró de la piel de la cara, nervioso.

—En cuento al mal tiempo, no hay duda —contestó Pryrates, tranquilo—. Lo único que me atrevo a volver a poner en cuestión es la necesidad de perseguir a vuestro hermano. Josua no constituye una amenaza. Aunque contase con miles de hombres, no podría detenernos, y vuestra gloriosa, total y permanente victoria queda asegurada. Sólo hace falta aguardar un poco más.

El viento cambió de dirección, con lo que los banderines que colgaban del techo se agitaron como las aguas de un estanque. Elías hizo un chasquido con los dedos, y Hengfisk se apresuró a acudir con la copa del rey. Elías bebió, tosió y volvió a beber hasta vaciar la copa.

Una gota de humeante líquido negro pendía de su mentón.

—Para vos es fácil decirlo —gruñó el rey cuando hubo acabado el vino—. ¡Ya lo repetisteis muchas veces, por la sangre de Aedón! Pero ya esperé demasiado, y estoy harto.

—La espera valdrá la pena, Majestad. Lo sabéis.

El rostro del rey se puso momentáneamente pensativo.

—Pero mis sueños se han hecho más y más extraños. Más... reales, Pryrates.

—Es comprensible —dijo el consejero, alzando los dedos en un gesto que quería resultar tranquilizador—. Lleváis sobre los hombros una gran carga, señor, pero todo se solucionará pronto. Otearéis un reino de tal esplendor como no se ha visto jamás en el mundo, si tenéis paciencia. Estas cosas requieren su tiempo, como la guerra o como el amor.

—¡Bah! —exclamó Elías con un agrio eructo, de nuevo enojado—. ¿Qué diantre sabéis vos de amor, eunuco bastardo?

Los ojos de Pryrates, negros como el carbón, se estrecharon hasta formar sólo dos ranuras, pero el rey contemplaba taciturno su espada *Dolor* y no se fijó en ello. Cuando volvió a levantar la vista, la cara del sacerdote era tan mansa y paciente como de costumbre.

—¿Cuál es pues vuestro pago por todo esto, alquimista? ¿Eh? ¡Nunca lo entendí!

—¿Aparte del placer de serviros, Majestad?

La risa de Elías fue breve y seca, como el ladrido de un perro.

—¡Sí! ¡Aparte de eso!

Pryrates lo estudió unos instantes, y una fea sonrisa torció sus finos labios.

—El poder, naturalmente. El poder de hacer lo que yo quiera hacer... Lo que necesite hacer.

Los ojos del rey se habían desviado hacia la ventana. Un cuervo posado en el alféizar se alisaba las negras plumas.

—¿Y qué es eso que queréis hacer, Pryrates?

—Aprender —respondió el consejero, y su cuidada máscara de diplomático desapareció por unos segundos para dar paso a una sorprendente expresión infantil..., aunque la de un niño terrible y codicioso—. ¡Quiero saberlo *todo*! Y para eso necesito poder, que es una especie de permiso. Hay secretos tan misteriosos y profundos que el único modo de descubrirlos consiste en rajar el universo y hurgar en las mismísimas entrañas de la Muerte y el No Ser.

Elías pidió nuevamente la copa. Seguía observando al cuervo, que daba pequeños saltos en el alféizar y ladeó la cabeza para devolverle la mirada al rey.

—Habláis de manera extraña, sacerdote. ¿La Muerte? ¿El No Ser? ¿Acaso no son una misma cosa?

Pryrates esbozó una risita maliciosa, aunque ambigua.

—¡Oh, no , Majestad! ¡Ni remotamente!

Elías dio una súbita media vuelta en su trono y asomó la cabeza por un costado del amarillento cráneo de colmillos como dagas del dragón *Shurakai.*

—¡Maldito seas, Hengfisk! —tronó—. ¿No viste que te pedía la copa? ¡Me arde la garganta!

El monje de ojos saltones corrió junto a su soberano. Elías tomó la copa con cuidado y, tras dejarla en sitio seguro, golpeó a Hengfisk en un lado de la cabeza con tal rapidez y fuerza, que el hombre cayó al suelo como tocado por el rayo. Como si nada, el rey se tomó la caliente bebida. El monje yació durante largo rato, desmadejado como una medusa, antes de ponerse nuevamente de pie para retirar con delicadeza la copa ya vacía. Pese a todo no había desaparecido de su cara la idiota sonrisa. Si acaso, aún se lo veía más amable y sumiso, como si el soberano le hubiera dado una muestra de gran afecto. Hengfisk saludó una serie de veces con la cabeza y volvió a retirarse a las sombras.

Elías ni le hizo caso.

—Queda acordado, pues. Fengbald se llevará la guardia erkyna y una compañía de soldados y mercenarios en su camino hacia el este, y de regreso me traerá, clavada en la punta de una lanza, la sermoneadora cabeza de mi hermano, contraída en una última mueca. ¿Suponéis que las nornas aceptarán ir con Fengbald? Son fieras luchadoras, y nada les importan el frío ni la oscuridad.

Pryrates levantó una ceja.

—No lo creo probable, mi señor. No parece gustarles viajar de día, ni les hace gracia la compañía de los humanos.

—Resultan poco útiles como aliadas, entonces —dijo Elías, ceñudo, mientras acariciaba la empuñadura de *Dolor.*

—¡Sí que son valiosas, Majestad! —afirmó Pryrates, siempre sonriente—. Nos prestarán buen servicio cuando las necesitemos de veras. De ello se ocupará su reina, vuestra más importante aliada.

El cuervo parpadeó con su dorado ojo, emitió un áspero grito y echó a volar. El raído cortinaje se agitó cuando el pájaro aleteó de cara al acerado viento.

—¿Puedo sostenerlo?

Maegwin extendió los brazos.

Con cierta expresión de temor en su sucio rostro, la joven madre le entregó el niño. Maegwin no pudo dejar de preguntarse si la mujer tenía miedo de ella, la hija del rey, con sus ropas de luto y singulares maneras.

—¡Temo tanto que se porte mal, señora! —dijo la joven—. No ha cesado de llorar en todo el día. Me vuelve loca. Y es que el pobrecillo está hambriento, pero no quiero que os moleste con sus gritos, señora. Tenéis cosas más importantes en que pensar.

Maegwin sintió que se derretía un poco el hielo que había tocado su corazón.

—No os preocupéis por eso —dijo, y alzó juguetona al sonrosado bebé, que parecía a punto de berrear de nuevo—. ¿Cómo se llama, Caihwye?

La madre la miró sorprendida.

—¿Me conocéis, señora?

Maegwin sonrió con tristeza.

—No quedamos tantos... Bastante menos de mil, en todas estas cavernas. No somos tantos en Hernystir Libre para que resulte difícil recordar los nombres.

Caihwye asintió con los ojos muy abiertos.

—Es terrible —musitó.

Probablemente habría sido bonita antes de la guerra, pero ahora había perdido dientes y estaba espantosamente delgada. Maegwin tuvo la certeza de que le daba al hijo la mayor parte de la comida que conseguía.

—¿Cómo se llama el pequeño? —repitió la princesa.

—¡Oh! Siadreth, señora. Era el nombre de su padre.

Caihwye meneó la cabeza con pena, y Maegwin no osó preguntar por el tocayo del niño. Para la mayoría de los supervivientes, la suerte de muchos padres, maridos o hijos era tristemente previsible. Casi todas las historias terminaban con la batalla de Inniscrich.

—Princesa Maegwin... —advirtió el viejo Craobhan, que había permanecido en silencio hasta entonces—. Debemos irnos. Hay más gente esperándoos.

—Tenéis razón —reconoció ella, y devolvió cuidadosamente a su madre el niño, cuya menuda cara rosada ya se preparaba otra vez para hacer pucheros—. Es una criatura muy hermosa, Caihwye. ¡Que todos los dioses la bendigan y que la propia Mircha le dé buena salud! El día de mañana será un buen mozo.

Caihwye sonrió complacida y acunó al pequeño Siadreth en su regazo hasta que el chiquillo olvidó los lloros.

—Gracias, señora. Me alegra que hayáis regresado bien.

Maegwin, que ya había dado media vuelta, se detuvo.

—¿Regresado?

La joven madre se asustó, preocupada por haber dicho quizás algo indebido.

—Me refiero a vuestro regreso de las profundidades, señora —balbució, al mismo tiempo que señalaba hacia abajo con su mano libre—. De esas cavernas subterráneas. Los dioses deben de protegeros, para que pudierais volver de tan tenebroso lugar.

Maegwin quedó indecisa unos momentos, y luego se esforzó en sonreír.

—Supongo que así es. Sí, Caihwye. Yo también me alegro de haber regresado.

Acarició una vez más la cabeza del niño, antes de seguir a Craobhan.

—Me figuro que, para una mujer, actuar de juez en discusiones no ha de ser tan grato como arrullar a un bebé —dijo el anciano Craobhan—, pero es algo que os corresponde hacer. ¡Sois la hija de Lluth!

Maegwin lo comprendía, pero sus pensamientos seguían con Caihwye.

—¿Cómo supo esa mujer que yo había estado en las cuevas?

El viejo se encogió de hombros.

—No os esforzasteis demasiado en mantenerlo en secreto, y no

podéis esperar que la gente no se interese por lo que hacen los miembros de la familia real. Todo el mundo le da a la lengua.

La princesa frunció el entrecejo. Craobhan tenía razón. Había sido descuidada y testaruda en su empeño de explorar las cavernas más profundas. Si deseaba mantenerlo en secreto, tendría que haber considerado antes ese problema.

—¿Qué piensan de ello? —preguntó al fin—. Me refiero a la gente.

—¿De vuestra aventura? —respondió Craobhan con una breve y agria risa—. Me imagino que corren tantas historias como fuegos hay encendidos para cocinar. Hay quien opina que fuisteis en busca de los dioses. Otros afirman que mirabais de encontrar el modo de escapar de este lío.

El consejero observó a la princesa por encima de su huesudo hombro, y la suficiencia que había en su expresión hizo que Maegwin sintiera el deseo de darle un sopapo.

—A mediados del invierno, dirán que descubristeis una ciudad de oro, o que luchasteis contra un dragón o contra un gigante de dos cabezas. Olvidadlo. Las historias son como liebres... Sólo un tonto intenta correr tras una de ellas para cazarla.

Maegwin lanzó una mirada furiosa a la calva del anciano. No sabía qué le molestaba más: que la gente contara mentiras respecto de ella, o que supiese la verdad. Súbitamente ansió que Eolair hubiera regresado.

«¡Estúpida veleidosa!», se riñó a sí misma.

Pero siguió deseando el retorno de Eolair. ¡Ojalá pudiese hablar con él y exponerle todas sus ideas, incluso las malas! Él la comprendería, ¿no? ¿O sólo acabaría aún más convencido de su depresión? En cualquier caso, todo eso importaba poco. El problema era que Eolair se había ausentado hacía más de un mes, y que ni siquiera tenía la certeza de que siguiera con vida. ¡Y ella misma le había mandado marchar! Ahora se arrepentía con toda su alma.

Temerosa pero decidida, Maegwin nunca había dulcificado las gélidas palabras dichas al conde Eolair en la enterrada ciudad de Mezutu'a. Apenas habían conversado durante los pocos días transcurridos entre su regreso del misterioso lugar y la partida del caballero en busca del rumoreado campamento de rebeldes que capitaneaba Josua.

Eolair había pasado la mayor parte de esos días en la antigua ciudad subterránea controlando la labor de dos animosos hernystiros encargados de copiar los planos realizados sobre piedra por los dwarrows y reproducirlos en rollos de piel de oveja, más transportables. Maegwin no lo había acompañado. Pese a la amabilidad de los dwarrows, aquella ciudad vacía, en la que por doquier resonaba el eco, le producía una sensación desagradable. Ahora comprendía que estaba equivocada. No loca, como muchos creían, pero sí equivocada. Había pensado que los dioses querían hacerle encontrar allí a los sitha, pero ahora parecía evidente que los sitha, perdidos y asustados, no servirían de ayuda a su pueblo. En cuanto a los dwarrows, otrora sirvientes de los sitha, eran poco más que sombras, incapaces incluso de ayudarse a

sí mismos.

En el momento de la partida de Eolair, Maegwin había estado tan llena de sentimientos contradictorios que sólo había tenido para él unas breves palabras de despedida. Eolair, en cambio, había depositado en su mano un regalo enviado por los dwarrows: un refulgente trozo de cristal gris y blanco, en el que Yis-fidri, el guardián de la Sala Modelo, había grabado su nombre en letras rúnicas. Casi parecía formar parte del propio Shard, aunque le faltaba la inquieta luz interior de aquella piedra. Después de eso, Eolair había montado en su caballo, tratando de disimular su enojo, y ella había quedado atrás con la sensación de que algo se le desgarraba en su interior, al ver que el conde de Nad Mullach cabalgaba ladera abajo y desaparecía entre la nevisca. Sin duda, los dioses la ayudarían a soportar unos momentos tan desesperados, pero por lo visto no se daban demasiada prisa en ello, estos días.

Al principio, Maegwin había creído que sus sueños de una ciudad subterránea eran señales de la buena voluntad de los dioses para auxiliar a sus afectados seguidores hernystiros. Ahora se daba cuenta de que, de un modo u otro, había cometido un error. Esperaba encontrar a los sitha, los antiguos y legendarios aliados, para que la ayudasen a abrirse paso a través de las puertas de la leyenda para salvar a los hernystiros. Pero eso había sido sólo una arrogante insensatez. Los dioses invitaban, pero no permitían que uno usurpara sus derechos.

Maegwin se había equivocado en un detalle pequeño, pero aun así le constaba que su error no era total. Y, por muchos delitos que su pueblo hubiese cometido, los dioses no lo abandonarían tan fácilmente. Brynioch, Rhynn, Murhagh *el Manco...* Maegwin estaba convencida de que salvarían a sus hijos, y de que, de algún modo, destruirían a Skali y al Supremo Rey, Elías, la bestial pareja que había humillado de forma tan tremenda a un pueblo ufano y libre. Si no lo hacían, el mundo entero no era más que una broma sin sentido. En consecuencia, Maegwin decidió esperar alguna señal mejor y más clara, y, mientras tanto, cumplir con sus obligaciones de atender a su gente y llorar a los muertos.

—¿Qué asuntos me toca escuchar hoy? —le preguntó al anciano Craobhan.

—Algunas cosas de poca importancia, pero también una solicitud de juicio que no resultará divertida —contestó él—. Proviene de las Casas Earb y Lacha, que son fincas vecinas en la periferia de Circoille.

El viejo ya había sido consejero real en tiempos del abuelo de Maegwin, y conocía tan a fondo los increíbles pormenores de la vida política de Hernystir como un herrero las peculiaridades del calor y el metal.

—Ambas familias compartían una parte de bosque en plan de concesión —continuó—; fue la única vez que vuestro padre tuvo que declarar derechos distintos para poblar de árboles un terreno y trazar un plano de posesión para cada uno, como hacen los reyes aedonitas, sólo para impedir que los Earb y los Lacha se mataran unos a otros. Las

dos familias se odian, y siempre pelearon entre sí. Apenas se tomaron tiempo para ir a la guerra contra Skali, y quizá ni se dieran cuenta de que perdimos.

Craobhan tosió y escupió.

—¿Qué quieren de mí, pues?

El consejero arrugó las cejas.

—¿Qué suponéis, señora? Ahora, esa gente se pelea por unas cuevas. «Esto es para mí, y eso para ti... ¡No, que es mío! ¡Nooo, mío...!» —añadió Craobhan en tono de burla—. Chillan como lechones por la última teta, incluso cuando todos los demás nos protegemos mutuamente en momentos de peligro y miseria.

—Me parecen un grupo muy desagradable.

Maegwin tenía poca paciencia para semejantes majaderías.

—Yo no podría haberlo expresado mejor —dijo el anciano.

Ni la Casa lacha ni la Casa Earb se beneficiaron mucho de la presencia de Maegwin. Su disputa resultó tan mezquina como Craobhan predijera. Hombres de ambas casas, ayudados por otros hernystiros pertenecientes a familias de menos importancia, con los que compartían la caverna común, habían abierto y ensanchado un túnel que conducía a la superficie. Ahora, cada una de las casas litigantes insistía en ser la única propietaria del túnel, y en que la otra familia y todos los demás habitantes de la cueva debían pagar un diezmo en leche de cabra por el derecho a que sus rebaños subieran y bajaran cada día por el dichoso túnel.

A Maegwin le disgustó muchos el asunto, y así lo dijo. Asimismo declaró que, si volvía a surgir tamaña estupidez de que alguien «poseyera» un túnel, enviaría a los restantes guerreros hernystiros en busca de los transgresores y los haría arrojar desde los picachos más altos que hubiese en todas las montañas de Grianspog.

Las Casas de lacha y Earb no quedaron satisfechas con tal sentencia y consiguieron dejar de lado sus diferencias durante el rato suficiente para exigir que Maegwin fuese reemplazada como jueza por su madrastra Inahwen, quien al fin y al cabo era, como dijeron, la *esposa* del difunto rey Lluth, y no simplemente su hija. Maegwin se rió de ellos y los llamó imbéciles confabulados. Los espectadores allí reunidos, junto con las demás familias que compartían la caverna con los litigantes, aplaudieron el buen sentido de la princesa y la humillación infligida a los altaneros Earb y Lacha.

Los restantes asuntos fueron despachados con rapidez, y Maegwin descubrió que le gustaba aquella labor, aunque algunas de las discusiones eran tristes. Era algo que hacía bien, algo que tenía poco que ver con ser menuda o fina o bonita. Rodeada de mujeres más atractivas y gráciles que ella, siempre se había considerado a sí misma un estorbo para su padre, incluso en una corte tan rústica como el Taig. Aquí, todo cuanto importaba era su sentido común. En las últimas semanas había comprobado, no sin sorpresa, que los súbditos de su padre la estimaban y agradecían su buena voluntad de escucharlos y actuar con justicia. Y ahora, al contemplar a su pueblo, andrajoso y

tiznado de humo, notó que el corazón se le encogía. Los hernystiros merecían algo mejor que aquellas condiciones de vida, y lo conseguirían por poco que estuviera en su poder.

Durante un rato logró olvidar casi por completo su crueldad para con el conde de Nad Mullach.

Aquella noche, cuando estaba a punto de dormirse, Maegwin se sintió caer bruscamente en una oscuridad más vasta y profunda que la cueva iluminada con ascuas donde solía hacer su cama. De momento creyó que un cataclismo había reventado la tierra debajo de ella. Instantes después, estuvo segura de soñar. Pero, cuando comprobó que se deslizaba lentamente hacia el vacío, la impresión fue demasiado fuerte para formar parte de un sueño y, a la vez, excesivamente rara para ser algo tan real como un terremoto. Ya había experimentado algo parecido en otras ocasiones, aquellas noches en que había soñado con la bella ciudad subterránea...

Mientras sus confusos pensamientos revoloteaban en las tinieblas como murciélagos asustados, empezó a formarse una nube de pálidas lucecillas que podían ser luciérnagas, chispas o antorchas muy lejanas. Formaban una espiral ascendente, como el humo de una gran hoguera que subiera hacia alturas inimaginables.

Sube, dijo una voz en su cabeza. *Sube al Lugar Alto. Ha llegado la hora.*

Nadando en la nada, Maegwin luchó por avanzar hacia el lejano pico donde se congregaban las parpadeantes luces.

¡Sube al Lugar Alto!, ordenó la voz. *Ha llegado la hora.*

Y, de repente, la princesa se halló entre numerosas y centelleantes luces, pequeñas e intensas cual remotas estrellas. Una borrosa multitud la rodeaba, hermosa pero no humana, vestida de todos los colores del arco iris. Las criaturas se miraban unas a otras con brillantes ojos. Sus gráciles formas eran vagas y, aunque tenían figura de hombre, ella tuvo la certeza de que no eran más humanos que las nubes cargadas de lluvia o que unos ciervos moteados.

Ha llegado la. hora, repitió la voz, ahora multiplicada, y una mancha de inquieta y fulgurante luz apareció en medio de ellas, como si una estrella hubiese caído de la bóveda celeste. *Sube al Lugar Alto...*

Pero, entonces, la fantástica visión se desvaneció para ser absorbida por la negrura.

Maegwin despertó para encontrarse incorporada en su jergón. Los fuegos no eran más que resplandecientes ascuas. En la oscura cueva no se veía nada, y lo único que pudo oír fue la respiración de las demás personas que dormían allí. La princesa apretó tanto la piedra de Yisfidri, que los nudillos le latieron de dolor. Por espacio de un segundo creyó que en sus profundidades centelleaba una débil claridad, pero al mirar de nuevo el obsequio del dwarrow comprendió que se había engañado: se trataba sólo de un trozo de roca translúcida. Maegwin meneó la cabeza lentamente. En cualquier caso, la piedra carecía de importancia en comparación con lo que ella acababa de experimentar.

Los dioses. Los dioses habían vuelto a hablarle, e incluso de ma-

nera más clara. El Lugar Alto. La hora había llegado. Eso debía de significar que, por fin, los señores de su pueblo estaban dispuestos a tenderle las manos a los hernystiros. Y que querían que Maegwin hiciera algo. Así tenía que ser, o no la hubiesen tocado ni le hubiesen hecho llegar una señal tan evidente.

De su mente desaparecieron los pequeños problemas del día anterior. «El Lugar Alto», se dijo. Y pasó largo rato sentada en la oscuridad, pensativa.

Después de cerciorarse de que el conde Aspitis seguía en cubierta, Miriamele corrió pasillo abajo y llamó a la baja puerta. La murmurante voz del interior calló enseguida.

—¿Sí? ¿Quién es? —sonó la respuesta poco después.

—Lady Marya. ¿Puedo entrar?

—Pasad.

Miriamele empujó la hinchada puerta, que cedió con un chirrido de protesta. La joven vio una diminuta y austera cámara. Gan Itai se hallaba sentada en un jergón debajo del ventanuco abierto, que no era más que una angosta abertura cerca del techo. Algo se movía allí. Miriamele distinguió parte de un liso cuello blanco y el brillo de un ojo amarillo. Instantes después, la gaviota emprendió el vuelo y desapareció.

—Las gaviotas son como niños —comentó Gan Itai con una arrugada sonrisa—. Discutidoras y olvidadizas, pero cariñosas.

Miriamele la miró confundida.

—Lamento molestaros.

—¿Molestarme? ¡Qué idea tan absurda, hija! Es de día y, por consiguiente, no he de cantar. ¿Por qué ibais a molestarme?

—No sé. Sencillamente... —se excusó la princesa e hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. En realidad no sabía bien por qué había acudido a la niski—. Necesito..., necesito hablar con alguien, Gan Itai —confesó por último—. Tengo miedo.

La niski acercó el taburete de tres patas que parecía hacer las veces de mesa. Sus ágiles y morenos dedos barrieron del asiento varias piedras pulidas por el mar, haciéndolas caer en el bolsillo de su túnica, y luego le ofreció el escabel a Miriamele.

—Sentaos, hija. Y no os precipitéis.

La joven se alisó la falda, preguntándose cuánto se atrevería a explicarle a la niski. Pero, si Gan Itai le llevaba mensajes secretos a Cadrach, ¿qué habría que aún no supiera? Desde luego parecía estar enterada de que Marya era un nombre falso. Así pues, no quedaba otra solución que echar los dados.

—Sabéis quién soy, ¿no?

Gan Itai sonrió de nuevo.

—Sois Lady Marya, una noble de Erkynlandia.

Miriamele sintió desconcierto.

—¿De veras?

La risa de la niski sonó como el viento a través de la hierba seca.

—¿Acaso no es así? Disteis ese nombre a muchas personas. Pero,

si deseáis preguntarle a Gan Itai quién sois *en realidad,* os lo diré, o al menos empezaré por contestar que vuestro nombre es Miriamele, y que sois hija del Supremo Rey.

Miriamele sintió un extraño alivio.

—Estabais enterada, entonces.

—Vuestro acompañante Cadrach me lo confirmó. Yo ya tenía mis sospechas. Conocí en una ocasión a vuestro padre. Vos oléis igual que él, y hay algo en vos de su forma de hablar.

—¿Sí? Y vos... —Miriamele creyó perder el equilibrio—. ¿Qué queréis decir?

—Vuestro padre se reunió con Benigaris en este barco, hace dos años, cuando Benigaris era sólo el hijo del duque. Aspitis, dueño del *Nube de Eadne,* organizó el encuentro. También estuvo presente aquel extravagante mago..., aquel que no tiene pelo.

Gan Itai se pasó una mano por la cabeza.

—Pryrates.

Miriamele sintió en su boca el mal sabor del odiado nombre.

—Exactamente —señaló Gan Itai, a la vez que se enderezaba más y ladeaba la cabeza como si intentara percibir un sonido lejano, pero al momento volvió a prestar atención a su visitante—. Yo no suelo fijarme en los nombres de toda la gente que viaja en este barco. Controlo, eso sí, quién pisa la plancha, porque eso forma parte del Deber del Navegante, pero los nombres no nos interesan a las niskis, por regla general. Aquella vez, sin embargo, Aspitis me informó de todos los nombres, como mis hijos acostumbraban cantarme sus lecciones referentes a las mareas y corrientes. Aspitis se sentía muy orgulloso de sus destacados huéspedes.

Miriamele experimentó súbita curiosidad.

—¿Vuestros hijos?

—¡Por lo Inexplorado! ¡Claro! —declaró Gan Itai—. Tengo más de veinte bisnietos.

—Nunca vi niños de las niskis.

La anciana la miró muy seria.

—Me consta que sólo sois sureña de nacimiento, hija mía, pero también en Meremund, donde os criasteis, existe una pequeña ciudad niski cerca de los muelles. ¿Nunca estuvisteis allí?

—No me dejaban.

Gan Itai frunció los labios.

—Pues es una pena. Tendríais que haberla visitado. Ahora somos menos que antes, y... ¿quién sabe qué nos traerá el mañana? Mi familia es una de las más numerosas, pero quedan menos de doscientas familias, desde Abaingeat, en la costa norte, hasta Naraxi y Harcha. ¡Muy pocas niskis para la navegación de altura, pues! —dijo con tristeza.

—¿De qué hablaron mi padre y los demás, cuando estuvieron aquí? ¿Qué hicieron?

—Conversaron, hija, pero no sé sobre qué. Hablaron durante toda la noche, pero yo estaba en la cubierta, dedicada al mar y a mis cantos. Además no me corresponde espiar al propietario del barco. Salvo que él ponga en peligro el buque, yo sólo debo atenerme a aquello para lo que

nací: hacer que, con mi voz, se alejen los kilpas.

—No obstante, me trajisteis la carta de Cadrach —indicó Miriamele, mirando a su alrededor para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada—. Eso no le hubiese gustado nada a Aspitis.

Por primera vez, los dorados ojos de Gan Itai revelaron cierto descontento.

—Es verdad, pero con ello no perjudicaba yo al barco —se defendió la anciana, y a su arrugado rostro asomó una expresión de desafío—. Al fin y al cabo somos niskis, y no esclavas. ¡Somos un pueblo libre!

Miriamele y ella se miraron por espacio de unos instantes. La princesa fue la primera en apartar la vista.

—En cualquier caso —declaró—, tampoco me importa lo que hablasen. Estoy harta de los hombres y de sus guerras y discusiones. Sólo ansío marcharme y que me dejen en paz. ¡Meterme en algún agujero que encuentre y no volver a salir de él!

La niski no contestó. Se limitó a observar a la princesa.

—Pero nunca podría escapar a través de cincuenta leguas de mar abierto —se lamentó Miriamele, y la imposibilidad de verse libre la llenó de desesperación—. ¿Tocaremos tierra pronto?

—Haremos escala en algunas islas de la bahía de Firannos. En Spenit, quizás en Risa... Ignoro cuáles ha escogido Aspitis.

—Tal vez encuentre la ocasión de huir, aunque estoy convencida de que el conde me hará vigilar fuertemente —dijo Miriamele, cuya plúmbea sensación iba en aumento, hasta que de pronto tuvo una idea—. ¿Desembarcáis vos algún día, Gan Itai?

La protectora del barco la estudió, evaluadora.

—Es raro que lo haga. Pero en Risa hay una familia de *tinukeda'ya,* de niskis... El clan *injar.* Yo los visité un par de veces. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque... si vos podéis bajar del barco, quizá tuvierais manera de llevar un mensaje mío y entregarlo a alguien que lo hiciese llegar a mi tío Josua.

Gan Itai se quedó pensativa.

—Por mí no hay inconveniente, pero no estoy segura de que vuestra misiva fuese recibida. Necesitaríais mucha suerte.

—¿Y qué solución me queda? —suspiró Miriamele—. Desde luego, el plan es descabellado, pero cabe una posibilidad de que dé resultado y... ¿qué otra cosa puedo hacer?

De sus ojos brotaron súbitamente las lágrimas, y la princesa se las enjuagó con rabia.

—Nadie podrá hacer nada, aunque lo intente. Aun así, debo intentarlo.

Gan Itai la miró alarmada.

—No lloréis, hija. Me siento culpable por haberos arrancado de vuestro escondite de la bodega.

Miriamele quitó importancia al asunto con un gesto de su húmeda mano.

—No os preocupéis. Nos habría descubierto cualquier otra persona.

La niski se inclinó hacia ella.

—Quizá vuestro compañero tenga alguna idea referente a quién entregar la nota, o de lo que convendría poner en ella. Me parece un hombre inteligente.

—¿Cadrach?

—Sí. Al fin y al cabo, conocía el verdadero nombre de los Hijos del Navegante.

La voz de la anciana sonaba grave pero ufana, como si el hecho de conocer el nombre de su pueblo fuese evidencia de una sabiduría divina.

—Pero ¿cómo…?

Miriamele se tragó el resto de la pregunta. Lógicamente, Gan Itai sabía el modo de acercarse a Cadrach. Ya le había hecho llegar una nota de él. Mas la princesa no estaba nada segura de querer ver al monje. Ya le había causado suficiente dolor y provocado demasiado enojo.

—Venid —dijo Gan Itai alzándose del jergón con la agilidad de una muchacha para mirar por el estrecho ventanuco—. Os conduciré a él. Falta casi una hora para que le lleven comida, lo que dará tiempo para una tranquila conversación. ¿Podréis trepar con ese vestido? —preguntó la niski con una risita, antes de cruzar rápidamente la pequeña pieza.

La protectora del barco introdujo sus dedos detrás de un tablero de la desnuda pared y tiró de él, con lo que quedó visible un panel perfectamente ajustado. Gan Itai lo bajó hasta el suelo, y detrás apareció un agujero negro, revestido de vigas embreadas.

—¿Adonde lleva eso? —preguntó Miriamele, sorprendida.

—A ninguna parte en concreto —contestó Gan Itai, y se metió en el túnel de forma que la princesa sólo pudo ver sus delgadas y morenas piernas y el dobladillo de su túnica—. No es más que un camino para llegar rápidamente a la bodega o a la cubierta. Un agujero de niskis, como lo llaman.

Su apagada voz produjo un ligero eco.

Miriamele entró detrás de ella. En la pared opuesta del diminuto cubículo había apoyada una escalera de mano, y en lo alto se extendía, en ambas direcciones, un estrecho arrastradero. La princesa se encogió de hombros e inició la subida.

El pasadizo de arriba sólo podía ser recorrido a gatas, de manera que Miriamele se anudó el extremo inferior de la falda para seguir a Gan Itai. Cuando la claridad de la cabina de la niski desapareció detrás de ellas, la oscuridad se hizo más intensa y la joven tuvo que guiarse por el instinto y por el escaso ruido que hacía Gan Itai al avanzar. Las vigas crujieron al balancearse el barco. Miriamele tuvo la sensación de descender por el garguero de algún monstruo marino.

Gan Itai se paró a unos veinte codos de la escalera. La princesa chocó con ella.

—¡Cuidado, hija!

El rostro de la niski quedó visible en una creciente cuña de luz cuando abrió otro panel. Una vez que Gan Itai hubo pasado por él, llamó a Miriamele. Después de la negrura del arrastradero, la fosca bodega les pareció alegre y soleada pese a que sólo recibía cierta lu-

minosidad a través de una entreabierta escotilla situada en el otro extremo.

—Es preciso hablar en voz baja —advirtió la niski.

La bodega estaba repleta de sacos y barriles, todo bien sujeto para que no saliese rodando en caso de mala mar. Apoyada en una pared, como si también tuviera que ser protegida de las mareas caprichosas, apareció la encogida figura de un monje. Tenía los tobillos aherrojados, y otra cadena pendía de sus muñecas.

—¡Eh, vos, erudito! —susurró Gan Itai.

La redonda cabeza de Cadrach se levantó despacio, como la de un perro apaleado, y miró hacia los sombreados pares.

—¿Gan Itai? —jadeó con voz ronca y débil—. ¿Sois vos?

A Miriamele se le encogió el corazón. ¡Piadoso Aedón! ¡Si estaba encadenado como una bestia!

—He venido a hablar con vos —murmuró la niski—. ¿Llegarán pronto los carceleros?

Cadrach meneó la cabeza, con lo que las cadenas sonaron ligeramente.

—Creo que no. Nunca se dan prisa en traerme comida. ¿Entregasteis mi nota a..., a la señora?

—Lo hice. Y aquí la tenéis para hablar con vos.

El monje se sobresaltó como si aquello significara un susto para él.

—¿Cómo? ¿La trajisteis hasta aquí? ¡No quiero que me vea! —exclamó, tratando de cubrirse la cara con los rechinantes grilletes—. ¡Lleváosla!

Gan Itai empujó a Miriamele hacia adelante.

—Se siente muy desdichado. Decidle algo.

La princesa tragó saliva.

—Cadrach... —musitó al fin—. ¿Os hicieron daño?

El monje se escurrió pared abajo hasta formar poco más que un triste montón de sombras.

—Marchaos, señora... No puedo soportar veros, ni que me veáis. ¡Idos!

Después de un largo silencio, Gan Itai susurró sibilante:

—¡Habladle de una vez!

—Siento que os hicieran esto... —dijo Miriamele, luchando contra las lágrimas—. A pesar de todo lo ocurrido entre nosotros, nunca hubiera deseado encontraros torturado de semejante manera.

—¡Ay, señora, qué mundo más terrible es éste! —contestó el monje, casi sollozante—. ¿Aceptaréis mi consejo de escapar cuanto antes? ¡Os lo suplico!

Miriamele movió la cabeza, frustrada, antes de comprender que él, dada la sombra de la escotilla, no podía verla.

—¿Cómo, Cadrach? ¡Si Aspitis no me pierde de vista! Gan Itai está dispuesta a llevarse una carta mía e intentar dársela a alguien que la pueda entregar, pero... ¿entregarla a quién? ¿Quién querrá ayudarme? Ignoro dónde se encuentra Josua. La familia de mi madre, en Nabban, se ha vuelto traidora. ¿Qué puedo hacer?

La oscura sombra que era Cadrach se puso lentamente de pie.

—¡La escudilla de Pelippa, Miriamele! Como os decía en mi nota. Allí habrá alguien que os pueda echar una mano.

Sin embargo, la voz del monje no sonaba muy convincente.

—Pero ¿a quién? ¿A quién le puedo confiar la carta?

—Enviadla a la posada. Dibujad en ella una pluma, una pluma en un círculo. De esta manera llegará a poder de quien pueda hacer algo, si allí hay alguien útil. —Jadeó, alzando el brazo no obstante el peso de la cadena—. Marchaos, princesa... Después de todo lo ocurrido, sólo deseo ser dejado solo. No quiero que presenciéis más mi vergüenza.

Los ojos de Miriamele se vieron desbordados por las lágrimas. Tardó unos momentos en poder hablar.

—¿Necesitáis algo?

—Una jarra de vino, si acaso. O no, mejor un odre. Será más fácil de esconder. Es todo cuanto necesito. Algo que produzca en mi interior una oscuridad semejante a la que me rodea... —murmuró con una penosa risa—. Otra cosa que necesito saber, que es que vos estáis a salvo...

Miriamele volvió la cara. No resistía ver la encogida figura.

—¡Lo lamento tanto! —balbució, y se apresuró a retirarse *y* penetrar unos codos en el arrastradero.

Aquella conversación la había hecho sentirse mal.

La niski dirigió unas últimas palabras a Cadrach, bajó el panel y volvió a sumir el angosto pasadizo en la negrura. Su delgada forma se abrió paso hacia adelante, y luego condujo a Miriamele en dirección a la escalera.

Apenas de nuevo a la luz del día, la princesa se vio vencida por los sollozos. Gan Itai la observó incómoda durante un rato, pero, al ver que la joven no cesaba de llorar, le rodeó los hombros con uno de sus brazos semejantes a patas de araña.

—¡Calma, hija, calma! —procuró consolarla—. Ya veréis como recobráis la felicidad.

Miriamele se deshizo el nudo de la falda, alzó una punta y se enjuagó con ella los ojos y la nariz.

—¡No la recobraré, Gan Itai! ¡Ni tampoco Cadrach! Ay, Dios de los cielos, ¡qué sola me siento! Y de nuevo se echó a llorar. La niski la sostuvo hasta que se le hubo pasado el acceso.

—Es cruel aherrojar a una persona de ese modo —dijo la niski con algo semejante al enojo en la voz.

Miriamele, con la cabeza apoyada en el regazo de Gan Itai, se sintió demasiado agotada para contestar.

—También encadenaron a Ruyan Vé. ¿Lo sabíais? Al padre de nuestro pueblo, al gran Navegante. Cuando se disponía a hacerse a la vela de nuevo con sus naves, lo apresaron y aherrojaron —explicó la niski mientras acunaba a la princesa—. Y luego prendieron fuego a los barcos.

Miriamele sorbió. Ignoraba de quién hablaba Gan Itai, y la verdad era que, en ese momento, tampoco le importaba.

—Querían que fuéramos esclavos, pero nosotros, los *tinukeda'ya,* somos un pueblo libre —prosiguió Gan Itai en un tono que era ya casi

un canto, un canto muy triste—. Quemaron nuestras naves, sí, aquellas grandes naves que nunca pudimos volver a construir en esta nueva tierra, y nos dejaron en la estacada... Dijeron que era para salvarnos del No Ser, pero eso era mentira. Sólo querían que compartiésemos su exilio, ¡nosotros, que no los necesitábamos para nada! El Océano Infinito y Eterno podría haber sido nuestro hogar, pero ellos se apoderaron de nuestros barcos y apresaron al poderoso Ruyan. Querían que fuéramos sus siervos. Es infame encadenar a quien no ha hecho ningún mal. ¡Infame!

Gan Itai continuó acunando en sus brazos a Miriamele mientras hablaba de horribles injusticias. El sol descendía en el cielo, y la pequeña cámara empezó a llenarse de sombras.

Miriamele yacía en su oscuro camarote y escuchaba el quedo canto de la niski. Había visto muy excitada a Gan Itai. No sabía ella que la protectora del barco albergara tan profundos sentimientos, pero el cautiverio de Cadrach y las lágrimas de la princesa habían producido en la niski la necesidad de un desahogo de sus penas y su rabia.

¿Quiénes eran las niskis, en realidad? Cadrach las llamaba *tinukeda'ya,* y, según Gan Itai, los de su raza eran Hijos del Océano. ¿De dónde procedían? De alguna remota isla, quizá. La niski había hablado de unos barcos en un negro mar, oriundos de quién sabía dónde. ¿Era así el mundo, que todos anhelaban regresar a algún lugar o algún tiempo perdidos?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada a la puerta.

—Lady Marya, ¿estás despierta?

Miriamele no contestó, pero la puerta se abrió lentamente. La joven se maldijo a sí misma por no haberla cerrado con pestillo.

—Lady Marya —dijo el conde con voz dulce—, ¿os sentís mal? Os eché de menos en la cena.

Ella se estiró y se frotó los ojos, como si despertara de un profundo sueño.

—¿Conde Aspitis? Lo lamento, pero no me encuentro bien. Hablaremos mañana, si estoy mejor.

Aspitis siguió acercándose, con unos pasos tan suaves como los de un gato, y se sentó en el borde de la cama. Sus largos dedos acariciaron la mejilla de la muchacha.

—Pero esto es terrible... ¿Qué os sucede? Haré que os visite Gan Itai. Es una experta curadora. Confío más en ella que en cualquier médico o boticario.

—Gracias, Aspitis. Sería muy amable por vuestra parte. Pero ahora creo que necesito dormir. Siento ser una compañía tan aburrida para vos.

El conde no parecía tener prisa por irse. Pasó la mano por los cabellos de Miriamele.

—Lamento de veras mis bruscas palabras y maneras de la otra tarde. Siento algo muy profundo hacia vos, y la idea de que pudieseis dejarme tan pronto me alteró. Al fin y al cabo, nos unen unos profundos

lazos de amor, ¿o no?

Y los dedos se deslizaron hasta el cuello de la joven, con lo que la piel de ésta se puso tensa y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Temo no estar en condiciones de hablar de estas cosas, conde Aspitis. Pero os perdono aquellas palabras, porque sé que fueron precipitadas y no sentidas.

Miriamele se volvió unos instantes para mirarlo, intentando adivinar sus pensamientos. Los ojos del hombre parecían sinceros, pero la princesa recordó enseguida las palabras de Cadrach y también la descripción que Gan Itai había hecho de la gente reunida por él a bordo, y el miedo le causó un temblor difícil de disimular.

—Está bien —dijo el conde—. Bien... Me alegra que lo comprendáis. Fueron, exactamente, palabras precipitadas.

Miriamele decidió probar hasta dónde llegaba su sinceridad de cortesano.

—Sin embargo, debéis haceros cargo de mi sufrimiento, Aspitis. Sabéis que mi padre ignora dónde me encuentro. Es posible que el convento al que yo debía ir le haya avisado ya que no llegué, y el pobre estará muy angustiado. Tiene sus años, Aspitis, y temo por su salud. En consecuencia debo renunciar a vuestra hospitalidad, quiera o no.

—¡Naturalmente! —respondió el conde, y Miriamele sintió una chispa de esperanza. ¿Lo habría interpretado mal?—. En efecto, es cruel hacer sufrir a vuestro padre. En cuanto hagamos la primera escala, que creo será en la isla de Spenit, le enviaremos un mensaje. Y le daremos la buena noticia.

Miriamele sonrió.

—¡Qué feliz será de saber que estoy bien!

Aspitis le devolvió la sonrisa. La fina línea de su mandíbula y los límpidos ojos podrían haber servido de modelo a un escultor para uno de los grandes héroes del pasado.

—Ah, pero hay otra buena noticia... Porque le comunicaremos que su hija va a entrar a formar parte de una de las cincuenta familias de Nabban.

La sonrisa de Miriamele se nubló.

—¿Qué?

—¡Sí; le notificaremos nuestro próximo matrimonio! —anunció Aspitis riendo con deleite—. Sí, lady. Después de pensarlo mucho, y aunque vuestra familia no es de tanta alcurnia como la mía, aparte de ser erkyna, por amor a vos he decidido romper la tradición. ¡Nos casaremos cuando regresemos a Nabban! —declaró, estrechando en su caliente mano la más fría de la joven—. Mas no os veo tan contenta como había esperado, hermosa Marya...

Los pensamientos se daban caza en la mente de Miriamele, pero, como sucede en los sueños en que uno es perseguido, no se le ocurría nada más que la huida.

—Me..., me siento confundida, Aspitis.

—Bien... Supongo que eso es comprensible —dijo, inclinándose para besarla. Su aliento olía a vino, y su mejilla a perfume. Los labios del hombre apretaron con dureza los de la joven, antes de retirarse—.

Me doy cuenta de que mi declaración ha sido súbita y quizá brusca. Pero sería peor, y verdaderamente indigno de un caballero, que os dejara... después de todo lo que compartimos. Estoy enamorado de vos, Marya. Las flores del norte son diferentes de las de mi tierra del sur, pero su aroma es igualmente dulce, y sus pétalos son igualmente bellos.

Aspitis se detuvo en la puerta.

—Descansad y dormid bien, lady. En adelante tendremos mucho de que hablar. ¡Buenas noches!

La puerta se cerró detrás de él. Inmediatamente, Miriamele se levantó de un salto y corrió el pestillo. Luego volvió a acostarse, sacudida por violentos escalofríos.

3

Al este del mundo

Ahora soy un caballero, ¿no?

Simón pasó la mano por la espesa piel del cogote de Qantaqa. La loba lo miró impasible.

Binabik alzó la vista de su fajo de pergaminos y asintió.—En efecto. Prestaste juramento de fidelidad a tu dios y a tu príncipe —dijo el gnomo, antes de volver al libro de Morgenes—. Me parece que esto encaja con todos los detalles de la caballería.

Simón miró a través de la embaldosada extensión del Jardín de Fuego, tratando de expresar con palabras sus pensamientos.

—Sin embargo, yo no me siento distinto. Soy un caballero, ¡un hombre! Entonces ¿por qué me siento la misma persona?

Interesado por algo que leía, Binabik tardó un poco en contestar.

—Lo siento, Simón, pero no sirvo para escuchar. ¿Te importaría repetir lo que decías?

Simón se inclinó para coger una piedra suelta y arrojarla a la maleza que circundaba la superficie embaldosada. Qantaqa corrió tras ella.

—Si soy un caballero y un hombre adulto, ¿cómo me siento igual que aquel estúpido marmitón?

Binabik sonrió.

—No eres tú solo quien tuvo el mismo problema, amigo mío. Una persona no cambia mucho en su interior porque haya pasado una época de la vida o por haber alcanzado una categoría. Tú fuiste armado caballero por la valentía demostrada en Urmsheim. Si algún cambio se produjo en ti, no fue durante la ceremonia de ayer, sino en aquella montaña—explicó, con una palmada a la bota de Simón—. ¿No dijiste tú mismo que allí habías aprendido algo, y también por el derramamiento de la sangre del dragón?

—Sí —repuso Simón, que contemplaba la cola de Qantaqa, que se agitaba por encima de los brezos como un penacho de humo.

—La gente, tanto si se trata de gnomos como de habitantes de las tierras bajas, evoluciona cuando le llega al momento —dijo el hombrecillo—, y no porque alguien lo disponga. Estáte contento. Tú siempre serás muy Simón, pero yo mismo he observado en ti muchos cambios, en los meses que llevamos de amistad

—¿De veras? —preguntó Simón, cuando ya preparaba el lanzamiento de otra piedra.

—¡Claro que sí! Te estás haciendo hombre. Simón. Pero deja que todo suceda con el tiempo debido, y no te preocupes. Mira, quiero leerte

algo —agregó, removiendo los papeles, y con uno de sus dedos regordetes recorrió las líneas garrapateadas por Morgenes— . Nunca le agradeceré bastante a Strangyeard que sacara este libro de las ruinas de Naglimund. Constituye nuestro último nexo con aquel gran hombre, tu maestro. ¡Ah, aquí! —señaló—. Morgenes escribe sobre el rey Juan *el Presbítero:*

> *...El toque de divinidad que pudiera haber en él se hacía evidente, sobre todo, en sus idas y venidas, en su habilidad para estar en momento justo en el sitio más conveniente, ganado con ello...*

—Eso ya lo leí —dijo Simón con relativo interés.

—En tal caso, ya te habrás dado cuenta de lo que significa para nuestros esfuerzos —replicó el gnomo.

> *Porque Juan* el Presbítero *sabia que, tanto en la guerra como en la diplomacia —como en el amor y el comercio, otras dos ocupaciones no demasiado desiguales—, las recompensas no suelen ser para los fuertes, y ni siquiera para los justos, sino más bien para quienes tienen suerte. Juan también sabía que quien se mueve con rapidez y sin indebida cautela hace su propia suerte.*

Simón frunció el entrecejo ante la satisfecha expresión de Binabik.

—¿Ah, sí?

Pero el gnomo se mostró imperturbable.

—Presta atención.

> *Así, en la guerra que dejó Nabban en sus imperiales manos. Juan condujo a sus tropas, que estaban en gran minoría frente al enemigo, por el desfiladero de Onestrine y las arrojó contra las afiladas lanzas de las legiones de Ardrivis, cuando todo el mundo sabía que sólo un loco haría tal cosa. Pero fue precisamente esa barbaridad, lo que parecía una locura, lo que dio a las escasas fuerzas de Juan una gran ventaja sobre el ejército contrarío, dada la sorpresa, y hasta los nabbanos creyeron ver en ello un irresistible toque divino.*

Simón encontró un poco preocupante el tono triunfal que había en la voz del hombrecillo. Binabik parecía creer que la cosa quedaba bastante clara. El joven caballero quedó pensativo.

—¿Quieres decir, con eso, que debiéramos ser como Juan *el Presbítero y* tratar de coger a Elías por sorpresa? ¿Que... habría que atacarlo?

La idea era asombrosa.

El gnomo hizo un gesto afirmativo y enseñó los dientes en una amarillenta sonrisa.

—¡Ah, listo Simón! ¿Y por qué no? Hasta ahora, nosotros sólo reac-

cionamos, pero sin actuar. Tal vez fuese conveniente un cambio.

—Y el Rey de la Tormenta, ¿qué?

Estremecido de sólo pensar en él, Simón echó una mirada al encapotado horizonte. Ni siquiera le gustaba pronunciar su nombre bajo el pizarroso cielo, en tan extraño lugar.

—Además, Binabik, nosotros no somos más que unos centenares, mientras que Elías cuenta con miles de soldados. ¡Todo el mundo lo sabe!

El gnomo se encogió de hombros.

—¿Y quién dice que tengamos que luchar un ejército contra otro? En cualquier caso, nuestra pequeña compañía crece continuamente, ya que de las praderas viene cada vez más gente a... ¿cómo lo llama Josua? ¡Ah, sí, a Nueva Gadrinsett!

Simón lanzó otra de sus piedras alisadas por el viento.

—A mí me parece una tontería. Bueno, quizá no una tontería, pero sí algo muy peligroso.

Binabik no se alteró. De un silbido llamó a Qantaqa, que cruzó al trote el espacio embaldosado.

—Tal vez sea justamente eso, Simón. Creo que nos conviene caminar un poco.

El príncipe Josua contempló su espada con cara de preocupación. El buen humor demostrado en la fiesta en honor de Simón se había desvanecido por completo.

No era que, en los últimos tiempos, Josua se sintiera especialmente feliz, pensó sir Deornoth, pero había comprendido que, con sus dudas, intranquilizaba a los que lo rodeaban. En épocas como aquélla, la gente prefería un príncipe audaz a uno sincero, por lo que Josua procuraba presentarse ante sus súbditos con expresión de moderado optimismo. Pero Deornoth, que lo conocía bien, sabía de sobra que las responsabilidades le pesaban a su príncipe tanto como siempre.

«Es como mi madre —se dijo Deornoth—. Cosa rara de pensar, respecto de un príncipe. Pero, al igual que ella, considera que debe guardar para sí todos los quebraderos de cabeza y temores, y que nadie más tiene por qué cargar con ellos.»

Y, también como su madre, Josua parecía envejecer más deprisa que los demás. Ya de por sí esbelto, el príncipe había adelgazado mucho durante la huida de Naglimund. Se había recuperado un poco, desde entonces, pero lo envolvía un extraño halo de fragilidad que no acababa de desaparecer. Deornoth lo encontraba un poco... irreal, como si hubiese salido de una larga enfermedad. Los mechones grises de sus cabellos se habían multiplicado de manera rápida, y en sus ojos, aunque penetrantes y sagaces como siempre, había un brillo casi febril.

«Necesita paz. Necesita descanso. Quisiera poder colocarme a los pies de su cama y protegerlo mientras duerme un año entero.»

—¡Que Dios le dé fuerzas! —musitó Deornoth.

Josua se volvió hacia él.

—Perdonad; estaba distraído. ¿Qué decíais?

Deornoth meneó la cabeza. No deseaba mentir, pero tampoco quería comunicar al príncipe sus pensamientos. Los dos dedicaron su atención a la espada.

Ambos se hallaban delante de la larga mesa de piedra, en el edificio al que Geloë había dado el nombre de Casa de la Despedida. No quedaba allí ningún indicio de la fiesta celebrada la noche anterior, y sobre la lisa superficie sólo había un objeto negro y reluciente.

—¡Y pensar que tantos murieron atravesados por esa hoja! —comentó Deornoth al fin, tocando la empuñadura envuelta en cordel.

Espina se notaba tan fría y muerta como la pieza de roca sobre la que descansaba.

—Y más recientemente—murmuró el príncipe—, pensad en cuántos murieron para que pudiéramos hacernos con ella.

—En cualquier caso, si algo es tan caro para nosotros, no debiéramos dejarla en esta sala, a la que todo el mundo tiene acceso —señaló Deornoth—. Tened en cuenta que quizá constituya nuestra mayor esperanza, Alteza, ¡nuestra única esperanza! ¿No valdría la pena esconderla o hacerla vigilar?

Josua esbozó una media sonrisa.

—¿Para qué, Deornoth? Cualquier tesoro puede ser robado, cualquier castillo resultar destruido, cualquier escondrijo ser descubierto. Es mejor dejarla donde todos puedan verla y notar la esperanza que representa —dijo, contemplando el arma con ojos entrecerrados—. No es que en mí despierte una gran confianza. Y vos no me consideraréis menos principesco si os confieso que, a mí, la espada me produce casi escalofríos, ¿verdad? —agregó, a la vez que pasaba una mano por toda la hoja, de arriba abajo—. En todo caso, y según lo dicho por Binabik y el joven Simón, nadie se llevará esta espada a donde ella no quiera ir. Además, si la tenemos aquí, a la vista de todos, como el hacha de Tethtain en el corazón de la legendaria haya, quizá venga alguien a decirnos cómo utilizarla.

Deornoth estaba desconcertado.

—¿Os referís a un hombre del pueblo, Alteza?

El príncipe emitió una especie de gruñido.

—Hay muchas clases de sabiduría, Deornoth. Si hubiésemos prestado más atención a la gente de la Marca Helada cuando fuimos advertidos de que el mal andaba suelto por el país, ¡quién sabe cuántas angustias podríamos habernos ahorrado! Cualquier indicación referente a esta espada será valiosa para nosotros, cualquier canción antigua, cualquier historia medio olvidada —declaró Josua, sin lograr esconder su descontento—. Al fin y al cabo, no tenemos ni idea del bien que nos pueda hacer. De hecho, ignoramos si nos va a servir de algo, salvo lo que dice una misteriosa y antigua poesía...

Una áspera voz lo interrumpió entonces.

Cuando la escarcha cubra la campana de Clavean
y las sombras avancen por la carretera,
cuando el agua se ennegrezca en el pozo,
deberán reaparecer tres espadas.

Los dos hombres se volvieron sorprendidos. En la puerta estaba Geloë, que continuó recitando mientras caminaba hacia ellos.

Cuando los bukken *salgan de la tierra*
y los hunën desciendan de las alturas,
cuando las pesadillas rompan el pacífico sueño,
deberán reaparecer tres espadas.

Para impedir el avance del fatal destino
y aclarar las oscuras nieblas del tiempo,
para que el Temprano resista al Demasiado Tarde,
deberán reaparecer tres espadas.

—No pude evitar oíros, príncipe Josua. Tengo el oído muy fino. Vuestras palabras fueron muy sabias. Pero con respecto a si la espada puede ser una ayuda... —dijo con una mueca—. Perdonad la franqueza de esta vieja mujer de los bosques, pero, si no creemos en la importancia de la profecía de Nisses, ¿qué otra cosa nos queda?

Josua intentó sonreír de nuevo.

—Ya no pongo en duda que signifique algo importante para nosotros, *Valada* Geloë. Sólo me gustaría saber con más claridad qué clase de armas serán esas espadas.

—Eso nos pasa a todos —respondió la sabia mujer de cara a Deornoth, antes de echarle un vistazo a la espada negra—. Sin embargo, ya poseemos una de las tres Grandes Espadas, y eso es más de lo que teníamos.

—¡Ciertamente! —admitió Josua, apoyado en la mesa de piedra—. Y gracias a vos estamos en lugar seguro. No soy ciego frente a la buena suerte, Geloë.

—Pero estáis preocupado —constató ella—. Cada vez se hace más difícil alimentar a nuestra creciente población y gobernar a quienes aquí viven.

—Desde luego —reconoció el príncipe—. Muchas de esas personas ni siquiera saben por qué están con nosotros; sólo que han seguido a otros colonos. Y, después de un verano tan gélido, no sé cómo sobreviviremos al invierno.

—La gente os hará caso, Alteza —intervino Deornoth—. Obedecerá vuestras órdenes, y veréis cómo sobreviviremos todos al invierno.

Cuando la hechicera estaba presente, Josua parecía más un atento estudiante que un príncipe, cosa que nunca había agradado a Deornoth, y le costaba disimular su fastidio.

—Sí, amigo —dijo Josua con una mano apoyada en el hombro del caballero—. Hemos pasado demasiado para dejarnos vencer ahora por los pequeños problemas de hoy.

Parecía querer añadir algo, pero en aquel momento percibieron unos pasos en la amplia escalinata. El joven Simón y Binabik aparecieron en la puerta, seguidos muy de cerca por la mansa loba del gnomo. El animal olisqueó el aire y todos los lados de la entrada, antes

de enroscarse en un apartado rincón de la sala. Deornoth la vio alejarse con cierto alivio. Tenía numerosas pruebas de que era inofensiva, pero él había crecido en los campos de Erkynlandia, donde los lobos eran siempre los demonios de los cuentos explicados junto al fuego.

—¡Caramba! —exclamó Josua con alegría—. ¡Mi más reciente caballero! ¡Y con él, el honorable enviado del distante Yiqanuc! ¡Venid y sentaos! —los invitó a pasar, señalando una fila de taburetes dejados allí de la fiesta—. Sólo vendrán unos cuantos más, el conde Eolair inclusive. Vos lo visteis, ¿verdad? —le preguntó a Geloë—. ¿Se encuentra bien?

—Sólo tiene cortes y magulladuras. Además está delgado. Su cabalgada fue larga, y apenas llevaba comida. Pero su salud es buena.

Deornoth pensó que Geloë tampoco habría dicho mucho más, en el caso de que el conde de Nad Mullach estuviera derrengado y quizás hasta descuartizado. De cualquier forma, la sabia mujer pronto lo tendría en condiciones. Geloë no demostraba el debido respeto hacia el príncipe, y pocos de sus rasgos resultaban femeninos, en opinión de Deornoth. No obstante, forzoso era admitir que hacía muy bien cuanto emprendía.

—Me satisface oírlo —respondió Josua, y escondió la mano bajo su capa—. Aquí hace frío. Encendamos un fuego, para que no tengamos que hablar entre castañeteos de dientes.

Mientras Josua y los demás conversaban, Simón recogió trozos de leña de la pila que había en un rincón y los colocó en el hogar, contento de tener algo en que ocuparse. Estaba orgulloso de formar parte de tan selecto grupo, pero todavía no tenía la certeza de que lo considerasen un igual.

—Pon las maderas de modo que se toquen en la punta, pero separadas abajo —le indicó Geloë.

Simón hizo lo que ella decía y formó una especie de tienda cónica con los trozos de leña en medio de los restos de ceniza. Cuando hubo terminado, miró a su alrededor. El basto hogar parecía fuera de lugar en aquel suelo de piedra finamente trabajada, como si unos animales se hubieran instalado en una de las grandes casas de los congéneres de Simón. En toda la alargada estancia no parecía haber un equivalente sitha del hogar. ¿Cómo habían mantenido caliente la habitación? Simón recordó que Aditu corría descalza por la nieve, y se dijo que, sin duda, eso no les importaba.

—¿Realmente es «Casa de la Despedida» el nombre de este sitio? —le preguntó a Geloë cuando ella se acercó con el pedernal y el acero.

La mujer guardó silencio durante unos momentos, mientras se agachaba junto al hogar y aplicaba una chispa a las espirales de corteza que había alrededor de la leña.

—Es un nombre tan acertado como cualquier otro. Yo lo habría llamado Sala del Adiós, pero el gnomo corrigió mi gramática sitha —explicó con una pequeña sonrisa, y un hilo de humo brotó de entre sus manos.

Simón pensó que Geloë había hablado en broma, pero no estaba

seguro.

—¿Eso de «la despedida» se debe a que es aquí donde las dos familias se separaron?

—Creo que si. Aquí se llegó al acuerdo. Me figuro que, en lengua sitha, tiene o tenía otro nombre, dado que fue utilizada durante largo tiempo, antes del alejamiento de las dos tribus.

De modo que él estaba en lo cierto: su visión le había mostrado ese mismo lugar en épocas pasadas. Muy pensativo, Simón recorrió la sala con la mirada. Las columnas de piedra labrada se mantenían limpias y angulosas a pesar de los incontables años transcurridos. El pueblo de Jiriki había poseído grandes dotes arquitectónicas, pero sus actuales casas del bosque eran tan cambiadizas e inestables como los nidos de los pájaros. Quizá los sitha supieran bien lo que hacían, al no echar raíces profundas. Sin embargo, a él le parecía, ahora más que nunca, que un lugar permanente, un hogar que no cambiara, era el máximo tesoro que alguien pudiese poseer.

—¿Por qué se separaron las dos familias?

—No lo sé. Nunca hay motivo para un cambio semejante, pero yo oí decir que los mortales tuvieron algo que ver con ello. Simón se acordó de la última y terrible hora en la Yásira.

—Utuk'ku, la reina de las nornas, estaba furiosa con los sitha porque «no habían echado a patadas del país a los mortales». También dijo que Amerasu no dejaría en paz a los mortales. A los mortales como yo…

Costaba pensar en Amerasu, la Nacida en el Barco, sin sentir vergüenza: su asesino había afirmado haber seguido a Simón a Jao é-Tinukai'i.

La hechicera lo miró brevemente.

—En ocasiones olvido cuánto has visto ya, muchacho. Espero que no lo olvides cuando llegue tu hora.

—¿Qué hora?

—Como ya te he dicho, tengo entendido que los mortales influyeron en la separación de los sitha y las nornas —prosiguió ella, pasando por alto su pregunta—, pero asimismo se rumorea que las dos familias ya se llevaban mal en su tierra de origen.

—¿En el Jardín?

—Así lo llaman, sí. No conozco bien la historia. Esas cosas nunca me interesaron demasiado. Siempre preferí dedicarme a lo que tengo delante, a lo que uno puede tocar y ver y dirigirse de palabra. En la leyenda sale una mujer sitha, y asimismo un hombre de los *hikeda'ya.* Ella murió. El también. Las dos familias se enemistaron de manera implacable. Siempre pasa lo mismo, chico. Si vuelves a ver a tu amigo Jiriki, pregúntaselo a él. Al fin y al cabo se trata de su propia familia.

Geloë se levantó para alejarse, y Simón quedó calentándose las manos en el fuego.

«Estas viejas historias son como la sangre. Corren a través de la gente, aunque ésta lo ignore o no piense en ello… —reflexionó Simón unos instantes—. Pero, pese a que uno no piense en tales cosas, las viejas historias salen por todas partes cuando llegan malos tiempos.

Igual que la sangre.»

El muchacho continuaba pensativo cuando llegó Hotvig acompañado de su mano derecha, el también thrithingo Ozhbern. Detrás de ellos aparecieron Isorn y su madre, la duquesa Gutrun.

—¿Cómo está mi mujer, duquesa? —preguntó Josua.

—No se encuentra bien, Alteza —contestó ella—. De lo contrario habría venido con nosotros. Pero es lógico. Los niños no sólo causan dificultades *después* de su nacimiento, ¿sabéis?

—Es muy poco lo que yo sé, buena señora —rió Josua—. Sobre todo, de esos asuntos. Nunca fui padre hasta ahora.

No tardó en presentarse Strangyeard con el conde Eolair de Nad Mullach. Este último había cambiado sus ropas de viaje por la vestimenta thrithinga, consistente en pantalones y camisa de gruesa lana marrón. Llevaba una torques de oro en el cuello, y se había recogido los negros cabellos en una larga cola. Simón recordó haberlo visto mucho tiempo atrás, en Hayholt, y de nuevo lo maravilló cómo el destino movía a la gente por el mundo como las piezas de un gran juego de *shent.*

—¡Bienvenido, Eolair, bienvenido! —dijo Josua—. ¡Loado sea Aedón! Me alegra enormemente veros de nuevo.

—¡Y a mí, Alteza!

El conde dejó sus alforjas apoyadas en la pared, junto a la puerta, y dobló brevemente una rodilla hasta tocar el suelo con ella. Luego se alzó para recibir el abrazo de Josua.

—Saludos de los hernystiros en el exilio —agregó.

Josua se apresuró a presentar a Eolair a quienes aún no conocía. El conde le dijo a Simón con una sonrisa cordial:

—Oí hablar de vuestras aventuras desde mi llegada. Confío en que os toméis algún tiempo para conversar conmigo.

Simón asintió halagado.

—¡Desde luego, conde!

Josua condujo a Eolair a la larga mesa donde aguardaba *Espina,* solemne y terrible como un rey muerto en sus andas.

—La famosa espada de Camaris —dijo el hernystiro—. Oí hablar tantas veces de ella, que me parece imposible verla por fin y comprobar que es verdadera, forjada de metal como cualquier otra arma.

—No como cualquier otra arma —lo corrigió Josua.

—¿Puedo tocarla?

—¡Claro que sí!

Eolair apenas logró levantar de la mesa de piedra la empuñadura de *Espina*. Le sobresalieron los músculos del cogote cuando quiso tirar de ella. Finalmente se rindió y se frotó los acalambrados dedos.

—¡Pesa más que una piedra de molino!

—Algunas veces —le hizo saber Josua—. Otras, en cambio, es ligera como una pluma de ganso. Ignoramos por qué, e incluso para qué va a servirnos la espada, pero es lo único que tenemos.

—El padre Strangyeard me habló de una rima —dijo el conde—. Creo que puedo explicaros algo más acerca de las Grandes Espadas. Si éste es el momento adecuado… —añadió.

—Celebramos un consejo de guerra —respondió Josua simple-

mente—. A todos los presentes se les puede explicar cualquier cosa, y ansiamos averiguar algo nuevo respecto de las espadas. También nos interesa lo que podáis decirnos de vuestro pueblo, lógicamente. Tengo entendido que Lluth murió. Contáis con todas nuestras simpatías. Fue un excelente hombre y un gran rey.

—En efecto. También Gwythinn, su hijo...

Sir Deornoth, sentado cerca, lanzó una exclamación.

—¡Vaya! ¡Esta sí que es una mala noticia! Había salido de Naglimund poco antes del asedio. ¿Qué ocurrió?

—Fue apresado por los hombres de Skali, y destrozado —musitó Eolair con la vista clavada en el suelo—. Arrojaron sus restos al pie de la montaña, como si fueran basura, y se largaron.

—¡La maldición caiga sobre ellos! —rugió Deornoth.

—Me avergüenzo de que sean mis compatriotas —intervino el joven Isorn.

Su madre le dio la razón.

—Cuando mi esposo regrese, ya le pedirá cuentas a *Nariz Afilada*.

Gutrun hablaba con tanta seguridad como si se refiriera al próximo anochecer.

—En realidad todos somos compatriotas, aquí— señaló Josua—. Formamos un solo pueblo. De hoy en adelante iremos juntos contra los enemigos comunes. Sentaos todos —dijo indicando los taburetes alineados contra la pared—. Tenemos que apañarnos nosotros solos, y opino que, cuanto más reducido permanezca esta grupo, más fácil será hablar con franqueza.

Una vez instalados todos, Eolair explicó la caída de Hernystir, empezando por la matanza de Inniscrich y la mortal herida de Lluth. Apenas había comenzado el relato cuando en el exterior se produjo una conmoción. Momentos después entraba tambaleándose el viejo bufón llamado Towser, seguido de Sangfugol, que intentaba retenerlo tirándole de la camisa.

—¡Muy bonito! —jadeó el hombre, fija en Josua la mirada de sus enrojecidos ojos—. ¡No sois más leal que el asesino de vuestro hermano...!

Los desesperados tirones que le daba Sangfugol estuvieron a punto de hacerlo caer. Colorado y con los escasos cabellos en terrible desorden, era evidente que Towser estaba borracho.

—¡Vuelve atrás, maldito! —gritó el arpista—. ¡Lo lamento, mi príncipe! De repente apareció y...

—Pensar que, después de tantos años de servicio... —farfulló el bufón—, pensar que... ¡me veo *excluido*! —y pronunció esta palabra con orgulloso cuidado, sin darse cuenta del hilo de saliva que le colgaba de la barbilla—, y que me apartéis de vuestros consejos, cuando yo fui uno de los más íntimos de vuestro padre...

Josua se puso de pie y contempló a Towser con tristeza.

—No puedo hablar contigo, amigo, mientras estés en semejantes condiciones —contestó ceñudo, presenciando cómo Sangfugol luchaba con el bufón.

—Yo intervendré, príncipe —dijo entonces Simón, que no soportaba

ver cómo el viejo se ponía en tan vergonzosa situación.

Entre él y el arpista consiguieron hacerle dar media vuelta. Apenas estuvo de espaldas al príncipe, la rabia pareció abandonarlo, y el bufón se dejó sacar de la estancia sin más protestas.

Fuera, un helado viento barría la cumbre. Simón se quitó la capa y arropó con ella al anciano, que se dejó caer sentado en el peldaño superior de la escalinata, todo él un haz de huesos y pellejos, y balbució:

—Creo que voy a vomitar.

Simón le dio una palmada en el hombro y miró impotente a Sangfugol, cuya expresión no era precisamente de simpatía hacia el bufón.

—Es como cuidar de una criatura —gruñó el arpista—. ¡No! Los niños se portan mejor. Leleth, por ejemplo, que ni siquiera habla.

—¡*Yo* les indiqué dónde encontrar esa maldita espada negra!— murmuró Towser— Les dije dónde estaba... También les hablé de la otra, que Elías no podrá retener. «Vuestro padre quiere que la tengáis vos», dije, pero él no me hizo caso. La soltó como si fuera una serpiente. Y ahora... lo mismo con la espada negra... —musitó, y una lágrima resbaló hasta la blanca barba que poblaba su mejilla—. Josua me abandona como si fuera una piel de naranja.

—¿De qué habla? —inquirió Simón.

Sangfugol frunció los labios.

—Le dijo algo al príncipe sobre *Espina*, antes de que vos partierais en su busca. Pero yo tampoco entiendo el resto. —E inclinado sobre Towser, lo agarró por un brazo—. ¡Uf! Para él resulta fácil quejarse, ¡como no tiene que hacer de niñera para sí mismo! Desde luego, también habrá días malos en la carrera de un caballero, ¿o no? Por ejemplo, si alguien os ataca con una espada.

Levantó de golpe al bufón y esperó a que se sostuviera solo.

—Ni Towser ni yo estamos de muy buen humor, Simón— agregó—. No es culpa vuestra. Venid a verme más tarde y tomaremos un poco de vino.

Sangfugol se alejó a través de la ondeante hierba, tratando de sostener a Towser y, al mismo tiempo, mantenerlo lo más apartado posible de sus limpias ropas.

El príncipe Josua dio las gracias a Simón, cuando éste entró de nuevo en la Casa de la Despedida. Al joven le resultó extraño verse alabado por haber cumplido con tan desagradable deber. Eolair finalizaba su descripción de la caída de Hernysadharc y de la consiguiente huida a las montañas de Grianspog. Cuando llegó a lo de la retirada de los hernystiros restantes a las cuevas que agujereaban toda la cordillera, y narró cómo habían sido conducidos a ellas por la hija del rey, la duquesa Gutrun no pudo contener una sonrisa.

—Maegwin es una muchacha lista. Tenéis suerte de contar con ella, si la viuda del rey es tan incapaz como decís.

—Acertáis, señora. Maegwin es en todo la hija de su padre. Yo solía pensar que gobernaría mejor que Gwythinn, que a veces era un poco testarudo, pero ahora ya no estoy tan seguro —contestó Eolair con gesto preocupado.

Habló entonces de las crecientes rarezas de la princesa, de sus

sueños y visiones, y de cómo tales sueños habían sido la causa de que Maegwin y él descendieran hasta el mismo corazón de la montaña, donde se hallaba la antigua y misteriosa ciudad de Mezutu'a.

Al describir la sorprendente población y a sus extraños habitantes, los dwarrows, todos lo escucharon llenos de sombro. Los únicos no pasmados fueron Geloë y Binabik.

—¡Maravilloso! —murmuró Strangyeard con los ojos puestos en el abovedado techo de la Casa de la Despedida, como si también él estuviera en las entrañas de las montañas de Grianspog—. ¡La Sala de los Modelos! ¡Qué maravillosas historias debe de haber escritas allí!

—Quizá las podáis leer más adelante —bromeó Eolair—. Me alegro de que el espíritu de la erudición haya sobrevivido a este tremendo invierno. Pero lo más importante tal vez sea lo que dijeron los dwarrows sobre las Grandes Espadas —indicó de cara a todos—, Porque esos seres afirman haber forjado a *Minneyar*.

—Conocemos en parte la historia de *Minneyar*—intervino Binabik—, y los dwarrows o dverningos, como los norteños los llaman, figuran en ella.

—Pero lo que más nos preocupa es el paradero de *Minneyar*—declaró Josua—. Tenemos una espada. Elías tiene la otra. La tercera...

—Casi todos los presentes en esta sala hemos visto esa tercera—dijo Eolair—, así como el lugar en que ahora se encuentra, si los dwarrows no se equivocan. Porque afirman que *Minneyar* fue llevada a Hayholt por Fingil, pero que la descubrió Juan *el Presbítero*... y le puso el nombre de *Clavo Brillante*. En consecuencia, y si los dwarrows están en lo cierto, la espada fue enterrada con vuestro padre, Josua...

—¡Cielos! —murmuró Strangyeard, y un maravillado silencio siguió a su exclamación.

—¡Pero si yo mismo la sostuve en mi mano! —habló por fin Josua, extrañado—. ¡Yo mismo la coloqué sobre el pecho de mi padre! ¿Cómo pueden ser una misma espada *Minneyar* y *Clavo Brillante*? ¡Mi padre no dijo jamás una palabra acerca de eso!

—No, no lo dijo —replicó Gutrun de manera sorprendentemente brusca—. No siquiera se lo contó a mi marido. Se excusó diciéndole que era una historia antigua y sin importancia. Secretos.

Simón, que había escuchado atento, habló por último.

—Pero... ¿no trajo la espada *Clavo Brillante* de Warinsten, donde él había nacido? Me refiero a vuestro padre —se excusó, temeroso de parecer osado—. Al menos, eso es lo que yo había oído.

Josua respondió meditabundo:

—Sí; es lo que muchos cuentan, pero, ahora que pienso en ello, mi padre nunca fue uno de ellos.

—¡Desde luego, desde luego! —exclamó Strangyeard, a la vez que se ponía de pie y daba una fuerte palmada con sus largas manos. El parche que le cubría el ojo se corrió un poco, con lo que el borde se le puso encima del caballete de la nariz—. ¡El pasaje que tanto inquietaba a Jarnauga, aquel pasaje del libro de Morgenes! Explicaba cómo Juan había descendido a enfrentarse al dragón, ¡pero llevaba una lanza! ¡Una lanza! ¡Ay, cielos, qué ciegos estábamos! —rió el sacerdote como un

chiquillo—. Pero, cuando salió, la lanza se había transformado en *Clavo Brillante*... ¡Ay, Jarnauga! ¿Por qué no estarás aquí?

El príncipe alzó la mano.

—Todo esto da mucho que pensar, y son muchos los antiguo: relatos que habría que repasar, pero de momento tenemos un problemas más importante. Si los dwarrows están en lo cierto, y presiento que así es, ya que... ¿quién podría poner en duda tan loca historia, en esta loca época?, hemos de conseguir la espada, llamémosla *Clavo Brillante* o *Minneyar*. Se halla en la tumba de mi padre, allá en Swertclif, justamente al otro lado de las murallas de Hayholt. Desde las almenas, mi hermano puede ver los túmulos cuando pasa revista a las tropas erkynas al borde de los acantilados, al amanecer y cuando oscurece.

Había pasado el momento embarazoso. En el pesado silencio que siguió, Simón empezó a concebir una idea. Era todavía vaga e inmadura, por lo que no dijo nada. Además resultaba más bien alarmante.

Entonces habló Eolair.

—Hay algo más, Alteza. Os expliqué la existencia de la Sala Modelo y de los planos que allí conservan los dwarrows de todas las excavaciones realizadas por ellos.

El conde se levantó para dirigirse a las alforjas que había depositado junto a la puerta. Cuando volvió, las volcó sobre el suelo, y de ellas cayeron diversos rollos de engrasadas pieles de oveja.

—Estos son los planos de las perforaciones hechas debajo de Hayholt, tarea que, según los dwarrows, data de la época en que el castillo se llamaba Asu'a y pertenecía a los sitha.

Strangyeard fue el primero en arrodillarse. Con la delicadeza propia de un amante extendió una de las pieles.

—¡Ah! —respiró extasiado, para poner luego cara de perplejidad—. Debo confesar que..., que estoy un poco decepcionado. No creía que los planos de los dwarrows fuesen tan..., ¡ay, cielos!, tan toscos.

—Estos mapas no son los de los dwarrows —declaró Eolair con gesto hosco—, sino que se trata del esforzado trabajo de dos escribas hernystiros, acurrucados en un lugar espantoso y medio a oscuras. Tuvieron que copiar los planos de piedra de los dwarrows en un material que yo pudiese transportar después a la superficie.

—¡Caramba! —exclamó el sacerdote, apesadumbrado—. ¡Perdonadme, conde! ¡Cuánto lo siento!

—No os preocupéis, Strangyeard —intervino Josua, que se volvió hacia el conde de Nad Mullach—. Esto es una inesperada bendición, Eolair. El día en que por fin nos veamos ante los muros de Hayholt, no cesaremos de ensalzar vuestro nombre.

—Y el vuestro, Josua. La idea fue de Maegwin, a decir verdad. Yo ignoro hasta qué punto serán útiles estos planos, pero el saber nunca está de más, como sin duda opinará también vuestro archivero —agregó señalando a Strangyeard, que hurgaba entre las pieles de oveja como un cochinillo que hubiera descubierto un montón de trufas—. Pero debo confesar que vine a vosotros en espera de recibir algo más que agradecimiento. Cuando abandoné Hernystir, fue con la idea de

encontrar vuestro ejército de rebeldes, príncipe Josua, y de poder echar juntos a Skali de Kaldskryke de mi país. Compruebo, sin embargo, que no estáis en situación de enviar un ejército a ninguna parte.

—No, desde luego—contestó Josua con expresión seria—. Todavía somos muy pocos. Cada día llega gente nueva, pero os haríamos esperar mucho antes de poder ayudar a los hernystiros con nuestras tropas, por escasas que éstas fuesen.

Seguidamente se puso a caminar por la habitación, frotándose el muñón de su muñeca derecha como si le doliese.

—Toda esta lucha ha sido como si hiciéramos la guerra con los ojos vendados: en realidad no conocemos ni entendemos la tremenda fuerza empleada contra nosotros. Y, aunque ahora empezamos a adivinar la naturaleza de nuestros enemigos, somos demasiado pocos para nada que no sea permanecer escondidos aquí, en la más remota región de Osten Ard.

Deornoth se atrevió a indicar:

—Si pudiéramos devolver algún golpe, señor, el pueblo se levantaría para apoyaros, pero muy poca gente, aparte de los thrithingos, sabe que continuáis vivo.

—Eso es cierto, príncipe Josua —dijo Isorn—. Me consta que en Rimmersgard hay muchos que odian a Skali. No me faltó quien me ayudara a esconderme cuando escapé del campamento de *Nariz Afilada.*

—En cuanto a eso, también en Hernystir es sólo un débil rumor lo de vuestra supervivencia —indicó Eolair—. El solo hecho de llevar semejante información a mi pueblo, refugiado en las montañas de Grianspog, convertirá mi viaje en un gran acontecimiento.

Josua dejó de dar pasos por la estancia.

—Les llevaréis algo más que eso, conde Eolair. ¡Os juro que les proporcionaréis más esperanzas! —declaró, y se pasó la mano por los ojos como alguien despertado antes de hora—. ¡Qué día, por el Árbol! Hagamos una pausa y comamos algo. En cualquier caso, necesito reflexionar sobro lo oído —dijo con fatigada sonrisa—. También debo ir a ver a mi mujer... ¡Arriba todos! Se levanta la sesión. Aunque supongo que vos, Strangyeard, preferiréis seguir aquí...

El archivero, rodeado de pieles de oveja, ni siquiera lo oyó.

Inmerso en sus oscuros y laberínticos pensamientos, Pryrates tardó en percibir el sonido.

Cuando, por fin, éste penetró a través de la niebla de su preocupación, se paró bruscamente y vaciló en el umbral de la puerta.

—*Azha she'she t'chakó, urun she'she bhabekró...*

El sonido procedente de la oscura escalera era fino pero horrible, una solemne melodía entretejida en una penosa disonancia; podría haber sido el contemplativo himno de una araña mientras envolvía a su presa en pegajosa seda. Velada y lenta, se deslizaba amarga entre las notas, pero con una habilidad que hacía sospechar que la aparente discordancia era intencionada..., que se basaba en un concepto totalmente distinto de la melodía.

—*Mudhul samat'ai. Jabbak s'era memekeza sanayha-z'á ninyek*

she'she, hamut 'tke agrazh'a s'era yé...

Un hombre de menos importancia habría dado media vuelta y huido hacia la parte alta del castillo, allí donde daba la luz del día, antes que ir al encuentro del intérprete de tan extraño canto. Pryrates no lo dudó un instante, sino que descendió todavía más. El eco que sus botas producían en los peldaños de piedra era estremecedor. Un nuevo hilo de la melodía se unió al primero, igualmente misterioso e imperturbable, y juntos zumbaron como el viento sobre la boca de una chimenea.

Pryrates llegó al rellano y torció hacia el corredor. Las dos nornas que se hallaban delante de la pesada puerta de roble callaron de manera súbita. Cuando él se acercó, lo miraron con la indiferente y casi insultante expresión de unos gatos molestados durante una siesta al sol.

Eran muy altas para ser *hikeda'ya*, como comprobó Pryrates. Una y otra tenían la estatura de un hombre muy alto, si bien estaban tan flacas como mendigas medio muertas de hambre. Sostenían, sin apretarlas, sus lanzas de un blanco plateado, y sus rostros mortalmente pálidos resaltaban tranquilos bajo las oscuras capuchas.

Pryrates fijó la vista en las nornas, y ellas le devolvieron la mirada.

—¿Y bien? ¿Vais a permanecer ahí, boquiabiertas, o pensáis abrirme la puerta?

Una de las nornas inclinó despacio la cabeza.

—Sí, señor Pryrates.

En su gélida forma de hablar no había ni la más mínima diferencia.

El se volvió y abrió la gran puerta de un tirón. Detrás apareció un pasillo, en el que las antorchas producían una luz rojiza, y más escalones. El sacerdote alquimista pasó entre las dos guardianas y continuó el descenso. La puerta se cerró con fuerza detrás de él. Pero, antes de que Pryrates hubiese dado diez pasos, la rara melodía había empezado de nuevo.

Se alzaban y caían los martillos, resonando con estrépito, golpeteando el metal mientras se enfriaba, hasta darle las formas convenientes para el rey, que permanecía sentado en el penumbroso salón del trono, a gran altura sobre la fundición del castillo. El estruendo era terrible, pero el hedor a azufre, a hierro candente, a tierra chamuscada, e incluso el olor dulzón a carne humana quemada, resultaba todavía peor.

La deformidad de los hombres que corrían de un lado a otro por la gran herrería era grave, como si el tremendo y achicharrante calor de aquella caverna los hubiese derretido como si fueran de metal malo. Ni siquiera su pesada y acolchada vestimenta lograba disimularlo. En realidad, y Pryrates lo sabía de sobra, sólo aquellas personas irremediablemente contrahechas de cuerpo o espíritu seguían allí, trabajando en la forja de Elías. Algunos habían logrado escapar a tiempo, pero casi todos los individuos al principio sanos habían sido deslomados por Inch, el corpulento capataz. Un par de reducidos

grupos habían sido seleccionados por el propio Pryrates para ayudar en ciertos experimentos suyos. El resto había acabado por volver al agotador antro para alimentar, después de la muerte, los mismos hornos en los que habían trabajado en vida.

El consejero real miró con ojos entrecerrados a través del humo que todo lo llenaba, vigilando a aquellos desgraciados que transportaban enormes cargas por la fragua o saltaban hacia atrás como ranas escaldadas cuando una lengua de fuego se les acercaba demasiado. De una manera u otra, y como se dijo Pryrates, Inch sabía tratar a los hombres con más gracia e inteligencia que él mismo.

De echo, pensó Pryrates, riéndose de su propia y cruel ligereza, si eso era lo corriente, podía considerarse un milagro que aún quejara alguien capaz de atizar los fuegos o atender a los metales fundidos en los grandes crisoles.

Hubo una pausa en el ruido de los martillos y, en aquel momento de silencio casi absoluto, Pryrates percibió un chirrido detrás de él. Se volvió, procurando no parecer nervioso, por si acaso alguien lo observaba. Nada podía asustar al sacerdote rojo. Era importante que todos lo supiesen. Cuando vio qué había producido aquel sonido, soltó una risita y escupió sobre la piedra.

La gran noria cubría la mayor parte de la pared de la caverna que se alzaba a sus espaldas. La poderosa rueda de madera, cubierta de metal y sujeta en un eje que había sido cortado transversalmente de un enorme tronco de árbol, tomaba el agua de una fuerte corriente que pasaba por la fragua, para subirla y verterla luego en un ingenioso laberinto de conductos que transportaban el agua a diferentes puntos de la herrería, ya fuese para enfriar el metal, apagar fuegos o —si a Inch le daba por ahí— ser bebida a lengüetadas por los miserables y medio abrasados obreros. La rueda movía asimismo una serie de cadenas de hierro, llenas de negra espuma, las más gruesas de las cuales penetraba verticalmente en la oscuridad del techo para suministrar fuerza motriz a determinados ingenios que Pryrates estimaba en gran manera. Pero en esos momentos era el trabajo de las paletas de las ruedas lo que ocupaba la imaginación del alquimista, que se preguntaba distraídamente si un mecanismo semejante, de las dimensiones de una montaña y accionado por los esforzados tendones de varios miles de gimientes esclavos, no podría secar el fondo del mar y dejar al descubierto los secretos escondidos durante eones en las eternas oscuridades.

Mientras se figuraba cuan fascinantes cosas podría revelar la milenaria capa de cieno, una manaza de ennegrecidas uñas se posó en su manga. Pryrates dio una rápida media vuelta y se la sacó de encima.

—¿Cómo osas tocarme? —exclamó sibilante, y sus oscuros ojos se estrecharon, a la vez que los dientes del brujo parecían dispuestos a arrancarle la garganta al formidable y encorvado individuo que tenía delante.

Inch le devolvió la mirada durante unos momentos, antes de contestar. Su redonda cara estaba cubierta por trozos de barba que alternaban con otros de piel socarrada por el fuego. Como siempre,

parecía torpe e implacable como la piedra.

—¿Queréis hablar conmigo?

—¡No vuelvas a tocarme jamás! —dijo Pryrates con voz contenida, aunque aún había en ella una tensión mortal—. ¡Jamás!

Inch arrugó las desiguales cejas. El hueco donde antes había tenido un ojo se abrió de manera horrible.

—¿Qué queréis de mí?

El alquimista hizo una pausa y respiró para tragarse la tremenda furia que había subido hasta su cerebro. El mismo estaba sorprendido de la violencia de su reacción. Era absurdo desperdiciar su enojo en aquel bruto capataz. Cuando Inch le hubiera servido para sus propósitos, podría matarlo como la estúpida bestia que era. Pero hasta entonces resultaba útil para los planes del rey y, lo que era aún más importante, para los suyos propios.

—El rey desea que los paneles sean reforzados. Nuevas viguetas, nuevas barras cruzadas..., las maderas más pesadas que podamos traer del Kynslagh.

Inch bajó la cabeza, pensativo. Su esfuerzo era casi palpable.

—¿Cuándo? —preguntó por fin.

—Para Candelmansa. Una semana más, y tú y todos tus paniaguados os veréis ensartados encima de la Puerta de Nearulagh, haciendo compañía a los cuervos.

Pryrates tuvo que contener la risa, al imaginarse la deforme cabezota de Inch hincada encima de la famosa puerta. Ni siquiera los cuervos se pelearían por semejante bocado.

—¡No quiero excusas! —añadió—. Tienes cuatro meses de tiempo. Y, volviendo a la Puerta de Nearulagh, hay un par de cosas más que hacer. Pocas, pero muy importantes. Algunas mejoras en las defensas de la puerta. También eso deberá estar listo para Candelmansa.

Pryrates sacó un rollo de pergamino de su túnica. Inch lo desplegó y lo alzó para aprovechar mejor la cambiadiza luz de los fuegos de la herrería.

—¿Dónde está el sello real?

En la arrugada cara del capataz apareció una expresión sorprendentemente astuta.

La mano del alquimista se levantó, y un parpadeo de grasienta luz amarilla le contorneó las puntas de los dedos. Un momento después, el resplandor se apagó, y Pryrates dejó caer la mano hasta dejarla cubierta por la voluminosa manga escarlata.

—Si vuelves a poner en duda algo de lo que yo diga —rechinó el diabólico sacerdote— ¡no dejaré de ti más que cenizas!

El capataz de la fundición declaró muy serio:

—Si hicierais eso, las paredes y la puerta no estarían terminadas. Nadie hace trabajar tan deprisa a los hombres como el doctor Inch.

—Doctor Inch, ¡ah...! —replicó Pryrates, frunciendo los delgados labios—. Sabe Jesuris que estoy harto de hablar contigo. Tú limítate a cumplir los deseos de Elías. Tienes más suerte de la que te figuras, patán. Porque verás el comienzo de una gran era, de una verdadera edad de oro —dijo, aunque en su interior pensó: «Pero sólo el comienzo,

y no siquiera mucho de eso»—. Volveré a bajar dentro de dos días, y entonces me notificarás cuántos hombres y qué otras cosas necesitas para llevar a cabo el trabajo.

Cuando se alejaba a grandes zancadas, creyó oír que Inch voceaba algo detrás de él, pero al dar media vuelta comprobó que el encargado de la herrería tenía la vista fija en los gruesos radios de la rueda, que pasaban en un círculo sin fin. El golpeteo de los martillos era ensordecedor, mas, aun así, Pryrates pudo percibir el pesado y lúgubre chirriar de la rueda en funcionamiento.

El duque Isgrimnur estaba apoyado en el alféizar de la ventana, acariciándose la reciente barba mientras contemplaba los grasientos canales de Kwanitupul. Pasada la tempestad, los restos de aquella nevada tan fuera de temporada se habían derretido, y el pantanoso aire, aunque todavía extrañamente frío, había recobrado su habitual humedad. Isgrimnur sintió la imperiosa necesidad de moverse y hacer algo.

«Estoy atrapado —pensó—. Tan fuertemente ensartado como si me hubiesen atacado los arqueros. Parece reproducirse la maldita batalla del lago Clodu…»

Pero desde luego no había allí arqueros ni fuerzas hostiles de ninguna clase. La ciudad de Kwanitupul, al menos provisionalmente libre de las garras del frío y vuelta a su acostumbrada existencia cotidiana, no prestaba más atención a Isgrimnur que a cualquier otra de las miles de personas que ocupaban el desvencijado apiñamiento de casas como otras tantas pulgas. No; eran las circunstancias las que habían atrapado al anterior dueño de Elvritshalla, pero esas circunstancias eran, ahora, un enemigo más implacable que cualquier adversario humano, por numeroso y bien armado que fuese.

Isgrimnur se enderezó con un suspiro y miró a Camaris, sentado contra la pared de enfrente y entretenido en hacer nudos en una cuerda y deshacerlos otra vez. El anciano, otrora el más prestigioso caballero de Osten Ard, alzó la vista y mostró su dulce sonrisa de niño tonto. Pese a su edad, acentuada por los níveos cabellos, la dentadura de Camaris se conservaba bien. Era un hombre todavía robusto, con una dureza de mano que más de un joven pendenciero de los que frecuentaban las tabernas hubiera querido para sí.

Sin embargo, las semanas enteras de esfuerzo por parte de Isgrimnur no habían logrado borrar aquella desesperante sonrisa. Tanto si Camaris estaba embrujado, como si había recibido una herida en la cabeza o, simplemente, su deterioro era debido a la edad, todo resultaba en lo mismo: el duque no había sido capaz de despertar ni el menor recuerdo. El pobre hombre no reconocía a Isgrimnur, había olvidado su pasado y ni siquiera se acordaba de su verdadero nombre. Si el duque no hubiera conocido tan bien a Camaris, podría llegar a dudar de sus propios sentidos y de su memoria, pero Isgrimnur había visto al más destacado caballero del rey Juan en todas las épocas, a una y otra luz, en tiempos buenos y malos. El anciano podía ignorar quién era, pero Isgrimnur no se equivocaba.

Librodot

Aun así, ¿qué podía hacer con él? Estuviese loco o no, había que auxiliarlo. Lo más importante era conducir al viejo hasta quienes lo conocieran y venerasen. Aunque el mundo que Camaris había ayudado a construir se tambalease ahora, aunque el rey Elías hubiera devastado el sueño de Juan, amigo y señor feudal de Camaris, el desdichado anciano merecía pasar sus últimos años en un sitio más digno que aquel pestífero rincón de aguas estancadas. Y, si alguno de los hombres de Josua había sobrevivido, debía saber que Camaris aún existía, porque el caballero podía constituir un poderoso emblema de esperanza y aliento, e Isgrimnur, un sagaz estadista a pesar de todas sus jactanciosas desaprobaciones, conocía el valor de un símbolo.

Pero, aunque Josua o varios de sus capitanes hubiesen sobrevivido y se hallaran reagrupados en algún lugar del norte, como se rumoreaba en el mercado de Kwanitupul, ¿cómo podrían llegar hasta ellos él y Camaris, a través de un Nabban repleto de enemigos? Además, ¿cómo podía él, Isgrimnur, abandonar la posada? El padre Dinivan le había encargado, con su último aliento, traer a ella a Miriamele. Por desgracia no la había hallado antes de verse forzado a huir del Sancellan Aedonitis, pero era posible que la princesa tuviera noticia de este lugar... Quizás el propio Dinivan se lo hubiese indicado... Tal vez Miriamele llegara sola y sin amigos, y... ¿entonces qué, si Isgrimnur se había marchado ya? ¿Podía él arriesgarse a tal cosa? Estuviera Josua vivo o muerto, él debía hacer todo lo imaginable por ayudar a la joven.

Isgrimnur había confiado en que Tiamak —que, si bien de modo no especificado, era amigo íntimo de Dinivan— supiese algo referente al paradero de Miriamele, pero tal esperanza se había desvanecido en el acto. Después de mucho insistir, el hombrecillo de la piel morena había admitido que era también un enviado de Dinivan, aunque sin dar más explicaciones. A Tiamak le había producido gran preocupación la noticia de la muerte de Dinivan y Morgenes, pero el wran no le resultaba de ninguna utilidad a Isgrimnur. De hecho, el duque lo encontraba un poco hosco. Bien que al menudo habitante de los pantanos tenía que dolerle mucho la pierna —decía que lo había mordido un cocodrilo—, Isgrimnur opinaba que Tiamak podría hacer algo más para ayudar a resolver los enigmas que los atormentaban a ambos; por encima de todo, los propósitos de Dinivan. En cambio, el wran parecía contentarse con andar malhumorado por la habitación —¡una habitación pagada por Isgrimnur!— o con pasar largas horas escribiendo, o bien cojeando por los caminos de madera de Kwanitupul, como sin duda hacía ahora.

El duque estaba a punto de decirle algo a Camaris cuando alguien llamó a la puerta, que seguidamente se abrió con un chirrido para dar paso a Charystra, la patrona.

—Traigo la comida que me pedisteis —anunció en un tono revelador de que consideraba haber realizado un gran sacrificio personal, cuando sólo le correspondía cobrar el abusivo precio exigido por la pensión completa—. Un pan muy rico, y sopa. Todo de lo mejor. Con alubias —agregó mientras dejaba la sopera encima de la baja mesa y plantaba al lado, con brusquedad, tres escudillas——. No entiendo por

qué no tenéis que bajar a comer con todos los demás.

Todos los demás eran dos wrans, comerciantes en plumas, y un tallista de piedras preciosas ambulante, que había llegado de Naraxi en busca de trabajo.

—Porque pago expresamente para ello —gruñó Isgrimnur.

—¿Y dónde está el hombre de los pantanos? —quiso saber la mujer, a la vez que servía con el cucharón la sopa ya casi fría.

—Lo ignoro, y no creo que a vos os importe —replicó el duque con enojo—. Por cierto que esta mañana os vi salir con vuestra amiga.

—Iba al mercado —contestó ella aspirando fuertemente por la nariz—. No puedo utilizar mi barca porque *él*—y la mujer señaló con la cabeza a Camaris, ya que tenía las manos ocupadas— no la ha reparado.

—¡Ni permitiré que lo haga, por respecto a su dignidad! Además os pago por eso —indicó Isgrimnur, incapaz ya de contener su mal genio, dado que Charystra siempre probaba hasta dónde llegaba su caballerosidad—. Tenéis la lengua muy suelta, mujer. Me pregunto qué les contáis a vuestros amigos del mercado sobre mí y los demás huéspedes.

Ella se atrevió a lanzarle una mirada inquieta.

—Nada, desde luego.

—Más os valdrá que así sea, porque os di suficiente dinero para que mantuvierais en silencio la presencia de..., de este amigo —dijo observando a Camaris, que tomaba feliz una cucharada tras otra de la grasienta sopa—. Pero si creéis poder quedaros con el dinero y, a pesar de eso, divulgar historias, recordad que, si descubro que habéis hablado de mí o de mis asuntos..., *os haré desear, y muy de veras, que no lo hubieses hecho.*

Isgrimnur dijo todo esto con su voz más cavernosa, que sonaba como el retumbo de un trueno.

Charystra dio un paso atrás, asustada.

—Tengo la certeza de no haber contado nada. ¡Y vos no tenéis motivo para amenazarme, señor! ¡Ningún motivo! ¡No es justo que lo hagáis! Prometí no decir nada, y no lo haré —protestó mientras se dirigía a la puerta, blandiendo el cucharón como si quisiera desviar posibles golpes—. Todo el mundo os lo confirmará: ¡Charystra mantiene su palabra!

La mujer hizo una rápida señal del Árbol y salió al corredor dejando un reguero de sopa en el suelo de madera.

— ¡Uf! —bufo Isgrimnur, con la vista clavada en el grisáceo bodrio del fondo de la escudilla. Había pagado por su silencio, pero era como pagarle al sol para que no brillara. Había tirado el dinero como si fuera agua de Wran, y pronto se agotaría. Y entonces ¿qué? Se ponía nervioso al pensar en ello—. ¡Uf? —repitió—. ¡Diantre!

Camaris se enjuagó la barbilla y sonrió con la mirada perdida en la nada.

Simón, situado junto al menhir, miró hacia abajo. El pálido sol estaba casi exactamente encima de él, y perforaba la maleza produ-

ciendo unos parpadeantes reflejos en la ladera.

—¡Aquí está! —voceó, y luego se apoyó en el pilar alisado por el viento, dispuesto a esperar.

La blanca piedra aún no había perdido el frío de la mañana, y estaba más glacial que el aire que la envolvía. Al cabo de un momento, Simón notó que empezaban a helársele los huesos. Se apartó del menhir y contempló la línea de piedras colocadas en el borde de la cumbre. Los menhires rodeaban la cúspide de Sesuad'ra como las puntas de una corona real. Algunos de los viejos pilares se habían derrumbado, de modo que la corona tenía un aspecto un poco ruinoso, pero en su mayoría seguían en pie, cumpliendo con su deber después de incontables siglos.

«Parecen las Piedras de la Ira que hay en Thisterborg», pensó.

¿Sería también aquello un lugar sitha? Desde luego circulaban suficientes y extrañas historias al respecto.

¿Dónde se habían metido aquellos dos?

—¿Venís de una vez? —gritó.

Al no obtener respuesta, dio la vuelta a la piedra y caminó un poco ladera abajo, agarrándose con fuerza a los robustos brezos pese al resquemor que eso le producía, ya que el suelo estaba embarrado y podía resultar traidor. El lejano valle estaba cubierto de unas grises aguas que apenas se movían, de forma que el nuevo lago que abrazaba la roca parecía sólido como una superficie de piedra. Simón no pudo dejar de recordar los días en que había subido al campanario de la Torre del Ángel Verde, y le había parecido contemplar el mundo desde las nubes. En Sesuad'ra, en cambio, uno tenía la sensación de que toda la roca acababa de nacer, surgida con tremenda fuerza del todo original. Era fácil imaginarse que no existía nada, más allá; lo mismo que debía de haber sentido Dios cuando, desde la cima del monte Den Haloi, había creado el mundo, como explicaba el Libro de Aedón.

Jiriki le había narrado a Simón la llegada a Osten Ard de los Nacidos en el Jardín. En aquella época, según el sitha, la mayor parte del mundo estaba cubierta por el océano, como aún sucedía con el oeste. El pueblo había partido del sol naciente para atravesar inconcebibles distancias y desembarcar en las verdes costas de un mundo no hollado por la humanidad, una vasta isla situada en medio del mar. Algún cataclismo posterior habría cambiado después la faz de la tierra, como suponía Jiriki: probablemente, la tierra se había levantado, retirándose en cambio los mares hacia el este y el sur, y en su lugar quedaron nuevas montañas y praderas, con lo que los Nacidos en el Jardín no pudieron regresar nunca a su país de procedencia.

Simón pensaba en eso cuando miró hacia el este con los ojos semicerrados. Desde lo alto de Sesuad'ra se veía poco más que unas lóbregas estepas, inanimadas llanuras de monótonos matices grises y verdosos, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Por lo que Simón había oído decir, las estepas orientales ya eran inhóspitas antes de aquel espantoso invierno: cuanto más al este del bosque de Aldheorte iba uno, más áridas y desoladas se hacían. Según afirmaban los viajeros, ni siquiera los hyrkas y los thrithingos se atrevían a pasar

de determinado punto. El sol nunca lucía de manera franca, allí, y el país se hallaba sumido en un perpetuo crepúsculo. Los escasos audaces que habían penetrado en aquella tenebrosa extensión de terreno en busca de otros lugares, nunca habían regresado.

Pese a haber pasado largo tiempo en la contemplación, todavía estaba solo. Ya se disponía a dar otra voz cuando por fin apareció Jeremías abriéndose camino con cuidado entre zarzas y hierbas que le llegaban hasta la cintura. Leleth, apenas visible en medio de la oscilante maleza, iba de la mano del joven escudero. Parecía haberle tomado cariño al muchacho, si bien sólo lo demostraba mediante una constante proximidad. Todavía no hablaba, y su expresión seguía siempre seria y ensimismada, pero, cuando no podía estar con Geloë, procuraba hallarse cerca de Jeremías. Simón supuso que la niña adivinaba en el escudero algo semejante a su propia pena, una aflicción común.

—¿Penetra en el suelo —preguntó entonces el escudero—, o cae por el borde?

—Ambas cosas —señaló Simón.

Habían seguido el curso del manantial desde el punto en que brotaba, allí en el edificio al que Geloë había dado el nombre de Casa de las Aguas. Surgía misteriosamente de la roca y no desaguaba después de formar una rebalsa al pie de la fuente —con lo que proveía de fresca agua potable a Nueva Gadrinsett, y así se había convertido en uno de los centros de cotilleo y comercio de la naciente colonia—, sino que salía borboteante de la pequeña pila como un estrecho arroyuelo que abandonaba la Casa de las Aguas, uno de los puntos más elevados de Sesuad'ra, para recorrer luego toda la cumbre, asomando y desapareciendo según cambiaban las características del suelo. Simón nunca había visto ni oído hablar de un manantial que se comportara de tal modo —¿quién sabía de otra fuente que naciera en el pico de una montaña, además?—, por lo que estaba decidido a investigar su curso, y quizá su origen, antes de que volvieran las tempestades y se hiciera imposible su búsqueda.

Jeremías se unió a Simón cuando éste ya había iniciado el descenso. Ambos se inclinaron sobre el rápido riachuelo.

—¿Crees tú que continúa bajando —dijo Jeremías al mismo tiempo que señalaba el amplio foso gris formado alrededor de la Roca del Adiós—, o que vuelve a penetrar en el otero?

Simón se encogió de hombros. El agua que brotaba del corazón de una sagrada montaña sitha, tal vez podía penetrar de nuevo en la roca como una misteriosa rueda de creación y destrucción..., como el futuro dispuesto a absorber el presente, y que rápidamente desaparecía para convertirse en pasado. Ya iba a proponer una investigación más completa, cuando vio que Leleth bajaba también. Simón temió que se hiciera daño, aunque la chiquilla parecía prestar poca atención al espinoso atajo. Allí era fácil resbalar, y la fuerte pendiente podía resultar muy peligrosa.

Jeremías dio unos pasos atrás y la alzó por debajo de los delgados brazos hasta colocarla al lado de ellos. Al levantarla, el holgado vestido de Leleth se subió y, por espacio de unos instantes, Simón pudo ver las

cicatrices, unos largos e inflamados verdugones que le cubrían los muslos. El muchacho se dijo que, sin duda, serían mucho peores a la altura del estómago.

A lo largo de toda la mañana había estado pensando en lo que había oído en la Casa de la Despedida acerca de las Grandes Espadas y otras cosas. Todo eso le había parecido muy abstracto, como si él mismo, sus amigos y aliados, Elías e incluso el espantoso Rey de la Tormenta, no fueran más que piezas de un tablero de *shent*, unos pequeños objetos que podían colocarse de cien maneras distintas. Pero ahora, de repente, tuvo que recordar los auténticos horrores de un pasado reciente. Leleth, una chiquilla inocente, había sido aterrorizada y atacada por los perros de caza del Pico de las Tormentas. Otros miles de seres humanos, igualmente inocentes, habían sido desposeídos de sus hogares, dejados huérfanos, torturados, asesinados. El súbito enojo hizo tambalearse a Simón, como si la fuerza de su indignación bastara para hacerlo caer. Si existía una justicia, alguien pagaría por cuanto había ocurrido: por las vidas de Morgenes y Haestan, por lo que le había tocado sufrir a Leleth y también a Jeremías, cuyo enflaquecido rostro hablaba de muchas penas, por él mismo, triste y sin hogar...

«¡Que Jesuris se apiade de mí, pero yo los mataría a todos, si pudiera! A Elías y Pryrates y sus malditas nornas de la cara blanca... ¡Si pudiera, sí, les daría muerte a todos con mis propias manos!»

—Yo la vi en el castillo —dijo Jeremías.

Simón alzó la vista, sobresaltado. Tenía tan apretados los puños, que le dolían los nudillos.

—¿A quién?

—A Leleth —contestó el escudero señalando a la niña, que se embadurnaba la ya sucia cara al pasarse por ella las manos, mientras contemplaba el inundado valle—. Cuando era la pequeña doncella de la princesa Miriamele. Recuerdo que pensé: «¡Qué niña tan bonita!». Iba vestida de blanco y llevaba flores. ¡Tenía un aspecto tan pulcro! Y ahora... ¡mírala! —agregó con una queda risa.

De pronto, Simón no tuvo ganas de hablar de cosas desagradables.

—¡Pues fíjate en ti mismo! —dijo—. No eres el más apropiado para hablar de limpieza.

Pero Jeremías siguió con su tema.

—¿La conocías tú, Simón? Me refiero a la princesa.

—Sí, claro —gruñó Simón, que no deseaba volver a contarle la historia al escudero. Ya lo había decepcionado bastante no hallar a Miriamele con Josua, y lo horrorizaba que nadie supiera dónde estaba. ¡Tanto como había soñado con explicarle sus aventuras, imaginándose cómo abriría ella los ojos al conocer la lucha con el dragón!—. Sí —repitió—. La conocía.

—¿Y era tan hermosa como debe ser una princesa? —inquirió Jeremías, súbitamente interesado.

—Eso creo —evadió Simón una respuesta directa—. Lo era, en efecto. Mejor dicho, lo es.

El escudero iba a preguntar algo más, pero fue interrumpido.

—¡Eh! —gritó una voz desde arriba—. ¡Por fin os encuentro!

Una extraña figura de dos cabezas los miraba. Estaba situada junto al menhir, y una de las cabezas tenía las orejas puntiagudas.

—Intentamos averiguar de dónde procede el manantial, y adonde va, Binabik —gritó Simón.

La loba ladeó la cabeza y aulló.

—Qantaqa opina que, de momento, debierais abandonar vuestras investigaciones —rió el gnomo—. Además, Josua quiere que todo el mundo regrese a la Casa de la Despedida, porque hay mucho de que hablar.

—¡Ya vamos!

Simón y Jeremías tomaron cada uno una de las pequeñas y frías manos de Leleth y treparon hacia la cumbre. Desde las alturas, el sol los contemplaba a todos como un ojo lechoso.

Todos los que se habían reunido por la mañana volvieron a la Casa de la Despedida. Hablaban en voz baja, tal vez sobrecogidos por las respetables y extrañas dimensiones de la sala, mucho más impresionante ahora que no estaba llena de una alborotadora muchedumbre, como la noche anterior. La mortecina luz de la tarde se filtraba a través de las ventanas, pero tan débilmente que parecía provenir de ninguna parte, tiñendo por igual toda la estancia. Los meticulosos trabajos de talla de las paredes centelleaban como si poseyeran una tenue claridad interna, cosa que hizo pensar a Simón en el fosforescente musgo de los túneles existentes debajo de Hayholt, en cuya asfixiante negrura había estado perdido, entregado a una total desesperación. Sin duda, sobrevivir a una cosa así tenía que significar algo. Si se había salvado, era por un motivo.

«¡Aedón, Dios mío! —rezó—. ¡No me permitáis llegar tan lejos para tener que morir!»

Pero ya había blasfemado contra Dios por dejar perecer a Haestan. Y ahora era demasiado tarde para repararlo.

Simón abrió los ojos para comprobar que había llegado Josua. El príncipe acababa de visitar a Vorzheva, y aseguró que se encontraba mejor.

Acompañaban a Josua dos que no habían tomado parte en el consejo de la mañana: Sludig, ocupado en calcular el perímetro del valle, y un rechoncho joven procedente de Falshire, llamado Freosel, elegido por los colonizadores como guardia de Nueva Gadrinsett. A pesar de su relativa juventud, Freosel tenía el aspecto cauteloso y fogueado de un veterano luchador callejero. Presentaba abundancia de cicatrices y le faltaban dos dedos de una mano.

Después que Strangyeard hubo dado una breve bendición y el nuevo guardia fue advertido de la obligación de mantener en secreto cuanto oyese, el príncipe Josua se levantó.

—Tenemos muchas cosas que decidir —dijo—, pero, antes de empezar, dejad que os hable de la buena suerte y de la esperanza de unos días mejores.

»Cuando parecía que ya no nos quedaba más que desesperación y derrotas, Dios nos ayudó. Ahora nos encontramos en lugar seguro

mientras que, unos meses atrás, estábamos desperdigados por el mundo, víctimas infortunadas de la guerra. Emprendimos entonces la busca de una de las tres Grandes Espadas que pueden constituir nuestra esperanza de victoria, y tuvimos suerte. Cada día se une gente nueva a nuestro grupo, de modo que, si podemos aguardar lo suficiente, pronto contaremos con un ejército que incluso hará vacilar a mi hermano el Supremo Rey.

»Nuestros problemas todavía son considerables, desde luego. Con la gente ahuyentada de sus casas en toda Erkynlandia podemos montar un ejército, sí, pero... para vencer al Supremo Rey necesitamos mucha más. También es cierto que ya nos vemos en apuros para mantener y cobijar a los que se nos han unido. Y cabe la posibilidad de que ningún ejército, por numeroso y bien pertrechado que esté, sea lo suficientemente potente para derrotar al aliado de Elías, el Rey de la Tormenta. En consecuencia, y tal como lo veo yo —continuó Josua después de una breve pausa—, las preguntas más importantes que debemos formularnos son tres: ¿qué proyectos tiene mi hermano? ¿Cómo podemos reunir unas fuerzas capaces de impedir la realización de sus planes? ¿Y cómo conseguir las otras dos espadas, *Clavo Brillante y Dolor,* para tener una posibilidad de aniquilar a las nornas y a sus malvados señores?

Geloë alzó la mano.

—Perdón, Josua, pero creo que hay otra pregunta. ¿De cuánto tiempo disponemos para llevar a cabo todo eso?

—Tenéis razón, *valada* Geloë. Si logramos defender este lugar durante un año más, quizá para entonces hayamos podido reunir el ejército que nos hace falta para empezar a combatir a Elías en su propio territorio, o por lo menos atacar sus posesiones más apartadas. Pero, como vos, dudo mucho que nos dejen tanto tiempo en paz.

Otros intervinieron para preguntar qué apoyo era de esperar del este y el norte de Erkynlandia, territorios muy castigados por la dura mano del rey Elías, y donde podrían surgir nuevos aliados. Al cabo de un rato, Josua, impuso silencio.

—Antes de poder resolver cualquiera de esos enigmas —declaró—, opino que debemos dedicarnos a la cuestión principal, que es: ¿qué quiere mi hermano?

—¡Poder! —contestó Isorn—. El poder que ansia para jugar con las vidas de los hombres como si fuesen dados.

—Esto ya lo tiene —replicó Josua—. Sin embargo, y después de reflexionar mucho sobre ello, tampoco encuentro otra respuesta. Ciertamente, el mundo ha conocido otros reyes que no se contentaban con lo que poseían. Quizá no hallemos la contestación a una pregunta tan crucial hasta el momento final. Si conociésemos el acuerdo existente entre Elías y el Rey de la Tormenta, tal vez comprenderíamos las secretas intenciones de mi hermano.

—Príncipe Josua —dijo entonces Binabik—. Yo le doy vueltas a otro asunto. Sean cuales fueren los propósitos de vuestro hermano, contará con el poder y la magia negra del Rey de la Tormenta. Pero... ¿qué pedirá a cambio el Rey de la Tormenta?

La gran sala de piedra quedó momentáneamente en silencio. pero luego hablaron y discutieron al mismo tiempo casi todos los asistentes, hasta que Josua golpeó el suelo con la nota.

—Acabas de formular una pregunta tremenda, Binabik —dijo el príncipe—. ¿Qué podría pedir ese engendro del infierno?

Simón recordó las espantosas sombras existentes debajo de Hayholt, donde había vivido aquellos sueños llenos de fantasmas, y murmuró:

—A lo mejor quiere recuperar su castillo.

Había hablado en voz baja, y otros no lo habían oído por estar aún conversando entre sí, pero tanto Josua como Binabik se volvieron a mirarlo.

—¡Loado sea Aedón! —exclamó el príncipe—. ¡Bien pudiera ser!

Binabik permaneció pensativo un rato, y después meneó la cabeza despacio.

—Hay algo erróneo en esa idea, aunque es inteligente, Simón. Decidme, Geloë: ¿qué es lo que yo recuerdo a medias?

La hechicera contestó:

—Ineluki no puede volver a ese castillo. Cuando Asu'a cayó, sus ruinas estaban tan envueltas en encantamientos y habían sido tan bendecidas por los sacerdotes, que no podría retornar allí antes del fin de los tiempos. No; no creo que pueda recuperar nunca Hayholt, por mucho que lo ansíe. No obstante, le cabe la posibilidad de gobernar a través de Elías, cosa que no podría hacer solo. Pese a su poder, las nornas son pocas, pero al Rey de la Tormenta le quedaría la solución de reinar sobre todos los países de Osten Ard... como la sombra situada detrás del Trono de Huesos de Dragón.

El rostro de Josua tenía una expresión grave.

—¡Y pensar que a mi hermano le importa tan poco su propio pueblo o su trono, que lo vendería todo al enemigo de la humanidad a cambio de una recompensa insignificante! —exclamó dirigiéndose a los allí reunidos, incapaz de disimular su disgusto—. Por ahora debemos partir de la base de que el Rey de la Tormenta se ha propuesto dominar a la humanidad a través de mi hermano. Tengo entendido que Ineluki es una criatura sostenida principalmente por el odio, de manera que no necesito deciros qué clase de reinado sería ése. Simón nos explicó que Amerasu, la Primera Abuela sitha, previo lo que el Rey de la Tormenta deseaba para los hombres, y lo calificó de «terrible». Hemos de hacer todo lo posible..., aunque signifique sacrificar nuestras vidas, si es preciso..., para obstaculizar los planes de ambos. Pero ahora debemos pasar a las otras cuestiones. ¿Cómo combatirlos?

En las horas siguientes fueron propuestos muchos planes. Freosel sugirió, prudente, que se limitaran a esperar en su lugar de refugio mientras el descontento con la gestión de Elías aumentaba en todo Osten Ard. Hotvig, que para ser un hombre de las llanuras parecía aficionarse mucho a las intrigas de los habitantes de las piedras, expuso la audaz idea de enviar unos hombres que, provistos de los mapas de Eolair, se introdujesen en Hayholt para dar muerte a Elías y Pryrates. Al padre Strangyeard no le pareció bien eso de confiar los preciosos

planos a una banda de brutales asesinos. A medida que se planteaban y discutían esas y otras posibilidades, el ambiente se iba caldeando, y, cuando Isorn y Hotvig, que normalmente se llevaban muy bien, estuvieron a punto de llegar a las manos, Josua puso fin al debate.

—Recordad que somos amigos y aliados, y todos compartimos el deseo de devolver la libertad a nuestra tierra —dijo, a la vez que miraba a su alrededor calmando a sus excitados consejeros con una severa actitud, como se decía de los amaestradores hyrkas, que por lo visto tranquilizaban a los caballos sin ni siquiera tocarlos—. Os he escuchado a todos y agradezco vuestra colaboración, pero ahora debo tomar una decisión. Estoy de acuerdo, Freosel, en que conviene esperar un tiempo, antes de atacar a Elías —prosiguió, con la mano apoyada en la mesa de piedra, cerca de la empuñadura de *Espina,* recubierta de plata—, mas tampoco podemos permanecer inactivos. Tened en cuenta que nuestros aliados de Hernystir se encuentran atrapados, cuando podrían constituir un valioso factor irritante en el flanco occidental de Elías, si estuviesen en condiciones de moverse libremente. Y si los occidentales pudiesen reunir algunos de sus diseminados paisanos, representarían una amenaza todavía mayor para el enemigo. Así pues, he decidido combinar dos propuestas y ver si se completan una a la otra.

Josua hizo una señal al señor de Nad Mullach.

—Conde Eolair... Tal como prometí, voy a enviaros de regreso a vuestro pueblo con algo más que las gracias. Porque os llevaréis a Isorn, hijo del duque Isgrimnur.

Gutrun no supo contener una ronca exclamación de angustia al oír eso, pero, cuando su hijo se volvió hacia ella para consolarla, sonrió con valentía y le dio una palmada en el hombro. Josua, por su parte, hizo una inclinación hacia la dama, ya que se hacía cargo de su preocupación.

—Cuando conozcáis mi plan, duquesa, comprenderéis que no actúo sin un motivo. Isorn, elegid a una media docena de hombres. Quizá quieran acompañaros algunos de los guardianes de Hotvig: son bravos guerreros y, además, jinetes incansables. En vuestro viaje a Hernystir, reuniréis tantos compatriotas errantes como podáis. Me consta que, en su mayoría, no quieren bien a Skali *Nariz Afilada, y* tengo noticias de que muchos andan perdidos y sin hogar por la Marca Helada. A vuestro juicio, podéis emplear a esas personas como mejor os parezca, ya sea para ayudar a romper el asedio de Skali al pueblo de Eolair o, si eso no es posible, traerlos con vos de regreso para colaborar en nuestra lucha contra mi hermano.

Josua miró con afecto a Isorn, que escuchaba atento y con los ojos bajos, muy concentrado, como si quisiera aprenderse de memoria cada una de las palabras del príncipe.

—Sois el hijo del duque —añadió—. Os respetan, y os harán caso cuando les digáis que éste es el primer paso para recobrar sus propias tierras.

Seguidamente, el príncipe se volvió hacia la asamblea.

—Mientras Isorn y los demás emprenden esta misión, nosotros nos dedicaremos a otras cosas. Es mucho lo que hay que hacer. El norte ha

sido tan castigado por el invierno, por Skali, Elías y su aliado, el Rey de la Tormenta, que me temo que, por mucho éxito que consiga Isorn, las tierras situadas al norte de Erkynlandia no resultarán suficientes para proporcionarnos todas las fuerzas que necesitamos. Nabban y el sur están firmemente en manos de los amigos de Elías, sobre todo de Benigaris, pero yo necesito el sur para mí. Sólo de ese modo podremos obtener el necesario número de soldados para enfrentarnos a Elías. En consecuencia, nos dedicaremos a trabajar, hablar y pensar. Tiene que haber un modo de cortar la ayuda que Benigaris recibe de Elías, pero de momento no sé cuál es.

Simón había prestado impaciente atención a todo lo dicho, pero sin abrir la boca. Ahora, cuando Josua parecía haber terminado de hablar, él ya no pudo contenerse. Porque, mientras los demás voceaban, el joven caballero había estado reflexionando con creciente excitación sobre lo discutido con Binabik aquella mañana.

—Pero, príncipe Josua, ¿qué hay de las espadas?

—También pensaremos en ellas, Simón. No las olvido.

El joven respiró profundamente, dispuesto a intervenir con más energía.

—Lo mejor que podríamos hacer sería sorprender a Elías. ¡Enviadnos a Binabik, a Sludig y a mí en busca de *Clavo Brillante!* Se encuentra al otro lado de las murallas de Hayholt, ¿no? Nosotros, los tres solos, podríamos ir a la tumba de vuestro padre, desenterrar la espada y marchamos antes de que el rey se diese cuenta de que habíamos estado allí. Nunca sospecharía que seamos capaces de tal cosa.

Simón tuvo una momentánea visión del glorioso retorno a Sesuad'ra con *Clavo Brillante,* y el nuevo estandarte del dragón que le había sido concedido ondeando sobre sus cabezas.

Josua sonrió, pero meneó la cabeza.

—Nadie duda de tu valentía, sir Seomán, mas no podemos arriesgarnos a eso.

—Hallamos a *Espina* cuando nadie lo esperaba.

—Pero la guardia erkyna no pasaba cada día por ese lugar.

—¡En cambio, el dragón sí!

—No insistáis —dijo Josua, levantando una mano—. No ha llegado el momento, Simón. Eso será cuando podamos atacar a Elías por el oeste o el sur y, así, apartar su mirada de Swertclif y los túmulos. Merecisteis grandes honores y aún ganaréis más, pero ahora sois un caballero del reino, con todas las responsabilidades que tal título implica. Lamenté haberos enviado en busca de *Espina* y temí no volver a veros. Pero ahora que tuvisteis un éxito más allá de todo lo esperado, deseo teneros aquí durante un tiempo. Y lo mismo vale para Binabik y Sludig..., a quienes olvidasteis consultar antes de ofrecerlos como voluntarios para tan arriesgada misión. ¡Calma, muchacho, calma! — concluyó Josua la amonestación con una sonrisa, para suavizar el golpe.

Simón experimentó la misma bochornosa sensación que se había apoderado de él en Jao é-Tinukai'i. ¿No se daba cuenta de que, si retrasaban demasiado el ataque, podían perder su oportunidad? ¿Y que

todos los crímenes quedarían impunes?

—¿Permitís, al menos, que acompañe a Isorn? —suplicó—. ¡Deseo ayudar, príncipe Josua!

—Aprended a ser un caballero, Simón, y disfrutad de estos días de relativa libertad. ¡Ya habrá luego peligros de sobra!

La decisión estaba tomada. Además, el joven vio claramente reflejado el cansancio en la cara de Josua.

—Basta —dijo éste—. Eolair, Isorn y quienes Isorn escoja deberán estar a punto para partir dentro de dos días. Y ahora vayámonos. Han preparado una cena... no tan abundante como la de la otra noche, cuando celebrábamos el ascenso a caballero de Simón, pero sí algo que nos sentará bien a todos.

Y con un gesto de la mano dio por finalizada la reunión.

Binabik se acercó a Simón, deseoso de hablar con él, pero el muchacho estaba de mal humor y, de momento, no quiso responder. ¿Otra vez se ponía igual?

«Espera, Simón, espera —pensó el gnomo—. Deja que otros tomen las decisiones. Demasiado pronto te dirán lo que has de hacer...»

—Era una buena idea —murmuró Simón.

—También seguirá siéndolo después —señaló Binabik—, cuando tengamos despistado a Elías, como ha dicho Josua.

Simón lo miró enfadado, pero en la redonda cara de Binabik vio algo que le hizo parecer absurdo su enojo.

—Yo sólo quería ser útil.

—Eres bastante más que eso, amigo. Pero cada cosa tiene su momento. *«Iq ta randayhet suk biqahuc»,* como decimos en mi tierra: «El invierno no es la época para nadar desnudo».

Simón reflexionó unos instantes sobre ello.

—¡Bah! Eso es una estupidez —gruñó al fin.

—Piensa lo que te dé la gana —replicó Binabik, molesto—, pero no vengas lloriqueando a mi fuego, si has elegido una mala época para nadar.

Ambos cruzaron en silencio la herbosa cumbre bajo el frío sol.

4

La niña silenciosa

Aunque el aire era templado y quieto, las oscuras nubes parecían extrañamente densas. El barco no se había movido apenas en todo el día, y las velas pendían mustias de los palos.

—Me pregunto cuándo llegará la tormenta —dijo Miriamele en voz alta.

Un joven marinero que se hallaba cerca levantó la vista, sorprendido.

—¿Me hablabais a mí, señora?

—No. Sólo decía que me preguntaba cuándo llegaría la tormenta —contestó ella, indicando el cúmulo de negras nubes.

—Ah, sí. Se acerca tormenta.

El muchacho parecía sentirse incómodo conversando con Miriamele. No dominaba la lengua westerling, y la princesa supuso que procedía de una de las pequeñas islas del sur, cuyos habitantes ni siquiera hablaban el nabbano.

—Eso ya lo veo. Sólo quisiera saber *cuándo* llegará.

—Ah —asintió con la cabeza, y luego miró de manera furtiva a su alrededor, como si la valiosa información que iba a facilitar pudiese atraer a los ladrones—. Tormenta viene *muy pronto* —dijo con una amplia sonrisa, al mismo tiempo que su mirada recorría el cuerpo de la joven, desde los zapatos hasta la cara, y la risita se hizo más atrevida—. ¡Muy bonita!

El momentáneo placer de mantener una conversación, por limitada que fuera, se había estropeado. Descubrió la expresión de los ojos del marinero, aquel gesto insultante. De todos modos, y por mucha libertad que el individuo se tomara en su inspección, jamás osaría tocarla, aunque eso sólo era debido a que la consideraba un juguete que era propiedad legítima del amo del barco. De Aspitis. En la súbita indignación que Miriamele sintió, había una mezcla de inseguridad. ¿Estaría aquel hombre en lo cierto? Pese a todas las dudas que ella tenía acerca del conde —quien, si Gan Itai estaba bien enterada, se había reunido con Pryrates y, si Cadrach no se equivocaba, incluso estaba al servicio del sacerdote rojo—, Miriamele había creído en la sinceridad del conde, al anunciarle éste su propósito de convertirla en su esposa. Pero ahora se preguntó si no sería más que una treta para mantenerla complaciente y agradecida hasta que pudiera desprenderse de ella en Nabban y, entonces, ir en busca de carne nueva. A no dudarlo, Aspitis pensaba que ella sentiría demasiada vergüenza para contarle a alguien lo sucedido.

Librodot

Miriamele no sabía qué la enfurecía más, si la posibilidad de ser obligada a contraer matrimonio con Aspitis o la de que le mintiera con la misma altivez que tendría para con una atractiva prostituta de taberna.

Miró fríamente al marinero hasta que, por último, éste dio media vuelta, turbado, y se encaminó hacia la proa del barco. Miriamele lo siguió con la vista, esperando en silencio que tropezara y se golpease la repelente cara contra la cubierta, pero su deseo no se cumplió. Sola de nuevo, la princesa volvió a contemplar las oscuras nubes y el monótono y metálico océano.

Tres pequeños objetos se balanceaban en el agua, a un buen tiro de piedra de la popa. Mientras ella los observaba, uno de ellos se aproximó, abrió el rojo agujero de su boca y ululó. La escalofriante voz del kilpa resonó con fuerza, a través de las tranquilas aguas. Miriamele se sobresaltó y, al moverse, las tres cabezas se volvieron hacia ella con sus horribles y húmedos ojos, y sus feas bocas amenazadoras. La princesa retrocedió un paso de la barandilla e hizo la señal del Árbol. Ya se disponía a huir de aquellos espeluznantes ojos cuando casi tropezó con Thures, el joven paje del conde Aspitis.

—Lady Marya —musitó éste, a la vez que intentaba hacer una inclinación, pero, al estar demasiado cerca de ella, se dio en la cabeza con el codo de la joven y emitió un pequeño grito de dolor.

Cuando Miriamele trató de consolarlo, Thures se apartó bruscamente, avergonzado.

—S... su Señoría os llama —balbució.

—¿Dónde está?

—En el c... cam... En su camarote, señora —dijo, recobrando la compostura.

—Gracias.

El muchacho dio un paso atrás, como si quisiera conducirla, pero los ojos de Miriamele habían vuelto a detectar movimientos en el agua. Uno de los kilpas se había separado de los otros dos y nadaba lentamente hacia la nave. Con sus vacíos ojos fijos en los de ella, el monstruo marino sacó una viscosa mano y recorrió el casco con sus largos dedos, como si buscara dónde agarrarse para subir. Miriamele lo contempló con horror, incapaz de moverse. Un momento después, la repulsiva criatura androide desaparecía suavemente en las profundidades para asomar de nuevo a un tiro de piedra del barco. Flotaba en la superficie, reluciente la boca, y las agallas de su espalda se hinchaban y encogían. La princesa permanecía inmóvil, petrificada como si viviera una pesadilla. Finalmente apartó la vista y se obligó a separarse de la barandilla. El joven Thures la observaba con curiosidad.

—¿Señora?

—Ya voy.

Miriamele lo siguió, y sólo se volvió una vez más. Las tres cabezas se balanceaban en la estela del velero como corchos de una red de pesca.

Thures la dejó en el estrecho pasillo, delante del camarote de

Aspitis, y subió la pequeña escala, probablemente para llevar a cabo otros encargos. Miriamele aprovechó aquellos instantes de soledad para sosegarse un poco. No lograba apartar de su mente los mucilaginosos ojos del kilpa, ni el modo lento y deliberado en que se acercaba al barco. ¡Y cómo la había mirado! Casi con insolencia, como si quisiera desafiarla a que intentase detenerlo... La princesa se estremeció.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una serie de quedos tintineos procedentes de la cabina del conde. La puerta sólo estaba entornada, de manera que Miriamele avanzó y miró por el resquicio.

Aspitis se hallaba sentado a su diminuto escritorio. Delante tenía un libro abierto, cuyas páginas de pergamino reflejaban la cremosa luz de la lámpara. El conde barrió de la mesa dos pilas de monedas de plata, haciéndolas caer a un saco, y luego introdujo la tintineante bolsa en un cofre abierto que tenía a sus pies, y que parecía medio lleno de otros saquitos semejantes. Seguidamente, Aspitis anotó algo en el libro.

Crujió un madero, ya fuera por su peso o por el movimiento del barco, pero Miriamele se retiró en el acto, antes de que el conde pudiera levantar la vista y descubrirla allí. Un instante más tarde, volvió a acercarse y llamó a la puerta con firmeza.

—¿Aspitis?

Lo oyó cerrar el libro de un golpe sordo, y a continuación se produjo en el camarote otro ruido que, según ella imaginó, era causado por el cofre, arrastrado a través de la pieza.

—Sí, Marya. Entrad.

Miriamele pasó al interior después de empujar la puerta, y la cerró con delicadeza pero sin dejar caer el pestillo.

—Me mandasteis llamar...

—Sentaos, preciosa Marya.

Aspitis señaló el lecho, pero Miriamele hizo ver que no lo entendía y se dejó caer sobre un taburete colocado junto a la pared opuesta. Uno de los perros del conde se corrió hacia un lado para hacerle sitio a sus pies, meneó un par de veces la pesada cola y volvió a dormirse. Aspitis lucía un traje adornado con un quebrantahuesos de gran plumaje, el mismo que le había llamado la atención a la princesa en la primera cena compartida. Ahora, Miriamele contempló las garras bordadas en oro, perfectas máquinas para agarrar a la presa, y sintió gran remordimiento de su propia tontería.

«¿Por qué me enredaría yo misma en todas estas mentiras?», pensó. Nunca se lo habría dicho al conde, pero Cadrach tenía razón. De creer Aspitis que era sólo una muchacha vulgar, quizá la habría dejado en paz y, aun en el caso de obligarla a acostarse con él, al menos no tendría ahora esa idea del matrimonio.

—Acabo de ver tres kilpas nadando al lado del barco —dijo en tono desafiante, como si temiera chocar con la incredulidad del hombre—. Uno se acercaba tanto, que parecía querer subir a bordo.

El conde sonrió.

—Un kilpa no hará tal cosa. No temáis, lady Marya. Ninguno subirá al *Nube de Eadne.*

—¡Pues éste tocó el barco! —exclamó Miriamele, imitando el movi-

miento de la mano del monstruo—. Hacía *así,* como si buscara asideros. La sonrisa de Aspitis se desvaneció.

—Iré a la cubierta cuando hayamos terminado de hablar y les clavaré unas cuantas flechas en el cuerpo a esos diablos del mar. ¡Mi barco no lo toca nadie!

—Pero... ¿qué quieren los kilpas?

Miriamele no podía quitarse de la cabeza a los grisáceos seres. Además no tenía ningún deseo de hablar con Aspitis, fuera de un tema u otro. Sabía con certeza que nada bueno saldría para ella de los planes del conde.

—Ignoro qué pretenden —contestó él con gesto impaciente—. O, mejor dicho, sí que lo sé: quieren comida. Sin embargo, los kilpas tienen muchas maneras más fáciles de conseguir alimento que subir a un barco lleno de hombres armados. Perdón, no debería haber dicho esto. Ahora estáis asustada.

—¿Devoran a la gente?

Aspitis meneó la cabeza con vehemencia.

—Comen peces y, en ocasiones, atrapan a alguna ave que no ha echado a volar con suficiente rapidez de la superficie. Desde luego también comen otras cosas —agregó al ver la escéptica expresión de la muchacha—, si las encuentran. Alguna vez asaltaron pequeñas barcas de pesca, aunque nadie sabe bien por qué. En cualquier caso, eso no importa ahora. Ya os he dicho que no pueden con el *Nube de Eadne,* porque no existe mejor vigilante que Gan Itai.

—Creo que tenéis razón —murmuró la princesa después de un breve silencio.

—Bien —dijo el conde, agachándose para no chocar contra una viga del techo del camarote—. Celebro que Thures os encontrara, aunque la verdad es que no podéis alejaros mucho, en un barco que navega —agregó con una sonrisa un poco brusca—. Tenemos mucho de que hablar.

—Señor...

Miriamele sintió que la invadía una extraña laxitud. Si no se resistía y no protestaba, sobre todo si no se preocupaba demasiado, quizá las cosas siguieran su curso, no precisamente satisfactorio pero tampoco invariable, al fin y al cabo. Se había prometido a sí misma dejarse ir a la deriva, a la deriva...

—Ahora estamos encalmados —continuó Aspitis—, pero creo que no tardará en llegar el viento, bastante antes que la tormenta. Con un poco de suerte, podríamos alcanzar la isla de Spenit mañana por la noche. ¡Imaginaos, Marya! Nos casaremos allí, en la iglesia de San Lavennin.

¡Sería tan fácil no resistirse, seguir flotando como el propio *Nube de Eadne,* impulsada lentamente por el poco ambicioso aliento del mar! Sin duda habría alguna posibilidad de escapar, cuando hicieran escala en Spenit. ¿Sin duda?

—Señor —se oyó decir a sí misma—. Yo... Hay problemas.

—¿Sí? —inquirió el conde, con la dorada cabeza ladeada, y Miriamele pensó que parecía un perro bien adiestrado, que fingía refi-

namiento mientras husmeaba la presa—. ¿Problemas, milady?

La húmeda mano de la joven arrugó un puñado de tela de su vestido y respiró a fondo.

—No puedo casarme con vos, señor.

Inesperadamente, Aspitis se echó a reír.

—¡Qué tontería! ¡Claro que podéis! ¿Os preocupa mi familia? Se encariñarán todos tanto con vos como yo. Mi hermano se casó con una perdruinesa, y ahora es la hija favorita de mi madre. ¡No temáis!

— No es eso —balbució Miriamele, arrugando todavía más la tela del vestido—. Es…, es que… hay otra persona.

El conde frunció el entrecejo.

—¿Qué queréis decir?

—Que ya estoy prometida a otra persona. En mi país. Y lo amo.

—¡Pero si yo os lo pregunté, y me dijisteis que no existía nadie más! Y os entregasteis a mí.

Estaba enojado, pero de momento se contenía. Miriamele se calmó un poco.

—Discutimos y yo me negué a casarme con él. Ese fue el motivo de que mi padre me enviase a un convento. Pero entretanto me he dado cuenta de que estaba equivocada. Fui injusta con él… e injusta con vos.

Miriamele se detestó a sí misma por decir tal cosa. No era del todo cierto que fuese injusta con Aspitis, ya que él no se había mostrado precisamente muy caballeroso con ella.

—Y… de los dos, primero lo amé a él —musitó. El conde dio un paso hacia la princesa. Tenía la boca torcida, y en su voz había una temblorosa tensión.

—No obstante, os entregasteis a mí.

Ea joven bajó la vista, procurando no ofenderlo.

—Estaba equivocada —repitió—. Confío en que vos me perdonéis. Espero que también me perdone él, aunque no lo merezco.

El conde le dio súbitamente la espalda. Sus palabras sonaron aún tirantes, apenas controladas.

—¿Y suponéis que voy a conformarme así como así? ¿Que basta con decirme: «¡Adiós, conde Aspitis!»? ¿De veras creíais eso?

—Sólo puedo confiar en vuestro honor de caballero, señor —contestó Miriamele, con la súbita sensación de que el camarote se empequeñecía y el aire se hacía más tenso, como si la amenazadora tempestad quisiera apoderarse de ella—. Y rezar porque seáis bondadoso y tengáis compasión de mí.

Los hombros de Aspitis empezaron a sacudirse, y de su boca brotó algo semejante a un quedo gemido. Miriamele se encogió contra la pared, horrorizada, casi convencida de que el conde se convertiría de repente en un hambriento lobo, como en los viejos cuentos.

El conde de Eadne y Drina se volvió con rapidez. Realmente enseñaba los dientes en una mueca lupina, pero… reía.

Ea joven quedó desconcertada. «¿Por qué ahora…?»

—¡Oh, señora! —exclamó Aspitis, incapaz de contener sus carcajadas—. ¡Sois muy lista!

—No os entiendo —respondió ella fríamente—. ¿Lo encontráis muy

divertido?

El conde dio una fuerte palmada. El inesperado ruido sobresaltó a Miriamele.

—Sois muy lista, sí, pero… no tanto como creéis…, ¡princesa!

—¿C… cómo?

Aspitis esbozó una nueva sonrisa, pero en ella ya no había ningún encanto.

—Pensáis con agilidad y sabéis inventar pequeñas y bonitas mentiras, pero yo estuve presente en el funeral de vuestro abuelo, así como en la coronación de vuestro padre. Sois Miriamele. Lo supe desde el momento en que os sentasteis a cenar conmigo la primera noche.

—Vos…, vos… —jadeó la joven, llena la mente de palabras, pero ninguna de las cuales tenía sentido—. ¿Qué…?

—Ya sospeché algo cuando os trajeron a mí —dijo, deslizando su mano por el rostro de la princesa hasta introducirla entre sus cabellos y sujetarle la cabeza por detrás de la oreja mientras ella permanecía inmóvil, conteniendo el aliento—. ¿Veis? —prosiguió—. Lleváis el pelo corto, pero la raíz es totalmente rubia, como mis propios cabellos —señaló riendo—. Comprendo que una joven de familia noble se corte el pelo antes de llegar a un convento, pero… ¿teñirlo, cuando lo tenía tan bonito? Os imaginaréis que, durante aquella cena, os observé con gran detención. Y luego ya no tuve dificultad en identificaros. Os había visto antes, aunque no de cerca. Todo el mundo sabía que la hija de Elías estaba en Naglimund, pero que había desaparecido después de la caída del castillo. Así pues —añadió con un chasquido de los dedos—, sois *mía,* y nos casaremos en Spenit, ya que podríais encontrar la manera de escapar en Nabban, donde aún tenéis familia… Que ahora será también *mi* familia, por cierto.

Y Aspitis rió de nuevo, satisfecho.

A Miriamele le costaba hablar.

—¿De veras queréis casaros conmigo?

—No a causa de vuestra belleza, señora, aunque realmente sois preciosa. Y no por haber compartido el lecho con vos. Si tuviera que contraer matrimonio con todas las mujeres que poseí, necesitaría un castillo entero para mi ejército de esposas, como los reyes del desierto de Nascadu.

Sentado sobre el cubrecama, Aspitis se echó hacia atrás hasta apoyar la cabeza en el mamparo.

—Pero vos seréis mi esposa —continuó—. Y más adelante, cuando vuestro padre haya concluido sus conquistas y por fin se canse de Benigaris, como me sucedió a mí hace tiempo… ¿No sabíais, por cierto, que después de haber matado a su padre bebió vino y lloró toda la noche como un chiquillo? Como decía… Cuando vuestro padre se harte de Benigaris, ¿quién mejor para gobernar Nabban que el hombre que encontró a su hija, se enamoró de ella y la devolvió a su casa? ¡Yo! —exclamó con una sonrisa cortante como un cuchillo.

Ella clavó la vista en Aspitis. Notó que se quedaba fría, y creyó poder escupirle veneno como una serpiente.

—¿Y si yo le digo que vos me raptasteis y deshonrasteis?

El meneó la cabeza, divertido.

—No sois tan buena intrigante como pensaba, Miriamele. Muchos os vieron subir a mi barco bajo un nombre falso y son testigos de cómo yo os cortejé pese a haberme dicho que erais la hija de un barón sin importancia. Y una vez sabido que fuisteis... deshonrada, según vuestras palabras, ¿creéis que vuestro padre ofendería a un legitimo esposo de alta alcurnia? ¿A un marido que ya es su aliado, y que sin duda le habrá prestado grandes servicios? —indicó a la par que alargaba la mano y tocaba algo que ella no pudo ver.

Los brillantes ojos del hombre parecieron quemar los de la princesa, burlones e inmensamente alegres. Aspitis tenía razón. No había nada que ella pudiese hacer para impedirle la realización de sus proyectos. Era suya. *¡Suya!*

—Me voy —musitó, levantándose con inseguridad.

—No os arrojéis al mar, bonita Miriamele. Mis hombres vigilarán que no cometáis semejante barbaridad. Vuestra vida es demasiado valiosa.

La joven empujó la puerta, mas ésta no se abrió. Miriamele se sentía hueca, vacía y dolorida, como si le hubiesen sacado todo el aire de los pulmones.

—Tirad de ella —sugirió Aspitis.

La princesa salió tambaleante al oscuro pasillo, que parecía dar terribles bandazos.

—Más tarde acudiré a vuestro camarote, querida —le anunció el conde—. Preparaos para mí.

Apenas subida la escala y en cubierta, Miriamele cayó de rodillas. Habría deseado caer en una negrura sin fin y desaparecer.

Tiamak estaba enfadado.

Era mucho lo que había pasado por sus compañeros de tierra firme, los de la Alianza del Pergamino, como se hacían llamar, aunque Tiamak se decía a veces que un grupo formado por media docena de personas, aproximadamente, era un poco reducido para tener pretensiones de alianza. No obstante, el doctor Morgenes había sido miembro de ella, y Tiamak lo respetaba mucho, por lo que siempre había hecho todo lo posible cuando un adepto deseaba alguna información que sólo el pequeño wran podía proporcionarle. La gente de tierra firme no solía recurrir a la sabiduría de las zonas pantanosas, como Tiamak había comprobado, pero, cuando se daba el caso —si, por ejemplo, uno necesitaba una muestra de hierba ensortijada o de raíz amarilla, plantas que no se encontraban en ningún mercado de tierra firme— enseguida le enviaban una nota. En ocasiones —como cuando con arduo esfuerzo había confeccionado un bestiario sobre animales de los pantanos para Dinivan, añadiéndole sus propias y esmeradas ilustraciones, o había estudiado los ríos que surcaban el Wran para informar de ello al viejo Jarnauga, y qué sucedía cuando su dulce agua se mezclaba con el salado mar de la bahía de Firannos—, Tiamak recibía una larga carta de agradecimiento. De hecho, en aquella oportunidad la carta de Jarnauga era tan pesada, que la paloma

Librodot

encargada de transportarla había necesitado el doble de tiempo de lo normal. En esos mensajes de gratitud, los miembros de la Alianza dejaban entrever, de vez en cuando, que Tiamak podría entrar pronto a formar parte oficial del grupo.

Poco estimado por la gente de su aldea, Tiamak estaba terriblemente hambriento de tal honor. Recordaba el tiempo pasado en Perdruin y la hostilidad y sospecha demostrada por los demás estudiosos jóvenes, a quienes sorprendía hallar entre ellos a un wran. De no ser por la amabilidad de Morgenes, habría corrido a esconderse en sus pantanos. Con todo, bajo el aspecto tímido de Tiamak se escondía un legítimo orgullo. ¿Acaso no era él, al fin y al cabo, el primer wran que había dejado la cenagosa región para estudiar con los hermanos aedonitas? Hasta sus paisanos sabían que no existía otro wran como él. En consecuencia, al recibir palabras alentadoras de los Portadores del Pergamino había sentido que le llegaba la hora. Algún día sería miembro de la Alianza del Pergamino, el más exclusivo de los círculos de eruditos, y cada tres años viajaría a casa de uno de los demás miembros para una reunión... ¡Una reunión de iguales! Conocería mundo y sería un estudioso de fama. Eso era, por lo menos, lo que con frecuencia había imaginado.

Cuando el voluminoso rimmerio Isgrimnur llegó a La escudilla de Pelippa y le entregó el ansiado colgante de Portador del Pergamino —el rollo de oro y la pluma—, el corazón le dio un vuelco a Tiamak. ¡Todos sus sacrificios habían valido la pena! Pero un momento más tarde, el duque Isgrimnur le explicaba que el colgante procedía de la mano del moribundo Dinivan y, al preguntar él, aturdido, por Morgenes, el wran obtuvo la tremenda noticia de que también el doctor había muerto, casi medio año atrás.

Dos semanas después, Isgrimnur aún no comprendía la desesperación de Tiamak. Aunque era muy triste la suerte de ambos hombres, el duque parecía encontrar excesiva la melancolía del wran. Pero el rimmerio no había traído ninguna estrategia nueva, ni el menor consejo útil. Claro que él mismo admitía no ser siquiera miembro de la Alianza... Isgrimnur no se hacía cargo de que lo ocurrido dejaba a Tiamak completamente abandonado a su suerte, dando vueltas como una chalana en un remolino. ¡El, que durante tantas penosas semanas había esperado conocer los planes de Morgenes! Tiamak había sacrificado los deberes que tenía para con su gente para servir a los de tierra firme, o al menos eso le parecía cuando estaba lo suficientemente enojado para olvidar que había sido el ataque del cocodrilo lo que lo había obligado a dejar incumplida su misión en Nabban. En cualquier caso, era evidente que les había fallado a los habitantes de la Arboleda del Pueblo.

Tiamak tuvo que reconocer que, al menos, Isgrimnur le pagaba cama y comida, ahora que a él se le había agotado el crédito. Eso significaba algo, desde luego, aunque al fin y al cabo era justo: durante incontables años los de tierra firme se habían enriquecido con el sudor de los wrans. El mismo había sido amenazado, perseguido y engañado en los mercados de Ansis Pelippe.

Entonces lo había salvado Morgenes, pero ahora... Morgenes estaba muerto. Y su pueblo nunca le perdonaría que él le hubiera fallado. Isgrimnur, por su parte, estaba obsesionado con la idea de que el viejo portero llamado Ceallio era el gran caballero Camaris, y poco parecía importarle que el menudo wran estuviera vivo o muerto. En total, el hombrecillo tenía muy claro que ahora resultaba tan inútil como un cangrejo sin patas.

Tiamak alzó la vista, sobresaltado. Se había alejado de La escudilla de Pelippa hasta llegar a un barrio de Kwanitupul que no reconoció. Allí, las aguas eran más grises y estaban salpicadas de cadáveres de peces y aves marinas. Las casas que bordeaban los canales parecían inclinarse bajo el peso de siglos de suciedad y sal.

Una desagradable sensación de mareo y abandono lo envolvió.

«El Que Siempre Camina Sobre Arena..., ¡permite que regrese sano y salvo a casa! Haz que mis palomas estén vivas. Deja que...»

—¡Hombre de los pantanos! —interrumpió su rezo una voz como un rebuzno—. ¡Ahí viene!

Tiamak miró asustado a su alrededor. Tres jóvenes de tierra firme, que vestían las blancas túnicas de los Danzarines del Fuego, se hallaban al otro extremo del estrecho canal. Uno de ellos se echó hacia atrás la capucha para mostrar su cabeza parcialmente rapada, en la que aún asomaban desordenados mechones de cabello semejantes a hierbajos. Desde lejos, sus ojos parecían bizcos.

—¡Ahí viene! —repitió ese hombre con voz alegre, como si Tiamak fuera un viejo amigo.

El wran sabía quiénes y qué eran esos tipos, y no quería tener nada que ver con su locura. En consecuencia, dio media vuelta y se alejó cojeando por el desigual camino. Los edificios que dejaba atrás tenían tapadas las puertas y las ventanas, allí no existía la menor vida.

—¡Que viene el Rey de la Tormenta! ¡El te arreglará la pierna!

También los Danzarines del Fuego del otro lado del canal habían dado media vuelta y avanzaban directamente enfrente de Tiamak, imitando su cojera a la vez que gritaban:

—¿Aún no lo has oído? ¡Los enfermos y paralíticos serán flagelados! ¡Que el fuego los queme y el hielo los sepulte!

Tiamak descubrió un hueco en la larga pared que había a su derecha. Se introdujo en él, esperando que no fuese un callejón sin salida. Las mofas de los Danzarines del Fuego lo siguieron.

—¿Adonde vas, pequeñajo moreno? Cuando el Rey de la Tormenta llegue, te encontrará aunque te hayas metido en el agujero más profundo o en la montaña más alta. ¡Vuelve atrás para hablar con nosotros, o iremos en tu busca!

El pasadizo conducía a un amplio patio abierto que, en su día, podía haber servido para la construcción de barcos, pero ahora sólo contenía unos cuantos desechos de sus desaparecidos propietarios: un montón de palos grises, deteriorados por el tiempo; varios mangos de herramientas, ya astillados, y fragmentos de loza. Las tablas del suelo del patio estaban tan gastadas que, al inclinarse, Tiamak pudo ver fluir

debajo las aguas del fangoso canal.

El wran cruzó con cuidado lo que le quedaba de aquel peligroso suelo hasta llegar a una puerta del otro extremo del patio, que afortunadamente daba a otro camino. Las voces de los Danzarines del Fuego sonaron más débiles, aunque parecía aumentar su furia a medida que él se alejaba.

Para ser un hombre de los pantanos, Tiamak estaba muy familiarizado con las ciudades, pero incluso los habitantes de Kwanitupul se extraviaban con facilidad. Pocos eran los edificios que permanecían en uso durante largo tiempo o seguían en pie, y el pequeño y selecto grupo de establecimientos que existían desde hacía uno o dos siglos había cambiado de sitio una docena de veces, porque el aire del mar y las oscuras aguas desgastaban por igual la pintura y los pilotes. Nada era persistente en Kwanitupul.

Después de andar un rato, Tiamak empezó a reconocer detalles familiares: la desvencijada aguja de la medio derruida iglesia de Santa Rhiappa, la brillante pero deteriorada pintura de la cúpula del mercado cubierto... Cuando el miedo a perderse y ser amenazado se redujo, el wran volvió a considerar su dilema. Se hallaba atrapado en una ciudad hostil. Si quería ganarse la vida, tendría que ofrecerse como escriba o traductor. Eso significaba alojarse cerca de la plaza del mercado, ya que los negocios del anochecer, especialmente las pequeñas transacciones en las que él podía intervenir, nunca se postergaban hasta la llegada del nuevo día. Si no trabajaba, dependería de la constante caridad del duque Isgrimnur. Tiamak no tenía el menor deseo de aguantar más la hospitalidad de la odiosa Charystra, y en un intento de resolver este problema le había sugerido a Isgrimnur que los tres se trasladasen a un lugar más próximo al mercado, para que él pudiera ganar algún dinero mientras el duque cuidaba al portero idiota. Pero el rimmerio se había mostrado inflexible. Estaba convencido de que Dinivan tenía buen motivo para decirles que esperasen en La escudilla de Pelippa, aunque no sabía qué motivo pudiera ser ése. Por consiguiente, y aunque Isgrimnur sentía tan poca simpatía hacia la posadera como Tiamak, no estaba dispuesto a marcharse de allí.

Otra cosa que preocupaba al wran era no tener la certeza de si realmente era, o no, miembro de la Alianza del Pergamino. Parecían haberlo elegido, pero los miembros a los que conociera en persona estaban muertos, y hacía meses que no recibía noticias de los demás. ¿Qué debía hacer, pues?

Y por último, aunque no era el menor de sus problemas, tenía pesadillas. Quizá más que pesadillas, se corrigió, sueños extraños. Hacía semanas que cada noche tenía una aparición, tanto si soñaba que lo perseguía un cocodrilo con un ojo en cada uno de sus mil dientes, como si creía disfrutar de un espléndido banquete a base de cangrejo y pez del fondo con su resucitada familia de la Arboleda del Pueblo, se hallaba presente una niña fantasma... Una chiquilla de cabellos oscuros, procedente sin duda de tierra firme, que lo observaba todo en el más absoluto silencio. La criatura nunca intervenía, fuese angustioso o divertido el sueño, y de hecho parecía incluso menos real

que lo que él soñaba. De no ser por su constante presencia en los sueños, Tiamak la hubiese olvidado por completo. Últimamente, diríase que la figura de la pequeña era cada vez más borrosa, como si se retirara a la lobreguez de un mundo imaginario sin haber transmitido su mensaje...

El wran alzó la mirada y vio el muelle donde cargaban las gabarras. Enseguida recordó que por allí había pasado. ¡Bien! De nuevo se encontraba en terreno conocido.

Pero desde luego se enfrentaba a otro misterio: ¿quién o qué era aquella criatura silenciosa? Tiamak trató de hacer memoria de lo que Morgenes le había explicado, respecto de los sueños y del Sendero de los Sueños, y de lo que semejante aparición podía significar, mas no se acordó de nada útil. Tal vez se tratase de una mensajera del país de los muertos, de un espíritu enviado por su difunta madre, que lo castigaba así, sin palabras, por su fallo...

—¡El hombrecillo de los pantanos!

Tiamak se volvió rápidamente para encontrarse con los tres Danzarines del Fuego a pocos metros de él. Ahora no los separaba ningún canal.

El jefe dio un paso adelante. Su blanca túnica no estaba precisamente impoluta. Había en ella huellas de manos sucias y manchas de alquitrán, pero lo peor eran sus ojos, aún más escalofriantes de lo que habían parecido desde lejos, brillantes y abrasadores como si ardiese en ellos una luz interior. Tiamak tuvo la impresión de que la mirada le saltaba casi de la cara.

—No avanzas muy deprisa, hombrecillo moreno —sonrió, enseñando unos dientes torcidos—. Alguien te dobló la pierna, ¿no? ¿Te hizo mucho daño?

Tiamak dio un salto atrás. Los tres jóvenes aguardaron a que se parase, y entonces se acercaron a él, arrastrando los pies. Cada vez se aproximaban más. Era evidente que no lo dejarían escapar. El wran bajó la mano hasta agarrar la empuñadura de su cuchillo. Los centelleantes ojos del Danzarín del Fuego se agrandaron, como si el delgado hombrecillo de los pantanos propusiera un nuevo y más interesante juego.

—Yo no os he hecho nada —dijo Tiamak.

El jefe rió sin sonido y estiró los labios para enseñar su roja lengua, como un perro.

—Ya sabes que *Él viene,* y de *Él* no podrás huir.

—¿Acaso vuestro Rey de la Tormenta os envía para molestar a inocentes paseantes? —replicó Tiamak, que intentaba dar energía a su voz—. No puedo creer que semejante ser caiga tan bajo.

Y aflojó el cuchillo en la vaina.

El jefe les comentó a sus compañeros en tono jocoso:

—Habla bien, para ser de los pantanos, ¿no? —Y añadió de cara a Tiamak—: El amo quiere saber quién es apto, quién es fuerte. ¡Los débiles lo pasarán mal, cuando El venga!

El wran echó a andar hacia atrás, en espera de llegar a un sitio donde alguien pudiera ayudarlo, cosa poco probable en aquel apartado

barrio de Kwanitupul, o al menos encontrar una pared que le protegiera la espalda, donde esos tres individuos no tuvieran tanta libertad de movimientos a su alrededor. Pidió a Los Que Vigilan y Dan Forma que no lo dejaran tropezar. Hubiese querido palpar con la mano lo que tenía detrás, pero sabía que podía necesitar el brazo para desviar el primer golpe y darse a sí mismo la posibilidad de sacar el arma.

Los tres Danzarines del Fuego lo siguieron, y en sus caras había la fingida inocencia de un cocodrilo. De hecho, pensó Tiamak para darse ánimos, él había luchado con un cocodrilo y sobrevivido. Poco se diferenciaban de aquel reptil estas bestias, excepto que, por lo menos, el cocodrilo lo hubiese devorado. Esos jóvenes, en cambio, lo matarían por puro placer, o por alguna retorcida idea de su Rey de la Tormenta. Mientras retrocedía, enredado en una extraña danza de muerte con sus perseguidores, buscando a la vez, desesperadamente, un lugar donde resistir, Tiamak no pudo dejar de preguntarse cómo una casi desconocida y satánica leyenda del norte podía estar ahora en boca de los camorristas callejeros de Kwanitupul. Realmente, las cosas habían cambiado desde que él había dejado por última vez los pantanos.

—¡Cuidado, hombrecillo! —señaló el jefe, mirando más allá de Tiamak—. Te caerás, y puedes ahogarte.

Asustado, Tiamak echó un vistazo a lo que tenía detrás, esperando ver un canal no vallado. Cuando se dio cuenta de que se hallaba en la boca de un corto callejón, y de que lo habían engañado, se volvió instantáneamente hacia sus perseguidores, con el tiempo justo para esquivar el tremendo golpe de un garrote de punta férrea, que se estrelló contra la pared de madera que se alzaba junto a él. Volaron las astillas.

Tiamak aprovechó el momento para desenvainar su arma y lanzar una cuchillada contra la mano que había lanzado el garrote. No acertó, pero al menos desgarró la manga de una túnica blanca. Dos de los Danzarines del Fuego, uno de los cuales agitaba burlón la rota manga, se colocaron a los lados del wran mientras el que los capitaneaba se situó delante mismo de él. Tiamak retrocedió callejón adentro, blandiendo el cuchillo en un intento de mantener a raya a los tres. El jefe soltó una risotada a la vez que sacaba su propio garrote de debajo de su vestimenta. Sus ojos estaban llenos de un infernal regocijo, y en ellos no había ni un ápice de culpa.

El joven de la izquierda emitió un leve sonido y regresó al camino que acababan de abandonar. Tiamak se imaginó que iba a hacer de guardia mientras sus amigos liquidaban a su víctima. Pero, un instante después, el garrote del joven esfumado reapareció sin su dueño y cayó sobre el Danzarín del Fuego que seguía a la derecha del wran, de modo que éste se estrelló contra la pared del callejón. Su cabeza dejó un rastro de sangre en el entablado, cuando el individuo quedó convertido en un montón cubierto de ropa blanquinosa. Y, cuando el jefe de la cabeza rapada quedó paralizado de asombro, una elevada figura penetró en el callejón detrás de él y, sujetándolo firmemente por el cuello, lo zarandeó con furia por el aire y lo tiró contra la baranda del camino, que saltó en mil astillas, como si le hubiera dado el proyectil de una

catapulta. El desmadejado cuerpo se desprendió de los restos de la baranda y cayó al canal, para hundirse en las aceitosas aguas después de un largo y silencioso rato.

Tiamak descubrió que temblaba de manera incontrolable, a causa de la excitación y el terror. Alzó la vista y se encontró con la amable y ligeramente sorprendida cara de Ceallio, el portero.

«Camaris... El duque dice que es Camaris... —pensó Tiamak, aún medio atontado—. Un caballero... que juró..., que juró salvar a los inocentes...»

El anciano apoyó una mano en el hombro de Tiamak y lo sacó del callejón.

Aquella noche, el wran soñó con unas figuras amortajadas de blanco, cuyos ojos eran llameantes ruedas. Se acercaban a él sobre las aguas, como mustias velas. Él chapaleaba en uno de los brazos del Wran, desesperado por escapar, pero algo le sujetaba la pierna. Y, cuanto más se esforzaba, más difícil le era mantenerse a flote. La niña de cabellos oscuros lo observaba desde la orilla, seria y callada. Esta vez resultaba tan borrosa que apenas podía verla, como si toda ella fuera de niebla. Por fin, antes de que acabara el sueño y Tiamak despertase jadeante, se desvaneció por completo.

Diawen, la adivina, había transformado su cueva de las profundidades de la montaña en algo muy parecido a la pequeña casa que un día había habitado en las afueras de Hernysadharc, cerca del lindero de Circoille. La pequeña caverna estaba separada de las demás mediante pañolones de lana colgados a través de la puerta. Cuando Maegwin apartó con delicadeza uno de esos mantones que hacían las veces de cortina, del interior salió una oleada de un humo dulzón.

El sueño de las parpadeantes luces había sido tan vivido y sin duda importante, que a Maegwin le había resultado difícil ocuparse de sus asuntos aquella mañana. Aunque eran muchas las necesidades de su pueblo y ella había hecho todo lo posible para satisfacerlas, le parecía moverse en una especie de neblina que penetraba hasta su corazón y su mente, incluso cuando estrechaba las temblorosas manos de alguna persona anciana o tomaba en brazos a uno de los niños.

Largos años atrás, Diawen había sido sacerdotisa de Mircha, pero luego rompió los votos. Nadie sabía por qué o, al menos, nadie podía decirlo con certeza, aunque las conjeturas eran constantes. La cosa era que Diawen había abandonado la Orden para vivir sola. Tenía fama de loca, pero también de adivina, de saber interpretar los sueños y, además, de buena curandera. Más de un preocupado habitante de Hernysadharc esperaba a que hubiera anochecido, después de dejar un cuenco de fruta y una moneda para Brynioch o Rhynn, y luego acudía a Diawen para una ayuda más inmediata. Maegwin recordaba haberla visto un día en el mercado situado cerca del Taig, con los largos y pálidos cabellos castaños flotando en el aire como un gallardete. La niñera se había llevado enseguida a la pequeña Maegwin, como si el mero hecho de ver a Diawen resultara peligroso.

Librodot

Ahora, frente a un intenso pero desconcertante sueño, y dado el serio error cometido en su última interpretación, Maegwin había decidido buscar apoyo. Si alguien podía entender las cosas que le sucedían, esa persona era sin duda Diawen.

No obstante el humo de la cueva, tan espeso como la niebla de Inniscrich, su interior estaba sorprendentemente limpio. Diawen había ordenado a la perfección las escasas posesiones salvadas de su hogar de Hernysadharc, una colección de brillantes objetos que habrían despertado la envidia de una urraca dispuesta a anidar. Las rústicas paredes estaban decoradas con docenas de brillantes collares de cuentas, que reflejaban la luz del fuego cual telarañas salpicadas de rocío, y en la lisa piedra que servía de mesa a Diawen había pequeños montones de centelleantes bagatelas, en su mayoría cuentas de metal y de roca pulida. En varias hornacinas situadas alrededor de la pieza se hallaban los igualmente resplandecientes instrumentos de que se valía la adivina: espejos que iban desde la medida de una bandeja hasta la de la uña de un dedo pulgar, hechos de metal pulido o costoso cristal; redondos unos, rectangulares o elípticos como el ojo de un gato los otros. Maegwin quedó fascinada al encontrar tantos espejos en un mismo lugar. Criada en una corte primitiva, donde un espejo de mano era, después de su buena reputación, quizás el más estimado tesoro de una dama, nunca había visto nada semejante.

Diawen había sido hermosa en su juventud. Al menos, eso era lo que todos decían. En la actualidad resultaba difícil juzgarlo. Los castaños ojos de la mujer, levantados hacia el cielo, y la ancha boca destacaban en su demacrado y curtido rostro. Y su cabellera, todavía extraordinariamente larga y abundante, se había vuelto de un gris vulgar. Maegwin se dijo que ya sólo tenía el aspecto de una mujeruca que envejeciera muy deprisa.

Diawen sonrió con expresión burlona.

—¡Ah, pequeña Maegwin! Venís en busca de un filtro amoroso, ¿no? Si es el conde quien os interesa, primero tendréis que calentarle un poco la sangre, o el encantamiento no surtirá efecto. Eolair es persona cauta.

La sorpresa inicial de Maegwin se vio rápidamente superada por el sobresalto y la rabia. ¿Cómo podía conocer aquella bruja sus sentimientos hacia el conde? ¿Acaso eran del dominio público? ¿Se había convertido ella en la comidilla de todos los fuegos? Por espacio de un momento, se evaporó todo su profundo sentido de la responsabilidad con respecto a los súbditos de su padre. ¿Por qué tenía que luchar tanto para salvar a un hatajo de ingratos que, encima, se reían de ella?

—¿Qué decís? —replicó en el acto—. ¿Qué os hace pensar que amo a alguien?

Diawen rió, indiferente al enojo de Maegwin.

—Lo sé, sencillamente. Yo adivino las cosas, hija del rey.

Durante un rato, irritados los ojos por el molesto humo y herido su orgullo por la audaz afirmación de Diawen, la princesa no tuvo otro deseo que el de dar media vuelta y marcharse. Pero al fin venció en ella la sensatez. Ciertamente podían circular comentarios referentes a la

hija de Lluth. Como había indicado el viejo Craobhan, siempre corría algún rumor. Y Diawen era, desde luego, el tipo de persona para ir merodeando a la escucha de comadrees, pequeños y útiles sucesos que, una vez pulidos y astutamente aprovechados, rodearían de un mayor misterio sus profecías. Pero... si Diawen se valía de semejantes trucos, ¿le serviría a ella en su actual problema?

Como si leyera sus pensamientos, Diawen la invitó a tomar asiento en una lisa roca cubierta por un pañolón y dijo:

—Es cierto que oí decir algo. No hacen falta artes mágicas para descubrir vuestro amor por el conde Eolair. Me bastó veros juntos una vez para saber cuanto necesitaba. Pero Diawen tiene algo más que el oído fino y una vista aguda. ¿Qué queréis, pues? —preguntó a la vez que atizaba el fuego y hacía saltar las chispas, con lo que levantó otra nube de amarillento humo, antes de dirigir una inquisitiva mirada a Maegwin.

Cuando la princesa le expuso la necesidad de que le interpretase un sueño, Diawen adoptó una actitud práctica y rechazó el ofrecimiento de alimentos o ropa que Maegwin le hacía.

—No, hija del rey —contestó con una sonrisa dura—. Yo os ayudaré, y vos me deberéis un favor. Eso me conviene más. ¿De acuerdo?

Después de asegurarse Maegwin de que tal favor no consistiera en la entrega del primer hijo o de su sombra, su alma o su voz, ni nada semejante, dio su consentimiento a la proposición de la adivina.

—No os preocupéis —dijo Diawen con una risita—. No se trata de un cuento de los que se explican junto al hogar. No; simplemente, algún día necesitaré ayuda, y vos me la facilitaréis. Sois una princesa de la Casa de Hern, mientras que yo sólo soy una pobre vidente. ¡Esta es mi razón!

Maegwin le habló a Diawen de la sustancia de su sueño, así como de las otras extrañas cosas que había soñado en los últimos meses, añadiendo lo ocurrido cuando había permitido que sus visiones la condujesen al interior de la tierra en compañía de Eolair.

El humo de la reducida cámara era tan denso que, cuando terminó el relato referente a la ciudad de Mezutu'a y sus habitantes, tuvo que salir unos momentos a respirar. Tenía una sensación rara en la cabeza, como si flotara separada de su cuerpo, pero unos segundos en la gran caverna común bastaron para despejarle la mente.

—Esa historia casi representa ya suficiente pago, hija del rey —dijo la mujer cuando Maegwin entró de nuevo—. Yo había oído rumores, pero no sabía si darles crédito. ¡De manera que los dwarrows viven y están ahí abajo! Desde luego, siempre sospeché que los túneles existentes en las montañas de Grianspog encerraban algo más que un pasado ya muerto —agregó encorvando los dedos de forma extraña.

Maegwin la miró ceñuda.

—Pero ¿qué hay de mi sueño? ¿Qué significa eso del «Lugar Alto», y de que «ha llegado la hora»?

La adivina gateó hasta la pared, pasó los dedos por diversos espejos, seleccionó uno y volvió con él junto al fuego. Era pequeño, y el marco, de madera, estaba casi negro de tanto uso durante incontables

Librodot

años.

—Mi abuela solía llamarlo «espejo de los gusanos» —explicó Diawen, alargando la mano para que Maegwin lo pudiera inspeccionar.

Parecía un espejo totalmente normal, con la talla del marco tan gastada que la madera había quedado prácticamente lisa.

—¿«Espejo de los gusanos»? ¿Por qué tal nombre?

La mujer encogió los huesudos hombros.

—Es posible que, en tiempos de *Drochnathair* y los, demás grandes gusanos, se utilizara para comprobar su proximidad. O quizás el espejo fuera hecho con las garras o los dientes de uno de esos monstruos —respondió con una risita, como si quisiera demostrar que, pese a su modo de ganarse la vida, ella no creía en semejantes supersticiones—. Lo más probable es que, en su día, al marco quisieran darle la forma de un dragón. En cualquier caso, es un instrumento eficaz.

A continuación sostuvo el espejo encima de las llamas y describió lentos círculos con él durante un buen rato. Cuando por fin lo puso recto, una delgada película de hollín cubría su superficie. Entonces, Diawen lo colocó delante de la cara de Maegwin, pero la imagen quedó oscurecida como por efecto de la niebla.

—Pensad en vuestro sueño y, luego soplad.

La princesa intentó fijar en su mente la misteriosa procesión, las bellas pero extrañas figuras... Una diminuta nube de hollín salió disparada del espejo.

Diawen le dio la vuelta y lo estudió con gran concentración, mordiéndose el labio inferior. Con el resplandor del fuego directamente debajo, su rostro parecía aún más flaco, casi esquelético.

—Es muy extraño —murmuró finalmente—. Veo formas, pero ninguna que yo conozca. Es como si alguien hablase en voz muy alta en una casa cercana, pero en una lengua que yo no hubiera oído nunca. Algo está equivocado, hija del rey —continuó con los ojos entrecerrados—. ¿Estáis segura de que fue vuestro propio sueño, y no uno que alguien os contó?

Cuando Maegwin protestó molesta, la mujer arrugó la frente.

—Poco puedo deciros, y el espejo no indica nada.

—¿Cómo debo interpretar vuestras palabras?

—El espejo permanece prácticamente silencioso. Habla, pero no le entiendo. En consecuencia os eximo de vuestra promesa, pero voy a deciros algo más..., a daros mi propio consejo. —Y su voz dio a entender que eso sería tan valioso como cualquier cosa que hubiese podido revelar el espejo—. Si de verdad los dioses quieren daros a entender algo, haced lo que ellos dicen.

Con un movimiento brusco, Diawen limpió el espejo con un paño blanco y lo devolvió a su hornacina de la pared.

—¿Qué es eso?

Diawen señaló hacia arriba, en dirección al techo de la cueva.

—¡Id al lugar alto!

Las botas de Maegwin resbalaban en la roca, húmeda de nieve como estaba, de modo que la princesa se agarró con la enguantada

mano a un saliente de piedra que asomaba junto al empinado sendero. Dobló las rodillas y sesgó los pies hasta que hubo recobrado el equilibrio; luego se enderezó y miró atrás, la blanca ladera abajo. ¡Cuan peligrosa distancia había escalado ya! Cualquier tropiezo podría hacerla caer del angosto camino, y ya nada detendría entonces su despeño salvo los troncos de los árboles, que le arrancarían los sesos antes de llegar al fondo.

Maegwin jadeó y comprobó, con ligera sorpresa, que no estaba muy asustada. Semejante caída significaría su muerte, de una forma u otra, ya fuera inmediatamente o dejándola tullida en las nevadas montañas de Grianspog... Sin embargo, Maegwin había puesto su vida en las manos de los dioses. ¿Qué importaba que decidieran arrebatársela ahora o más adelante? Además resultaba maravilloso verse de nuevo al aire libre, por intenso que fuera el frío y amenazador que pareciese el cielo.

Arrastrando los pies avanzó un poco más hacia el borde de la senda y volvió la vista hacia arriba. Media montaña quedaba aún entre ella y su punto de destino, Bradach Tor, que sobresalía de la cumbre como la proa de un barco de piedra, negra su parte inferior y desnuda de la nieve que cubría las laderas. Si apretaba el paso, podría alcanzar la cúspide antes de que el débil sol, que ahora le daba de lleno en la cara, empezara a declinar.

Maegwin se echó al hombro su fardo y, al fijarse en el camino que dejaba atrás, observó con satisfacción que la nieve había borrado ya la mayor parte de sus huellas. En la base de la colina donde había iniciado el ascenso, sin duda ya no quedaría ninguna señal de su paso. Si alguno de los rimmerios de Skali andaba curioseando por aquella zona de la cordillera, nada delataría su presencia. Los dioses contribuían al buen éxito de su empresa, y eso era buena cosa.

El empinado sendero la obligó a realizar casi toda la subida muy inclinada, sujetándose a todo resalto que encontraba. La princesa sintió un pequeño y amargo orgullo ante su fuerza física, ante el modo en que sus músculos se estiraban y encogían, llevándola montaña arriba con la misma agilidad que la mayoría de los hombres. Su altura y robustez habían constituido siempre, para ella, más una maldición que una suerte. Le constaba que muchos la consideraban poco femenina, cosa de la que había preferido hacer caso omiso casi siempre. Sin embargo, era satisfactorio comprobar el eficaz funcionamiento de sus miembros. Por otro lado era su propio cuerpo el mayor impedimento para la misión que debía llevar a cabo. Maegwin tenía la certeza de saber desprenderse de él, si era preciso, aunque no sería fácil, pero todavía le había costado más volverse en contra de Eolair y fingir un desprecio que estaba muy lejos de sentir. No obstante lo había hecho, pese a dolerle mucho. En ocasiones, cumplir las órdenes de los dioses requería un corazón endurecido.

La subida no se hizo más cómoda. El nevado sendero era poco más que un camino de cabras. En muchos puntos desaparecía por completo, con lo que Maegwin tenía que trepar entre salientes de roca, marañas

de deshojados brezos o ramas de árboles torcidos por el viento, agarrándose aquí y allá hasta llegar a otra zona de relativa seguridad.

La princesa se detuvo varias veces para recobrar el aliento o estrujar los empapados guantes y frotarse los dedos, que habían quedado insensibles. El nublado sol estaba ya muy hundido en el cielo de occidente cuando Maegwin subió a gatas el último trecho y se vio, por fin, en la cima de Bradach Tor. Apartó del suelo toda la nieve posible y se dejó caer sentada y rendida sobre la negra roca alisada por los vendavales.

A sus pies se extendían las boscosas faldas de la cordillera de Grianspog. Más allá de la base de la montaña, escondida tras los remolinos de nieve, se hallaba Hernysadharc, hogar ancestral de la familia de Maegwin. Allí, el usurpador Skali, andaba a grandes zancadas por las grandes salas de paredes de roble del Taig, y sus esbirros fanfarroneaban por las calles revestidas de blanco de Hernysadharc. Había que hacer algo, y por lo visto sólo la hija del rey podía llevarlo a cabo.

La princesa no descansó mucho. El calor producido por el ejercicio fue pronto aspirado por el viento. Maegwin notó que se helaba. Vació la bolsa que llevaba, sacando de ella todo lo que probablemente necesitaría en aquel mundo de negra roca, y se envolvió en la pesada manta, procurando no pensar demasiado en la creciente intensidad del frío, a medida que avanzaba la noche. Dejó a un lado el saco de cuero donde guardaba el pedernal, así como el eslabón. Tendría que salir de aquel peñasco en busca de leña.

Maegwin no llevaba comida consigo, no sólo para demostrar su fe en los dioses, sino también porque estaba cansada de acceder a las exigencias de su cuerpo. Su envoltura de carne no podía vivir sin alimentos y sin amor. En realidad era el humilde barro del que estaba hecha lo que la confundía con sus constantes exigencias de comida y calor y de la buena voluntad de los demás. Había llegado el momento de abandonar todas esas cosas terrenales para que los dioses pudiesen ver su esencia.

En los pliegues del fondo del saco aparecieron dos objetos. El primero era un regalo de su padre, un ruiseñor tallado en madera, emblema de la diosa Mircha. Un día, cuando una Maegwin aún niña lloraba desconsolada por alguna desilusión infantil, el rey Lluth había tomado el bonito pájaro de uno de los pares del techo, donde estaba colgado junto a un sinnúmero de otras figuras que representaban dioses, para depositarlo en sus pequeñas manos. Era lo único que le quedaba para recordar cómo eran otrora las cosas y lo que había perdido. Después de estrechar la pieza contra sus frías mejillas, la dejó encima de una protuberancia de piedra, donde el pajarillo se balanceó movido por el fuerte viento.

El último tesoro de la bolsa era la piedra que Eolair le había dado, el regalo del dwarrow. Maegwin frunció el entrecejo y se pasó el extraño objeto de una mano a otra. Había querido convencerse a sí misma de que llevaba consigo la piedra por haberla tenido cogida durante el sueño que le habían enviado los dioses, pero sabía que no era así. El

conde se la había dado, antes de partir a caballo.

Fatigada y aturdida a causa de la subida, Maegwin contempló la piedra y su nombre escrito en runas hasta que le dolió la cabeza. Era algo totalmente inútil, que daba a su nombre una especie de falsa inmortalidad, tan engañosa como la gran ciudad de piedra situada en el fondo de la montaña. Ahora, la princesa comprendió que todas las cosas de la tierra eran sospechosas.

Había trepado a tan alto lugar por la clara incitación de los dioses. Estaba decidida a dejar que los dioses hicieran su voluntad, sin anticiparse a nada. Si querían verla delante de ellos, ella suplicaría la salvación de su pueblo y la destrucción de Skali y el Supremo Rey, la bestial pareja que de tal manera había humillado a un pueblo inocente. Y, si los dioses se negaban a ayudarla, moriría. Pero fuese uno u otro el resultado final, no se movería del pico hasta que los dioses hubiesen expresado sus deseos.

—¡Brynioch, dios de los cielos! —gritó Maegwin de cara al viento—. ¡Mircha, envuelta en lluvia! ¡Murhagh *el Manco,* y valeroso Rhyan! ¡Oí vuestra llamada, y ahora espero vuestro juicio!

Sus palabras fueron engullidas por un remolino de una blanca y grisácea niebla.

Mientras aguardaba, Miriamele tuvo que luchar contra el sueño, pero durante largo rato la imagen de Aspitis flotó al borde de su conciencia, murmurando algo y moviéndose en la cama a su lado. A la muchacha le costaba un esfuerzo tremendo mantener ordenados sus pensamientos. Cuando sonaron los golpecillos en la puerta de su camarote, se hallaba sumida en una especie de duermevela y, de momento, no supo lo que significaba aquel ruido.

Se repitió la llamada, esta vez un poco más fuerte. Miriamele dio media vuelta, sobresaltada.

—¿Quién es? —preguntó con voz sibilante.

Creyó que sería Gan Itai, pero... ¿qué diría el conde, si la niski la visitaba de pronto en su cabina? En el acto la asaltó un segundo pensamiento: ¡no quería que Gan Itai viese a Aspitis en su cama! No se hacia ilusiones respecto de lo que supiera la niski, pero incluso en su desdicha deseaba conservar un poco de dignidad.

—¿Está el amo aquí?

Para su alivio y vergüenza a la vez, resultó ser una voz masculina, perteneciente a uno de los marineros.

Aspitis se incorporó a su lado. A Miriamele le resultó sumamente desagradable el calor que despedía su delgado cuerpo.

—¿Qué pasa? —gruñó el conde, bostezando.

—Perdón, señor. El timonel os necesita. Mejor dicho, pide perdón por molestaros, pero le parece ver señales de tormenta. Unas señales extrañas.

Aspitis se dejó caer de espaldas.

—¡Por la Madre Bendita! ¿Qué hora es, hombre?

—La Langosta acaba de cruzar el horizonte, conde Aspitis. Faltan cuatro horas para el amanecer. Lo siento, señor.

Aspitis soltó un reniego, pero alargó la mano para alcanzar sus botas, que estaban en el suelo. Aunque tenía que saber que Miriamele se había despertado, no le dijo ni una sola palabra. Ella vio el barbudo rostro del marinero que, a la luz de la lámpara, pareció grabado al aguafuerte al abrirse la puerta, y luego siguió con el oído las dobles pisadas que se alejaban corredor abajo hacia la escalera que conducía a cubierta.

Miriamele permaneció a oscuras interminables minutos, atenta a los latidos de su propio corazón, más fuertes que el ruido del mar, todavía en calma. Resultaba evidente que todos los marineros sabían dónde estaba Aspitis. ¡Claro, *esperaban* encontrarlo en la cama de su ramera! La invadió una vergüenza terrible, y pensó brevemente en el pobre Cadrach, preso en la oscura bodega. A él lo sujetaban cadenas de hierro, pero... ¿acaso por ser invisibles resultaban más confortables sus propios grilletes?

Miriamele se preguntó cómo podría volver a pasear por la cubierta bajo la mirada de aquellos marineros de descarada sonrisa. ¡Sería tan espantoso como estar desnuda delante de ellos! Una cosa era ser objeto de sospecha, y otra muy distinta que todo el barco supiese que, si Aspitis hacía falta en las guardias nocturnas, se lo podía hallar en el lecho de la chica. Esa última degradación le produjo unos tremendos escalofríos que le recorrieron todo el cuerpo. ¿Cómo se atrevería a abandonar ahora su camarote? Y, aunque lo hiciera, ¿qué le esperaba, sino un forzoso matrimonio con aquel monstruo de dorados cabellos? ¡Antes morir!

En su oscuro camarote, la princesa emitió un quedo suspiro. Muy despacio, como si se acercara a un peligroso animal, consideró por espacio de unos momentos su más reciente y asombrosa idea: se había prometido a sí misma soportarlo todo, flotar con cualquier marea y tenderse feliz al sol en la playa a la que fuese a parar, pero... ¿era ciertamente así? ¿Sería capaz de casarse con Aspitis, que había hecho de ella su mantenida, ayudado a asesinar a su tío y era, además, un instrumento de Pryrates? ¿Cómo podía una muchacha —no, una mujer ya, se corrigió arrepentida—, cómo podía una mujer por cuyas venas corría la sangre de Juan *el Presbítero* permitir que le sucediera algo semejante?

Pero, si la vida que le aguardaba era tan insoportable que parecía mejor la muerte, ya no tenía por qué sentir miedo. Podía hacer algo.

Miriamele bajó de la cama. Después de vestirse deprisa, salió con sigilo al estrecho pasillo.

Subió luego la escalera, procurando no hacer ruido, y sólo se asomó lo necesario para comprobar que Aspitis todavía hablaba con el timonel. Parecían discutir de forma muy animada, agitando sus respectivos faroles de modo que las llameantes mechas dejaban luminosas estelas en el negro cielo. Miriamele saltó al corredor lo más aprisa posible. Una fría inteligencia la dominaba desde que había tomado la nueva resolución, y así avanzó con paso silencioso y seguro hasta la puerta del camarote de Aspitis. Una vez dentro, destapó el farol.

Una rápida inspección de la cabina no dio resultado, de momento. La espada del conde yacía atravesada sobre la litera, como una pagana prueba de matrimonio. Era una fina y labrada hoja cuya empuñadura tenía la forma de un halcón marino con las alas extendidas. Era la más preciada posesión de Aspitis —exceptuándola quizás a ella misma, como se dijo Miriamele con amargura—, mas no era eso lo que buscaba. Se puso a buscar más a fondo, repasando los pliegues de todas las prendas de vestir del conde, revolvió el contenido de los cofrecillos en que él guardaba sus joyas y juegos de dados... Pese a saber que el tiempo se le acababa, la joven volvió a doblar cada prenda y la dejó en su sitio. No le convenía en absoluto poner sobre aviso a Aspitis.

Cuando hubo terminado, miró a su alrededor, frustrada. No quería admitir que su intento había sido un fracaso. Fue entonces cuando, de repente, recordó el cofre en el que había visto guardar sacos de dinero al conde. ¿Dónde estaba ahora? Miriamele se arrodilló para apartar la colgante colcha. Allí se encontraba el cofre, en efecto, tapado con la mejor capa que Aspitis poseía, después de la más lujosa. Consciente de que el conde de Eadne y Drina podía entrar en cualquier momento, la princesa se introdujo debajo de la cama y arrastró el cofre hasta donde quedara iluminado, haciendo una mueca de alarma cuando las cantoneras metálicas rascaron con gran ruido el suelo de madera.

Como ella ya había visto, el cofre estaba lleno de sacos de dinero. En su mayoría se trataba de monedas de plata, pero cada saco contenía, además, unos cuantos emperadores de oro. Aquello era una pequeña fortuna, pero Miriamele sabía que Aspitis y su familia eran personas muy adineradas, en comparación con lo cual esa cantidad resultaba insignificante. Con cautela sacó del cofre un par de sacos, procurando que su contenido no tintineara, y notó con cierta satisfacción que sus manos, que lógicamente tendrían que haber temblado, conservaban la firmeza de la piedra. Escondido debajo de la hilera superior de sacos, apareció un libro encuadernado en cuero, donde Aspitis había anotado, con una letra sorprendentemente meticulosa, los puertos que el *Nube de Eadne* había tocado: Vinitta y Grenamman, aparte de otros que el barco habría visitado en anteriores viajes. Al lado de cada registro, Miriamele vio unas enigmáticas marcas que no supo interpretar y, después de un breve e impaciente estudio, renunció a ello. Debajo del libro salió, muy enrollado, un hábito con capucha, todo ello de basta tela blanca, mas tampoco era eso lo que buscaba ella. El cofre no encerraba otros secretos, de manera que la princesa volvió a dejarlo todo lo más ordenado que pudo y metió nuevamente el baúl debajo de la cama.

El tiempo apremiaba, Miriamele, sentada en el suelo, sentía un odio frío y terrible. Lo más sencillo quizá fuese subir a cubierta y tirarse al mar. Faltaban horas para el amanecer; nadie se daría cuenta de su desaparición hasta que fuera demasiado tarde. Pero, entonces, la princesa pensó en los kilpas que aguardaban con tanta paciencia, y no se vio capaz de encontrarse con ellos en las negras aguas.

Al levantarse, lo descubrió por fin. Estaba colgado de un gancho, en la puerta. Lo tomó, se lo introdujo debajo del cinturón, cubierto por

la capa, y salió al pasillo. Cuando estuvo segura de que nadie se acercaba, tapó el farol y regresó a su propio camarote.

Miriamele se disponía a acostarse de nuevo, cuando súbitamente comprendió el significado de la prenda blanca. En su estado de rara objetividad, tal pista no era más que otro peso a añadir a la sobrecargada cuenta del conde, pero la ayudó a reafirmar su decisión. Permaneció inmóvil, en espera de la vuelta de Aspitis, tan fijo el pensamiento en su plan que no permitía que nada más la distrajese: ni los recuerdos de su niñez y de las personas amigas, ni la pena por los lugares que ya nunca conocería. Sus oídos registraban cualquier crujido de los maderos del barco y cada golpe de las olas contra el caso, pero las horas transcurrieron sin que en el corredor sonaran las pisadas del conde. La puerta de su cabina no se abrió en ningún momento para dar paso a Aspitis.

Por último, cuando la aurora ya iluminaba tenuemente el cielo, Miriamele cayó en un pesado y confuso sueño. Su puño sujetaba aún con fuerza la daga del conde.

Notó las manos que la sacudían y percibió la queda voz, pero su mente se resistía a despertar al mundo consciente.

—¡Despabilaos, hija!

Finalmente, aunque entre gruñidos, la princesa se volvió y abrió los ojos. Gan Itai estaba inclinada sobre ella, y la preocupación fruncía aún más su frente ya de por sí arrugada. Por la puerta abierta penetraba algo de la luz matutina que fluía al pasillo a través de la escotilla. Al cabo de unos breves instantes volvieron a Miriamele los dolorosos recuerdos de la víspera.

—Marchaos —le dijo a la niski, e intentó taparse la cabeza con la manta, pero las enérgicas manos de Gan Itai la agarraron por los hombros y la obligaron a incorporarse.

—¿Qué es lo que oigo en cubierta? Los marineros comentan que el conde Aspitis va a contraer matrimonio en Spenit... ¡con vos! ¿es eso cierto?

Miriamele se cubrió los ojos con las manos, para protegérselos de la luz.

—¿Se ha levantado ya el viento?

La voz de Gan Itai sonó extrañada.

—No; todavía está en calma. Pero... ¿por qué me hacéis semejante pregunta?

—Porque, si no podemos llegar allí, no tendrá forma de casarse conmigo —susurró Miriamele.

La niski meneó la cabeza.

—¡Por lo Inexplorado! Entonces es verdad. ¡Ay hija! No creo que sea eso lo que vos queréis.

La princesa abrió los ojos.

—¡Prefiero morir!

Gan Itai emitió un leve murmullo de consternación. Ayudó a Miriamele a poner los pies en el suelo, y luego le ofreció el pequeño espejo que Aspitis le había regalado a la princesa cuando todavía fingía

amabilidad.

—¿No queréis cepillaros el pelo? —preguntó la niski—. ¡Parece que os lo haya revuelto el viento! Me figuro que no os gusta llevarlo así.

—No me importa —contestó Miriamele, pero la expresión de Gan Itai la hizo reflexionar.

Era evidente que a la niski no se le ocurría nada mejor para animarla. Así pues, alargó la mano y tomó el espejo. La empuñadura de la daga, que había quedado entre los pliegues de la manta, se enganchó entonces a la manga de la joven y cayó al suelo con gran ruido. Tanto Miriamele como la anciana niski la contemplaron mudas durante un momento. Repentinamente, la princesa vio cerrarse la única puerta de escape. Quiso saltar del lecho para atrapar el arma, pero Gan Itai ya se le había adelantado y sostenía la daga en alto con la sorpresa reflejada en sus ojos de motas doradas.

—Dádmela —dijo Miriamele.

Gan Itai mantenía fija la vista en el quebrantahuesos de plata, grabado de forma que parecía posarse en el pomo de la daga.

—¡Es el puñal del conde!

—Lo dejó aquí—mintió la princesa—. ¡Devolvédmelo!

La niski se volvió hacia ella con cara seria.

—Aspitis no dejó su daga aquí. Sólo la lleva cuando luce sus mejores ropas, y yo vi cómo iba vestido cuando subió a cubierta, a medianoche. Si acaso, llevaba la otra daga en el cinturón.

—Me dio ésta como regalo... —balbució Miriamele, pero de pronto rompió a llorar.

Convulsivos sollozos le sacudían el cuerpo. Gan Itai se levantó de un salto y cerró de golpe la puerta del camarote.

—¡Lo odio! —gimió la princesa, balanceándose de un lado a otro, por lo que Gan Itai le rodeó los hombros con el flaco y huesudo brazo—. ¡Lo odio...!

—¿Qué pensáis hacer con su daga? —inquirió y, al no recibir respuesta, insistió—: ¡Decídmelo, hija!

—¡Matarlo! —confesó Miriamele, y esta palabra pareció darle fuerzas. Por un momento se le secaron las lágrimas—. Necesito apuñalar a esa bestia putañera, y no me importa lo que suceda luego.

—No, no. Sería una locura —declaró la niski, preocupada.

—Sabe quién soy, Gan Itai —jadeó Miriamele, porque le costaba hablar—. Sabe que soy la princesa, y dice que se casará conmigo para..., para poder ser el señor de Nabban cuando mi padre haya conquistado el mundo entero.

La idea parecía absurda, pero... ¿qué podía impedir que se realizara?

—Aspitis también ayudó a asesinar a mi tío Leobardis, y da dinero a los Danzarines del Fuego —agregó la princesa.

—¿Cómo? —exclamó Gan Itai con ojos brillantes—. ¡Los Danzarines del Fuego están locos!

—Quizá, pero Aspitis tiene un cofre repleto de sacos de plata y oro, así como un libro donde están registrados los pagos. También tiene, enrollado y escondido en el mismo cofre, un hábito como el de los

Danzarines del Fuego. Y Aspitis nunca se pondría una ropa tan áspera... —dijo Miriamele.

De repente lo vio todo claro, ridículamente obvio... El conde moriría antes que vestir una prenda tan vulgar, si no tuviese una poderosa razón para ello. ¡Y pensar que al principio la habían impresionado sus preciosos trajes!

—Estoy convencida de que se mezcla entre ellos —añadió—. Según Cadrach, Aspitis obedece órdenes de Pryrates.

Gan Itai apartó el brazo de los hombros de la joven y se apoyó en el mamparo. En medio del silencio, el ruido de las pisadas de los hombres que se movían por la cubierta llegaba hasta el camarote.

—Los Danzarines del Fuego incendiaron parte de la ciudad de los niskis, allá en Nabban —explicó la anciana despacio—. Cerraron puertas y ventanas, con niños y viejos dentro. También prendieron fuego y asesinaron a mansalva en otros sitios habitados por los míos. Y el duque de Nabban y sus hombres no hacen nada. ¡Nada! —se lamentó Gan Itai, a la vez que se pasaba la mano por el pelo—. Los Danzarines del Fuego siempre afirman tener algún motivo, pero en realidad no lo tienen. Simplemente les gusta hacer sufrir a la gente. ¡Y ahora, vos me decís que el amo de mi barco les lleva oro!

—No importa. Antes de tocar tierra, estará muerto.

La niski sacudió la cabeza con expresión de desconcierto.

—Nuestros antiguos señores encadenaron a Ruyan *el Navegante.* Los nuevos queman a nuestros niños, y también maltratan y asesinan a sus propios jóvenes —musitó, apoyando una fría mano en el brazo de Miriamele, donde la dejó largo rato—. Esconded el cuchillo —aconsejó al cabo mirando hacia arriba con ojos entrecerrados—. No lo utilicéis antes de que yo vuelva a hablar con vos.

—Pero... —objetó Miriamele.

Gan Itai le apretó el brazo.

—¡No! —la interrumpió—. ¡Esperad! Es preciso.

Dicho esto, abandonó el camarote. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Miriamele quedó sola. Las lágrimas se iban secando en sus mejillas.

5

Páramo de los sueños

El cielo estaba lleno de arremolinadas serpentinas grises. En el horizonte, hacia el norte, un montón de amenazadoras nubes negras y de color púrpura sobresalían como un enorme puño levantado.

El tiempo volvía a ser tremendamente frío. Simón agradecía la nueva y gruesa camisa de lana. Era un obsequio de una delgada joven de Nueva Gadrinsett, una de aquellas dos muchachas que se le habían pegado en la celebración de su ingreso en la caballería. Al entregarle el regalo la chica y su madre, Simón se había mostrado todo lo educado y reconocido que, en su opinión, debía ser un caballero. Sólo confiaba en que no por eso pensaran que iba a casarse con la joven, o algo semejante. La había visto media docena de veces desde entonces, pero ella, aunque reía mucho, apenas le decía nada. A Simón le agradaba ser admirado, mas no podía dejar de desear que alguien más lo admirase, aparte de aquella chiquilla tonta y su amiga igualmente tonta. En cualquier caso, la camisa estaba bien confeccionada y abrigaba.

—¡Vamos, caballero! —dijo Sludig—. ¿Vas a utilizar ese palo, o lo dejamos por hoy? ¡Estoy tan cansado y tieso de frío como tú!

Simón alzó la vista.

—Perdón. Me había distraído. ¿Verdad que hace mucho frío?

—Parece ser que nuestro breve disfrute del verano ha llegado a su fin —intervino Binabik desde su asiento en un pilar volcado.

Se hallaban en medio del Jardín de Fuego, sin protección contra el cortante y gélido viento.

—¿Verano? —replicó Sludig con un bufido—. ¿Porque dejó de nevar durante dos semanas? Yo todavía encuentro escarcha en mi barba, cada mañana.

—De todos modos, fueron mejores estos últimos días que el mal tiempo que habíamos tenido antes —señaló Binabik en tono tranquilo.

Arrojó otro guijarro a Qantaqa, que yacía enroscada a pocos pasos de distancia. La loba lo miró de reojo, pero por lo visto decidió que una piedrecilla de vez en cuando no era motivo suficiente para tomarse la molestia de interrumpir el descanso y morder a su amo, porque volvió a cerrar sus amarillos ojos.

Jeremías, sentado junto al gnomo, miró con aprensión al animal.

Simón empuñó de nuevo su espada de madera, con la que practicaba, y avanzó por el espacio embaldosado. Aunque Sludig no era todavía partidario de usar hojas de verdad, había ayudado a Simón a sujetar piedras a las espadas de madera para que, al menos, tuvieran un peso aproximado al de las armas de metal. Simón sopesó la suya,

Librodot

tratando de encontrar el equilibrio.

—¡Adelante! —dijo entonces.

El rimmerio dio unos pasos adelante, en lucha contra el creciente viento, que agitaba su pesada túnica, y, alzando su espada con ambas manos, describió con ella una curva sorprendentemente rápida. Simón se hizo a un lado para desviar hacia arriba el golpe, y contraatacó. Pero Sludig paró, y el ruido del choque entre maderas resonó en todo el Jardín de Fuego.

Llevaban más de una hora de práctica cuando el velado sol pasó por encima de ellos. Simón empezaba, por fin, a sentirse cómodo con una espada en la mano. Con frecuencia, y como Sludig siempre decía que debía ser, tenía la sensación de que el arma formaba parte de su persona. El joven se daba cuenta de que, principalmente, era cuestión de equilibrio: no había que limitarse a blandir un pesado objeto, sino que era preciso moverse con él, de modo que las piernas y la espalda proporcionaran la fuerza necesaria, y dejar que el propio ímpetu lo llevase a la siguiente postura defensiva, en vez de lanzarse contra el adversario para alejarse nuevamente de un salto.

Cuando llegaron a la finta, Simón pensó en el *shent,* el complicado juego de los sitha, con sus amagos y sus inesperados golpes, y se preguntó si los mismos trucos resultarían eficaces en la esgrima. Permitió que sus próximos movimientos casi le hicieran perder el equilibrio, hasta que Sludig lo advirtió. Pero entonces, cuando el rimmerio entró veloz al ver que Simón cometía uno de sus errores, con el fin de atraparlo demasiado inclinado y poder darle en las costillas, Simón se dejó llevar por el impulso hasta hacer un bucle. La espada del rimmerio pasó silbando por encima de él. El joven se enderezó en el acto y golpeó limpiamente a Sludig en un lado de la rodilla. El norteño soltó el arma y se puso a dar saltos de dolor entre reniegos.

—*¡Ummu Bok!* ¡Muy bien, Simón! —gritó Binabik—. Una reacción sorprendente.

A su lado, Jeremías sonreía satisfecho.

—¡Qué daño, diantre! —se quejó Sludig, frotándose la pierna—. Pero fue una buena idea por tu parte. Y ahora terminemos antes de que nuestros dedos estén demasiado insensibles para sostener las empuñaduras.

Simón se sentía muy satisfecho consigo mismo.

—¿Me serviría esto en una batalla de verdad, Sludig?

—Quizá. Quizá no, si llevases armadura. Porque, en tal caso, caerías como una tortuga y no podrías levantarte a tiempo. Asegúrate mucho, antes de descuidar los pies, o estarás más muerto que acertado. Aun así, lo hiciste bien —reconoció, enderezándose—. La sangre se me hiela en las venas. Bajemos a las forjas para entrar un poco en calor.

Freosel, el joven guardia de Nueva Gadrinsett, había encargado a varios colonos la construcción de una herrería en una de las cuevas más espaciosas. Todos habían puesto manos a la obra con gran energía y eficiencia, y ahora fundían cualquier trozo de metal que encontraran en Sesuad'ra, con objeto de forjar nuevas armas y reparar las viejas.

—¡A las forjas, para calentarnos! —asintió Binabik, y llamó con un

chasquido de la lengua a Qantaqa, que se levantó y estiró.

Cuando emprendieron el camino. Jeremías se rezagó un poco hasta quedar varios pasos atrás. El viento soplaba cortante a través del Jardín de Fuego, y el sudor del cogote de Simón estaba helado. El optimismo del muchacho se calmó un poco.

—Oye, Binabik —dijo de pronto—, ¿por qué no nos dejaron acompañar al conde Eolair y a Isorn a Hernystir?

Los dos caballeros habían partido el día anterior, de madrugada, escoltados por una reducida guardia de honor, formada en su mayoría por thrithingos.

—Opino que los motivos dados por Josua son acertados —replicó Binabik—. No conviene que sean siempre las mismas personas quienes corren los riesgos o alcanzan la gloria. Bastante trabajo habrá para todos en los días venideros —concluyó su respuesta torciendo un poco el gesto.

—¡Pero nosotros le conseguimos a *Espina!* ¿Por qué no habríamos de intentar traerle también la otra espada, *Minneyar* o mejor dicho, *Clavo Brillante?.*

—No por ser un caballero, muchacho, puedes hacer siempre lo que quieras —gruñó Sludig—. Piensa en tu buena suerte y ponte contento. Contento y tranquilo.

Cogido por sorpresa, Simón se volvió al rimmerio.

—Pareces enojado.

Sludig apartó la vista.

—Yo no. Sólo soy un soldado.

—Y no un caballero —murmuró Simón, creyendo haberle comprendido—. Pero sabes lo que sucede, Sludig. Josua no es rey. Sólo puede nombrar caballeros a sus propios erkynos. Tú eres el hombre del duque Isgrimnur. Estoy seguro de que él te concederá ese honor, a su regreso.

—Si es que regresa —respondió Sludig con amargura—. Ya me cansa hablar de eso.

Simón eligió cuidadosamente sus palabras.

—Todos sabemos el papel que desempeñaste, Sludig. Josua quiso que la gente lo supiera... Pero Binabik y yo estábamos allí y *nunca* lo olvidaremos. No te enfades conmigo —dijo, tocando el brazo del rimmerio—. Aunque me hayan armado caballero, sigo siendo el mismo cabezahueca al que enseñaste a manejar la espada. ¡Siempre seré tu amigo!

Sludig lo miró brevemente por debajo de sus tupidas cejas amarillentas.

—¡Basta! —protestó el rimmerio—. En efecto eres un cabezahueca, y yo necesito beber algo.

—Y un buen fuego —añadió Simón, procurando no sonreír.

Binabik, que había escuchado la conversación en silencio, asintió muy serio.

Geloë los esperaba en el borde del Jardín de Fuego. Iba bien abrigada para protegerse del frío; hasta la cara llevaba envuelta en una

bufanda, de modo que sólo eran visibles sus redondos y ambarinos ojos. Al acercarse ellos, levantó una mano enrojecida por el frío.

Binabik. Quiero que tú y Simón os reunáis conmigo en el Observatorio antes de la puesta del sol —dijo, señalando el ruinoso edificio situado unos centenares de metros al oeste—. Necesito vuestra ayuda.

—La ayuda de un gnomo medio mago y un caballero matador de dragones —agregó Sludig con una sonrisa no del todo convincente.

Geloë clavó en él sus ojos de ave de rapiña.

—No es ningún honor. Además, rimmerio, no creo que, aunque pudierais, os apeteciera caminar por el Sendero de los Sueños. No ahora.

—¿El Sendero de los Sueños? —exclamó Simón, sobresaltado—. ¿Por qué?

La hechicera indicó la fea vorágine de nubes agolpada en el cielo septentrional.

—Se acerca otra tormenta. Aparte de viento y nieve, también nos aproxima el espíritu y la mano de nuestro enemigo. En estos momentos, el Sendero de los Sueños es todavía más peligroso, y pronto será imposible ir por él. Hemos de aprovechar el tiempo que nos queda —murmuró Geloë, a la vez que escondía las manos debajo de su capa. Seguidamente se alejó en dirección al mar de agitadas tiendas—. ¡A la puesta del sol! —repitió desde cierta distancia.

—Ah... —jadeó Binabik después de unos momentos de silencio—. Bueno; al menos aún podremos tomar un poco de vino y calentarnos las manos al fuego. ¡Corramos a la herrería!

El gnomo echó a andar, seguido a saltos por Qantaqa.

Jeremías musitó algo que los crecientes aullidos del viento no permitieron oír. Simón se detuvo para que el amigo pudiera darles alcance.

—¿Qué decías?

—Que Leleth no estaba con ella. Cuando Geloë sale, Leleth siempre la acompaña. Confío en que se encuentre bien.

Simón se encogió de hombros.

—¡Vamos a calentarnos!

Fueron detrás de Binabik y Sludig. Qantaqa, que corría a la cabeza, ya no era más que una sombra gris entre la ondeante hierba.

Simón y Binabik entraron en el Observatorio iluminado por lámparas. Encima del partido techo, el crepúsculo daba al cielo el aspecto de un cuenco de cristal azul. No vieron a Geloë, pero el Observatorio no estaba vacío. Leleth se hallaba sentada en un trozo de pilar derrumbado, con las delgadas piernas dobladas debajo del cuerpo. Ni siquiera volvió la cabeza al llegar ellos. Por lo general, la chiquilla ya era muy introvertida, pero en su actual silencio había algo que alarmó a Simón, que se acercó a ella y pronunció su nombre con dulzura. Leleth tenía los ojos abiertos, fijos en el trozo de cielo que desde allí se veía, pero la laxitud de sus músculos y su pausada respiración eran propias de una persona dormida.

—¿Crees que está enferma? —preguntó Simón—. Tal vez Geloë nos hiciera venir por eso.

No obstante su preocupación por Leleth, el joven experimentó cierto alivio, porque la idea de verse en el Sendero de los Sueños le producía angustia. Aunque había alcanzado la seguridad de Sesuad'ra, sus pesadillas nocturnas eran todavía vividas e inquietantes.

El gnomo tomo la caliente mano de la niña y la dejó caer nuevamente sobre su regazo.

—Poco podemos hacer por ella que Geloë no haga mejor. Aguardemos con paciencia. Esto debió de ser muy hermoso, en su día —comentó, al mismo tiempo que daba la vuelta despacio, contemplando la amplia sala circular—. Mi pueblo esculpió muchas cosas en la montaña viva, pero nuestra habilidad no puede compararse con la que tenían los sitha.

La referencia al pueblo de Jiriki como si se tratara de una raza extinguida extrañó a Simón, pero aún no estaba dispuesto a dejar el tema de Leleth.

—¿Estás seguro de que no debiéramos traerle algo? ¿Quizás una capa? ¡Hace tanto frío!

—A Leleth no le sucede nada —dijo entonces Geloë desde la puerta, y Simón dio un salto como si hubiese sido sorprendido cometiendo una traición—. Simplemente ha emprendido un pequeño viaje por el Sendero de los Sueños sin nosotros. Creo que es feliz allí.

La hechicera entró en la sala. Detrás de ella apareció el padre Strangyeard.

—¡Hola, Simón y Binabik! —los saludó el sacerdote con tanta alegría y emoción como un niño en Aedonmansa—. Voy a ir con vosotros. Soñando, quiero decir. Por el Sendero de los Sueños. Leí cosas sobre él, desde luego, y siempre me fascinó, pero nunca llegué a imaginar...

Strangyeard agitó los dedos como si quisiera demostrar la deliciosa inverosimilitud de todo ello.

—No es día para coger bayas, Strangyeard —gruñó Geloë—. Pero, dado que ahora sois un Portador del Pergamino, ya conviene que aprendáis alguna de las pocas artes que nos quedan.

—Desde luego que no... Quiero decir que, desde luego, siempre es bueno aprender. Pero en cuanto a coger bayas..., quiero decir... ¡Oh!

Vencido, Strangyeard guardó silencio.

—Ahora comprendo por qué Strangyeard se une a nosotros —señaló Binabik—. También yo puedo resultar útil, quizá. Pero... ¿por qué Simón, *Valada* Geloë? ¿Y por qué aquí?

La hechicera pasó brevemente una mano por los cabellos de Leleth, sin obtener respuesta de ella. Luego tomó asiento a su lado.

—Con respecto a lo primero, es porque tengo una necesidad especial, y Simón tal vez pueda ayudarme. Pero dejad que os lo explique todo, para que no haya errores... —dijo, esperando a que los demás se hubiesen instalado a su alrededor—. Os indiqué que se aproxima una nueva gran tormenta. Será difícil, si no imposible, caminar por el Sendero de los Sueños. Mas también se aproximan otras cosas —continuó, alzando una mano para anticiparse a la pregunta de Simón—. De momento no puedo deciros más. No hasta que haya hablado con Josua. Mis pájaros me trajeron noticias..., pero incluso ellos volarán a

sus escondites cuando llegue la tempestad. Y, entonces, los que habitamos la cumbre de esta roca quedaremos ciegos.

Mientras Geloë hablaba, formó con su mano diestra un pequeño montón de leña en el suelo de piedra, y lo encendió con una ramita que había aplicado a una de las lámparas. Luego extrajo del bolsillo una bolsa de reducido tamaño.

—Pues bien —prosiguió—. Mientras sea posible, haremos un último intento por reunir a las personas que nos han de ser útiles, o que necesiten el refugio que nosotros les ofrecemos. Os traje aquí porque es el lugar, ideal. Los propios sitha lo eligieron para hablar entre ellos a través de grandes distancias, sirviéndose, como dice su antiguo saber, de «piedras y escamas, charcas y palancas», como llamaban los sitha a sus Testigos.

Geloë sacó de la bolsa un puñado de hierbas, que sopesó en la palma de la mano.

—Por eso di a este sitio el nombre de Observatorio —explicó—. Así como los clérigos de los observatorios del antiguo imperio contemplaban las estrellas desde esos lugares, los sitha venían aquí para vigilar su imperio de Osten Ard. Es un punto muy adecuado para la inspección.

Simón sabía bastante acerca de los Testigos. Había convocado a Aditu con el espejo de Jiriki, y había visto el desastroso uso que hacía Amerasu de la Lámpara de la Niebla. De repente recordó su sueño de la noche de vigilia: la procesión con antorchas, los sitha y su extraña ceremonia. ¿Tendría algo que ver la naturaleza de ese lugar con su clara visión del pasado?

—Tú, Binabik —dijo Geloë—, quizás hayas oído hablar de Tiamak, un wran amigo de Morgenes. A veces enviaba mensajes a tu maestro Ookequk, según tengo entendido.

El gnomo hizo un gesto afirmativo.

—También Dinivan de Nabban conocía a Tiamak. Me dijo que había ideado un bienintencionado plan en el que tomaba parte el wran —continuó Geloë, ceñuda—, pero nunca pude averiguar de qué se trataba. Ahora que Dinivan está muerto, temo que Tiamak se encuentre solo y sin amigos. Leleth y yo intentamos alcanzarlo, pero sin conseguirlo del todo. Estos días, el Sendero de los Sueños es muy traicionero.

La hechicera alzó una pequeña jarra de agua que estaba en el suelo lleno de escombros.

—Espero, pues, que vuestra colaboración nos sirva para encontrar a Tiamak. Le diremos que venga con nosotros, si necesita protección. Además prometí a Josua que procuraría volver a alcanzar a Miriamele. Este caso es todavía más extraño. Parece cubrirla un velo, una sombra que me impide localizarla. Vos estuvisteis muy próximo a ella, Simón. Quizás esa relación pueda ayudarnos a vencer.

Miriamele. Su nombre produjo un torrente de poderosos sentimientos en Simón: esperanza, cariño, amargura. Le había dolido y decepcionado que ella no estuviera en Sesuad'ra. En el fondo de su mente había albergado una cierta certeza de que, si conseguía superar los obstáculos y llegar a la Roca del Adiós, Miriamele se hallaría allí

para darle la bienvenida. Su ausencia representaba casi una deserción para él. Pero luego lo había alarmado saber que la princesa había desaparecido sin más compañía que la de Cadrach.

—Ayudaré en todo lo posible —declaró.

—Bien —contestó Geloë, a la vez que se frotaba las manos contra los pantalones—. Escuchad, Strangyeard. Voy a enseñaros cómo mezclar la gatuña con hierba mora. ¿Prohibe eso vuestra religión?

El sacerdote se encogió de hombros, impotente.

—No lo sé. Pudiera ser... Pero corren tiempos extraños.

—Desde luego —admitió la hechicera con una risita—. Venid pues. Os lo enseñaré. Consideradlo una lección de historia, si lo preferís.

Simón y Binabik permanecieron callados mientras Geloë explicaba las proporciones al fascinado archivero.

—Son las últimas de estas plantas, hasta que abandonemos la roca —dijo la mujer cuando hubo terminado—. Otro estímulo para tener éxito esta vez. ¡Tomad!

Con estas palabras, Geloë puso un poco de aquella mezcla en las palmas de las manos, en la frente y los labios de Simón, y lo mismo hizo con Strangyeard y Binabik antes de dejar el tarro. Simón notó que la pasta se enfriaba en contacto con su piel.

—¿Y vos y Leleth? —preguntó.

—Yo puedo pasar sin ello, y Leleth nunca lo necesitó. Ahora sentaos y juntad las manos. No olvidéis que el Sendero de los Sueños está muy extraño estos días. No os dejéis vencer por el temor, pero tampoco perdáis la cabeza.

Depositaron en el suelo una de las lámparas y se sentaron en círculo junto al medio destrozado pilar. Simón estrechó la pequeña mano de Binabik por un lado y, por el otro, la manecita igualmente menuda de Leleth. Una sonrisa iluminó el rostro de la niña, la ciega sonrisa de quien sueña con felices sorpresas.

La gélida sensación se extendió por los brazos de Simón y por todo su cuerpo, hasta llenar su cabeza de una especie de neblina. Aunque todavía tendrían que haber visto encima la luz crepuscular, la redonda sala se oscureció rápidamente. Pronto, lo único que distinguió Simón fueron las oscilantes lenguas anaranjadas del fuego, pero incluso esa luz se convirtió entonces en negrura, y... Simón cayó, cayó.

Más allá de las absolutas tinieblas había un confuso mundo gris: un mar de nada, sin superficie ni fondo. Pero de ese vacío carente de forma empezó a perfilarse lentamente una pequeña figura de rápidos movimientos, que echó a volar como un gorrión. Simón no tardó más que un momento en reconocer a Leleth..., pero se trataba de una Leleth soñada, de una Leleth que aleteaba y daba vueltas, alborotados su cabellos por un imperceptible viento. Si bien él no oía nada, vio que la boca de la niña se abría en una radiante risa mientras le hacía señales para que se acercara. Hasta sus ojos tenían una vida que Simón jamás había descubierto en ellos. Así era la chiquilla que él nunca había conocido, la niña que, de un modo inexplicable, no había sobrevivido a las destructoras fauces de la jauría del Pico de las Tormentas. Allí aparecía viva de nuevo, libre de los terrores del mundo despierto y de su

propio cuerpo, lleno de cicatrices. Al joven se le ensanchó el corazón al verla danzar de aquella manera.

Leleth flotó delante de él mientras lo llamaba con la mano y, en silencio, le suplicaba que se diera prisa, que la siguiese, la siguiese... Simón lo intentó, pero, en el gris sueño en que se encontraba, era él quien se veía rezagado e impedido. La pequeña figura de Leleth se hizo borrosa y acabó por desvanecerse en aquel gris sin fin. El propio yo envuelto en sueños de Simón sintió que, con ella, desaparecía algo semejante al calor. De repente volvió a estar solo y a la deriva.

Transcurrió lo que pudo ser un largo espacio de tiempo. Simón pareció cernerse sin punto de apoyo en la nada hasta que alguien tiró de él con delicados e invisibles dedos. Sintió que lo empujaban hacia adelante, primero de manera gradual, y luego cada vez más aprisa. Aún no tenía cuerpo, pero sin embargo lo arrastraba una misteriosa corriente. Una nueva forma empezó a surgir del vacío: una oscura torre de inestables sombras, una negra vorágine surcada de chispas rojas, como un remolino de humo y fuego. Simón se notó impulsado hacia ella con creciente rapidez, y de súbito tuvo miedo. Porque en aquel oscuro torbellino aguardaba la muerte... la muerte o algo todavía peor. Un pavor mucho más intenso de lo que había imaginado llenó todo su ser. Simón se forzó a recordar que aquello era un sueño, no un lugar. No necesitaba soñar semejante sueño, si no quería. Parte de él hizo memoria de eso en ese mismo momento, en algún otro sitio, donde sostenía las manos de sus amigos...

Cuando pensó en ellos, estaban allí con él, invisibles pero presentes. Esto le dio un poco de fuerza, y logró impedir deslizarse hacia la búlleme negrura salpicada de chispas. Poco a poco logró apartarse y que aquel yo del sueño nadara contra la corriente. Cuando por fin consiguió un alejamiento de la terrible y tenebrosa espiral, el torbellino se derrumbó sobre sí mismo, y Simón quedó libre de volar hacia otro sitio. Allí, el mundo gris resultaba plácido y la luz era distinta, como si el sol luciera detrás de espesas nubes.

Leleth se hallaba delante de él y le sonrió a su llegada, contenta de tenerlo allí consigo..., aunque Simón sabía ahora, sin duda alguna, que nunca podría compartir todas las experiencias de la niña.

La carencia de formas del sueño empezó a cambiar. Simón tuvo la sensación de estar suspendido en el aire, encima de algo muy parecido al mundo real. A sus pies había una ciudad en sombras, una vasta extensión de estructuras formada por una casual colección de las cosas más diversas: ruedas de carro, juguetes, estatuas de animales desconocidos e incluso derribadas torres de asedio, procedentes de alguna remota guerra. Las caprichosas calles abiertas entre los absurdos edificios estaban llenas de furtivas luces. Al bajar la vista, Simón se sintió atraído hacia un edificio concreto, una elevada estructura totalmente constituida por libros y amarillentos rollos de pergamino, que parecía poder derrumbarse en cualquier momento y quedar convertido en un triste montón de rotas y viejas hojas. Leleth, que se había movido a su alrededor con la ligereza de un abejorro, ahora descendía revoloteando en dirección a una reluciente ventana de

aquella torre de libros.

En un lecho había una figura tendida. Su forma resultaba confusa, como si se viera a través de profundas aguas. Leleth extendió sus delgados brazos sobre la cama, y el oscuro cuerpo se agitó en un inquieto sueño.

—*Tiamak* —dijo Leleth, aunque con la voz de Geloë, que también contenía algo de las voces de sus demás compañeros—. *¡Tiamak! ¡Despierta a nosotros!*

La forma acostada se movió de manera espasmódica, y finalmente se incorporó despacio. Toda ella parecía rizada, y la sensación de que se hallaba sumergida en las aguas se hizo más intensa. Simón creyó oírla hablar, aunque de momento sin palabras.

—*¿.....?*

—*Soy Geloë, Tiamak, Geloë del bosque de Aldheorte. Quiero que vengas y te unas a nosotros en Sesuad'ra. Allí estarás a salvo.*

La figura se rizó todavía más.

—*¿... soñando?*

—*Sí, pero es un sueño verdadero. Ven a la Roca del Adiós. Cuesta hablar contigo. Aquí podrás encontrarla.*

Leleth volvió a extender los brazos sobre la borrosa figura, y esta vez empezó a formarse una indistinta imagen de la Roca.

—... *Dinivan... quería...*

—*Lo sé. Todo ha cambiado ahora. Si necesitas un refugio, ven a Sesuad'ra.*

Leleth bajó las manos, y el confuso cuadro se desvaneció. Asimismo empezó a esfumarse la forma tendida en el lecho.

—*¡...!*—procuró decir algo, sin duda muy urgente, pero se convertía rápidamente en niebla, al igual que la torre en la que descansaba y la ciudad de alrededor—. ... *del norte... horrible... encontré una noche...*— Y, después de una pausa, agregó con un esfuerzo tremendo: ... *el libro de Nisses...*

La visión se esfumó y todo volvió a ser de un lóbrego tono gris.

Cuando la intangible niebla lo rodeó de nuevo, los pensamientos de Simón volaron hacia Miriamele. Seguro que ahora, alcanzado de alguna forma Tiamak, Geloë dedicaría su atención a la desaparecida princesa. Y en efecto, cuando la imagen de Miriamele acudió a su mente —Simón la vio como en casa de Geloë, vestida de chico, con el pelo teñido de negro y corto—, la joven empezó a adquirir forma en medio de la nada. Miriamele resplandeció durante unos segundos—por cierto que a él le pareció que ahora llevaba los cabellos de un tono dorado, como eran en realidad—, antes de convertirse en otra cosa. ¿En un árbol? ¿En una torre? Simón creyó adivinar en ello un frío presentimiento. En muchos sueños había visto una torre, y nunca parecía significar nada bueno. Mas no... Aquello era algo más que una alta forma. ¿Árboles? ¿Un bosque?

Cuando hizo un esfuerzo por conseguir una imagen más clara, la confusa visión comenzó a materializarse hasta permitirle ver un barco, aunque de modo tan borroso e impreciso como la visión de Tiamak en su torre de pergamino. De los altos palos pendían mustias velas y

batientes sogas, todas ellas hechas de telarañas grises, polvorientas y andrajosas. El barco se balanceaba como si lo azotara un fuerte vendaval. Las negras aguas estaban sembradas de cabrillas, y el cielo se veía igualmente negro. Un vigoroso impulso apartaba a Simón de la nave pese a su desesperación por acercarse a ella. El muchacho se resistía a ser retirado, porque... ¡Miriamele podía estar a bordo!

Haciendo uso de todas sus energías, Simón luchó por aproximarse a aquel barco fantasmal, pero una inmensa cortina oscura se lo impidió: un telón de lluvia y niebla tan grueso, que casi parecía sólido. El joven se detuvo, perdido e indefenso. Y de pronto surgió Leleth a su lado, muy seria y con el esfuerzo reflejado en su menuda cara.

—*¡Miriamele!* —gritó Simón, pero la voz no partió de su boca, sino de la de Leleth—. *¡Miriamele!*—chilló de nuevo.

Leleth consiguió llegar un poco más cerca del buque, como si quisiera arrimarse al máximo para transportar las palabras de Simón.

—*¡Miriamele! ¡Ven a la Roca del Adiós!*

El barco se había desvanecido por completo, y la tempestad se extendió hasta cubrir todo aquel oscuro océano. Simón creyó ver saltar arcos de luz roja, como aquellos que perforaban la enorme vorágine. ¿Qué significaba eso? ¿Corría Miriamele algún peligro? ¿Sufría también ella extraños sueños? Simón hizo un último esfuerzo, en lucha contra la arremolinante tormenta de pesadilla, pero sin éxito. El barco había desaparecido. Ahora lo envolvía totalmente la tempestad. La oía zumbar a través de su propio ser, como un lejano doblar de gigantescas campanas de bronce, y eso lo estremecía de tal modo que creyó partirse en dos. Ahora también Leleth se había ido. Las tinieblas moteadas de rojo lo tenían agarrado cual endrino puño, y hubo un momento en que Simón temió morir allí mismo, en un lugar que no era tal.

Una mancha de luz apareció súbitamente a lo lejos, pequeña y gris como una deslustrada moneda de plata. El joven avanzó hacia ella mientras la negrura lo maltrataba y las encarnadas centellas lo asaeteaban como diminutas lanzas de fuego. Simón intentó sentir las manos de sus amigos, pero no pudo. La gran vastedad gris no parecía acercarse más. Pero él estaba cansado, como un nadador que se hubiese adentrado demasiado en el mar.

«¡Binabik, ayúdame! —pensó, pero sus amigos se hallaban perdidos más allá de las infinitas tinieblas—. ¡Ayúdame! —Pero hasta la pequeña mancha gris se esfumaba—. ¡Miriamele! Ansiaba volver a verte...»

Por última vez trató de llegar hasta la lucecilla, y entonces notó algo, como si la punta de un dedo apretara una de las suyas, aunque él no tenía manos para tocar ni ser tocado. Recobró algo de fuerza, y se deslizó un poco hacia el mundo gris... Más, pese a rodearlo todavía la negrura. Más...

Deornoth se dijo que, en circunstancias distintas, se habría reído. Ver a Josua sentado, escuchando tan absorto y con tan respetuosa atención a aquella insólita pareja de consejeros —una mujer de cara de halcón, cabellos hombrunos y ropas masculinas, y un gnomo que le

llegaba sólo hasta la cintura—, simbolizaba un mundo vuelto patas arriba.

—¿Qué esperáis que traiga ese Tiamak, *valada* Geloë? —preguntó el príncipe, al mismo tiempo que acercaba más la lámpara—. Si es otro sabio como Morgenes y vos misma, estoy seguro de que será bienvenido.

La hechicera movió la cabeza.

—No es diestro en las artes que vos suponéis, Josua, y desde luego no es un forjador de batallas. En realidad se trata de un tímido hombrecillo de los pantanos, gran conocedor de las hierbas que crecen en el Wran. Si intenté hacerlo venir, es porque tenía estrecha relación con la Alianza, y porque temo por él. Dinivan proyectaba emplearlo en algo, pero Dinivan está muerto. No es justo abandonar a Tiamak. Antes de que llegue la tormenta, hemos de salvar a tanta gente como sea posible.

Josua hizo un gesto de asentimiento, aunque sin mucho entusiasmo. Vorzheva, sentada junto a él, tampoco parecía muy convencida. Deornoth se imaginó que a la esposa del príncipe no le hacía gracia que cargasen tantas responsabilidades sobre los hombros de su marido, aunque ahora fuese sólo un hombrecillo de los pantanos.

—Gracias por eso, Geloë —dijo Josua—. Y gracias, también, por procurar de nuevo alcanzar a mi sobrina Miriamele. Cada vez estoy más preocupado por ella.

—Es extraño —replicó la hechicera—. Hay algo misterioso, que no acabo de entender. Diríase que Miriamele ha establecido una barrera que la separa de nosotros, pero ella no posee esos dones. Estoy desconcertada —confesó, enderezándose como si quisiera apartar de sí pensamientos inútiles—. Pero tengo algo más que deciros.

Binabik había estado apoyándose ora en un pie, ora en otro. Antes de que Geloë pudiese continuar, le tocó el brazo.

—Perdonad, pero yo debiera echarle una mirada a Simón, para cerciorarme de que ya le pasaron las pesadillas del Sendero de los Sueños, y de que ahora descansa bien.

La hechicera esbozó algo semejante a una sonrisa.

—Tú y yo hablaremos después.

—Ve, Binabik —lo urgió Josua—. Yo también iré a verlo, después. Es un muchacho valiente, aunque quizás un poco demasiado vehemente.

El gnomo hizo una breve reverencia y levantó la solapa de la puerta de la tienda, para salir.

—Quisiera que mis restantes noticias fuesen buenas, príncipe Josua —prosiguió Geloë—, pero lo que me comunicaron los pájaros resulta preocupante. Un gran ejército de hombres muy armados avanza hacia nosotros desde el oeste.

—¿Qué? —exclamó Josua, alarmado, y Vorzheva, que seguía a su lado, se protegió instintivamente el vientre con las manos—. No lo comprendo. ¿Quién os envió el mensaje?

—No me refiero a aves como las de Jarnauga, que transportan pequeños trozos de pergamino, sino a los pájaros del cielo. Yo puedo

Librodot

hablar con ellos... un poco. Lo suficiente para entender el sentido de las cosas. De Hayholt partió un pequeño ejército, que atravesó las ciudades del valle de Hasu y ahora sigue el lindero sur del gran bosque, camino de las praderas.

Deornoth la miró. Cuando por fin habló, su voz sonó, incluso en sus propios oídos, débil y quejumbrosa.

—¿Vos habláis con los pájaros?

Geloë se volvió bruscamente hacia él.

—Puede que a eso le debáis la vida. ¿Cómo creéis que supe que tenía que acudir junto a vos en las orillas del Stefflod cuando estabais a punto de luchar con los hombres de Hotvig en la oscuridad? ¿Y cómo suponéis que os encontré, allí en la inmensidad de Aldheorte?

Josua había apoyado una mano en el hombro de Vorzheva para calmarla, aunque parecía tranquila. Cuando habló, lo hizo en un tono sorprendentemente duro.

—¿Por qué no nos lo dijisteis antes, Geloë? ¿Qué otra información podríamos haber obtenido?

La hechicera pareció contener una cortante respuesta.

—Compartí todo lo que era vital. ¡Bien pocas cosas pudimos compartir en este interminable invierno! Los pájaros murieron, en su mayoría, o se escondieron del frío. En cualquier caso, no volaban. Además, no lo interpretéis mal: no puedo hablar con los pájaros de la misma forma en que vos y yo conversamos ahora. Sus pensamientos no son como los nuestros, y las palabras no siempre se adaptan a su capacidad de comprensión, ni yo intuyo a veces lo que quieren decirme. Perciben qué tiempo hará, y lo temen, pero también nosotros sabemos leer esos indicios. Aparte de eso, lo único que puede llamar la atención de los pájaros es, por ejemplo, algo tan evidente como un gran grupo de hombres a pie o a caballo. Por lo demás, y salvo que alguien les quiera dar caza, los humanos les interesamos muy poco.

Deornoth se dio cuenta de que miraba boquiabierto a Geloë, y desvió la vista. En su opinión, la hechicera hacía algo más que hablar con pájaros —de sobra recordaba a aquel ser alado que lo había atacado en el soto próximo al Stefflod—, pero comprendía que no era el momento de sacar el tema. Más que una tontería, habría sido una descortesía. Geloë era una aliada fiel y una amiga útil. ¿Por qué discutir con ella los secretos que formaban la base de su existencia?

—Creo que *valada* Geloë está en lo cierto, sire —intervino de manera sosegada—. Más de una vez ha demostrado ser una valiosa aliada. Lo que ahora importa, son las noticias que nos trae.

Josua lo miró brevemente y se mostró de acuerdo.

—Está bien, Geloë. ¿Tienen tus amigas las aves una idea de cuántos hombres vienen hacia acá, y a qué paso?

Ella reflexionó unos instantes.

—Diría yo que son unos centenares, Josua, aunque es una mera suposición. Los pájaros no cuentan como nosotros. En cuanto a la velocidad con que avanzan, parece ser que no se dan demasiada prisa, pero aun así no me sorprendería tenerlos aquí dentro de un mes.

—¡Por la sangre de Aedón! —exclamó Josua—. ¡Apuesto algo a que

es Guthwulf con la guardia erkyna! ¡Qué poco tiempo! ¡Yo, que esperaba poder prepararnos hasta la próxima primavera! ¿Estáis segura de que vienen hacia aquí? —agregó de cara a la hechicera.

—No —contestó Geloë sencillamente—, pero... ¿adonde pueden dirigirse, si no?

Para Deornoth, el temor despertado por la noticia se vio casi ahogado por una sorprendente sensación de alivio. No era lo que habían deseado, desde luego, y menos tan pronto, pero la situación distaba mucho de ser desesperada. A pesar del escaso número de hombres con que ellos contaban, mientras mantuviesen la inexpugnable roca, rodeada de agua además, tendrían una pequeña posibilidad de rechazar a los sitiadores. Y eso constituiría la primera oportunidad de devolverle un golpe a Elías desde la destrucción de Naglimund. Deornoth sintió que lo aguijoneaba el filo de la violencia. No estaría mal del todo limpiar el mundo, dado que parecía no haber otra elección. ¿Qué era lo que Einskaldir solía decir? «Lucha y vive, lucha y muere. Dios nos aguarda a todos.» Eso era, en efecto. Así de sencillo.

—De modo que... —dijo Josua al fin— ¡atrapados entre una nueva y tremenda tormenta y el ejército de mi hermano! Tendremos que defendernos. Apenas encontrado este refugio, nos toca volver a luchar y morir.

Una vez de pie, se inclinó para besar a su mujer.

—¿Adonde vas? —preguntó Vorzheva a la vez que alzaba una mano para tocarle la mejilla, aunque sin mirarlo a los ojos—. ¿Por qué te marchas?

Josua suspiró.

—Debo visitar a Simón. Luego caminaré un rato, para pensar.

Y desapareció en la oscura y ventosa noche.

En su sueño, Simón se hallaba sentado en un macizo trono de suave piedra blanca. Pero no existía salón del trono, sino una gran extensión de espeso césped verde. El cielo, de un increíble azul sin fondo, le hizo pensar en un gigantesco cuenco. Delante de él había un amplio círculo de cortesanos, cuyas fijas sonrisas le parecieron tan falsas como aquel absurdo cielo.

—¡El rey devuelve la vida! —gritó alguien.

La más próxima del grupo de cortesanos dio unos pasos hacia el trono. Era una mujer de ojos oscuros, vestida de gris, con largos cabellos lisos. Simón encontró que en su rostro había algo extrañamente familiar. Esa persona colocó delante de él una muñeca confeccionada con hojas y cañas, se retiró de nuevo y, a pesar de la falta de rincones para esconderse, desapareció.

El siguiente cortesano ocupó el sitio de la mujer.

—¡Renacimiento! —voceó alguien.

—¡Salvadnos! —chilló otro.

Simón intentó decirles que él no poseía semejante poder, pero los angustiados rostros continuaban moviéndose en círculo, sin cesar y tan indistinguibles como los radios de una rueda. El montón de ofrendas aumentó. Había más muñecos y gavillas de trigo dorado por el verano,

Librodot

así como ramos de flores cuyos pétalos parecían tan artificiales como el color azulón del cielo. También le llevaron cestas de frutas y quesos, incluso animales de granja, cabras y terneros cuyos balidos y berrees ahogaban las molestas voces.

—¡Yo no os puedo ayudar! —protestó Simón—. ¡No hay nada que hacer!

Prosiguió el interminable desfile de caras. Los gritos y gemidos comenzaron a crecer de volumen: un océano de súplicas que le producía dolor de oídos. Finalmente, Simón bajó la vista y halló una criatura echada encima del cúmulo de regalos, como si estuviese tendida en unas andas fúnebres. La cara de la niña tenía una expresión sombría y los ojos muy abiertos.

Cuando Simón se disponía a alargar la mano hacia ella, volvió a fijarse en la muñeca que había constituido el primer obsequio... Se descomponía ante sus propios ojos, ennegreciendo por momentos hasta no ser más que una mancha en la hierba, que de tan verde resultaba casi obscena. También las demás ofrendas cambiaban y se pudrían con una rapidez espantosa. Las frutas se machucaron y arrugaron, y pareció que espumajearan cuando las cubrió una capa de moho. Las flores se secaron hasta ser sólo copos de ceniza, y el trigo se redujo a un polvo gris. Simón comprobó, horrorizado, que hasta los animales, atados con ronzal, decaían y se hinchaban para transformarse, en cosa de segundos, en una pulsante masa de agitados gusanos blancos.

Simón quiso bajar de su trono, pero el inverosímil asiento había empezado a abombarse y resbalar debajo de él como si lo sacudiera un terremoto. El joven se vio metido en la suciedad hasta las rodillas. ¿Dónde estaba el bebé? ¿Dónde? Se consumiría como todo lo demás, pudriéndose si él no lo salvaba. Se abrió paso entre el pestilente humus que poco antes era un montón de ofrendas, pero de la criatura no había ni rastro, salvo que perteneciese a ella algo dorado que creía distinguir en el interior del repelente cúmulo... Simón rebuscó entre la oscura masa hasta que ésta lo rodeó por completo, obstruyéndole la nariz y llenándole los ojos cual tierra de cementerio. ¿Era oro, aquello que relucía entre las sombras? Tenía que ahondar más en el cieno. ¿No llevaba la criatura un brazalete de oro? ¿O era un anillo, o una cinta? Introdujo más la mano. ¡Le costaba tanto respirar...!

Despertó en la oscuridad. Tras un momento de sobresalto, se desprendió de la capa, avanzó tambaleante hasta la puerta y apartó el faldón para poder ver las escasas estrellas no veladas por las nubes.

Su corazón se calmó un poco. Se hallaba en la tienda que compartía con Binabik. Geloë, Strangyeard y el gnomo lo habían ayudado a llegar hasta allí desde el Observatorio. Apenas acostado en su jergón, Simón había caído en un profundo sueño lleno de pesadillas. Mas también había soñado otras cosas: un viaje por el Sendero de los Sueños, una casa en sombras y, después, un barco encantado... Era difícil distinguir ahora una cosa de otra, y dónde estaba la separación. El joven se notaba la cabeza pesada y telarañosa.

Sacó la cabeza de la tienda y respiró el frío aire, bebiéndolo como si

fuera vino. Gradualmente, sus pensamientos se aclararon. Habían ido todos al Observatorio para adentrarse en el Sendero de los Sueños, pero sin encontrar a Miriamele. Eso era lo importante, mucho más que la pesadilla de los muñecos y el bebé y el aro de oro. Habían intentado descubrir el paradero de Miriamele, mas algo lo había impedido, tal como había advertido Geloë que podía suceder. Simón no había querido rendirse y, al empeñarse en seguir adelante cuando los otros retrocedían, poco le había faltado, muy poco, para perderse en algo malo, en algo horrible.

«¡Estuve a punto de alcanzarla! ¡A punto! Sé que podría conseguirlo, si lo probara de nuevo.»

Pero habían gastado las últimas hierbas de Geloë y, además, el tiempo en que uno podía utilizar el Sendero de los Sueños estaba ya prácticamente agotado. Nunca volvería a tener una oportunidad, *salvo que...*

La idea —una idea escalofriante, ingeniosa— acababa de nacer en su mente cuando se vio arrancado de sus pensamientos.

—Me sorprende hallaros despierto —dijo Josua, y la luz de la lámpara que el príncipe sostenía en alto reveló su enjuto rostro—. Binabik os dejó dormido.

—Acabo de despertar, Alteza.

Simón trató de erguirse, pero se enredó con la solapa de la entrada y a punto estuvo de caer al suelo.

—No debierais estar levantado. El gnomo explicó que lo habíais pasado muy mal. Yo no entiendo del todo lo que vosotros cuatro estuvisteis haciendo, pero lo que sé me basta para creer que os convendría seguir acostado.

—Estoy bien —afirmó Simón. Si el príncipe lo veía enfermo, no le permitiría ir a ninguna parte, y él no quería verse excluido de cualquier otra expedición—. De veras, Alteza. Sólo fue una extraña pesadilla. Estoy perfectamente.

—Hum... —hizo Josua, mirándolo con escepticismo—. Si vos lo decís... Venid, pues. Pasead un rato conmigo. Después de caminar un poco, quizá podáis volver a conciliar el sueño.

—¿Caminar?

Simón se maldijo a sí mismo. ¡Precisamente cuando más deseos sentía de estar solo, su estúpido orgullo le había jugado una mala pasada! Por otra parte, era una ocasión para hablar con Josua.

—Sólo un breve paseo por la cumbre. Pero llevad alguna prenda con que envolveros. Binabik no me perdonaría que enfermarais por mi culpa.

Simón penetró de nuevo en la tienda y tomó su capa.

Caminaron durante un rato en silencio. La luz de la lámpara de Josua confería misteriosas formas a las quebradas piedras de Sesuad'ra.

—Ansío constituir una ayuda para vos, príncipe Josua —dijo Simón por fin—. Quisiera recuperar la espada de vuestro padre.

Josua no respondió.

—Si dejarais venir conmigo a Binabik, nadie se daría cuenta de

nuestra presencia. Somos demasiado insignificantes para atraer la atención del rey. Os trajimos a *Espina,* ¿no? ¡Pues igualmente podremos traeros a *Clavo Brillante!*

—Se aproxima un ejército —objetó el príncipe—. Parece ser que mi hermano recibió noticias de nuestra huida y, ahora, trata de remediar su anterior indolencia.

Cuando Josua le transmitió las noticias de Geloë, Simón experimentó en su interior una creciente satisfacción. ¡Así pues, no le negarían la posibilidad de hacer algo! Momentos después recordó a las mujeres, los niños y los ancianos que habían hecho de Nueva Gadrinsett su hogar, y se avergonzó de su gozo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—De momento, esperar —respondió Josua, deteniéndose ante la oscura masa de la Casa de las Aguas. Un arroyuelo corría junto a sus pies por un desmoronadizo canal—. Todos los demás caminos están cerrados para nosotros, por ahora. Esperamos, pues, y nos preparamos. Cuando llegue Guthwulf o quien guíe a las tropas, que podría ser mi propio hermano, lucharemos para defender nuestro nuevo hogar. Si perdemos..., entonces todo habrá terminado. Pero, si Dios nos concede la victoria —continuó mientras el fuerte viento de la cumbre levantaba sus capas y tiraba de todas sus ropas—, intentaremos avanzar y aprovechar al máximo nuestro triunfo.

El príncipe tomó asiento en un bloque de albañilería caído e indicó a Simón que se sentara a su lado. Al dejar la lámpara en el suelo, sus sombras se reflejaron enormes en las paredes de la Casa de las Aguas.

—En la actualidad tenemos que vivir día a día. No nos conviene pensar en un futuro demasiado lejano, o perderíamos lo poco que poseemos.

Simón contempló la danzante llama.

—¿Qué opináis del Rey de la Tormenta?

Josua se ciñó más la capa.

—No lo sé, la verdad. Es un asunto demasiado abrumador. Hemos de atenernos a lo que podemos comprender —contestó, a la par que señalaba con la mano el dormido poblado de tiendas—. Hay muchos inocentes que proteger. Ahora sois un caballero, Simón. Es una de las misiones que jurasteis cumplir.

—Lo recuerdo, príncipe Josua.

El mayor de los dos hombres guardó silencio durante unos momentos.

—Yo, además, tengo que pensar en mi hijo —agregó con amarga sonrisa, cosa que produjo un ligero movimiento en el resplandor de la lámpara—. Confío en que sea niña.

—¿De veras?

—Sí. Antes, de joven, deseaba que mi primer hijo fuese varón —dijo el príncipe, de cara a las estrellas—. Soñaba con un hijo que amase los estudios y la justicia, y que no tuviera ninguno de mis defectos. Ahora, en cambio, prefiero que sea niña. Porque, si sufrimos una derrota, un hijo varón sería perseguido sin descanso. Elías no podría dejarlo vivir. Y si tuviéramos la suerte de vencer...

Josua se interrumpió.

—¿Qué?

—Si llegáramos a vencer y yo ocupase el trono de mi padre, un día me vería obligado a enviar a mi hijo a hacer algo que yo ya no podría: algo peligroso y glorioso a la vez. Es lo que sucede con los reyes y sus hijos. Y yo no dormiría nunca tranquilo, temiendo la noticia de que había caído... —confesó con un suspiro—. Eso es lo que odio del mando y de ser rey, Simón. Es con el pueblo que vive y respira con quien un príncipe realiza sus juegos políticos. Yo os envié a vos, a Binabik y a los demás al peligro cuando vos apenas erais poco más que un chiquillo. No, ya sé que ahora sois un hombre... ¿Quién os armó caballero, al fin y al cabo? Pero eso no calma mis remordimientos. Gracias a Aedón, vos sobrevivisteis, pero otros no.

Simón vaciló un poco, antes de contestar.

—No obstante, el hecho de ser mujer no salva a nadie de verse metido en la guerra, príncipe Josua. Pensad en Miriamele. ¡Pensad en vuestra esposa, lady Vorzheva!

—Sí; temo que tengáis razón. Y ahora habrá todavía más luchas, más guerra..., y más inocentes morirán. ¡Elysia, Madre de Dios! —exclamó al cabo de un momento, alarmado—. ¡Pues sí que es eso un buen medicamento para quien padece de pesadillas! Binabik me dará un puntapié por esto —agregó avergonzado—. ¡Mira que hacer salir a su pupilo y no hablar más que de muerte y desgracias!

Seguidamente, Josua rodeó los hombros del joven con su brazo y se puso en pie.

—Voy a acompañaros a vuestra tienda —dijo—. El viento se pone muy cortante.

Cuando el príncipe se agachó para recoger la lámpara, Simón contempló sus delgadas facciones y sintió un súbito y penoso cariño hacia él, un afecto lleno de compasión, y se preguntó si todos los caballeros experimentaban lo mismo, respecto de sus señores. ¿Habría sido su propio padre, Eahlferend, tan severo pero al mismo tiempo tan bondadoso como Josua, de seguir con vida? ¿Habrían podido hablar entre ellos del mismo modo?

Pero lo más importante, pensó Simón cuando él y el príncipe se abrían paso entre la ondulante hierba, ¿habría estado Eahlferend orgulloso de su hijo?

Distinguieron los centelleantes ojos de Qantaqa antes de ver a Binabik, con su menuda figura morena erguida junto a la puerta de la tienda.

—¡Ah, bien! —dijo el gnomo—. Debo confesar que me asusté al ver que te habías ido, Simón.

—Fue culpa mía, Binabik. Estuvimos conversando —explicó Josua—. Os dejo en las mejores manos. ¡Dormid a gusto, joven caballero!

Y el príncipe se alejó con una sonrisa.

—¡Ahora, a la cama de cabeza! —riñó Binabik a Simón, y se introdujo en la tienda detrás de él.

El muchacho contuvo un gemido al acostarse. ¿Todos los de Nueva

Gadrinsett querían hablar con él, aquella noche?

El gemido fue real cuando Qantaqa, que había entrado también, se instaló encima de su estómago.

—¡Qantaqa! *¡Hinik aia!*— reprendió Binabik a la loba, que escapó con un gruñido—. Es hora de dormir.

—Oye, que no eres mi madre —refunfuñó Simón, que se preguntaba cómo podría llevar nunca a cabo su idea mientras tuviese permanentemente a su alrededor a Binabik— ¿También tú vas a dormir?

—No puedo —respondió el gnomo, que le echó una segunda capa por encima al amigo—. Esta noche tengo guardia con Sludig. Cuando termine, volveré a la tienda sin hacer ruido. ¿Quieres que charlemos un rato? —propuso, acurrucándose junto al lecho de Simón—. ¿Te habló Josua de los hombres armados que se acercan?

—Sí —contestó Simón, fingiendo un bostezo—. Lo comentaremos mañana. Realmente estoy soñoliento...

—Tuviste un día agotador. El Sendero de los Sueños resultó muy traicionero, como Geloë preveía.

El deseo que Simón tenía de llevar adelante su plan se vio embotado durante unos instantes por la curiosidad.

—¿Qué era aquello, Binabik? Aquello que había en el Sendero de los Sueños. Como una tormenta llena de chispas. ¿Lo viste tú también?

—Geloë lo ignora, y yo también. Dijo que quizá fuese una perturbación. «Tormenta» es una palabra que no me gusta, porque me imagino algo concreto, como mal tiempo, en el Sendero de los Sueños. Pero su causa sólo puede suponerse. Y tales suposiciones no son buenas, de noche y a oscuras. Bueno, Simón, ¡que descanses bien!

—Buenas noches, Binabik.

El joven escuchó cómo el amigo salía de la tienda y llamaba con un silbido a Qantaqa. Después todavía continuó quieto durante un rato, y aún contó hasta diez latidos de su corazón antes de destaparse e ir en busca del espejo de Jiriki.

Lo halló en las alforjas que Binabik había salvado de la pérdida de *Hogareña.* También estaban allí la Flecha Blanca y un plúmbeo saco, cerrado con cordones, que de momento le extrañó. Después de sopesarlo, Simón intentó abrirlo. Entonces lo recordó de pronto: era el saco que le había dado Aditu al despedirse ambos, diciéndole que se trataba de algo que Amerasu enviaba a Josua. Lleno de curiosidad, Simón dudó de llevárselo para mirar su contenido en un sitio más privado, pero el tiempo pasaba. Binabik podía regresar antes de lo previsto, y era preferible que lo riñera por estar ausente que ser atrapado antes de tener ocasión de llevar a la práctica su idea. Aunque de mala gana, volvió a meter el saco en la alforja. «Más tarde», se prometió a sí mismo. Y después se lo entregaría al príncipe, tal como había acordado.

Sólo se entretuvo en buscar la pequeña bolsa de sus pedernales, y salió a la gélida noche.

Una débil luz de luna se filtraba a través de las nubes, pero le bastó para encontrar el camino que cruzaba la cumbre. Un par de bo-

rrosas figuras se movían por el poblado de tiendas con un objeto u otro, pero nadie se metió con él y, en consecuencia, pronto hubo dejado atrás Nueva Gadrinsett para internarse en las ruinas centrales de Sesuad'ra.

El Observatorio estaba desierto. Simón avanzó despacio por el sombrío interior hasta dar con los restos del fuego encendido por Geloë. La ceniza todavía se notaba caliente. Añadió a los rescoldos unos trozos de leña encontrados al lado y, luego, echó por encima un puñado de serrín sacado de su bolsa. Golpeó el borde romo de su hierro con el pedernal hasta que saltó una chispa, pero ésta se apagó antes de que pudiera prender, de modo que Simón tuvo que repetir el laborioso procedimiento, renegando en voz baja. Al final consiguió una buena lumbre.

El canto del espejo de Jiriki parecía caliente al tacto, pero la superficie reflectante continuaba fría como el hielo cuando se la acercó a la mejilla. Echó su aliento sobre ella como había soplado sobre la chispa lograda tan a duras penas, y por último se puso el espejo delante de la cara.

La cicatriz había perdido algo de su intenso color rojo. Ahora era sólo una línea encarnada y blanca que descendía por su mejilla desde el ojo hasta la mandíbula. Simón se dijo que no dejaba de darle un cierto aspecto guerrero, el aire de quien ya había luchado por lo que era justo y honroso. También el níveo mechón que le surcaba los cabellos parecía conferirle madurez. Y la barba —que no podía dejar de ahuecar con los dedos al contemplarla— acababa de convertirlo, si no totalmente en un caballero, al menos sí en un hombre. Poco quedaba ya de niño en él. Simón se preguntó qué diría Miriamele si lo viese ahora.

«Tal vez lo averigüe pronto», pensó.

Ladeó un poco el espejo, de manera que el resplandor del fuego le iluminara sólo media cara, dejando la otra mitad en una sombra teñida de rojo. El joven pensó detenidamente en lo dicho por Geloë referente al Observatorio, lugar desde el que, otrora, los sitha se veían y hablaban entre sí, por mucha que fuera la distancia que los separaba, y procuró que la antigüedad del edificio y el silencio lo envolvieran como una capa. Si en una ocasión había hallado a Miriamele a través del espejo, sin buscarla, ¿por qué no ahora, en un punto tan poderoso?

Al contemplarse la media cara reflejada, la luz producida por el fuego pareció cambiar. El parpadeo se transformó en una vacilación más suave, hasta quedar reducido a un metódico pulso de fulgor escarlata. El rostro del espejo se disolvió para convertirse en un humo gris, y, cuando Simón se sintió caer hacía allí, aún tuvo tiempo para un breve y triunfal pensamiento.

«¡Y eso que nadie quiso enseñarme magia!»

El marco del espejo había desaparecido, y ya sólo lo rodeaba un mundo gris. Después de todas las peripecias del día, se sentía intrépido; al fin y al cabo estaba en un territorio ya familiar. Pero, mientras se decía esto, de repente se le ocurrió otra cosa. Hasta entonces siempre había contado con un guía o, al menos, con compañeros de aventura. Ahora, en cambio, no disponía de una Leleth con quien compartir sus problemas, y ni Geloë ni Binabik estarían a su lado para ayudarlo, si

iba demasiado lejos. El temor descendió sobre Simón como una ligera capa de escarcha, pero él lo apartó rápidamente de sí. Ya había utilizado una vez el espejo para llamar a Jiriki, ¿no? Entonces no había contado con ayuda, pero, aun así, parte de él suponía que una demanda de auxilio siempre resultaría un poco menos difícil que explorar por su cuenta el Sendero de los Sueños.

Sin embargo, Geloë había advertido que el tiempo se agotaba, y que el Sendero de los Sueños sería pronto intransitable. En consecuencia podía ser ésta la última oportunidad de alcanzar a Miriamele; la última oportunidad de salvarla e indicarle el camino de regreso. Si Binabik y los demás descubrían lo que había hecho, desde luego no habría otra ocasión. Debía llevar su plan adelante, pues. Además, ¡Miriamele quedaría tan sorprendida y contenta!

El gran vacío gris pareció más denso, esta vez. Si nadaba, sería en aguas gélidas y fangosas... ¿Y cómo encontraría el camino, sin hitos ni otras señales? Simón formó la imagen de Miriamele en su mente, la misma que había moldeado al anochecer, cuando viajaba en sueños con los otros. Mas, esta vez, el cuadro no se mantenía. Los ojos de Miriamele no podían ser como los que él veía. Y sus cabellos, aunque se los hubiese teñido para pasar inadvertida, no tendrían aquel tono acanelado... Simón luchó con la recalcitrante visión, pero las facciones de la desaparecida princesa se negaban a aparecer con claridad. El muchacho llegó a tener problemas para recordar cómo *debían* ser. Tuvo la sensación de querer crear un ventanal de colores con agua tintada: las formas se corrían y mezclaban pese a todos sus esfuerzos.

En eso, el gran gris que lo rodeaba empezó a cambiar. La diferencia no fue inmediatamente obvia, pero, de estar Simón en su cuerpo —cosa que de súbito deseó—, los pelos de su cogote se habrían erizado, y en todo el cuerpo habría tenido carne de gallina. Algo compartía el vacío con él, algo mucho más voluminoso que él. Simón sintió la emanación de su fuerza, pero, al contrario que la tormenta que en sueños lo había atrapado antes, eso de ahora no carecía de mente: rezumaba inteligencia y diabólica paciencia. Notaba él su implacable exploración como un nadador en el mar abierto puede darse cuenta de que, por las oscuras profundidades que tiene debajo, pasa un ser de enorme aleta.

La soledad se le antojó de pronto a Simón una especie de horrible desnudez. Braceó con desespero, ansioso por establecer contacto con algo que pudiera apartarlo de aquel espantoso vacío, falto de toda protección. Tuvo la sensación de que se reducía a causa del miedo, que se derretía como una vela... ¡No sabía cómo escapar! ¿Cómo salir de aquel infierno? Simón trató de despertar del escalofriante sueño, pero, como en las pesadillas de los niños, nada rompía el hechizo. Si había entrado en aquel sueño sin estar dormido, ¿cómo iba a despertar de él?

Permanecía la borrosa imagen que *no* era Miriamele. Intentó avanzar hacia esa figura y dejar atrás aquello grande y lento que lo acechaba.

«¡Socorro!», gritó en silencio, y entonces creyó distinguir un tenue resplandor de reconocimiento en alguna parte del horizonte de sus pensamientos. Quiso alcanzarlo como un náufrago se agarra a un

madero, y la nueva presencia se hizo un poco más intensa pero, a la vez, el misterioso ser que compartía el vacío con él extendió otra parte de su gran poder, lo suficiente para impedir que Simón escapara. El joven notó un malicioso y extraño humor que disfrutaba presenciando su inútil lucha, aunque asimismo tuvo la impresión de que aquella cosa se cansaba de la diversión y no tardaría en dar por terminado el juego. Algo semejante a una fuerza en disminución lo rodeó, un frío del alma que heló sus esfuerzos cuando él probaba de acercarse de nuevo a la débil presencia. La tocó por fin, a través de una penosa distancia, y se agarró.

«¿Miriamele?», pensó, rezando por que así fuera, y temeroso de perder aquel ligero contacto. Quien ella fuera, parecía darse cuenta, a Dios gracias, de que él estaba allí. En cambio, el ser que lo tenía preso, no desfallecía por ahora. Una negra sombra se movía por encima y por dentro de él, asfixiante a la vez que ligera, y...

—¿Seomán... ?

De pronto hubo otra presencia junto a él... No era la vacilante y femenina, ni la otra, oscura y mortal.

—¡Ven a mí, Seomán!—lo llamó—. *¡Ven!*

Una ola de calor invadió a Simón. El gélido aferramiento del otro ser se intensificó por unos instantes, pero después lo soltó... No porque estuviera vencido, como se dijo el joven, sino por aburrimiento y harto de ocuparse de semejantes minucias, del mismo modo que un gato puede perder interés en un ratón que se haya refugiado debajo de una piedra. Volvió entonces la inmensidad gris, todavía sin forma ni dirección, y luego comenzó a arremolinarse como las nubes retorcidas por el viento. Delante de él apareció una cara de huesos menudos con unos ojos que parecía de oro líquido.

—¡Jiriki!

—Seomán —contestó aquel rostro, preocupado—. *¿Estás en peligro? ¿Necesitas ayuda?*

—Creo que ahora estoy a salvo —dijo Simón, ya que la extraña y acechante presencia parecía haber desaparecido por completo—. *¿Qué era eso tan horrible?*

—No sé exactamente qué te tenía sujeto, pero, si no procedía de Nakkiga, es que todavía hay más maldad en el mundo de lo que sospechábamos.

A pesar de la misteriosa desconexión de lo visto en sueños, Simón comprobó que el sitha lo estudiaba atentamente.

—¿Vas a decirme que no tenías ningún motivo concreto para recurrir a mí? —agregó Jiriki.

—¡Es que no pensaba encontrarte a ti! —replicó Simón, un poco avergonzado, una vez pasado lo peor—. *Intentaba localizar a Miriamele, la hija, del rey. Ya te hablé de ella.*

—¿Estás solo en el Sendero de los Sueños? —inquirió el sitha, y en medio de su enojo había cierto regocijo—. *¡Imbécil ser humano! Si no llego a estar descansando cerca de donde tú te hallas..., en el pensamiento, quiero decir..., ¡sólo los dioses saben qué habría sido de ti! No obstante, me alegro de verte* —dijo, ya con más calor.

—También yo estoy contento de hablar contigo —afirmó Simón, y era verdad. El muchacho no se había dado cuenta, hasta ese instante, de lo mucho que añoraba la tranquila voz de Jiriki—. *Estamos en la Roca del Adiós, en Sesuad'ra. Elías manda tropas contra nosotros. ¿Puedes ayudarnos?*

El anguloso rostro del sitha se puso ceñudo.

—No puedo acudir a ti, por ahora, Seomán. Tendrás que cuidar de ti mismo. Mi padre, Shima'onari, se está muriendo.

—Lo..., lo siento...

—Dio muerte al podenco Niku'a, *la bestia más enorme nacida jamás en las perreras de Nakkiga, pero con ello se produjo una herida mortal. ¡Un nudo más en la serie de problemas! ¡Otra deuda de sangre con Utuk'ku y...* —aquí vaciló Jiriki— *con el otro! Sin embargo, las Casas se reúnen. Cuando mi padre sea conducido finalmente a la Arboleda, los zida'ya volverán a la guerra.*

Después de su anterior estallido de enojo, el sitha había adoptado de nuevo su acostumbrada manera implacable, aunque Simón creyó descubrir en él una oculta tensión, cierta agitación.

En Simón aumentaron las esperanzas.

—¿Te unirás a Josua? ¿Lucharás con nosotros? Jiriki arrugó la frente.

—No puedo asegurarlo, Seomán..., y no quiero hacer falsas promesas. Si tengo modo de hacerlo, así será, y los zida'ya y los sudhoda'ya pelearán juntos por última vez. Pero habrá muchos que hablen cuando hable yo, y habrá ideas muy distintas. Celebramos la danza de fin de año centenares de veces, desde que todas las Casas estuvieron reunidas para un consejo de guerra. ¡Mira!

El rostro de Jiriki relució mientras se desvanecía, y por espacio de unos momentos Simón vio una nublosa escena, un amplio círculo de árboles de plateadas hojas, altos como torres. Apiñadas a sus pies había huestes de sitha, centenares de inmortales que llevaban armaduras de diferentes colores y formas; armaduras que centelleaban y resplandecían bajo los rayos de sol que se filtraban a través de las copas de los árboles.

—¡Mira! Los miembros de todas las Casas se han reunido en Jao é-Tinukai'i. Allí está Cheka'iso Rizos de Ámbar. *También veo a Zinjadu, Señora del Saber de la perdida Kementari, y a Yizashi* Lanza Gris. *Incluso Kuroyi, el gigantesco jinete, ha acudido, a pesar de no haberse presentado en la Casa de la Danza Anual desde los tiempos de Shi'iki y Senditu. Han regresado los exiliados, y todos lucharemos como un solo pueblo, como no hacíamos desde la caída de Asu'a. En este aspecto, al menos, la muerte de Amerasu y el sacrificio de mi padre no habrán sido en vano.*

Desapareció la visión de toda aquella gente armada, y nuevamente vio Simón a Jiriki.

—Pero yo tengo sólo poco poder para dirigir esta acumulación de fuerzas —dijo el sitha—, *y nosotros, los zida'ya, tenemos muchas obligaciones. No puedo prometerte que acudamos, Seomán, pero haré todo lo posible por cumplir con mis deberes para contigo. Si vuestro*

apuro es grande, llámame. Sabes que trataré de ayudaros.

—Lo sé, Jiriki—contestó Simón y, aunque le parecía tener muchas otras cosas que decirle, su mente era un torbellino, por lo que sólo añadió—: *Espero que nos veamos pronto.*

Por fin sonrió Jiriki.

—Como dije en otra ocasión, joven humano, un instinto muy poco mágico me indica que volveremos a encontrarnos. ¡Sé valiente, entretanto!

—Lo seré.

El rostro del sitha se puso serio.

—Ahora vete. Te lo suplico. Como has podido comprobar, los Testigos y el Sendero de los Sueños y a no son de fiar. De hecho, resultan peligrosos. Dudo, incluso, de que cuanto ahora hablamos esté a salvo de oídos a la escucha. No es ningún secreto que las Casas se reúnen, pero sí lo es lo que los zida'ya vamos a hacer. Evita estos mundos, Seomán.

—¡Pero yo necesito hallar a Miriamele!—insistió Simón.

—Temo que lo único que consigas sea tropezar con problemas. Déjalo estar. Además cabe la posibilidad de que Miriamele se esconda de cosas que quizá no dieran con ella si tú, sin querer, no les señalaras el camino.

Simón sintió remordimientos de conciencia al pensar en Amerasu, aunque se dio cuenta de que Jiriki no quería recordarle aquello, sino hacerlo proceder con cautela.

—Si tú lo dices... —accedió.

En consecuencia, todo había sido inútil.

—Bien.

El sitha entrecerró los ojos, y Simón notó que su presencia empezaba a esfumarse. Súbitamente se le ocurrió algo.

—¡Eh, que no sé cómo regresar...!

—Yo te guiaré. ¡Adiós por ahora, mi Portador de Flecha!

Las facciones de Jiriki se hicieron borrosas, antes de dejar sólo una reluciente mancha gris. Cuando hasta el vacío comenzó a desaparecer, Simón sintió un leve roce, la presencia femenina que había intentado alcanzar en el momento de temor. ¿Había estado junto a ellos todo el rato? ¿Sería una espía, tal como advirtiera Jiriki? ¿O era realmente Miriamele, separada de alguna forma de él, pero dándose cuenta, al mismo tiempo, de que lo tenía cerca? ¿Qué podía ser?

Cuando Simón volvió en sí, tiritando de frío bajo la rota cúpula del Observatorio, se preguntó sí llegaría a saberlo algún día.

6

Tumba en el mar

Miriamele había dado tantos pasos por su pequeño camarote, arriba y abajo, que casi le parecía desgastar el suelo de madera con sus chinelas.

Se había alentado a sí misma hasta alcanzar una máxima tensión, dispuesta a cortarle el cuello al conde mientras durmiera. Pero de momento, por indicación de Gan Itai, había escondido la daga escamoteada y esperaba, aunque no sabía qué. Miriamele temblaba, y ya no sólo de rabia y frustración: había vuelto a apoderarse de ella el royente miedo que había logrado reprimir diciéndose que todo habría pasado pronto. ¿Cuánto tardaría Aspitis en descubrir el robo de su puñal? Y... ¿tendría alguna duda, antes de culpar a la indiscutible autora? Esta vez se presentaría decidido y preparado y, en vez de atenerse a las reglas y los compromisos de la sociedad, ella se vería arrastrada a su inminente boda con unas cadenas tan reales como las de Cadrach.

Mientras andaba por la pieza, Miriamele rezaba a Elysia y Jesuris suplicando auxilio, pero lo hacía sin pensar antes en las palabras, como si le hablase a un viejo pariente sordo y medio atontado. Tenía el convencimiento de que lo que pudiese ocurrirle a ella en aquel barco a la deriva no le importaba demasiado a un dios que, en primer lugar, le había permitido llegar a semejante situación.

Dos veces en su vida se había equivocado. Después de una niñez rodeada de aduladores y lacayos, había llegado a la conclusión de que el único modo de que la vida valiese la pena de ser vivida consistía en hacer sólo caso de sus instintos y seguir adelante contra todo impedimento, sin permitir que nadie se interpusiera en su camino hacia lo que ella creía importante..., pero era precisamente eso lo que la había conducido a su horrible situación presente.

Había huido del castillo de su tío, segura de que sólo ella podía cambiar el curso de los acontecimientos, mas las traidoras mareas del tiempo y de la historia no la habían aguardado, y todo aquello que Miriamele confiaba en poder evitar había ocurrido igualmente —la caída de Naglimund, la derrota de Josua—, lo que la había dejado desorientada por completo. En esos momentos le había parecido que lo más prudente era dejar de luchar y poner fin a la tenaz resistencia de toda una vida, para que, simplemente, los acontecimientos la arrastrasen consigo. Pero ese nuevo plan había resultado tan poco acertado como el primero, ya que su inercia la había llevado al lecho de Aspitis y, dentro de poco, la convertiría en esposa del odiado conde.

Durante un tiempo, tal discernimiento había hecho caer de nuevo a Miriamele en el abandono. Mataría a Aspitis y, probablemente, luego moriría ella a manos de sus hombres. No habría más fastidio, ni complicadas responsabilidades. Pero Gan Itai había refrenado sus impulsos y, ahora, Miriamele iba tan a la deriva como el *Nube de Eadne,* dada la calma chicha reinante.

Era un momento de decisión, tal como la princesa había aprendido de sus tutores. Por ejemplo, como cuando Pelippa, la mimada esposa de un noble, había tenido que decidir si declaraba, o no, su fe en el Jesuris condenado. Las ilustraciones de su libro de oraciones de la infancia seguían muy frescas en su memoria. En su calidad de pequeña princesa, lo que más la fascinaba era el plateado vestido de Pelippa. Pelippa en sí no le inspiraba grandes pensamientos, y lo mismo le ocurría con los demás personajes de las leyendas y de otras historias, o con las figuras pintadas en las paredes. Sólo recientemente se había preguntado Miriamele, por vez primera, cómo se sentirían aquellas personas reproducidas en imágenes. Aquellos caballeros en guerra, inmortalizados en los tapices del Sancellan, ¿habrían caminado de un lado a otro por los antiguos salones mientras tomaban arduas decisiones, sin preocuparse por lo que diría la gente de los siglos venideros, sino analizando las circunstancias del momento, en busca de una sabia determinación?

Miriamele seguía con sus pasos y pensamientos mientras el barco se mecía suavemente y el sol ascendía en el horizonte. Sin duda tenía que haber un modo de ser audaz sin caer en la estupidez, de ser flexible sin llegar a mostrarse maleable y blando como la cera. Entre esos dos extremos tenía que existir un camino, una manera de sobrevivir. Y, si lo había, ¿conseguiría ella llevar una vida digna de ser vivida?

En el camarote iluminado por una lámpara, inaccesible para el sol, Miriamele reflexionaba. No había dormido mucho la noche anterior, y dudaba poder conciliar el sueño en la próxima..., si vivía para verla.

La llamada a su puerta fue suave. Miriamele se consideró dispuesta a enfrentarse a Aspitis, pero sus dedos temblaban cuando hicieron girar el pomo.

Era Gan Itai, aunque la niski le pareció tan cambiada que, por espacio de unos instantes, la princesa creyó que había subido a bordo otra vigilante. Su tez, de un moreno dorado, resultaba ahora grisácea. La niski tenía el rostro fláccido y macilento, y sus ojos, hundidos y de párpados enrojecidos, parecían mirar de lejos a Miriamele. Gan Itai se ceñía el cuerpo con la capa, como si en medio de aquel ambiente húmedo e hinchado que presagiaba tormenta temiese resfriarse.

—¡Por Aedón! —susurró la princesa, hizo entrar rápidamente a la amiga y cerró la puerta—. ¿Estáis enferma, Gan Itai? ¿Qué ha sucedido?

Aspitis habría descubierto el robo y se acercaba... Sólo algo semejante podía ser la causa del aspecto de la niski. Miriamele se preparó para el encuentro con cierto gélido alivio.

—¿Necesitáis algo? ¿Queréis beber agua? —agregó precipitadamente.

Gan Itai alzó su curtida mano.

—No necesito nada, hija. Estuve... pensando.

—¿Pensando? ¿Qué queréis decir?

La niski meneó la cabeza.

—No me interrumpáis, Miriamele. Tengo cosas que deciros. Tomé mi propia decisión —anunció y se sentó en la cama de Miriamele, balanceándose como si, de pronto, tuviera cuarenta años más—. En primer lugar, ¿sabéis dónde está el esquife?

—Sí. Más o menos a medio barco, a estribor, colgado de los cabos del molinete.

Al menos, ahora representaba para ella cierta ventaja haber pasado la mayor parte de sus pocos años entre gentes de mar.

—Bien. Id allá esta tarde, cuando tengáis la certeza de que nadie os observa, y esconded esto en el esquife —murmuró la niski, al mismo tiempo que sacaba del interior de su capa varios bultos que dejó caer sobre el lecho. Cuatro de ellos eran odres de agua, llenos al máximo, y otros dos paquetes iban envueltos en arpillera—. Pan, queso y agua —explicó—, y algunos anzuelos de hueso, con los que quizá podáis pescar algo con que ampliar vuestras provisiones. Además añadí un par de cosillas que pueden resultaros útiles.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Miriamele, mirando fijamente a la anciana.

Gan Itai todavía parecía llevar una carga tremenda, pero sus ojos habían perdido algo de su anterior turbiedad. Ahora ya centelleaban.

—Significa que vais a escapar. Yo no puedo tolerar que os impongan tales perversidades. No sería una auténtica Hija del Navegante si lo hiciera.

—¡Pero si no lo conseguiré! —jadeó Miriamele, en lucha contra la absurda esperanza que quería nacer en ella—. Aunque lograse abandonar el barco, Aspitis me atraparía en cosa de pocas horas. El viento se levantará antes de que yo alcance la costa. ¿Creéis que puedo desaparecer en doce leguas de mar desierto, o alejarme lo suficiente a remo del *Nube de Eadne?*

—¿Remando? No —declaró Gan Itai con un extraño orgullo en la voz—. ¡Desde luego que no! El *Nube de Eadne* es veloz como un delfín. Pero... dejad en mis manos vuestra forma de huida, hija. Eso es la última parte de *mi* deber. De todos modos, vos tendréis que hacer otra cosa.

Miriamele se tragó sus protestas. Su tozudez y el hacer caso omiso de las recomendaciones no le habían servido de mucho, hasta ahora.

—¿Qué?

—En uno de los barriles situados junto al costado de estribor, en la bodega, hay herramientas y otros objetos metálicos sumergidos en grasa. La cuba lleva algo escrito, de manera que no os podéis equivocar. Bajad a la bodega al anochecer, tomad del barril un escoplo y un martillo, y romped con ello las cadenas de Cadrach. Claro que, después, debéis disimular que estén cortadas, por si alguien entra.

—¿Romper las cadenas? ¡Pero si todos los del barco me oirían! —exclamó Miriamele con súbito desánimo.

Estaba convencida de que el plan de la niski no daría resultado.

—Salvo que mi olfato me engañe, la tempestad no tardará en llegar. Un barco en alta mar, zarandeado por el vendaval, produce muchos ruidos —respondió Gan Itai, y con una mano indicó que, de momento, no deseaba más interrupciones—. Haced lo que os digo, salid de la bodega y dirigíos a vuestro camarote o a donde queráis, pero *con cuidado de que nadie os encierre.* Aunque sea preciso fingir mareo o locura, no permitáis que nadie os obstaculice el camino de la libertad —recalcó, con un enfático movimiento de los largos dedos, a la vez que sus dorados ojos se clavaron en los de Miriamele hasta que las dudas de ésta se disiparon.

—Así lo haré —prometió la princesa.

—Luego, a medianoche, cuando la luna esté exactamente *ahí*— prosiguió la niski, y señaló un punto del techo, como si el cielo se hallase directamente encima de ellas—, vais en busca de vuestro amigo el erudito y lo conducís al esquife. Yo me encargaré de que podáis bajarlo al agua. ¡Por lo Inexplorado! —exclamó de repente—. Aseguraos, hija, de que los remos están en el bote. Comprobadlo cuando escondáis la comida y el agua.

—De acuerdo.

El asunto estaba decidido, pues. Haría todo lo posible por seguir con vida, pero si fracasaba tampoco lucharía contra lo inevitable. Incluso aunque llegara a ser su marido, ni el propio Aspitis sería capaz de mantenerla viva en contra de su voluntad.

—¿Y qué haréis vos, Gan Itai? —inquirió

—Lo que debo hacer.

—¡Pues no fue un sueño! —protestó Tiamak, cada vez más enojado. ¿Cómo convencer a aquel bruto de rimmerio?—. Era Geloë, la sabia del bosque de Aldheorte. Me habló a través de una niña que últimamente aparecía en todos mis sueños. Yo ya había leído algo sobre eso. Es un truco del Arte, que los expertos saben hacer.

—¡Cálmate, hombre! No dije que fuesen imaginaciones tuyas—dijo Isgrimnur, dando la espalda al anciano, que esperaba con paciencia la siguiente pregunta que el duque le formulará.

Si bien era incapaz de responder, el que antaño había sido Camaris parecía sentir una tranquila e infantil satisfacción ante la atención que le prestaba Isgrimnur, y podía seguir allí sonriéndole al duque durante horas.

—Oí hablar de esa Geloë, y *te creo,* hombre. Y, cuando podamos partir, tu Roca del Adiós será un destino tan bueno como cualquier otro. Tengo entendido que el campamento de Josua se halla cerca de ese sitio que tú dices. Sin embargo, no puedo permitir que un sueño, por urgente que parezca, me arranque ahora de aquí.

—Pero... ¿por qué? —insistió Tiamak, que en realidad ni siquiera sabía por qué era tan importante partir; lo único que le pasaba era que estaba harto de sentirse inútil—. ¿Qué diantre podemos hacer aquí?

—Espero a Miriamele, la sobrina del príncipe Josua —contestó el rimmerio—. Dinivan me envió a esta posada dejada de la mano de Dios.

Quizá también venga ella. Dado que es mi sagrado deber encontrarla y perdí la pista, he de permanecer durante un tiempo aquí, donde se desvanece el rastro.

—Si Dinivan la envió, ¿por qué no está aquí Miriamele?

Tiamak se dio cuenta de que con su actitud complicaba aún más la cosa, pero no se pudo contener.

—Tal vez se haya retrasado. A pie es un viaje muy largo —respondió Isgrimnur, pero su máscara de calma cambió un poco—. ¡Pero ahora calla, diantre! Ya te dije todo cuanto sé. Si quieres largarte, ¡vete! No te retendré.

Tiamak cerró la boca de golpe, dio media vuelta y, muy triste, se dirigió hacia el hato de sus pertenencias para empezar su marcha, aunque con poco entusiasmo.

¿Debía irse? El viaje era largo, y desde luego sería preferible hacerlo acompañado, por muy faltos de perspicacia que fuesen los compañeros y por poca consideración a sus sentimientos que tuvieran. O quizá fuese mejor escabullirse para regresar a su casa del árbol, en los pantanos que rodeaban la Arboleda del Pueblo. Pero su gente querría saber qué había ocurrido con el encargo que de su parte debía cumplir en Nabban, y... ¿qué diría él?

«El Que Siempre Camina Sobre Arena —rezó Tiamak—, ¡sálvame de esta terrible indecisión!»

Sus inquietos dedos tocaron un pesado pergamino. Sacó la página del libro perdido de Nisses y la sostuvo brevemente en sus manos. Al menos, nadie podría arrebatarle aquel pequeño triunfo. Él, y nadie más, lo había encontrado. Pero, para su gran pena, ni Morgenes ni Dinivan vivían para admirarlo.

... Traed del jardín rocoso de Nuanni

leyó Tiamak en silencio

... al hombre que, aunque ciego, puede ver;
descubrid la espada que libera a la Rosa
al pie del gran árbol del rimmerio;
hallad la llamada cuya fuerte voz
pronuncia el nombre del portador de la llamada
en un barco en el mar menos profundo.
Cuando la espada, la llamada y el hombre
lleguen a la mano derecha del príncipe,
el prisionero estará libre de nuevo...

Recordó entonces el deteriorado santuario de Nuanni, encontrado pocos días antes en uno de sus paseos. El jadeante y anciano sacerdote, medio ciego, poca cosa de importancia le había sabido decir, aunque se había mostrado muy dispuesto a hablar después que Tiamak dejase caer un par de cintis en el cuenco de las ofrendas. Nuanni era, por lo visto, un dios del mar de los antiguos nabbanos, cuyos días de gloria eran incluso anteriores a la aparición del advenedizo Jesuris. Los

seguidores de Nuanni eran ahora muy escasos, según dijo el sacerdote: de no ser por los diminutos focos de fe que todavía luchaban por subsistir en las supersticiosas islas, nadie se acordaría ya del nombre de Nuanni, pese a que, en su día el dios había dominado la Verde Inmensidad, primera en el corazón de todos los navegantes. El viejo sacerdote suponía que aquél era el único santuario que se conservaba en el continente.

Tiamak había sentido gran satisfacción al comprobar que el nombre mencionado en su pergamino tenía un significado, aunque sin profundizar mucho más en el asunto. Ahora dejó que su mente penetrara en la primera línea del extraño verso, y se preguntó si aquel «jardín rocoso de Nuanni» no sería una referencia a las diseminadas islas de la bahía de Firannos…

—¿Qué tienes ahí, hombrecillo? ¿Un mapa?

Por el tono de su voz, Isgrimnur trataba de ser amable, en un esfuerzo por compensar su anterior brusquedad, pero Tiamak no estaba para cuentos.

—Nada. No es asunto que os incumba —gruñó, enrollando rápidamente el pergamino para volver a guardarlo entre sus demás cosas.

—No hace falta que te pongas así—replicó el duque—. Ven, hombre, y hablemos. ¿De veras te vas?

—No lo sé aún —refunfuñó Tiamak, que no tenía ganas de mirarlo. El rimmerio era tan alto e imponente que hacía sentirse terriblemente pequeño al wran—. Quizá. Pero para una persona sola sería un camino muy largo.

—¿Cómo ibas a hacerlo, además?

El interés de Isgrimnur parecía sincero.

Tiamak reflexionó.

—Si no fuese con vosotros dos, no tendría necesidad de pasar inadvertido. En ese caso elegiría el camino más recto, a través de Nabban y los Thrithing. Sería un viaje largo, pero a mí no me asusta el ejercicio. O quizá comprase un burro —añadió ceñudo, pensando en su pierna herida, que posiblemente no se curara nunca del todo y, desde luego, no era capaz de soportarlo durante una distancia muy larga.

—Para un wran, hablas muy bien el westerling—señaló Isgrimnur, sonriente—. Empleas palabras que ni yo mismo conozco.

—Ya os dije —contestó Tiamak, picado— que estudié con los hermanos aedonitas en Perdruin. El propio Morgenes me enseñó mucho.

—Es evidente —asintió Isgrimnur—. Pero… hum… Si tuvieses que viajar procurando pasar… inadvertido, como dijiste, o sea sin llamar la atención…, ¿cómo lo harías entonces? ¿Existen túneles secretos, que sólo conocéis los hombres de los pantanos, o algo por el estilo?

Tiamak alzó la vista, Isgrimnur lo observaba con curiosidad. El wran se apresuró a bajar los ojos, intentando esconder una sonrisa. El rimmerio quería enredarlo como si fuera un chiquillo. ¡Vaya gracia!

—Me figuro que volaría —respondió.

—¿Que volarías? —exclamó el duque, y Tiamak casi creyó poder ver la incredulidad reflejada en su rostro—. ¿Estás loco?

—¡Oh, no! —protestó Tiamak en serio—. Es un truco que conocen todos los habitantes del Wran. ¿Por qué creéis que sólo se nos observa en lugares como Kwanitupul, donde elegimos ser vistos? Ya estaréis enterado de que, cuando alguien de las tierras secas se interna en el Wran, jamás encuentra un alma viviente. Pues eso se debe, sencillamente, a que podemos volar cuando es preciso. ¡Como los pájaros! Además, si no fuésemos capaces de volar… —agregó mirando por el rabillo del ojo a Isgrimnur, cuya expresión de pasmo era cuanto deseaba ver—, ¿cómo podríamos alcanzar los nidos de las copas de los árboles en que ponemos nuestros huevos?

—¡Por la roja sangre de Aedón en el Árbol! —estalló Isgrimnur—. ¡Al diantre contigo, hombre de los pantanos! ¿Pretendes tomarme el pelo?

Tiamak se encogió en espera de que el duque le arrojara encima algún objeto pesado, pero momentos más tarde, cuando se atrevió a levantar la vista, comprobó que Isgrimnur se reía y meneaba la cabeza.

—Supongo que es la respuesta que merecía —dijo el rimmerio—. Vosotros, los wrans, parecéis tener un gran sentido del humor.

—También lo tienen algunos habitantes de las tierras secas.

—En cualquier caso, el problema subsiste —declaró Isgrimnur, con la cara colorada—. La vida parece consistir sólo en difíciles decisiones, hoy día. ¡Por el nombre del Redentor! Yo ya tengo tomada mi determinación y debo seguir con ella: si Miriamele no se ha presentado el primer día de novendre, que es el Día de las Almas, yo diré «¡Ya basta!» y me encaminaré al norte. Eso es lo que tengo decidido. Ahora te toca a ti tomar una determinación: te quedas o te vas.

Dicho esto, el duque se volvió hacia el anciano, que había presenciado toda la conversación con benévola ignorancia.

—Confío en que te quedes, hombrecillo —agregó Isgrimnur con voz tranquila.

Tiamak permaneció unos segundos con la vista fija en él. Después se levantó para acercarse a la ventana. Abajo, el sucio canal centelleaba cual metal verde bajo el sol de la tarde. Trepó al alféizar y sacó por la ventana la pierna herida.

Inihe Flor Roja tenía el cabello oscuro;

entonó mientras seguía con la mirada una chalana que avanzaba canal abajo, balanceándose,

cabello oscuro, ojos oscuros. Esbelta como un junco era,
y les cantaba a las grises palomas.
Ay, ay, les cantó durante toda la noche.

Shoaneg Remero Veloz la oyó,
la oyó y la amó. Era fuerte como un árbol
pero no tenía hijos.
Ay, ay, no tenía a nadie que llevara su nombre.

Shoaneg llamó a Flor Roja,
le hizo la corte y la consiguió. Rápido como las libélulas fue su amor,
y ella fue con él a su casa.
Ay, ay, la pluma de Flor Roja adornó la puerta.

Inihe tuvo un hijo varón,
lo amamantó y amó. Era dulce cual la fresca brisa
y llevó el nombre de Remero Veloz.
Ay, ay, para él, el agua era tan segura como la arena.

El niño creció y caminaba, remaba y corría.
Libre como un conejillo era,
y se alejó mucho de su hogar.
Ay, ay, llegó a ser un extraño en casa.

Un día regresó la barca vacía,
dando vueltas a la deriva. Vacía cual cascara de nuez.
El hijo de Flor Roja había desaparecido.
Ay, ay, esfumado como flor de cardo.

Shoaneg dijo: «¡Olvídalo!
Era insensato como una cría de pájaro
que abandone el nido».
Ay, ay, su padre maldijo su nombre.

Inihe no podía creer haberlo perdido;
lo añoraba y lloraba. Triste como hoja arrastrada por las aguas,
sus lágrimas empaparon el suelo de cañas.
Ay, ay, lloraba ella a su hijo.

Flor Roja ansiaba recuperarlo; no cesaba de confiar y orar.
Era cual lechuza cazadora
que buscara a su hijo.
Ay, ay, ¡al fin lo encontraría!

Shoaneg le prohibió indagar más.
Gritó y protestó, furioso como una colmena.
Si ella se iba, ya no tendría mujer.
Ay, ay, ¡alejaría la pluma de su puerta...!

Tiamak calló. Una gabarra, tripulada por vociferantes wrans, era dificultosamente empujada mediante pértigas hacia un estrecho canal lateral. La embarcación rozó con fuerte chirrido las estacas del embarcadero, que sobresalían delante de la fachada de la posada como podridos dientes. Las aguas formaban inquietas olas. Tiamak se volvió para mirar a Isgrimnur, pero el duque había abandonado la pieza. Sólo seguía allí el anciano, fijos los ojos en la nada y alelada la expresión del rostro, salvo una pequeña y enigmática sonrisa.

Lejos quedaban los tiempos en que su madre le cantaba esa balada a Tiamak. La historia de la decisión de Inihe Flor Roja había sido siempre su favorita. El recuerdo de la madre le hizo un nudo en la garganta al wran. ¡Había traicionado la confianza depositada en él, al no cumplir con un deber frente a su propio pueblo! ¿Qué podía hacer ahora? ¿Aguardar allí con los hombres de las tierras secas? ¿Acudir junto a Geloë y a los demás Portadores del Pergamino, que lo habían llamado? ¿O regresar desprestigiado a la Arboleda del Pueblo? Fuese a una parte o a otra, Tiamak sabía que el espíritu de su madre lo vigilaría, apenado de que el hijo le hubiese vuelto la espalda a los de su raza.

El wran hizo una mueca, como si notara un gusto amargo. Isgrimnur tenía razón en una cosa; que, en aquellos tristes días, la vida parecía consistir únicamente en decisiones difíciles de tomar.

—¡Tira de ella hacia atrás! —dijo la voz—. ¡Pronto!

Maegwin despertó para hallarse contemplando una blanca nada. La transición fue tan extraña que, por un momento, creyó estar soñando todavía. Se inclinó hacia adelante, intentando avanzar a través de ese vacío como lo había hecho a través de la gris inexistencia del mundo onírico, pero algo la retuvo. Instintivamente contuvo el aliento al sentir el tremendo y punzante frío. A sus pies se abría un sobrecogedor abismo de arremolinada nieve. Unas ásperas manos la sujetaban por los hombros.

—¡Agárrala bien!

La princesa trató de desasirse de quienes la tenían aferrada, y retrocedió espontáneamente. Cuando comprobó que a su alrededor todo era suelo de firme roca, suspiró con alivio y dejó que la tensión la abandonara. Los danzantes copos de nieve llenaron enseguida las huellas dejadas por sus rodillas junto al borde del precipicio. Cerca de ella, las cenizas del pequeño fuego habían desaparecido por completo bajo el blanco manto.

—Lady Maegwin, ¡estamos aquí para ayudaros!

Recorrió ella con la vista cuanto la rodeaba, medio atontada aún. Dos hombres seguían sosteniéndola, y un tercero permanecía pocos pasos detrás. Todos iban envueltos en gruesas capas y, además, se cubrían la cara con sendas bufandas. Uno de ellos lucía el maltrecho penacho del clan de los croich.

—¿Por qué me hicisteis retirarme? —le reprochó Maegwin, aunque con voz lenta y torpe—. ¡Estaba con los dioses!

—¡A punto de *caeros* estabais, señora! —contestó el hombre que tenía a su derecha y, por la mano que la sujetaba, la princesa notó que el individuo tiritaba—. ¡Os buscamos durante tres días!

Tres días... Maegwin miró al cielo, desconcertada. A juzgar por el débil resplandor del sol, pasaba poco del amanecer. ¿Había estado con los dioses todo ese tiempo? ¡Si parecía haber transcurrido sólo un instante! ¿Por qué habrían llegado aquellos hombres...?

«No —se dijo luego—. Eso sería egoísmo por mi parte. Mi obligación es regresar. De poco le habría servicio a mi pueblo, en el caso de despeñarme y morir...»

Tenía el deber de sobrevivir. Más que el deber.

Maegwin aflojó los helados dedos que sostenía la piedra del dwarrow, y ésta cayó al suelo. A la princesa se le hinchó el corazón en el pecho. ¡Estaba en lo cierto! Había subido al Bradach Tor, tal como se lo había indicado el sueño. Y allí, en la cumbre, había vuelto a soñar, a tener unas visiones tan insistentes como las que la habían impulsado hacia las alturas.

Maegwin había sentido que el mensajero de los dioses le tendía la mano, un mensajero en forma de un joven alto y pelirrojo. Aunque el sueño había hecho borrosas sus facciones, parecía muy guapo. Tal vez fuera un caído héroe de la antigua Hernystir, Airgad *Corazón de Roble* o el príncipe Sinnach, resucitado a la vida en el cielo junto a Brynioch y los demás dioses.

Durante la primera visión en el interior de la cueva, había tenido la impresión de que ese mensajero se limitaba a mirarla, pero, al querer tocarlo ella, se había disuelto, dejándola helada y solitaria en la roca. Al quedar dormida de nuevo, el mensajero había vuelto una vez más en su busca. Ella sentía que lo que él quería era urgente, por lo que Maegwin se había esforzado al máximo, tratando de arder con la luminosidad de una lámpara, para que pudiese encontrarla, y de salir de la sustancia del sueño para darle alcance. Por fin, al lograr tocarlo, él la había transportado inmediatamente al umbral del mundo habitado por los dioses.

Y sin duda era uno de los dioses al que ella había visto. Luego, no obstante, la visión se había velado. Era posible que los mortales vivientes no debiesen descubrir la verdadera forma de los dioses, pero Maegwin estaba segura de que la cara aparecida delante de ella no era la de un ser nacido de hombre y mujer. Sus abrasadores ojos, inhumanamente dorados, lo demostraban. ¿Habría visto al propio Brynioch de los Cielos? El mensajero, cuyo espíritu había permanecido con ella, parecía decirle al dios algo referente a un lugar elevado..., que sólo podía ser el sitio donde yacía el dormido cuerpo de Maegwin mientras su alma revoloteaba en sueños. Después, el mensajero y el dios hablaron de una princesa y de un padre muerto. Todo junto resultaba muy confuso; las voces llegaban a ella desfiguradas y con un extraño eco, como a través de un largo túnel o de un imponente abismo, pero... ¿a quién podían referirse, sino a la propia Maegwin y a Lluth, su padre, muerto por proteger a su pueblo?

No logró percibir todo cuanto decían, pero el sentido de las palabras era claro: los dioses se preparaban para la batalla. Eso sólo podía significar que por fin iban a intervenir. Por espacio de unos instantes le había sido concedido echar una ojeada a las aulas celestiales. Una gran hueste de deidades aguardaba allí, fiera la mirada y ondeantes los cabellos, tan multicolores como relámpagos en un cielo veraniego. Maegwin había visto a los dioses en todo su poder y su gloria. Era verdad, ¡tenía que serlo! ¿Cómo podía dudar ahora? Los dioses se disponían a entrar en campaña y tomar venganza de los enemigos de Hernystir.

Cuando su cuerpo se tambaleó de un lado a otro, los dos hombres

la mantuvieron firme. Tenía ella el convencimiento de que, si saltaba en ese momento del Bradach Tor, no caería, sino que saldría volando como un estornino con la velocidad de una flecha para comunicar a su pueblo las maravillosas noticias. Se rió de sí misma ante tan loca idea, pero su risa fue luego de alegría por haber sido la elegida de los dioses de la tierra, las aguas y los cielos para transmitir su mensaje de próxima redención.

—Señora... —dijo el hombre, preocupado—, ¿estáis enferma?

Entregada a sus pensamientos, Maegwin no le prestó atención. Aunque en efecto no fuese capaz de volar, tenía que correr enseguida montaña abajo, en dirección a la cueva donde los hernystiros trabajaban durante su exilio. ¡Era hora de dejar la cumbre!

—Nunca me sentí mejor —declaró en respuesta a la angustia del hombre—. ¡Conducidme a donde aguarda mi pueblo!

Mientras su escolta la ayudaba a retroceder por la cima, el estómago de la princesa empezó a protestar. El hambre despertaba. Maegwin había dormido y soñado y contemplado la nevada lejanía desde las alturas a lo largo de tres días, sin apenas tomar alimento. Pictórica de las palabras del cielo, estaba a la vez tan hueca por dentro como un barril vacío. ¿Llegaría a sentirse llena en algún momento? Soltó una sonora carcajada y, a continuación, hizo una pausa para sacudirse de encima la nieve, que cayó de sus ropas en forma de blancas nubecillas. El frío era tremendo, pero a ella la animaba un calor interno. Se hallaba lejos de su hogar, mas la acompañaban sus inquietos pensamientos. Habría deseado compartir la profunda sensación de triunfo con Eolair, pero ni siquiera el recuerdo del conde la entristecía, como antes le había sucedido siempre. El hacía lo que debía y, si los dioses habían plantado en su mente la semilla de la tarea de Eolair, su razón tendrían para ello. ¿Cómo podía dudar ya, cuando todo lo demás que parecía prometido acababa de serle concedido, todo con excepción del mayor don final, que sabía que no tardaría en llegar?

—Hablé con los dioses —dijo Maegwin a los tres hombres—. Están con nosotros en tan terribles momentos, y nos asistirán.

El que se encontraba más cerca de ella echó una rápida mirada a sus camaradas y, después, procuró sonreír mientras decía:

—Loados sean todos sus nombres.

La princesa recogió sus escasas pertenencias con tanta prisa que astilló un poco el ala de madera del pájaro de Mircha. Luego envió a uno de los hombres en busca de la piedra del dwarrow, que había quedado sobre la nieve, al borde del precipicio. Antes de que el sol se moviera un palmo en el horizonte, Maegwin descendía a toda prisa por las nevadas laderas de las montañas de Grianspog.

Estaba hambrienta y muy cansada, y ahora ya empezaba a sentir el frío. No obstante la ayuda de sus rescatadores, la bajada resultó aún más difícil que la subida. Pese a ello, Maegwin sentía latir quedamente dentro de ella la alegría, como un niño que esperase el momento de nacer; alegría que, al igual que un niño, crecería para ser todavía más espléndida. ¡Por fin podía anunciar a su pueblo que iba a llegar la

ayuda! ¿Qué noticia sería mejor recibida, después de un año tan triste?

Sin embargo, de pronto se preguntó qué más convendría hacer. ¡Cómo debía prepararse el pueblo hernystiro para el retorno de los dioses?

En esto pensaba Maegwin mientras el grupo descendía con precaución y la mañana se deslizaba a través de la ladera. Finalmente decidió que, antes que nada, debía volver a hablar con Diawen. La hechicera había tenido razón respecto de Bradach Tor y había comprendido en el acto la importancia de los otros sueños. Sí; Diawen la ayudaría a decidir qué era recomendable hacer.

El viejo Craobhan salió al encuentro del grupo, lleno de palabras de enojo y de mal disimulada angustia, pero su furia por la insensatez de Maegwin le resbaló a ésta como gotas de lluvia en un cuero engrasado. La princesa sonrió y agradeció el envío de hombres en su busca, pero sin dejarse estorbar en sus proyectos. Desoyó a Craobhan cuando éste exigió, luego pidió y finalmente suplicó que descansara y se dejase cuidar. Pero, al ver que nada convencería a Maegwin de la necesidad de acompañarlos, y no dispuesto a utilizar la fuerza en una caverna repleta de curiosos, el anciano y sus hombres se rindieron.

Diawen se hallaba delante de su cueva como si hubiera esperado en ese momento la llegada de la princesa. La hechicera la tomó del brazo para conducirla a su humosa cámara.

—En vuestro rostro leo —comenzó Diawen, mirando muy seria a Maegwin— que, ¡por Mircha!, tuvisteis otro sueño.

—Subí al Bradach Tor, como vos sugeristeis —dijo la princesa, ansiosa de dar rienda suelta a su emoción—, ¡y los dioses me hablaron!

Explicó todo lo vivido, procurando no exagerar ni engrandecer nada, ya que la mera realidad era suficientemente maravillosa. Cuando hubo terminado, Diawen la observó en silencio, y en sus ojos parecían brillar las lágrimas.

—¡Alabados sean los dioses! —exclamó la mujer—. ¡Os fue concedido un testimonio, como en los antiguos relatos!

Maegwin sonrió feliz. Diawen la entendía, tal como ella había supuesto.

—Es fascinante —admitió—. ¡Seremos salvados! Pero... ¿qué debemos hacer? —agregó al recordar lo que había ocupado sus pensamientos.

—La voluntad de los dioses —replicó Diawen sin la menor vacilación.

—¿Y ésa cuál es?

Diawen buscó entre su colección de espejos hasta elegir uno de bronce pulido con un mango en forma de serpiente enroscada.

—¡Silencio, ahora! Yo no os acompañé en vuestros sueños, pero tengo mi modo de hacer las cosas.

Sostuvo el espejo encima del humeante fuego y, de un soplo, quitó el hollín acumulado. Durante un rato contempló la metálica superficie, fijos en ella sus oscuros ojos, como si viese algo más allá del espejo. Al mismo tiempo, Diawen movía los labios de forma insonora. Dejó al fin el

espejo y, cuando habló, su voz parecía lejana.

—Los dioses ayudan a quienes son audaces. Bagba dio ganado al pueblo de Hern porque éste había perdido sus caballos al luchar en nombre de los dioses. Mathan enseñó el arte de tejer a las mujeres que la protegieron de la ira de su marido, Murhagh. Los dioses ayudan a quienes son audaces.

Después de parpadear y apartar de sus ojos un mechón de pelo gris, Diawen continuó en un tono normal:

—Hemos de ir al encuentro de los dioses. Debemos demostrar que los hijos de Hern son merecedores de su ayuda.

—¿Qué significa eso?

—No estoy segura —contestó la hechicera con un movimiento de cabeza.

—¿Tenemos que alzarnos en armas y desafiar a Skali? —preguntó Maegwin con el entrecejo fruncido—. ¿Cómo puede pedir a mi pueblo que haga eso, diezmado y débil como está?

—Hacer la voluntad de los dioses nunca es fácil —suspiró Diawen—. Lo sé. Cuando yo era joven, Mircha vino a mí en un sueño, pero yo no pude llevar a cabo lo que me pedía. Tuve miedo —confesó la hechicera, perdida en sus recuerdos y con cara de profundo arrepentimiento—. Le fallé, y dejé de ser su sacerdotisa. Desde entonces nunca volví a sentir su mano; ni una sola vez la noté en todos estos años de soledad... —jadeó Diawen, interrumpiendo el tema. Cuando de nuevo miró a Maegwin, se mostró brusca como un mercader de lanas—. La voluntad de los dioses puede ser espantosa, hija del rey, pero rechazarla representa rechazar también su ayuda. Es todo cuanto puedo deciros.

«¡Alzarnos en armas contra Skali y sus secuaces...!» Maegwin dejó que tal pensamiento fluyera a través de ella como si fuese agua.

Había una cierta belleza loca en la idea, una belleza que desde luego podría agradar a los cielos. ¡Levantar una vez más la espada de Hernystir contra el invasor, aunque sólo fuera por espacio de un momento! Sin duda, los mismos dioses disfrutarían con tan orgullosa hora. Y, seguramente, entonces el cielo no podría dejar de abrirse para que todos los rayos de Rhynn cayeran sobre Skali *Nariz Afilada* y su ejército, hasta convertirlos en polvo.

—Debo reflexionar, Diawen. Pero, cuando hable al pueblo de mi padre, ¿estaréis vos conmigo?

La hechicera hizo un gesto afirmativo, sonriendo como una madre orgullosa.

—Estaré junto a vos, hija del rey. Explicaremos al pueblo cómo hablaron los dioses.

Caía un tibio chaparrón, el primer heraldo de la tempestad que se avecinaba. Un espeso banco de nubes, moteado de gris y negro, abarcaba todo el horizonte, aunque sus extremos recibían el resplandor anaranjado del sol crepuscular, a punto ya de esconderse. Miriamele entrecerró los ojos para protegérselos de las salpicaduras de la lluvia, y recorrió con la vista cuanto la rodeaba. Casi todos los marineros

estaban ocupados con los preparativos, dada la proximidad de la tormenta, y ninguno pareció prestarle la menor atención. Aspitis se hallaba en su camarote, donde era de esperar que lo tuvieran demasiado absorto sus cartas de mareas, para darse cuenta del robo de su más preciosa daga.

La princesa se sacó el primero de los odres de agua de debajo de la capa, ceñida con un cinturón, y deshizo un nudo que mantenía en su sitio la pesada lona que cubría el esquife. Después de otro rápido vistazo a la cubierta, dejó el odre en el interior de la barca, junto a los remos, y rápidamente introdujo los otros. Cuando estaba de puntillas para meter también los paquetes de pan *y* queso, alguien gritó en lengua nabbana:

—¡Eh! ¡Alto!

Miriamele se sintió en el acto como un conejillo acorralado. El corazón le latía con tremenda violencia. Soltó los envoltorios de comida, que fueron a parar al fondo del esquife, y se volvió con lentitud.

—¡Burro! ¡Que lo pones al revés! —bramó entonces el marinero encaramado en el aparejo.

A veinte codos de altura, el hombre miraba indignado a otro que trabajaba encima de él, en el mástil. El objeto de su crítica hizo una mueca de desdén y continuó haciendo tan tranquilo lo que, por lo visto, era tan irritante. El primer marinero siguió unos momentos con sus voces, pero luego se echó a reír y escupió de cara al viento, antes de reanudar su propia tarea.

Miriamele cerró los ojos mientras esperaba a que sus rodillas dejaran de temblar. Respiró a fondo, se llenó la nariz del olor a alquitrán, a maderos húmedos y a la empapada lana de su propia capa, así como del que, de forma sigilosa, anunciaba la tempestad, y por fin abrió los ojos de nuevo. La lluvia, ahora más intensa, le resbalaba capucha abajo como una diminuta cascada que se desprendía luego de la punta de su nariz. Era hora de regresar al interior. Pronto se pondría el sol, y no quería estropear el plan de Gan Itai por una simple imprudencia, por muy débiles que fueran sus esperanzas de éxito. Además, y aunque no resultase inexplicable que Miriamele se encontrara en cubierta con tan mal tiempo, si Aspitis la veía allí podría sospechar algo. Miriamele no sabía con exactitud qué preparaba la niski, pero era evidente que en ningún caso interesaba poner en guardia al conde.

Bajó la escalera de la escotilla sin que nadie se fijara en ella y, siempre en silencio, avanzó por el corredor hasta llegar a la cámara de la niski, parcamente amueblada. La puerta no estaba cerrada, y Miriamele se introdujo rápidamente en la pieza. Gan Itai había salido, sin duda para disponer el golpe maestro de su plan. La princesa se sentía segura, pese a que ni la propia niski abrigaba demasiadas esperanzas respecto del resultado. Realmente, Gan Itai se había mostrado fatigada y hasta desanimada, en su reunión de la mañana.

Una vez recogida su falda, Miriamele tiró de la parte suelta del panel del mamparo y, por espacio de unos segundos, se preguntó si debía echar el cerrojo de la puerta. Porque, salvo que lograse volver a

colocar perfectamente el panel desde el interior del pasadizo secreto, cualquiera que entrase en el camarote vería enseguida que alguien había penetrado por allí y, en consecuencia, empezaría a investigar. Por otra parte, si corría el cerrojo y Gan Itai regresaba, no podría entrar.

Tras una breve reflexión, la princesa decidió dejar la puerta tal como estaba y correr el albur. Sacó de su capa un cabo de vela y lo arrimó a la llama de la lámpara de Gan Itai, se introdujo en el coladero y tapó el hueco. Para trepar por la escala sujetó el cabo con los dientes, dando gracias en silencio de llevar el pelo húmedo y aún muy corto. Con angustia apartó de sí la idea de lo que podía ocurrir si los cabellos llegaran a prenderse fuego en un lugar tan angosto.

Alcanzada la escotilla, vertió unas gotas de cera sobre el suelo del pasadizo para que se sostuviera la vela, levantó después la tapa y miró a través del resquicio. La bodega estaba a oscuras... ¡Buena señal! Era muy poco probable que uno de los marineros se introdujese sin luz entre aquellos barriles amontonados de manera bastante precaria.

—¡Cadrach! —susurró—. ¡Soy yo, Miriamele!

No obtuvo respuesta, y la princesa llegó a temer que fuera tarde y el monje hubiese muerto en aquellas tinieblas. Tragó saliva, preocupada, recogió la vela y bajó con prudencia por la escala sujeta al umbral de la escotilla. No llegaba aquélla al suelo y, al saltar, Miriamele calculó en más la distancia. La vela se le cayó de la mano y salió rodando. Gateó hacia ella y se quemó el dedo al querer cogerla, alarmada, pero la vela no se apagó.

Miriamele volvió a respirar a fondo.

—¿Cadrach?

Al no recibir contestación, se abrió paso entre las inclinadas pilas de provisiones y pertrechos. El monje se encontraba hundido junto al costado del barco, caída la cabeza sobre el pecho. La princesa lo agarró por el hombro y lo sacudió, con lo que la testa de Cadrach se bamboleó.

—¡Despertad, Cadrach!

El monje emitió un gemido, pero no despertó.

Miriamele lo sacudió con más fuerza.

—¡Ay, cielos! —farfulló—. Ese *smearech fleann...* ¡Maldito libro! —jadeó, al mismo tiempo que agitaba los brazos como si tuviera una terrible pesadilla—. ¡Ciérralo! ¡Ciérralo! Ojalá no lo hubiese abierto nunca...

Sus restantes palabras fueron sólo un refunfuño ininteligible.

—¡Despertad de una vez, diantre!

Por fin abrió Cadrach los ojos.

—Mi..., ¿mi señora?

Su estado era lamentable. Había perdido mucho durante su cautiverio. La piel le colgaba suelta de los huesos de la cara, y los ojos se veían turbios en sus cuencas. Parecía un anciano. La princesa le tomó la mano, aunque no sin preguntarse brevemente si debía hacer tal cosa. ¿Acaso no era el mismo beodo traidor al que había arrojado a la bahía de Emettin, en espera de verlo ahogarse? Pero no; no era él. El hombre que tenía delante era una criatura miserable que había sido encadenada y azotada, y no por cometer un verdadero crimen, sino sólo

por haber intentado fugarse para salvar la vida. Ahora, Miriamele deseaba haber escapado con él. Le daba pena el monje, y se decía que, al fin y al cabo, no era malo del todo. En ciertos aspectos incluso había sido un amigo.

De repente, la joven se avergonzó de su dureza. Había estado tan segura de muchas cosas, tan segura de lo que era justo y lo que era desatinado, que no le había importado nada que se ahogara. En cambio, ahora resultaba doloroso mirarlo, inflamados y llenos de horror los ojos, y la cabeza, bamboleándole sobre la manchada ropa. Le estrechó la fría mano y dijo:

—No temáis. Vuelvo dentro de un momento.

Tomó la vela y fue en busca del barril indicado por Gan Itai. Se esforzaba en leer las medio borradas marcas cuando encima de ella resonaron unos pasos que iban y venían. El barco se balanceó entonces de manera brusca, y todo él crujió al ser sacudido por los primeros golpes de viento de la tempestad. Finalmente, Miriamele encontró un barril en el que se entendía la palabra *Otillenaes.* Una vez localizada también una palanca colgada cerca de la escala de mano, destapó la cuba. Dentro había un auténtico tesoro en herramientas, todas ellas pulcramente envueltas en cuero y flotando en aceite, cual aves para una exótica cena. La princesa se mordió el labio, forzándose a proceder con calma y cuidado, y desenvolvió un paquete detrás de otro hasta hallar un cincel y un pesado martillo, que limpió con la cara interior de su capa, antes de llevárselos.

—¿Qué hacéis, señora? ¿Pensáis golpearme con ese hierro? ¡Me haríais un favor!

Miriamele arrugó la frente y sujetó la vela al suelo con cera caliente.

—No seáis tonto. Voy a cortar las cadenas. Gan Itai nos ayudará a escapar.

El monje la miró un momento, y en sus grises ojos de grandes bolsas hubo una sorprendente atención.

—Tenéis que saber que no puedo caminar, Miriamele.

—Si hace falta, os llevaré a cuestas. Pero no partiremos hasta esta noche. Eso os dará ocasión de haceros masaje en las piernas. Quizá podáis levantaros, incluso, y dar unos pasos en silencio —dijo la princesa, al mismo tiempo que tiraba de la cadena que pendía de los tobillos del hombre—. Supongo que tendré que cortar esto por los dos lados, porque de lo contrario haríais más ruido que un calderero, al andar.

Miriamele se imaginó que la sonrisa esbozada por Cadrach era para no desanimarla.

La larga cadena que unía los grilletes de las piernas del monje pasaban por uno de los pernos de anclaje enganchados en el suelo de la bodega. La joven puso tensa una parte y, entonces, aplicó la afilada hoja del cincel al eslabón más próximo al grillete.

—¿Lo podéis sostener vos? —preguntó—. Porque así cogeré el martillo con ambas manos.

Cadrach hizo un gesto afirmativo y agarró el hierro. Miriamele

sopesó un par de veces el martillo para acostumbrarse a él, y luego lo levantó por encima de su cabeza.

—Parecéis Deanagha, la de los Ojos Castaños —musitó el monje.

La joven procuraba estar atenta al ritmo de los crujidos del barco, confiando en poder asestar el golpe cuando se produjese un ruido.

—¿Que parezco quién?

—Deanagha, la de los Ojos Castaños —repitió Cadrach con una sonrisa—. La hija menor de Rhynn. Cuando sus enemigos lo rodearon y él yacía enfermo, ella se puso a golpear con una cuchara su caldero de bronce hasta que los demás dioses acudieron a rescatarlo —explicó el monje, mirando a Miriamele—. ¡Fue muy valiente!

El velero se balanceó, y las cuadernas emitieron un largo y estremecedor gemido.

—Mis ojos son verdes —dijo la princesa, antes de dar un martillazo con toda su fuerza.

El ruido pareció ensordecedor. Convencida de que Aspitis y sus hombres bajarían enseguida a la bodega, examinó los efectos del golpe. El cincel había mordido la cadena, aunque sin cortarla.

—¡Maldita sea! —jadeó e hizo una angustiada pausa. De la puerta no llegaba ningún sonido insólito, por lo que empuñó de nuevo el martillo. Pero entonces tuvo una idea. Se quitó la capa y la dobló una vez, y después otra; seguidamente introdujo ese cojín bajo la cadena.

—Sostenedlo —dijo, y dio un tremendo golpe.

Fueron precisos varios cortes, pero la ropa amortiguaba el ruido, aunque también dificultaba la tarea. Cuando por fin se rompió el eslabón, Miriamele trabajó con toda su alma en el otro lado y consiguió partir una de las cadenas que sujetaban las muñecas de Cadrach antes de tener que descansar. Le parecía tener fuego en los brazos y se sentía incapaz de sostener el martillo por encima del hombro. Entonces lo intentó el monje, pero estaba demasiado débil. Después de dar varios golpes sin lograr más que una pequeña mella, devolvió el martillo a la joven.

—Bastará con esto —murmuró—. Un lado abierto es suficiente para soltarme. Me enrollaré el resto de la cadena al brazo, para que no chacolotee. Lo importante eran las piernas, ¡y las tengo libres! —agregó, moviendo con cuidado los pies para demostrarlo— ¿Creéis que podríais encontrar alguna tela oscura, en esta bodega?

Miriamele le echó una mirada de curiosidad, pero se puso de pie e inició una fatigosa búsqueda. Por fin regresó. Llevaba en la mano el cuchillo de Aspitis, antes sujeto a su pierna con un pañuelo.

—No veo nada. Pero, si de veras la necesitáis, cortaremos parte del dobladillo de mi capa —propuso la joven y, una vez de rodillas, sostuvo la daga sobre el oscuro género—. ¿Lo hago?

—Sí, por favor. Utilizaré la ropa para atar los trozos de cadena. Eso aguantará mientras nadie tire de ellos —contestó Cadrach, en un esfuerzo por sonreír—. Dada la poca luz que hay aquí, mis guardianes no se darán cuenta de que uno de los eslabones es de suave lana erkyna.

Hecho esto, y envueltas las herramientas y colocadas de nuevo en

su sitio, Miriamele tomó la vela y se levantó.

—Volveré a buscaros a medianoche, o poco antes.

—¿Cómo piensa realizar Gan Itai este pequeño truco? —preguntó el monje y en sus palabras hubo un ligero dejo de su tono irónico de otros tiempos.

—No me lo dijo. Probablemente opina que, cuanto menos sepa yo, mejor. Porque así me preocuparé menos. Pero en eso ha fallado.

—No es fácil que logremos abandonar el barco, y, aunque lo consiguiésemos, tampoco llegaríamos lejos.

Los vacilantes movimientos de Cadrach delataban el excesivo empleo de sus pocas energías durante la última hora.

—No, desde luego —admitió Miriamele—. Pero Aspitis está enterado de que soy hija del Supremo Rey y quiere obligarme a contraer matrimonio con él, de manera que poco me importan las posibilidades que tengamos.

—Lo comprendo, princesa. Hasta la noche, pues.

Miriamele hizo una pausa cuando ya se disponía a dejar la bodega. Advirtió que en esa última hora, mientras bregaban por cortar las cadenas, un tácito entendimiento había surgido entre ambos..., algo semejante al perdón.

—Hasta luego —musitó la joven, y trepó escala arriba, dejando nuevamente al monje en la más completa oscuridad.

El anochecer parecía no querer avanzar nunca. Miriamele yacía en su camarote, atenta a la creciente tormenta mientras se preguntaba dónde estaría al día siguiente a la misma hora.

El viento arreció. El *Nube de Eadne* era zarandeado de un lado a otro. Cuando el paje del conde llamó a la puerta para decir que su amo suplicaba a Miriamele que lo acompañase en una tardía cena, ella se excusó con un mareo debido a la mala mar y declinó la invitación. Poco después se presentó el propio Aspitis.

—Lamento saber que os sentís mal, Miriamele —dijo desde el umbral, desgalichado como un depredador—. ¿No preferiríais dormir esta noche en mi camarote, para no estar tan sola con vuestro mareo?

La princesa estuvo a punto de reírse, ante semejante ironía, pero se contuvo.

—Tengo náuseas, conde. Cuando estemos casados, haré lo que vos deseéis, pero dejadme sola esta última noche.

Él pareció dispuesto a discutir, pero al fin se encogió de hombros.

—Como queráis. Tuve una tarde pesada, preparándome para la tormenta. Y, como bien decís, tenemos toda la vida por delante —respondió Aspitis con una sonrisa tan delgada como un corte hecho con un cuchillo—. ¡Buenas noches, pues!

Dio unos pasos adelante y besó a Miriamele en la fría mejilla. A continuación se acercó a la pequeña mesa y, pellizcando la mecha de la lámpara apagó la llama.

—Nos espera una noche dura —añadió—. No querréis provocar un incendio a bordo.

El conde salió del camarote y cerró la puerta tras de sí. Tan pronto

como sus pasos se alejaron por el corredor, Miriamele saltó de la cama para comprobar que el conde no la hubiese encerrado. Pero la puerta se abrió sin dificultad. Incluso con la escotilla superior atrancada, los aullidos del viento eran intensos, llenos de una furiosa fuerza. La joven retornó a la cabina y se acostó otra vez.

Con los tremendos bandazos, que la mantenían en un continuo vaivén, se veía arrancada a cada momento de su ligero e inquieto sueño, del que despertaba entre jirones de pesadillas para precipitarse al pasillo y echar un vistazo al cielo desde lo alto de la escalera. Una de las veces tuvo que aguardar tanto a que volviera a asomar la luna entre los nubarrones, que —no del todo despierta— llegó a temer que hubiese desaparecido del todo, ahuyentada por las malas artes de su padre y de Pryrates. Cuando por fin volvió a lucir, aunque sólo un parpadeante ojo detrás de la lobreguez, y Miriamele se cercioró de que aún se hallaba muy lejos del punto indicado por Gan Itai, regresó de puntillas a su lecho.

En cierto momento, yaciendo medio alerta, creyó ver que la niski entraba a observarla. Pero si realmente era ella, no dijo nada. Instantes después, la puerta estaba vacía. Al cabo de poco rato, en un respiro entre golpes de viento, Miriamele percibió el canto de Gan Itai a través de la noche.

Harta ya de esperar, la muchacha se levantó. Sacó la bolsa que había escondido debajo de la cama y extrajo de ella su ropa de monje, que había apartado para ponerse en lugar de los encantadores vestidos que Aspitis le había proporcionado. Se puso los pantalones y la camisa, se ciñó a la cintura la ancha prenda, y se calzó sus viejas botas; luego metió en la bolsa algunas cosas necesarias. El cuchillo de Aspitis, que ya había llevado consigo por la tarde, quedó bien sujeto debajo de la correa. Valía más tenerlo a punto que preocuparse por la posibilidad de ser descubierta. Si tropezaba con alguien en el camino a la cabina de Gan Itai, tendría que esconder rápidamente la daga en las amplias mangas de la vestidura.

Una apresurada inspección demostró que el pasillo estaba desierto. Miriamele se colocó la bolsa bajo el brazo y descendió por el corredor con todo el sigilo posible, ayudada en su cautela por la lluvia que azotaba la cubierta cual un tambor golpeado por mil manos. El canto de la niski, que sobresalía por encima de los ruidos de la tempestad, sonaba misterioso e inseguro, mucho menos agradable de lo acostumbrado. La joven se dijo, preocupada, que quizá revelara la obvia infelicidad de Gan Itai.

Hasta la más breve ojeada a través de la escotilla la dejaba empapada. La torrencial lluvia caía casi completamente al sesgo, empujada por el viento, y las escasas luces que aún ardían en sus cajas de asta translúcida se bamboleaban y chocaban contra los mástiles. Los tripulantes del *Nube de Eadne* corrían como asustados monos por la cubierta, envueltos en sus ondeantes capas. Era una escena de gran confusión, pero, aun así, Miriamele sintió que le pesaba el corazón. Parecía ser que todos los hombres estaban arriba, trabajando como locos, atentos a cualquier vela rasgada o cabo suelto. Resultaría im-

posible escurrirse con Cadrach de un lado a otro del barco sin ser descubiertos, y mucho más difícil todavía bajar el pesado esquife y escapar por la borda. Fuera cual fuese el plan de Gan Itai, la tormenta lo estropearía.

Aunque apenas se veía, la luna parecía hallarse ahora próxima al punto indicado por la niski. En aquel momento, un par de marineros se acercaron entre reniegos a la escotilla arrastrando un plúmbeo rollo de soga. Miriamele bajó rápidamente la trampilla, descendió como pudo la escala y se precipitó hacia el camarote de Gan Itai, desde donde un agujero conducía a donde aguardaba Cadrach.

El monje estaba despierto y expectante. Parecía haber mejorado un poco, pero sus movimientos eran todavía lentos y torpes. Cuando la princesa le enrolló al brazo la cadena y la sujetó con las tiras cortadas de su capa, se preguntó cómo se las arreglaría para llevarlo hasta el esquife sin que los viesen.

Terminada la tarea, Cadrach alzó el brazo y lo agitó animado.

—¡Apenas pesa, princesa Miriamele!

Ella miró intranquila los gruesos eslabones. Sin duda alguna, el hombre mentía. De sobra notaba ella el esfuerzo retratado en su cara y en toda su postura. Tuvo la momentánea tentación de volver a abrir el barril y probar de nuevo con el martillo y el cincel, pero temió perder demasiado tiempo. Con el balanceo del barco había peligro, además, de que ella o Cadrach se hirieran. Miriamele no veía nada claro lo de su huida, pero ciertamente constituía su única esperanza. Ahora que había llegado la hora, estaba determinada a actuar lo mejor posible.

—Hemos de darnos prisa. Tomad —dijo, sacando de su bolsa un delgado frasco que ofreció al monje—. ¡Pero sólo un par de sorbos!

Cadrach aceptó la botella con expresión de asombro. Después del primer sorbo, una sonrisa le iluminó el rostro. Enseguida bebió bastante más.

—¡Vino! —exclamó, relamiéndose con placer—. ¡Buen tinto de Perdruin! ¡Por Jesuris y Bagba y... todos los demás! Bendita seáis, señora. Ahora puedo morir feliz —agregó con un profundo suspiro.

—No os muráis. Todavía no. Devolvedme el frasco.

Cadrach obedeció, aunque con cierta reluctancia. Miriamele empinó el frasco y acabó de vaciarlo, con lo que experimentó un agradable calorcillo en la garganta y en el estómago. Luego escondió el envase detrás de una de las cubas.

—Vamos —susurró.

Recogió la vela y condujo al hombre a la escala de mano.

Cuando éste estuvo por fin en el pasadizo secreto, hizo una pausa para respirar. Mientras recobraba el aliento, Miriamele estudió el siguiente paso a dar. Encima de ellos, el velero vibraba y crujía bajo el diluvio.

—Tenemos tres maneras de salir —dijo la princesa en voz alta. Cadrach, con dificultades para mantener el equilibrio, no parecía escucharla.

—La escotilla de la bodega, que da directamente a la cubierta de popa donde siempre hay un timonel. Con un tiempo tan malo, sin duda

Librodot

habrá uno allí, y bien despierto. Por consiguiente, esa posibilidad queda descartada —prosiguió Miriamele de cara al monje, que en medio del pequeño círculo de luz de la vela contemplaba los maderos del suelo—. Nos restan otros dos caminos. Hacia arriba, por la escotilla del pasillo central, lo que podría hacernos tropezar con Aspitis y todos sus marineros, o hacia abajo, hasta el otro extremo de este corredor, que seguramente da a la cubierta de proa.

—¿Seguramente? —inquirió Cadrach.

—Can Itai nunca me lo dijo, y yo olvidé preguntárselo. Pero se trata de un agujero de la niski. Tengo entendido que lo utiliza para atravesar deprisa el barco. Dado que siempre canta desde la cubierta de proa, ése debe de ser el camino.

—¡Ah...!

—Creo, pues, que nos conviene la tercera posibilidad. Tal vez nos espere ya Gan Itai. No me detalló cómo debíamos acercarnos al esquife, ni cuándo se reuniría con nosotros.

—¡Os seguiré, princesa!

Cuando se abrían paso por el angosto corredor, un tremendo ruido sordo les hizo creer que el aire había estallado a su alrededor. Cadrach soltó un ahogado grito de horror.

—¡Cielos! ¿Qué ha sido eso?

—Un trueno —contestó Miriamele—. Tenemos la tormenta encima.

—¡Jesuris Aedón! ¡Ten piedad y líbrame de barcos y mares! —gimió el monje—. ¡Todo esto es una maldición! ¡Una maldición...!

—Pues pasaremos de una embarcación a otra, para estar todavía más cerca del agua —señaló Miriamele, avanzando de nuevo—. Eso es lo que vamos a hacer, si es que hay suerte.

Detrás de ella gateaba Cadrach.

Otros dos truenos retumbaron antes de alcanzar ellos el extremo del pasillo, y el estruendo iba en aumento. Llegados finalmente a la escotilla, Miriamele apoyó una mano en el brazo de Cadrach.

—Voy a apagar la vela. ¡No habléis!

Empujó la pesada puerta hasta que la abertura tuvo el ancho de su mano. La lluvia los mojó de inmediato. Estaban debajo mismo del castillo de proa. Los escalones empezaban a poca distancia de la escotilla, y... de la regala de babor los separaban unos veinte codos. De repente, toda la cubierta quedó iluminada por un relámpago. Miriamele distinguió numerosas siluetas de tripulantes, atrapados en plena gesticulación, como si estuvieran pintadas en un mural. El cielo parecía oprimir el buque: era como un sobrecogedor banco de nubes, que ahogaba las estrellas. Miriamele aprovechó el siguiente trueno que sacudió la noche para cerrar la escotilla.

—Hay gente en todas partes —murmuró cuando el eco se hubo apagado—. Pero nadie está demasiado cerca... Si nos acercamos a la borda con las capuchas puestas, creerán que pertenecemos a la tripulación. Y desde allí nos deslizaremos hasta la popa, donde está el esquife.

Sin la luz de la vela no veía al monje, pero lo oía respirar en el angosto espacio. De súbito se dio cuenta de algo.

—Gan Itai no canta...

Hubo un momento de silencio antes de que Cadrach respondiera.

—Tengo miedo, Miriamele —confesó con voz ronca—. Si hemos de salir, hagámoslo pronto, antes de que yo pierda los pocos nervios que me quedan.

—También yo estoy asustada —reconoció ella—, pero necesito reflexionar.

Alargó el brazo hasta tocar la helada mano del monje, y la estrechó mientras cavilaba. Pasó un rato antes de que Miriamele volviese a hablar.

—Si Gan Itai no se encuentra en la cubierta de proa, ignoro dónde puede estar. Quizá nos espere junto al esquife, o quizá no... Cuando lleguemos allí, tendremos que soltar los cabos que lo sujetan al barco. Todos menos uno. Yo iré en su busca y, cuando regrese, dejaremos caer el esquife y saltaremos al agua. Si no vuelvo, tendréis que hacerlo solo. No quedará más que un nudo por deshacer, y eso no requerirá mucha fuerza.

—¿Saltar... al agua? —balbució el monje—. ¿En medio de semejante tempestad? ¿Y con esas diabólicas criaturas los kilpas, andando por ahí?

—¡Saltar, sí, claro! —susurró la princesa—. De soltar el esquife estando nosotros dentro, lo más probable sería que nos rompiésemos la crisma. No os preocupéis. Yo saltaré primero, y os alargaré un remo para que os agarréis.

—Me avergonzáis, señora —musitó Cadrach, pero sin soltar la mano de Miriamele—. Debiera ser yo quien os protegiese, mas... ya sabéis que odio el mar.

La joven le estrechó los dedos.

—Lo sé, sí. Venid. Y recordad que, si alguien os llama, tenéis que fingir no oírle bien y... seguir adelante. Sujetaos con la mano a la regala, porque la cubierta estará muy resbaladiza. ¡No querréis caer por la borda antes de tener en el agua el bote!

La risa de Cadrach sonó casi frívola, a causa del miedo.

—En eso tenéis razón, señora. ¡Que Dios nos proteja!

Un nuevo estruendo dominó de pronto los rugidos de la tormenta, tal vez algo más quedo que los truenos pero casi igual de poderoso. Miriamele sintió que el horror le recorría todo el cuerpo y tuvo que agarrarse al mamparo por un instante porque las rodillas le temblaban. No se imaginaba qué podía ser aquello. Algo horrible, desde luego, que penetraba en su corazón como una estaca de hielo... Pero no tenía tiempo para vacilaciones. Apenas se hubo dominado un poco, abrió la escotilla y los dos salieron a la incesante lluvia.

El extraño sonido lo envolvía todo. Era de una punzante dulzura a la vez que tan tremendamente irresistible como la fuerza de succión de un gigantesco remolino. Había momentos en que se hacía insoportable para los oídos humanos, de tan agudo, de modo que sólo quedaba un espectro de su amplitud, y Miriamele tenía la cabeza llena de unos ecos semejantes a los chillidos de los murciélagos. Luego, de forma repentina, el sonido descendía con igual rapidez para hacerse tan

espantosamente profundo como si cantara el lento y frío lenguaje de los abismos marinos. La princesa tuvo la sensación de hallarse en un avispero grande como una catedral: el ruido se filtraba hasta sus entrañas, mientras que otra parte sólo ansiaba echarse en el suelo y golpearse la cabeza contra los maderos hasta que cesara aquel sonido.

—¡Que Dios nos proteja! ¿Qué es ese horrible sonido? —se lamentó Cadrach, que al momento perdió el equilibrio y cayó de rodillas.

Miriamele bajó la cabeza y apretó los dientes, decidida a apartarse de los peldaños del castillo de proa en dirección a la regala. Hasta sus huesos parecían sonar. Se agarró a la manga del monje y tiró de él, arrastrándolo como un trineo a través de la resbaladiza cubierta.

—Es Gan Itai —jadeó, en lucha con el desconcertante poder del canto de la niski—. Estamos demasiado cerca.

De súbito, la aterciopelada oscuridad, sólo interrumpida por la amarillenta luz que esparcían los fanales, se transformó en una mezcla de intenso azul *y* blanco. La regala que Miriamele tenía delante, la mano de Cadrach que todavía estrechaba, la vacía negrura del mar: todo pareció quemar sus ojos en un explosivo instante. Segundos más tarde se produjo un nuevo rayo, y Miriamele, aprisionada por la claridad, vio una lisa y redonda cabeza que asomaba por encima de la regala de babor. Al apagarse el resplandor y estallar un tremendo trueno, otra media docena de desmadejadas formas invadió el barco, escurridizas y centelleantes a la débil luz de los faroles. Entonces comprendió Miriamele lo que sucedía. Fue como un golpe físico. La joven dio media vuelta entre resbalones y se lanzó hacia estribor, llevando a rastras a Cadrach.

—¿Qué pasa? —gritó él.

—¡Es Gan Itai!

Delante de ella, los marineros corrían de un lado a otro cual hormigas de un enjambre desperdigado, pero no era de la tripulación del *Nube de Eadne* que Miriamele tenía miedo.

—¡Es la niski! —quiso chillar, pero se le llenó la boca de agua de lluvia y tuvo que escupir—. ¡Con su canto hace subir a bordo a los kilpas!

—¡Que Aedón nos salve! —aulló el monje—. ¡Que Aedón nos salve!

Un nuevo relámpago reveló la horripilante presencia de una serie de cuerpos grises, semejantes a grandes ranas, que se deslizaban por encima de la regala de estribor. Al dejarse caer sobre la cubierta, los kilpas miraron boquiabiertos de un lado a otro cual peregrinos que finalmente alcanzaran un famoso santuario. Uno de ellos alargó un delgado brazo y atrapó a un tambaleante marinero; pareció doblarse luego sobre sí mismo y arrastró consigo a las oscuridades al desdichado hombre, que chillaba desesperadamente entre el fragor del trueno. Miriamele se volvió, mareada, y echó a correr en dirección al esquife. El agua le tiraba de los pies y tobillos. Como en una pesadilla, notó que no podía avanzar, que cada vez iba más despacio. Aquellos grises monstruos continuaban saltando por encima de la regala, como espíritus necrófagos que surgieran a manadas de una tumba profanada. Detrás de ella, Cadrach daba gritos incoherentes. El enloquecedor canto

de la niski lo envolvía todo, hasta el extremo de que la noche entera latía como un corazón gigantesco.

Los kilpas parecían estar en todas partes, moviéndose con terrible y peligrosa rapidez. Pese al estruendo de la tormenta y al escalofriante canto de Gan Itai, en toda la cubierta resonaban las horrorizadas voces de los cercados tripulantes. Aspitis y dos de sus oficiales estaban acorralados contra uno de los palos y trataban de mantener a cierta distancia a media docena de furiosos kilpas. Sus espadas eran poco más que débiles destellos de luz, que atacaban una y otra vez.

Uno de los kilpas retrocedió a trompicones, sujetando un brazo que ya no formaba parte de su cuerpo. La infernal criatura lo dejó caer al suelo y se inclinó sobre el miembro, agitadas las agallas. Negra sangre brotó del muñón.

—¡Piadoso Aedón...!

Por fin, Miriamele distinguió la oscura sombra que tenía que ser el esquife. Cuando tiraba de Cadrach hacia él, uno de los fanales se estrelló contra la cruceta, y el ardiente aceite cayó sobre la mojada cubierta. Chorros de vapor saltaron por doquier, y una chispa prendió en la manga de la princesa. Mientras ella se apresuraba a apagar la llama a golpes, la noche estalló en una anaranjada luminosidad. Miriamele tuvo que entornar los ojos ante el cegador torrente de gotas de lluvia. Un cabo se había encendido a pesar de la tempestad, y el mástil se estaba convirtiendo rápidamente en una enorme antorcha.

—¡Los nudos, Cadrach! —gritó.

Cerca de ella, el horripilante alarido de alguien quedó ahogado entre el fragor de los truenos. La princesa se agarró a la empapada soga y, al hacer fuerza para tratar de soltar el hinchado cabo, una de las uñas se le rompió. Deshecho finalmente ese nudo, la joven se dedicó al siguiente. El esquife se balanceaba con el vaivén del barco, con lo que su tarea era difícil, pero ella no cejó en su empeño. A su lado, Cadrach luchaba, pálido como un cadáver, con otro de los cuatro cabos que sujetaban la embarcación al *Nube de Eadne.*

Antes de que el ser la tocara, Miriamele ya sintió una oleada de frío. Se volvió en el acto y resbaló contra el casco del esquite, pero el kilpa dio un paso adelante y le agarró la amplia manga con la palmeada mano. Los ojos del monstruo eran negros pozos en los que relucían las llamas del cabo incendiado, y su boca se abría y cerraba, se abría y cerraba. La princesa chilló cuando el kilpa tiró de ella hacia sí.

Pero entonces hubo un súbito movimiento en las sombras. El kilpa retrocedió vacilante, aunque sin soltarle el brazo, de modo que la arrastró con él, y la extendida mano de ella golpeó su resbaladizo y elástico vientre. La joven trató de desprenderse con un jadeo, pero la palmeada mano la tenía demasiado sujeta, y el hedor a alquitrán, barro y pescado podrido que el monstruo despedía la envolvió por completo.

—*¡Corred,* señora!

El rostro de Cadrach apareció inesperadamente detrás del hombro de la horrenda criatura. El monje le ceñía el cuello con la cadena que había llevado enrollada al brazo, pero, incluso al estrechar Cadrach la compresión, las agallas del kilpa seguían pulsando en la semioscuridad.

Eran unas translúcidas alas de delicada carne grisácea, rosadas en sus bordes. Con una turbadora sensación de derrota, Miriamele se dio cuenta de que la bestia no necesitaba la garganta para respirar. Cadrach mantenía demasiado alta la cadena y, por mucho que él se esforzara, el kilpa tiraba de ella hacia su otro brazo, hacia su repugnante boca y gélidos ojos.

El canto de Can Itai cesó bruscamente, si bien el eco pareció prolongarse por espacio de largos momentos. Los únicos sonidos que ahora predominaban sobre los aullidos del vendaval eran los gritos de terror y los sordos ululatos de los kilpas que continuaban invadiendo el barco.

Miriamele tuvo que rebuscar bastante en su cinturón para dar por fin con la daga de Aspitis. El corazón le dio un brinco cuando la empuñadura se enganchó en un pliegue de su empapada túnica, pero logró soltarla de un tirón. Aún tuvo que sacudir con fuerza el arma para sacarla de la vaina, pero entonces acuchilló el gris brazo que la tenía agarrada. La hoja mordió la carne del monstruo y dejó en ella una raya de negra sangre, mas ni aun así consiguió Miriamele desasirse.

—¡Que Aedón nos asista! —chilló Cadrach.

El demonio marino redondeó la boca, aunque sin emitir sonido alguno. Simplemente, la atraía más y más hacia sí, hasta que la princesa vio resbalar las gotas de lluvia sobre la brillante piel del kilpa y la suave y pálida humedad existente detrás de sus labios. Con un grito de ira, Miriamele se lanzó hacia adelante y hundió el cuchillo en la viscosa parte central del monstruo, que produjo un quedo sonido, algo semejante a un silbido de sorpresa. Su sangre borboteó sobre la mano de la joven, que enseguida notó que el agarre del kilpa se debilitaba. Sin pérdida de tiempo le asestó una cuchillada tras otra. El ser se contrajo, agitó sus miembros durante lo que a Miriamele le pareció una eternidad y, por último, cayó desmadejado. La princesa se alejó todo lo posible de él y, entre estremecimientos, hundió las manos en el agua para limpiárselas. La cadena de Cadrach seguía ciñendo el cuello del kilpa, lo que constituyó un espantoso cuadro cuando el siguiente relámpago surcó los cielos. El monje tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y el rostro blanco como un cadáver.

—Soltadlo —resolló Miriamele—. Está muerto.

Un retumbante trueno resonó encima de ellos.

Cadrach dio un puntapié al monstruo y gateó como pudo hacia el esquife. Le costaba respirar. Sin embargo, momentos más tarde había recobrado el aliento y pudo ocuparse de los dos nudos que le correspondían, acudiendo luego a ayudar a Miriamele, cuyas manos temblaban de manera incontrolable. Con ayuda de un remo hicieron girar el aparejo hasta que el esquife estuvo alineado con la borda, y sólo un nudo mantenía suspendido el esquife, encima de las negras e inquietas aguas.

Miriamele se volvió para echar una mirada al barco. El mástil ardía como un árbol de Yrmansol, un pilar de llamas zarandeadas por el viento. Esparcidos por la cubierta había montones de hombres y kilpas en furiosa lucha, pero entre el esquife y el castillo de proa parecía mantenerse un espacio libre.

—Quedaos aquí —murmuró la princesa, a la vez que se bajaba la capucha para que su cara quedase en la sombra—. ¡Debo encontrar a Gan Itai!

La expresión de asombro del monje fue inmediatamente de cólera.

—¿Estáis loca? *¡Goirach cilagh!* ¡Hallaréis la muerte!

Miriamele no se detuvo a discutir.

—Quedaos aquí —repitió—. Usad el remo para protegeros. Si no regreso pronto, arriad el bote y bajad detrás. Nadaré hasta el esquife, si puedo.

Dicho esto, retrocedió a toda prisa por la cubierta con la daga firmemente asida.

El *Nube de Eadne* se había convertido en un infierno: en algo que podía haber sido ideado por los artífices del diablo para torturar a los pecadores en los más profundos mares de la condenación. El agua llenaba gran parte de la cubierta, y el fuego del palo mayor se había extendido a otras velas. Llameantes andrajos cabalgaban en el viento como demonios. Los escasos y ensangrentados marineros que todavía quedaban a bordo tenían el aspecto abrumado y embrutecido de aquellos prisioneros castigados muy por encima de lo que cualquier delito pudiera justificar. También habían perdido la vida numerosos kilpas. Un montón de cadáveres de esos monstruos se hallaba cerca del mástil junto al que habían luchado Aspitis y sus oficiales, aunque por lo menos una pierna humana sobresalía del cúmulo, y unos cuantos kilpas más parecían haberse dado un banquete y saltado de nuevo al agua, mientras que otros todavía andaban por el barco en busca de supervivientes.

Miriamele se abrió paso hasta el castillo de proa sin ser vista, no obstante tener que acercarse mucho más de lo deseado a diversos grupos de kilpas en pleno festín. En parte, la joven estaba asombrada de descubrir que era capaz de mirar semejantes cosas sin que la venciese el terror. El corazón parecía habérsele endurecido. Un año antes, cualquiera de esas atrocidades la habría hecho correr a esconderse entre sollozos. Ahora, en cambio, se daba cuenta de que, en caso necesario, podría atravesar el fuego.

La princesa alcanzó los peldaños y subió veloz al castillo de proa. La niski no había cesado de cantar: un leve zumbido de la extraña melodía envolvía aún la cubierta delantera, una tenue sombra del poder que había deshancado incluso al viento. Gan Itai estaba sentada con las piernas cruzadas, tan inclinada que su frente casi rozaba la tablazón.

—El esquife está a punto —susurró Miriamele—. ¡Venid!

Primero, la niski no contestó. Luego, cuando la hechicera del barco se incorporó, la joven quedó boquiabierta. ¡Jamás había visto tal tristeza en el rostro de una criatura viva!

—¡Ah, no! —graznó entonces la anciana—. ¡Idos, por lo Inexplorado! *¡Idos!*—insistió, agitando la mano con debilidad—. Lo hice para que pudierais escapar. ¡No hagáis ahora inútil todo mi crimen!

—Pero... ¿no vais a acompañarnos?

La niski gimió. Su rostro parecía haber envejecido cien años. Tenía los ojos hundidos, y no había en ellos brillo alguno.

—No puedo irme. Soy la única esperanza de que el barco se salve. Eso no borrará mi culpa, pero aliviará el dolor de mi corazón. ¡Que Ruyan me perdone! Es la maldad del mundo la que me empujó a hacer semejante cosa. ¡Idos! —suplicó la niski, y echó hacia atrás la cabeza con un suspiro tan profundo, que a Miriamele se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Idos! ¡Os lo pido...!

La princesa intentó convencerla, pero Gan Itai volvió a bajar la cabeza hasta la tablazón. Y, después de un largo silencio, la niski reanudó su débil y lúgubre canto. La lluvia amainó un poco al cambiar la dirección del viento. Miriamele vio que sólo unas cuantas figuras se movían aún en la incendiada cubierta que quedaba a sus pies. Miró una vez más a la encogida niski, hizo la señal del Árbol y bajó los peldaños. Ya reflexionaría más tarde. Sí; luego se preguntaría el porqué. Más tarde.

Fue un marinero herido, y no un kilpa, quien agarró a Miriamele cuando regresaba al esquife. Cuando ella le golpeó la mano, el hombre la soltó y se dejó caer de nuevo sobre la anegada cubierta. Poco más allá, la joven tuvo que pasar junto al cuerpo de Thures, el paje del conde. No había señales de violencia en él. El rostro del muchacho yacía pacífico bajo los pocos palmos de agua, ondeantes cual algas sus cabellos.

Cadrach se alegró tanto de verla, que no pronunció ni una sola palabra de reproche, ni hizo pregunta alguna acerca de la niski. Miriamele buscó dónde estaba sujeto el último cabo, sacó la daga y lo cortó, echándose hacia atrás en el momento en que el extremo seccionado quedó suelto. El esquife cayó a plomo, y un surtidor de blanca espuma salió disparado al chocar el bote contra las olas.

El monje entregó a Miriamele el remo que tan fuertemente había tenido agarrado.

—Tomad. Estáis cansada. Os ayudará a flotar.

—¿A mí? —exclamó ella, y la sorpresa casi la hizo sonreír. Una tercera voz los interrumpió.

—*¡Aquí* estáis, querida...!

La princesa dio media vuelta para encontrarse frente a una pálida figura que se aproximaba cojeando. Aspitis sangraba por una docena de heridas, y un largo corte que le serpenteaba mejilla abajo le hacía cerrar un ojo y había manchado sus dorados rizos de un rojo negruzco. Aun así, el conde empuñaba su espada. Todavía resultaba hermoso y terrible como un leopardo al acecho.

—¿Ibais a abandonarme? —preguntó burlón—. ¿No vais a quedaros para ayudarme a limpiarlo todo, cuando... —añadió con una espantosa risita, señalando al monje— cuando los *invitados a nuestra boda* se hayan ido?

Aspitis dio otro paso adelante, blandiendo despacio la espada de un lado a otro. El arma brillaba como un hierro candente bajo el resplandor de las velas en llamas. Producía una rara fascinación verla pasar de acá para allá, de acá para allá...

—¡Al diablo con vos! —dijo Miriamele, irguiéndose Aspitis dejó de sonreír y puso la punta de su espada al nivel del ojo de la princesa.

Cadrach, que estaba detrás de ella, no pudo contener un reniego.

—¿Os mato —reflexionó el conde en voz alta—, o podéis serme útil todavía?

Los ojos de Aspitis eran tan inhumanos como los de un kilpa.

—¡Adelante! Matadme, si queréis. Prefiero morir antes de permitir que me poseáis de nuevo —declaró ella—. Vos pagáis a los Danzarines del Fuego, ¿no? ¿Por encargo de Pryrates?

El conde meneó la cabeza.

—Sólo a algunos. A los que no son... creyentes firmes. Pero todos resultan muy útiles. No quiero hablar de cosas tan nimias en estos momentos —agregó ceñudo—. Sois mía, Miriamele. Debo decidir si...

—Tengo algo que, en efecto, os pertenece —replicó la princesa, y alzó la daga.

Aspitis esbozó una nueva y fea sonrisa, pero a la vez levantó su espada para rechazar cualquier súbito ataque. Mas lo que hizo Miriamele fue arrojar el cuchillo al agua que les cubría los pies. El conde lo siguió con la vista y, al agachar la cabeza un poco, la joven le clavó en el vientre el mango del remo. Jadeó él, desconcertado, y dio un vacilante paso atrás, a la par que su espada se movía con tan poco tino como el aguijón de una abeja herida. Miriamele volvió a alzar el remo, ahora con las dos manos, y lo blandió con todas sus fuerzas para describir un gran arco que terminó con un horrible crujido de huesos. Aspitis lanzó un chillido y cayó contra la tablazón sosteniéndose la cara. La sangre chorreaba por entre sus dedos.

—¡Ah...! —exclamó Cadrach con inmenso alivio—. ¡Miraos ahora, maldito diablo! ¡Tendréis que buscar otro sistema para hacer picar el anzuelo a una mujer!

Miriamele se deslizó al suelo hasta quedar de rodillas y empujó el remo hacia Cadrach a través de la húmeda cubierta.

—Ahora... —dijo con respiración sibilante—. ¡Coged esto y saltad!

El monje permaneció confuso durante unos instantes, como si no recordara dónde estaba, pero finalmente se encaminó al costado del velero. Cerró los ojos, murmuró algo y saltó por la borda. Miriamele se puso de pie y, tras echar una última mirada al conde, que vomitaba una espuma roja, trepó a la regala y se arrojó también al vacío. Por espacio de unos segundos cayó, voló a través de la oscuridad. Cuando las aguas se cerraron a su alrededor como un frío puño, se preguntó si volvería a asomar a la superficie alguna vez o si, por el contrario, seguiría descendiendo hasta las últimas profundidades, donde todo era negro y absolutamente silencioso...

Pero subió otra vez. Cuando hubo alcanzado el esquife y ayudó a Cadrach a trepar a él, engancharon los remos y empezaron a apartarse del barco herido. Aún tenían encima la tormenta, pero ya menos intensa. El *Nube de Eadne* disminuyó de tamaño detrás de ellos hasta ser sólo un punto llameante en el negro horizonte, un diminuto resplandor semejante a una estrella en declive.

7

El Yunque del Rey de la Tormenta

La montaña se elevaba en el extremo norte del mundo, una descollante punta de helada roca que ensombrecía todo el paisaje y que incluso sobresalía por encima de las demás impresionantes cumbres. Durante largas semanas, los humos y vapores habían brotado lentos de sus laderas. Ahora envolvían la cima del Pico de las Tormentas y, movidos por los tremendos vendavales que rodeaban la montaña, giraban densos y oscuros como si absorbiesen la mismísima sustancia de la más profunda noche reinante entre las estrellas.

La tempestad iba en aumento y se extendía. Las escasas y diseminadas gentes que aún vivían en las cercanías de la terrible montaña permanecían refugiadas en sus casas comunales cuando las vigas crujían y el viento aullaba. Lo que parecía un incesante temporal, apilaba la nieve sobre tejados y paredes, hasta quedar sólo unos montículos blancos semejantes a túmulos, y lo único que indicaba la existencia de personas vivas eran los delgados penachos de humo que ascendían de las chimeneas en desiguales y vacilantes volutas.

La vasta y descampada extensión conocida como Marca Helada también se hallaba sepultada por las constantes nevadas. Pocos años antes, la inmensa llanura había estado salpicada de pequeños caseríos, prósperas ciudades y colonias que florecían gracias al tránsito existente en las carreteras procedentes de las colinas de Wealdhelm y en las que surcaban la Marca Helada. Pero una media docena de estaciones de permanente nieve, sin posibles cosechas y prácticamente ya sin animales, porque éstos habían huido o servido de alimento, tenían la tierra convertida en un yermo desolador. Quienes malvivían en las colinas que la bordeaban o en los acogedores bosques, sabían que la Marca Helada era ahora dominio de lobos y fantasmas errantes, por lo que le daban un nuevo nombre: el Yunque del Rey de la Tormenta. En esos momentos, una tempestad todavía más fuerte, un espantoso martillo de escarcha y frío golpeaba de nuevo el yunque.

El largo brazo de la tormenta alcanzaba incluso más al sur de Erkynlandia, enviando ráfagas de gélido viento a través de las praderas, y, por primera vez desde donde alcanzaba la memoria, las regiones thrithingas presentaban una capa blanca. La nieve también había vuelto a Perdruin y Nabban, por segunda vez en una estación, pero sólo por tercera en cinco siglos, de manera que quienes se habían mofado en su día de los Danzarines del Fuego y de sus espantosas advertencias ahora sentían que el miedo les encogía el corazón, un miedo mucho peor y más glacial que la nieve en polvo que caía sin cesar sobre las

Librodot

cúpulas de los dos Sancellanes.

Cual una marea que avanzase hacia una inimaginable y elevada marca del nivel del agua, la tempestad se extendía más que nunca, cubriendo de escarcha unas tierras del sur que jamás habían sentido su toque y tapando todo Osten Ard con un gigantesco sudario blanco. Era una tormenta que entumecía los corazones y hundía los espíritus.

—¡Por ahí! —gritó el jinete que iba a la cabeza, señalando hacia la izquierda—. ¡*A prenteiz,* hombres! ¡A él!

Y se lanzó hacia adelante con tanta rapidez, que su empañado aliento quedó colgado en el aire detrás de él. Los cascos de su caballo levantaron nubes de nieve.

Penetró en el espacio vacío existente entre dos ruinosos habitáculos cubiertos de nieve. Su montura se abría paso a través de los blancos velos con tanta facilidad como si hubiera sido neblina. Una oscura forma apareció de repente detrás de una de las casas y echó a correr a saltos por el llano. El jefe de sus perseguidores saltó por encima de una valla ahora también envuelta en nieve, dispuesto a darle alcance. Las firmes patas del caballo borraban las débiles huellas de la presa que intentaba escapar, pero tampoco hacía falta seguirlas, porque el fin de la caza estaba a la vista. Otra media docena de jinetes apareció entre las casuchas para formar un abanico y rodear al fugitivo como la red de un pescador de río. El momento necesario para estrechar esa red —cada vez más estrecho el círculo de los jinetes—, y el acorralamiento hubo terminado. Uno de los hombres situados en el extremo del redondel se inclinó hasta que su lanza tocó el jadeante costado del cautivo. El jefe desmontó y dio un paso adelante.

—¡Muy bien! —dijo el conde Fengbald, sonriente—. ¡Excelente presa!

El muchacho lo miró con ojos aterrorizados.

—¿Lo liquido, señor? —preguntó el jinete de la lanza, a la vez que propinaba un fuerte golpe al chico, que chilló y se apartó cuanto pudo de la puntiaguda lanza.

Fengbald se quitó el guantelete y lo arrojó a la cara del jinete que amenazaba al niño. Los adornos metálicos de la manopla produjeron en la mejilla del hombre un corte del que brotó la sangre.

—¡Perro! —le gritó Fengbald, frunciendo el entrecejo—. ¿Acaso soy un demonio? ¡Seréis azotado por esto!

El jinete reculó unos pasos del círculo formado. Fengbald lo siguió con la mirada.

—¡Yo no asesino a criaturas inocentes! —añadió el conde, y dedicó su atención al acobardado niño—. Simplemente fue un juego, como les gusta a los chiquillos. Y éste jugó con nosotros lo mejor posible. Por cierto que nos hiciste sudar, muchacho —dijo Fengbald con una sonrisa, mientras recuperaba el guantelete y volvía a ponérselo—. ¿Cómo te llamas?

El pequeño hizo una mueca, enseñando los dientes como un gato en apuros, pero no contestó.

—¡Lástima! —prosiguió Fengbald con un aire filosófico—. Si no

quiere hablar, no lo hará. Unidlo al resto de la gente. Una de esas mujeres de las chozas le dará de comer. Dicen que una loba siempre amamanta a las crías de los desconocidos.

Uno de los hombres de armas del conde desmontó y cogió al chico, que no se resistió al ser echado a través de la silla, delante del soldado.

—Creo que es el último —dijo Fengbald—. El último de nuestra cacería, además. Una pena..., pero siempre mejor que dejarlos correr delante de nosotros y estropearnos la sorpresa —declaró con una amplia risa, satisfecho de su propia agudeza—. Venid. Me apetece una copa de vino caliente para quitarme el frío de encima. Ha sido una cabalgada dura.

Montó de nuevo, hizo dar media vuelta a su corcel e inició con su compañía el regreso a los nevados restos de Gadrinsett.

La roja tienda del conde Fengbald destacaba en medio del níveo prado como un rubí en un charco de leche. El halcón de plata, emblema de su familia, extendía sus alas de un lado a otro de la puerta. El cortante viento que soplaba valle fluvial abajo hacía temblar al gran pájaro como si quisiera echar a volar. Las tiendas del ejército estaban montadas alrededor, aunque a una respetuosa distancia.

En el interior, Fengbald se apoyaba en un montón de cojines de colores. Sostenía con mano floja su copa de vino caliente con especias, que le había sido vuelta a llenar varias veces desde su retorno, y los oscuros cabellos le caían sueltos sobre los hombros. En la época de la coronación de Elías, Fengbald era esbelto como un joven perro de caza. Ahora, en cambio, el señor de Falshire y Westfold tenía más redondeadas la cintura y las mejillas. Una mujer de pelo rubio permanecía arrodillada en el suelo, junto a sus pies, y un paje delgado, pálido y de aspecto ansioso, aguardaba a la derecha de su señor.

Al otro lado del brasero que calentaba la tienda se hallaba un hombre alto, bizco y barbudo, que vestía las prendas de cuero y áspera lana de los thrithingos. Rehusando sentarse como era la costumbre de la gente de la ciudad, seguía de pie con las piernas muy abiertas y los brazos cruzados. Cuando se movía, su collar de huesos de dedos tintineaba de manera extraña.

—¿Qué otras noticias hay? —preguntó—. ¿Para qué hablar más, si no?

Fengbald lo miró entre ligeros parpadeos. La bebida lo había mareado un poco, lo que por una vez pareció refrenar su beligerancia.

—Debes de caerme bien, Lezhdraka —dijo el duque por fin—. En caso contrario, hace rato que estaría harto de tus preguntas. El jefe de los mercenarios le devolvió la mirada, impasible.

—Sabemos dónde están. ¿Qué más preguntamos?

Fengbald vació otra copa y se enjugó los labios con la manga de su camisa de seda.

—Sírveme más, Isaak —ordenó a su paje, para fijar nuevamente su atención en Lezhdraka—. A pesar de todos los fallos del viejo Guthwulf, aprendí unas cuantas cosas de él. Tengo las llaves de un gran reino. Están en mis manos, y no pienso perderlas por actuar con

precipitación.

—¿Las llaves de un reino? —repitió el thrithingo con desdén—. ¿Qué tontería de los habitantes de las piedras es ésa?

Al conde pareció satisfacerle la incomprensión del mercenario.

—¿Cómo esperáis vosotros, los hombres de las llanuras, conducirnos al mar a mí y a los demás habitantes de las ciudades, como siempre anunciáis? No poseéis barcos, Lezhdraka. ¡Ni uno solo! Id, pues, en busca del viejo. Os gusta el aire de la noche... ¿Acaso vuestro pueblo no duerme, come, mea y se divierte bajo las estrellas? —dijo el conde con una risa desagradable.

Dado que Fengbald, colaborador del Supremo Rey, se había vuelto para ver cómo el paje llenaba su copa, no se dio cuenta de la venenosa expresión del thrithingo al abandonar la tienda. Salvo las sacudidas que el viento daba a la lona, no se percibía otro ruido.

—Y bien, cariño —se dirigió Fengbald a la joven, tocándola con la punta de su zapatilla—, ¿qué tal te sienta saber que perteneces al hombre que un día será dueño de todo el país?

Al no contestar ella, la empujó con más brusquedad.

—¡Habla, mujer!

Ella alzó lentamente la vista. Su bonito rostro estaba vacío, carente de vida como el de un cadáver.

—Bien, mi señor —murmuró al fin en un westerling de acento marcadamente hernystiro, pero enseguida bajó la cabeza, con lo que sus cabellos cayeron como una cortina sobre sus facciones.

El duque miró a su alrededor, impaciente.

—¿Y tú, Isaak, qué piensas?

—Que es cosa buena, señor —se apresuró a responder el paje—. Si vos decís que sucederá, así tiene que ser.

Fengbald sonrió.

—¡Pues claro que sí! ¿Cómo iba a fracasar yo?

Hizo una pausa, estudiando ceñudo la expresión del muchacho, pero luego se encogió de hombros. Cosas peores podían ocurrir.

—Sólo un tonto —resumió, volviendo rápidamente a su tópico—, sólo un tonto, como yo digo, no vería que el rey Elías es hombre moribundo —afirmó, y con el amplio gesto de su mano vertió un poco de vino de su copa—. No me importa que haya contraído una enfermedad consuntiva o que el sacerdote Pryrates lo envenene poco a poco. Ese sacerdote rojo es un imbécil si cree poder gobernar el reino... ¡Nadie hay más odiado que él, en Osten Ard! No; si Elías muere, sólo alguien de sangre noble será capaz de gobernar. ¿Y quién será esa persona? Guthwulf está ciego y escapó —señaló con una breve sonrisa—. ¿Benigaris de Nabban? ¡Ése no puede ni con su propia madre! Y Skali, el rimmerio, no es más noble ni civilizado que ese animal de Lezhdraka. Por consiguiente, cuando yo haya matado a Josua..., si es que todavía vive..., y sofocado su insignificante rebelión, ¿quién más queda? ¿Quién más? —continuó y, excitado por sus propias palabras, vació de un trago el resto de la copa—. ¿Y quién podría oponerse a mí? ¿La hija del rey, quizás, esa veleidosa mujerzuela? —exclamó, clavando la vista en el paje, que bajó en el acto la suya—. No.

Tal vez, si Miriamele viniese a mí de rodillas, la convertiría en *mi* reina... Pero la vigilaría muy estrechamente. ¡Y la castigaría por despreciarme! No temas, mi pequeña Feurgha —agregó, inclinándose con una mueca para posar una mano en el pálido cogote de la joven arrodillada a sus pies—. ¡No te abandonaría por ella! Tú estarías igualmente a mi lado.

Cuando la muchacha intentó apartarse, estremecida, él la sujetó con más fuerza. Disfrutaba con la resistencia de Feurgha.

La solapa de la puerta se alzó hacia adentro. Era Lezhdraka, llenos los cabellos y la barba de relucientes copos de nieve. Arrastraba por un brazo a un anciano cuya calva estaba colorada por exceso de sol, y cuya blanca barba en forma de gorguera aparecía manchada y descolorida por el jugo de la raíz de citril. Lezhdraka empujó al hombre sin miramientos. El prisionero dio unos torpes pasos y cayó de rodillas ante el conde. No levantó la vista, y tanto su cuello como sus hombros, expuestos por la desabrochada y delgada camisa, estaban cubiertos de amarillentas magulladuras.

Cuando el nervioso paje hubo llenado una vez más la copa de su señor, éste carraspeó.

—Me resultas familiar. ¿Acaso te conozco?

El viejo meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿Ah, no? Puedes mirarme. Tú pretendes ser el gobernador de Gadrinsett.

El hombre hizo un lento gesto afirmativo.

—Lo soy —graznó.

—Lo *eras.* No es que hubiese mucha gloria en eso de ser gobernador de semejante población pestilente, en cualquier caso. Dime qué sabes de Josua.

—No..., no os entiendo, señor.

Fengbald se inclinó sobre él y le propinó un breve pero fuerte empujón. El hombre cayó de lado. No parecía tener energías suficientes para volver a incorporarse.

—¡No te hagas el tonto conmigo, vejestorio! ¿Qué oíste decir?

Todavía doblado, el anciano tosió.

—Nada que no sepáis ya, conde Fengbald —respondió con voz trémula—. Nada en absoluto. Unos jinetes llegaron de aquel valle de mal agüero que hay río Stefflod arriba. Dijeron que Josua *el Manco* había escapado de su hermano, y que él y un grupo de guerreros y magos habían ahuyentado a los demonios y montado una fortaleza en la montaña embrujada que se alza en medio del valle. Que todos los que se uniesen a él serían mantenidos y alojados, y que serían defendidos de los bandidos y de... y de... de los soldados del Supremo Rey —concluyó el anciano en un tono más bajo.

—Y tú crees que es una pena que no prestaras más atención a esos traicioneros rumores, ¿eh? —inquirió Fengbald—. A lo mejor piensas que el príncipe Josua podría haberte salvado de la venganza del rey...

—¡Pero si no hicimos ningún mal, señor! —gimió el pobre hombre—. ¡Ningún mal!

Fengbald lo miró con perfecta frialdad.

—¡Albergasteis a traidores, dado que todo el que se une a Josua lo

es! ¡Venga! Dime enseguida cuántos hay con él, en esa montaña embrujada.

El alcalde sacudió la cabeza con vehemencia.

—Lo ignoro, señor. En su día se fueron unos cuantos centenares de nuestro pueblo. Los primeros jinetes que vinieron nos dijeron que allí había ya cinco o seis veintenas...

—¿Mujeres y niños inclusive?

—Sí, señor.

Fengbald hizo un chasquido con los dedos.

—Isaak, ve en busca de un guardia y dile que venga.

—Sí, mi señor.

El chico partió en el acto, contento con cualquier encargo que lo mantuviera alejado de su amo durante unos momentos.

—Unas cuantas preguntas más —continuó el conde, arrellanado en sus almohadones—. ¿Por qué creyó tu pueblo que era Josua? ¿Por qué esa gente abandonó un refugio seguro para dirigirse a un lugar de mala reputación?

El anciano se encogió de hombros, indefenso.

—Una de las mujeres afirmó haber encontrado a Josua... y ser ella misma quien le había enviado a la roca. Una persona chismosa, pero muy conocida. Juró haberle dado de comer junto a su fuego y haber reconocido enseguida en él al príncipe. Muchos quedaron convencidos. Otros acudieron porque..., porque habían oído decir que vos os acercabais, conde Fengbald. Vinieron habitantes de Erkynlandia y las tierras thrithingas del oeste, huyendo... huyendo de los avances de Vuestra Señoría... —jadeó el viejo, encogiéndose como si esperase un golpe—. ¡Perdonadme, señor!

Una lágrima resbaló por su arrugada mejilla.

Crujió la lona de la puerta y entró el paje Isaak, seguido de un guardia erkyno que llevaba el casco puesto.

—¿Me llamabais, señor? —dijo el soldado.

—Sí —contestó Fengbald, y señaló al viejo—. Devuelve este hombre a las pocilgas. Trátalo con dureza, pero sin hacerle daño. Más tarde, querré hablar de nuevo con él. En cuanto a ti —añadió de cara a Lezhdraka—, aún tenemos cosas de que tratar.

El guardia tiró del anciano hasta ponerlo de pie. El conde presenció la escena con desprecio.

—Conque gobernador, ¿eh? ¡Ni una sola gota de sangre noble hay en ti, campesino!

El desdichado abrió mucho los legañosos ojos, que clavó en Fengbald. Por espacio de un momento pareció dispuesto a hacer cualquier locura, pero al fin sólo movió la cabeza como quien despierta de un sueño.

—Mi hermano pertenecía a la nobleza —respondió con voz ronca, y de nuevo le resbalaron las lágrimas por las mejillas.

El soldado lo agarró por el codo y se lo llevó a toda prisa de la tienda.

Lezhdraka miró con insolencia a Fengbald.

—*¿Sin hacerle daño?* Os creía más severo, hombre de la ciudad.

La lenta sonrisa de borracho surcó el rostro del conde.

—Lo que yo he dicho, es «trátalo con dureza, pero sin hacerle daño». No quiero que el resto de su gente sepa que suelta las entrañas cada vez que lo interrogo. Y ese hombre puede resultarme útil, en cierto aspecto, ya sea como espía en las pocilgas o entre los seguidores de Josua. Esos traidores aceptan a todo el que huye de mi terrible ira, ¿o no?

El thrithingo entrecerró sus bizcos ojos.

—¿Acaso suponéis que mi caballería y vuestros ciudadanos no son capaces de aplastar a los enemigos del rey?

Fengbald levantó el índice, amonestador.

—¡Nunca te desprendas de un arma! Nunca puede uno saber si la necesitará. ¡He aquí otra de las lecciones recibidas de ese tonto de Guthwulf

El conde rió mientras agitaba su copa. El paje corrió en busca de la jarra de vino.

Fuera había oscurecido ya. La tienda de Fengbald resplandecía en un tono carmesí, cual ascua medio enterrada entre las cenizas de una hoguera.

«Una rata —se dijo Raquel con amargura—. ¡Ahora ya no soy más que una rata entre los muros!»

Metió la nariz en la oscura cocina y contuvo un áspero reniego. Menos mal que Judit se había ido de Hayholt hacía tiempo. Si la voluminosa e imponente encargada de las cocinas hubiera visto en qué condiciones se hallaban sus amados dominios, probablemente la habría matado. A Raquel *el Dragón* le escocieron las manos, callosas de tanto trabajar, cuando se vio zarandeada entre el deseo de reparar los daños y el no menos fuerte impulso de estrangular a quienes habían permitido que el castillo quedase en tan horrible estado.

La gran cocina de Hayholt parecía haberse convertido en una guarida de perros salvajes. Las puertas de la despensa estaban desgoznadas, y los escasos sacos de comida se hallaban rotos y esparcidos por toda la pieza. Fue tanto el desperdicio como la suciedad lo que llenó de rabia el corazón de Raquel. La harina cubría los suelos y había penetrado entre las baldosas, y las pisadas de los despreocupados pies calzados con botas iban en todas direcciones. Los grandes hornos estaban ennegrecidos de grasa, y chamuscadas las palas de madera por culpa de un uso sin experiencia. Al contemplar el desastre desde su escondrijo detrás de una cortina, Raquel notó que las lágrimas le resbalaban por el rostro.

«Dios debiera castigar a quienes cometieron semejante barbaridad. Esto es una maldad sin sentido. ¡Obra del diablo!»

Y eso que la cocina, pese a todo el deterioro sufrido, era uno de los sitios menos afectados por los tremendos cambios sufridos por Hayholt... Raquel había visto muchas cosas, en sus escapadas de su rincón todas ellas desesperantes. Ya no ardían fuegos en la mayoría de los grandes aposentos, y los oscuros salones estaban casi nebulosos a causa del frío. Las sombras parecían haberse alargado, como si un

extraño ocaso cubriera todo el castillo. Incluso en los días en que el sol se filtraba a través de las nubes, los pasillos y jardines de Hayholt seguían impregnados de sombra. Pero era la noche lo que resultaba prácticamente insoportable. Cuando el débil sol se ponía, Raquel buscaba dónde esconderse en las partes abandonadas del castillo, y no se movía hasta el amanecer. Los misteriosos ruidos que flotaban en la oscuridad bastaban para que se tapara la cabeza con el pañuelo, y a veces, cuando la tarde se entenebrecía, surgían unas movedizas y poco densas formas que permanecían suspendidas en el aire, en el límite mismo de la visión. Y, al sonar las campanas de medianoche, unos demonios de oscuras ropas recorrían en silencio las amplias salas.

Era evidente que allí acechaba una sobrecogedora magia. El antiguo castillo parecía respirar, lleno de una escalofriante vitalidad que nunca había tenido antes, por muy gloriosa que fuese su historia. Raquel sentía una agazapada presencia, paciente pero alerta como una bestia depredadora que viviera en las mismísimas piedras. Realmente, la destrozada cocina constituía sólo un pequeño ejemplo del daño producido por Elías a su amado hogar.

Raquel aguardó, atenta, hasta cerciorarse de que no había nadie por allí, y apartó la cortina. La reducida alacena tenía un falso fondo, lleno de estantes donde abundaban las botellas de vinagre y los tarros de mostaza. Esa estantería escondía un pasadizo que conectaba con la red de corredores existentes detrás, en lo alto y debajo de los muros de Hayholt. La mujer, que llevaba semanas enteras en esos lugares intermedios, no cesaba de asombrarse de aquel tejido de secretos caminos que la habían rodeado a lo largo de toda su vida, tan escondidos e ignorados como el complicado sistema de túneles de los topos debajo de un jardín normal.

«Ahora entiendo por dónde solía desaparecer aquel pícaro de Simón... ¡No es de extrañar que, a veces, yo creyera que se lo había tragado la tierra, cuando había algún trabajo que hacer!»

Raquel se encaminó al centro de la cocina, moviéndose con todo el sigilo que permitían sus viejos y anquilosados huesos, para no ahogar el ruido producido por alguien que se aproximara. Poca era la gente que quedaba ahora en el gran alcázar —ya que Raquel no consideraba «gente» a esos cariblancos demonios del rey— pero había aún algunos mercenarios thrithingos, que se alojaban en las incontables habitaciones vacías del castillo. Sin duda habrían sido unos bárbaros como aquéllos los autores del desbaratamiento de la cocina de Judit. Seguramente, unas abominaciones comparables a las diabólicas nornas ni siquiera se alimentarían de comida humana. Quizá bebiesen sangre, si el Libro de Aedón podía servir de guía, y Raquel no había conocido otra desde que había alcanzado la edad suficiente para entender lo que los sacerdotes decían.

En ninguna parte había nada ni remotamente fresco. Más de una vez, Raquel destapó un tarro para descubrir que su contenido estaba pasado, cubierto de moho azulado o blanquinoso, pero al fin, después de mucho mirar, halló dos pequeños envases llenos dé carne salada y un bote de vegetales en adobo, que había ido a parar debajo de una

mesa sin que nadie lo viera. También encontró tres hogazas de pan, duro y rancio, envueltas en una servilleta, en una de las despensas. Aunque le costaba masticar el trozo que arrancó de uno de los panes (a Raquel le quedaban pocos dientes, y la pobre estaba convencida de que aquello acabaría con ellos), era comestible, y mojado en el jugo de la carne constituiría un bienvenido cambio en su sustento diario. Sin embargo, la incursión había dado escasos resultados. ¿Cuánto tiempo podría mantenerse con vida, robando lo que hubiera en las desatendidas despensas de Hayholt? Pensar en los días venideros la hizo estremecer. El frío era horrible, además, incluso entre la solidez de los pasadizos internos del castillo. ¿Cuánto resistiría?

Envolvió en su pañuelo los frutos de su búsqueda y cargó con el pesado bulto hasta su escondrijo, procurando borrar las huellas dejadas en la harina desparramada. Alcanzado por fin el rincón de la cocina, donde aún no había llegado la harina —tan sorprendente como la nieve del exterior—, Raquel desató el pañuelo por un momento y lo utilizó para hacer desaparecer las pisadas más cercanas, con objeto de que nadie pudiera preguntarse por qué desaparecían las huellas en la abandonada alacena y no volvían a salir.

Cuando rehacía el paquete, percibió voces en la pieza adyacente. Instantes después empezaron a girar hacia adentro las grandes puertas de la cocina. Con el corazón latiéndole tan deprisa como aun pajarillo, Raquel agarró la cortina separadora con dedos temblorosos y procuró tapar con ella toda la puerta de la trascocina en el preciso momento en que unos pesados pasos resonaban en las baldosas.

—¡Malditos sean él y su dichoso rostro! ¿Dónde diablos está?

Raquel quedó horrorizada al reconocer la voz del rey.

—Oí ruido aquí dentro —bramó Elías, y algo cayó con estrépito de una de las mesas llenas de marcas de cuchillos, sin duda barrido de ella. A continuación, unos pasos rítmicos recorrieron la amplia cocina de un lado a otro—. Yo lo oigo todo, en este castillo, cualquier pisada, cualquier murmullo, hasta que la cabeza me retumba. ¡Ese hombre tenía que estar aquí! ¿En qué otro sitio pudo meterse?

—Ya os dije, Majestad, que lo ignoro.

La encargada de las sirvientas sintió que el corazón le daba un vuelco, como si vacilara en reanudar sus latidos. ¡Era Pryrates quien había contestado! Lo recordó delante de ella, con el cuchillo sobresaliéndole de la espalda, tan poco eficaz como si se hubiese tratado de una ramita, y se sintió caer al suelo. Alargó una mano para conservar el equilibrio y, sin querer, rozó un trébede de cobre colgado de la pared, con lo que el objeto se balanceó. La angustiada Raquel logró sujetarlo a tiempo, y evitar así que hiciera ruido.

«¡Como una rata! —pensó la mujer, con terrible confusión mental—. ¡Como una rata! Atrapada contra la pared, y con los gatos esperando fuera...»

—¡Así lo haga reventar Aedón! ¡Ese tipo no tiene que apartarse de mi lado!

La ronca voz de Elías, que revelaba cierta extraña desesperación, parecía contener algo del miedo de la propia Raquel.

—¡Hengfisk! —gritó—. ¡Maldita sea tu alma! ¿Dónde cuerno estás? ¡Cuando dé con él, le corto el cuello!

El rey reemprendió sus furiosos pasos.

—Yo mismo os prepararé la copa, Majestad. ¡Venid!

—No es sólo eso. ¿Qué diablos hace Hengfisk? ¿Dónde puede haberse metido? ¡No tiene derecho a largarse así como así!

—Ya veréis como regresa pronto —dijo el sacerdote, aunque también él parecía impaciente—. Sus necesidades son escasas, y fáciles de satisfacer. Venid, Elías. ¡Debiéramos volver a vuestros aposentos!

—¡Ese individuo se esconde!

Raquel comprobó con horror que los pasos del monarca sonaban ahora más fuertes. De pronto se interrumpieron, y hubo un chirrido de goznes al tirar Elías de una de las desvencijadas puertas.

—¡Se esconde en alguna parte entre las sombras! —insistió el rey.

Las pisadas se aproximaron más. Raquel contuvo el aliento. Procuraba estar tan quieta como la piedra. Elías no cesaba de acercarse entre refunfuños a la vez que tiraba de las puertas y propinaba puntapiés a las cosas amontonadas en el suelo que se interponían en su camino. A la mujer le daba vueltas la cabeza. Tenía la sensación de que una amenazadora oscuridad descendía sobre sus ojos, una oscuridad salpicada de titilantes chispas.

—¡Majestad! —sonó la cortante voz de Pryrates, y el rey cesó de golpear todo cuanto encontraba—. Esto no os conduce a nada. Venid. Dejad que yo os prepare el vino. Estáis demasiado cansado.

Elías emitió un sordo quejido, semejante al de un animal en sus últimos estertores, y finalmente jadeó:

—¿Cuándo acabará todo esto, Pryrates?

—Pronto, Majestad —contestó el sacerdote en tono tranquilizador—. Hay ciertos ritos que se deben ejecutar en la Vigilia del Tormento. Luego, finalizado el año, vendrá la estrella, y eso significará que los días finales están cerca. Poco después, vuestra espera habrá terminado.

—Hay momentos en que no soporto el sufrimiento, Pryrates. A veces me pregunto si algo vale la pena tanto padecer.

—Sin duda, el mayor regalo de todos bien vale cualquier precio, Elías —señaló Pryrates, cuyos pasos parecieron ahora más cercanos—. Del mismo modo que vuestro sufrimiento supera al que otros tienen que resistir, vos sois mucho más valiente que todos ellos. ¡Vuestra recompensa será igualmente espléndida!

Los dos hombres se apartaron por fin del escondrijo de Raquel, que expulsó el aliento con un silbido prácticamente imperceptible.

—Me consumo.

—Lo sé, mi señor.

Y las puertas se cerraron amortiguadamente detrás de ellos.

La mujer quedó acurrucada en el suelo. Su mano tembló al hacer ella la señal del Árbol.

Guthwulf notaba piedra en su espalda, y piedra bajo sus pies. Sin embargo, en el mismo momento se dio cuenta de que tenía delante un gran abismo. Se arrodilló y palpó el suelo con las manos, seguro de

encontrar el vacío a poca distancia. Pero sólo tocó la interminable roca del pasadizo.

—¡Que Dios me asista! ¡Estoy condenado! —gritó, con lo que su voz resonó en un lejano techo, ahogando por espacio de unos segundos el susurrante coro que lo había rodeado durante un tiempo cuya cuenta había perdido—. ¡Condenado...!

El conde cayó hacia adelante, apoyó la cara en sus estirados brazos, en una inconsciente actitud de oración, y se echó a llorar.

Sólo sabía que debía de hallarse debajo del castillo. Desde el instante en que había pasado por la puerta que no podía ver, en su huida de aquellas llamas tan ardientes que sin duda lo habrían reducido a cenizas, había estado tan solo como un alma en pena. Había caminado tanto por aquellas laberínticas profundidades, que ya no recordaba la sensación del viento y del sol en su cara, ni lograba reproducir en su boca otro sabor que el de los fríos gusanos y escarabajos. Y siempre, de manera constante, lo habían acompañado los... *otros,* esos quedos murmullos que no pasaban del nivel de la inteligibilidad, esos fantasmas que parecían avanzar a su lado, pero que se burlaban de su ceguera escurriéndose antes de que él pudiera tocarlos. Incontables eran los días que llevaba dando trompicones por aquel mundo subterráneo de lúgubres susurros y cambiantes formas, hasta que la vida consistía ya sólo en la sensibilidad al tormento. Guthwulf era ya poco más que una tensa cuerda entre el terror y el hambre. ¡Estaba maldito! No podía haber otra explicación.

El conde rodó hasta quedar de lado y, luego, se sentó lentamente. Si los cielos lo castigaban por la perversidad de su vida, ¿cuánto duraría su martirio? Siempre se había reído de los sacerdotes y de sus promesas de una eternidad. Ahora, en cambio, comprendía que incluso unos minutos podían resultar terribles e infinitos. ¿Qué manera tendría de poner fin a tan espantosa sentencia?

—¡Pequé mucho! —exclamó, pero su voz fue sólo un graznido—. ¡Mentí y maté pese a saber que obraba mal! *¡Pequé, sí!*

Los ecos se alejaron hasta disiparse.

—Pequé—murmuró Guthwulf, enroquecido.

Avanzó a gatas otro codo, pidiendo a Dios que el abismo presentido estuviese realmente allí delante, un inmenso pozo al que caer para encontrar quizás el alivio de la muerte..., si él no estaba muerto ya. Cualquier cosa era preferible a aquel vacío interminable. De no constituir un pecado tan grave como el asesinato de otra persona, ya se habría aplastado la cabeza contra la roca que lo rodeaba. Pero temía que, en tal caso, despertara para recibir un castigo todavía mucho peor, después de haber cometido suicidio. En consecuencia, Guthwulf siguió a tientas, desesperado, pero sus dedos no encontraban más que piedra y más piedra, el suelo de aquel tortuoso pasadizo sin fin.

Sin duda, eso formaba parte de su punición, una de las variantes de su encierro. Momentos antes había tenido el convencimiento de que un tremendo precipicio se abría a pocos pasos de él: un precipicio que, según comprobaban ahora sus dedos, no existía. Otras veces había encontrado grandes columnas que se elevaban hasta el techo, tratando

de leer en sus artísticas formas algún mensaje de esperanza..., sólo para descubrir, segundos después, que se hallaba en medio de una enorme cámara vacía, tan carente de columnas como él lo estaba de cualquier compañía humana.

De repente se preguntó qué habría sido de los otros. De Elías y del diabólico Pryrates. Si la justicia divina había actuado, no habrían podido escapar, no con su almas cargadas de unos delitos mucho peores que los suyos. ¿Qué les habría ocurrido a ellos, y a todos los incontables pecadores que habían vivido y muerto en la rotante tierra? ¿Estarían condenados a una eterna soledad? Quizás otras personas tan afligidas como él, Guthwulf, se arrastrasen al otro lado de aquellas paredes de roca, preguntándose también si eran las últimas criaturas del universo...

El conde se puso de pie como pudo y se tambaleó hacia la pared para golpearla con la palma de la mano.

—¡Estoy aquí! —voceó—. ¡Aquí!

Y dejó que sus dedos se deslizaran por la fría y húmeda superficie cuando de nuevo se desplomó al suelo.

En todos los años de su vida —porque Guthwulf no podía dejar de creer que su existencia terrenal había terminado, no obstante habitar un cuerpo que le dolía y sentía hambre—, nunca se había dado cuenta de lo maravilloso que era el compañerismo. Había saboreado la relación con otros —el rudo trato con hombres, el satisfactorio consentimiento de las mujeres—, pero sin echar luego eso de menos. Amigos suyos habían muerto, o estaban lejos. En ocasiones, Guthwulf había tenido que volverle la espalda a alguno, si le presentaba oposición, y asimismo se había visto forzado a destituir a uno o dos, pese a la anterior camaradería. Hasta el rey se había vuelto en contra de él, al final, pero él se había mostrado firme. Necesitar equivalía a ser débil. Y ser débil no era ser hombre.

Guthwulf se detuvo a pensar en lo más precioso que poseía. No era su honor, porque había renunciado a él al no alzar una mano para ayudar a Elías a combatir su creciente demencia. Tampoco era su orgullo, porque eso lo había perdido con la vista, al convertirse en un desarmado inválido que tenía que esperar a que un criado le alcanzase el orinal. Ni siquiera poseía ya valor, porque esta cualidad lo había abandonado al obligarlo Elías a tocar la espada gris, cuyo horrible y gélido canto había corrido enseguida por sus venas cual veneno. No; lo único que le quedaba era lo más efímero de todo, la débil chispa que aún vivía y confiaba, a pesar de resistir la carga de tanto desespero. Tal vez fuese un alma, aquello de que tanto hablaban los sacerdotes, o tal vez no... Eso ya no le importaba. Lo que Guthwulf sabía era que con gusto renunciaría a esa última y crucial chispa por volver a tener la compañía de alguien y poder verse libre de tan espantosa soledad.

Súbitamente, la vacía oscuridad se llenó de un intenso viento, de un vendaval que lo envolvía, aunque sin agitar ni uno solo de sus cabellos. El conde gimió quedamente: ya había experimentado antes algo semejante. El vacío que lo rodeaba se llenó de cuchicheantes voces que pasaban rozándolo a la par que suspiraban palabras que él no

entendía, pero que sin duda hablaban de tristes pérdidas y amenazas. Guthwulf alargó la mano, convencido de que no iba a encontrar nada, pero, para su sorpresa tocó algo.

Asustado, retiró la mano. Momentos después, cuando aquel enjambre de vacilantes formas descendió por el inacabable corredor, algo lo tocó, ahora golpeándole ligeramente la extendida pierna. El conde cerró los ojos con fuerza, como si lo que tenía delante pudiese horrorizar incluso los ojos de un ciego. Un nuevo golpecillo, esta vez insistente... Guthwulf volvió a largar el brazo y... notó una piel de animal.

El gato —porque a no dudarlo tenía que ser eso, ya que notó un lomo que se arqueaba al contacto de su mano, y una sinuosa cola entre los dedos— le frotó la rodilla con su pequeña y dura cabeza. El conde no se atrevió a retirar los dedos por temor a espantar al felino. Contuvo la respiración, temeroso de que aquello resultara ser como otras cosas del inconstante mundo subterráneo y se desvaneciese de pronto en el aire. Mas el gato parecía satisfecho de su propia sustantividad, porque apoyó dos patas en la delgada pierna del hombre y le hundió las uñas con delicadeza en la piel al recibir la caricia.

Hubo un momento, mientras le pasaba la mano al gato y éste se retorcía de placer, en que Guthwulf recordó que no había comido más que sabandijas desde que había llegado a tan maldito lugar. El caliente cuerpecillo se movía debajo de su mano: un verdadero banquete de carne y salada sangre para un hombre hambriento, del que sólo lo separaba una delgada y peluda capa de piel...

«¡Sería tan fácil! —pensó mientras sus dedos rodeaban suavemente el cuello del animal—. Fácil, muy fácil.»

Pero entonces, cuando sus dedos se ciñeron un poco más, el gato empezó a ronronear. Las vibraciones de su garganta pasaron a sus propios dedos: unos latidos de contento y de confianza, tan emocionantemente bellos como un coro de ángeles. Por segunda vez en una hora, Guthwulf rompió a llorar.

Cuando el otrora conde de Utanyeat despertó, no tenía idea de cuánto había dormido, pero por vez primera en muchos días se sentía descansado de verdad. Ese momento de paz acabó rápidamente cuando Guthwulf se dio cuenta de que el caliente cuerpecillo acurrucado en su regazo había desaparecido. De nuevo estaba solo.

Ya estaba a punto de vencerlo otra vez la sensación de soledad cuando notó una suave presión contra su pierna y, seguidamente, un pequeño y frío morro le rozó la mano.

—¡Ah, conque has vuelto! —susurró—, ¡Has vuelto!

Quiso acariciar la cabeza del animal, pero lo que encontró fue algo de tamaño menor, templado y húmedo. El gato ronroneó cuando Guthwulf cogió aquello empujado contra su cadera. Era una rata recién muerta.

El hombre se incorporó con una silenciosa oración de gracias y desgarró con temblorosos dedos el regalo. Luego ofreció la correspondiente mitad al descubridor del festín.

En las profundidades del oscuro Pico de las Tormentas, los ojos de Utuk'ku Seyt-Hamakha se abrieron de repente. La reina de las nornas se hallaba acostada en la cripta de ónice que le servía de lecho, fija la mirada en la perfecta negrura de su cámara de roca. Se había adentrado tanto en el mundo de los sueños como sólo los más ancianos inmortales podían hacer, y en las sombras de las más remotas improbabilidades había visto algo inesperado. En su viejo corazón sintió una punzada de desasosiego. Una cuerda se había roto en el más apartado extremo de sus planes... No sabía lo que eso significaba, pero le producía incertidumbre: era un fallo en el dibujo tejido por ella durante tanto tiempo y con tanto cuidado.

Utuk'ku se incorporó, y con su mano de largos dedos agarró la máscara de plata, que se colocó en la cara para parecer nuevamente tan serena e impasible como la luna. A continuación emitió un frío *y* fugaz pensamiento. Una puerta se abrió en las tinieblas, y por ella entraron unas negras sombras que trajeron consigo algo de claridad, ya que también esos seres llevaban máscaras, aunque las suyas eran de una pálida piedra que producía un tenue resplandor. Ayudaron a su señora a levantarse y la vistieron con sus reales ropas blancas como el hielo y plateadas, actuando con el mismo esmero ritual con que los sacerdotes encargados de las ceremonias fúnebres envolvían a los muertos. Cuando la reina estuvo ataviada, las sombras se alejaron en silencio, volviendo a dejar sola a Utuk'ku. Permaneció ésta durante un rato en su tenebrosa cámara. Si respiraba, no se la oía en absoluto. Sólo los casi imperceptibles crujidos de las raíces de la montaña rompían el total silencio.

Al cabo de cierto tiempo, la reina de las nornas se alzó y emprendió el camino a través de los tortuosos corredores excavados por sus siervos en la carne de la montaña largos siglos atrás. Llegó por fin a la Cámara del Arpa Respirante y tomó asiento en el gran trono de roca negra. El arpa flotaba entre la niebla que surgía del vasto pozo, cuyas cambiantes dimensiones centelleaban debido a las luces procedentes de las profundidades. Los Sin Luz cantaban en alguna parte de las simas del Pico de las Tormentas, y sus huecas voces salmodiaban antiguas tonadas ya prohibidas en Venyha Do'sae, el Jardín Perdido. Utuk'ku permanecía sentada con la vista fija en el arpa, dejando que su mente siguiera sus complejidades, cuando el vapor del pozo se encontró con el gélido aire de la cámara y se transformó en escarcha en sus propias pestañas.

Ineluki no estaba allí. Como a veces hacía, se había ido a aquel lugar que no era tal, adonde sólo él podía ir; un lugar tan lejos del mundo de los sueños como los sueños lo estaban de la vigilia, tan lejos de la muerte como la muerte lo estaba de la vida. Esta vez, la reina de las nornas tendría que guardar su secreto.

Aunque su reluciente rostro plateado era tan impasible como siempre, Utuk'ku experimentó una leve impaciencia al contemplar el vacío del pozo. Quedaba poco tiempo. La vida entera de uno de esos escurridizos mortales era una corta temporada para los Primogénitos,

de manera que el breve espacio de tiempo entre ahora y el momento de su triunfo podría parecer poco más que unos cuantos latidos de corazón, si ella decidía entenderlo así. Mas Utuk'ku no eligió eso. Cada momento era precioso. Cada instante acercaba más la victoria. Pero, para que esa victoria se produjese, no podía haber ni un solo error.

La reina de las nornas estaba preocupada.

8

Noches de fuego

Simón sentía que la sangre le ardía en las venas. Miró a su alrededor y vio las colinas cubiertas de nieve y los oscuros árboles doblados por el gélido vendaval, y se preguntó cómo podía sentirse él tan lleno de fuego. Era la excitación, el estremecimiento producido por la responsabilidad y... por el peligro. Simón se sentía muy vivo.

Apoyó la mejilla en el cuello de *Hogareña y* le dio unas palmadas en el robusto lomo. La piel de la yegua, fría a causa de las ráfagas de aire, estaba húmeda de sudor.

—La veo cansada —dijo Hotvig, cinchando la silla de su propia montura—. No es animal para correr tanto.

—*Hogareña* está bien —replicó Simón—. Es más resistente de lo que tú crees.

—Aunque no sepan nada más, los thrithingos entienden de caballos —intervino Sludig por encima del hombro, a la vez que se apartaba del tronco de árbol, ajustándose los pantalones—. No seas tan orgulloso, Simón.

El caballero recientemente armado miró por espacio de unos instantes al rimmerio, antes de hablar.

—No es orgullo, Sludig. Hace tiempo que monto a mi yegua, y pienso seguir con ella.

Hotvig levantó una mano, apaciguador.

—No quise enojaros. Es lógico que el príncipe Josua os tenga en mucha estima. Sois un caballero. Si lo pidierais, podríais obtener uno de nuestros caballos.

Simón se volvió hacia el llanero de los caballeros trenzados y trató de sonreír.

—Sé que lo decís con buena intención, Hotvig, y uno de vuestros caballos constituiría sin duda un buen regalo. Pero mi caso es distinto. Le puse a mi yegua el nombre de *Hogareña,* y a mi hogar tiene que volver conmigo.

—¿Y dónde está vuestro hogar, joven jefe? —inquirió otro de los thrithingos.

—Es Hayholt —declaró Simón con firmeza.

Hotvig soltó una carcajada.

—¿El lugar donde manda el hermano de Josua? ¡Vos y vuestra yegua tenéis que ser unos formidables viajeros, para no temer a semejante temporal!

—Quizá —contestó Simón de cara a los demás, aunque con los ojos entrecerrados a causa de la oblicua luz de la tarde que penetraba a

través de los árboles—. Si estáis todos a punto, es el momento de partir. Si esperamos más, puede amainar la tormenta. Esta noche habrá luna casi llena. Prefiero tener nieve y que todos los centinelas estén acurrucados junto al fuego.

Sludig iba a decir algo, pero lo pensó mejor. Los thrithingos hicieron gestos de conformidad y montaron en sus caballos.

—¡Conducidnos, jefe!

La risa de Hotvig fue breve, pero no hostil. La pequeña compañía salió de la arboleda, y de nuevo se vio expuesta a los golpes de viento.

Simón agradecía tanto la simple ocasión de hacer algo como la evidente confianza que Josua depositaba en él. Los días de creciente mal tiempo, unidos a las importantes misiones encargadas a sus compañeros pero no a él, lo habían puesto inquieto y malhumorado. Binabik, Geloë y Strangyeard estaban metidos en una seria discusión sobre las espadas y el Rey de la Tormenta. Deornoth supervisaba el armamento y la preparación del ejército de inexpertos de Nueva Gadrinsett. Hasta el propio Sangfugol, que por cierto consideraba muy ingrata la tarea, tenía que controlar a Towser. Antes de que Josua lo llamara a su tienda, Simón había empezado a sentirse como en los días que ya creía definitivamente pasados como el joven tambor que corría detrás de los soldados del emperador.

—Se trata sólo de una pequeña labor de espionaje —había dicho Josua, pero para Simón era algo casi tan espléndido como el momento en que había sido armado caballero.

Debía llevar consigo a algunos hombres de Hotvig y tratar de echar un vistazo a las fuerzas enemigas que se aproximaban.

—¡No hagáis nada! —había recomendado el príncipe—. Sólo quiero que vigiléis. Contad las tiendas... y los caballos, si es posible. Y, si hay suficiente luz, prestad también atención a las banderas y los penachos. Pero, sobre todo, ¡que no os vean! Si, no obstante, alguien os descubriese, ¡salid disparados!

Simón había prometido hacerlo así. Un caballero que conducía a unos hombres a la guerra... ¡Ese era ahora él! Aunque disimulando —con toda la discreción de que era capaz— su impaciencia por emprender tan gloriosa misión, apenas podía esperar a que Josua acabase de darle instrucciones.

Cosa sorprendente, Sludig había pedido poder acompañarlo. Al rimmerio aún le dolían los grandes honores concedidos a Simón, pero éste sospechaba que, como le sucedía a él mismo, Sludig se sentía un poco dejado de lado, y prefería ser el subordinado de Simón durante unos días a la frustración de tener que esperar en Sesuad'ra. Sludig era un guerrero; no un general: al rimmerio sólo le interesaban las luchas de verdad, cuerpo a cuerpo.

También Hotvig había ofrecido sus servicios. Simón sospechaba que el príncipe, que actualmente estimaba a los thrithingos y confiaba en ellos, había propuesto a Hotvig que se uniera al grupo y, de paso, no perdiese de vista a su más joven caballero. Sin embargo, tal posibilidad no molestaba a Simón. Empezaba a saber lo que representaba la carga

del poder, y sabía que Josua quería hacerlo todo lo mejor posible. «Pues muy bien —se decía Simón—, ¡que Hotvig sea el ojo de Josua! El hombre de las praderas sólo podrá dar un informe favorable de mí.»

La tempestad empeoraba. Todo el valle del Stefflod estaba cubierto de nieve, y el río no era más que una oscura línea que surcaba el blanco campo. Simón se ciñó la capa y la bufanda de lana, de modo que ésta le tapaba media cara.

Los thrithingos, pese a todas las bromas que hacían, estaban bastante asustados al comprobar los cambios producidos en sus familiares praderas por los vendavales. Simón vio cómo abrían los ojos cuando miraban a su alrededor, el nerviosismo con que espoleaban a sus monturas al atravesar un ventisquero, y cómo cruzaban disimuladamente los dedos para ahuyentar a los malos espíritus. El único no afectado por el temporal parecía ser Sludig, procedente del gélido norte.

—Realmente es un invierno negro —comentó Hotvig—. Si antes no hubiese creído a Josua, cuando dijo que esto era obra de algún demonio, ahora le creería.

—Un invierno negro, en efecto, ¡y pensar que el verano terminó hace bien poco! —contestó Sludig, a la vez que se limpiaba de nieve los ojos—. Las tierras del norte de la Marca Helada no han visto una primavera en más de un año. ¡No luchamos contra meros hombres!

Simón frunció el entrecejo. Ignoraba hasta dónde llegaba la superstición de los hombres del clan, pero en ningún caso le convenía fomentar unos temores que obstaculizaran su función.

—Es una tormenta mágica, sí —dijo en voz bien alta, para que lo oyesen a pesar del viento, que sacudía todas las capas—, pero no por eso pasa de ser una tormenta. Las nieves no pueden causar daño a nadie, aunque... quizás os hielen las posaderas.

Uno de los thrithingos se volvió hacia él con picara sonrisa.

—Si se nos hielan las posaderas, tú lo pasarás peor que nadie, joven jefe, con ese caballo tan huesudo que montas.

Los demás rieron entre dientes. Y Simón, satisfecho con el nuevo giro tomado por la conversación, siguió bromeando con ellos.

La tarde se fundió poco a poco con el crepúsculo, mientras cabalgaban. La jornada transcurría en silencio, con excepción del ruido de los cascos y de los eternos aullidos del viento. El sol, dominado todo el día por las nubes, se había rendido hacía rato y ahora estaba oculto detrás de las colinas. Una luz violeta y sin sombras envolvía el valle. Pronto fue demasiado oscuro para que el reducido grupo viese por dónde cabalgaba. La luna, encelajada, resultaba casi invisible. No había ni una estrella en el cielo.

—¿Nos detenemos para acampar? —voceó Hotvig por encima del viento.

Simón reflexionó unos momentos.

—Creo que aún no nos conviene —respondió al fin—. No estamos demasiado lejos. Como mucho, nos queda una hora de cabalgar. Incluso podríamos arriesgarnos a encender una antorcha.

—¿Y por qué no también a dar unas trompetadas? —intervino

Sludig—. O quizá fuera mejor enviar a unos heraldos que anunciaran a gritos nuestra próxima llegada para espiar la posición de Fengbald... —agregó con ironía.

A Simón le hizo poca gracia la broma, pero no se inmutó.

—Aún tenemos las colinas entre nosotros y el campamento de Fengbald en Gadrinsett. Si quienes huyeron de él nos informaron bien, respecto de donde está, podremos apagar la luz antes de estar al alcance de la vista de sus centinelas —dijo, alzando la voz con énfasis—. ¿Acaso crees que sería mejor aguardar al nuevo día, cuando los hombres de Fengbald estén descansados y luzca además el sol, para que seamos más fáciles de divisar?

Sludig admitió la razón de su jefe con un gesto de la mano.

Hotvig sacó entonces una antorcha —una gruesa y buena rama, envuelta en tiras de tela empapadas de resina—, y con un pedernal hizo saltar una chispa. Protegió la llama del viento hasta que estuvo bien encendida, levantó la tea y, adelantándose un poco a los demás, subió la pendiente de la orilla del río en busca de la mayor protección que sin duda les daría la ladera de la colina.

—¡Seguidme! —gritó.

La procesión se puso en marcha de nuevo, aunque con algo más de lentitud. El grupo cruzó el desigual terreno de los cerros, dejando que los caballos eligiesen el camino. La antorcha de Hotvig se convirtió en una viva bola de fuego: lo único, en todo el valle ennegrecido por la tormenta, capaz de llamar la atención de un ojo errante. A Simón le pareció seguir un fuego fatuo a través de aquel nebuloso páramo. El mundo se había convertido en un largo y negro túnel, en un interminable corredor que descendía en espiral hasta el lóbrego centro de la tierra.

—¿Alguno de vosotros sabe una canción? —preguntó al fin. Contra el lúgubre viento, su voz sonaba débil.

—¿Una canción? —exclamó Sludig, sorprendido.

—¿Por qué no? Todavía estamos muy lejos del enemigo. Fíjate en que tú te encuentras a un brazo de distancia de mí y, a causa de este maldito vendaval, apenas puedo oírte. Por lo tanto, ¡una canción, sí!

Hotvig y sus thrithingos no se prestaron a cantar, mas tampoco se opusieron a la idea. Sludig puso una cara como si aquella ocurrencia fuese propia de un loco.

—Me toca a mí, pues —dijo Simón—. Lástima que no tengamos aquí a Shem Horsegroom. Conoce más canciones e historias que nadie.

El joven caballero se preguntó qué habría sido de Shem. ¿Seguiría feliz en las grandes cuadras de Hayholt?

—Os voy a cantar una de ellas, que habla de Jack Mundwode.

—¿De quién? —preguntó uno de los thrithingos.

—De Jack Mundwode. Un famoso bandido que vivió en el bosque de Aldheorte.

—Si es que vivió de veras —se burló Sludig.

—Eso mismo. Si es que vivió de veras —admitió Simón—. Cantaré una balada que hace referencia a Jack Mundwode.

Dio otra vuelta a las riendas alrededor de su mano y se acomodó

en la silla, tratando de recordar la primera estrofa.

Audaz Jack Mundwode...

empezó finalmente, y procuró adaptar la canción al ritmo de los cascos de *Hogareña,*

dijo: «Quiero ira Erchester,
porque oí decir que allí
hay una dulce moza.

»Hruse es su nombre;
sus cabellos son suave cascada de oro,
tiene los hombros blancos como la nieve,
¡oh, hermosa y áurea Hruse!».

Los bandidos de Jack le advirtieron:
«La ciudad no es lugar para ti.
El alcaide ha jurado cortarte la cabeza,
y allí te aguarda».

Jack se rió de ellos.
Conocía de sobra al alcaide.
Muchas veces, por un pelo,
había escapado de él.

Jack se puso un rico traje
de brillante seda y la cadena de compromiso.
Y le dijo a Osgal: « Tú serás el siervo
que permanecerá detrás de mi sillón».

«Duque de las Flores voy a ser
—dijo Jack—, un pudiente noble.
Hombre distinguido y de grandes dones,
que asiste a los festejos del condado.»

Simón cantaba con la fuerza justa para que el viento no tapara su voz. Fue una balada larga, con muchas estrofas.

El grupo siguió a la antorcha de Hotvig, a través de las colinas, mientras Simón proseguía la historia de cómo Jack Mundwode entró disfrazado en Erchester y supo encantar al padre de Hruse, un barón que creyó haber encontrado un rico pretendiente para su hija. Aunque Simón necesitaba parar de tanto en tanto para recobrar el aliento o para hacer memoria de algunas palabras, ya que hacía mucho tiempo que Shem le había enseñado la canción, su voz se hizo más segura a medida que avanzaban. Cantó cómo el embaucador de Jack le hizo la corte a la hermosa Hruse, y con sinceridad, por cierto, porque se enamoró de ella nada más verla, y en la cena del barón se vio sentado junto al desavisado alcaide. Jack incluso convenció al codicioso barón

Librodot

para que aceptase una rosa mágica como dote, un arbusto cuyos delicados capullos contenían sendos emperadores de oro y, como el presunto duque de las Flores aseguró al padre de Hruse y al alcaide, produciría cada temporada nuevas y relucientes monedas mientras las raíces estuvieran enterradas.

Era ya cerca del final de la balada —precisamente, Simón acababa de empezar la estrofa en que un comentario del borracho bandido Osgal estropea el plan de Jack y conduce a la captura de éste por los hombres del alcaide—, cuando Hotvig detuvo a su caballo y alzó el brazo para pedir silencio.

—Creo que ya estamos cerca —señaló el thrithingo.

La ladera descendía a poca distancia de ellos, y, no obstante la incesante nevisca, era claro que tenían delante el campo abierto.

Sludig se situó a la altura de Simón. El escarchado aliento del rimmerio, suspendido en el aire, rodeaba la cabeza de éste.

—¡Ya acabarás la canción en el camino de regreso! Está muy bien.

—De acuerdo.

Hotvig se inclinó en su silla y apagó la antorcha en un montón de nieve. Luego la secó con la manta sudadera antes de sujetársela al cinturón y volverse hacia Simón con expresión expectante.

—Adelante, pues —dijo el joven caballero—. ¡Pero con cuidado, ya que vamos sin luz!

Espolearon a sus caballos y, antes de haber dejado atrás la mitad de la alargada vertiente, Simón distinguió unas lejanas luces: un disperso grupo de centelleantes puntos.

—¡Ahí! —señaló, temiendo al instante haber hablado en tono demasiado alto. El corazón le latía con violencia—. ¿Es eso el campamento de Fengbald?

—Eso es lo que queda de Gadrinsett —contestó Sludig—. El campamento de Fengbald no estará lejos.

En el valle que se extendía delante de ellos, allí donde el invisible Stefflod confluía con el igualmente invisible Ymstrecca, sólo ardían unos cuantos fuegos. Pero al otro lado, donde según los cálculos de Simón tenía que estar la orilla norte del Ymstrecca, una mayor concentración de luces llenaba los ahora oscuros prados. Una miríada de ardientes puntos formando irregulares círculos.

—Tienes razón —dijo Simón, fija la mirada—. Debe de ser la guardia erkyna. Probablemente, Fengbald está en medio de esos círculos de tiendas. ¡Sería estupendo poder atravesar su manta con una flecha!

Hotvig se acercó.

—Allí está, sí. Quisiera matarlo con mis propias manos, para hacerle pagar lo que dijo sobre el Clan del Semental cuando nos vimos por última vez. Pero esta noche tenemos otras cosas que hacer.

Simón respiró a fondo, picado.

—Desde luego, Josua necesita conocer la magnitud de su ejército. ¿Convendría contar los fuegos? —preguntó, después de breve reflexión—. Eso nos serviría para calcular cuántos hombres lleva consigo.

—Poco será lo que averigüemos, al no saber cuántos hombres

comparten cada fuego.

—Es cierto —admitió Simón—. Así pues, primero contaremos los fuegos y después nos acercaremos para ver si cada tienda tiene su propia fogata, o si una sirve para varias.

—No debemos aproximarnos mucho —advirtió Sludig—. A mí me gusta tanto la lucha como a cualquier otro hombre temeroso de Dios, pero prefiero contar con más ventaja.

—Eres muy listo —sonrió Simón—. Debieras llevar contigo a Binabik en calidad de aprendiz.

Sludig soltó un bufido.

Después de contar los pequeños puntos llameantes, cabalgaron colina abajo.

—Tenemos suerte —comentó Hotvig, tranquilo—. Me figuro que los centinelas permanecerán cerca de los fuegos, esta noche, para protegerse del viento.

Simón, que tiritaba de frío, se inclinó para estar más cerca del cuello de *Hogareña*

—No todos los habitantes de las piedras son tan despabilados.

Cuando llegaron a las nevadas praderas, a Simón se le disparó nuevamente el corazón. Pese al temor que sentía, no dejaba de ser emocionante y hasta embriagador estar a tan poca distancia del enemigo y moverse en silencio por la oscuridad a poco más de un tiro de flecha de sus soldados. Todo él estaba lleno de vida, como si el viento soplase a través de su capa y su camisa, produciéndole hormigueo en la piel. Al mismo tiempo tenía casi el convencimiento de que los hombres de Fengbald ya habrían descubierto su presencia y de que, en ese mismo instante, todos los miembros de la guardia erkyna estarían agachados, y con los arcos tensos, centelleantes los ojos en la profunda oscuridad de los espacios entre las tiendas.

La partida de Simón rodeó con gran cautela el campamento de Fengbald, pasando en silencio de un grupo de árboles a otro, pero la vegetación abundaba poco en el lindero de las praderas. Sólo cuando por fin se vieron todos cerca del río y del extremo occidental del campamento, se sintieron a salvo de los avizores ojos por un rato.

—Sí ahí hay menos de mil hombres armados —murmuró Sludig—, yo soy un hyrka.

—En ese campamento hay thrithingos —indicó Hotvig—. Gentes del lago Thrithing, no pertenecientes a ningún clan. De eso estoy seguro.

—¿Cómo podéis saberlo? —inquirió Simón.

A tanta distancia, las tiendas apenas se diferenciaban unas de otras. Muchas de ellas eran poco más que cobertizos de tela, sujetos al suelo con estacas y arrimados a arbustos o piedras verticales, y ni uno de los habitantes del campamento estaba al aire libre, con semejante temporal.

—¡Escuchad!

Hotvig se llevó una mano a la oreja, y la expresión de su cara llena de cicatrices era solemne.

Simón contuvo la respiración, atento. Los aullidos del viento lo

ahogaban todo, incluso los pequeños ruidos producidos por los hombres que lo acompañaban.

—¿Que escuchemos qué?

—Aguzad más el oído —susurró Hotvig—. Son los arneses. A su lado, uno de los thrithingos hizo un gesto afirmativo.

Simón se esforzó por percibir algo. Finalmente le pareció notar un ligero tintineo.

—¿Eso? —musitó

Hotvig esbozó una sonrisa y mostró el hueco que tenía en su dentadura. Sabía que era una gran proeza.

—Sus caballos llevan arneses de la zona del lago. No me equivoco.

—¿Por el sonido sabéis decir qué tipo de arneses son? —exclamó Simón, pasmado.

¿Acaso esos hombres de las praderas tenían orejas como conejos?

—Nuestras bridas se diferencian como las plumas de los pájaros —intervino otro de los thrithingos—. Los arneses de la zona del lago, de las praderas o del Alto Thrithing suenan todos tan distintos a nuestros oídos como tu voz de la de un norteño, joven jefe.

—¿Cómo, si no, reconoceríamos a nuestros caballos en plena noche, de lejos? —dijo Hotvig—. ¡Por el Gran Cuadrúpedo! ¿Cómo evitáis los habitantes de las piedras que vuestros vecinos os roben cosas?

Simón meneó la cabeza.

—Al menos, ahora sabemos de dónde proceden los mercenarios de Fengbald. Pero... ¿podéis decirme cuántos de esos hombres son thrithingos?

—A juzgar por sus cobertizos, calculo que la mitad de las tropas son thrithingos sin clan —contestó Hotvig.

Simón puso cara de preocupación.

—Y apuesto algo a que se trata de buenos luchadores.

—En efecto —afirmó Hotvig, y en la forma de apretar la mandíbula hubo un innegable orgullo—. Todos los habitantes de las praderas saben luchar. Pero aquellos que no pertenecen a ningún clan son los más..., los más fieros —concluyó la frase después de buscar la palabra adecuada.

—Pues los de la guardia erkyna no son más blandos —agregó Sludig en tono agrio, aunque en sus ojos brillaba una chispa depredadora—. La lucha será dura y sangrienta, cuando se produzca el choque de un hierro contra otro.

—Es hora de retroceder —dijo Simón, contemplando la negra cinta que era el Ymstrecca—. De momento hemos tenido suerte.

La pequeña compañía volvió a cruzar los espacios expuestos. Simón sintió de nuevo su vulnerabilidad, la proximidad de un millar de enemigos, y dio gracias a los cielos de que el tempestuoso tiempo les hubiese permitido acercarse tanto al campamento sin tener que dejar atrás los caballos. La idea de verse obligados a huir a pie, si los descubrían los centinelas montados, y a abrirse camino a través del viento y de la nieve, era terrible.

Por fin alcanzaron el refugio que significaba un grupo de saúcos azotados por el vendaval, y que se alzaba solitario en la ladera de la más

baja de las colinas que formaban las estribaciones de la cordillera. Cuando Simón miró desde allí la salpicadura de luces que marcaba el borde del plácido campamento de Fengbald, la ira dominada por la excitación empezó a surgir otra vez en él: una fría furia al pensar en todos aquellos soldados tan cómodos y seguros en sus tiendas de campaña, como orugas que, después de hartarse de las hojas de un hermoso jardín, yacieran ahora bien protegidas en sus capullos. ¡Eran los mismos expoliadores, los guardias erkynos que habían ido a arrestar a Morgenes y que luego habían intentado derribar el castillo de Josua, en Naglimund! A las órdenes de Fengbald habían devastado toda la ciudad de Falshire con la indiferencia con que un chiquillo podría pisotear un hormiguero. Pero lo más importante para Simón era que lo habían arrojado de su hogar, y que ahora tratarían de echarlo también de Sesuad'ra.

—¿Quién de vosotros tiene un arco? —preguntó de súbito.

Uno de los thrithingos alzó la vista, sorprendido.

—¡Yo!

—Dámelo. Y también una flecha.

Simón lo tomó todo y lo enganchó al arzón, sin dejar de observar las oscuras formas de las apiñadas tiendas.

—Ahora dadme la antorcha, Hotvig —añadió.

El thrithingo lo miró extrañado durante un momento, pero luego le entregó el hachón.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó sin inmutarse.

En su rostro no había más que un sereno interés.

Simón no respondió. Procurando concentrarse en otras cosas que lo liberaran por unos instantes de su inseguridad, desmontó de un salto con asombrosa facilidad. Arrancó el resinoso harapo del extremo superior de la antorcha y envolvió con él la cabeza de la flecha. Sujetó luego fuertemente la saeta con la correa que había atado a su muslo la vaina qanuc. De rodillas y protegido del viento por el cuerpo de *Hogareña,* sacó el pedernal y la barra de hierro.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Sludig, entre rabioso y preocupado— . Ya hemos hecho aquello para lo que vinimos. ¿Qué te propones ahora?

Simón no le prestó atención y siguió frotando el hierro hasta que una chispa anidó en los pegajosos pliegues del trapo enrollado a la punta de la flecha. Sopló luego hasta que prendió la llama, se guardó el pedernal y montó de nuevo.

—Esperadme —ordenó, espoleando al momento su yegua colina abajo.

Sludig hizo intención de seguirlo, pero Hotvig alargó el brazo y cogió el arnés de la montura del rimmerio para inmovilizar su montura. Entre ambos se produjo una animada —aunque susurrada—discusión.

Simón había tenido poca ocasión de practicar con el arco, y absolutamente ninguna montado a caballo, desde la terrible y rápida batalla en las afueras de Haethstad, cuando la muerte de Ethelbearn. Sin embargo, ahora no le importaban tanto la puntería ni la habilidad como su imperioso deseo de hacer *algo,* de enviar un pequeño mensaje a Fengbald y a sus confiadas tropas. Empulgó la flecha mientras

sujetaba aún las riendas, y apretó las rodillas contra la silla cuando *Hogareña* se lanzó a través del desigual suelo nevado. La llama se corrió hacia atrás por el asta de la saeta, de modo que Simón notó el calor en los nudillos. Llegado finalmente al fondo del valle, hizo detenerse a la yegua. Con las piernas ordenó a *Hogareña* que describiera un lento y amplio círculo, y por último se llevó a la oreja la cuerda del arco. Simón movió los labios, pero ni él mismo supo lo que decía, concentrado como estaba en la bola de fuego que temblaba en el extremo del asta. El joven respiró a fondo y disparó la flecha.

Se elevó ésta, brillante y veloz como una estrella fugaz, y dibujó en el cielo un arco semejante al que dejaría en una tela negra un dedo mojado en sangre. A Simón le dio un vuelco el corazón al contemplar su errátil vuelo y ver que el viento, a punto de extinguir la llama, zarandeaba la flecha de un lado a otro, hasta que ésta cayó entre las densas sombras del campamento. Segundos después, una brillante flor de luz se alzó en la oscuridad, al incendiarse una de las tiendas. Simón permaneció inmóvil un momento, con el corazón latiéndole tan deprisa como el de un pajarillo, hasta que dio media vuelta y subió la colina al galope.

No dijo nada respecto de la flecha, al reunirse con sus compañeros. Ni siguiera Sludig le preguntó por ella. El pequeño grupo rodeó a su jefe y todos los hombres juntos emprendieron urgente cabalgada a través de las entenebrecidas colinas, con el gélido viento golpeándoles las caras.

—Quisiera que fueses a acostarte —dijo Josua.

Vorzheva alzó la vista. Estaba sentada sobre una estera, cerca del brasero, y tenía extendida sobre su regazo la capa que arreglaba. La muchacha que la ayudaba también levantó los ojos, pero volvió a bajarlos enseguida para continuar con el zurcido.

—¿Acostarme, yo? —contestó Vorzheva, ladeando la cabeza con cierta coquetería—. ¿Por qué?

Josua reanudó sus pasos.

—Sería... mejor.

La esposa se pasó una mano por los negros cabellos mientras seguía con la mirada el inquieto ir y venir del príncipe por la tienda, que no medía más de diez codos. Josua era tan alto, que sólo podía enderezarse en toda su estatura en la parte central, con lo que tenía que caminar encorvado la mayor parte del tiempo.

—No deseo acostarme, Josua —declaró Vorzheva, sin dejar de observarlo—. ¿Qué te ocurre?

El se detuvo y dobló una y otra vez los dedos de la mano.

—Sería preferible para el niño... y también para ti... que te echaras.

Vorzheva estaba asombrada, pero se rió.

—Eres un exagerado, Josua. ¡Nuestro hijo no nacerá hasta finales de invierno!

—Padezco por vos, mi señora —dijo él en tono quejumbroso—. El mal tiempo, la vida tan dura que llevamos aquí...

Su mujer rió de nuevo, pero ahora recalcó sus palabras al decir:

—Las mujeres del Clan del Semental damos a luz de pie, en las

praderas, y a continuación volvemos al trabajo. No somos gente de ciudad. ¿Qué te pasa, Josua?

El príncipe se sonrojó de manera violenta.

—¿Por qué tienes que estar siempre en desacuerdo conmigo? —exclamó—. ¿Acaso no soy tu marido? Temo por tu salud y no me gusta verte trabajando tan arduamente hasta altas horas de la noche.

—No soy un crío —replicó Vorzheva, molesta—. Simplemente, llevo uno en mi seno. ¿Por qué vas de un lado a otro sin cesar? ¡Párate ya y habla en serio conmigo!

—¡Ya lo intento, pero tú no haces más que discutir!

—Porque tú pretendes decirme todo lo que debo hacer, como si fuera una chiquilla. ¡Y, aunque no me exprese como las damas de vuestros castillos, tampoco soy tonta!

—¡Nunca dije que lo fueras, por Aedón! —protestó él y, apenas pronunciadas estas palabras, cesó en su ir y venir.

Después de mirar al suelo durante unos instantes, posó la vista en la joven ayudante de su esposa. La muchacha, nerviosa, hubiera querido fundirse.

—Tú —dijo Josua—, ¿nos dejarías solos un rato? Mi esposa y yo quisiéramos hablar.

—¡La chica me ayuda! —replicó Vorzheva, molesta.

Josua fijó en la joven sus duros ojos grises.

—¡Vete!

Se levantó ella de un salto y salió a toda prisa de la tienda, dejando en el suelo la prenda a medio zurcir. El príncipe la siguió con la mirada y, después, volvió a dedicar su atención a Vorzheva. Parecía que iba a decir algo, cuando también se dirigió rápidamente hacia la salida.

—¡Bendita Elysia! —murmuró.

Imposible decir si su expresión constituía una jaculatoria o un reniego. Al momento había abandonado la tienda.

—¿Adonde vas? —preguntó Vorzheva.

Josua escudriñó la oscuridad. Por fin distinguió una forma algo más clara, apoyada en una de las tiendas cercanas, y hacia ella se encaminó a la vez que cerraba y abría el puño.

—¡Espera! —dijo, tocando con la mano el hombro de la muchacha, que abrió desmesuradamente los ojos con temor y buscó aún más el respaldo de la tienda, a la vez que alzaba las manos como si tuviera que parar un golpe—. Perdóname —se disculpó en cambio—. Fui poco gentil contigo. Eres amable con mi esposa, y ella te aprecia. Te ruego que me perdones.

—¿Yo a vos, señor? —zollipó ella—. ¿Yo? ¡Si no soy nadie!

—Dios valora por igual todas las almas —contestó Josua muy serio—. Y ahora ve, por favor, a la tienda del padre Strangyeard. ¿Ves allí el resplandor de su fuego? Estarás caliente, y él te dará, sin duda, algo de comer y beber. Cuando haya hablado con mi esposa, iré a recogerte. Hay ocasiones en que un hombre y una mujer necesitan estar un rato a solas, aunque sean el príncipe y su esposa —agregó con una triste y fatigada sonrisa.

La chica volvió a sorber e intentó hacer una reverencia, pero estaba

Librodot

tan apretada contra la lona de la tienda, que no pudo inclinarse.

—Sí, príncipe Josua —musitó.

—¡Adelante, pues!

Josua permaneció allí mientras la jovencita corría a través del nevado suelo hacia el círculo de luz formado por el fuego de Strangyeard. Vio cómo el archivero y alguien más se ponían de pie para saludar a la muchacha, y seguidamente retornó a su tienda.

Vorzheva lo miró extrañada al verlo llegar, con una mezcla de curiosidad y enfado en el rostro.

El le explicó lo que acababa de hacer.

—Eres el hombre más singular jamás conocido —dijo Vorzheva con un profundo y entrecortado suspiro, al mismo tiempo que miraba de reojo su labor.

—Si los fuertes han de poder intimidar a capricho a los débiles, ¿en qué nos diferenciamos de las bestias de los bosques y campos?

—¿Crees que en realidad hay mucha diferencia? —contestó la esposa, sin mirarlo aún a los ojos—. Tu hermano nos hace perseguir por sus soldados. Muere la gente, mueren las mujeres y los niños, todo por conseguir unos pastos y títulos y banderas. *¡Somos* bestias, Josua! ¿Todavía no te habías dado cuenta?

Ahora sí que levantó los ojos hacia él, esta vez con más dulzura, como una madre cuyo hijo no ha aprendido aún las duras lecciones de la vida. Meneó luego la cabeza y prosiguió con su costura.

El príncipe se acercó al jergón para dejarse caer entre los montones de cojines y mantas.

—Ven; siéntate a mi lado —invitó a Vorzheva, señalando el lecho con la mano.

—Se está más caliente aquí, junto al fuego.

Vorzheva parecía muy interesada en la labor.

—Más calientes estaremos los dos aquí, uno junto al otro.

La esposa suspiró y, dejando la prenda a medio repasar, fue a reunirse con él y se arrellanó entre los almohadones. Juntos contemplaron el techo de la tienda, que se combaba bajo el peso de la nieve.

—Lo siento —murmuró Josua—. No quise ser brusco. Pero estoy preocupado. Temo por tu salud y por la del niño.

—¿Por qué se creen tan valientes los hombres y, en cambio, consideran débiles a las mujeres? ¡Que conste que nosotras vemos más sangre y más penas que vosotros, salvo cuando lucháis, y ese derramamiento de sangre es absurdo! —exclamó Vorzheva con una mueca—. ¡Somos las mujeres quienes atendemos a los heridos para los que ya no hay salvación!

Josua no respondió. Lo que en cambio hizo, fue rodear con su brazo los hombros de la esposa y dejar que sus dedos jugasen con los oscuros rizos.

—No necesitas temer por mí —dijo ella—. Las mujeres del clan no somos débiles. Yo no pienso llorar ni gritar. Verás como nuestro hijo nacerá sano y robusto.

El príncipe guardó silencio durante un rato, y después de una profunda respiración confesó:

—La culpa es mía. No te di oportunidad de comprender lo que hacías.

Vorzheva se volvió súbitamente hacia él, reflejado el susto en su cara. Apartó la mano del marido de sus cabellos y la sujetó con fuerza.

—¿Qué dices? ¡Explícate de una vez!

Josua vaciló, antes de encontrar las palabras adecuadas.

—Ser la esposa de un príncipe no es lo mismo que ser su mujer.

Vorzheva se retiró un poco para poder volverse y enfrentarse a él.

—¿Qué intentas decir? ¿Que traerías a alguna otra mujer para ponerla en mi lugar? ¡Os mataría a ti y a ella, Josua! ¡Lo juro por mi clan!

El rió quedamente, aunque Vorzheva parecía muy capaz de llevar a cabo su amenaza.

—No se trata de eso. ¡De ningún modo! —la tranquilizó, pero la sonrisa se borró de su rostro—. Nunca se te ocurra pensar nada semejante. Sólo quería decir —añadió, tomando de nuevo la mano de Vorzheva— que, como esposa de un príncipe, no eres como las demás mujeres, y que tampoco nuestro hijo será como otros niños.

—¿No?

Vorzheva no acababa de calmarse.

—No puedo permitir que te suceda nada a ti ni a nuestro hijo. Si a mí me sucediera algo, la vida que tú llevas en tu seno sería el único vínculo con el mundo que otrora fue.

—¿Y eso qué significa?

—Significa, ni más ni menos, que nuestro hijo debe vivir. Si fracasamos, si Fengbald nos derrota, o si la victoria es nuestra pero yo muero..., nuestro hijo tendrá que vengarnos. Pero no —continuó, frotándose la cara—; no me expreso bien. Es algo más importante que la venganza. Nuestro hijo podría ser el último rayo de luz frente a una era de oscuridad. Ignoramos si Miriamele volverá junto a nosotros. Quizá ni siquiera viva ya. Si ella no existe, tendrá que ser el hijo de un príncipe, o la hija..., en todo caso un nieto o una nieta de Juan el *Presbítero* quien alce la única bandera capaz de ofrecer resistencia a Elías y su malvado aliado.

Vorzheva sintió alivio.

—Ya te he dicho que nosotras, las mujeres thrithingas, traemos al mundo niños fuertes. No necesitas preocuparte. Nuestro hijo vivirá para llenarte de orgullo. Además venceremos, Josua. Eres más poderoso de lo que te imaginas. Hay demasiada preocupación en ti —dijo, acercándose de nuevo a él.

—Rezaré por que así sea. ¡Jesuris y su misericordia! ¿Existe algo peor que ser un gobernante? ¡Cuánto quisiera poder largarme sin más!

—Tú no harías eso. Mi marido no es un cobarde —declaró Vorzheva a la vez que levantaba la vista para estudiarlo mejor, como si pudiera tratarse de un impostor, pero enseguida volvió a retirarse.

—No; tienes razón. Es mi destino, mi gran prueba, quizá... mi propio Árbol. Y cada uno de sus clavos está muy afilado y frío. Pero hasta el condenado tiene derecho a soñar con la libertad.

—No hables más de esto —susurró Vorzheva, apoyada en su hom-

bro—. Nos traerías mala suerte.

—Puedo callar, mi amor, pero no me resultará tan fácil silenciar mis pensamientos.

Ella arrimó la cabeza aún más a su cuello, como un pajarillo que intentara empujar para romper el cascarón.

—Cálmate, ahora...

Lo peor de la tormenta había pasado, avanzando hacia el sudeste. La luna, aunque todavía invisible, producía suficiente luz para dar un ligero resplandor a la nieve, como si todo el valle que se extendía entre Gadrinsett y Sesuad'ra estuviera salpicado de diamantes de polvo.

Simón se fijó en los surtidores de nieve producidos por los cascos del caballo de Sludig y se preguntó si viviría para recordar tan complicado año. ¿Qué haría, si por milagro lograba sobrevivir? Sería un caballero, desde luego, y eso ya era de por sí algo tan grande que sólo se había atrevido a imaginar en sus más pueriles sueños... Pero ¿qué hacía un caballero? Luchar por su señor en tiempos de guerra, por supuesto. A Simón, empero, no le gustaba pensar en guerras. Si algún día reinaba la paz y él vivía para verla, dos posibilidades que parecían muy remotas, por desgracia, ¿qué clase de vida llevaría?

¿Cuáles eran las ocupaciones de los caballeros? Regentar sus propiedades si las tenían. Eso equivalía más o menos a ser granjero, ¿no? Eso no sonaba a nada muy glorioso, pero de pronto le resultó muy atractiva la idea de regresar a casa después de un lluvioso día pasado en los campos... Se quitaría la capa y las botas para calzarse las zapatillas y calentarse delante de un rugiente fuego. Alguien le llevaría vino caliente, aromatizado con especias... Pero ¿quién? ¿Una mujer? ¿Una esposa? Simón trató de hacer aparecer un rostro, en medio de la oscuridad, mas no lo consiguió. La propia Miriamele, en el supuesto de que perdiera su herencia y consintiera en casarse con un plebeyo —y eso en el caso de que lo eligiera a él, cosa tan difícil como que los ríos fluyeran montaña arriba y los peces volaran—, nunca sería la mujer dispuesta a aguardar tranquilamente en casa al marido, al regreso de su trabajo en los campos. Figurarse tal cosa equivalía a pensar en un hermoso pájaro con las alas atadas.

Pero... ¿y si no contraía matrimonio y, en consecuencia, no tenía un verdadero hogar? La idea de vivir dedicado a los torneos, entretenimiento básico de los caballeros en primavera y verano y que durante años había dominado su encendida mente, ahora casi le asqueaba. Que unos hombres llenos de salud se hiriesen entre sí sin motivo alguno, perdiesen ojos y miembros e incluso la vida por un juego, cuando el mundo era ya de por sí un lugar tan tremendo y peligroso, enfurecía a Simón. «Guerra en broma», lo llamaban algunos, como si cualquier simple deporte, por arriesgado que fuese, pudiera ser comparado con los horrores que a él le había tocado presenciar. La guerra era como un gran vendaval o un temblor de tierra, algo tan espantoso que no se debía jugar con ello. Imitarla parecía casi blasfemó. Ejercitarse en la lucha y en el manejo de la espada era lo que uno debía hacer para salir con vida en el caso de verse metido en una guerra. Cuando todo lo de

ahora terminara, si algún día llegaba a su fin. Simón se alejaría todo lo posible de la guerra o de cualquiera de esas imitaciones a que tan aficionados eran los caballeros.

Mas uno no buscaba siempre la guerra, el sufrimiento ni el terror. Ciertamente, la muerte no necesitaba ser buscada. Por consiguiente, ¿no debía un caballero estar siempre dispuesto a defenderse a sí mismo y a los demás? Eso era lo que decía sir Deornoth, y Simón no tenía a Deornoth por un hombre que peleara por placer y sin necesidad. ¿Y qué había comentado una vez Morgenes respecto del gran Camaris? Que no hacía sonar a *Cellian,* su famoso cuerno de batalla, para pedir ayuda ni para darse mayor gloria, sino para hacer saber a sus enemigos que se acercaba, para que pudieran escapar a tiempo. Morgenes había repetido una y otra vez en su libro que Camaris no disfrutaba con las batallas, y que su formidable habilidad sólo constituía una carga para él, ya que atraía posibles atacantes y lo obligaba a matar cuando no quería. En eso había una paradoja. Por muy experto que uno fuera, siempre podía haber alguien empeñado en someterlo a una prueba. ¿Qué era mejor, pues? ¿Prepararse para la guerra o evitarla?

Un terrón de nieve cayó de una rama situada encima de Simón y, como si tuviera vida propia, esquivó su pesada bufanda y le resbaló cogote abajo. El joven emitió un pequeño grito, y enseguida se volvió para cerciorarse de que ninguno de sus compañeros lo había oído soltar una exclamación tan impropia de un hombre. Nadie lo miraba, en efecto. La atención de todos era para las plateadas colinas y los puntiagudos y sombríos árboles.

¿Qué era mejor?, se repitió Simón. ¿Huir de la guerra, o procurar ser tan fuerte que nadie pudiera hacerte daño? Morgenes solía decir que esos problemas eran cosa de los reyes, los quebraderos de cabeza que mantenían insomnes de noche a los monarcas de buen corazón, mientras sus súbditos dormían a pierna suelta. Al querer obtener él una respuesta más concreta, el doctor había sonreído con tristeza.

«Ciertamente, esta contestación no es satisfactoria, Simón. Así lo son todas las posibles respuestas a tales preguntas. Si las hubiera más adecuadas, el mundo sería algo tan ordenado como una catedral, una lisa piedra sobre otra igual, todos sus ángulos encajados perfectamente, y tan sólido y seguro como los muros de San Sutrino —había explicado Morgenes, alzando su jarra de cerveza a guisa de saludo—. Pero... ¿habría amor en un mundo semejante, Simón? ¿Existirían la belleza y el encanto, sin nada feo con que compararlos? ¿Qué sería un mundo sin sorpresas?»

El anciano había bebido un largo trago, para secarse luego los labios y cambiar de tema. Hasta ese momento, Simón no había vuelto a pensar en las palabras del doctor.

—Sludig...

La voz de Simón sonó sorprendentemente alta cuando rompió el prolongado silencio.

—¿Qué? —contestó el rimmerio volviéndose en su silla para mirarlo.

—¿Te gustaría vivir en un mundo donde no hubiera sorpresas? Ni

buenas ni malas, quiero decir.

Sludig puso cara de extrañeza.

—No pierdas el tiempo en tonterías —gruñó, y en el acto espoleó a su montura con las rodillas para que rodeara un peñasco que protegía de las ráfagas de nieve.

Simón se encogió de hombros. Hotvig, que había seguido la conversación, también dio media vuelta.

Sin embargo, aquel pensamiento no se apartaba de la mente de Simón. Y, cuando *Hogareña* avanzó pesadamente, él recordó de pronto parte de un reciente sueño: un prado cuyo color era tan uniforme que habría podido estar pintado, y un cielo tan frío e inalterable como una pieza de cerámica... Un paisaje, en conjunto, muerto y eterno como la piedra.

«Creo que prefiero las sorpresas —decidió Simón—. Aunque también las haya malas.»

Primero oyeron la música, una tenue y aguda melodía entretejida en el ruido del viento. Al descender al valle en forma de cuenco que rodeaba Sesuad'ra, distinguieron un fuego en la orilla del gran lago negro que aislaba la roca. Junto a él había una pequeña forma redondeada, envuelta en sombras, pero a la luz de las llamas se la vio manejar una flauta de hueso.

—Te oí tocar —dijo Simón—. ¿No temes que alguien te descubra? Alguien con malas intenciones.

—Cuento con suficiente protección —respondió Binabik con una breve sonrisa—. De manera que habéis regresado... —comprobó con estudiada calma, como si la preocupación fuese lo último que se le ocurriese—. ¿Estáis todos bien?

—Si, Binabik. ¡Muy bien! Todos los centinelas de Fengbald estaban pegados a sus fuegos.

—Lo mismo hacía yo —declaró el gnomo—. Las chalanas están allí, donde os señalo. ¿Queréis descansar y calentaros un poco, o vamos ya?

—Creo que debemos llevarle las noticias a Josua lo antes posible —resolvió Simón—. Fengbald cuenta con cerca de mil hombres, y Hotvig opina que la mitad, por lo menos, son mercenarios thrithingos.

Entonces lo distrajo una forma que se movía por la oscura orilla. Cuando pasó por delante de un gran montón de nieve, vio que era Qantaqa, que se deslizaba por el borde del agua como una gota de mercurio. La loba volvió la cabeza hacia él, y en sus ojos se reflejó la luz del fuego. Simón le hizo un gesto afirmativo. En efecto, Binabik estaba protegido: nadie podría acercarse al amo de Qantaqa sin tener que vérselas antes con ella.

—Las noticias no son precisamente buenas, pero aún podrían ser peores —dijo Binabik mientras reunía las piezas de su bastón—. El Supremo Rey sería capaz de haber lanzado contra nosotros a todas sus fuerzas, como hizo en Naglimund. De todos modos, mil soldados no resultan muy tranquilizadores —añadió el gnomo, después de sujetarse el bastón a la cintura y tomar las riendas de *Hogareña—.* Josua se retiró a dormir, esta noche, pero en cualquier caso me parece sensata

tu decisión de subir directamente a Sesuad'ra. Será preferible que todos estemos en lugar seguro. Aunque los soldados del rey se encuentren todavía a bastante distancia, estos sitios son agrestes y tengo el presentimiento de que la tormenta ha de traer cosas extrañas...

Simón se estremeció.

—Dejemos, pues, los peligros de la noche y busquemos el calor de nuestras tiendas.

Todos siguieron los cortos pasos de Binabik hasta el borde del lago, que tenía un resplandor misterioso.

—¿Por qué resulta tan rara el agua? —preguntó Simón.

El gnomo hizo una mueca.

—Estas son mis noticias; lamento decirlo. Temo que la pasada tempestad nos trajera peor suerte de la que imaginábamos. Nuestro foso, como lo llamaríais los habitantes de los castillos, se está helando.

Sludig, que estaba cerca, lanzó una serie de reniegos.

—¡Pero si el lago es nuestra mejor defensa contra las tropas del rey!

El hombrecillo encogió los hombros.

—Aún no está helado del todo. En caso contrario, tendríamos tremendas dificultades para cruzarlo con las barcas. Es posible que se produzca un deshielo, y entonces volverá a ser una buena protección para nosotros.

Mas la expresión de su cara, compartida por Sludig, delataba que eso no parecía muy probable.

Dos grandes chalanas aguardaban junto a la orilla.

—En ésta irán los hombres y la loba —señaló Binabik—. En la otra, los caballos y un hombre encargado de cuidar de ellos. Aunque creo, Simón, que tu yegua está suficientemente acostumbrada a Qantaqa para resistir la travesía en nuestra chalana.

—¡De mí tendrías que preocuparte, gnomo! —gruñó Sludig—. Las barcas me hacen todavía menos gracia que los lobos, ¡y eso que los lobos me gustan tan poco como a los caballos!

Binabik quitó importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

—Hablas en broma, Sludig. Qantaqa arriesgó su vida muchas veces, a tu lado. ¡Lo sabes perfectamente!

—¡Y ahora me toca a mí arriesgar la mía en una de estas malditas barcas! —rezongó el rimmerio, aunque parecía contener una sonrisa.

A Simón volvió a sorprenderle la extraña camaradería nacida entre Binabik y el hombre procedente del norte.

—Sea, pues —se rindió Sludig—. Pero que conste que, si tropiezas con esa enorme bestia y te caes al agua, yo seré el último en saltar al lago para salvarte.

—Los gnomos —respondió Binabik con gran dignidad— no nos caemos así como así.

El hombrecillo extrajo del fuego una rama encendida, apagó las llamas con unos cuantos puñados de nieve y trepó a la chalana más próxima.

—Vuestras antorchas refulgen demasiado —dijo—. Apagadlas. ¡Disfrutemos de esta noche, que al menos nos permite ver algunas

estrellas!

Seguidamente prendió el farol que, protegido por una campana de asta, pendía de la proa, y con gran habilidad saltó de una balanceante cubierta a la otra para encender la mecha del segundo bote. Estas luces, lunares y serenas, se extendieron sobre las aguas cuando Binabik tiró por la borda su provisional antorcha, que desapareció entre sonidos siseantes y eructos de vapor. Simón y los demás extinguieron sus hachas y subieron a la chalana.

Uno de los hombres de Hotvig se ocupó de introducir los caballos en la segunda embarcación. *Hogareña,* en cambio, como había predicho Binabik, no pareció nada intranquila por la presencia de Qantaqa y, en consecuencia, la consideraron capaz de atravesar las aguas con el resto de la compañía. Situada en la popa de la primera chalana, miraba a sus congéneres como una duquesa que viera pasar por debajo de su balcón a una pandilla de borrachos. Qantaqa se enroscó a los pies de Binabik con la lengua fuera, dedicada a observar cómo Sludig y Hotvig separaban la barca de la orilla con sus pértigas. Se alzó entonces un densa niebla y, en cosa de momentos, la tierra que dejaban atrás desapareció, de modo que las dos chalanas se hallaron flotando en medio de un mundo de brumas y negras aguas.

Mayormente, el hielo era poco más que una delgada piel sobre la superficie, quebradizo como el azúcar cande. Cuando la proa de la barca se abrió paso, el hielo se agrietó y produjo un delicado y desconcertante sonido que causó un raro hormigueo en la espalda a Simón. El paso de la ola de tempestad había dejado el cielo casi despejado. Como había señalado Binabik, incluso se distinguía el parpadeo de unas cuantas estrellas.

—Mirad —murmuró el gnomo—. Mientras los hombres se preparan para la lucha, Sedda sigue tranquila su camino. Todavía no ha encontrado a Kikkasut, su marido, pero no cesa en su intento.

Simón, de pie a su lado, contempló el profundo pozo celeste. Aparte del suave tintineo de la helada corteza del agua, que se partía al surcar ellos el lago, y de algún golpe sordo cuando rozaban un trozo más considerable de hielo flotante, el valle estaba sumido en un silencio sobrenatural.

—¿Qué es eso? —susurró Sludig de repente—. ¡Allá!

Simón se inclinó para verlo. El brazo del rimmerio, cubierto por una manga de piel, señalaba el oscuro lindero del bosque de Aldheorte, que se alzaba como el bastón exterior de un castillo en la orilla norte del lago.

—No veo nada —dijo Simón.

—Ya no está —contestó Sludig, excitado, como si las palabras del compañero hubiesen expresado incredulidad en vez de incapacidad—. Había luces en la espesura. ¡Yo sí que las vi!

Binabik se acercó a la borda para escudriñar la negrura.

—Eso queda cerca de Enki-e-Sha'osaye, o de lo que quede de ella —musitó.

También Hotvig avanzó hacia el grupo. La barca se tambaleó ligeramente. «Menos mal que *Hogareña* permanece tranquila en popa —

pensó Simón—. De otro modo, una chalana tan plana podría volcar.»

—¿En la ciudad fantasma? —exclamó el thrithingo, y su cara llena de cicatrices adquirió súbitamente una expresión de temor casi infantil—. ¿Veis luces allí?

—Las vi —respondió Sludig—. ¡Lo juro por la sangre de Aedón! Pero ahora ya no están.

—Hum... —hizo Binabik con gesto preocupado—. Pudiera ser que nuestras propias lámparas se reflejaran en alguna superficie de la antigua ciudad.

—¡No! —declaró Sludig de manera firme—. Una de las luces que vi era más intensa que cualquiera de nuestras lámparas. ¡Pero todas se apagaron tan deprisa!

—Luces embrujadas —gruñó Hotvig.

—También cabe la posibilidad de que sólo las vieras por espacio de unos momentos a través de los árboles o de algún edificio en ruinas, y que luego, desde otra posición, ya no fuesen visibles —opinó Binabik, que seguidamente se volvió hacia Simón—. Josua te encomendó a ti la tarea de esta noche. ¿Consideras conveniente volver atrás para intentar descubrir el origen de esas luces?

Simón trató de reflexionar con calma sobre el asunto, pero lo cierto era que no deseaba averiguar qué había en el otro extremo de las negras aguas. ¡No aquella noche, por lo menos!

—No —contestó, procurando que su voz sonara segura y prudente—. No iremos a mirarlo. ¡De ningún modo, con las noticias que debemos transmitirle a Josua! ¡Imaginaos que fuese un grupo de exploradores enviado por Fengbald! Cuanto menos nos vean, ¡mejor!

Expuesta de ese modo, su decisión parecía bastante razonable. Simón tuvo un momento de alivio, al que sin embargo sucedió rápidamente un sentimiento de vergüenza por haber intentado causar una falsa impresión de los hombres, que habían puesto en peligro la vida a sus órdenes. Por lo tanto añadió:

—Además estoy cansado y preocupado... No, ¡asustado es lo que estoy! Ha sido una dura noche. Vayamos a explicarle a Josua lo visto, sin olvidar las luces divisadas en el bosque. ¡Que el príncipe decida!

Acabadas de pronunciar estas palabras, se dio súbita cuenta de que junto a su hombro había algo enorme. Se volvió en el acto, lleno de alarma, para encontrarse con que era la gigantesca roca de Sesuad'ra, que surgía imponente del agua a poca distancia. Había aparecido de manera tan inesperada a través de la niebla, que bien podría haber emergido desde abajo, a través de la verdinegra superficie del lago, como una monstruosa ballena. Simón la miró boquiabierto.

Binabik acarició la ancha cabeza de Qantaqa.

—Creo que Simón habla con cordura. ¡Que decida el príncipe Josua lo que hay que hacer con respecto a ese misterio!

—¡Insisto en que allí había luces! —dijo Sludig, airado, pero el movimiento de su cabeza no reveló tanta seguridad como antes.

Las chalanas siguieron adelante. La boscosa orilla volvió a quedar oculta entre la bruma, cual un sueño que retrocediera ante la luminosidad y los ruidos de la mañana.

Deornoth observó a Simón mientras éste informaba al príncipe, y su impresión fue buena. El joven tenía la cara colorada de excitación, producto de sus nuevas responsabilidades, y la grisácea luz matutina se reflejaba en unos ojos quizás un poco demasiado brillantes, dada la gravedad de los asuntos que se trataban —la abrumadora superioridad del ejército de Fengbald, tanto en número como en sus pertrechos y su experiencia—, pero Deornoth notó con satisfacción que Simón no se precipitaba en sus descripciones ni se permitía injustificadas conclusiones, sino que reflexionaba con cuidado antes de responder a cada una de las preguntas de Josua. El nuevo caballero parecía haber visto y oído mucho, en su breve vida, y haber prestado buena atención. En un momento del relato de sus aventuras, Sludig y Hotvig asintieron vivamente, y Deornoth se descubrió haciendo los mismos gestos afirmativos. Aunque la barba de Simón todavía tenía el aspecto de un juvenil plumón, el experto ojo de Deornoth adivinó en él al futuro gran hombre. Algún día, aquel chico podría constituir un ejemplo para muchos.

Josua celebraba la reunión delante de su tienda, donde un llameante fuego mantenía a raya el helor matutino y servía de punto central de sus deliberaciones. Durante uno de los sondeos del príncipe, el rechoncho alcaide de Nueva Gadrinsett, Freosel, carraspeó para llamar la atención de su soberano.

—¿Qué hay, Freosel?

—Me sorprende, señor, que todo cuanto dice vuestro caballero concuerda con lo declarado por el gobernador.

Simón se volvió hacia el hombre de Falshire.

—¿El gobernador? ¿Quién es?

—Helfgrim, que fue gobernador de Gadrinsett —explicó Josua—. Llegó poco después de haberos ido vosotros. Había escapado del campamento de Fengbald. Parece enfermo y lo mandé a la cama. En caso contrario estaría aquí con nosotros. Su odisea tuvo que ser considerable, a pie y con tanto frío. Además, los hombres de Fengbald lo habían maltratado.

—Como dije, Alteza —insistió Freosel, cortés pero con determinación—, lo que expone ahora sir Seomán coincide perfectamente con lo que expuso Helfgrim. Así pues, si Helfgrim afirma saber cuándo, cómo y dónde se propone atacar Fengbald, creo que debiéramos hacerle caso. Puede ser un gran bien para nosotros, y dados los escasos medios de defensa con que contamos...

—Una opinión interesante, la vuestra, Freosel. Afirmáis que el alcalde es hombre merecedor de confianza y, procediendo vos también de Falshire, lo conoceréis mejor que nadie. ¿Qué pensáis los demás? —preguntó Josua, mirando a su alrededor—. ¿Y vos, Geloë?

La hechicera alzó la vista, sorprendida. Hasta entonces había contemplado las cambiantes profundidades anaranjadas del fuego.

—Yo no pretendo ser una estratega, Josua.

—Ya lo sé, pero sí juzgáis con agudeza a la gente. ¿Hasta qué punto podemos confiar en las declaraciones del viejo gobernador?

Nuestras fuerzas son tan escasas que no podemos exponernos a cometer un error.

Geloë vaciló unos instantes.

—Sólo hablé brevemente con él, Josua, pero señalaré un detalle: en sus ojos hay una oscuridad que no me gusta. Algo semejante a una sombra... Sugiere que tengáis muchos cuidado.

—¿Una sombra? —repitió Josua, mirándola con fijeza—. ¿Podría ser consecuencia de los sufrimientos pasados, u os pareció adivinar la traición en sus ojos?

La mujer de los bosques meneó la cabeza.

—No me atrevería a ir tan lejos, príncipe. Su extraña expresión puede ser debida a los padecimientos, desde luego. Quizá los malos tratos lo hayan acobardado, y lo que yo veo en él sea sólo una mente que se esconde de sí misma, que se esconde detrás de la idea de creerse sabedor de lo que los grandes piensan y hacen... En cualquier caso, tened cuidado, Josua.

Deornoth se enderezó.

—Geloë es sabia, señor —intervino enseguida—, mas no debemos caer en el error de actuar con tanta precaución que dejemos de servirnos de lo que puede ser nuestra salvación.

Incluso mientras hablaba, Deornoth se preguntó si tanto le preocupaba que la hechicera pudiese inducir al príncipe a una pasividad, que prefería pasar por alto la posible verdad de lo que la mujer decía. No obstante, en esos días era importante mantener decidido a Josua. Si el príncipe se mostraba audaz, superarían muchas pequeñas equivocaciones, lo que, según la experiencia de Deornoth, era la forma de hacer la guerra. En cambio, si Josua vacilaba y dudaba demasiado respecto de ese asunto o de otros, podría perderse el escaso espíritu de lucha que aún quedaba entre el reducido ejército de supervivientes de Nueva Gadrinsett.

—Conviene prestar la máxima atención a lo que Helfgrim pueda ofrecernos —afirmó.

Hotvig intervino en apoyo de Deornoth, y también Freosel, desde luego, se puso de su parte. Los demás guardaron silencio, si bien Deornoth no pudo dejar de observar que en la redonda cara del gnomo Binabik había cierto gesto de intranquilidad mientras atizaba el fuego con un palo. Aquel hombrecillo daba demasiada importancia a Geloë y sus artes mágicas, en opinión de Deornoth. Y, ahora, la cosa era diferente. ¡Se trataba de una guerra!

—Creo que esta noche mantendré una conversación con el gobernador —dijo por fin Josua—. En el supuesto de que se encuentre con fuerzas suficientes, claro. Como vos decís, Deornoth, no podemos permitirnos rechazar una ayuda. Estamos muy necesitados de ella, y Dios proporciona lo preciso a quienes en Él confían. Sin embargo, no olvidaré vuestra advertencia, Geloë. Porque no haceros caso significaría, igualmente, despreciar unos valiosos dones.

—Perdón, príncipe Josua —intervino entonces Freosel—. Si dais este asunto por terminado, deseo hablar con vos de otras cosas.

—Hablad.

Librodot

—Tenemos más problemas, aparte de la preparación para la lucha —dijo el hombre de Falshire—. Sabéis que andamos tremendamente escasos de comida. Abusamos tanto de la pesca, que los ríos quedaron casi vacíos, pero ahora, con el hielo, ni siquiera podemos hacer eso. Cada día, nuestros cazadores van más lejos y regresan con menos piezas. Esta mujer —agregó, señalando a Geloë con la cabeza— nos ayudó a encontrar plantas y frutas que no sabíamos que fuesen comestibles, pero eso sólo nos sirve para alargar un poco nuestras provisiones, ya tan exiguas. Y, aunque ganásemos aquí y lográramos romper el asedio... —y, al pronunciar Freosel esa palabra, Deornoth tuvo la impresión de que un casi imperceptible escalofrío recorría a todos los allí reunidos en círculo—, no podríamos permanecer aquí, por carecer de comida para resistir todo el invierno...

Freosel calló y tragó saliva, un poco asustado por haberse expresado con tal audacia, pero convencido de haber dicho lo que era necesario.

La crudeza de su exposición sumió en la mudez a los componentes del provisional consejo.

—Lo que acabáis de decir no es realmente una sorpresa —habló finalmente Josua—. De sobra sé el hambre que pasa nuestra gente. Espero que los habitantes de Nueva Gadrinsett se den cuenta de que vos y yo y estos compañeros no comemos mejor que ellos.

—Lo saben, Alteza, y eso es lo que impide que hagan algo más que gruñir y lamentarse. Pero, si el pueblo padece hambre, poco le importa que vos también la padezcáis. La gente se marchará. Algunas personas ya lo han hecho.

—¡Cielos! —exclamó Strangyeard—. Pero... ¿adonde pueden dirigirse? ¡Ay, pobre gente!

—Es igual —contestó Freosel—. Seguirán a las tropas de Fengbald, para mendigar restos, y quizá traten de regresar a Erkynlandia a través de las llanuras. Pero por ahora son pocos los que nos dejaron.

—Si vencemos, seguiremos adelante —anunció Josua—. Ese era mi plan, y lo que acabo de oír demuestra que estaba en lo cierto. Si el viento nos es favorable, tontos seríamos de no aprovecharlo mientras sopla de popa. Cada día nuevos problemas —suspiró—. Miedo y sufrimiento, muerte y hambre... ¡De cuántas cosas tendrá que responder mi hermano!

—No es sólo obra suya, príncipe Josua —indicó Simón, con la rabia reflejada en su rostro—. ¡El rey no fue el autor de esta tormenta!

—Tenéis razón, Simón. No debemos olvidar a los aliados de mi hermano —asintió Josua, quien después de breve reflexión añadió de cara al joven caballero—: Ahora recuerdo que dijisteis haber visto luces en la orilla nordeste, anoche...

—Así es, Sludig las vio, y estamos convencidos de que no se equivocaba —se apresuró a subrayar, al mismo tiempo que echaba una rápida mirada al rimmerio, que escuchaba con atención—. Creímos conveniente decíroslo, antes de actuar.

—Otro rompecabezas. Podría tratarse de una maniobra de Fengbald... De un intento de engañarnos. No obstante, le veo poco

sentido.

—Sobre todo, con el grueso de su ejército todavía tan lejos —acotó Deornoth—. Además, eso no encaja con los métodos de Fengbald. El conde de Fengbald nunca fue muy ingenioso.

—A lo mejor, Simón, son vuestros amigos los sitha, que quieren unirse a nosotros. ¡Eso sería una suerte! —dijo Josua, con una ceja levantada—. ¿No tuvisteis, hace poco, cierta conversación con el príncipe Jiriki?

A Deornoth le divirtió comprobar que al joven se le arrebolaban las mejillas.

—Lo..., lo hice, sí, Alteza —murmuró Simón—. Pero no tendría que haberlo hecho.

—Eso no viene a cuento ahora —respondió Josua con sequedad—. Vuestros errores, sean cuales fueren, nada tienen que ver con lo que en estos momentos nos ocupa. En cambio me interesa saber si, en vuestra opinión, puede tratarse de los sitha.

—¿De los duendes? —soltó Freosel—. ¿Este chico habla con los duendes?

Simón agachó la cabeza, turbado.

—Creí entender que Jiriki tardaría bastante en poder unirse a nosotros, si es que encontraba la manera. Además..., y esto no puedo probarlo; es sólo un presentimiento, Alteza..., pienso que, si viniera a traernos ayuda me lo haría saber primero. De sobra conoce la impaciencia de los mortales... —comentó con una triste sonrisa—. Le consta cuánto levantaría nuestro espíritu la noticia de que venían.

—¡Misericordioso Aedón y su bendita Madre! —exclamó Freosel—. ¡Duendes!

—Pues bien... —musitó Josua—. Si quienes encienden esas luces no son amigos, probablemente son enemigos. Aunque se me ocurre que también cabe la posibilidad de que se trate de los que abandonaron Sesuad'ra en busca de algo mejor... Reflexionaré sobre ello. Tal vez convenga enviar mañana un grupo de exploradores. No quiero permanecer en la ignorancia respecto de quiénes comparten nuestro pequeño rincón de Osten Ard.

A continuación, el príncipe se sacudió la ceniza de sus pantalones e introdujo el muñón de su muñeca derecha en la capa.

—Eso es todo, de momento. Os dejo en paz para que podáis buscar algo con que romper vuestro ayuno.

Dicho esto, dio media vuelta y penetró en su tienda. Deornoth lo siguió con la vista, y luego dirigió la mirada hacia el borde de la montaña, donde los peñascos se perfilaban contra una grisácea niebla, como si toda Sesuad'ra flotase en un mar de nada. El caballero frunció el entrecejo, ante tal pensamiento, y se acercó más al fuego.

En el sueño, el doctor Morgenes se hallaba delante de Simón, vestido como si fuese a emprender un largo viaje. Llevaba un manto de capucha adornada con borlas, y sus bordes presentaban señales de chamuscadura, como si su dueño hubiese cabalgado entre llamas.

Poco era lo que se veía del rostro del anciano, entre las sombras de

Librodot

la capucha: cierto centelleo de las gafas, el blanco resplandor de su barba... Por lo demás, la cara del doctor no era más que una vaga oscuridad. Y detrás de él no se veía nada familiar, sino sólo una mancha de arremolinada e iridiscente nada, como el ojo de un huracán.

«No basta con rechazar al enemigo, Simón —dijo la voz del doctor—. Aunque sólo luches para seguir con vida. ¡Hay que hacer más!»

—¿Más?

Por muy encantado que estuviera de soñar con Morgenes, Simón sabía que únicamente disponía de instantes para comprender lo que el anciano le decía. Y el tiempo se le escapaba de manera lamentable.

—¿Qué significa eso de «más»?

«Que debes luchar por algo. En caso contrario, no serás más que un espantapájaros en un campo de trigo... Podrás espantar a los cuervos e incluso matarlos, pero nunca los vencerás. ¡No tendrás manera de apedrear a todos los cuervos del mundo!»

—¿Matar cuervos? ¿Qué queréis decir?

«Que el odio no basta, Simón... ¡Nunca basta!»

El viejo parecía querer decir algo más, pero el blanco vacío que había detrás de él se vio acuchillado por una gran sombra vertical que parecía surgir de la mismísima nada. Y, aunque carecía de sustancia, aquella sombra daba la impresión de ser opresivamente pesada: una gran columna de oscuridad que podría ser una torre o un árbol, o la llanta perpendicular de una rueda que se acercara... Algo que partía en dos el vacío que asomaba detrás de la encapuchada figura del doctor, con la misma pulcritud de un blasón heráldico.

—¡Morgenes! —gritó Simón, pero su voz sonó súbitamente débil, en el sueño, casi ahogada por el peso de la larga sombra—. ¡No os vayáis, doctor!

«Tuve que irme hace ya mucho tiempo —contestó el anciano, también con voz exhausta—. Lo hiciste todo sin mí. Recuerda... ¡el falso mensajero! *¡Falso!* —gritó de pronto con una voz tan aguda que era ya sólo como un silbido—. *¡Faaalllsssooo!*»

La encapuchada forma empezó a encogerse, arrugada. Su capa aleteaba como loca. Al fin, el anciano desapareció, y allí donde había estado revoloteó un diminuto pájaro plateado. De repente, éste salió disparado hacia el vacío, primero describiendo círculos en el sentido de las agujas del reloj, y luego al revés, hasta ser sólo un punto en la lejanía. Segundos después se había esfumado.

—¡Doctor! —chilló Simón, a la vez que intentaba incorporarse, pero algo le sujetaba los brazos; un gran peso que, agarrado a él, lo empujaba hacia abajo, como si el lechoso vacío hubiese adquirido el grosor de una manta empapada.

El muchacho quiso luchar contra ello, y gritó:

—¡No me dejéis! ¡Volved! ¡Necesito saber más...!

—Soy yo, Simón —bisbiseó Binabik—. ¡Estáte quieto! ¡Quieto...! —repitió el gnomo, desplazando de nuevo su peso hasta casi quedar sentado sobre el pecho del amigo—. Si continúas moviéndote de semejante manera, me darás otro golpe en la nariz.

—¿Qué...? —jadeó Simón, dejando gradualmente de agitar los brazos—. ¿Binabik?

—Sí, soy yo. Magullado desde la nariz hasta los dedos de los pies— contestó el gnomo—. ¿Acabaste de sacudir los brazos y las piernas?

—¿Te desperté? —preguntó Simón.

Binabik se agachó junto al jergón.

—No. La verdad es que vine a despertarte *a ti.* Pero... ¿qué diantre soñabas, para ponerte tan nervioso?

El joven prefirió no dar explicaciones.

—No tiene importancia. Además no lo recuerdo bien.

En realidad se acordaba de cada palabra, pero quería reflexionar sobre todo ello durante un buen rato, antes de discutir el asunto con Binabik. En este sueño, Morgenes parecía mucho más vivo que en otros anteriores. Más *verdadero.* Era como si hubiese tenido una última entrevista con su querido doctor. Simón se había vuelto codicioso respecto de las pocas cosas que podía considerar suyas, y aún no deseaba compartir esa vivencia con nadie.

—¿Por qué tuviste que despertarme? —protestó entre bostezos, para cambiar el tema—. ¡Esta noche no tengo guardia!

—Eso es cierto. —La sorprendente sonrisa de Binabik fue como una breve y pálida señal a la luz de los mortecinos rescoldos—. Sin embargo, quiero que te levantes y te vistas y calces para salir conmigo.

—¿Cómo?

Simón se incorporó, atento a cualquier señal de alarma o de ataque, pero lo único que oyó fue el sempiterno viento. En consecuencia, se dejó caer nuevamente sobre el lecho y se volvió de espaldas al gnomo.

—No pienso ir a ninguna parte. Estoy cansado. ¡Déjame dormir en paz!

—Se trata de algo que vale la pena.

—¿De qué? —refunfuñó Simón por encima de su hombro.

—Es un secreto, pero un secreto muy interesante.

—Mañana hablaremos. Entonces estaré mejor dispuesto para cualquier emoción.

—¡Simón! —insistió Binabik, ya más serio—. No seas tan perezoso. Es algo muy importante. ¿No confías ya en mí?

Simón se volvió por fin hacia el gnomo como si sobre sus hombros descansara ahora todo el peso de la tierra y, aunque con un gemido, se sentó en el jergón.

—¿De veras es tan importante?

—Sí.

—¿Y no piensas decirme qué es?

—Pronto lo descubrirás. Te lo prometo.

Simón miró al gnomo, que parecía muy animado pese a lo intempestivo de la hora.

—Sea lo que sea, desde luego te ha puesto de muy buen humor —gruñó el joven con retintín.

—Ven —dijo Binabik, ilusionado como un niño en la festividad del nacimiento de Jesuris Aedón—. Ya tengo ensillada a *Hogareña.*

También espera Qantaqa con toda su lobuna paciencia. ¡Ven!

Simón se dejó obligar a ponerse las botas y una gruesa camisa de lana. Arrebujado en su capa, que todavía conservaba el calor de la cama, salió con torpes pasos de la tienda, detrás de Binabik, pero de pronto dio media vuelta y ya quería entrar de nuevo.

—¡Por el Árbol! —exclamó—. ¡Que frío!

Binabik hizo una mueca ante tal imprecación, mas no dijo nada. Ahora que Simón había sido armado caballero, el gnomo parecía haber decidido que ya era un hombre adulto y, por consiguiente, podía proferir reniegos si le venía en gana. Se limitó, pues, a señalar a *Hogareña,* que piafaba poco más allá contra el nevado suelo, bañado por el resplandor de una antorcha hincada en tierra. Simón se acercó a su montura para acariciarle la nariz y susurrarle unas palabras cariñosas a la caliente oreja, antes de subir con envaramiento a la silla. El gnomo emitió un quedo silbido, y Qantaqa salió silenciosa de la oscuridad. Binabik hundió los dedos en su espeso pelaje gris y montó en sus anchos lomos, y por último, antes de ordenar a la loba que echara a andar, se inclinó para asir la antorcha.

Dejaron atrás el apiñado poblado de tiendas para atravesar la extensa cumbre de Sesuad'ra y el Jardín de Fuego, donde el viento levantaba pequeños remolinos de nieve por encima de las medio encerradas baldosas, y pasaron junto a la Casa de la Despedida, donde montaban guardia dos centinelas. No mucho más allá de los soldados se alzaba un menhir que marcaba el inicio del amplio camino de descenso. Los centinelas, arropados de tal forma contra el frío que sólo se distinguía el brillo de sus ojos bajo los yelmos, presentaron sus lanzas como saludo. Simón contestó con la mano, un poco desconcertado.

—No parece interesarles mucho averiguar adonde vamos.

—Tenemos permiso —contestó Binabik esbozando una misteriosa sonrisa.

El cielo se veía casi despejado. Mientras bajaban entre las desmoronadizas piedras de la vieja carretera sitha, Simón se fijó en que de nuevo brillaban las estrellas. Aquello animaba a cualquiera, aunque le sorprendió no distinguir entre ellas ninguna que le resultara familiar. La luna, que por espacio de unos momentos asomó por detrás de un cúmulo de nubes, le demostró que no era tan tarde como primero había supuesto. Tal vez sólo hubiesen transcurrido unas horas desde la puesta del sol. No obstante, era suficientemente entrada la noche para que casi todos los habitantes de Nueva Gadrinsett estuvieran acostados. ¿Adonde lo conduciría Binabik?

Durante su descenso en espiral de la Roca, a Simón le pareció ver algunas luces en los lejanos bosques, unos puntitos luminosos más débiles aún que las estrellas de la bóveda celeste. Pero cuando se los quiso mostrar a Binabik, éste se limitó a hacer un gesto afirmativo, como si aquello fuera lógico.

Alcanzado el punto donde la vieja carretera se ensanchaba todavía más, la pálida Sedda había desaparecido ya detrás de una cortina de niebla. Los dos amigos llegaron poco después a un rellano en la base de

la montaña. Las aguas del gran lago chocaban suavemente contra la Roca. Un par de anegadas copas de árboles sobresalían de la superficie como las cabezas de unos gigantes que durmiesen bajo el agua.

Sin pronunciar ni una sola palabra, Binabik desmontó y condujo a Qantaqa a una de las chalanas amarradas cerca del final de la carretera. Simón, todavía medio adormecido, se deslizó a tierra e hizo lo mismo con su yegua. Así que el gnomo hubo encendido el farol de proa, empuñaron las pértigas y empezaron a surcar las aguas cada vez más cubiertas de hielo.

—No podríamos hacer muchos viajes más, en estas condiciones —comentó Binabik, tranquilo—. Por suerte, el problema se solucionará pronto.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Simón, pero el gnomo sólo respondió con un movimiento de su pequeña mano.

La pendiente del valle sumergido se hizo más pronunciada y, por más que Simón y Binabik probaron, sus pértigas ya no tocaban fondo. Entonces utilizaron los remos que llevaban en la barca. Fue un trabajo arduo, porque el hielo se agarraba por un igual al casco y a las palas, como si quisiera detener la chalana para que formase parte de la progresiva solidificación. Simón tardó un rato en percatarse de que el gnomo había puesto rumbo hacia la orilla nordeste, donde antaño se alzaba Enki-e-Sha'osaye y donde habían aparecido los chocantes destellos.

—¡Si vamos hacia las luces! —exclamó con voz semejante a un suspiro y que fue rápidamente engullida por la enormidad del oscurecido valle.

—En efecto.

—¿Por qué? ¿Están ahí los sitha?

—No los sitha, no —contestó Binabik, fija la vista en el otro lado de las aguas rizadas por el viento, y su postura era la de quien apenas puede contenerse—. Creo que estuviste acertado al decir, antes, que Jiriki no haría un secreto de su llegada.

—¿Quién está ahí, pues?

—Ya lo verás.

El gnomo no apartaba la mirada de la ribera, que cada vez se veía más cerca. Un gran frente de grandes árboles sobresalió de pronto, negro e impenetrable, y a Simón le recordó cómo los sacerdotes escribas de Hayholt alzaban la cabeza casi todos a la vez, cuando él llevaba algún encargo al santuario: un numeroso grupo de ancianos arrancados de sus apergaminados sueños por su inoportuna entrada.

El fondo de la chalana rascó algo, y la embarcación quedó varada. Simón y Binabik saltaron a tierra y tiraron de ella hasta dejarla en lugar más seguro mientras Qantaqa daba grandes saltos a su alrededor. Una vez que hubieron conseguido que *Hogareña* pisara tierra firme, el gnomo volvió a encender la antorcha y cabalgaron hacia el bosque.

Allí, los árboles del Aldheorte crecían más apiñados, como si buscaran calor. La antorcha reveló la existencia de una increíble profusión de hojas de las más diversas formas y tamaños, así como de una extraordinaria variedad de enredaderas, líquenes y musgos, todo

ello en una desordenada exuberancia de vegetación. Binabik eligió una angosta vereda. Las botas de Simón estaban mojadas, y los pies se le enfriaban cada vez más. El muchacho se preguntó de nuevo qué diantre harían en aquel lugar a una hora semejante.

Aunque no veía más que los apretados árboles, súbitamente percibió un sonido: un quejumbroso y discordante conjunto de flautas que envolvía un profundo y casi inaudible toque de tambor. Simón se volvió hacia Binabik, pero el gnomo escuchaba con atención, evidentemente satisfecho, y no se fijó en la inquisitiva mirada del compañero. Pronto vieron una luz más cálida y menos regular que la de la luna, que parpadeaba entre los robustos árboles. La extraña música aumentó de volumen, y Simón notó que el corazón le latía más deprisa. «Sin duda, Binabik sabe lo que hace», se riñó a sí mismo. Después de todas las tremendas dificultades pasadas juntos, bien podía confiar en el amigo. No obstante, ¡Binabik parecía tan distraído...! Mantenía la cabeza ladeada, con una postura que recordaba a Qantaqa, como si en aquella misteriosa melodía y en los incesantes redobles de tambor oyese cosas que Simón ni siquiera podía imaginar.

El joven estaba lleno de nerviosa expectación. Se había dado cuenta de que llevaba un rato oliendo algo vagamente familiar. Incluso cuando ya no pudo pasarlo por alto, primero se empeñó en creer que sólo se trataba del efluvio de sus propias ropas, pero al fin ya resultó innegable la acritud, la *vida* de ese olor.

Lana mojada.

—¡Binabik! —gritó y, al comprender lo que era, se echó a reír.

Llegaron a un amplio calvero. Las desmoronadas ruinas de la antigua ciudad sitha lo rodeaban todo, pero la inanimada piedra estaba ahora pintada de tremolantes llamas. La vida había vuelto al lugar, aunque no la vida que los constructores de la ciudad habían proyectado en su tiempo. Toda la parte superior del claro estaba ocupada por un numeroso rebaño de moruecos blancos como la nieve, que se apretujaban allí entre quedos ruidos. El fondo del calvero, donde los fuegos ardían alegremente, estaba repleto de gnomos. Algunos bailaban o cantaban. Otros tocaban unos instrumentos que producían aquella original música de flauta. Pero la mayoría de los qanuc se limitaba a contemplar el espectáculo y reír.

—¡Sisqinanamook! —gritó Binabik, con una alegría indescriptible— . *¡Henimaatuq! ¡Ea kup!*

Una veintena de rostros, luego varias más..., todos se volvieron hacia Binabik y Simón. En un instante, una gran muchedumbre se abrió paso entre los contrariados moruecos, que protestaron con bramidos. Una menuda figura se destacó de las demás y, en cuestión de momentos, se arrojó a los abiertos brazos de Binabik.

Simón se vio rodeado de parloteantes gnomos, que voceaban y reían contentos mientras le tiraban de la ropa y le daban pequeñas palmadas. La buena voluntad reflejada en sus caras era inconfundible. Súbitamente, el joven se sintió en medio de viejos amigos y descubrió que también él les sonreía, con los ojos húmedos de emoción. El fuerte olor a aceite y grasa que tan bien recordaba de Yiqanuc le llenó la nariz,

pero ahora le pareció un aroma maravilloso. Se volvió, un poco aturdido, y buscó con la mirada a Binabik.

—¿Cómo supiste que los tuyos estaban aquí? —preguntó.

Su amigo se hallaba a cierta distancia, y con un brazo rodeaba los hombros de Sisqi. Ella mostraba una sonrisa tan amplia como la de Binabik y tenía las mejillas arreboladas.

—¡Mi incomparable Sisqinanamook me envió uno de los pájaros de Ookequk! —explicó el gnomo—. ¡Mi pueblo lleva aquí dos días, dedicado a construir barcas!

—¿A construir barcas? —repitió Simón, que se veía suavemente empujado de un lado a otro por aquel océano de gente menuda que lo mantenía acordonado.

—¡Sí! ¡Para cruzar el lago y unirse a Josua! —anunció Binabik, orgulloso—. ¡Nada menos que cien bravos gnomos trae Sisqi consigo, para ayudarnos! ¡Ahora verás por qué los rimmerios asustan a sus niños con las historias del valle de Hukinka!

Y abrazó de nuevo a su amor.

Sisqi estrechó la cabeza contra el cuello de Binabik, y luego se volvió hacia Simón.

—Leí el libro de Ookequk —dijo en un westerling un poco torpe, pero perfectamente comprensible—. Ahora hablo algo mejor vuestra lengua. ¡Se te saluda, Simón! —concluyó con una pequeña inclinación que fue casi una reverencia.

—¡También yo te saludo! —respondió el joven—. ¡Qué alegría, verte otra vez!

—Por eso quise que me acompañases, Simón —le hizo saber Binabik—. Mañana ya tendremos tiempo para hablar de guerra. ¡Esta noche celebramos el reencuentro con los amigos! Quiero que cantemos y bailemos todos.

Simón sonrió al ver la felicidad retratada en la cara de Binabik, dicha también reflejada en los oscuros ojos de su prometida. El cansancio del joven caballero desapareció como por encanto.

—¡Me parece una gran idea! —declaró, y lo decía sinceramente.

9

Páginas de un viejo libro

Manos como garras la asieron. Y la miraron ojos vacíos. Todos la rodeaban, grises y relucientes como ranas, y ella ni siquiera podía gritar.

Miriamele despertó con la garganta tan agarrotada, que le producía dolor. Pero no vio manos que la sujetaran, ni ojos. Sólo tenía una tela encima, y a su alrededor rompían las olas contra el bote. La princesa permaneció largo rato tendida, tratando de recobrar el aliento, hasta que por fin se incorporó.

«No hay manos, ni ojos», se dijo. Los kilpas, por lo visto bien saciados con su festín a bordo del *Nube de Eadne,* apenas habían hecho caso del esquife.

Miriamele salió de debajo del improvisado toldo que ella y el monje habían confeccionado con el hule que cubría la barca, y entrecerró los ojos para ver si, por la posición del sol, podía calcular aproximadamente la hora. El mar tenía un aspecto plomizo y triste, como si la inmensa sábana de agua hubiera sido batida por una legión de herreros. La inmensa superficie verdegrís se extendía sin fin en todas direcciones, y sólo las crestas de las olas, que centelleaban a la difusa luz, interrumpían la monotonía.

Cadrach se hallaba sentado delante de ella en uno de los bancos delanteros, con los remos sujetos a los brazos mientras se contemplaba las manos. Las tiras de ropa con que se había protegido las palmas estaban hechas jirones, reducidas a andrajos por el continuo roce con la madera.

—¡Pobres manos! —exclamó Miriamele, y ella misma se asombró de lo rasposa que tenía la voz.

Cadrach, más asustado que ella, se echó hacia atrás.

—¡Mi señora! —jadeó—. ¿Os encontráis bien?

—No —contestó ella, aunque intentó sonreír—. Estoy dolorida. Me duele todo. Pero mirad vuestras manos. ¡Las tenéis hechas un desastre!

El monje se observó pesaroso la desgarrada piel.

—Remé demasiado, probablemente. Todavía no he recobrado suficientes fuerzas.

La princesa frunció el entrecejo.

—¡Estáis loco, Cadrach! Después de haber pasado días y días encadenado ¿quién os manda remar? ¡Vais a mataros!

El monje movió la cabeza.

—No lo hice durante mucho rato, princesa. Estas heridas de mis manos son un tributo a la debilidad de mi carne, no a la diligencia de

mi trabajo.

—¡Y no tengo nada que aplicarles! —se lamentó Miriamele, y de pronto alzó la vista—. ¿Qué hora es, por cierto?

Cadrach necesitó un momento para responder a tan inesperada pregunta.

—Pues... pronto anochecerá, señora. Hace poco que se puso el sol.

—¡Y vos me dejasteis dormir todo el santo día! ¿Cómo pudisteis?

—Necesitabais descansar. Tuvisteis muchas pesadillas, pero estoy seguro de que ahora os sentís mejor para... En cualquier caso, creo que ha sido mejor —cambió Cadrach rápidamente de tema, levantando los encorvados dedos en un gesto de insuficiencia.

—Yo encontraré algo con que curaros —dijo Miriamele, exasperada—. Quizás aparezca algo en uno de los bultos que nos dio Gan Itai.

La princesa apretó los labios para que no se le notara el temblor de las comisuras al pronunciar el nombre de la niski.

—Quedaos aquí —agregó—, y no mováis ni un centímetro esos remos si valoráis en algo vuestra vida.

—Como vos digáis, señora.

Aunque con el máximo cuidado para que no le dolieran demasiado los músculos, Miriamele buscó y encontró al fin el pequeño paquete envuelto en hule que Gan Itai les había dado además de los odres de agua y de la comida. Contenía los prometidos anzuelos, así como un trozo de cuerda, muy resistente y de un apagado color, de una clase que la princesa no había visto jamás. Además había en el fardo un pequeño cuchillo y una bolsa llena de diminutos tarros, ninguno de ellos mayor que el pulgar de un hombre. Miriamele los destapó todos, y fue oliendo uno detrás de otro.

—Este parece lleno de sal —dijo—, pero... ¿para qué hace falta sal en el mar, cuando uno puede obtenerla dejando secar el agua?

Dirigió una mirada interrogante al monje, mas éste se limitó a menear su redonda cabeza.

—Este otro tiene dentro unos polvos amarillentos. Huelen bien —comentó después de olfatearlos—, pero no parecen comestibles.

Miriamele abrió otros tres tarros; en el primero de ellos descubrió unos pétalos machacados, un aceite dulce en el segundo, y en el tercero un pálido ungüento que le hizo lagrimear los ojos al aproximarlo a su nariz.

—Conozco ese olor —señaló Cadrach—. Es gatuña. Sirve para cataplasmas y cosas así. Un elemento básico para los curanderos.

—¡Precisamente lo que yo buscaba!

Miriamele cortó unas tiras del camisón que todavía llevaba debajo de sus ropas masculinas, untó varias de esas tiras con el bálsamo y las ató fuertemente a las llagadas manos. Cuando hubo terminado, cubrió las vendas con restos de tela seca, para mantenerlas limpias.

—¡Así! Esto os aliviará un poco.

—Sois demasiado amable, princesa.

Y, aunque el monje dijo esas palabras en un tono más bien ligero, Miriamele descubrió un inesperado brillo en sus ojos, como si hubiera

asomado a ellos una lágrima. Turbada e incierta, prefirió no mirarlo de más cerca.

El cielo, que ya había perdido mucho antes sus brillantes colores, adquiría deprisa un tono azul purpúreo. El viento soplaba con más fuerza, y la princesa y Cadrach se ciñeron las capas al cuello. Miriamele se apoyó por espacio de un largo y silencioso momento en la borda del bote, zarandeado de un lado a otro por las movidas aguas.

—¿Qué hacemos ahora, pues? ¿Dónde estamos? ¿Adonde nos dirigimos?

Cadrach continuaba ocupado con sus vendadas manos.

—En cuanto a dónde estamos ahora, mi señora, diría yo que entre las islas de Spenit y Risa, más o menos en el centro de la bahía de Firannos. Calculo que la costa queda a unas tres leguas marinas... A varios días de remo, si no descansamos ni un momento.

—Buena idea —indicó Miriamele, y avanzó a gatas hasta el banco en que seguía sentado el monje, con los remos hundidos en el agua—. Podemos adelantar mientras hablamos. ¿Vamos en la dirección debida? ¡Ah! Pero... ¿cómo ibais a saber decírmelo, si probablemente no tenemos ni idea de adonde vamos? —añadió con una risa agria.

—Creo que conviene seguir adelante, princesa. Volveré a comprobarlo cuando salgan las estrellas, pero me bastó el sol para deducir que llevamos rumbo nordeste, y eso es lo que necesitamos por ahora. ¿De veras estáis dispuesta a cansaros tanto? Quizá yo pueda remar un poco más...

—¿Con esas manos sangrantes? ¡De ningún modo! —protestó Miriamele, y comenzó a bogar; se echó hacia atrás cuando una de las palas estuvo a punto de escapársele—. ¡No, no hace falta que me enseñéis! —se apresuró a decir—. Aprendí a remar de pequeña. Lo que ocurre es que hace años que no lo practico. Solíamos hacerlo en uno de los pequeños brazos del río Gleniwent —explicó, ceñuda por la concentración, en busca del remo rebelde—. Mi padre me llevaba consigo.

El recuerdo de Elías sentado en la barca delante de ella, riéndose al ver alejarse flotando por las verdes y espumosas aguas uno de los remos, la hirió profundamente. En aquella súbita evocación, su padre parecía poco mayor de lo que ahora era ella. Tal vez, se le ocurrió pensar con asombro y extrañeza, Elías fuese todavía un niño, en cierto aspecto, pese a ser todo un hombre por su edad. No cabía duda de que la imponente figura de su poderoso, legendario y amado padre había pesado mucho en él, induciéndolo a realizar proezas cada vez más violentas. A la memoria de la princesa acudieron los esfuerzos que su madre tenía que hacer para contener las lágrimas de preocupación al recibir noticia de sus locuras en el campo de batalla, lágrimas que los informadores nunca entendían. Resultaba raro pensar así de su padre. Cabía la posibilidad de que, no obstante toda su valentía, fuera un hombre inseguro y temeroso; temeroso, sí, de estar condenado a ser siempre un niño, el hijo de un padre inmortal.

Nerviosa, Miriamele trató de apartar de sí unos recuerdos que parecían no querer abandonarla para concentrarse en la recuperación

del antiguo ritmo de los remos en el agua.

—¡Bien, princesa! Lo hacéis muy bien —exclamó Cadrach, acomodándose mejor, con las vendadas manos y la redonda cara tan pálidas como pulpa de setas en el rápido anochecer—. Y sabemos dónde estamos, millón de cubos de agua salada más o menos. Respecto de adonde nos dirigimos... ¿Qué decís vos, Miriamele? Fuisteis *vos* quien me rescató, al fin y al cabo.

La joven notó, de repente, que los remos le pesaban como piedras, y la dominó una terrible indecisión.

—No lo sé —musitó—. No tengo a donde ir.

Cadrach hizo un gesto afirmativo, como si hubiese esperado aquella respuesta.

—En tal caso, permitid que os corte una rebanada de pan y un trozo de queso, señora, y os diré lo que yo pienso.

Miriamele no quería dejar de remar, por lo que el monje consintió en darle de comer mientras ella bogaba. El cómico aspecto del hombre, que a cada instante trataba de esquivar el golpe de los remos, hizo reír a la joven, con lo que una dura corteza se le atascó en la garganta. El monje le golpeó la espalda, y luego le dio a beber un sorbo de agua.

—¡Basta de esfuerzos, princesa! Descansad un rato y comed tranquila. Más tarde, sí os empeñáis, podéis volver a remar. Sería absurdo escapar de los kil..., de los muchos peligros que nos rodean, para después morir atragantada. Además estáis muy delgada —señaló con aire crítico—. Una muchacha de vuestra edad debiera tener un poco más de carne encima de los huesos. ¿Qué comíais en aquel maldito barco?

—Lo que Gan Itai me traía. Ea última semana me sentí incapaz de sentarme a la misma mesa que..., que aquel hombre —respondió Miriamele, que luchó contra una nueva ola de desesperación y, en cambio, agitó indignada en el aire su canto de pan—. ¿Y qué me decís de vos, Cadrach? Estáis hecho un esqueleto. ¡Vaya quién habló! ¡Comed esto! —ordenó, devolviéndole el pedazo de queso.

—Quisiera tener una jarra de... —masculló el monje tras engullir el queso acompañado de un trago de agua—. ¡Por los dorados cabellos de Aedón! Unas cuantas gotas de vino tinto de Perdruin obrarían milagros en mí.

—Pero no las tenéis —replicó Miriamele, molesta—. Tardaréis en poder tomar vino. En consecuencia, pensad en otras cosas. Decidme, por ejemplo, adonde creéis que debemos ir, si es que tenéis alguna idea. Hablad de lo que os venga en gana. ¡Distraedme un poco!

Seguidamente, la joven se lamió los dedos, se estiró hasta que los doloridos músculos le dieron punzadas, y de nuevo empuñó los remos. Poco a poco recobró el ritmo de la boga. Durante un buen rato, y con excepción de los constantes murmullos del mar, el único sonido consistió en el chapaleo de los remos al sumergirse en el agua y salir de ella.

—Conozco un sitio —indicó Cadrach—. Una posada... Un albergue, supongo..., en Kwanitupul.

—¿La ciudad de los pantanos? —inquirió Miriamele, recelosa—. ¿Para qué íbamos a querer ir allí? Y si fuéramos, ¿qué más daría una

posada que otra? ¿Tan bueno tienen el vino?

El monje se sintió ofendido en su dignidad.

—¡Me juzgáis mal, señora! No —prosiguió—. Si sugiero ese lugar, es porque puede constituir un buen refugio, en estos tiempos, y... ¡porque es ahí adonde Dinivan deseaba enviaros!

—¿Dinivan?

Ese nombre fue un golpe para la joven, que se dio cuenta de que no había vuelto a recordar al sacerdote durante muchos días. ¡Con lo amable que era, y con la espantosa muerte sufrida a manos de Pryrates!

—¿Cómo diantre sabéis lo que Dinivan pensaba hacer? ¿Qué importa ahora, además?

—Fácil es de explicar cómo conozco los deseos de Dinivan. Yo solía escuchar detrás de las puertas... y en otros sitios. Lo oí discutir con el lector sobre vos, y hablar de sus planes..., si bien no informó al lector de todos sus motivos.

—¿Vos hicisteis eso? —exclamó Miriamele, pero su furia se apagó enseguida al recordar ella que también había hecho algo semejante—. Bueno, no importa. Ya no hay nada que pueda sorprenderme. Sin embargo, es preciso que cambiéis de manera de actuar, Cadrach. Tales sinuosidades encajan bien con la bebida y las mentiras.

—No creo que entendáis mucho de vinos, mi señora —replicó con una sonrisa torcida—, por lo que en esa materia no puedo consideraros mi maestra. Referente a mis otros defectos, pues... «la necesidad atrae, y el propio interés viene después», como dicen en Abaingeat. Y tales defectos pueden salvarnos a ambos, princesa. Por lo menos, de la situación presente.

—¿Por qué quería enviarme Dinivan a esa posada? —preguntó Miriamele—. ¿Por qué no podía continuar yo en el Sancellan Aedonitis, donde estaría a salvo?

—¿Tan a salvo como Dinivan y el lector, señora? —contestó Cadrach, y pese a la dureza de sus palabras había sincera pena en ellas—. Ya sabéis lo que allí ocurrió... aunque, gracias a los dioses, vuestros jóvenes ojos no tuvieron que presenciarlo. En cualquier caso, Dinivan y yo tuvimos una discusión, pero él era un buen hombre y no tenía nada de tonto. En aquel lugar entraba demasiada gente, demasiada gente con muy distintos problemas y deseos. Y lo que es peor, casi todo el mundo le daba excesivamente a la lengua. Juro que, aunque el monumento a Aedón lo llamen la Madre Iglesia, en el Sancellan se convierte en el peor nido de cotilleo habido en el mundo entero.

—De modo que Dinivan proyectaba enviarme a una posada de las marismas...

—Eso tengo entendido, sí. Habló de manera general, incluso con el lector, sin mencionar nombres. Pero yo tengo la certeza de que es esa posada, porque todos la conocemos. El doctor Morgenes ayudó a su dueño a adquirirla. Es un sitio muy estrechamente ligado a los secretos que Dinivan y Morgenes y yo compartíamos.

Miriamele interrumpió de súbito el movimiento de los remos y se apoyó en ellos para mirar a Cadrach. Este posó tranquilamente los ojos en la princesa, como si no hubiera dicho nada especial.

—Mi señora…

—¿Os referís al doctor Morgenes… de Hayholt?

—Desde luego —respondió, bajando la barbilla hasta que descansó en su clavícula—. ¡Un gran hombre! Una persona muy, muy cordial. Yo le tenía gran afecto, princesa Miriamele. Fue como un padre para muchos de nosotros.

Una bruma pálida como el algodón en rama empezó a posarse sobre la superficie de las aguas. La joven respiró muy hondo y se estremeció.

—No lo entiendo. ¿Cómo lo conocisteis? Además habláis en plural.

El monje apartó la vista para contemplar el mar.

—Es una larga historia, princesa. Una historia muy larga… ¿Oísteis mencionar alguna vez la Alianza del Pergamino?

—Sí; en Naglimund. El viejo Jarnauga formaba parte de ella.

—Jarnauga! —suspiró Cadrach—. Otro buen hombre, aunque saben los dioses que teníamos nuestras diferencias. Me escondí de él mientras me hallaba en el castillo de Josua. ¿Qué os pareció?

—A mí me caía simpático —dijo Miriamele despacio—. Era una de esas personas que realmente saben escuchar. Pero sólo tuve un par de ocasiones para hablar con él. Me pregunto qué suerte correría al caer Naglimund… Y ahora decidme —añadió de pronto, en un tono cortante—. ¿Qué tiene que ver todo eso con vos?

—Ya os indiqué que es una larga historia.

Miriamele rió, pero enseguida sintió otro escalofrío.

—Como no tenemos nada más que hacer, contádmela.

—Antes permitid que busque algo con que abrigaros.

Cadrach gateó hasta el cobertizo armado por ellos y extrajo de él su capa de monje, que le echó sobre los hombros a la muchacha, cubriéndole además los cortos cabellos con la capucha.

—Ahora sí que parecéis aquella joven noble que, según vos, iba destinada a un convento.

—Si comenzáis de una vez el relato, dejaré de tener frío.

—Todavía estáis débil. Quisiera que dejarais los remos y me permitieseis ocupar por un rato vuestro sitio. ¡Al menos tendeos bajo el toldo, donde no os molestará el viento!

—No soy una niña pequeña, Cadrach —gruñó, pero, aunque estaba ceñuda, en su interior experimentaba una cierta emoción.

¿Era aquél el mismo hombre al que había intentado ahogar, el mismo hombre que había intentado venderla a ella como esclava?

—Vos no tocaréis los remos por esta noche, Cadrach —decidió—. Si yo me siento demasiado cansada, dejaremos caer el ancla. Hasta entonces remaré despacio. ¡Y ahora hablad!

El monje hizo un gesto de capitulación.

—Como queráis.

Ahuecó su propia capa, se arrebujó en ella y se sentó con la espalda apoyada en un banco y las rodillas encogidas, de manera que miraba a la princesa desde la oscuridad del fondo de la barca. El cielo estaba ya casi completamente negro, y sólo había la justa luz de luna para que a él se le viera la cara.

—La verdad es que no sé bien por dónde empezar.

—Por el principio, como es lógico.

Miriamele levantó los remos del agua y volvió a introducirlos. Unas cuantas gotas le salpicaron el rostro.

—Ah, sí... —vaciló Cadrach unos instantes—. Bien. Si comienzo por el verdadero principio de la historia, posiblemente resulten más fáciles de entender las últimas partes, y de paso tendré manera de posponer por un rato lo más vergonzoso para mí... No es una historia alegre, señora, y serpentea por muy profundas sombras; por unas sombras que ahora han caído sobre muchas personas, aparte de un beodo monje hernystiro.

»Nací en Crannhyr, como sabéis, y cuando digo que soy Cadrach-ec-Crannhyr, sólo lo último es cierto. Porque mi nombre real es Padreic. También tengo otros, pocos de ellos agradables. Nací Padreic, pues, aunque ahora sea Cadrach. No exagero si afirmo que Crannhyr es una de las ciudades más extrañas de todo Osten Ard. Está amurallada como una gran fortaleza, pero nunca fue atacada, ni hay en ella nada digno de robar. La gente de Crannhyr es tan reservada, que ni otros hernystiros la comprenden. Se dice que un habitante de Crannhyr invita antes a cualquiera a beber algo en la posada, que llevar a su casa al más íntimo amigo, pero lo cierto es que nadie ha visto pagar a un hombre de Crannhyr más que su propia bebida. La gente de Crannhyr es muy cerrada. Creo que es lo mejor que se puede decir de ella. Allí todos hablan poco. ¡Cuan distintos son del resto de los hernystiros, por cuyas venas corre la poesía! Y jamás alardean de riquezas ni de buena suerte, por miedo a que los dioses se pongan celosos y se lo arrebaten todo. Hasta las calles están apiñadas como un grupo de conspiradores, y hay sitios en que las casas se inclinan tanto unas sobre otras, que necesitan soltar todo el aire de los pulmones antes de entrar y no puedes volver a llenártelos antes de salir por el extremo opuesto.

»Crannhyr fue una de las primeras ciudades edificadas por los hombres en Osten Ard, y todo en ella respira esa antigüedad, de modo que la gente habla en voz baja desde que nace, como si temiera que, de hablar demasiado alto, las viejas paredes se derrumbaran y salieran a la luz del día todos sus secretos. Hay quien asegura que los sitha intervinieron en la creación del lugar, pero aunque nosotros, los hernystiros, no somos tan tontos como para no creer en los de su raza..., al contrario que algunos vecinos..., yo por mi parte opino que los Pacíficos nada tuvieron que ver con Crannhyr. Vi muchas ruinas sitha, y no se parecen en absoluto a los apretados y protectores muros de la ciudad en que pasé mi niñez. No; fueron hombres quienes construyeron la ciudad; unos hombres muy asustados, si no me equivoco.

—Parece ser un lugar terrible —dijo Miriamele, sobrecogida—. ¡Tan lleno de murmullos!

—En efecto. A mí tampoco me gustaba —confesó Cadrach con una sonrisa que fue como un tenue resplandor en las sombras—. Recuerdo que, de pequeño, sólo soñaba con irme de allí. Mi madre murió joven, y mi padre era un hombre duro y frío, hecho a medida de aquella dura y fría ciudad. A mí y a mis hermanos nunca nos habló más de lo

estrictamente necesario, y ni siquiera esas pocas palabras eran amables. Mi padre era calderero, y supongo que, a su juicio, el hecho de martillear todo el santo día en la agotadora forja para darnos de comer a todos era suficiente prueba de que reconocía sus obligaciones, por lo que no creía necesario hacer más. Casi todos los crannhyros son iguales: severos y despreciativos con quienes no son como ellos. Yo esperaba ansioso el momento de abrirme mi propio camino en el mundo.

»Cosa extraña, sin embargo, en una persona tan harta de secretos y quietud, aunque con cierta frecuencia se da el caso..., yo desarrollé un sorprendente amor a los libros viejos y los conocimientos de la antigüedad. Vista a través de los ojos de sabios como Plesinnen Myrmenis y Frethis de Cuimnhe, la propia Crannhyr era maravillosa y mística, y sus misterios no escondían sólo cosas desagradables, sino también insólitas ciencias de las que otras poblaciones más libres y arcanas no podían presumir. En la Biblioteca de Tethtain, fundada en nuestra ciudad siglos atrás por el mismísimo Rey Santo, fue donde conocí a las únicas almas gemelas existentes en aquella prisión amurallada, personas que, como yo, vivían para gozar con la luz de épocas anteriores, y que disfrutaban penetrando todo lo posible en las tradiciones perdidas, del mismo modo que otros gozan al dar caza a un ciervo y clavarle una flecha en el corazón.

»Allí fue donde encontré a Morgenes. En aquellos días..., y de eso hará ya sus cuarenta años, mi joven princesa..., el doctor era aún muy aficionado a los viajes. No creo que haya existido un hombre que viese más cosas y recorriera más mundo que Morgenes. Pasaba él incontables horas entre los pergaminos de la Biblioteca de Tethtain, y conocía más a fondo los archivos que los ancianos sacerdotes encargados de ellos. Morgenes se dio cuenta de mi interés por la historia y las olvidadas tradiciones, por lo que me guió hacia unos fascinantes senderos que yo solo nunca habría descubierto. Transcurridos algunos años, y convencido el doctor de que mi afición a la cultura no era un simple capricho de chiquillo, me habló de la Alianza del Pergamino, creada largo tiempo antes por san Eahlstan Fiskerne, el Rey Pescador de Hayholt. Eahlstan heredó de Fingil el castillo y su espada *Minneyar,* pero no quiso tener nada que ver con el destructor legado del rimmerio, sobre todo con la destrucción de la cultura. Por el contrario, Eahlstan quería conservar aquellos conocimientos que, de otra forma, desaparecerían, y aprovecharlos cuando fuera necesario.

—¿Aprovecharlos para qué?

—Con frecuencia discutimos sobre eso, princesa. Nunca fue «para bien» ni «en nombre de la rectitud». Los Portadores del Pergamino comprendieron que, una vez establecido un ideal tan grande, había que penetrar en todo. Me imagino que la explicación más clara es ésta: que la Alianza actúa para proteger los propios conocimientos adquiridos, con el fin de impedir que una nueva edad de las tinieblas vuelva a sepultar los secretos tan laboriosamente desenterrados. En otras épocas, no obstante, la Alianza se ocupó más de protegerse a sí misma que de mantener a salvo los resultados obtenidos.

Librodot

»En cualquier caso, yo sabía muy poco de esas cuestiones tan difíciles, entonces. Para mí, la Alianza era como un sueño celestial, una feliz hermandad de extraordinarios eruditos que estudiaban juntos los misterios de la Creación. Yo estaba loco por entrar a formar parte de ella. Así, cuando la compartida afición a la sabiduría se hubo convertido en amistad..., si bien por mi parte era más bien un amor a una figura paternal..., Morgenes me llevó consigo para presentarme a Trestolt, padre de Jarnauga, y al viejo Ookequk, un culto gnomo de las tierras del norte. Morgenes me propuso como nuevo miembro de la Alianza, ya que según él estaba preparado para ello, y los dos ya mencionados me aceptaron sin vacilación, con tanto entusiasmo y tanta confianza en mí como si me conocieran de toda la vida. Claro que lo hicieron por Morgenes, como supondréis... Con excepción de Trestolt, cuya esposa había muerto varios años antes, ningún otro Portador del Pergamino estaba casado. Así había sido casi siempre, a lo largo de todos los siglos de existencia de la Alianza. Sus miembros suelen pertenecer a aquella clase de personas..., y también puede decirse lo mismo de las mujeres Portadoras del Pergamino..., que aman más la ciencia que a sus congéneres. No es que los integrantes de la Alianza se desentiendan de los demás, que quede esto bien claro, pero sí es cierto que prefieren mantenerlos a distancia. De hecho, la gente significa una distracción. En consecuencia, la Alianza se convirtió en una especie de familia para los Portadores. No es de sorprender, pues, que cualquier candidato presentado por el doctor fuera calurosamente recibido. Y, aunque Morgenes se resistiera a que le otorgasen más poderes, en cierto modo era como un padre para todos los miembros de la Alianza, pese al hecho de que varios de ellos parecían mayores que él. Pero... ¿quién sabrá nunca cuándo ni dónde nació Morgenes?

Cadrach rió en la oscuridad del casco. Miriamele introdujo despacio los remos en el agua, escuchando encandilada el relato del monje mientras el esquife se balanceaba.

—Más tarde —prosiguió Cadrach— conocí a Xorastra de Perdruin, también Portadora del Pergamino. Había sido monja, aunque cuando yo la traté ya no formaba parte de la orden. Por cierto que es la dueña de la posada de Kwanitupul de que antes hablé. Era una mujer tremendamente lista, a la que por su sexo le fue negada la vida que de ser un hombre habría llevado. Xorastra tendría que haber sido ministro del rey. Ella me aceptó igualmente, y después me presentó a un par de sus propios candidatos, dado que ella y Morgenes tenían, desde hacía tiempo, la idea de volver a fijar en siete el número de miembros de la Alianza, que tradicionalmente había sido el límite.

»Ambos eran más jóvenes que yo. Dinivan era casi un chiquillo en aquella época. Todavía estudiaba con los hermanos jesuritas. La perspicaz Xorastra había descubierto en él la valía y había advertido que, una vez puesto en contacto con Morgenes y los demás, la chispa encendida en aquel joven podía llegar a ser una hoguera de la que se beneficiaría grandemente la Iglesia por la que ella aún sentía profundo cariño. El otro recomendado era un joven y despabilado sacerdote acabado de ordenar, procedente de una pobre familia isleña, pero que

gracias a la agilidad de su mente había empezado ya a destacar. Después de mucho conversar con Xorastra y sus dos colegas del norte, Morgenes aceptó a estos dos nuevos elementos. Cuando al año siguiente nos reunimos todos en Tungoldyr, en la casa comunal de Trestolt, el número de componentes de la Alianza del Pergamino volvía a ser de siete.

Las palabras de Cadrach se habían hecho pesadas y lentas, y, cuando el monje hizo por fin una pausa, Miriamele pensó que iba a quedarse dormido. Sin embargo, cuando reanudó su narración había un tono terriblemente cavernoso en su voz.

—¡Ojalá no nos hubiesen admitido para nada! ¡Mejor habría sido que la Alianza del Pergamino se hubiera desintegrado hasta formar parte del polvo de la historia!

Cuando Cadrach calló, la princesa se enderezó para preguntar.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué pudisteis hacer, que fuera tan malo?

El monje gimió.

—No yo, señora... Mis pecados comenzaron después. No; fue en el momento en que introdujimos en nuestro grupo a aquel joven sacerdote... ¡porque era Pryrates!

Miriamele aspiró profundamente y, durante unos segundos, pese a la creciente compasión que le inspiraba Cadrach, se sintió envuelta en la red de alguna terrible conspiración. ¿Se habían aliado todos sus enemigos? ¿Estaría complicado el monje en algún sucio juego, y ella se encontraba ahora totalmente en sus manos, a la deriva en medio del mar? Pero entonces recordó la carta que le había entregado Gan Itai.

—¡Eso ya me lo explicasteis! —dijo con alivio—. En vuestra carta me decíais algo referente a Pryrates... ¡Que vos lo convertisteis en lo que es!

—Si llegué a decir eso —contestó el hombre, apenado—, mi desesperación me llevó a exagerar, porque la semilla del mal ya tenía que estar en él. De otro modo, nunca habría podido florecer con tanta rapidez y empuje. Eso creo yo, al menos. Mi intervención tuvo efecto mucho más tarde, y lo que me avergüenza es que, no obstante saber que era un ser desalmado y diabólico, le presté mi ayuda.

—¿Por qué? ¿Y en qué lo ayudasteis?

—¡Ay princesa! Esta noche siento en mí la ebria honestidad de los hernystiros, aunque no haya bebido ni un sorbo de vino. Pero, aun así, hay cosas que preferiría no contar. La historia de mi perdición me pertenece sólo a mí. Casi todos mis amigos de aquellos años están ya muertos. Únicamente os diré esto: por muchos motivos, y tanto por las cosas que llegué a estudiar, cosas que ojalá nunca hubiese tocado..., como por mi propio sufrimiento y por las incontables noches que pasé borracho, tratando de vencerlo, pronto se esfumó el placer que durante un tiempo había encontrado en la vida. De niño creía en los dioses de mi pueblo. Cuando fui algo mayor, dudé de ellos y, en cambio, empecé a tener fe en el único dios de los aedonitas..., único aunque uno se confunde con eso de Jesuris, su hijo, y Elysia, la santa madre de éste. Luego, a medida que ampliaba mis conocimientos, llegué a desconfiar de todos los dioses habidos y por haber. No obstante, en mi edad adulta

se apoderó de mí un cierto temor, y ahora vuelvo a creer en los dioses. ¡Y hasta qué punto creo! Tanto, que tengo el convencimiento de que estoy maldito.

El monje se enjugó los ojos en silencio y, a continuación, se limpió la nariz en la manga. Estaba sumido ahora en unas sombras que ni la luz de la luna podía atravesar.

—¿Maldito? ¿Qué queréis decir? ¿Por qué maldito?

—No lo sé, porque en el caso contrario ya habría encontrado algún brujo que me preparara algunos polvos mágicos. Pero no, señora. Sólo bromeo, y por cierto que es una broma triste. En este mundo hay maldiciones que ningún encantamiento puede eliminar, igual que, como supongo, existe una buena suerte que ni el mal de ojo ni el más envidioso rival pueden destruir, y que sólo puede perder quien la posee. Lo único que yo sé es que, hace ya largos años, el mundo comenzó a resultarme una carga muy pesada, tanto, que mis hombros no resistían ya. Y así me convertí en un beodo, pero en serio, no como uno de esos patanes de pueblo que empinan demasiado el codo y luego, por el camino de casa, despiertan con sus cantos a todo el vecindario, sino en un frío y solitario buscador del olvido. Los libros eran mi único solaz, pero incluso ellos me parecían llenos del aliento de las tumbas; me hablaban de vidas muertas, de pensamientos muertos y, peor aún, de esperanzas muertas y sin sustancia, un millón de ellas nacidas muertas por cada una que llegara a aletear unos momentos a la luz del sol.

»Bebía, pues, y denostaba contra las estrellas, y seguía bebiendo. Mi ebriedad me hundió en el pozo del desánimo, y mis libros, especialmente el volumen que en aquel entonces me tenía más ocupado, no hizo más que acabar de estropearlo todo. El olvido me pareció lo más deseable. Pronto dejé de ser persona grata en los lugares donde siempre había tenido amigos, y eso me amargó todavía más. Y, cuando los encargados de la Biblioteca de Tethtain me comunicaron que allí ya no era bien visto, creí caer en un agujero sin fondo, en una interminable confusión de negra beodez de la que desperté para hallarme al borde de una carretera de los suburbios de Abaingeat, desnudo y sin un solo cintis. Sólo cubierto con zarzas y hojas, como el más humilde de los animales, me encaminé de noche a la casa de un noble conocido, buen hombre y amante de los estudios, que de vez en cuando había sido mi complaciente protector. Me dejó entrar, mandó que me sirvieran comida y me permitió dormir en una cama. Al salir el sol, vino a mí con un hábito monacal que había pertenecido a su hermano y me despidió, deseándome buena suerte.

»Pero en sus ojos había disgusto aquella mañana, una aversión que ojalá no tengáis que ver nunca en la cara de otra persona, princesa. Estaba enterado de mi mala vida, y no lo había engañado mi historia de haber sido secuestrado y despojado de todo. Cuando me vi en el umbral de su casa, supe que había traspasado los muros que rodeaban a mis compañeros y que, ahora, era para ellos como un apestado. Esa era la consecuencia de mis emborrachamientos y otros actos miserables: la maldición de que me veía objeto resultaba tan obvia para los demás como lo era desde hacía tiempo para mí.

La voz de Cadrach, que se había enronquecido durante su relato, terminó en un sordo susurro. Miriamele escuchó su respiración durante un rato, sin saber qué decir.

—Pero... ¿qué habíais hecho, en realidad? —se atrevió a preguntar al fin—. Decís que estabais maldito, pero creo que no habíais hecho nada malo, aparte de beber demasiado...

La risa de Cadrach sonó desagradablemente resquebrajada.

—Lo del vino era sólo para ahogar mi dolor. Es el asunto de las manchas, mi princesa... Aunque otras personas, sobre todo las inocentes como vos, no siempre las veáis, las manchas existen, y otros las presienten, al igual que los animales del campo presienten cuando uno de su especie está enfermo o loco. ¿No tratasteis vos misma de ahogarme?

—Eso fue diferente —protestó Miriamele, indignada—. ¡Habíais hecho algo muy gordo!

—No os preocupéis —respondió el monje en un murmullo—. Hice suficientes cosas malas, desde aquella noche en los alrededores de Abaingeat, para justificar cualquier castigo.

Miriamele entró los remos.

—¿Estamos lo bastante cerca de tierra para dejar caer el ancla? —dijo, tratando de mantener serena la voz—. Tengo los brazos rendidos.

—Lo probaré.

Mientras el monje soltaba el ancla de su soporte y se aseguraba de que la soga siguiera firmemente sujeta a la embarcación, la princesa trató de encontrar la manera de ayudar a aquel hombre. Cuanto más lo hacía hablar, más profundas parecían sus heridas. Por lo visto, el buen humor del monje en otros momentos no había sido más que una débil segunda piel desarrollada para proteger las incurables llagas. ¿Era preferible hacerlo hablar, a pesar del dolor que ello le producía, o dejarlo en paz? Miriamele deseó tener consigo a Geloë, o al astuto y menudo Binabik, al mismo tiempo tan prudente.

Cuando el ancla cayó al agua con fuerte chapaleteo y el cabo hubo descendido hasta el fondo con un ruido sibilante, los dos permanecieron callados durante unos minutos. Finalmente, Cadrach habló con voz algo más clara.

—El cabo sólo ha corrido veinte anas antes de tocar fondo, de manera que podemos estar más cerca de la orilla de lo que yo pensaba. No obstante, debéis procurar dormir un poco más, Miriamele. El día de mañana será largo. Si queremos tocar tierra pronto, tendremos que turnarnos en los remos para no cesar de avanzar.

—¿No habrá por aquí cerca un barco que pueda recogernos?

—No sé qué nos conviene más. Tened presente que, en la actualidad, Nabban pertenece por completo a vuestro padre y a Pryrates. Creo que lo mejor será seguir tranquilamente en dirección a la costa y desaparecer en una de las partes más pobres de Nabban y, desde allí, buscar el camino de la posada de Xorastra.

—Apenas comentasteis nada respecto de Pryrates —dijo entonces ella, atrevida, aunque interiormente se preguntaba si no cometía un error—. ¿Qué sucedió entre vosotros dos?

Cadrach suspiró.

—¿De veras queréis obligarme a explicar cosas tan feas, señora? Fue sólo mi debilidad, y también el temor, lo que me indujo a mencionar eso en mi carta. Me espantaba la posibilidad de que tomarais al conde de Eadne por algo mejor de lo que era.

—No pienso forzaros a hablar de nada que os resulte aún más doloroso, Cadrach. Sin embargo, me gustaría conocer la verdad. Se trata de secretos que quedan más allá de nuestros problemas, ¿recordáis? En mi opinión no es el momento de callarlos, por duros que sean.

El monje asintió lentamente.

—Hablasteis como la hija de un rey, pero hablasteis bien. ¡Ay, dioses de la tierra y del cielo! Si hubiera sabido que un día me tocaría revelar semejantes historias y confesar que así fue mi vida, ¡me figuro que antes habría metido la cabeza en el horno de mi padre!

Miriamele no contestó, pero se ciñó la capa. Parte de la niebla se había desvanecido, y el mar se extendía a su alrededor como un inmenso tablero negro. Las estrellas del cielo parecían demasiado pequeñas y frías para proporcionar luz. Pendían inmóviles en lo alto, sin centellear, como motas de lechosa piedra.

—No me alejé de la sociedad con las manos totalmente vacías —empezó Cadrach su relato—. Yo había obtenido ciertas cosas en mis primeros tiempos de estudiante, muchas de ellas de modo legítimo. Una constituía un verdadero tesoro, que los demás ignoraban. Mis pertenencias..., las que no había vendido para comprar vino..., estaban en poder de un viejo amigo. Cuando fue evidente que no podía continuar en compañía de la gente conocida, se las retiré pese a su desaprobación, dado que él sabía que conmigo no estaban seguras. Así, en momentos especialmente malos, casi siempre pude encontrar a algún comerciante en manuscritos raros o que vendiese libros prohibidos por la Iglesia y obtener algún dinero a cambio de uno de mis valiosos volúmenes, generalmente a precios que, de tan bajos, se aproximaban al robo. Pero, como ya dije, una de las cosas halladas tenía un valor mil veces superior a todo el resto junto. La historia de cómo la conseguí requeriría una noche entera de relato. Lo cierto es que, durante largo tiempo, fue lo único de lo que no quise separarme, por muy desesperada que fuese mi situación. Porque tenéis que saber que había descubierto una copia de *Du Svardenvyrd,* el legendario libro del loco de Nisses, la única copia que, a mi saber, existía en nuestros días. Ignoro si incluso era el original, ya que las cubiertas habían desaparecido mucho antes, pero la... persona de quien conseguí el libro juró que era auténtico. Y aunque se tratara de una falsificación, era igualmente una obra de arte. Pero copia o no, contenía las genuinas palabras de Nisses. De eso no cabe duda. Nadie podía leer aquellas horribles frases, mirar luego a su alrededor y ser incrédulo.

—Oí hablar del libro —señaló Miriamele—. ¿Quién fue Nisses?

Cadrach emitió una breve risa.

—¡Vaya pregunta! Era un hombre llegado del norte, de más allá de Elvritshalla, de las tierras de los rimmerios negros que viven al pie del Pico de las Tormentas, que se presentó a Fingil, rey de Rimmersgardia.

No era un prestidigitador de esos que van de una corte a otra, pero dicen que proporcionó a Fingil el poder que permitió a éste conquistar medio Osten Ard. Tal poder quizá consistiera en sabiduría, ya que Nisses tenía conocimiento de cosas cuya existencia ni siquiera había soñado nadie. Después que Asu'a fue tomada y Fingil hubo muerto, Nisses sirvió a su hijo Hjeldin. Durante esos años escribió su libro, una obra que contenía parte de los terribles conocimientos que había llevado consigo al aparecer ante las puertas de Fingil en medio de una espantosa tempestad de nieve. Él y Hjeldin perdieron la vida en Asu'a: el joven rey, al arrojarse por la ventana de la torre que lleva su nombre. Nisses fue hallado muerto en la habitación desde la que Hjeldin había saltado, sin señal alguna en él. En su rostro había una sonrisa, y sus manos mantenían agarrado el libro.

Miriamele se estremeció.

—¡Ay, ese libro! Hablaban de él en Naglimund. Jarnauga dijo que, probablemente, anunciaba la llegada del Rey de la Tormenta y otras cosas.

—Jarnauga, sí —recordó Cadrach—. ¡Cuánto le habría gustado verlo! Pero yo nunca le enseñé el libro, ni tampoco a ninguno de los Portadores del Pergamino.

—¿Por qué? Si vos lo teníais, aunque quizá se tratase sólo de una copia, ¿por qué no mostrárselo a Morgenes y a los demás? Yo pensaba que, precisamente, la Alianza existía para eso.

—Tal vez. Pero cuando yo acabé de leer la obra, ya no era Portador del Pergamino. En lo más íntimo de mí sabía que era así. Desde el momento en que volví la última página, abandoné el amor al estudio por el amor al olvido... Las dos cosas no pueden existir juntas. Incluso antes de descubrir el libro de Nisses, yo me había adentrado mucho en los caminos erróneos, aprendiendo cosas que no debiera saber nunca el hombre que desea dormir bien de noche. Y sentía celos de mis compañeros de la Alianza, Miriamele, celos de la simple felicidad que les proporcionaban sus estudios, y enojo ante su tranquila certeza de que todo cuanto podía ser examinado, podía ser entendido. Estaban todos tan seguros de que, si tenían modo de contemplar suficientemente la naturaleza del mundo, adivinarían todos sus propósitos... Yo, en cambio, poseía algo que sólo era mío, un libro cuya mera lectura no sólo les demostraría cosas que yo ya había sugerido, sino que, además, derrumbaría los pilares de su comprensión. Estaba lleno de rabia, Miriamele, pero también lleno de desesperación... —dijo, para proseguir con evidente dolor después de una pausa—. Una vez explicado por Nisses, el mundo se ve diferente. Es como si las páginas de su libro estuvieran sumergidas en un lento veneno que mata el espíritu. Yo las toqué todas...

—Eso suena horrible —murmuró la princesa, recordando la imagen vista en uno de los libros de Dinivan: un cornudo gigante de ojos colorados.

La imagen se le había reproducido en muchas pesadillas. ¿No era preferible ignorar ciertas cosas y ser ciego a ciertas pinturas e ideas?

—Realmente horrible, pero sólo porque reflejaba el verdadero terror

que acechaba detrás del mundo despierto, las sombras que son el anverso de la luz del sol. Aun así, hasta algo tan poderoso como el libro de Nisses llegó a convertirse para mí en un simple instrumento para el olvido. Cuando lo hube leído tantas veces que incluso me asqueaba verlo, empecé a vender las páginas, una a una.

—¡Elysia, Madre de Misericordia! —exclamó Miriamele—. ¿Y quién compraba eso?

Cadrach produjo un áspero sonido.

—¡Ja! Hasta quienes tenían el convencimiento de que era una falsificación, se empujaban unos a otros en su afán por arrancarme una simple página de las manos. Un libro prohibido siempre ejerce una poderosa fascinación, joven princesa, pero uno que, encima, encierre maldad, atrae a los curiosos como la miel a las moscas.

La risa del monje aumentó de volumen por un momento, para cortarse luego con lo que sonó como un sollozo.

—¡Ay, dulce Jesuris! —añadió finalmente Cadrach—. ¡Ojalá hubiera quemado el libro entero!

—Pero ¿qué me decís de Pryrates? —insistió Miriamele—. ¿También le vendisteis páginas a él?

—¡No! ¡Nunca! —contestó el hombre, casi en un grito—. Por aquel entonces, yo ya sabía que era un demonio. Había sido expulsado de la Alianza mucho antes de mi propia caída, y todos estábamos enterados del peligro que constituía. No —prosiguió, recobrada su compostura—. Sospecho que él se limitaba a frecuentar los mismos vendedores ambulantes de antigüedades que yo. Como bien sabréis, forman una corporación bastante reducida... Así, en consecuencia, algunas hojas sueltas deben de haber ido a parar a sus manos. Pryrates tiene tremendos conocimientos en asuntos oscuros, princesa, y sobre todo domina las más peligrosas áreas del Arte. Estoy convencido de que no le costó descubrir quién había poseído aquella poderosa obra de la que procedían las páginas. Tampoco le resultó difícil dar conmigo, pese a haberme yo sumido todo lo posible en las sombras y emplear todo cuanto había aprendido para minimizarme hasta el punto más próximo a la invisibilidad. Mas, como ya os dije, me encontró. Envió a unos cuantos guardias de vuestro padre en mi busca. Se había convertido ya en consejero de príncipes o, en el caso de Elías, de un futuro rey.

Miriamele recordó el día en que por vez primera había visto a Pryrates. El sacerdote rojo se hallaba en los aposentos de su padre, en Meremund, para proporcionar al soberano información sobre los sucesos de Nabban. Últimamente, ella había tenido problemas de aproximación a su padre, y no sabía qué idear para conseguir que, al menos, le sonriera un poco, como con frecuencia hacía cuando Miriamele era aún la luz de sus ojos. Ahora, los asuntos de Estado eran una buena excusa para rehuir una nueva e incómoda conversación con la hija, y la había mandado salir de la sala. Fue allí, camino de la puerta, donde sus ojos se cruzaron con los de Pryrates.

No obstante su juventud, Miriamele ya estaba acostumbrada a las diversas miradas que inspiraba a los cortesanos de su padre. Quienes la consideraban un impedimento para sus planes, expresaban enojo al

verla; otros sentían compasión de ella al darse cuenta de su soledad y desconcierto, y no faltaba quien hacía sus francos cálculos respecto de con quién podría casarse la princesa en su día, o de si se convertiría en una hermosa mujer, capaz de reinar después de muerto su padre. Pero nunca, hasta ese momento, había sido examinada de manera tan inhumana como lo había hecho Pryrates. Su mirada producía la sensación de un chapuzón en agua helada. A los negros ojos del sacerdote no asomaba ni el más ligero sentimiento humano. Miriamele tenía la certeza de que su gesto no hubiera cambiado en el caso de ser ella un trozo de carne desollada en la mesa de un matarife. Al mismo tiempo, Pryrates le había causado la sensación de que podía ver su interior y a través de ella, como si todos sus pensamientos quedaran desnudos delante de él, retorciéndose de violencia bajo aquella inspección. Horrorizada, la jovencita se había apartado de tan escalofriante mirada para huir pasillo abajo entre inexplicables sollozos. Detrás de ella sonaba el seco cuchicheo de la voz del alquimista. Miriamele se dio cuenta de que, para aquel nuevo íntimo colaborador de su padre, ella no significaba más que cualquier mosca, y de que ese individuo haría caso omiso de ella sin más, aplastándola incluso, si eso convenía a sus propósitos. Para una muchacha criada en la protectora confianza de su propia importancia, una importancia más duradera que el cariño de su padre, tal descubrimiento era desolador.

A pesar de todos sus defectos, Elías nunca había sido un monstruo semejante. ¿Por qué, pues, había introducido en su más estrecho círculo a Pryrates, hasta el punto de convertir al diabólico sacerdote en su consejero más íntimo y digno de confianza? La cuestión era muy preocupante, y nunca había logrado hallar respuesta a ella.

Ahora, en la cabeceante barca, luchó por mantener serena su voz.

—Explicadme qué ocurrió, Cadrach.

Era evidente que el monje no deseaba continuar. La princesa pudo oír cómo sus dedos rascaban quedamente el asiento de madera, como si buscara algo en la oscuridad.

—Me descubrieron en la cuadra de una posada, en el sur de Erchester —dijo Cadrach despacio—, durmiendo en medio del estiércol. Los guardias me sacaron de allí a rastras para arrojarme al fondo de un carro, y emprendimos el camino de Hayholt. Fue eso en el año de aquella sequía y, a la luz de últimas horas de la tarde, todo se veía dorado y pardo. Hasta los árboles parecían rígidos y apagados como si fuesen de barro. Recuerdo haber contemplado todo aquello con la cabeza embotada. Creía tener dentro una campana que no dejaba de retumbar, y era que había dormido una larga mona, desde luego. Me preguntaba si aquella misma sequedad, que me hacía sentir como si tuviera los ojos, la nariz y la boca llenos de polvo, había borrado también todos los colores del mundo.

»Estoy convencido de que los soldados me tomaban por un vulgar criminal; por uno, además, cuya vida no se prolongaría mucho más de aquella tarde. Hablaban entre sí como si yo ya estuviera muerto, quejándose de la engorrosa tarea que les aguardaba: ¡tener que enterrar un cadáver tan pestífero y sucio como el mío! Uno de los hombres llegó

a decir que exigiría el pago de una hora extra, por tan repugnante trabajo. Otro hizo una mueca y preguntó: "¿De Pryrates?", pero el fanfarrón no contestó nada. Los demás se rieron de su enfado, pero sus voces sonaron forzadas, como si la mera idea de tener que pedirle algo al sacerdote rojo bastara para estropearles el día entero. Fue el primer momento en que sospeché adonde me llevaban, y eso era mucho peor que ser colgado por ladrón o traidor, aunque a mí me podían acusar de ambas cosas. Intenté tirarme del carro, pero alguien me lo impidió.

»«¡Eh!, comentó uno de los guardias. «¡Este conoce el nombre!»

»«Por lo que más queráis...» supliqué entonces. «¡No me entreguéis a esa persona! Si creéis en Aedón, haced conmigo lo que os plazca, pero no me dejéis en manos del sacerdote...»

»El soldado que había hablado en último lugar me miró y, aunque me pareció adivinar una cierta compasión en sus duros ojos, replicó: "Sí, ¿eh? ¡Y cargar nosotros con su ira! ¿Pretendes que dejemos huérfanos de padre a nuestros hijos? ¡No, no! ¡Resístete y enfréntate a él como un hombre!".

»No cesé de llorar en todo el camino hasta la Puerta de Nearulagh.

»El carro se detuvo delante de la puerta principal, reforzada con hierros, de la Torre de Hjeldin, y me vi arrastrado al interior, demasiado débil y desesperado para resistirme, aunque la verdad es que nada hubiese podido hacer mi pobre y maltrecho cuerpo frente a los cuatro armados guardias erkynos. Me condujeron a través de la antesala y, luego, escalera arriba. Tuve la sensación de que subíamos un millón de peldaños. En el piso superior se abrieron unas grandes puertas de roble, y a mí me empujaron como si fuese un saco de harina, y al fin caí de rodillas contra las frías baldosas de una atestada cámara.

»Lo primero que pensé, princesa, fue que había ido a parar a un lago de sangre. Todo era allí de color escarlata, cada hornacina y grieta. Hasta las manos con que trataba de taparme la cara se habían puesto rojas. Con horror alcé la vista hacia los altos ventanales. Todos eran, de arriba abajo, de brillante cristal gránate. El sol del crepúsculo se filtraba a través de ellos, deslumbrador, como si cada ventana fuera un enorme rubí. La encarnada luz privaba de cualquier otro color todo cuanto había en la pieza, como sucede con el atardecer. No había allí más matices que el negro y el rojo. Distinguí mesas y grandes estantes inclinados, ninguno de los cuales tocaba la curvilínea pared exterior de la habitación, sino que todos se apiñaban en dirección al centro. Las diversas superficies estaban cubiertas de libros y pergaminos y... y otras cosas, muchas de las cuales yo no soportaba mirar. El sacerdote es hombre terriblemente curioso. No hay nada que no esté dispuesto a hacer para averiguar algo o, por lo menos, algo que le interese a él. Muchos de los objetos de sus investigaciones, en su mayoría animales, se hallaban encerrados en jaulas apiladas de cualquier manera entre los libros. Casi todos aquellos pobres seres estaban aún vivos, aunque hubiese sido mejor para ellos no estarlo. Dado el caos reinante en medio del cuarto, la pared aparecía extrañamente vacía y desnuda, con excepción de ciertos símbolos pintados.

»«¡Ah!, dijo una voz. «¡Se os saluda, compañero Portador del

Pergamino!»

»Desde luego era Pryrates, sentado en un estrecho sillón de alto respaldo en el centro de aquel extraño nido.

»«Espero que el viaje os resultara cómodo…»

»«No perdamos tiempo con palabras», respondí. «Vos ya no sois Portador del Pergamino, Pryrates, ni tampoco lo soy yo. ¿Qué queréis de mí?»

»El me miró con una risita descarada. No estaba dispuesto, en absoluto, a acelerar lo que, para él, constituía una gran diversión.

»«Si un día fui miembro de la Alianza, lo seré siempre, en mi opinión», se carcajeó. «Porque… ¿acaso no estamos los dos todavía íntimamente ligados a ciertas cosas antiguas? ¿A viejos escritos y… viejos libros, por ejemplo?»

»Cuando dijo esto último, el corazón me dio un vuelco en el pecho. Al principio, yo pensaba que Pryrates sólo quería atormentarme y vengarse de la expulsión de la Alianza, aunque otros eran más responsables de eso que yo. En realidad, al producirse su exclusión yo ya había iniciado mi escurrimiento hacia la oscuridad. En consecuencia, comprendí que perseguía algo muy distinto. ¡Quería poseer un libro que él suponía en mi poder! Y yo sabía perfectamente de qué libro se trataba.

»Me batí en un duelo verbal con él, durante buena parte de una hora, utilizando las palabras como un espadachín hubiera hecho con su arma. De momento me defendía bien…, porque es cosa sabida que lo último que un borracho pierde es el ingenio, que perdura bastante más que su imagen. Sin embargo, ambos teníamos la certeza de que yo acabaría perdiendo. Yo estaba cansado, muy cansado y enfermo. Mientras hablábamos, dos hombres entraron en la habitación. No se trataba de guardias erkynos, sino de individuos de oscura túnica y cabeza rapada, cuyo aspecto era el de morenos isleños del sur. Ninguno de ellos habló. Tal vez fuesen mudos, pero sus intenciones eran claras: sujetarme para que Pryrates tuviera las manos libres y nada distrajese su atención mientras utilizaba más enérgicos medios de negociación. Cuando los dos tipos me agarraron por los brazos y me arrastraron hasta el sillón del sacerdote, yo me di por vencido. No me asustaba el posible sufrimiento físico, Miriamele, ni tan sólo los otros horrores psíquicos que Pryrates pudiera infligirme. Os lo juro, princesa, aunque no sé bien a qué se debía eso. Creo que ya no me importaba nada. «Que saque de mí lo que quiera y haga lo que le dé la gana», pensé. Me dije que no era precisamente que este mundo ennegrecido por el pecado fuera a recibir un castigo no merecido, porque yo mismo había permanecido tanto tiempo en las profundidades que ya no veía nada bueno, salvo en la nada…

»«Utilizasteis a vuestro antojo las páginas de cierto volumen muy antiguo, Padreic», dijo Pryrates. «¿O debo recordaros que ahora os hacéis llamar de diferente modo? Pero eso poco importa. Necesito ese libro. Si me reveláis dónde está escondido, os dejaré en libertad esta misma tarde», anunció, señalando con la mano el mundo existente detrás de los ventanales de color escarlata. «De lo contrario…» Y ahora

indicó ciertos objetos que había encima de una mesa próxima a su mano, unos objetos ya sucios de sangre y cabellos.

»«Ya no tengo el libro», contesté, y era verdad. Había vendido las últimas páginas un par de semanas antes. En aquella ruidosa cuadra dormía precisamente la curda resultante del dinero obtenido.

»«No os creo, hombrecillo», dijo él entonces, y sus siervos me hicieron algo que me arrancó terribles gritos. Al ver que yo seguía sin confesar, me aplicó él mismo una mano bien activa, que sólo interrumpió la tortura cuando ya no tuve fuerzas ni para chillar y mi voz fue sólo un resquebrajado murmullo. «Hum», tuvo que admitir al fin, rascándose la barbilla como si imitase al doctor Morgenes, que solía adoptar esa postura cuando trabajaba en una traducción difícil. «Quizá deba creeros, después de todo. Me extrañaría que una basura como vos sea capaz de callar por motivos puramente morales. ¡Decidme a quién vendisteis... todas las hojas!»

»Aunque maldiciéndome a mí mismo en silencio por el asesinato de los diversos comerciantes..., porque no me cabía la menor duda de que Pryrates los mandaría matar y confiscaría toda su mercancía sin vacilar ni un momento..., le di todos los nombres que recordaba. Y, si en algún momento vacilé, los siervos me..., me los recordaron...

De repente, Cadrach rompió en profundos sollozos. Miriamele se dio cuenta de que el monje procuraba sofocarlos. Terminado el llanto en un fuerte acceso de tos, ella se inclinó hacia adelante y le estrechó con fuerza la fría mano, para recordarle que no estaba solo. Al cabo de un rato, la respiración del hombre se hizo más regular.

—Lo lamento, princesa —jadeó—. Me horroriza pensar en ello.

También en los ojos de Miriamele había lágrimas.

—La culpa es mía. No debí haceros hablar de eso. Dejemos el asunto y procurad dormir.

—¡No! —replicó Cadrach, y la princesa notó que temblaba—. No... Ya empecé el relato, y tampoco podría conciliar el sueño. Tal vez me ayude terminar la historia... —musitó, y alargó una mano para acariciar la cabeza de Miriamele—. Pensé que Pryrates ya había obtenido de mí todo lo que quería, pero estaba en un error. «¿Y si esos caballeros ya no tienen las hojas que yo necesito, Padreic?», continuó y... ¡ay, cielos, nada hay más repelente que la sonrisa del endiablado sacerdote...! «Opino que debéis contarme todo cuanto recordéis, porque... en esa cabeza empapada de vino todavía quedan entendederas, ¿o no? ¡Vamos, cantad para mí, pequeño acólito!» Y yo le conté todo lo que logré recordar; todo, cada detalle, aunque con el desorden que era de esperar de una persona tan desesperada como yo. A Pryrates parecieron interesarle sobre todo las enigmáticas palabras de Nisses sobre la muerte, especialmente algo llamado «hablar a través del velo», que yo deduje que eran los ritos que le permiten a uno alcanzar aquello a lo que Nisses dio el nombre de «cantos de los aires más elevados»... O sea, los pensamientos de quienes están más allá de la mortalidad, tanto los muertos como los que nunca vivieron. Yo lo solté todo, ansioso por complacer a Pryrates, que permanecía sentado y hacía un gesto afirmativo tras otro, centelleante su cabeza a la extraña luz.

»No sé cómo, en medio de tan terrible experiencia, noté algo raro. Tardé un rato en advertirlo, como os podéis imaginar, pero, desde que había empezado a hablar abiertamente de mis recuerdos del libro de Nisses, los hombres ya no me martirizaban. Uno de ellos incluso me dio una copa de agua, para que pudiese expresarme con más claridad. Pero mientras yo hablaba sin descanso, contestando a cada pregunta de Pryrates con tanto afán como un niño en su primera santa mansa, tuve la sensación de que la luz se movía por la pieza de manera singular. De momento, dado mi estado de debilidad y angustia, tuve el convencimiento de que Pryrates había logrado hacer retroceder al sol en su trayectoria, ya que la luz que tendría que haber pasado de este a oeste por aquellos sanguíneos ventanales, se deslizaba en sentido contrario. Reflexioné sobre ello..., porque en momentos tan difíciles es bueno pensar en algo que no sea lo que te sucede a ti..., y me di cuenta de que las leyes del cielo no habían sido revocadas, al menos. Más bien era la torre, o quizá sólo la parte superior de ella, donde nosotros nos hallábamos, que giraba despacio en dirección al sol, algo más deprisa que éste. Tan lentamente que, combinado eso con la monotonía arquitectónica del último piso de la torre, seguramente no lo notaría nadie situado en el exterior.

»¡Por eso nada podía estar apoyado en las piedras que formaban las paredes de la estancia! Pese al sufrimiento y al miedo, quedé maravillado ante los engranajes y las ruedas que tenían que moverse en silencio detrás de la argamasa o debajo de mis pies. Tales cosas habían constituido otrora una de mis grandes aficiones. ¡Cuántas horas de mi juventud no había pasado yo estudiando las leyes mecánicas de la rotación de la tierra, así como los cielos! Lo cierto es que aquello me permitió pensar en algo que no fuera lo que me habían hecho y en lo que yo, por mi parte, les hacía a los comerciantes...

»Al pasear la vista por la redonda pieza mientras seguía hablando, me fijé por vez primera en las finas marcas hechas en el rojo vidrio de las ventanas, y en cómo esas marcas, trazadas como débiles líneas de un gránate más oscuro, pasaban por encima de los extraños símbolos que decoraban toda la pared interior de la torre. No se me ocurrió otra explicación que la de que Pryrates había convertido la parte superior de la Torre de Hjeldin en una especie de gigantesco reloj de agua, en un ingenio cronométrico de enorme tamaño y complejidad. Medité mucho sobre ello, pero hasta el día de hoy aún no he encontrado explicación convincente. Supongo que las negras artes en que Pryrates anda metido han hecho imprecisos e inútiles los relojes de arena y de sol.

Miriamele lo dejó descansar largo rato, hasta que por fin preguntó:

—¿Qué ocurrió, pues, Cadrach?

El monje todavía dudaba, pero cuando habló lo hizo un poco más aprisa, como si esta parte fuera aún más dura de explicar que la que la había precedido.

—Cuando hube acabado de decirle a Pryrates todo lo que yo sabía, permaneció sentado todo el rato que el último resplandor del sol necesitó para saltar de una de las ventanas para aparecer en el borde de la siguiente. Entonces se puso de pie, hizo una señal con la mano, y

uno de sus criados se colocó detrás de mí. Algo me golpeó en la cabeza y... ya no me enteré de nada más. Desperté entre los matorrales de la orilla del Kynslagh, manchadas mis desgarradas ropas con los fluidos de mi propio cuerpo. Probablemente me habrían creído muerto. Desde luego, Pryrates no me consideraba digno de más esfuerzos, ni siquiera del de rematarme.

Cadrach hizo una pausa para respirar a fondo.

—Os imaginaréis que tuve una alegría loca al comprobar que estaba vivo y había soportado todo aquello que tan imposible parecía, pero lo único que pude hacer fue penetrar más en la espesura, a gatas, y aguardar allí mi fin. Pero los días eran templados y secos, y no morí. Cuando estuve lo suficientemente recuperado, me puse en camino hacia Erchester. Allí robé algunas prendas de vestir y comida. Incluso me bañé en el lago Kynslagh para poder presentarme donde vendían vino. Pero... —agregó Cadrach con un gemido— aunque lo ansiaba con toda mi alma, no pude abandonar la ciudad. La vista de la Torre de Hjeldin asomando por encima de la muralla exterior de Hayholt me horrorizaba, mas ni así era capaz de huir. Tenía la sensación de que Pryrates me había arrebatado parte del alma para tenerme atado y poder llamarme cuando se le antojara..., y de que yo acudiría. Eso, aparte de que, evidentemente, le importaba muy poco que yo estuviera vivo o muerto. Me quedé en la ciudad, pues, y me dediqué a robar y beber al mismo tiempo que trataba de olvidar la terrible traición cometida por mí. Nunca me la pude quitar de la cabeza, desde luego, ni *nunca* se me irá, aunque llegó el día en que me sentí con fuerzas suficientes para liberarme de la sombra de la maldita torre y escapé de Erchester.

El monje pareció querer añadir algo, pero se estremeció y guardó silencio.

Miriamele volvió a cogerle la mano, la que había arañado con tanto nerviosismo el banco de madera. En alguna parte, hacia el sur, una gaviota lanzó un solitario grito.

—No debéis reprocharos todo eso, Cadrach. Es absurdo. Cualquiera habría hecho lo mismo, en vuestro caso.

—¡No, princesa! —murmuró el monje con tristeza—. Otras personas quizá no. Más de una habría preferido morir, antes que divulgar tan terribles secretos. Y lo que es más importante: otros, en mi caso, no habrían renunciado a semejante tesoro, sobre todo siendo tan peligroso como el libro de Nisses, por..., por el precio de unas cuantas jarras de vino. Yo tenía un deber... Para eso fue creada la Alianza del Pergamino, Miriamele: para proteger la sabiduría y, también, para proteger Osten Ard de quienes, como Pryrates, quieren utilizar los antiguos conocimientos para tener poder sobre otros. Yo fallé en ambos sentidos. Además, la Alianza debía vigilar que no regresara Ineluki, el Rey de la Tormenta. Ahí es donde mi fallo fue aún más horrible, porque tengo bien claro que proporcioné a Pryrates los medios para encontrar a tan espantoso espíritu y volver a interesarlo por la humanidad. ¡Y yo hice todo ese mal con el único objeto de soplarme todo el vino posible y nublar todavía más mi ya atrofiado cerebro!

—¿Y para qué quería saber Pryrates todo lo que os hizo confesar? ¿Por qué le interesaba tanto la muerte?

—Lo ignoro —contestó Cadrach, apenado—. Tiene la mente tan podrida como una fruta pasada. ¿Quién sabe qué extraños prodigios surgirán de algo semejante?

Miriamele le apretó la mano con enojo.

—Esa no es una respuesta.

—Lo siento, señora, pero no tengo respuestas. Lo único que puedo decir es que, de las preguntas que me hizo Pryrates, no puedo deducir que desease establecer contacto con el Rey de la Tormenta. No al principio, al menos. No; por lo visto le interesaba mucho eso de «hablar a través del velo», como él lo llamó. Y me figuro que, cuando empezó a explorar aquellas regiones sin luz, fue descubierto. Casi todos los mortales vivos que son sorprendidos allí pierden la razón o son destruidos, pero en el caso de Pryrates vieron en él un posible instrumento muy conveniente para el vengativo Ineluki. Y en efecto, por lo que vos y otras personas me dijisteis, el sacerdote rojo ha resultado muy útil.

Miriamele, helada por la brisa nocturna, se encogió. Algo de lo que acababa de exponer Cadrach tiraba de su mente, pidiendo ser examinado.

—Necesito pensar—murmuró.

—Os he disgustado, princesa, y es natural —respondió él en tono distante—. Estoy insoportablemente disgustado conmigo mismo.

—¡No seáis imbécil!

En un impulso, Miriamele levantó la fría mano del monje y la acercó a su propia mejilla. Él, sorprendido, la dejó allí unos momentos antes de retirarla.

—Cometisteis errores, Cadrach. Pero también los cometí yo, y tantas otras personas. Y ahora debiéramos dormir —agregó con un bostezo—, para poder estar descansados por la mañana y remar de nuevo.

La joven se introdujo a gatas en la improvisada cabina.

—¿Mi señora? —dijo Cadrach con sorpresa en la voz, pero ella ya no contestó.

Un rato más tarde, cuando Miriamele estaba ya medio dormida, lo oyó meterse bajo el cobertizo de hule. El hombre se acurrucó cerca de sus pies, pero respiraba de modo casi imperceptible, como si también él estuviera pensativo. Sin embargo, el suave chapaleteo de las olas y el vaivén de la anclada barca la sumieron pronto en el mundo de los sueños.

10

Jinetes del amanecer

No obstante las gélidas nieblas matutinas que cubrían Sesuad'ra cual una inmensa capa gris, Nueva Gadrinsett estaba casi de un humor festivo. El grupo de gnomos, conducido por Binabik y Simón a través del lago ya casi cerrado por el hielo, constituía un nuevo y grato milagro en un año cuyos demás acontecimientos habían sido casi todos malos. Cuando Simón y sus menudos amigos iniciaron la subida por el último y tortuoso trecho de la vieja carretera sitha, se vieron súbitamente rodeados por una oleada de chiquillos que se habían adelantado a sus padres y hermanos mayores. Los moruecos, acostumbrados al alboroto reinante en las aldeas qanuc, no se alarmaron. Algunos de los niños más pequeños fueron alzados por ásperas y morenas manos y sentados en las sillas para montar con los pastores y las cazadoras. Un mocosuelo que no esperaba tan rápida e íntima introducción entre los recién llegados, se puso a berrear del susto. El gnomo que lo había subido a su morueco sonrió algo desconcertado por entre su escasa barba y sujetó al pataleante niño con dulce firmeza para que no cayese y fuera golpeado, sin querer, por los cuernos de algún morueco. El llanto del crío tapó incluso el vocerío de los demás niños y el continuo golpeteo de la música de marcha qanuc, acompañada de flautas.

Binabik había notificado a Josua la próxima llegada de su gente, antes de llevarse al bosque a Simón, y el príncipe, por su parte, había hecho lo posible para preparar un recibimiento adecuado. Los moruecos fueron llevados a calientes cuadras instaladas en cuevas, y enseguida se pusieron a comer heno junto a los caballos de Nueva Gadrinsett, en perfecta armonía. Sisqi y el resto de los gnomos se encaminaron entonces a la gran Casa de la Despedida, azotada por el viento. En todo momento los rodeó una muchedumbre de boquiabiertos colonos. Las escasas provisiones que poseían los de Sesuad'ra fueron combinadas con la comida que para su viaje habían llevado los gnomos, y todos juntos compartieron un modesto almuerzo. Ahora ya eran bastante numerosos los ciudadanos de Nueva Gadrinsett, de manera que, con el agregado de las cinco veintenas de hombres y mujeres qanuc, por muy menudos que fuesen, llenaban la cavernosa sala sitha al máximo, pero la estrechez constituía también una fuente de calor. La comida no era abundante, pero la convivencia resultó excitante por lo exótica.

Sangfugol, vestido con sus mejores prendas —un jubón y unas calzas ya tal vez un poco raídas—, ofreció unas cuantas canciones antiguas de las que más gustaban al público. Los gnomos aplaudieron golpeando sus botas con las palmas de las manos, costumbre que di-

virtió mucho a los habitantes de Nueva Gadrinsett. Un hombre y una mujer qanuc, animados por sus congéneres, ejecutaron seguidamente una danza acrobática para la que emplearon dos de las ganchudas jabalinas que usaban sus pastores, y en la que abundaban los saltos y las volteretas. La gran mayoría de la gente de Nueva Gadrinsett, incluso quienes habían entrado en la sala con cierta reserva tocante a los pequeños extranjeros, celebró calurosamente a aquellos recién llegados. Sólo entre los pocos colonizadores procedentes de Rimmersgardia parecía haber una cierta incomodidad: la larga enemistad entre gnomos y rimmerios no podía ser barrida por un simple banquete y unos cuentos y danzas.

Simón presenciaba orgulloso el espectáculo. No bebía, porque la sangre aún le martilleaba la cabeza a consecuencia del *kangkang* de la noche anterior, pero se sentía tan agradablemente aligerado como si acabara de beberse un odre entero. Todos los defensores de Sesuad'ra agradecían la llegada de nuevos aliados..., cualesquiera que fuesen. Los gnomos eran menudos, pero Simón recordaba con qué bravura habían luchado en el Sikkihoq. Seguían siendo pocas las posibilidades de que el pueblo de Josua pudiera mantener a raya a Fengbald, pero al menos eran algo mejores que un día antes. Lo principal para Simón era, sin embargo, que Sisqi le había pedido, en tono muy solemne, que peleara al lado de los gnomos. Que él supiese, los qanuc nunca habían solicitado tal cosa de un *utku,* lo que constituía un gran honor para su persona. Los gnomos admiraban mucho su valentía, según Sisqi, y la lealtad demostrada a Binabik.

El joven caballero no pudo evitar complacerse pensando en ello, aunque de momento había decidido callarse la noticia. Aun así, sonrió satisfecho a todos los comensales con los que compartía la larga mesa.

Cuando apareció Jeremías, Simón lo obligó a sentarse a su lado. En compañía del príncipe y de la demás «gente importante», como el chico la llamaba, el que había sido aprendiz de candelero solía encontrarse más cómodo atendiendo a Simón en calidad de paje, cosa que a éste no le hacía ninguna gracia, en cambio.

—No es justo —gruñó Jeremías, con la vista fija en la copa que Simón había colocado delante de él—. Soy tu escudero, Simón, y no debiera sentarme a la mesa del príncipe. Tendría que servirte *a ti* el vino.

—¡Tonterías! —contestó Simón con un gesto de la mano—. Aquí, las cosas no funcionan de ese modo. Además, si tú hubieses salido del castillo cuando me fui yo, las aventuras habrían sido tuyas, y a mí me habría tocado quedarme con Inch en los sótanos...

—¡No digas eso! —exclamó Jeremías, con un súbito temor reflejado en los ojos—. ¡No sabes lo que...! Ni lo menciones —jadeó, procurando dominarse—. Tales cosas no me habrían sucedido a mí, Simón —añadió con expresión distinta, en la que el susto daba paso a una cierta nostalgia—. El dragón, aquellas gentes feéricas, todo... Si no te das cuenta de que eres especial, entonces... ¡entonces eres tonto! —concluyó después de una profunda respiración.

Esta conversación todavía hizo sentirse más incómodo a Simón.

—Especial o estúpido —refunfuñó—. ¡Decídete de una vez!

Jeremías lo miró como si le leyera los pensamientos. Por espacio de un momento pareció considerar la posibilidad de aceptar la invitación, pero luego hizo una mueca y sonrió burlón.

—Hum... «Especialmente estúpido» sería la expresión justa, ahora que lo has dicho.

Aliviado al pisar un terreno más firme, Simón metió los dedos en su copa de vino y salpicó de gotas la pálida cara de Jeremías.

—Y tú, paladín, no eres mejor que yo. ¡Te he ungido caballero, y ahora te pongo el nombre de «sir Estúpidamente Especial»!

Con toda solemnidad le echó a Jeremías unas cuantas gotas más. El muchacho gruñó y golpeó la copa, con lo que vertió el resto del vino sobre la camisa de Simón, y ambos comenzaron a forcejear, riendo y zarandeándose de un lado a otro como dos juguetones oseznos.

—¡Especialmente Estúpido!

—¡Estúpidamente Especial!

La lucha, aunque amistosa, se hizo pronto un poco más acalorada, y los invitados que se hallaban más cerca se retiraron para concederles más espacio. No obstante una cierta reserva, al príncipe Josua le costaba mantener la postura que consideraba digna. Lady Vorzheva, por su parte, reía abiertamente.

Los gnomos, cuyas grandes ocasiones eran celebradas en la sobrecogedora vastedad de Chidsik Ub Lingit y jamás incluían nada tan trivial como la pelea de dos amigos que se frotaban mutuamente el pelo con vino, presenciaban muy serios el espectáculo. Algunos se preguntaron en voz alta si del vencedor dependía algún augurio en particular; otros querían saber si para las creencias religiosas de sus anfitriones resultaría insultante que hicieran unas prudentes apuestas sobre quién ganaría. Referente a esto último, se llegó al común acuerdo de que lo que no se sabía no podía ofender. Las probabilidades de los combatientes cambiaron varias veces, cuando uno u otro parecía al borde de la derrota.

Pero, a medida que pasaba el rato y ni Simón ni Jeremías daban señales de rendirse, el interés de los gnomos fue en aumento. Porque, para que una lucha semejante se prolongara tanto en un banquete presidido por el Pastor y la Cazadora de esas gentes de las tierras bajas, tenía que tratarse de algo más que una simple pelea, en opinión de los más cosmopolitas de los qanuc. O quizás aquello fuese una complicada clase de danza, mediante la cual pedían suerte y fuerza a los dioses para la próxima batalla. Otros creían que sólo era un combate por el derecho a poseer una mujer. Si lo hacían los moruecos por la hembra, ¿por qué no los de las tierras bajas?

Cuando, por fin, Simón y Jeremías se dieron cuenta de que casi todo el mundo estaba pendiente de ellos, la lucha cesó en el acto. Los dos turbados contendientes, colorados y sudorosos, se sentaron debidamente en sus sillas para dedicar toda su atención a la comida, sin atreverse a mirar a nadie. Los gnomos susurraron decepcionados. ¡Qué lástima que ni Sisqi ni Binabik se hallasen allí presentes, para traducir sus preguntas acerca del extraño rito! Habían perdido la ocasión de aprender algo sobre las costumbres de los *utku,* al menos de

momento.

Fuera, Binabik y su prometida estaban hundidos hasta los tobillos en la nieve que cubría las desgastadas baldosas del Jardín de Fuego. El frío no les preocupaba en absoluto. La primavera, aunque avanzada, podía ser mucho peor en Yiqanuc, y hacía mucho tiempo que no estaban juntos y solos.

La encapuchada pareja permanecía muy junta, cara a cara, y cada cual calentaba las mejillas del otro con el aliento. Binabik quitó suavemente de la mejilla de Sisqi una blanca partícula medio derretida.

—¡Todavía estás más guapa que antes! —dijo—. Llegué a creer que mi soledad me jugaba malas pasadas, pero realmente eres aún más encantadora de como yo te recordaba.

Sisqi rió y lo estrechó contra sí.

—¡Lisonjas, Hombre Cantor, lisonjas! ¿Acaso practicaste tus adulaciones con esas enormes mujeres de las tierras bajas? ¡Cuidado, porque alguna podría ofenderse y aplastarte como una mosca!

Binabik frunció el entrecejo en broma.

—¡Yo no veo a nadie más que a ti, Sisqinanamook, ni he mirado a ninguna otra mujer desde que, por primera vez, tus ojos se abrieron delante de los míos!

Ella se abrazó a su pecho y lo apretó tanto como pudo. Cuando soltó a Binabik, dio media vuelta y se puso a caminar de nuevo. El gnomo echó a andar a su lado.

—Tus noticias me llenaron de tranquilidad —dijo—. Estuve angustiado por la suerte de nuestro pueblo desde el día en que dejé el lago del Lodo Azul.

Sisqi se estremeció.

—Ya saldremos adelante. Los hijos de Sedda siempre se las apañan de un modo u otro. ¡Ay, pero no sabes lo que me costó convencer a mis padres para que me dejasen traer, al menos, este pequeño grupo de qanuc! Fue más difícil que extraer una piedra de la pata de un morueco furioso.

—El Pastor y la Cazadora quizá se hayan resignado a aceptar la verdad de lo escrito por Ookequk —señaló Binabik—, mas no porque una cosa desagradable resulte ser cierta, es más sabrosa al paladar. En cualquier caso, Josua y los demás están sumamente agradecidos. ¡Cada brazo y cada ojo significa una ayuda! Aunque tal vez no de buena gana, el Pastor y la Cazadora nos han hecho un gran bien. Y tú, Sisqi, ¡igual! ¡Muchas gracias, además, por tu amabilidad para con Simón!

Sisqi lo miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Le pediste que se uniera a nuestras tropas qanuc. ¡Eso representa mucho para él!

Ella sonrió.

—No fue ningún favor, cariño. Es un honor que de sobra tiene merecido, y todos decidimos concedérselo. No sólo yo, Binabik, sino también todos los que vinieron conmigo.

El gnomo quedó extrañado.

—¡Pero si no conocen a Simón!

—Algunos sí. Varios de los que sobrevivieron a nuestro descenso del Sikkihoq figuran entre los cien. ¿No viste a Snenneq? Y quienes estuvieron en el Sikkihoq contaron las historias a los demás. Tu joven amigo causó una profunda impresión en nuestro pueblo, cariño.

—El joven Simón... —murmuró Binabik, y pensó durante unos momentos en las palabras de Sisqi—. Resulta extraño, pero me consta que dices la verdad.

—Por cierto que tu amigo ha crecido mucho desde que nos separamos junto al lago. Supongo que lo habrás observado.

—Sé que no te refieres a su estatura, porque siempre fue muy alto, incluso para uno de su raza. Sisqi rió y volvió a abrazarlo.

—No, claro que no me refería a su estatura. Quiero decir que, desde que bajó de nuestras montañas, ha adquirido el aspecto de quien está ya en el camino de la hombría.

—Los de las tierras bajas no tienen nuestras costumbres, mi amor. Sin embargo creo que, en efecto, Simón emprendió en este último año el camino de la hombría. Y aún no lo ha recorrido del todo, en mi opinión —señaló, tomando una mano de Sisqi entre las suyas—. Pero lo cierto es que yo he sido injusto con Simón al suponer que vuestra propuesta era sólo por amabilidad. Es joven y cambia rápidamente. Es posible que, al estar tan cerca de él, yo no vea su transformación tan bien como tú.

—Tú ves las cosas con más claridad que cualquiera de nosotros, Binbiniqegabenik. Por eso te quiero tanto, y por eso mismo no puedo permitir que te suceda nada malo. No dejé en paz a mis padres hasta que logré venir junto a ti con un grupo de soldados de tu propio pueblo.

—¡Ay, Sisqi! —exclamó él con tristeza—. Ni miles y miles de los más valerosos gnomos podrían mantenernos a salvo en unos tiempos tan terribles. ¡Pero tenerte a mi lado significa para mí más que un millón de lanzas!

—Otra lisonja —rió Sisqi—. ¡Pero suena tan bien!

Cogidos de la mano, continuaron su paseo por la nieve.

Las provisiones eran escasas, pero la madera abundaba. En el interior de la Casa de la Despedida, la leña formaba un montón tan grande que el humo ennegrecía el techo. En circunstancias normales, a Simón lo habría desconcertado ver tan sucio el lugar sagrado de los sitha, pero aquella noche lo consideraba sencillamente necesario: un gesto espléndido y feliz en una época de pocas esperanzas. El joven contempló el círculo de gente formado alrededor de la fogata, una vez finalizada la cena.

La mayoría de los colonos había regresado a sus tiendas y cuevas, cansada después de un largo día y una inesperada celebración. También algunos gnomos habían salido, varios para ocuparse de los moruecos —«porque ¿qué saben los de las tierras bajas respecto de las ovejas?», se decían—, y otros para acostarse en las cavernas que la gente del príncipe había preparado para ellos. Ahora, Sisqi y Binabik estaban sentados a la mesa con el príncipe. Conversaban en voz baja, y

sus rostros reflejaban una seriedad mucho mayor que la del resto de los asistentes, que se pasaban de unos a otros los preciosos odres de vino. Simón vaciló unos instantes y luego se dirigió hacia el grupo instalado cerca del fuego.

Vorzheva había dejado la mesa principesca y se encaminaba a la puerta. La duquesa Gutrun iba a su lado, sosteniéndola con delicadeza por el codo, como una madre dispuesta a frenar a una hija demasiado impulsiva, pero cuando Vorzheva vio a Simón, se detuvo.

—¡Ahí estáis! —dijo, y lo llamó con un gesto de la mano.

La criatura que se desarrollaba en su seno empezaba a abultarle el cuerpo.

—Mi señora... ¡Duquesa...!

Simón se preguntó si debía inclinarse ante ellas, pero entonces recordó que ambas lo habían visto pegarse con Jeremías, lo que lo hizo sonrojarse y bajar la cabeza para esconder la cara.

Vorzheva pareció sonreír.

—Dice el príncipe Josua que esos gnomos son vuestros fieles aliados, Simón... ¿O debo llamaros sir Seomán?

El joven se sentía cada vez más violento, y las mejillas le ardían.

—Por favor, señora, ¡simplemente Simón!

Y, después de echar una mirada furtiva a las damas, se enderezó despacio.

La duquesa Gutrun se reía.

—¡No os pongáis tan nervioso, muchacho, por Dios! Dejadlo que se reúna con los demás, Vorzheva. Es joven y querrá permanecer levantado hasta muy tarde, bebiendo y bromeando.

Vorzheva la miró con cierta dureza, pero su expresión se dulcificó enseguida.

—Sólo quería decirle... Sólo quería deciros —repitió, de cara a Simón— que me gustaría saber más cosas sobre vos. Siempre había creído que, desde la partida de Naglimund, *nuestra* vida era extraña, pero al explicarme Josua lo visto por vos...

Aquí hizo una pausa y, a la vez que esbozaba una sonrisa un poco triste, extendió los largos dedos sobre su estómago.

—¡Buena cosa, por cierto, la de traernos ayuda! ¡Nunca había visto nada semejante a esos gnomos! —agregó.

—Hace tiempo que conocéis a Binabik—intervino Gutrun, disimulando un bostezo con la mano.

—Sí, pero ver a un solo ser menudo es distinto que encontrarse de repente con tantos —respondió Vorzheva, y miró a Simón como si esperara su apoyo—. ¿Me entendéis?

—Perfectamente, señora. La primera vez que estuve en la ciudad de los gnomos, donde hay centenares de cuevas en la ladera de la montaña, puentes colgantes de cuerda y muchos más qanuc de los que os podáis imaginar, niños, jóvenes y viejos, fue... fue también diferente que conocer sólo a Binabik.

—Exacto —asintió Vorzheva—. Bien; vuelvo a daros las gracias. Algún día quizá podáis venir a contarme más cosas de vuestros viajes. Ahora me siento mareada con frecuencia, y a Josua le preocupa que

salga a caminar —explicó con una nueva sonrisa, en la que no dejaba de haber un toque de amargura—, por lo que me distrae tener compañía.

—Con mucho gusto, señora. Será un honor para mí.

Gutrun tiró de la manga a Vorzheva.

—Debemos irnos. Dejad que este joven celebre la ocasión con sus amigos.

—¡Claro! ¡Buenas noches, Simón!

—¡Señoras...!

El caballero hizo otra reverencia, ésta un poco más afortunada que la primera. Por lo visto, era algo que mejoraba con la práctica.

Sangfugol alzó la vista cuando Simón se presentó junto al fuego. El arpista parecía cansado. El viejo Towser estaba a su lado, enzarzado en un incoherente razonamiento que Sangfugol parecía haber abandonado un rato antes.

—¡Hola! —exclamó el arpista—. ¡Sentaos y bebed un poco de vino!

Y ofreció el odre a Simón, que tomó un trago para no ser descortés.

—Me gustó vuestra canción de esta noche. La que trataba de un oso —dijo.

—¡Ah, la de Osagal! Es buena, sí. Recordé vuestro comentario de que había osos en el país de los gnomos, y pensé que les haría gracia.

Simón no se atrevió a indicarle que sólo uno de los cien invitados entendía la lengua westerling, y que igual podía haber cantado algo referente a las aves de los pantanos. No obstante, y aunque los qanuc no habían entendido nada, se habían divertido con los vigoroso coreos y las cómicas expresiones de Sangfugol.

—¡Desde luego aplaudieron mucho! —comentó Simón—. Llegué a temer que se hundiera el techo.

—¿Y os fijasteis en cómo aplauden los gnomos? ¡Golpeándose las botas!

Al pensar en su triunfo, Sangfugol se enderezó visiblemente. Sin duda era el único arpista aplaudido por pies de gnomos... Ni siquiera del legendario Eoin-ec-Cluias se decía tal cosa.

—¿Las botas? —inquirió Towser, a la vez que se inclinaba para agarrarse a la rodilla de Sangfugol—. ¿Y quién les enseñó a utilizar botas, además? ¡Me gustaría saberlo! Porque los salvajes de las montañas no las llevan.

Simón estuvo a punto de replicar algo, pero el arpista meneó la cabeza, molesto.

—¡No digas tonterías, Towser! ¿Qué sabes tú acerca de los gnomos?

El bufón miró a su alrededor, avergonzado, y la nuez le subía y bajaba en el cuello.

—Sólo encontré raro que... ¿Y vos conocíais a esos seres menudos, hijo? —le preguntó a Simón.

—Sí. Binabik es mi amigo. Ya lo viste aquí con frecuencia, ¿no?

—Lo vi, lo vi —afirmó Towser, aunque sus lagrimosos ojos delataban vaguedad.

Simón no estaba seguro de que el bufón se acordara de Binabik.

—Después de dejar Naglimund y encaminarnos a la montaña del dragón —explicó el joven con cuidado—, a aquella montaña que *tú* nos ayudaste a encontrar, Towser, gracias a lo que sabías sobre la espada llamada *Espina...,* cuando hubimos subido a la montaña, fuimos al lugar donde vive la gente de Binabik, y allí nos presentaron a sus reyes. Pues bien: ahora nos han enviado a estos gnomos para que luchen a nuestro lado.

—¡Ah, muy amables! ¡Muy amables! —exclamó el bufón, aunque bizqueando receloso en dirección al grupo más próximo de gnomos, sentados al otro lado del fuego. Se trataba de media docena de hombrecillos, que reían divertidos y arrojaban dados al suelo cubierto de húmedo serrín. Al añoso bufón se le iluminó el rostro al agregar—: ¡Y están aquí gracias a lo que dije yo!

Simón vaciló un poco, pero al fin asintió.

—En cierto sentido, sí ¡Es verdad!

—¡Ah! —rió Towser mostrando los raigones de los pocos dientes que le quedaban. Se lo veía realmente feliz—. Fui yo quien les hablé a Josua y a todos los demás de la espada, ¿o no? ¡Les hablé de las dos espadas! ¿Qué hacen esos gnomos? —preguntó de pronto.

—Juegan a los dados.

—Pues, dado que están aquí debido a mi intervención, creo que debo enseñarles a jugar bien. ¡Que aprendan el Cuerno del Toro!

El bufón avanzó a trompicones hacia donde los qanuc jugaban, se dejó caer entre ellos con las piernas cruzadas y empezó a explicarles el nuevo juego. Los gnomos rieron entre dientes ante su obvia embriaguez, pero al mismo tiempo les hizo gracia su visita. Pronto, Towser y los recién llegados estuvieron inmersos en la hilarante demostración cuando el bufón, ya bastante atontado por la bebida y por toda la excitación de la velada, intentaba aclarar los más delicados matices del juego de dados a un grupo de diminutos hombrecillos de las montañas... que no entendían sus palabras.

Muerto de risa, Simón se volvió hacia Sangfugol.

—Eso lo tendrá ocupado durante un par de horas, por lo menos.

El arpista puso cara de ciruelas agrias.

—¡Lástima que no se me haya ocurrido a mí! Lo habría enviado hace rato a dar la lata a los gnomos.

—No tenéis por qué ser el guardián de Towser. Estoy convencido de que, si le decís a Josua cuánto os molesta esa obligación, encargará la tarea a otra persona.

—No es tan sencillo —respondió Sangfugol.

—¿Por qué?

De cerca, Simón pudo distinguir un oscuro polvillo en las superficiales arrugas formadas alrededor de los ojos de Sangfugol, así como un tiznajo en su frente, debajo mismo de sus rizados cabellos castaños. El arpista parecía haber perdido bastante de su anterior afectación, pero Simón se preguntó si aquello era bueno, porque un Sangfugol despeinado resultaba tan poco natural como una Raquel desaliñada o un Jiriki torpe.

—Towser era un buen hombre, Simón —comenzó el arpista des-

pacio y a regañadientes—. No; no es justo decir esto. Sigue siendo un buen hombre, supongo, pero ahora lo veo viejo e insensato, y siempre que puede se emborracha. No es una persona maliciosa, pero cansa. En el inicio de mi profesión, él se tomó tiempo para ayudarme pese a que no me debía nada. Lo hizo simplemente por amabilidad. Me enseñó canciones y melodías que yo desconocía, y me indicó cómo debía emplear la voz para que no me fallara en momentos de compromiso. ¿Cómo puedo, pues, darle la espalda, sólo porque me aburre?

Las voces de los gnomos cercanos habían aumentado de volumen, pero lo que al principio pudo parecer el comienzo de una discusión, resultó ser el surgir de un gutural y agitado canto. La melodía era extraña al máximo, pero su humor se hacía tan evidente aunque nadie entendiera la letra, que hasta Towser, sentado en medio del pequeño grupo de intérpretes, reía y daba palmadas la mar de feliz.

—¡Míralo! —señaló Sangfugol, no sin asombro—. ¡Es como un chiquillo! Quizá todos nos volvamos como él, algún día. ¿Cómo puedo odiarlo? Tampoco odiaría a un niño que no supiera lo que hace.

—Sin embargo, parece volveros loco.

El arpista soltó un bufido.

—¿Acaso los niños no vuelven a veces locos a sus padres? Pero luego, con el paso de los años, son los padres quienes se hacen niños otra vez y, entonces, se vengan en sus hijos, porque lloran y escupen la comida y se producen quemaduras en el fogón, y el padecimiento es para los hijos. Yo mismo deseaba alejarme de mi madre, cuando partí en busca de fortuna —confesó con una risa carente de alegría—, y... ¡ya veis lo que conseguí con mi deslealtad!

Seguidamente señaló de nuevo a Towser, quien con la cabeza hacia atrás cantaba con los gnomos, sin pronunciar las palabras de éstos y de manera tan discordante como un perro que le ladrase a la luna.

La sonrisa que eso produjo en Simón desapareció pronto. Por lo menos, Sangfugol y otros podían elegir entre permanecer o no permanecer con los padres. Para los huérfanos como él, la cosa era distinta.

—En otros casos, en cambio, sucede lo contrario —continuó Sangfugol mirando a Josua, que seguía en profunda conversación con el qanuc—. Hay quienes, aunque sus padres hayan muerto, no pueden soltarse de ellos. A veces, el príncipe casi parece tener miedo de moverse, por temor a tener que pasar a través de la sombra del recuerdo del viejo rey Juan —comentó el arpista con una extraña mezcla de amor y enojo hacia su señor.

También Simón observó el rostro alargado e intranquilo de Josua.

—Vive preocupado —dijo.

—Sí; aunque no le sirva de nada.

En ese momento regresó tambaleante el bufón. El *kangkang* de los gnomos había surtido su efecto en él, ahora en un diferente y más despejado estado de embriaguez.

—Estamos a punto de ser atacados por Fengbald y sus mil soldados, Sangfugol —replicó Simón—. Josua tiene buen motivo para sus tribulaciones. Ya sabéis que, en ocasiones, a los quebraderos de cabeza

se los llama «hacer planes».

—Lo sé, sí, y no lo critico como jefe militar. Si alguien es capaz de encontrar el modo de ganar esta batalla, será nuestro príncipe. Pero a veces pienso, Simón, que si Josua se mirara los pies en algún momento y viese la de hormigas y pulgas que mata a cada paso que da, nunca volvería a caminar. No puedes ser jefe, y mucho menos rey, si cada herida infligida a una persona de tu pueblo te duele como si te la hubieran hecho a ti. Josua sufre demasiado, y nunca podrá ser feliz en un trono.

Towser, que lo había escuchado, intervino con ojos brillantes:

—¡Desde luego, es digno hijo de su padre!

Sangfugol puso cara de fastidio.

—Ya vuelves a decir tonterías, viejo compañero. Juan el *Presbítero* era todo lo contrario, como es de sobra sabido..., y como tú debieras saber mejor que nadie.

—Sssí — admitió el bufón en tono solemne, inesperadamente serio el rostro—. Sí...

Y después de un momento de silencio, cuando parecía que iba a añadir algo, dio media vuelta y se alejó de nuevo.

Simón trató de olvidar la extraña respuesta del bufón y le preguntó a Sangfugol.

—¿Cómo puede no sufrir un buen rey cuando su pueblo lo pasa mal? ¿No es lógico que se preocupe?

—¡Claro que lo es, por la sangre de Aedón! En caso contrario, no sería mejor que el loco de su hermano. Pero... decidme: si os producís un corte en el dedo, ¿os metéis en la cama para no levantaros hasta que la herida se haya curado? Yo más bien creo que os restañáis la sangre y seguís con vuestra tarea.

Simón reflexionó sobre ello.

—Queréis decir que Josua es como el granjero de aquel viejo cuento, que llevó a la feria su más hermoso y grueso cerdo y luego no tuvo valor para mandarlo sacrificar, de modo que él y su familia se murieron de hambre y el único que sobrevivió fue el animal...

El arpista soltó una carcajada.

—Algo parecido, aunque yo no digo que Josua debiera dejar matar como cerdos a su pueblo. Simplemente, a veces suceden cosas malas, por mucho que trate de impedirlo un príncipe amable.

Sentados de cara al fuego, Simón pensaba en lo expuesto por el amigo. Cuando, por fin, Sangfugol decidió que Towser estaba a salvo en compañía de los qanuc, a quienes el viejo bufón enseñaba con empeño una balada de dudosa procedencia, se retiró a dormir. Simón escuchó el curioso concierto durante un rato, hasta que empezó a dolerle la cabeza. Entonces fue al encuentro de Binabik para conversar brevemente con él.

El gnomo amigo hablaba todavía con Josua pese a que Sisqi estaba ya prácticamente dormida y tenía la cabeza apoyada en el hombro de su prometido, medio cerrados los ojos de largas y espesas pestañas. La joven qanuc le sonrió un poco atontada, al verlo llegar, mas no dijo nada. La pareja y Josua se hallaban ahora en compañía del fornido

alcaide Freosel y de un tipo delgado y ya entrado en años que Simón no reconoció. Tardó unos instantes en comprender que debía de ser Helfgrim, otrora gobernador de Gadrinsett y que había huido del campamento de Fengbald.

Al observar a ese Helfgrim, Simón recordó las dudas que respecto de él tenía Geloë. Realmente se lo veía nervioso e inquieto mientras hablaba con el príncipe, como si tuviera miedo de decir lo que no le convenía y hacer caer sobre sí mismo un castigo terrible. El joven caballero no pudo dejar de preguntarse hasta qué punto merecía confianza aquel hombre de aspecto poco sereno, pero enseguida se arrepintió de sus malos pensamientos. ¿Quién sabía qué tormentos habría sufrido el pobre Helfgrim? ¿Acaso él mismo, Simón, no había vagado por los bosques como una bestia salvaje, después de su huida de Hayholt? ¿Lo habría considerado muy digno de confianza quien lo hubiera visto en semejantes condiciones?

—¡Hola, amigo Simón! —exclamó Binabik—. Me alegra verte. Estoy ocupado en algo para lo que mañana necesitaré tu ayuda.

—Bien.

—En realidad se trata de dos cosas. La primera es que debo enseñarte algo de lengua qanuc, para que puedas hablar con mi gente cuando llegue el momento de la batalla.

—Claro —contestó Simón, satisfecho de que Binabik recordara ese detalle. Expuesto el asunto en la seria presencia de Josua, la cosa adquiría mayor importancia—. Es decir, siempre que cuente con el permiso del príncipe para luchar junto a los qanuc —agregó, mirando a Josua.

—El pueblo de Binabik resultará aún más eficaz si entiende lo que necesitamos de él —señaló el príncipe—. Además, vuestra presencia contribuirá a su mayor seguridad. Tenéis mi permiso, Simón.

—Gracias, Alteza. ¿Qué más hay, Binabik?

—Hemos de recoger todas las barcas pertenecientes a los habitantes de Nueva Gadrinsett. Tienen que sumar dos veintenas.

—¿Barcas? ¡Pero si el lago que rodea Sesuad'ra está helado! ¿Para qué nos servirán?

—Las barcas tal como están, para nada —explicó el gnomo—. Pero sí nos serán útiles algunas partes de ellas.

—Binabik tiene un plan para la defensa de esta plaza —intervino Josua, aunque parecía dudar del éxito.

—No es sólo un plan —aclaró Binabik, sonriente de nuevo—. No se trata de una idea que haya aterrizado en mi cabeza como una piedra, sino de un sistema qanuc que quiero enseñaros a los *utku,* y que constituirá una gran suerte para vosotros.

El gnomo rió, satisfecho de sí mismo.

—¿Qué es?

—Te lo diré mañana, cuando nos dediquemos a buscar las barcas.

—Otra cosa, Simón —indicó Josua—. Ya sé que hablé anteriormente de ello, pero vale la pena repetirlo. ¿Creéis que existe alguna posibilidad de que vengan vuestros amigos los sitha? Este es su lugar sagrado, ¿no? Es de esperar que deseen defenderlo…

—Lo ignoro, príncipe Josua. Como ya os informé, Jiriki parecía opinar que sería difícil convencer a su pueblo.

—¡Lástima! —respondió Josua, pasándose los dedos por los cortos cabellos—. La verdad es que temo que seamos demasiado pocos, no obstante la llegada de estos valientes gnomos. El refuerzo que significarían los sitha sería una bendición para nosotros. La vida es extraña, ¿no? Mi padre se enorgullecía de haber obligado a esconderse a todos los seres de esa raza... Ahora, en cambio, su hijo ansia que los sitha vengan para ayudarlo a defender lo que queda del reino de Juan *el Presbítero.*

Simón bajó la cabeza, entristecido. ¿Qué podía contestar? El anciano gobernador, que había escuchado en silencio aquel intercambio de frases, miró ahora al joven caballero para examinarlo con detención. Y Simón, por su parte, trató de adivinar lo que había en su mirada, pero no descubrió nada.

—Despiértame cuando sea la hora, Binabik —pidió Simón—. Buenas noches a todos. ¡Buenas noches, príncipe Josua!

El canto de los gnomos y de los habitantes de las tierras bajas, sentados aún alrededor del gran fuego, había perdido empuje, y las melodías eran ahora lentas y melancólicas. Las llamas, ya no tan altas, ponían pinceladas de luz roja en las oscuras paredes.

El cielo de últimas horas de la mañana estaba casi limpio de nubes. El aire era gélido, y el aliento de Simón formaba pequeñas nubes delante de su cara. El y Binabik habían practicado unas cuantas palabras importantes de la lengua qanuc desde el alba. Simón demostraba más paciencia que de costumbre y hacía buenos progresos.

—Di «ahora» —ordenó Binabik con una ceja arqueada.

—*Ummu*

Qantaqa, que trotaba a su lado, alzó la cabeza y emitió un gruñido de protesta, al que siguió un breve aullido.

Binabik rió.

—La loba no entiende por qué le hablas. Sólo oía estas palabras de mí.

—Sin embargo, tú dijiste que los qanuc tenéis un lenguaje totalmente distinto del que habláis con los animales —señaló Simón mientras cerraba la enguantada mano para que los dedos no se le transformaran en carámbanos.

Binabik le dirigió una mirada de reproche.

—No utilizo con Qantaqa los mismos términos que empleamos para hablar con los moruecos, los pájaros o los peces. ¡Ella es mi amiga! Hablo con Qantaqa como lo haría con cualquier amigo.

—¡Ah! Y... ¿cómo dices «lo siento», Binabik? —preguntó, sin perder de vista a la loba.

—*Chem ea dok.*

El joven erkyno acarició el amplio lomo del animal.

—*Chem ea dok,* Qantaqa.

La loba pareció dedicarle una amplia sonrisa, y al respirar arrojó vapor.

—¿Adonde vamos? —inquirió Simón, tras caminar un poco más.

—Como te anuncié anoche, vamos a reunir las barcas. O, más exactamente, enviaremos a la herrería a sus dueños, porque Sludig y otros desmontarán allí las embarcaciones. Pero a cada persona le entregaremos esto —y el gnomo enseñó a Simón un fajo de trozos de pergamino, en cada uno de los cuales figuraba la runa de Josua—, para que todos tengan la palabra del príncipe de que recibirán el correspondiente pago a cambio.

Simón estaba desconcertado.

—No acabo de entender lo que te propones hacer. Esa gente necesita sus barcas para pescar y alimentar así a la familia.

—No cuando hasta los ríos están cubiertos de hielo —contestó Binabik—. Y, si no vencemos, poco importarán los planes que tuviesen los habitantes de Nueva Gadrinsett.

—¿Vas a explicarme de una vez cuáles son los *tuyo?.*

—Pronto, Simón, pronto. Así que hayamos terminado nuestra tarea de esta mañana, te llevaré a la herrería, y allí verás de qué se trata.

Juntos se encaminaron al poblado.

—Es probable que Fengbald ataque en breve.

—De eso estoy convencido —asintió Binabik—. El frío debe de mantener muy bajo el espíritu de sus hombres, por mucho oro que les pague el rey.

—¿Y no crees que son pocos para sitiarnos, Binabik? Incluso para mil hombres, Sesuad'ra es enorme.

—Soy de tu misma opinión —declaró el gnomo—. Josua hablaba de eso mismo con Freosel y otros, la noche pasada. Piensan que Fengbald no intentará asediar la Roca. En cualquier caso, dudo que sepa lo insuficientes que son nuestra preparación y nuestras provisiones.

—¿Qué hará, pues? Supongo que procurará arrollarnos —dijo, imaginándose cuáles podrían ser las ideas de Fengbald—. Tengo entendido que ese hombre no destaca precisamente por su paciencia.

El gnomo lo miró con interés, y sus oscuros ojos centellearon.

—Creo que aciertas, Simón. A mí también me parece lo más verosímil. Si tú pudiste conducir hasta el campamento de Fengbald a unos cuantos espías..., es de sospechar que él nos hizo vigilar del mismo modo. Sludig y Hotvig creen tener pruebas de ello. Vieron huellas de caballos y cosas por el estilo. El enemigo sabe, por consiguiente, que una ancha carretera sube a la cima, y, aunque Sesuad'ra puede ser defendida, tampoco es comparable a las murallas de un castillo, desde donde cabe arrojar piedras sobre los atacantes. Yo me figuro que Fengbald buscará vencer nuestra resistencia con ayuda de sus mejores y más terribles soldados, que correrán montaña arriba.

Simón consideró esa posibilidad.

—Contamos con más hombres de los que él calcula, ahora que tu gente está aquí. Quizá podamos resistir más de lo que Fengbald espera.

—Sin duda —admitió Binabik con brusquedad—. Pero al fin seremos derrotados. El enemigo encontrará otras maneras de subir. Porque, también al revés de lo que ocurre con un castillo, la Roca puede ser escalada por hombres decididos, por intenso que sea el frío y

resbaladiza que resulte la pared de piedra.

—¿Qué podemos hacer nosotros, pues? ¿Nada?

—¡Utilizar tanto el cerebro como el corazón, amigo Simón! —contestó Binabik con amable y amarilla sonrisa—. Por eso vamos en busca de las barcas o, más exactamente, de los clavos que mantienen unidas sus piezas.

—¿Clavos? —repitió Simón, todavía más extrañado.

—Ya lo verás. Pero ahora dime, deprisa, la palabra qanuc para «ataque».

—... *¡Nihuk!*—respondió Simón tras unos instantes de reflexión.

Binabik le propinó un pequeño empujón en la cadera.

—*¡Nihut!*—lo corrigió—. Con *t* final, y no *k.*

—*¡Nihut!*— pronunció Simón la palabra en voz alta.

Qantaqa gruñó al mismo tiempo que miraba a su alrededor en busca de un enemigo.

Simón soñó que se hallaba en el gran salón del trono de Hayholt, presenciando cómo Josua, Binabik y otros buscaban las tres espadas. Aunque registraban todos los rincones, levantaban cada tapiz e incluso miraban debajo de las faldas de malaquita de las estatuas de los anteriores reyes de Hayholt, sólo él parecía capaz de ver que la negra *Espina,* la grisácea *Dolor* y una tercera hoja plateada, que tenía que ser *Clavo Brillante,* la espada del rey Juan, estaban apoyadas de manera bien ostensible en el formidable trono de amarillento marfil, el Trono de Huesos de Dragón.

Pese a que Simón nunca había visto esa tercera espada desde una distancia inferior a los treinta metros, cuando vivía en Hayholt, distinguió con toda claridad, en su sueño, la empuñadura de oro en forma del Árbol sagrado y el filo tan pulido que incluso en el oscuro salón relucía. Las espadas descansaban una contra otra, los pomos en lo alto, como un extraño taburete de tres patas, y sobre ellas se extendía el enorme cráneo del dragón *Shurakai* con su horrible sonrisa, como si en cualquier momento fuese a engullirlas para que se perdieran definitivamente de vista. ¿Cómo no las descubrían Josua y los demás? ¡Pero si las tenían allí mismo! Simón trató de decírselo a sus amigos, mas no le salió la voz. Procuró entonces señalarles las armas y producir algún sonido que llamara su atención, pero... de pronto carecía de cuerpo. Era un fantasma, y sus queridos amigos y aliados cometían un tremendo, tremendo error...

—¡Levántate de una vez, diantre! —gritó Sludig, sacudiéndolo con fuerza—. Hotvig y sus hombres dicen que Fengbald se ha puesto en marcha. ¡Estará aquí antes de que el sol asome por encima de los árboles!

Simón se sentó en el lecho, todavía un poco atontado.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Qué?

—¡Que se acerca Fengbald! ¡Levántate ya, cuerno!

El rimmerio había retrocedido hasta la entrada.

—¿Dónde está Binabik?

El corazón le latía furioso mientras luchaba por despejarse del

todo. ¿Qué debía hacer él?

—Binabik ya está reunido con el príncipe Josua y los demás —contestó Sludig, evidentemente animado—. ¡Por fin alguien contra quien luchar!

Alzó la solapa de la puerta y salió.

Simón apartó torpemente la capa que lo cubría y se puso las botas, enganchándose la uña del dedo pulgar a causa de la prisa y de lo heladas que tenía las manos. Renegó en voz baja mientras se ponía la camisa de lana, buscó su cuchillo qanuc y se sujetó la funda a la correa. La espada que Josua le había dado seguía envuelta en su paño, debajo del jergón. Cuando la destapó, el acero se notaba gélido. Simón se estremeció. Fengbald se aproximaba. Había llegado el día de que habían hablado durante tantas semanas. Muchos morirían, quizás incluso antes de que el plomizo sol llegara a su punto más alto. Tal vez él mismo figurase entre las bajas.

—Malos pensamientos —murmuró mientras se abrochaba el cinto—. Mala suerte.

Hizo seguidamente la señal del Árbol para alejar de sí las imprecaciones. Tenía que darse prisa. Hacía falta.

Cuando revolvía un rincón de la tienda porque no encontraba sus guantes, dio con un bulto de extraña forma que Aditu le había entregado. Lo había tenido olvidado desde la noche de su escapada al Observatorio. ¿Qué contendría? Entonces recordó, de pronto, que Amerasu le había encargado dárselo a Josua.

«¡Ay, cielos! ¿Qué he hecho?»

¿Se trataba de algo que podría haberlos salvado? A lo mejor, en su atolondramiento y su despiste de cabezahueca, había olvidado un arma que quizás ayudase a salvar la vida a sus amigos... ¿O sería algo con que pedir auxilio a los sitha? ¿Y si era ya demasiado tarde?

El corazón le latió con renovada violencia ante la magnitud de su descuido. Agarró el envoltorio, notó la sorprendente y resbaladiza suavidad del tejido pese a la precipitación con que actuaba, y salió rápidamente a la glacial madrugada.

Una gran muchedumbre se reunía en la Casa de la Despedida, presa de una frenética actividad que parecía poder desembocar de un momento a otro en una ola de pánico. En medio del gentío, Simón halló a Josua, rodeado de un pequeño grupo del que formaban parte Deornoth, Geloë, Binabik y Freosel. El príncipe, del que había desaparecido todo rastro de indecisión, daba órdenes, revisaba planes y disposiciones y exhortaba a algunos de los más ansiosos defensores de Nueva Gadrinsett. El brillo que había en los ojos de Josua hizo sentir como un traidor a Simón.

—Alteza... —dijo, dio un paso adelante e hincó una rodilla en tierra delante del príncipe, que lo miró con cierta sorpresa.

—¡Levantaos, Simón! —intervino Deornoth con impaciencia—. ¡Hay mucho que hacer!

—Temo haber cometido un terrible error, príncipe Josua.

Este se obligó a prestarle unos momentos de atención.

—¿Qué queréis decir, hijo?

Hijo. La palabra impresionó a Simón. ¡Ojalá fuera Josua su padre! Había algo en aquel hombre que le hacía amarlo.

—Creo que hice algo imperdonable —confesó—. Algo para lo que no hay excusa.

—Exprésate con cuidado —murmuró Binabik—. ¡Di sólo aquello que realmente tiene importancia!

El semblante del príncipe Josua reflejó alivio a medida que Simón exponía con angustia su problema.

—Dadme el envoltorio —dijo, cuando el joven hubo terminado—. No tiene sentido atormentaros de tal modo mientras no sepamos qué contiene. A juzgar por vuestra cara, temía que hubieseis hecho algo que nos dejara desprotegidos. Probablemente se trata de una prueba de amistad.

—¿De..., de un regalo? —preguntó Freosel, extrañado—. ¿No puede encerrar peligro?

Josua se acuclilló y tomó el fardo. Para él resultaba difícil desatar el cordel con una sola mano, mas nadie se atrevió a ofrecerle ayuda. Cuando por fin lo hubo abierto, sostuvo en alto la bolsa, y algo empaquetado en una negra tela bordada le cayó sobre el regazo.

—Es un cuerno —dijo al retirar el tejido y alzar el objeto.

Estaba hecho de una sola pieza de marfil o hueso no amarilleado, toda ella cubierta de delicados trabajos de talla. La boquilla aparecía revestida de un metal plateado, y todo el cuerno pendía de un tahalí negro, tan ricamente labrado como la tela que había envuelto la pieza. Había algo raro en su forma, algo poderoso pero no del todo reconocible... Aunque en el cuerno se adivinaban su antigüedad y el mucho uso hecho de él, el objeto brillaba como si fuera nuevo. Simón se dio cuenta de que era una pieza poderosa. Pese a no ser como *Espina,* que a veces parecía respirar, el cuerno atraía la vista de una manera misteriosa.

—¡Precioso! —murmuró Josua, contemplándolo por todos lados, en un intento de descifrar los grabados—. Parecen ser runas, pero no entiendo nada.

—¿Me permitís? —dijo Binabik, y Josua le pasó el cuerno—. Son runas de los sitha, cosa que no debe sorprendernos, procediendo de Amerasu.

—Sin embargo, la tela y el tahalí son obra de mortales —señaló Geloë, en tono hosco—. Y eso resulta extraño.

—¿Entiendes esta escritura? —preguntó Josua, de cara a Binabik.

El gnomo meneó la cabeza.

—No así, a primera vista. Tendría que estudiar los signos.

—Quizá sepáis leer esto —señaló Deornoth y arrancó un trozo de reluciente pergamino del pabellón del cuerno. Lo desenrolló, emitió un silbido de sorpresa y se lo entregó a Josua.

—¡Está escrito en westerling! —exclamó el príncipe—. *«Que esto le sea entregado a su legítimo dueño cuando todo parezca perdido.»* Luego hay un signo raro... Parece una «A».

—El signo de Amerasu, claro —dijo Geloë con pena en su profunda

Librodot

voz—. Su signo.

—Pero... ¿qué puede representar? —inquirió Josua—. ¿Qué es, y quién es su legítimo dueño? Sin duda alguna, es una pieza de valor.

—Con perdón, príncipe —intervino Freosel, nervioso—, pero... quizá sea mejor no manejar una cosa así. ¡Quién sabe si encierra una maldición o algo por el estilo! Dicen que los obsequios de los Pacíficos pueden ser de doble filo.

—Pero si, por el contrario, ha de servir para pedir auxilio, ¡sería el colmo no utilizar el cuerno! ¡Si hoy somos derrotados, no *parecerá* todo perdido, sino que lo *estará!*

Josua vaciló unos segundos, pero después se llevó el cuerno a los labios y sopló. Cosa incomprensible, no se produjo sonido alguno. El príncipe examinó el interior del pabellón en busca de cualquier cosa obstructora, infló de nuevo las mejillas y sopló hasta quedar casi doblado y sin aliento, pero el cuerno permaneció silencioso. Josua se enderezó entre risas.

—Bien... Parece que yo no soy el legítimo dueño. Que pruebe otra persona; no importa quién.

Deornoth aceptó intentarlo, finalmente, pero no tuvo mejor suerte que el príncipe. Freosel declinó el ofrecimiento, y Simón fue el siguiente, mas, aunque bufó y bufó hasta que los ojos le hicieron chiribitas, el cuerno siguió mudo.

—¿Para qué sirve hacer esto? —jadeó Simón.

Josua se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe? En cualquier caso, Simón, no creo que nos hayáis causado ningún mal. Si el envío del cuerno tuvo un propósito, tal propósito no nos ha sido revelado aún.

Envolvió de nuevo el instrumento, lo guardó en la bolsa y depositó ésta junto a sus pies.

—Ahora tenemos otras cosas en que pensar. Si sobrevivimos al día de hoy, volveremos a dedicarnos a él. Tal vez Geloë o Binabik acierten a descifrar sus grabados. Traedme a todos los hombres, Deornoth, y haremos las disposiciones finales.

Binabik se apartó del grupo y tomó del brazo a Simón.

—Aún quedan unas cosas que debieras tener—dijo—, y luego conviene que vayas con tus qanuc.

Simón siguió al pequeño amigo a través de la creciente confusión de gente que llenaba la Casa de la Despedida.

—Confío en que tus planes funcionen, Binabik.

—Eso mismo espero yo —contestó el gnomo—. Lo haremos lo mejor posible. Es todo cuanto los dioses, o vuestro dios, o nuestros antepasados pueden pedir de nosotros.

En el más apartado rincón del muro occidental había una fila de hombres delante de una menguante pila de escudos de madera, algunos de los cuales aún presentaban manchas de musgo procedentes de su anterior existencia como cuadernas de barca. Sangfugol, que vestía una especie de prenda de batalla de un raído color gris, controlaba la distribución.

El arpista alzó los ojos.

—¡Ah, ya estáis aquí! Lo tenéis en el rincón. ¡Eh, tú, alto! —le gritó a un barbudo individuo de cierta edad que manoseaba el montón—. ¡Coge la madera de encima!

Binabik se dirigió al lugar indicado por Sangfugol y extrajo algo de debajo de un cúmulo de sacos. Era otro escudo de madera, pero que llevaba pintadas las armas creadas para Simón por Vorzheva y Gutrun: la negra espada y el blanco dragón, combinado todo ello con los colores de Josua, que eran el gris y el rojo.

—No es ciertamente una obra de arte —dijo el gnomo—, pero está hecho por una mano amiga.

Simón se inclinó para abrazarlo, tomó el escudo y lo golpeó con el dorso de la mano.

—¡Si es perfecto!

—Sólo quisiera que tuvieses más tiempo para ejercitarte con él, Simón. Porque no es fácil cabalgar, protegerse con el escudo y luchar a la vez.

Su expresión se hizo más preocupada cuando su pequeño puño estrechó los dedos del amigo.

—No cometas disparates, Simón. Tú eres de gran importancia y también mi pueblo lo es, pero... no olvides en ningún momento que lo más precioso que conozco estará contigo, asimismo —añadió, y por un momento apartó la redonda cara—. Es una cazadora de nuestro pueblo y más impetuosa que una tormenta, pero... ¡Qinkipa! no te imaginas cuánto desearía que Sisqi no se viera envuelta en la lucha de hoy...

—¿No estarás tú con nosotros? —preguntó Simón, sorprendido.

—No. Permaneceré junto al príncipe para actuar de mensajero, dado que Qantaqa y yo podemos movernos con gran agilidad y sin hacer ruido, mientras que un hombre más voluminoso y a caballo no tardaría en ser descubierto. De todos modos, será la primera vez que vuelvo a empuñar una lanza desde mi entrada en la edad viril, y me resultará extraño tenerla en la mano. «No» es la contestación a tu pregunta, Simón. No estaré con vosotros; al menos, no cerca. Así pues, mi buen amigo, cuida de Sisqinanamook. Si la proteges de cualquier desgracia, me quitarás del corazón un peso que podría acabar matándome. Y ahora ven —dijo, después de estrechar nuevamente la mano de Simón—. Nos quedan cosas por hacer. No basta con tener planes astutos, si luego no se llevan a cabo como es debido —concluyó al mismo tiempo que se daba un golpecillo en la frente y sonreía burlón.

Los defensores de Sesuad'ra se reunieron finalmente en el Jardín de Fuego, y allí estaban asimismo quienes formaban la retaguardia, todos juntos en el gran patio embaldosado. Aunque el sol había alcanzado ya una considerable altura sobre el horizonte, el día era oscuro y frío. Numerosos asistentes llevaban antorchas. Simón sintió una punzada al ver cómo las llamas fluctuaban en aquel espacio abierto, ya que le recordaron su visión del pasado. Mil sitha habían aguardado allí en su día, como ahora lo hacían sus amigos y aliados, lo que cambiaría sus vidas para siempre.

Josua se hallaba en lo alto del muro, con objeto de dominar a la

Librodot

muchedumbre allí apiñada. Simón, situado cerca de él, vio su expresión de disgusto. ¡Los defensores eran tan pocos, decía su mirada, y estaban tan mal preparados...!

—¡Pueblo de Nueva Gadrinsett y fieles aliados de Yiqanuc! —comenzó el príncipe—. No necesitamos hablar mucho sobre lo que nos espera. El conde Fengbald, que asesinó a las mujeres y los niños de su propio feudo de Falshire, se aproxima. Y debemos combatirlo. Poca cosa más tenemos que hacer, Fengbald es el instrumento de una poderosa fuerza maligna y, si no la detenemos aquí, nada habrá ya capaz de oponerse a ella. Una victoria nuestra no significará desbaratar al enemigo, pero una derrota sí que significaría una victoria total para Fengbald y lo que él representa. ¡Id, pues, y hacedlo lo mejor que podáis, tanto los que van a la lucha como quienes quedan atrás para cumplir otras tareas! No cabe duda de que Dios os contempla y verá vuestra valentía.

Los murmullos producidos al mencionar Josua las fuerzas del mal se convirtieron en vítores cuando el príncipe hubo acabado de hablar. Seguidamente, Josua tendió una mano al padre Strangyeard para ayudarlo a subir, con el fin de que diese la bendición a todos.

El archivero se alisó, nervioso, unos cuantos mechones de cabello.

—Estoy seguro de que me haré un lío —susurró.

—Sabéis perfectamente lo que debéis decir —gruñó Deornoth.

A Simón le constaba que la intención del caballero era buena, pero en la voz de éste había clara impaciencia.

—Temo no servir para sacerdote castrense.

—¡Ni necesitáis serlo! —replicó Josua con aspereza—. Ningún sacerdote lo necesitaría, si Dios hiciera todo lo que debiera.

—¡Príncipe Josua! —exclamó horrorizado el padre Strangyeard, aspirando el aire con fuerza para toser luego—. ¡Absteneos de blasfemar!

Pero el príncipe estaba ceñudo.

—Después de estos dos últimos años de tormento para todo el país, Dios tendría que haber aprendido a ser un poco... flexible. Estoy convencido de que comprenderá mis palabras.

Lo único que supo hacer Strangyeard fue sacudir la cabeza.

Finalizada la bendición, gran parte de la cual resultó inaudible para la gran multitud, Freosel subió al muro con la habilidad de una persona acostumbrada a trepar. El rechoncho alcaide se había hecho cargo mayormente de la difícil defensa, y la nueva responsabilidad parecía llenarlo de ánimos.

—¡Adelante, pues! —bramó, y su vozarrón llegó a cada uno de los centenares de hombres reunidos en aquel gélido y ventoso lugar—. ¡Ya habéis oído lo dicho por el príncipe Josua! ¿Qué más queréis saber? Lo que nosotros haremos, será defender nuestros hogares. ¡Hasta un tejón lo haría sin vacilar! ¿Vais a permitir que venga Fengbald y os arrebate el hogar y mate a vuestras familias? ¿Es eso lo que queréis?

El pueblo allí reunido respondió con una bulliciosa pero sincera negativa.

—Bien. ¡Adelante, pues!

A Simón lo impresionaron las palabras de Freosel. Sesuad'ra era también su hogar, al menos de momento. Y, si abrigaba alguna esperanza de encontrar algo más permanente, necesitaba sobrevivir al día de hoy y... era imprescindible rechazar al ejército de Fengbald. Se volvió hacia Snenneq y los demás gnomos que esperaban tranquilamente a cierta distancia de los restantes defensores, y les dijo.

—*¡Nenit, henimaatuya!* ¡Venid, amigos!

Y a continuación los condujo, con un gesto de la mano, hacia las cuadras donde los moruecos y su propia yegua aguardaban con paciencia.

No obstante el helor del día, Simón sudaba profundamente debajo del yelmo y de su cota de mallas. Cuando él y los gnomos dejaron la carretera principal para adentrarse vertiente abajo a través de la maleza, el joven se dio cuenta de que, en cierto sentido, estaba solo, y de que no tenía cerca de sí a nadie que realmente pudiera comprenderlo. ¿Qué sucedería si delante de los gnomos, quedaba como un cobarde, o le ocurría algo a Sisqi? ¿Qué, si defraudaba a Binabik?

Finalmente, Simón apartó de sí tales pensamientos. Muchas otras cosas requerían toda su concentración. No podía repetirse algo como su olvido del regalo de Amerasu.

Cerca ya de la base de la montaña y de los escondrijos más adecuados, junto al pie de la carretera, la compañía desmontó y situó del modo conveniente a los animales. La ladera estaba cubierta allí de helechos marchitos a causa del hielo, que se enganchaban a los pies y rasgaban las capas, de manera que tardaron casi una hora en elegir los lugares en que se apostarían y dejar por fin de hacer ruido. Una vez instalados todos, Simón salió del pequeño barranco escogido para ver la barricada de árboles talados formada por Sludig y otros en la falda de la gran roca, con objeto de obstruir la amplia carretera empedrada. Iba a ser su responsabilidad la de transmitir las órdenes del príncipe.

Al otro lado de la extensión de hielo que antes había sido el foso natural de Sesuad'ra, la orilla aparecía cubierta de una oscura y agitada masa, Simón necesitó unos momentos de asombro para darse cuenta de que, en efecto, se trataba del ejército de Fengbald, establecido a lo largo del borde de las heladas aguas. Aquello era más que un ejército, ya que, por lo visto, el conde había llevado consigo gran parte de la ilegalmente ocupada ciudad de Gadrinsett; tiendas, fogones y fraguas provisionales, todo ello esparcido por la zona, llenaban el pequeño valle de humos y vapores. Simón sabía que el ejército se componía sólo de unos mil hombres, aproximadamente, pero para quien no hubiera visto el ejército diez veces mayor que había asediado Naglimund, le habría parecido tan enorme como la legendaria formación de Anitulles, que en su día había llenado las colinas de Nabban como una manta de lanzas. De nuevo empezó a brotar el sudor de su frente. ¡El enemigo estaba tan cerca! Doscientas anas o más separaban las fuerzas de Fengbald de la secreta posición de Simón, pero aun así pudo distinguir claramente algunos rostros entre aquellos hombres armados. Eran personas, personas vivas, y venían a matarlo. Los compañeros, por su parte,

procurarían dar muerte al mayor número posible de atacantes. Cuando terminara el día, habría muchas nuevas viudas y montones de niños huérfanos.

Una inesperada melodía, semejante a un gorjeo, sobresaltó entonces a Simón. Al volverse en el acto, vio que uno de los gnomos se balanceaba lentamente de un lado a otro a la vez que de su garganta salía una dulce canción. Este qanuc, alertado por el súbito movimiento de Simón, lo miró interrogante. El joven jefe se esforzó en sonreírle y le hizo señal de que podía continuar. Instantes después, la quejumbrosa voz se alzó nuevamente en el aire, solitaria como un pajarillo en un árbol desnudo de hojas.

«¡No quiero morir! —pensó Simón—. Y... ¡Dios mío, haz que pueda volver a ver a Miriamele!»

De repente tuvo una visión de ella, el recuerdo de su último y desesperado momento junto al Stile, cuando el gigante se había precipitado sobre ellos mientras Simón acababa de encender la antorcha. Los ojos de la princesa habían reflejado temor pero también resolución. Miriamele era valerosa, se dijo entristecido, valerosa y encantadora. ¿Por qué no le habría confesado cuánto la admiraba..., aunque fuera una princesa?

Cerca de la barricada de troncos volcados, en la parte baja de la ladera, hubo un movimiento. Era Josua—cuyo mutilado brazo derecho lo hacía reconocible desde lejos— que trepaba al provisional muro. Tres individuos de capa y capucha se colocaron a su lado.

—¿Dónde está Fengbald? —gritó el príncipe, con las manos en forma de bocina—. *¡Fengbald!*

Su voz resonó por encima del helado lago y repercutió en las cavernas de las colinas que se alzaban al otro lado.

Al cabo de unos momentos, un pequeño grupo de figuras se destacó de la horda que llenaba la orilla y se adentró un poco en la superficie de hielo. En su centro destacaba, montado en un poderoso corcel, un hombre de armadura plateada y capa de un brillante color escarlata. Como cimera de su yelmo, que el jinete se había quitado y sostenía ahora bajo el brazo, llevaba un argénteo pájaro de alas extendidas. Los negros y largos cabellos de Fengbald eran agitados por el fuerte viento.

—Conque en efecto estáis ahí, ¿eh, Josua? —voceó el conde—. ¡Ya me lo suponía!

—Habéis invadido tierras libres, Fengbald. Aquí no reconocemos como rey a mi hermano Elías, porque sus crímenes le han quitado todo el derecho a gobernar las tierras de mi padre. Si retrocedéis ahora, sois libre de iros y darle a conocer nuestra postura.

Fengbald echó la cabeza hacia atrás, y rió como si aquello le resultara francamente divertido.

—¡Muy bien, Josua, muy bien! —bramó—. Ahora os toca a vos considerar mi ofrecimiento. Si os rendís de manera voluntaria a la justicia real, os prometo que todos vosotros, con excepción de los más culpables de vuestra traidora chusma, podréis ocupar de nuevo vuestros anteriores puestos como personas honorables. ¡Rendíos,

Josua, y salvaréis muchas vidas!

Simón se preguntó qué efecto podría tener tal promesa en el asustado y pesimista ejército de Nueva Gadrinsett. Sin duda, Fengbald se preguntaba lo mismo.

—¡Mientes, asesino! —gritó alguien cerca de Josua, pero éste alzó la mano para acallarlo.

—¿Acaso no hicisteis la misma promesa a los comerciantes en lanas de Falshire —contestó Josua—, antes de quemar vivos en sus lechos a sus esposas e hijos?

Fengbald se hallaba demasiado lejos para entender cada una de estas palabras, pero, a juzgar por el modo en que se enderezó en la silla hasta ponerse casi de pie en los estribos, Simón se imaginó que lo dominaba la rabia.

—¡No estáis en situación de permitiros semejante insolencia, Josua! —rugió el conde—. Vuestro principado consiste sólo en árboles y en unos cuantos pastores andrajosos y hambrientos. ¿Queréis rendiros y evitar así mucho derramamiento de sangre?

Una de las figuras situadas junto a Josua dio un paso adelante.

—¡Oídme!

Era Geloë, que se echó la capucha hacia atrás mientras hablaba.

—¡Enteraos de que soy *valada* Geloë, protectora del bosque! —anunció, al mismo tiempo que con un gesto del brazo señalaba la sombría espesura del Aldheorte, que asomaba a las cumbres de las colinas cual vasto y silencioso testimonio—. Puede que vos no me conozcáis, señor de las ciudades, pero vuestros aliados thrithingos sí que saben quién soy. Preguntadle al mercenario Lezhdraka si no recuerda mi nombre.

Fengbald no contestó, pero pareció conversar con alguien cercano a él.

—Si nos atacáis, tened en cuenta esto —voceó Geloë—. Este lugar, Sesuad'ra, es uno de los lugares más sagrados para los sitha. No creo que a ellos les gustara verlo estropeado por vuestra llegada. Si intentáis penetrar en Sesuad'ra por la fuerza, podéis encontraros con que los sitha son un enemigo mucho peor de lo que os figuráis.

Simón estaba seguro, o por lo menos eso pensaba, que las palabras de la hechicera constituían una inútil amenaza, pero aun así se descubrió deseando que Jiriki hubiese aparecido. ¿Era eso lo que un condenado sentía cuando miraba la hora desde el ventanuco? Simón tenía la triste certeza de que él y Josua y los demás de su grupo no podían ganar. El ejército de Fengbald era comparable a una terrible infección que hubiera invadido los nevados llanos del otro lado del lago, una plaga que acabaría destruyéndolos a todos.

—Ya veo —gritó entonces Fengbald— que no sois vos el único loco, sino que además os habéis rodeado de otros igualmente dementes. ¡Sea, pues! Decidle a esa vieja que se dé prisa y llame a sus espíritus del bosque. Tal vez acudan en vuestra ayuda los árboles. ¡A mí ya se me ha acabado la paciencia!

El conde movió la mano, y los hombres que ocupaban la orilla arrojaron una lluvia de flechas contra la Roca, pero ninguna alcanzó la

barricada y, en su gran mayoría, las saetas quedaron dispersas sobre el hielo. Josua y los suyos se refugiaron entre la maleza que rodeaba la enorme pila de troncos, volviendo a desaparecer así de la vista de Simón.

A otra voz de Fengbald, algo semejante a una gran barca se deslizó poco a poco superficie de hielo adentro. Esa máquina era arrastrada por robustos caballos de tiro protegidos con armaduras acolchadas, y causaba un continuo chirrido, tan horrible, que parecía producido por una carreta cargada de almas en pena. El fondo de esa especie de trineo iba lleno de abultados sacos.

Pese al repentino temor que lo dominaba, Simón no pudo dejar de menear la cabeza. Alguien sabía planear bien en el campamento de Fengbald.

Cuando el gran trineo avanzó por la helada superficie, el escaso enjambre de flechas de los defensores —que, en primer lugar, disponían de pocas y, además, Josua había indicado a sus hombres que malgastaran el menor número posible— saltó con bastante ineficacia de los arcos, o se clavó inútilmente en la armadura de los caballos, que pronto adquirieron el aspecto de una extraña especie de puercos espines de largas patas. Por donde pasaba el trineo, sus patines en forma de cruz arañaban el hielo. De unos agujeros hechos en la montaña de sacos, una espesa lluvia de arena caía bajo el inclinado suelo del vehículo para extenderse por la blanca capa que cubría el lago. Los soldados de Fengbald, que seguían al trineo en amplia columna, encontraban una base mucho más firme de lo que Josua y los demás defensores habían podido imaginar.

—¡Que Aedón maldiga a toda esa gente! —murmuró Simón, cuyo corazón parecía hundírsele en el pecho.

El ejército del odiado conde, una columna pulsante como un río de hormigas, avanzaba a través del foso.

Uno de los gnomos, muy abiertos los ojos, dijo algo que Simón sólo entendió en parte.

—*Shummuk.*

Por primera vez, Simón sintió que el miedo se enroscaba en su interior como una serpiente, destrozando todas las esperanzas. Aunque todo resultara ahora muy dudoso, él debía atenerse al plan.

«Espera. Hemos de esperar.»

Lejos de Sesuad'ra, y al mismo tiempo extrañamente cerca, se produjo un movimiento en el corazón del viejo bosque de Aldheorte. Allí donde la espesura era tal que apenas penetraba en ella la nieve que cubría el resto de las selvas desde hacía meses, un jinete surgió de entre dos menhires e hizo dar varias vueltas por el centro del escondido calvero a su impaciente montura.

—¡Salid! —gritó en la lengua más antigua de Osten Ard. Su armadura, azul, amarilla y plateada, estaba tan bruñida que centelleaba.

—¡Atravesad la Puerta de los Vientos!

Otros jinetes y sus monturas se abrieron paso entre las dos gran-

des piedras verticales hasta que el valle se llenó de la niebla de sus respiraciones.

El primer cabalgador detuvo a su animal delante del grupo allí reunido, y alzó una espada con tanto ímpetu como si quisiera perforar las nubes. Sus cabellos, sujetos sólo con una tira de tela azul, habían sido antes de un tono liláceo. Ahora eran blancos como la nieve sobre las ramas de los árboles.

—¡Seguidme a mí y a *Indreju,* la espada de mi abuelo! —voceó Jiriki—. ¡Vamos a ayudar a nuestros amigos! ¡Por primera vez en cinco siglos, los *zida'ya* vamos a cabalgar!

Los demás levantaron también sus armas, blandiéndolas de cara al cielo, y empezó a sonar una misteriosa canción, grave como las voces de los avetoros de las zonas pantanosas, salvaje como el aullido de un lobo, hasta que todos la entonaron y la fuerza del extraño himno sacudió el claro.

—¡Fuera, Casas del Amanecer! —gritó Jiriki con expresión fiera, ardiéndole los ojos como carbones encendidos—. ¡Salid, salid y haced temblar a nuestros enemigos! ¡Los *zida'ya* cabalgamos de nuevo!

Jiriki y el resto —su madre, Likimeya, montada en su poderoso caballo negro; Yizashi *Lanza Gris* el intrépido Cheka'iso *Rizos de Ámbar,* e incluso Khendraja'aro, el tío de Jiriki siempre vestido de verde, con su arco— espolearon a sus caballos y salieron del calvero entre gritos y cantos. Era tanto el alboroto armado, que los árboles parecieron echarse hacia atrás para dejarlos pasar, y el viento calló unos instantes, como si se avergonzara.

Librodot

11

El camino de retorno

Miriamele se encogió dentro de su capa, en un intento de pasar inadvertida. Tenía la sensación de que cada persona que transitaba por su lado se detenía un momento a mirarla: tanto los esbeltos wrans, de serenos ojos castaños y rostros rigurosamente carentes de expresión, como los comerciantes perdruineses, de galas siempre un poco raídas. Todo el mundo parecía fijarse en la presencia de la muchacha de pelo muy corto, vestida además con un sucio hábito de monje, y eso ponía muy nerviosa a Miriamele. ¿Por qué se entretenía tanto Cadrach? No debería haberlo dejado entrar solo en la posada.

Cuando por fin reapareció Cadrach, su cara reflejaba satisfacción, como si acabase de cumplir una misión inmensamente difícil.

—Queda más abajo, junto al muelle de las gabarras de turba. Tendría que haberme acordado. Un barrio no demasiado recomendable.

—Ya estuvisteis bebiendo vino —lo acusó ella en un tono más cortante del que hubiera querido, pero hacía frío y estaba nerviosa.

—¿Cómo podía esperar de un tabernero que me facilitara una dirección, si no hacía algún gasto?

No era fácil sacar de sus casillas a Cadrach. Parecía haberse repuesto de la desesperación de que había sido presa en el esquife, si bien Miriamele descubrió que su disimulo no era completo y que la tremenda inquietud asomaba por detrás de la falsa capa de jovialidad que se había echado por encima.

—¡Pero si no tenemos dinero! —protestó la princesa—. ¡Es por eso que nos vemos forzados a recorrer a pie toda esta maldita ciudad, tratando de encontrar un sitio que vos afirmabais conocer!

—¡Pssst, señora! Hice una pequeña apuesta... Con una moneda, a cara o cruz, y gané. Y menos mal, porque yo no poseía otra moneda con que apostar. Pero todo salió bien. Era eso de tener que caminar por este laberinto de canales lo que me desconcertaba, pero ahora, gracias a las instrucciones del posadero, ya no tropezaremos con más problemas.

«Ya no tropezaremos con más problemas...» Miriamele no pudo contener la risa, aunque ésta sonó amarga. Hacía tres semanas que vivían como pordioseros. Agostados primero por el sol en la barca, y luego arrastrándose por las ciudades costeras del sudeste de Nabban. Mendigaban comida allí donde podían y, si tenían suerte, eran transportados algún trecho en el carro de un granjero. Pero sobre todo, habían andado y andado, y Miriamele tenía la impresión de que, aunque le quitaran las piernas del cuerpo, éstas seguirían moviéndose al paso. Semejante forma de vida no le resultaba extraña a Cadrach,

Librodot

que parecía volver a ella con cierta complacencia. Miriamele, en cambio, estaba harta. Nunca podría regresar a la corte de su padre, pero los sofocantes alrededores del castillo de su tío Josua en Naglimund le resultaban ahora mucho más atractivos que unos cuantos meses atrás.

La princesa se volvió de súbito para soltarle algo bien áspero a Cadrach, ya que notaba el olor a vino desde un brazo de distancia, y lo halló desprevenido. El monje había abandonado aquella expresión optimista, y la delgadez de sus mejillas antes redondas y las profundas y amoratadas ojeras del hombre hicieron reaccionar a Miriamele, que experimentó una extraña mezcla de enojo y cariño.

—Venid... —dijo, tomándolo del brazo—. Pero, si no dais pronto con ese sitio, os arrojaré a un canal.

Como no tenían el dinero que habría cobrado un barquero por trasladarlos al punto buscado, Cadrach y Miriamele emplearon la mayor parte de la mañana en caminar por el complicado laberinto de senderos de madera de Kwanitupul, en busca del muelle de las gabarras de turba. Cada vuelta parecía llevarlos a un nuevo callejón sin salida, a otro pasaje que desembocaba en un astillero abandonado, a una cerrada puerta de herrumbrosos goznes o a una desvencijada cerca detrás de la cual sólo se veía otro de aquellos ubicuos canales. Frustrados y hartos, volvían atrás y probaban otro camino, y de nuevo empezaba todo... Por fin, cuando el sol del mediodía ya emblanquecía el nublado cielo, asomaron a la esquina de un almacén muy viejo y deteriorado y, de pronto, se hallaron ante un letrero de madera, medio comido por la sal del ambiente, que anunciaba la posada llamada La escudilla de Pelippa. En efecto, y como Cadrach había dicho, era aquél un barrio poco recomendable.

Mientras el monje buscaba la puerta, porque la fachada del edificio era una pared casi uniforme de madera grisácea y maltratada por la intemperie, Miriamele dio unos pasos hasta el embarcadero situado delante de la posada y se detuvo a contemplar una corona de flores amarillas y blancas que flotaba en las picadas aguas del canal, cerca de la escala.

—Es una corona del Día de Difuntos —dijo.

—Sí—asintió Cadrach, que había encontrado la puerta.

—Eso significa que hace más de cuatro meses que salí de Naglimund —murmuró Miriamele.

El monje hizo un nuevo gesto de afirmación, empujó la puerta hacia adentro y la llamó. La princesa sintió en su interior una gran pena.

—¡Y todo para nada! —añadió—. ¡Fui una tonta y una testaruda!

—Nada habría sido mejor, sino quizás aún peor, de permanecer junto a vuestro tío —señaló Cadrach—. Por lo menos estáis viva, señora. Ahora entremos y veamos si *soria* Xorastra recuerda a un viejo y derrotado amigo.

Penetraron en la posada por un patio, dejaron atrás un par de estropeadas botas de pescador y... pronto tuvieron dos desagradables sorpresas. La primera fue que la posada estaba muy dejada y apestaba a pescado. La segunda consistió en la noticia de que Xorastra había

muerto tres años atrás, y su befa sobrina, Charystra, demostró bien pronto ser una posadera bien distinta de como había sido su tía.

Miró con desprecio las sucias y ajadas ropas de los recién llegados y dijo:

—No me gusta vuestro aspecto. ¡Quiero ver si tenéis dinero!

—¡Por favor! —exclamó Cadrach del modo más apaciguador posible—. Vuestra tía era buena amiga mía. Si nos dejáis pasar aquí la noche, mañana a primera hora podremos pagaros. ¡Soy bien conocido en la ciudad!

—Mi tía estaba loca y era una inútil —replicó Charystra, no sin cierta satisfacción—, y sus absurdas limosnas me dejaron sin nada más que este mísero fonducho. ¡El día que yo deje entrar sin pagar a un monje y su ramera, me devolverán a Perdruin en una caja de madera! —agregó, indicando una habitación común de bajo techo, que más bien parecía la madriguera de algún amedrentado animal.

Miriamele no pudo evitar decirse que ojalá llegara pronto ese día, aunque se guardó de revelar sus sentimientos a la posadera.

—Las cosas no son como os las imagináis —declaró—. Este hombre es mi tutor. Yo soy la hija de un noble... El barón Seomán de Erkynlandia es mi padre. Fui secuestrada, y mi tutor descubrió mi paradero y me salvó. Mi padre se mostrará muy reconocido con quien colabore en mi regreso.

Al oír esto, Cadrach se enderezó cuanto pudo, orgulloso de ser el héroe de un rescate, aunque sólo fuera inventado.

Charystra entrecerró los ojos.

—Últimamente circulan por ahí unas cuantas historias extrañas —gruñó, y se mordió el labio—. Una de ellas resultó ser verdad, pero eso no significa que la vuestra lo sea. Mirad: yo tengo que ganarme la vida, tanto si tu padre es barón o el mismísimo Supremo Rey de Hayholt. ¡Marchaos en busca del dinero, y volved cuando lo tengáis! ¡Que os ayuden vuestros amigos!

Cadrach siguió con sus intentos de engatusamiento, tejiendo un tapiz cada vez más rico con los hilos de! relato comenzado por Miriamele... Sin duda, Charystra obtendría sacos de oro del agradecido padre... Miriamele casi sintió lástima de aquella mujer, cuyo sentido práctico estaba a punto de sucumbir ante la evidente codicia, pero, cuando la princesa ya iba a pedir al monje que callara, vio a un hombre muy alto que descendía lentamente por la escalera que daba a la pieza común. No obstante su forma de vestir —llevaba una capa muy semejante a la de Cadrach, ceñida con una cuerda— y a su vez barba, que apenas tendría el largo de una uña, le resultó enseguida tan familiar que, de momento, Miriamele no pudo creer lo que veía. Cuando el hombre puso el pie en la zona iluminada por las luces de sebo, también él se paró, boquiabierto.

—¡Miriamele...! —jadeó al fin, con voz espesa y vacilante—. ¿Sois vos, princesa?

—¡Isgrimnur! —gritó ella—. ¡Duque Isgrimnur!

El corazón pareció ensanchársele en el pecho hasta el punto de causarle casi asfixia. Miriamele echó a correr a través de la desordenada

habitación, abriéndose paso entre los bancos de torcidas patas, y se lanzó a sus brazos sin poder contener los sollozos.

—¡Oh, pobrecilla! —exclamó él, estrechándola con fuerza contra su corpachón, llenos igualmente de lágrimas sus ojos—. ¡Mi pobre Miriamele! ¿Estáis herida? ¿Os encontráis bien? —preguntó, preocupado, a la vez que la alzaba para apartarla un poco y verla mejor. Pero, al descubrir a Cadrach, su expresión cambió—. ¡Ahí está el granuja que os raptó!

El monje, que como Charystra contemplaba la escena patidifuso, retrocedió espantado. La figura de Isgrimnur arrojaba una enorme sombra.

—¡No, no! —rió la princesa a pesar del llanto—. Cadrach es mi amigo. Él no hizo más que ayudarme. Fui yo quien huyó. ¡No le echéis las culpas de nada! ¡Ay, Isgrimnur! —dijo, abrazándolo otra vez. Era un increíble consuelo hundir el rostro en su voluminoso estómago—. ¡Me sentía tan desgraciada! ¿Cómo está el tío Josua? Y Vorzheva, y Simón, y el gnomo Binabik..., ¿qué hacen todos?

El duque sacudió la cabeza.

—Sé lo mismo que vos, más o menos. Pero esto es un milagro. ¡Dios escuchó por fin mis plegarias! ¡Bendito sea, bendito sea mil veces! Venid, sentaos aquí. ¿Y vos, mujer? ¡No os quedéis ahí como un pasmarote! ¡Traed algo de cerveza, y también comida!

Charystra, que no acababa de salir de su asombro, se alejó con paso torpe.

—¡Eh! —la llamó Isgrimnur, y ella se volvió en el acto—. Si le contáis a alguien lo que acabáis de presenciar, ¡os juro que hundiré el techo de este indecente figón con mis propias manos!

Más allá de toda alarma o sorpresa, la posadera hizo un breve gesto afirmativo y desapareció en el interior de su cocina.

Tiamak se daba toda la prisa posible, pero su pierna herida apenas le permitía avanzar más que si caminara de manera normal. El corazón le latía contra las costillas, pero él procuraba que no se le notara la angustia en el rostro.

«El Que Siempre Camina Sobre Arena —murmuró el wran para sus adentros—, ¡permite que nadie se fije en mí! Me falta poco para llegar...»

Quienes compartían con él los estrechos puentecillos, parecían decididos a impedirle avanzar. Un fornido individuo de las tierras secas, que llevaba un cesto repleto de pescado, chocó con él y por poco lo tumba. Encima se volvió para insultarlo cuando Tiamak reanudaba su camino. El preocupado hombrecillo tuvo que morderse la lengua para no contestarle lo que aquel tipo se merecía, porque Kwanitupul era una ciudad wran, al fin y al cabo, por muchos comerciantes del interior que ahora construyesen costosas casas sobre pilotes en la orilla de la laguna de Chamul, o que hicieran circular sus macizas gabarras por los canales, empujadas con pértigas por sudorosos wrans. Pero no podía perder el tiempo en discusiones, por muy justificadas que estuvieran.

Entró como una flecha en la sala común de La escudilla de Pelippa sin apenas hacer caso de la extraña expresión de la propietaria,

Charystra, que con una bandeja cargada de pan y queso y aceitunas en las manos vacilaba al pie de la escalera, como si le costara un esfuerzo agotador el decidir si subía o no.

Tiamak pasó por su lado, subió a saltos la angosta escalera, llegó al rellano, abrió la medio desgoznada puerta que halló más cerca, ansioso por soltar las noticias que traía, y... quedó pasmado ante el cuadro que tenía delante.

Isgrimnur estaba sentado en el suelo. En el rincón había un hombre bajo y robusto, que, como el duque, vestía el hábito de un monje peregrino aedonita, y cuyo rostro de líneas cuadradas resultaba curiosamente inaccesible. El viejo Camaris se había instalado encima del lecho con las largas piernas cruzadas al estilo de los marineros. A su lado, Tiamak vio a una joven de cabellos rubios muy cortos. También ella iba vestida de monje, y su bonita, aunque ahora afilada cara, expresaba casi tanto pasmo como la de Charystra.

Tiamak cerró la boca de golpe y la volvió a abrir.

—¿Cómo...? —balbució.

—¡Ah! —exclamó Isgrimnur, que parecía inmensamente feliz y casi atolondrado— ¡Y éste es Tiamak, un noble wran, amigo de Dinivan y Morgenes! ¡Tenemos aquí a la princesa, Tiamak! ¡Miriamele ha llegado!

La joven ni siquiera levantó la vista, que mantenía fija en el anciano.

—¿Este es... Camaris?

—¡Sí, sí! —rió Isgrimnur—. Ni yo mismo podía dar crédito a mis propios ojos, ¡pero es él! ¡Vivo, después de tanto tiempo! Sin embargo, ha perdido el juicio, Miriamele —agregó con súbita seriedad—. Ahora es como un niño.

El wran seguía atónito.

—Me..., me alegro infinitamente, Isgrimnur, de que tengáis aquí a vuestros amigos. Yo también traigo noticias...

—No ahora —lo cortó el duque, radiante—. Hablaremos más adelante, hombrecillo. ¡Esta noche celebramos el acontecimiento! ¡Charystra! —bramó—. ¿Dónde estáis, mujer?

La propietaria de la posada empezaba a abrir la puerta cuando Tiamak dio media vuelta y se la cerró en sus mismas narices. Hubo un gruñido de sorpresa y, a continuación, el sordo ruido de una pesada hogaza de pan al saltar escalera abajo.

—¡No! —protestó Tiamak—. ¡Esto no puede esperar, Isgrimnur!

El duque lo miró, juntando las espesas cejas.

—¿Qué ocurre?

—Unos hombres buscan esta posada. Soldados nabbanos.

Isgrimnur olvidó en el acto su anterior impaciencia.

—Los vi en el mercado. Formulaban preguntas a los barqueros, y por cierto que los trataban de mala manera. El jefe de esos soldados parecía desesperado por encontrar esta posada.

—¿Y averiguaron dónde está?

Isgrimnur se puso de pie y cruzó la pieza a grandes zancadas para coger su espada *Kvalnir,* que había estado envuelta en un rincón.

Tiamak se estremeció.

—Me constaba que yo no podría correr mucho más que esos hombres, aunque conozco la ciudad mejor que ellos. Y, como quería que se retrasaran, me acerqué y les dije que yo mismo hablaría con los barqueros, ya que todos son wrans como yo.

Por vez primera desde que había iniciado su explicación, Tiamak miró a la joven, ahora muy pálida pero ya sin expresión de aturdimiento, y muy atenta a lo que se decía.

—En nuestra lengua de los pantanos —prosiguió el wran— avisé a los barqueros de que aquellos individuos eran malos, les recomendé que hablasen sólo conmigo y siempre en nuestro idioma. Además les advertí que debían irse cuando los soldados se hubieran marchado, para no regresar a la zona del mercado hasta más tarde. Después de conversar con los barqueros un poco más, haciendo ver que recibía indicaciones de ellos, cuando en realidad me explicaban que aquella gente de las tierras secas actuaba de manera demencial..., le dije al jefe de los soldados dónde encontrarían La escudilla de Pelippa. ¡No pongáis esa cara, duque Isgrimnur! Les indiqué que estaba precisamente en el otro extremo de la ciudad, como es lógico. Pero sucedió algo raro: cuando le describí el lugar al hombre, se puso a temblar, como si la sola mención de aquel sitio le produjera picores en todo el cuerpo.

—¿Qué..., qué aspecto tenía ese tipo? —preguntó Miriamele con recelo.

—Muy extraño —contestó Tiamak con cierta vacilación, porque no sabía cómo dirigirse a una princesa de las tierras secas, aunque llevase ropas de hombre—. Era el único que no iba vestido de soldado. Alto y de aspecto robusto, lucía prendas lujosas, pero tenía la cara llena de magulladuras y los ojos colorados como los de un verraco, inyectados en sangre. Parecía que hubiese tenido la cabeza metida en la boca de un cocodrilo. Además le faltaban dientes.

Miriamele gimió y se deslizó del jergón al suelo.

—¡Elysia, sálvame! —dijo con voz rota por la desesperación—. ¡Es Aspitis! ¿Cómo pudo saber adonde nos encaminábamos, Cadrach? ¿Me traicionasteis de nuevo?

El monje puso mala cara, pero sus palabras no encerraron enojo cuando respondió:

—No, mi señora. Es obvio que Aspitis alcanzó la orilla, y me figuro que entonces se las apañó para ponerse en contacto con su verdadero amo. Pryrates conoce bien este lugar—añadió, mirando a Isgrimnur—, y Aspitis es su secuaz, señor duque.

—¿Aspitis? —repitió Isgrimnur, al mismo tiempo que se ajustaba el cinto al voluminoso talle—. No lo conozco, pero sospecho que no se trata de un amigo.

—Desde luego que no —declaró Cadrach, y posó la vista en Miriamele, que permanecía sentada en el suelo con la cabeza entre las manos.

De lo más profundo de la garganta del duque brotó una especie de gruñido. Tiamak se volvió hacia él, porque aquella voz parecía producida por un oso enfurecido, pero lo único que hacía Isgrimnur era pensar, retorciéndose con los dedos la corta barba.

—El enemigo nos pisa los talones —dijo al fin—. Aunque tuviésemos aquí al Camaris de cuarenta años atrás..., porque os aseguro, Miriamele, que no hubo hombre más fuerte que él, y pongo por testigo a Dios..., no me gustaría nuestra situación. En consecuencia, no nos queda más remedio que largarnos, ¡y pronto!

—Pero... ¿adonde vamos a ir? —preguntó Cadrach.

—Al norte, donde está Josua —contestó Isgrimnur, para agregar enseguida de cara a Tiamak—: ¿Qué dijisteis en aquella ocasión, hombrecillo? ¿Que si viajaseis con Camaris y conmigo en calidad de fugitivos, elegiríais otro camino?

—Sí. Pero no será fácil.

Tiamak sintió un escalofrío, como si el gélido aliento de La Que Espera Para Llevarnos A Todos le susurrara algo al oído. De repente no le hizo ninguna gracia la idea de introducir a esos amigos de las tierras secas en el laberíntico Wran.

—¿Josua vive? —exclamó Miriamele.

—Eso dicen los rumores, princesa. Parece ser que se encuentra al nordeste de las regiones thrithingas. Sin embargo, podría ser una esperanza vana.

—¡No! —protestó la joven, con la cara todavía manchada de lágrimas, y en ella hubo una extraña seguridad—. ¡Estoy convencida de que Josua vive!

Cadrach, aún apoyado en el rincón como un olvidado dios doméstico, se encogió de hombros.

—No veo nada malo en aferrarse a una esperanza, sobre todo si es lo único que nos queda. Pero... ¿qué hay de ese otro camino?

Y se volvió pensativo hacia Tiamak.

—Conduce a través del Wran —explicó el hombrecillo de los pantanos, y carraspeó—. Considero prácticamente imposible que alguien nos persiga. Podemos abrirnos paso hasta el extremo norte del lago Thrithing.

—Y allí nos veremos todos atrapados en pleno descampado —refunfuñó el monje.

—¡Al diantre con vuestros temores, hombre! —rugió Isgrimnur—. ¿Qué otra posibilidad tenemos? ¿Acaso la de atravesar Kwanitupul por delante de ese Aspitis y, luego, cruzar todo Nabban? ¡Miradnos! ¿Podéis imaginar un grupo más insólito y extravagante que el nuestro? Una muchacha, dos monjes..., uno de ellos con barba..., un pueril gigantón viejo y un wran. ¿Se os ocurre otra solución?

El hernystiro parecía dispuesto a discutir, pero después de una breve vacilación se encogió nuevamente de hombros y se retrajo como una tortuga que se metiera en su caparazón.

—Hum. Supongo que no hay otra —admitió con voz queda.

—¿Qué debemos hacer?

El temor de Miriamele había cedido algo. Aunque todavía impresionada, se la veía despierta y decidida. Tiamak quedó admirado de su espíritu.

Isgrimnur se frotó las manazas.

—Hemos de escapar. Antes de una hora, si puede ser. No hay

tiempo que perder. Vos, Tiamak, vigilad desde la fachada de la posada. Otra persona puede haber proporcionado a los soldados unas señas más exactas que las vuestras, y, si nos pescan desprevenidos, estamos listos. Vos sois quien menos llamará la atención. Camaris puede reparar la menos estropeada de las barcas que hay en el patio. Vos, Cadrach, lo ayudaréis. Recordad que, aunque un poco simple, lleva trabajando años enteros aquí. Sabe lo que debe hacer y entiende muchas palabras, si bien no habla. Yo me encargaré de recoger nuestras cosas, y luego ayudaré a terminar el arreglo de la barca y a bajarla al agua.

—¿Y yo qué, Isgrimnur? —protestó Miriamele, que saltaba de un pie a otro, ansiosa de colaborar en algo.

—Coged a esa arpía de posadera e id a la cocina en busca de provisiones. Necesitamos cosas que se conserven, porque no sabemos cuánto tardaremos en poder adquirir algo más... ¡Y agua! ¡Sobre todo, agua fresca! —añadió de súbito—. ¡Por Jesuris, que vamos a los pantanos! Conseguid toda el agua posible. Yo os ayudaré a transportar los odres o las jarras o lo que sea. En el patio posterior hay un barril para la recogida de agua de lluvia. Creo que está lleno. ¡Ah, ya sabía yo que este mal tiempo iba a resultar bueno para algo! Un momento... —dijo entonces, sin dejar de tirarse de los dedos mientras su cabeza trabajaba de modo frenético—, ¡no bajéis aún! Aseguradle a Charystra que cobrará todo cuanto le pedimos, pero que no se os escape ni media palabra respecto de nuestro destino... ¡Vendería nuestras almas por un cinti cada una! Quisiera ser como ella, pero no: yo se lo pagaré todo, por muy vacía que quede luego mi bolsa. Eso es lo que quería deciros. ¡Idos ahora! Y, estéis en un sitio u otro, estad atentos todos a cualquier llamada de Tiamak y, si ésta se produjera, corred en el acto al patio.

Abrió entonces la puerta de un tirón y descubrió a Charystra sentada en el último escalón, en medio de viandas esparcidas por el suelo. Su cara era una máscara de confusión. Isgrimnur le dedicó una rápida mirada, se acercó a Miriamele y se inclinó para hablarle al oído. Tiamak pudo oír lo que le susurraba.

—No dejéis que se aparte de vos —murmuró el duque—. Es posible que tengamos que llevarla con nosotros, al menos lo suficientemente lejos para que no tenga ocasión de revelar adonde nos dirigimos. Y si se pone tonta, dais un grito y yo bajaré en un instante.

Dicho esto, tomó a Miriamele por el codo y la condujo hacia donde seguía sentada Charystra.

—Se os saluda, buena mujer. Mi nombre es Marya —se presentó—. Nos encontramos abajo, antes. Llevadme ahora a la cocina, porque necesito comida para mis amigos y para mí. El viaje fue largo y estamos hambrientos.

A continuación ayudó a levantarse a Charystra y a recoger el pan y el queso que habían caído.

—¿Veis? —agregó con amabilidad, cogiendo del brazo a la asombrada posadera— No queremos que se desperdicie nada, y os lo pagaremos todo.

Juntas desaparecieron escalera abajo.

Librodot

Miriamele se halló trabajando con tanto ahínco y tan concentrada en su tarea, que olvidó los motivos por los que había acudido a la cocina hasta que oyó el grito de alarma de Tiamak y el ruido que hizo al saltar como un conejo en el tejado. Con el corazón disparado, agarró un último manojo de marchitas cebollas —Charystra no se preocupaba demasiado de mantener bien provista su despensa— y se precipitó hacia el patio, empujando delante de ella a la posadera, que protestaba furiosa.

—¿Qué os habéis creído? —chillaba—. ¡No tenéis derecho a tratarme así, seáis quien seáis!

—¡Silencio! Todo saldrá bien —trató de aplacarla Miriamele, aunque tampoco ella era optimista.

Llegadas a la pieza común, la princesa oyó las sonoras pisadas de Isgrimnur en la escalera. El duque se colocó enseguida detrás de la recalcitrante Charystra para impedir que escapara, y los tres penetraron juntos en el patio. Camaris y Cadrach trabajaban con tanto afán que ni siquiera levantaron la vista al llegar sus compañeros. El anciano caballero sostenía una brocha bañada en brea, y el monje tenía en la mano una tira de pesada lona que rajaba con un cuchillo.

Un momento más tarde, Tiamak bajó deslizándose por los maderos del tejado.

—Vi soldados, no a mucha distancia —anunció, casi sin aliento—. Están a unos mil pasos, quizá menos, y se dirigen hacia acá...

—¿Y son los mismos? —inquirió Isgrimnur—. ¡Imbécil de mí, claro que tienen que serlo! Hemos de irnos. ¿Está reparada la barca?

—Creo que, de momento, no hará agua —contestó Cadrach con tranquilidad—. Si llevamos con nosotros estas cosas—dijo, señalando la brea y la lona—, podremos perfeccionar el arreglo cuando hagamos una parada.

—¡Si es que tenemos ocasión de hacerla! —gruñó el duque—. ¿Y vos, Miriamele?

—Vacié la despensa. No es que hubiera mucha cosa...

Charystra, que había recuperado un poco de su altanería, se enderezó y dijo:

—¿Y qué vamos a comer todos? —preguntó con descaro—. ¡Tengo fama de ofrecer la mejor mesa de Kwanitupul!

El bufido que soltó Isgrimnur hizo temblar sus bigotes.

—No es vuestra mesa lo que constituye el problema, sino la basura que servís en ella. Seréis pagada, mujer, pero antes vais a emprender un pequeño viaje.

—¿Cómo? —vociferó Charystra—. ¡Soy una aedonita creyente! ¿Qué os proponéis hacer conmigo?

El duque miró a los demás con una mueca.

—No me gusta nada llevarla, pero tampoco podemos dejarla aquí. La dejaremos a salvo en cualquier sitio... con su dinero. Atadla con un cabo, Cadrach, aunque procurando no hacerle daño.

Los últimos preparativos fueron realizados con el acompañamiento de las rabiosas protestas de Charystra. Tiamak, temeroso de que

Isgrimnur hubiese olvidado algo importante, subió al piso para cerciorarse de que, en efecto, no quedaba nada. A su regreso, se unió a los demás en sus esfuerzos para sacar la gran barca por la ancha puerta lateral del patio.

—Todo astillero decente debiera contar con un cabrestante —se quejó Isgrimnur, por cuyo rostro resbalaba el sudor.

Miriamele temía que alguno de los dos hombres ya mayores se hiciera daño, pero Camaris, pese a su avanzada edad, parecía no tener ningún problema para soportar la carga que le tocaba llevar, y el duque era todavía muy robusto. Eran Cadrach, consumido por las aventuras vividas, y el delgado Tiamak quienes tropezaban con más dificultades. Miriamele hubiese querido ayudar, pero no se atrevía a dejar sola ni por un momento a Charystra, ya que podía armar un tremendo alboroto o, incluso, caer al agua y ahogarse.

Mientras entre tambaleos descendían por la rampa que conducía al muelle posterior, la princesa tuvo la certeza de percibir las fuertes pisadas de Aspitis y sus esbirros. En cambio, ellos parecían no avanzar nada. Habríase dicho que la embarcación era un ciego escarabajo de ocho patas que se atascara en cada angosta curva.

—¡Daos prisa! —apremió a sus compañeros, y Charystra, que no entendía nada de nada y a quien sólo interesaban sus propios apuros, lanzó un gemido.

Por fin alcanzaron el agua. Una vez bajada la barca del dique flotante, Cadrach introdujo la mano entre los bancos y, de entre la pila de herramientas que llevaban consigo para acabar de reparar el casco a la primera ocasión, sacó el pesado mazo y volvió a subir la rampa en dirección a la posada.

—¿Qué hacéis? —exclamó Miriamele—. ¡Estarán aquí en cualquier momento!

—Lo sé —contestó Cadrach al mismo tiempo que emprendía un irregular trote, agarrado contra su pecho el enorme martillo.

—¿Se ha vuelto loco ese hombre? —preguntó Isgrimnur, ceñudo.

—¡Y yo qué sé! —contestó la princesa, empujando a Charystra hacia la barca, que al balancearse rozaba suavemente el borde del dique.

Al ver que la posadera se resistía, el viejo Camaris la alzó con tanta facilidad como un padre hubiera hecho con su hija pequeña y la sentó en el banco a su lado. Allí se quedó la mujer, acurrucada, con una lágrima serpenteándole mejilla abajo. Miriamele no pudo evitar sentir cierta compasión de ella.

Cadrach reapareció instantes después, como alma que llevara el diablo. Saltó a la barca con ayuda de los demás y la apartó del muelle. La proa enfiló enseguida el centro del canal.

La princesa hizo sitio en el banco al monje.

—¿Se puede saber por qué volvisteis atrás?

Cadrach tardó unos segundos en recobrar el aliento. A continuación dejó el mazo encima del bulto cubierto con una lona.

—Había otro bote en el patio. Quise asegurarme de que su reparación les costaría mucho más que la de nuestra barca. Sin un bote no hay manera de perseguir a nadie a través de Kwanitupul.

Librodot

—¡Sois un buen hombre! —exclamó Isgrimnur—. Aunque estoy convencido de que no tardarán en lograr otra barca.

—¡Mirad! —señaló Tiamak entonces.

Una docena de individuos de capa azul y yelmo pasaba por el camino de madera que conducía a La escudilla de Pelippa.

—Primero llamarán a la puerta —dijo Cadrach sin alterarse—. Luego la hundirán, y sólo entonces descubrirán que no hay nadie y se pondrán a buscar una barca.

—En cualquier caso nos conviene llevarles toda la ventaja posible. ¡Remad!

Y, poniendo manos a la obra, se agachó para agarrar su remo. Lo mismo hizo Camaris y, cuando las dos palas penetraron en las verdes aguas, la pequeña embarcación partió canal adelante.

Desde la popa, Miriamele observaba cómo la posada se empequeñecía a lo lejos. A pesar de que quienes allí se movían parecían hormigas, la princesa creyó distinguir, de pronto, los destellos de unos cabellos dorados. Horrorizada, posó la vista en las picadas aguas del canal y pidió a la madre de Dios y a diversos santos que nunca tuviese que encontrarse de nuevo con Aspitis.

—Ya falta poco —dijo el rimmerio de ojos estrábicos al contemplar la empalizada de nudosos pinos con tanto cariño como si se tratara de una calle familiar—. Allí podréis descansar y comer.

—Gracias, Dypnir—contestó Isorn—. Eso nos hará bien.

Habría añadido algo más pero Eolair tiró de las riendas de su montura para frenarla. Y Dypnir, que por lo visto no se había dado cuenta, dejó que su propio caballo lo llevara un poco más adelante, hasta constituir sólo una sombra en la semioscuridad del bosque.

—¿Estáis seguro de poder confiar en ese hombre, Isorn? —preguntó el conde de Nad Mullach—. De lo contrario, exijamos de él alguna otra prueba, antes de meternos en una emboscada.

Isorn arrugó la frente.

—Es de Skoggey, y esa gente es leal a mi padre.

—*Dice* él que procede de Skoggey, y que allí todos eran leales a vuestro padre —indicó Eolair, sorprendido de que el hijo de un duque fuera tan poco astuto.

Sin embargo, a la vez admiraba la amabilidad y la sinceridad del joven Isorn.

«Una persona capaz de mantenerse así, en medio de tanto horror, es digna de aprecio», pensó el conde, mas no podía dejar de sentirse responsable de su propia piel, entre otras cosas, y no lograba callarse aunque, con ello, ofendiese al hijo de Isgrimnur.

Isorn sonrió ante la preocupación de Eolair.

—Dypnir conoce a quien hay que conocer. En cualquier caso, sería una forma un poco disparatada de hacer caer en una emboscada a media docena de hombres. ¿No os parece que, si ese individuo fuera fiel a Skali, ya habríamos sido asaltados por cien guerreros de Kaldskryke?

Eolair no estaba tan convencido.

—No si se trata sólo de un explorador que, a lo mejor, quiere ga-

narse sus espuelas con una audaz captura. Bien, no hablemos más de eso. De todos modos, yo mantendré a punto mi espada.

El joven rimmerio rió.

—También yo pienso hacerlo, conde Eolair. No olvidéis que pasé gran parte de mi niñez con Einskaldir..., que en paz descanse..., ¡el hombre más desconfiado que pudo existir!

El hernystiro tampoco pudo contener la risa, por su parte. La impaciencia y el vivo genio de Einskaldir siempre le habían parecido más de acuerdo con los antiguos paganos de Rimmersgardia, cuyos dioses eran tan volubles como el tiempo y duros como las montañas de Vestivegg.

Eolair, Isorn y los cuatro thrithingos elegidos por Hotvig llevaban varias semanas de viaje. Los hombres de Hotvig eran amables, pero el paso a través de las civilizadas tierras de la Erkynlandia oriental, con sus casas y cultivados campos —si bien en aquella época todo se veía bastante deshabitado—, les había causado una cierta desazón. A medida que el grupo avanzaba y los hombres de las praderas se veían cada día más lejos de las llanuras donde habían nacido, los thrithingos se ponían melancólicos y taciturnos, hablaban casi únicamente en su gutural lengua, entre sí, y de noche se sentaban alrededor del fuego a cantar tonadas de su patria. En consecuencia, Isorn y Eolair sólo se tenían a sí mismos como compañía.

Para gran alivio del conde, éste descubrió que en el rubio y corpulento hijo del duque se escondía una persona mucho más interesante de lo que había supuesto. Era valeroso, sin duda alguna, pero su arrojo no parecía ser como el de muchos bravucones, que se creían obligados a hacer un gran papel delante de los demás, sino que, por lo visto, Isorn desconocía el miedo y, si hacía una cosa, era sencillamente porque lo consideraba justo y necesario. No significaba eso que careciera por completo de nervios. La escalofriante historia de su cautiverio entre los rimmerios negros, de la tortura sufrida por él y sus compañeros y de la obsesionante presencia de los inmortales visitantes de pálida piel, lo afectaba todavía tanto que le costaba hablar de ello. Aun así, la perspicacia de Eolair le decía a éste que cualquier otro que hubiese pasado por una experiencia semejante estaría aún más impresionado. Para Isorn eran unos días terribles que por fortuna ya habían pasado, y nada más.

Cuando la reducida compañía hubo dejado atrás las colinas que enmarcaban un valle de Hasu misteriosamente vacío y los linderos del bosque de Aldheorte, rodeando con ello ampliamente la amenaza de la nevada Erchester y de Hayholt —así como también del elevado Thisterborg, como recordó Eolair—, el conde se sintió cada vez más a gusto con el joven rimmerio, cuyo amor por sus padres era firme y espontáneo y casi inseparable del que le inspiraba su pueblo. La verdad era que Eolair, cansado y quemado por los acontecimientos vividos, ya mareado por los horrores de la guerra antes de que comenzara la más reciente, se preguntaba si él había sido alguna vez tan joven como Isorn…

—Casi hemos llegado.

Librodot

La voz de Dypnir sacó al conde de sus pensamientos, devolviéndolo al sendero del oscuro bosque.

—Confío en que tengan algo para beber —dijo Isorn con una risita— y… lo suficiente para compartirlo.

Acababa de abrir Eolair la boca para añadir algo, cuando una nueva y cascada voz sonó a través del crepúsculo.

—¡Quietos! ¡Quedaos donde estáis!

Hablaba en westerling, aunque pronunciado con la pesadez de la lengua rimmeria. Isorn y Eolair refrenaron sus monturas. Detrás de ellos, los cuatro thrithingos detuvieron sin esfuerzo los caballos. El conde los oyó murmurar entre sí.

—Soy yo —gritó el guía, ladeando la barbuda cabeza de forma que el observador pudiera distinguirlo—. Dypnir. Traigo aliados.

—¿Dypnir?

En la pregunta había un tono de duda, y la siguió un torrente de palabras en rimmerspakk. Isorn parecía escuchar con atención.

—¿Qué dicen? —murmuró Eolair—. Cuando hablan tan deprisa, no los sigo.

—Más o menos, lo que era de esperar. Dypnir falta desde hace días, y ahora le preguntan por qué. Y él cuenta lo de su caballo.

Eolair y sus compañeros habían encontrado a Dypnir junto a una senda del Aldheorte occidental, escondido cerca del cadáver de su montura, que se había roto una pata en un agujero del camino, por lo que a Dypnir no le había quedado más remedio que cortarle el cuello. Después de repartir entre ellos los bultos de una de las bestias de carga, le habían cedido ese animal al rimmerio, a cambio de que los ayudara a encontrar gente que pudiese socorrerlos. No habían sido demasiado explícitos con respecto al tipo de auxilio que necesitaban, salvo que parecía sobreentenderse que, desde luego, no sería en beneficio de Skali *Nariz Afilada.*

—Está bien.

El centinela escondido volvió a emplear la lengua westerling.

—Seguid a Dypnir. Pero id despacio, y con las manos donde podamos verlas. Tenemos arcos, y, si se os ocurriera hacer el tonto, luego os arrepentiríais.

Isorn se enderezó.

—Lo entendemos. ¡Pero que tampoco vosotros nos hagáis una jugarreta!

Agregó algo en rimmerspakk y, después de un breve silencio, hubo una señal y Dypnir se puso en marcha con el grupo de Eolair detrás.

Cabalgaron durante un rato mientras oscurecía.

Al principio, todo lo que el conde de Nad Mullach pudo ver fueron unas diminutas chispas semejantes a estrellas rojas. Más adelante, cuando las luces oscilaron como si danzaran, Eolair comprendió que se trataba de llamas de una hoguera, que él distinguía a través de unas ramas de coníferas muy juntas. El grupo dio una vuelta brusca y pasó por una barrera de árboles, agachándose por insistente y susurrada recomendación de Dypnir, para encontrarse rodeados por la cálida luz de un fuego.

El campamento era de los llamados «casa del leñador», un claro en medio de una arboleda, protegido del viento mediante gavillas de pino y ramas de abeto atadas entre los troncos. En el centro del espacio abierto, situados alrededor de la fogata, había tres o cuatro docenas de hombres, relucientes los ojos por el reflejo de la luz mientras observaban en silencio a los desconocidos. Muchos de ellos llevaban los sucios y rasgados restos de sus ropas de batalla. Se veía que hacía muchas noches que dormían al aire libre.

«¡Por el Calderón de Rhynn! Es un campo de proscritos... Nos matarán después de despojarnos de todo.»

Eolair tuvo un breve momento de desánimo al pensar que la búsqueda iba a terminar de manera tan absurda. Le disgustaba enormemente, además, haber cabalgado tan confiado hacia su propia muerte.

Algunos de los individuos sentados cerca de la entrada del calvero sacaron las armas. Los thrithingos se movieron en sus caballos, las manos ya en la empuñadura de la espada. Pero, antes de que un desafortunado gesto de alguien pudiese provocar un fatal enfrentamiento, Dypnir dio unas fuertes palmadas en el aire *y* desmontó del bruto prestado. El fornido rimmerio, mucho menos airoso en tierra que a caballo, renqueó hacia el centro del calvero.

—¡Alto! —exclamó—. Estos hombres son amigos.

—¡Nadie que venga a comer de nuestro puchero es amigo! —gruñó uno de los más malcarados—. ¿Y quién nos asegura que no son espías de Skali?

Isorn, que había permanecido tan callado como Eolair, se inclinó de pronto hacia adelante en su silla y preguntó:

—¿Ule? ¿No sois Ule, el hijo de Frekke *Cabello Gris?.*

El hombre lo miró con ojos estrechos. Tenía, aproximadamente, la edad de Eolair. Había tanta suciedad en su arrugada y curtida cara, que parecía llevar una máscara. Introducida debajo de su cinturón, asomaba un hacha de mano que tenía la hoja picada.

—Soy Ule hijo de Frekke, sí. ¿Cómo conocéis mi nombre?

El individuo estaba tenso, como si se dispusiera a saltar. Isorn desmontó y dio un paso hacia él.

—Soy Isorn, hijo del duque Isgrimnur de Elvritshalla. Vuestro padre fue uno de los compañeros más fieles de mi padre. ¿No me recordáis, Ule?

Todo lo que tal revelación produjo fue algún movimiento y un par de comentarios susurrados. Si Isorn esperaba que aquel hombre diera un salto de alegría y lo abrazara, tuvo una decepción.

—Habéis crecido desde que os vi por última vez, jovencito —dijo el hijo de Frekke—. Sin embargo, veo en vos la cara de vuestro padre. Pero él ya no es duque, y todos sus hombres son unos proscritos —añadió con contenido enojo—. ¿Por qué venís a molestarnos?

—Venimos a solicitar vuestra ayuda. Hay mucha gente sin hogar, aparte de vosotros, y han empezado a formarse grupos dispuestos a recuperar lo que les fue robado. Os traigo noticias de mi padre, el legítimo duque, y de Josua de Erkynlandia, que es su aliado contra Skali *Nariz Afilada.*

Los murmullos de sorpresa se hicieron más intensos, aunque Ule no les prestó atención.

—¡Qué engaño tan torpe, muchacho! Vuestro padre murió en Naglimund, y el príncipe Josua con él. ¡No nos vengáis ahora con cuentos de duendes, sólo por pareceros bonito volver a mandar a una pandilla de patanes! ¡Ahora, nosotros somos hombres libres!

Varios de sus compañeros aullaron su acuerdo.

—¿Hombres libres? —exclamó Isorn, tenso de indignación—. ¡Miraos! ¡Fijaos en esto! —añadió, señalando todo el claro mientras Eolair se maravillaba ante el ímpetu demostrado por el joven—. ¡Sois libres para andar por los bosques agazapados como perros ahuyentados a latigazos de una casa! ¿Dónde están vuestros hogares, vuestras mujeres *y* los niños? Mi padre vive... —jadeó Isorn e hizo una pausa para que su voz sonara más firme, y el conde de Nad Mullach se preguntó si su compañero tendría en cuenta que no era tan seguro que Isgrimnur se hallara a salvo—. Mi padre recuperará sus tierras, y quienes lo ayuden también volverán a poseer sus casas y campos, y más; porque, una vez derrotados Skali y sus hombres de Kaldskryke, quedarán muchas mujeres sin marido y muchos terrenos sin cultivar. ¡Todo hombre que nos siga será bien recompensado!

Los individuos allí reunidos soltaron una áspera carcajada, pero ya no de burla, sino de diversión ante aquella jactancia. Eolair, afilada su capacidad de percepción por los años de asistir a discusiones en la corte, se dio cuenta del cambio que empezaba a producirse a su favor en los rimmerios.

Ule se levantó de súbito, envuelto el cuerpo en andrajosas pieles. El vocerío de los demás se apagó.

—Explicadme, pues, Isorn hijo de Isgrimnur, ¡explicadme qué fue de mi padre, que sirvió al vuestro toda la vida! ¿Acaso me espera al final de vuestro camino, como esas viudas hambrientas de hombre y los extensos campos sin amor de que habláis? ¿Estará allí para abrazar a su hijo? —dijo con voz temblorosa de ira.

Isorn, el de los ojos claros, no se inmutó. Respiró a fondo y contestó:

—Se encontraba en Naglimund, Ule. El castillo cayó al ser asaltado por las fuerzas del rey Elías. Pocos lograron escapar, y vuestro padre no estaba entre ellos. Pero puedo aseguraros que, si murió, fue con valentía. Siempre se había mostrado muy afectuoso conmigo... —concluyó tras un breve momento de recuerdo.

—El maldito viejo os quería como a su propio nieto —dijo Ule en tono amargo, dando un inseguro paso hacia adelante.

En aquellos instantes de asombrado silencio, Eolair buscó su espada con mano torpe, enojado con su propia lentitud. Ule estrechó contra sí a Isorn en un constrictor abrazo que lo alzó del suelo a pesar de su estatura.

—¡Dios condene a Skali! —bramó Ule, y las lágrimas dejaron huellas en su sucio rostro—. ¡Asesino, vil y endemoniado asesino! ¡Nuestro enemigo mortal para siempre! —jadeó, soltando a Isorn para limpiarse la cara con la manga—. *Nariz Afilada* debe morir. Entonces, mi padre se

reirá en el cielo.

Isorn lo miró fijamente por espacio de unos segundos, hasta que también a sus ojos asomaron las lágrimas.

—Mi padre tenía en gran estima a Frekke, Ule. ¡Y yo lo quería mucho!

—¡Por la sangre del Árbol! ¿Es que no hay nada para beber en este dichoso sitio? —gritó Dypnir.

Y todos los harapientos hombres se abalanzaron a darle una ruidosa bienvenida a Isorn.

—Lo que voy a deciros ahora os sonará muy extraño —anunció Maegwin.

Más nerviosa de lo que había creído que se pondría, se entretuvo unos momentos alisándose los pliegues de su viejo vestido negro.

—Pero soy la hija del rey Lluth y amo a Hernystir más que a mi propia vida. Antes me desgarraría el corazón que mentiros —continuó.

Su pueblo, reunido en la más amplia de las cavernas de las montañas Grianspog, la enorme catacumba de elevado techo, donde se administraba justicia y la comida era repartida, escuchaba con atención. Quizá fuese realmente extraño lo que Maegwin iba a decirles, pero seguirían con interés cada una de sus palabras. ¿Qué podía resultar increíble, de tan raro, en un mundo tan loco como aquel en que se hallaban?

Maegwin miró a Diawen, situada detrás mismo de ella. La hechicera, radiantes los ojos como si la invadiese alguna felicidad personal, sonrió aquiescente.

—¡Contádselo! —susurró.

—Ya sabéis que los dioses me hablaron en sueños —comenzó la princesa en voz bien alta—. Introdujeron en mi cabeza un canto de tiempos pasados y me indicaron que os trajese a estas cuevas donde estaríamos a salvo. Cuamh Earthdog, el dios de las profundidades, me condujo entonces a un lugar secreto no visitado por nadie desde los días de Tethtain..., un lugar donde los dioses tenían un regalo para nosotros. ¡Vos! —llamó a uno de los escribas que había bajado con Eolair a Mezutu'a para copiar los mapas de los dwarrows—. Poneos de pie y explicadle al pueblo lo que visteis.

El anciano se levantó con cierta inseguridad y buscó apoyo en uno de sus jóvenes discípulos.

—En efecto se trata de una ciudad de dioses —empezó con voz trémula—, allá en lo más profundo de la tierra. Es más extensa que toda Hernysadharc, y ocupa una caverna tan grande como la bahía de Crannhyr —explicó con un amplio gesto de los delgados brazos, en un pobre intento de indicar la vastedad de la misteriosa ciudad de piedra—. Allí había unas criaturas como nunca las había visto, y susurraban entre las sombras —agregó alzando la mano cuando varios de los espectadores hicieron señales para ahuyentar el mal—. Pero no nos hicieron daño, sino que incluso nos condujeron a sus rincones secretos, donde llevamos a cabo lo que la princesa deseaba.

Maegwin invitó al escriba a que volviese a tomar asiento.

—Los dioses me mostraron la ciudad, y allí descubrimos cosas que nos ayudarán a cambiar la suerte en contra de Skali y su amo, Elías de Erkynlandia. Eolair les llevó esos regalos a nuestros aliados. Todos vosotros lo visteis marchar.

Numerosas cabezas hicieron gestos afirmativos. Entre una gente tan aislada como ellos, obligados a vivir bajo tierra, la partida del conde de Nad Mullach en una misteriosa misión había constituido el tema de conversación durante varias semanas.

—Dos veces me hablaron los dioses, y las dos veces acertaron.

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras, Maegwin sintió una punzada de preocupación. ¿Realmente era eso cierto? ¿No se había maldecido a sí misma por interpretar mal algunos signos, acusando en ocasiones a los dioses de haberle enviado signos crueles y falsos? La princesa hizo una pausa, dominada de repente por la duda, pero Diawen alargó el brazo y le tocó el hombro como si hubiese percibido sus angustiosos pensamientos, y Maegwin halló el valor necesario para seguir adelante.

—Ahora, los dioses me hablaron por tercera vez, y con sus más potentes palabras. ¡Vi al propio Brynioch! —afirmó, porque sin duda tenía que haber sido él. El extraño rostro y los dorados ojos ardían en su memoria como la imagen que queda del sol después de haber cerrado los párpados—. Y Brynioch me dijo que los dioses enviarían su ayuda a Hernystir.

Varias personas, contagiadas del fervor de Maegwin, lanzaron vítores. Otras, inseguras pero esperanzadas, intercambiaron miradas con sus vecinos.

—Craobhan —llamó la princesa al viejo consejero—. Levantaos y explicadle al pueblo cómo fui encontrada.

El anciano asesor obedeció con evidente reluctancia. Su expresión lo decía todo: era un estadista, un hombre práctico y poco amigo de cosas tan altisonantes como las profecías. No podía creer que los dioses se dirigieran a las princesas. El pueblo apiñado en la caverna lo sabía de sobra. Por consiguiente, hacerlo hablar era un golpe maestro de Maegwin.

Craobhan pasó la vista por los hernystiros allí aglomerados.

—Hallamos a la princesa Maegwin en lo alto de Bradach Tor —comenzó, y su voz sonó poderosa a pesar de los años; siempre se había servido de ella con gran efecto al servicio del padre y del abuelo de Maegwin—. Yo no la vi, pero conozco a los hombres que la bajaron y… merecen toda mi confianza. La princesa había permanecido tres días en la montaña y, sin embargo, no parecía sufrir las consecuencias del frío. Cuando la encontraron, estaba… —lanzó una mirada suplicante a Maegwin, mas en la severa cara de la mujer no vio ningún apoyo para escapar del penoso momento—, estaba sumida en un profundo, profundo sueño…

Un murmullo recorrió el público. Bradach Tor era un lugar de sospechosa fama, y todavía resultaba más extraño que una mujer hubiera escalado el pico en pleno y gélido invierno.

—¿Era sólo un sueño? —preguntó Diawen, cortante.

Craobhan le dedicó una mirada de enojo, pero se encogió de hombros.

—Los hombres dijeron que era un sueño como no habían visto otro igual —prosiguió—. Maegwin tenía los ojos abiertos, y hablaba como si lo hiciese a alguien situado delante de ella..., pero no parecía haber nada.

—¿Con quién hablaba Maegwin? —insistió Diawen.

El viejo Craobhan volvió a encogerse de hombros.

—Hablaba... como si se dirigiera a los dioses, y de vez en cuando escuchaba, como si alguien le hablase entonces a ella.

—Gracias, Craobhan —dijo la princesa, amable—. Sois un hombre leal y honrado. No me extraña que mi padre os valorase tanto. El consejero se sentó, pero su aspecto no era de satisfacción.

—Sé lo que me dijeron los dioses —continuó—. Me fue concedido ver el lugar donde moran los dioses, y a los mismísimos dioses en su indescriptible belleza, vestidos para la guerra.

—¿Para la guerra? —gritó alguien—. ¿Contra quién, señora? ¿Contra quién combaten los dioses?

—No contra quién combaten —lo corrigió Maegwin con el dedo levantado—, sino *de parte de quién.* ¡Los dioses lucharán de nuestro lado! —recalcó y, al inclinarse, sofocó los crecientes murmullos de la gente—. Destruirán a nuestros enemigos, pero sólo si les entregamos del todo nuestros corazones.

—¡Ya tienen nuestros corazones, señora! —exclamó una mujer.

Otra persona voceó:

—¿Y por qué no nos ayudaron antes? ¡Nosotros siempre los veneramos!

La princesa aguardó a que el clamor hubiese cedido.

—Es cierto que siempre los veneramos, pero lo hacíamos del modo en que uno venera a un familiar anciano, y a veces a regañadientes. ¡Nunca los habíamos honrado como ellos merecen por su grandiosidad, por su hermosura, por los dones que dieron a nuestro pueblo!

Hablaba con progresivos bríos. Volvía a sentir la proximidad de los dioses, y esa sensación surgió en ella como un manantial de límpidas aguas. Tan intensa y tan rara era, que la princesa se echó a reír, con lo que causó desconcierto entre quienes la rodeaban.

—¡No! —gritó—. Realizábamos los ritos, pulíamos sus esculturas y encendíamos los fuegos sagrados, pero muy pocos de nosotros llegamos a preguntarnos qué otras pruebas querrían los dioses de que somos dignos de su ayuda.

Craobhan carraspeó.

—¿Y qué suponéis que quieren, Maegwin? —inquirió en un tono que parecía indebidamente familiar, pero ella se limitó a reír de nuevo.

—¡Desean que les demostremos nuestra confianza! Nuestra devoción y nuestra buena voluntad de poner nuestras vidas en sus manos..., como en realidad siempre lo estuvieron. Yo vi con mis propios ojos que los dioses nos ayudarán, pero únicamente si demostramos ser dignos de ellos. ¿Por qué concedió Bagba el ganado a los hombres? ¡Porque habían perdido a sus caballos luchando en las guerras de los

dioses, cuando los dioses más lo necesitaban!

De pronto, todo resultó claro para Maegwin. ¡Qué razón tenía Diawen! Los dwarrows, la asustada mujer sitha que había hablado a través del Shard, el tremendo e interminable invierno... ¡Todo era tan claro, ahora!

—¡Porque habéis de saber que los propios dioses están en guerra! —chilló—. ¿Por qué suponéis que nevó tanto y el invierno no se ha ido pese a haber transcurrido ya doce lunas? ¿Por qué unas cosas espantosas recorren la Marca Helada..., cosas no vistas desde los tiempos de Hern? ¡Porque los dioses están tan en guerra como nosotros! Del mismo modo que los niños imitan los combates de los guerreros cuando juegan a los soldados, nuestro conflicto es insignificante en comparación con la terrible guerra que hace estragos en los cielos.

La princesa respiró a fondo y le pareció que la agradable sensación le producía burbujas en su interior, llenándola de una jubilosa fuerza. Ahora estaba segura de haber visto la verdad, y ésta brillaba como la luz del sol para quien despertara de un sueño.

—Pero, de la misma manera que lo que se aprende en la niñez es lo que luego origina las guerras entre los adultos, nuestros conflictos aquí en la verde tierra afectan a las guerras en el cielo. Así pues, si esperamos el auxilio de los dioses, también nosotros debemos ayudarlos. Hemos de ser audaces y confiar en su beneficencia. Es preciso emplear toda la magia posible contra las tinieblas.

—¿Magia? —intervino la rasposa y desconfiada voz de un anciano—. ¿Es eso lo que os enseñó la hechicera?

Maegwin percibió la sibilante aspiración de Diawen, pero se sentía demasiado valiente para permitir que la venciera el enojo.

—¡Tonterías! —exclamó—. No me refiero a los manejos de los fulleros, sino al tipo de magia tan evidente en el cielo como en la tierra. ¡La magia de nuestro amor por Hernystir y los dioses! ¿Queréis ver vencidos a los enemigos? ¿Deseáis poder volver a recorrer vuestras verdes tierras?

—¡Decidnos qué debemos hacer! —gritó una mujer sentada en las primeras filas.

—¡Ahora!

Maegwin sentía una gran paz y fuerza. La caverna había quedado en silencio, y varios centenares de rostros contemplaban atentamente a su princesa. Delante mismo de ella, la arrugada y escéptica frente del viejo Craobhan delataba enfado y preocupación. La princesa experimentó cariño hacia él en aquel momento, ya que en su derrotado aspecto vio la justificación de sus propios sufrimientos y una prueba de la vitalidad de sus sueños.

—Os lo diré todo —continuó con energía aún mayor, y su voz resonó una y otra vez a través de la enorme caverna, tan firme y llena de triunfante certeza que muy pocos pudieron dudar de que realmente estaban escuchando a la mensajera elegida por los dioses.

Miriamele y sus compañeros sólo se detuvieron los momentos justos para desembarcar a Charystra en un apartado muelle de los

últimos arrabales de Kwanitupul. La indignación de la posadera sólo quedó parcialmente apaciguada por la bolsa de monedas que Isgrimnur le lanzó a los pies.

—¡Dios os castigará por tratar de esta forma a una mujer aedonita! —chilló mientras ellos se alejaban a remo.

Seguía en el borde del desvencijado muelle, agitando un puño al mismo tiempo que profería amenazas incomprensibles, cuando la barca enfiló despacio un canal bordeado de torcidos árboles y la perdieron de vista.

Cadrach hizo una mueca y gruñó:

—Si lo que hasta ahora hemos pasado es la manera que Dios tiene de demostrar su favor, creo que estaría dispuesto a probar un poco de su castigo, sólo para cambiar un poco.

—¡No blasfeméis! —lo reconvino Isgrimnur, apoyándose con fuerza en el remo—. Todavía estamos vivos, contra toda lógica, ¡y libres! Creo que esto ya constituye una merced.

El monje hizo un gesto de indiferencia, pero no dijo nada más.

Salieron por fin a una laguna abierta, tan poco profunda que los tallos de las hierbas de los pantanos asomaban a la superficie y se mecían en el viento. Miriamele observó cómo Kwanitupul quedaba atrás, atrás... A la luz de últimas horas de la tarde, la aplanada y gris ciudad parecía un amontonamiento de pecios a la deriva que hubiesen encallado en un banco de arena, vasto pero sin objeto. La joven sintió un terrible anhelo de poder dar el nombre de hogar a algún sitio, aunque fuese para las más insignificantes, rutinarias e incluso pesadas tareas de cada día. De momento no le hacía la menor gracia la idea de tener que enfrentarse a más aventuras.

—Por ahora no nos persigue nadie —comprobó el duque con cierta satisfacción—. Cuando alcancemos las ciénagas, estaremos a salvo.

Tiamak, que iba sentado en la proa, emitió una curiosa y contenida risa.

—No digáis eso —advirtió—. Allí, en aquel pequeño canal, justamente entre aquellos dos grandes baobabs... ¡No digáis nunca eso! Podríais llamar la atención.

—¿La atención de quién? —preguntó el duque, molesto.

—De Los Que Respiran Oscuridad... Les gusta cogerles a los hombres sus palabras bravas y devolvérselas envueltas en temores.

—¡Espíritus paganos! —murmuró Isgrimnur.

Tiamak rió de nuevo, esta vez de modo triste y desvalido. Después se golpeó el huesudo muslo con la mano, y la palmada produjo un ligero eco en las quedas aguas. Pero el hombrecillo se calmó enseguida.

—Estoy avergonzado —dijo—. Debéis de pensar que estoy chiflado. Estudié con los mejores maestros de Perdruin..., y soy tan civilizado como cualquier habitante de las tierras secas. Pero ahora regresamos a mi mundo, y... estoy asustado. De repente, los viejos dioses de mi niñez me parecen más reales que nunca.

Cerca de Miriamele, Cadrach hacía gestos afirmativos con una expresión de fría satisfacción.

Los árboles y su vestimenta de ceñidas enredaderas se hicieron más espesos a medida que avanzaba el anochecer, y los canales por los que los dirigía Tiamak se hacían cada vez más estrechos y menos definidos, llenos de algas. Cuando el sol descendía rápidamente hacia el frondoso horizonte, Camaris y Cadrach —porque Isgrimnur se había tomado un bien merecido descanso—, apenas podían mover sus remos a través de las musgosas aguas.

—Pronto sólo podremos utilizar los remos como pértigas —señaló Tiamak examinando con ojos entrecerrados el oscuro canal—. Espero que esta barca sea suficientemente pequeña para conducirla a donde tenemos que ir. Sin duda llegará el momento en que necesitaremos algo de menos calado, pero convendría que fuera más adentro, para que nuestros posibles perseguidores tengan menos probabilidades de descubrir dónde nos hemos metido.

—A mí no me queda ni un cinti —dijo Isgrimnur, a la vez que ahuyentaba a la nube de diminutos insectos que revoloteaban alrededor de su cabeza—. ¿Qué podremos dar a cambio de una nueva embarcación?

—Esto —contestó Tiamak—. Ya sé que, a cambio, no nos darán nada tan sólido como nuestro bote, pero quien trate con nosotros tendrá la certeza de poder venderlo en Kwanitupul por el dinero suficiente para adquirir dos o tres chalanas y, además, un barril de vino de palma.

—Hablando de barcas —intervino Cadrach, apoyado en su remo para reposar un poco—, alrededor de los dedos de mis pies noto más agua de la que quisiera. ¿No convendría hacer pronto un alto y remendar la nuestra, sobre todo si estamos condenados a navegar en ella durante unos cuantos días más? A mí no me importaría buscar un sitio adecuado para acampar, en estos lugares tan sucios…

—El monje tiene razón —opinó Tiamak, de cara a Isgrimnur—. Es hora de parar.

Mientras se deslizaban lentamente por el angosto canal, con el wran inspeccionando las enmarañadas orillas desde la proa, Miriamele descubrió, entre la espesura, unas destartaladas chozas.

—¿Son éstas las casas de vuestro pueblo? —le preguntó a Tiamak.

El wran meneó la cabeza con una pequeña sonrisa en los labios.

—No, princesa. La gente de mi pueblo que necesita vivir en Kwanitupul para ganarse el sustento, reside en la ciudad. Esto de aquí no es el verdadero Wran, y vivir en esta zona sería peor que soportar las dos estaciones del año en Kwanitupul y tener que regresar a sus aldeas una vez ganado el dinero imprescindible. No, señora; quienes aquí viven son, en su mayoría, gentes de las tierras secas, perdruineses y nabbanos que abandonaron sus ciudades. Se trata de personas extrañas, que no tienen mucho en común con sus hermanos, dado que muchas de ellas llevan largo tiempo viviendo al borde de los pantanos. En Kwanitupul los llaman «pantaneros» o «saltamontes», y tienen fama de ser raros y poco dignos de confianza.

Tiamak sonrió de nuevo, como si su larga explicación le hiciera sentir vergüenza, y volvió a su búsqueda de un punto adecuado para

pasar la noche.

Miriamele vio una voluta de humo que ascendía de una de las escondidas casuchas y se preguntó cómo se sentiría uno viviendo en tan solitario lugar, donde no se percibía ni una sola voz humana de día ni de noche. Contempló los arcos formados por los árboles y las extrañas formas de éstos. Las raíces parecían garras. La estrecha vía navegable, a la que ya no llegaban los últimos resplandores del sol, estaba orillada por aisladas sombras que se alargaban como si quisieran apoderarse del bote y retenerlo hasta que subiesen las aguas y lo engullesen el lodo y las raíces y las enredaderas. La joven se estremeció. En alguna parte de aquellos sombríos huecos chilló un pájaro cuya voz sonó como la de un niño asustado.

Librodot

12

La danza del cuervo

Al principio, la batalla no le pareció real a Simón. Desde su posición en las laderas inferiores de Sesuad'ra, la gran extensión de helado lago tenía el aspecto de un enorme suelo de mármol; al otro lado, las lomas salpicadas de nieve se alargaban hasta las boscosas colinas, cubiertas por una manta blanca, que asomaban aquí y allá en el valle. Todo se veía tan pequeño, ¡tan lejano! A Simón le costó poco imaginarse que había vuelto a Hayholt y que ahora contemplaba desde la Torre del Ángel Verde las inofensivas actividades de la gente del castillo.

La salida inicial de los defensores de Sesuad'ra, que tenía como objeto mantener en la superficie helada a las tropas del duque Fengbald, lejos de la barricada de troncos que protegía el arranque de la carretera abierta otrora por los sitha, parecía una complicada función de títeres desde el punto de observación del joven caballero. Los hombres blandían espadas y hachas, para caer al suelo traspasados por invisibles flechas, como si un gigantesco titiritero hubiese soltado los cordeles que los movían. ¡Y Simón lo veía todo tan distante! Pero, a la vez que presenciaba maravillado aquel combate en miniatura, Simón tuvo plena conciencia de que sucedía muy en serio, y de que pronto tendría la lucha más cerca.

Los moruecos y sus jinetes empezaban a intranquilizarse. Aquellos soldados qanuc cuyos escondrijos no les permitían dominar el lago, susurraban preguntas a quienes veían algo. El vaporoso aliento de los componentes de la compañía quedaba flotando en el aire, encima de sus cabezas. A su alrededor, las ramas de los árboles centelleaban llenas de gotas de nieve a medio derretir.

Simón, tan impaciente como sus compañeros gnomos, se apoyó en el cuello de *Hogareña.* El olor de la yegua y el calor de su piel le proporcionaban una agradable sensación de seguridad. Ansiaba cumplir debidamente con su deber y ayudar a Josua y a sus demás amigos, pero al mismo tiempo tenía un miedo horroroso de lo que pudiese ocurrir en la vidriosa superficie del lago helado. De momento, sin embargo, sólo podía esperar. Tanto él como sus menudos guerreros tenían que quitarse ahora de la cabeza la idea de la muerte y de la gloria.

El joven procuró aguzar sus sentidos para entender mejor el caos que se desarrollaba delante de él. La línea de los soldados de Fengbald, que no se apartaba del arenoso sendero dejado para ellos por los trineos de batalla, se onduló al ser atacada por la ola de defensores. Mas el

momentáneo desorden no logró romper el avance de las fuerzas de Fengbald, que contraatacaron hasta dispersar el grupo inicial de los hombres de Josua hasta dividirlo en pequeñas partidas. Los soldados de Fengbald que iban a la cabeza formaron entonces un abanico alrededor de los defensores de Sesuad'ra, de manera que la firme línea del ejército del conde se convirtió rápidamente en un enjambre de puntos que se movían con suma actividad, siendo cada pequeña escaramuza algo independiente por completo. A Simón le recordaron un montón de avispas apiñadas alrededor de unos restos de comida.

El amortiguado fragor de la batalla crecía. Aun así, el débil entrechocar de espadas, hachas y armaduras, y los ahogados gritos de rabia y terror..., todo ello contribuía a una sensación de lejanía, como si la lucha tuviese efecto debajo de la superficie helada, en vez de encima.

Incluso para los inexpertos ojos de Simón resultó obvio que la primera salida de los defensores había fracasado. Los supervivientes procuraban escapar de las filas de Fengbald, que se ensanchaban a medida que el ejército enemigo se adentraba en el lago. Los soldados de Josua que conseguían escabullirse, retrocedían patinando o a gatas por el desnudo hielo en busca de la dudosa seguridad de la barricada y de la frondosa ladera.

Hogareña resopló bajo la mano acariciadora de su amo y movió la cabeza intranquila. Simón apretó los dientes. No tenía elección. El príncipe quería que aguardasen hasta el momento de ser llamados, aunque pareciera que todo estaba perdido antes de llegar su hora.

¡Dichosa espera! Simón lanzó un suspiro de enojo. ¡Era tan duro esperar!

El padre Strangyeard saltaba de un lado a otro, impulsado por la preocupación.

—¡Ay! —exclamó, a punto de resbalar en el fangoso suelo—. ¡Pobre Deornoth!

Sangfugol alargó una mano y sujetó al archivero por la manga, impidiendo así que éste rodara ladera abajo.

Josua se hallaba en la parte alta de la montaña, vigilando el escenario de la batalla. Su rojizo caballo thrithingo, *Vinyafod,* permanecía cerca de él, flojamente atadas las riendas a una rama baja.

—¡Allí! —exclamó Josua, sin poder contener la emoción—. Veo su cimera. ¡Aún se mantiene en pie!

El príncipe se inclinó hacia adelante y vaciló de manera peligrosa. Situado más abajo que él, el arpista Sangfugol pareció querer subir hacia Josua, como si tuviera que poner a salvo a su señor como había hecho momentos antes con el sacerdote.

—¡Se ha liberado! —gritó el príncipe con evidente alivio en la voz—. ¡Bravo Deornoth! Ahora reúne a los hombres y se retiran, aunque despacio. ¡Oh, por la paz de Dios! ¡Cuánto lo quiero!

—Ensalcemos el nombre de Aedón —dijo Strangyeard, a la vez que hacía la señal del Árbol—. ¡Ojalá regresen todos bien!

El sacerdote estaba colorado a causa del ejercicio y la excitación, y el parche que le cubría el ojo era una mancha negra encima de la

Librodot

enrojecida mejilla.

Sangfugol emitió un sonido lleno de amargura.

—La mitad de los nuestros han quedado ensangrentados en el hielo… Menos mal que algunos hombres de Fengbald están en las mismas condiciones. ¡Creo que veo al conde, Josua! —anunció después de encaramarse a una piedra y escudriñar las arremolinadas formas.

—¡Sí! —asintió Josua—. Pero ¿ha caído en la trampa?

—Fengbald es un imbécil —contestó Sangfugol—. Lo hará igual que una trucha pica el anzuelo.

El príncipe apartó la vista de la batalla por unos instantes para mirar al arpista con cierto regocijo, no exento de distracción.

—¿De veras lo creéis? ¡Quisiera tener vuestra fe, Sangfugol!

El arpista se ruborizó.

—Perdonad, Alteza. Sólo quise decir que Fengbald no es tan buen estratega como vos.

El príncipe volvió a prestar su atención al lago.

—No perdáis el tiempo con adulaciones, arpista. En estos momentos estoy demasiado ocupado para apreciar vuestras palabras. ¡Y no cometáis el error de subestimar al enemigo, además! —dijo, poniéndose la mano a guisa de visera para protegerse los ojos del resplandor del aún medio oculto sol, que empezaba a asomar por encima de las nubes—. ¡Maldita sea! —rugió—. ¡No ha caído en la trampa! ¡No del todo! Sólo ha hecho adelantar a parte de sus tropas. El resto sigue agazapado en la orilla del lago.

Sangfugol calló, confundido. Strangyeard había reanudado sus brincos.

—¿Dónde está Deornoth? ¡Dichoso ojo, el mío!

—Sigue la retirada —contestó Josua y, saltando de su puesto, descendió por la ladera para reunirse con sus hombres mientras decía—: Binabik todavía no ha vuelto, y no puedo esperar más. ¿Dónde está el chico de Simón?

Jeremías, que había permanecido acurrucado junto a un tronco volcado para no estar en medio, se puso en pie de un salto.

—¡Aquí, Alteza!

—Bien. Avisa primero a Freosel y, después, corre colina abajo para decir a Hotvig y a sus jinetes que se preparen. Pese a todo, volveremos a atacar. En breve oirán mi señal.

Josua estaba ceñudo. En la superficie helada, el ejército de guardias erkynos y mercenarios capitaneado por Fengbald parecía avanzar sólo de manera vacilante, no obstante el éxito inicial.

—¡Vaya! —comentó el príncipe—. Fengbald se ha hecho más prudente, con los años y con la creciente carga. ¡Malditos sean sus ojos! En cualquier caso, no tenemos otra solución que la de cerrarles la trampa en las narices a quienes podamos pescar. ¡Por el diablo, que mañana partiremos!

—¡Príncipe Josua! —jadeó Strangyeard, tan alarmado que dejó de dar saltos y, a toda prisa, trazó en el aire otra señal del Árbol.

El ardoroso aliento de hombres y caballos quedaba suspendido en

el aire como una capa de neblina. Era difícil ver más allá de unas cuantas anas en cualquier dirección. Incluso aquellos hombres a los que Deornoth podía distinguir, resultaban borrosos e insustanciales, de modo que el fragor del combate parecía proceder de una lucha fantasmal.

Deornoth recibió en la empuñadura de su espada el golpe dado por el guardia erkyno. El impacto estuvo a punto de hacerle perder el arma, pero el caballero consiguió mantenerla agarrada el tiempo suficiente para contraatacar. Falló, pero hirió a la montura del enemigo en una desprotegida pata. El moteado animal gritó y retrocedió unos pasos, perdió el equilibrio y cayó sobre el resquebrajado hielo con estrépito, en medio de una nube de nieve en polvo. Deornoth refrenó a *Vildalix* y se alejó del corcel derribado, que agitaba frenéticamente las patas. Su jinete estaba atrapado debajo pero, al contrario que la bestia, no daba señales de vida.

Con el aliento brotándole de los bordes del yelmo, Deornoth alzó la espada y golpeó su escudo con toda la fuerza posible. El corneta, uno de los jóvenes e inexpertos soldados de Nueva Gadrinsett, figuraba entre las bajas del primer choque, y ahora no había quien tocara a retirada.

—¡Atentos a mí! —voceó Deornoth, insistiendo en el martilleo—. ¡Atrás todos! ¡Atrás!

Al mirar a su alrededor, la boca se le llenó de algo salado, y escupió. Una roja bocanada fluyó a través de la ranura vertical del casco para caer sobre el hielo. La humedad que sentía en el rostro era sangre, procedente sin duda de la herida que le había infligido otro de los erkynos al abollarle el yelmo. Él no la sentía. Nunca se había dado cuenta de recibir sablazos de menor importancia, en plena batalla. Aun así, dirigió una rápida plegaria a Madre Elysia para que la sangre no le cayera a los ojos y lo cegara en un momento importante.

Algunos de sus hombres habían oído su aviso y lo rodeaban. Sabía Dios que aún no eran verdaderos soldados, pero por ahora se habían mostrado valientes frente a las formidables filas de guardias erkynos. No se esperaba de ellos que rompieran la columna que iba a la cabeza de las fuerzas de Fengbald, sino únicamente que impidiesen un avance tan rápido y, quizá, que supieran atraer al enemigo hacia la barricada, donde se encontrarían con la primera de las sorpresas preparadas por Josua: los pocos arqueros fiables de Nueva Gadrinsett y su reducida provisión de flechas. Los tiradores solos no cambiarían el curso de la batalla, ya que los caballeros montados de ambos bandos iban demasiado bien armados, pero sí podrían hacer algún estrago y obligar a los hombres de Fengbald a reflexionar antes de lanzar un desenfrenado ataque contra la base de Sesuad'ra. Por el momento, eran muy pocas las saetas arrojadas por unos y otros, pese a que varios de los improvisados soldados de Deornoth habían caído ya en los primeros momentos del asalto, con temblorosas flechas clavadas en el cuello o atravesadas sus cotas de malla a la altura del pecho o del estómago. Ahora, la neblina producida por el sol naciente dificultaría todavía más que los hombres de Fengbald hicieran uso de sus arcos.

«¡A Dios gracias es Fengbald contra quien luchamos!», pensó

Librodot

Deornoth, e inmediatamente tuvo que agacharse, sorprendido por la hoja de un guardia montado que, de repente, había surgido de la lobreguez. El caballo pasó por su lado con intenso chacoloteo para volver a perderse en la nada. Deornoth respiró febrilmente un par de veces.

«De momento podemos con los guerreros montados y con los de a pie. Sólo un Fengbald es tan loco de pretender sitiar un picacho fortificado sin una o dos compañías de arqueros, que podrían habernos derrotado en cuestión de momentos.»

Desde luego había que admitir que, no obstante toda su arrogancia, Fengbald no había resultado tan tonto como Josua y los demás esperaban. Habían rezado por que enviase primero a un nutrido grupo de thrithingos, confiando en su gran habilidad a caballo y sobre la traidora capa de hielo. Los hombres de las praderas eran luchadores temibles, pero ante todo les gustaba el heroísmo del combate individual. El príncipe estaba convencido de que un par de ataques bien preparados por Deornoth apartarían de la formación a los mercenarios, con lo que sería más fácil liquidarlos, cosa que además sembraría la confusión entre la vanguardia de Fengbald. Pero habían hecho sus cálculos sin los trineos —Deornoth no pudo dejar de preguntarse de quién habría sido un plan tan astuto— y sin imaginarse la ventaja que para la disciplinada guardia del conde representaba avanzar sobre una sábana de arena que evitaba los resbalones sobre el hielo.

De pronto, el caballero oyó algo semejante a un creciente redoble de tambor. Alzó la vista y se encontró con que el guardia erkyno que poco antes había errado el ataque, había hecho dar media vuelta a su montura. El avance era tan peligroso y requería unos movimientos tan cautos por ambas partes, que toda la escena tenía el aspecto de una extraña danza subacuática. Y, ahora, el enemigo avanzaba de nuevo contra él, procedente de la cortina de niebla, casi a un prudente paso. Deornoth espoleó suavemente a *Vildalix,* para que el bayo se pusiera de cara a su atacante, y levantó la espada. También el erkyno blandió el arma, pero continuó acercándose como si simplemente fuera de paseo.

Era raro ver el verde uniforme de un guardia erkyno en plan de guerra. Pero aún parecía más extraño tener el tiempo suficiente para reflexionar sobre ello mientras aguardaba a que ese enemigo acabase de cruzar con tanta calma la superficie helada. El guardia se salvó del fiero golpe de espada de uno de los camaradas de Deornoth gracias a un súbito encogimiento, de un golpe que había salido repentinamente de la niebla como una lengua de serpiente. Los hombres de Josua estaban en todas partes, luchando con desespero para reunirse y efectuar una retirada ordenada. Y el erkyno siguió adelante, intrépido. Deornoth se preguntó por espacio de unos segundos si la cara que había debajo del yelmo del audaz soldado pertenecería a algún conocido, a alguien con el que quizás hubiera bebido o jugado a los dados...

Vildalix, que a pesar de su valentía se mostraba a veces tan sensible como si lo desollaran, reaccionó ante el breve tirón de riendas de su amo y dio un fuerte tumbo hacia un lado en el momento en que el enemigo los alcanzaba, de manera que el primer embate del guardia

erkyno sólo arañó el escudo de Deornoth. *Vildalix* dio un pequeño brinco, procurando no pisar la contraída forma del jinete caído poco antes debajo de su propia montura, y así, el contragolpe de Deornoth quedó desviado por completo. El guardia atacante paró a su montura, y las patas de ésta se abrieron ligeramente al resbalar el animal. Atento a la oportunidad que se le ofrecía, Deornoth hizo girar a *Vildalix* y cabalgó en pos de aquél. El caballo thrithingo, entrenado para moverse sobre el hielo, obedeció con facilidad y Deornoth pudo colocarse a la altura del enemigo antes de que éste hubiera podido completar la difícil maniobra.

El primer golpe del caballero arrancó un súbito penacho de chispas del escudo del guardia, y Deornoth aprovechó el ímpetu de su espada para atacar de nuevo, muy ladeado en la silla para no tener que soltarse. Cuando el guardia erkyno de verde uniforme bajó un instante su escudo, Deornoth le soltó un revés en la cabeza, y el yelmo del hombre se abolló de forma escalofriante. El guardia cayó de la silla con la sangre corriéndole ya cuello abajo, al interior de la coraza. Por un momento quedó colgado de los estribos, y luego se desplomó al helado suelo, donde quedó haciendo débiles contracciones. Deornoth se alejó, apartando de sí cualquier remordimiento. No en vano tenía larga experiencia en la guerra. El sangrante montón podía ser alguien a quien él conociera, pero todo guardia erkyno era ahora sólo un enemigo, y nada más.

—¡Escuchad, hombres, escuchad! —gritó Deornoth, alzándose sobre los estribos para poder ver mejor a través de la niebla—. ¡Seguidme en la retirada! ¡Pero con toda cautela!

No era fácil calcularlo, pero al caballero le pareció que quienes se reunían ahora a su alrededor constituían poco más de la mitad del grupo que había llevado consigo. Levantó la espada y espoleó a *Vildalix* en dirección a las grandes barricadas de troncos. Una flecha pasó silbando junto a su cabeza y luego otra, pero la puntería de los arqueros era mala, o bien los desorientaba la niebla. Los hombres de Deornoth echaron a cabalgar entre comedidas aclamaciones.

—¿Dónde está Binabik? —gruñó Josua—. Tenía que ser mi mensajero, pero no ha regresado de la misión en la que acompañó a Hotvig. ¡Que Dios me dé paciencia! Mientras no le haya sucedido nada... ¿Y tú dices que, según Hotvig, Binabik lo dejó hace algún tiempo? —añadió de cara al joven Jeremías.

—Sí, Alteza. Hotvig dijo que el sol se había elevado un palmo desde la marcha del gnomo, aunque no acabo de entender el sentido de sus palabras.

—¡Maldita suerte! —murmuró Josua, empezando a dar pasos, pero sin perder de vista en ningún momento la batalla—. Bien; no podemos hacer nada. Pero como no me fío de que el aviso llegue tan lejos, chico, corre al encuentro de Simón y dile que, si no oye nada después de contar hasta quinientos, más o menos, después de la salida de los hombres de Hotvig, tendrán que intervenir él y sus gnomos. ¿Entendido?

—Sí. Que si no oye sonar el cuerno, cuente hasta quinientos des-

Librodot

pués de la aparición de Hotvig, y que entonces intervengan..., Alteza —agregó Jeremías tras una breve duda.

—Conforme. Date prisa, pues. Ahora, cada momento tiene importancia. ¿También vos estáis a punto? —le preguntó seguidamente a Sangfugol.

—Sí, señor —contestó el arpista—. Tuve los mejores maestros. No creo que tropiece con dificultades para arrancar unos cuantos sonidos a algo tan simple como un cuerno.

Josua soltó una corta risa.

—En vuestra insolencia hay algo tranquilizador, Sangfugol. Pero recordad, amigo músico, que no tenéis que limitaros a tocar el cuerno, ¡sino que debéis animar a la victoria!

Simón observaba a su pequeña compañía, principalmente con el fin de mantenerse ocupado, cuando de pronto comprobó que Sisqi no se hallaba entre los gnomos. Sin pérdida de tiempo se reunió con los qanuc y observó cada cara, mas no logró ver a la prometida de Binabik. Si ella era su guía..., ¿dónde podía haberse metido? Después de reflexionar un poco, Simón se dio cuenta de que no la había visto desde la revista delante de la Casa de la Despedida.

«¡Ay, Aedón misericordioso! —pensó angustiado—. ¿Qué dirá Binabik? ¡He perdido a su amada antes, incluso, del comienzo del combate!»

Se dirigió al más próximo de los gnomos.

—¿Y Sisqi? —inquirió, dando a entender por sus gestos que necesitaba saber dónde estaba.

Dos mujeres qanuc lo miraron sin entenderle. ¡Diantre! Así era como la llamaba Binabik, pero... ¿cuál era su nombre completo?

—Sis..., Sisqimook... —probó suerte—. ¿Sisqinamok?

Una de las mujeres hizo vivos movimientos afirmativos, satisfecha de haberle comprendido.

—Sisqinanamook.

—¿Dónde se encuentra? —insistió, aunque no se le ocurrían las palabras en el lenguaje de los gnomos—. ¿Sisqinanamook? ¿Dónde?

Señaló hacia todos lados y se encogió de hombros repetidas veces, tratando de hacerse entender. Sus menudos compañeros parecieron interpretar por fin su deseo y, después de una prolongada conferencia en murmurado qanuc, quienes estaban más cerca de él le indicaron, con gestos perfectamente comprensibles, que ignoraban adonde había ido Sisqinanamook.

Simón renegaba de mala manera cuando se presentó Jeremías.

—¡Hola, amigo! ¿No es magnífico? —exclamó el escudero, que parecía excitado al máximo—. ¡Es como aquello con que soñábamos en Hayholt!

Simón puso cara de circunstancias.

—Excepto que allí nos atacábamos con duelas de barril, mientras que aquí pelean con afilado acero. Por cierto: ¿sabes por dónde anda Sisqi? La chica con la que quiere casarse Binabik... Tendría que estar con los demás gnomos.

—Pues no; lo ignoro. Pero también falta Binabik. Y ahora calla, Simón. Antes tengo que darte un mensaje de Josua.

Jeremías se puso a transmitir las instrucciones del príncipe, y las repitió por si acaso no lo había hecho bien.

—Dile que estoy preparado... Que lo estamos todos. Haremos lo que se espera de nosotros. Pero, Jeremías, es preciso que descubra el paradero de Sisqi. ¡Es quien guía a los gnomos!

—No necesitas encontrarla —declaró el escudero, satisfecho de sí mismo—. Ahora te has convertido tú en su jefe, Simón. Yo debo regresar corriendo junto a Josua. Al faltar Binabik, yo soy su mensajero principal. Son las cosas que suceden en la guerra... —anunció, como si no le diera importancia, pero de sobra se le notaba el orgullo que eso le producía.

—¿Y qué pasará si no me siguen? —exclamó Simón, mirando a Jeremías—. Te veo muy contento —refunfuñó—. No olvides, Jeremías, que aquí muere mucha gente, y que también puede tocarnos a nosotros.

—Me consta —respondió el escudero, ya serio—. Pero nosotros mismos elegimos este camino, ¿no, Simón? Y, por lo menos, sería una muerte honrosa —agregó con un súbito cambio de expresión, arrugando la cara como si fuese a romper a llorar—. Durante mucho tiempo, cuando..., cuando estaba debajo del castillo, una muerte rápida y limpia me parecía una cosa maravillosa. Ahora, en cambio, creo que debo seguir vivo —continuó—. Leleth me necesita como amigo..., y tú también necesitas a alguien que te diga lo que tienes que hacer.

Jeremías suspiró, se enderezó y, tras dedicar a Simón una media sonrisa, agitó la mano y desapareció entre la verde espesura para volver a donde se hallaba el príncipe.

—¡Buena suerte, Simón..., sir Seomán, mejor dicho!

El joven caballero quiso contestarle algo, pero Jeremías ya estaba lejos.

El retorno de Binabik fue súbito y algo sorprendente. Josua percibió un suave susurro y, al levantar la vista, se encontró con los amarillos ojos y la boca llena de afilados dientes de Qantaqa, que lo miraba jadeante desde una elevación del terreno. El gnomo, montado en ella, apartó unas ramas de su redondo rostro y se inclinó hacia adelante.

—Príncipe Josua —dijo con tanta calma como si se encontraran en cualquier acto cortesano.

—¡Binabik! —exclamó Josua, dando un paso atrás—. ¿Dónde estabas?

—Os presento mis excusas, Alteza —contestó el gnomo y, después de desmontar, descendió a la placeta donde aguardaba el príncipe—. Descubrí que algunos hombres de Fengbald exploraban un terreno donde no tenían nada que buscar. Y los seguí. Buscaban un sitio por donde trepar mejor. Fengbald no es tan tonto como creíamos. Resulta evidente que se da cuenta de que no podrá desalojarnos en un primer asalto.

—¿Cuántos eran?

—No muchos. Seis..., cinco...

—¿No lo sabes con exactitud? ¿A qué distancia estabas?

La amable sonrisa de Binabik no iba de acuerdo con la seriedad de sus ojos.

—Al principio eran seis —especificó, al mismo tiempo que daba un golpecillo a su bastón, hueco por dentro y en el que llevaba dardos—. Pero luego, uno rodó montaña abajo.

—¿Y los demás?

—Después de desviarlos de donde no debían estar, dejé allí a Sisqi para que distrajese su atención mientras yo subía a toda prisa. Varias mujeres de Nueva Gadrinsett bajaron a ayudarnos.

—¿Mujeres? ¡No quiero que mujeres y niños estén en sitios de peligro, Binabik!

—Sabéis, señor, que lucharán con tanto arrojo como cualquier hombre por salvar sus hogares. Siempre fue así entre los qanuc. Pero tranquilizaos. Todo cuanto hicieron fue ayudarnos a Sisqi y a mí a empujar algunas piedras grandes. En cualquier caso, esos hombres ya no constituirán un peligro para nosotros, y su acción de búsqueda de nada le ha de servir a Fengbald.

—Espero que, por lo menos, no os llevaseis también a mi esposa para ayudaros a empujar piedras...

Binabik rió.

—¡Pues ella ansiaba venir, príncipe Josua! Tenéis una esposa llena de ímpetu. ¡Sería una buena desposada qanuc! Pero Gutrun no permitió que diera ni un solo paso fuera del campamento. ¿Qué sucede abajo, por cierto? —preguntó el gnomo, mirando a su alrededor—. No pude verlo bien, mientras regresaba.

—Como tú dices, Fengbald estaba mejor preparado de lo que suponíamos. El enemigo construyó una especie de trineos o carros que ponen áspero el hielo, con lo que los soldados se mueven más fácilmente. El ataque de Deornoth fue rechazado, pero la guardia erkyna de Fengbald no lo persiguió. Aún están todos concentrados sobre el lago. Yo voy a... ¡Pero basta! Ya verás lo que pienso hacer.

—¿Necesitáis que me reúna con Hotvig? —preguntó Binabik.

—No, Jeremías se hizo cargo de tus tareas mientras tú presentabas los espías de Fengbald a las damas de Nueva Gadrinsett —contestó Josua con una breve sonrisa—. ¡Gracias Binabik! Sabía que, si no habías sido herido o hecho prisionero, estarías ocupado en algo importante. Sólo que... ¡la próxima vez procura avisarme antes!

—Os presento mis excusas, Alteza. Temía esperar demasiado.

El príncipe dio media vuelta y llamó entonces a Sangfugol, que acudió en el acto. El padre Strangyeard y Towser contemplaban la batalla con gesto solemne, si bien el bufón parecía ladearse un poco, como si ni siquiera el mortal combate que tenía lugar a sus pies constituyera una emoción suficiente para hacerle olvidar su acostumbrada siesta del mediodía.

—Llamad a Freosel —ordenó Josua—. Tres soplidos cortos y tres largos.

Sangfugol se llevó el cuerno a los labios, ensanchó el delgado pecho y sopló. La llamada resonó en toda la boscosa ladera, y el fárrago de la batalla sobre el hielo pareció reducirse. El arpista volvió a tomar aire y tocó de nuevo. Cuando los ecos se hubieron apagado, emitió una tercera llamada.

—Ahora veremos lo a punto que está Fengbald para una verdadera lucha —dijo Josua con firmeza—. ¿Lo distingues desde aquí, Binabik?.

—Creo verlo, sí. ¿Lleva una capa roja?

—En efecto. Vigila qué hace.

Mientras Josua hablaba, se produjo una súbita convulsión en la primera línea de las tropas de Fengbald. El grupo de soldados más próximo a las barricadas se detuvo de pronto y retrocedió entre un gran desorden.

—¡Hurra! —gritó Strangyeard con uno de sus saltos, aunque seguidamente pareció recordar su dignidad sacerdotal y volvió a poner cara de preocupación.

—Por la sangre de Aedón, ¡mirad cómo brincan! —exclamó Josua con gran júbilo—. Pero ni siquiera esto podrá detenerlos durante mucho rato. ¡Qué lástima que no dispongamos de más flechas!

—Freosel aprovechará bien las pocas que tenemos —señaló Binabik—. En Yiqanuc decimos que una lanza bien disparada vale por tres.

—Es preciso servirnos de la confusión que los arqueros de Freosel han causado —indicó Josua mientras caminaba de un lado a otro, hasta que al fin, no pudiendo contenerse más, gritó—: Sangfugol..., ¡la llamada a Hotvig!

El cuerno sonó de nuevo: dos veces largas, dos cortas y otras dos largas.

La lluvia de flechas de los defensores de Sesuad'ra cogió por sorpresa a los hombres de Fengbald y dejó a unas cuantas veintenas de ellos atravesados en el hielo. Algunos intentaban escapar gateando de la resbaladiza superficie, pero dejaban atrás restos de sangre semejantes a los que de baba dejan los caracoles. En medio de aquel caos, Deornoth y las fuerzas que le quedaban pudieron retirarse.

El caballero regresó tres veces al lugar de la refriega para ayudar a transportar a los heridos restantes hasta detrás de la gran pared de troncos. Cuando tuvo la certeza de que ya no podía hacer nada más, se dejó caer al pisoteado suelo de barro, a la sombra de la enorme barricada, y se quitó el yelmo. Cerca, la lucha seguía en todo su fragor.

—Sir Deornoth —dijo alguien—, ¡sangráis!

El caballero apartó al hombre con un gesto de la mano, porque le molestaba que se preocupasen por él. Sin embargo, aceptó el trozo de tela que alguien le tendía. Deornoth utilizó el trapo y un puñado de nieve para limpiarse la sangre de la cara y del pelo, y después se pasó los gélidos dedos por la herida de la cabeza. Se trataba sólo de un corre superficial de modo que se alegró de haber enviado al soldado a ocuparse de quienes lo necesitaban más. Una tira del trapo ya ensangrentado le sirvió de venda, y la presión de ésta, una vez

Librodot

anudada, ayudó a aliviarle el dolor.

Cuando hubo terminado de examinarse las demás heridas, todas ellas de menor importancia y no tan aparatosas como el tajo en el cuero cabelludo, sacó la espada de su vaina. Era una hoja sencilla, de empuñadura envuelta en piel, y el pomo tenía la forma de una cabeza de halcón, si bien estaba muy gastado por el continuo uso. Le pasó al arma una parte no ensangrentada del trapo, y frunció el entrecejo al comprobar cuántas nuevas muescas presentaba, por muy honorable que fuera su causa. Luego alzó la espada contra la pálida luz del sol y bizqueó para cerciorarse de que no quedaba en ella ni un resto de sangre que pudiera corroer su afilado borde.

«No es una espada famosa —pensó—. Ni siquiera tiene nombre, pero me ha servido durante muchos años. Durante casi tantos como tengo yo —se dijo con una queda e insonora risa, y los soldados que estaban cerca lo miraron—. Creo que, a mí, nadie me recordará, por muchos años que se hable de Josua y de Elías. Pero yo ya estoy contento. Hago lo que mi señor Jesuris querría... ¿Acaso no era él mismo tan humilde?»

Aun así, había momentos en que Deornoth hubiera deseado ser visto por la gente de Hewenshire, para que los suyos supiesen con cuánta fidelidad luchaba por un gran príncipe, y hasta qué punto confiaba éste en él. ¿Era demasiado orgullo para un buen aedonita? Quizás...

Otro golpe de cuerno sonó desde la parte alta de la ladera, con lo que el caballero olvidó sus pensamientos. Se puso de pie, ansioso por ver qué ocurría, y comenzó a trepar a la barricada. Un momento después bajaba de un salto en busca del yelmo.

«No tiene objeto dejar que me claven una flecha entre los ojos, si puedo evitarlo», decidió.

Él y otros se subieron con toda cautela al parapeto de troncos, para asomar la nariz y ver algo a través de los bastos puntos de observación abiertos por Sludig y sus ayudantes con sus hachas de mano. Mientras se acomodaban como podían, se produjo de repente un intenso griterío: una compañía de jinetes acababa de aparecer entre los árboles, a poca distancia y por el lado este, en dirección a la superficie helada y a las tropas de Fengbald allí reunidas. Algo había de diferente en aquella compañía, pero la confusión producida por la niebla y el constante movimiento de hombres y caballos impidió, durante unos instantes, que comprendieran lo que pasaba.

—¡Adelante, Hotvig! —voceó Deornoth.

Los hombres situados junto a él, se unieron a su grito con voces roncas. Cuando los thrithingos tronaron a través del lago cubierto de hielo, pronto resultó evidente que actuaban con más rapidez y habilidad que los soldados de Fengbald. Montaban con tanta seguridad como si lo hicieran sobre terreno firme.

—¡Despabilado Binabik! —exclamó Deornoth, casi para sí mismo—. ¡Aún puedes habernos salvado!

—¡Mirad cómo cabalgan! —gritó otro de los hombres, un individuo ya viejo que habría participado por última vez en una batalla cuando

Deornoth era todavía un bebé en pañales—. ¡Desde luego, los trucos de los gnomos son eficaces!

—Sin embargo, aún nos sobrepasan mucho en número —advirtió Deornoth—. ¡Adelante, Hotvig, adelante!

En cuestión de momentos, los thrithingos se arrojaron sobre los soldados de Fengbald con aterrador estruendo. Batieron a las primeras filas de hombres como un solo e inmenso garrote, abriendo sin la menor dificultad una amplia brecha. El estrépito, el choque entre armas y escudos, los gritos de hombres y caballos: todo pareció doblarse en cosa de un momento. El propio Hotvig, festoneaba su barba de rojas cintas de guerra, manejaba su larga lanza con tanta agilidad como un experto pescador de río. Cada vez que la tiraba, parecía encontrar un blanco, porque producía unos llamativos surtidores de sangre tan roja como los nudos de seda que pendían de sus bigotes. Hotvig y sus hombres de las praderas cantaban durante la lucha, un canto a gritos, casi falto de melodía pero con un tremendo ritmo que les servía para acompañar cada arremetida y cada cuchillada. Con asombrosa habilidad envolvieron a los soldados de Fengbald, que, pese a ser tan duchos en la guerra, ahora daban la impresión de nadar en barro. Los flancos del ejército del conde vacilaron y retrocedieron, y el fiero canto de los thrithingos sonó con fuerza todavía mayor.

—¡Por los ojos de Dios! —chilló Fengbald, blandiendo su larga espada en un inútil arrebato de furia—. ¡Mantened las líneas, condenados!

Y se volvió hacia Lezhdraka, el capitán mercenario, que miraba con sus rasgados y crueles ojos a Hotvig y sus jinetes.

—¡Poseen alguna maldita magia sitha! —rugió el conde—. ¡Se mueven sobre el hielo como si estuvieran en un campo de torneo!

—Nada de magia —gruñó Lezhdraka—. ¡Fijaos en los cascos de los caballos! Llevan unas herraduras especiales. ¿Veis cómo brillan los clavos? Creo que, de una manera u otra, vuestro Josua ha herrado a las bestias con puntas metálicas.

—¡Maldito sea! —exclamó Fengbald, de pie en los estribos y lleno de sudor el pálido y hermoso rostro—. Es un buen truco, sí, pero no le bastará. Nuestra superioridad numérica es grande, salvo que tenga allí arriba tres veces más hombres, cosa imposible. Traed a vuestra gente, Lezhdraka. Avergonzaremos a mi guardia erkyna, enseñándole a causar mejor impresión... ¡Traidores! —chilló después de cabalgar un trecho hacia sus soldados—. ¡Resistid en vuestras líneas o iréis a parar a las horcas del rey!

Lezhdraka refunfuñó ante el arrebato de cólera de Fengbald y se volvió hacia su primera compañía de mercenarios thrithingos. Estos habían permanecido imperturbables en sus sillas de montar, sin importarles lo que ocurría a su alrededor hasta que les tocase el turno de cumplir con su obligación. Todos llevaban corazas de cuero cocido y cascos de cuero también, orillados de metal: la típica armadura de las praderas. A un gesto de Lezhdraka, la nutrida compañía de hombres silenciosos y llenos de cicatrices se preparó, en los ojos de sus

componentes pareció brillar una nueva luz.

—¡Escuchad, perros carroñeros! —bramó el jefe—. Esos habitantes de las piedras y sus mimados del Alto Thrithing creen que, por llevar sus caballos herraduras especiales para el hielo, nos van a espantar. En consecuencia, ¡vamos a mondarles los huesos!

Y espoleó con rabia a su montura, aunque procurando no apartarse del sendero formado por uno de los trineos. Con un áspero grito que salió de todas las gargantas al mismo tiempo, los mercenarios se lanzaron detrás de él.

—¡Matadlos a todos! —voceó Fengbald, sin dejar de cabalgar en círculo junto a la columna, espada en alto—. Matadlos, sí, pero sobre todo no permitáis que Josua salga vivo del campo. ¡Vuestro amo, el rey Elías, exige su muerte!

El capitán de los mercenarios miró al conde con mal disimulado desprecio, pero Fengbald ya apremiaba a su caballo y le chillaba a la titubeante guardia erkyna.

—Me importan poco los problemas de esos dichosos habitantes de las piedras —les dijo Lezhdraka a sus hombres en lengua thrithinga—, pero yo sé algo que ese imbécil ignora: un príncipe vivo nos proporcionará mejor recompensa que la que Fengbald nos daría jamás. Por lo tanto, quiero vivo al príncipe manco. En cambio, si Hotvig o cualquier otro cachorro del Alto Thrithing sale con vida de aquí, ¡os haré comer vuestras propias tripas!

Un nuevo gesto de la mano, y la columna arrancó. Los mercenarios escondieron una risita burlona entre sus barbas, a la vez que acariciaban las armas. El olor a sangre estaba en el aire, un olor muy familiar…

Deornoth y sus hombres procuraban recuperar su orden de batalla cuando apareció Josua llevando de las riendas a *Vinyafod.* El padre Strangyeard y el arpista Sangfugol caminaban detrás de él, enfangados y mugrientos.

—Las herraduras de Binabik han resultado eficaces. Al menos nos han ayudado a pescar desprevenido a Fengbald —dijo el príncipe.

—Ya lo he visto, Alteza.

Deornoth volvió a golpear la parte interior de su yelmo con la empuñadura de la espada, pero el hundimiento era demasiado profundo para un arreglo tan simple. El caballero soltó un reniego, pero se puso el casco. No había repuestos, por allí cerca. Nueva Gadrinsett había hecho un gran esfuerzo, proporcionando hasta las armas y las herramientas de menor tamaño. Por otra parte, los thrithingos de Hotvig no llevaban consigo sus propias corazas y cascos de cuero… Menos de una cuarta parte de los defensores iban armados. Deornoth sabía que sólo podían contar con lo que aún tuvieran puesto los recién caídos. Abollado o no, se contentaría con su viejo yelmo.

—Me alegra hallaros a punto —señaló Josua—. Antes de que la superioridad numérica de Fengbald nos aplaste, tenemos que aprovechar toda la ventaja posible.

—¡Ojalá contásemos con más hierros para las botas, de esos de los

gnomos! —exclamó Deornoth mientras se ponía las suyas, aunque con las ateridas manos le costaba hacerlo. Luego tocó los clavos que ahora sobresalían de las suelas—. Pero utilizamos todas las piezas de metal de que podíamos disponer.

—Reducido precio si nos salva; carente de sentido, si no nos sirve—dijo Josua—. Espero que dierais preferencia a los hombres que deben luchar a pie.

—Así lo hice —respondió Deornoth—, aunque tuvimos bastante para casi todos los caballos, incluso después de equipar a los thrithingos de Hotvig.

—Bien. Si ahora disponéis de un momento, ayudadme a aplicarle los clavos a *Vinyafod*— añadió el príncipe con una abierta sonrisa, poco característica de él—. Tuve la precaución de apartarlos ayer.

—Pero... ¡cielos! —exclamó Deornoth, alarmado—. ¿Para qué los queréis?

—No supondréis que voy a contemplar toda la batalla desde la ladera —replicó Josua, desaparecida su sonrisa pero con sincera sorpresa—. Es por mí que esos bravos hombres luchan y mueren en el helado lago. ¿Cómo no voy a unirme a ellos?

—¡Precisamente por esa misma razón! —protestó Deornoth, volviéndose hacia Sangfugol y Strangyeard, quienes se limitaron a mirar avergonzados a otro lugar. El caballero se imaginó que ya habrían discutido el asunto con el príncipe, desde luego sin éxito—. Si algo os sucediese a vos, Josua, toda victoria sería inútil.

El príncipe fijó en Deornoth sus límpidos ojos grises.

—¡Ah, pero eso no es cierto, viejo amigo! Olvidáis que Vorzheva lleva en su seno un hijo mío. Los protegeréis a los dos, como prometisteis. Si hoy ganamos y yo no estoy con vosotros para celebrarlo, sé que conduciréis a nuestro pueblo con toda eficacia y habilidad. La gente acudirá en tropel a unirse bajo nuestra bandera; gente que ni siquiera sabrá si estoy vivo o muerto, aunque tampoco le importará, pero que vendrá a nosotros porque combatimos a mi hermano el rey. Además tengo el convencimiento de que Isorn regresará pronto con hombres de Hernystir y Rimmersgardia. Y si Isgrimnur, su padre, encuentra a Miriamele..., ¿qué nombre más legítimo podríais defender, que el de la nieta del rey Juan? Pero... ¡por favor, Deornoth! No pongáis esa cara tan seria. Si Dios quiere que yo venza a mi hermano, ni todos los caballeros y arqueros del mundo lograrán matarme. De no ser así... Bien, no hay quien escape de su suerte —dijo, agachándose para levantar una de las patas de *Vinyafod,* que se ladeó nervioso pero no perdió el equilibrio—. Tened en cuenta, Deornoth, que el equilibrio de nuestra tierra pasa por un momento delicado. Quienes ven a su príncipe junto a ellos, saben que no se exponen a sacrificarse por alguien que no merece tal sacrificio.

Aplicó al casco del caballo el pequeño saco de cuero de fondo duro, del que sobresalían pinchos, y lo ató con cordones al tobillo del animal.

—Y no quiero más discrepancias —concluyó Josua sin alzar la vista.

Deornoth suspiró. Se sentía muy desdichado, pero en el fondo

había sabido que su príncipe actuaría de ese modo. En realidad lo hubiera sorprendido que no lo hiciese.

—Como deseéis, Alteza.

—No, Deornoth —contestó Josua mientras comprobaba que el nudo estaba firme—. Como debo.

Simón lanzó un grito de alegría cuando los jinetes de Hotvig atropellaron a las filas de Fengbald. La inteligente estratagema de Binabik parecía dar resultado: los thrithingos, aunque cabalgaban más despacio de lo normal en ellos, eran mucho más veloces que sus oponentes, y su capacidad de maniobra era realmente asombrosa. La vanguardia de Fengbald tuvo que retroceder, forzada a reagruparse a varios centenares de codos de la barricada.

—¡Dadles fuerte! —gritó Simón—. ¡Bravo, Hotvig!

Los gnomos contribuyeron a los vítores con unas extrañas voces semejantes a ladridos. Se acercaba su momento. Simón contaba en silencio, pero ya se había equivocado un par de veces y siempre tenía que empezar de nuevo. Por ahora, la batalla se desarrollaba tal como habían previsto Josua y los demás.

El joven caballero miró a sus originales compañeros, de faz redonda y cuerpo pequeño, y sintió que lo invadían un profundo afecto y un inmenso agradecimiento a su lealtad. En cierto aspecto, él era responsable del grupo qanuc. Los gnomos habían hecho tan largo camino para luchar por una causa ajena, aunque al final quizá resultara ser la causa de todos, y Simón deseaba que todos regresasen sanos y salvos a sus casas. Tendrían que enfrentarse a individuos más altos y fuertes que ellos, pero los gnomos ya estaban acostumbrados a pelear en pleno invierno. Además iban calzados con botas provistas de pinchos de hierro, de un tipo mucho más perfeccionado que el que Binabik había enseñado a forjar a los herreros. Este le había explicado a Simón que, para los de su pueblo, aquellas puntas tenían gran valor, dado que los gnomos habían perdido las rutas comerciales y el contacto con los mercaderes que en otro tiempo hacían posible la llegada de hierro a Yiqanuc. En la época actual, cada par de botas claveteadas pasaba de padres a hijos, y no había quien no las engrasara y reparase con regularidad. Perder esos hierros significaba algo terrible, ya que no había manera de reemplazarlos.

Los moruecos ensillados no necesitaban nada semejante. Sus suaves y coriáceos cascos harían tan poco ruido sobre el hielo, como unas moscas que pasearan por una pared. Un lago helado era poca cosa para ellos, en comparación con los traidores atajos del alto Mintahoq.

—Voy —dijo de pronto una voz detrás de él.

Simón se volvió para encontrarse con Sisqi, que lo miraba expectante. La cara de la mujercilla estaba enrojecida y sudorosa, y la chaqueta de piel que llevaba debajo del jubón de cuero estaba sucia y hecha jirones, como si Sisqi hubiese gateado a través de la maleza.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Simón, pero se tranquilizó al comprobar que la joven no parecía herida.

—Estaba con Binabik, ayudándolo en la lucha —contestó ella, y con las manos alzadas imitó alguna complicada actividad, pero al fin se encogió de hombros y renunció a hacerse entender.

—¿Y Binabik sigue bien?

Sisqi reflexionó unos instantes, y luego hizo un gesto afirmativo.

—No herido.

Simón respiró con alivio.

—¡Menos mal! —dijo, pero antes de que pudiera continuar se produjo abajo un confuso movimiento.

Un nuevo grupo de formas surgió de las proximidades de la barricada para participar también en la batalla. Segundos después, Simón percibió el débil y triste sonido de un cuerno. La nota emitida fue larga, y luego siguieron a ella cuatro cortas y dos otra vez más prolongadas, que resonaron flojamente a lo largo de la vertiente. Al muchacho le dio un vuelco el corazón, y de súbito sintió un frío acompañado de un extraño hormigueo, como si hubiese caído a unas aguas heladas. Definitivamente, Simón había perdido la cuenta, mas no le importaba. ¡Era la llamada! ¡Había llegado el momento!

No obstante su nerviosa excitación, tuvo cuidado de no arañar el flanco de *Hogareña* con sus hierros al montar en ella. Había olvidado por completo casi todas las palabras qanuc que Binabik le había enseñado con tanta dedicación.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Ahora, Sisqi! Josua nos llama.

Desenvainó la espada y la blandió en el aire hasta que, por espacio de un momento, le quedó enganchada en una rama baja. ¿Cómo se decía «ataque» en qanuc? *Ni...* algo. Dio media vuelta, y su mirada se cruzó con la de Sisqi, cuyo menudo rostro tenía aspecto muy solemne. Estaba enterada. Agitó ella el brazo y llamó a su gente.

«Todos saben lo que ahora sucede —se dijo Simón—. No necesitan que les ordene nada.»

Sisqi le dio el permiso con un movimiento afirmativo.

—*¡Nihut!* —voceó él, y se lanzó sendero abajo.

Los cascos de *Hogareña* resbalaron al tocar la helada superficie del lago, pero Simón —que un par de días antes había cabalgado sobre ella sin que la yegua llevara las herraduras especiales— comprobó ya más tranquilo que el animal recobraba el equilibrio. El fragor seguía en toda su intensidad, y los compañeros gnomos gritaban también, profiriendo extraños alaridos de guerra en los que Simón creyó entender los nombres de dos o tres montañas de Yiqanuc. El estrépito de la batalla aumentó rápidamente de volumen hasta borrar de su mente cualesquiera otros pensamientos. Y enseguida se vieron en plena lucha.

El ataque inicial de Hotvig había roto las filas de Fengbald, ahuyentando a sus componentes del camino marcado por los trineos. Los soldados de Deornoth, que salvo algunos iban todos a pie, habían salido luego de detrás de la barricada para arrojarse sobre aquellos guardias erkynos separados de su propia retaguardia por la intervención de Hotvig. La pelea era especialmente dura cerca de la barricada, y Simón quedó pasmado al ver metido en ella al príncipe

Librodot

Josua, alzado sobre la silla del rojizo *Vinyafod,* ondeante su capa de color gris mientras él gritaba palabras que la confusión general engullía. Entretanto, sin embargo, Fengbald había logrado reunir a sus mercenarios thrithingos, quienes, en vez de fortalecer la línea detrás de los guardias erkynos en retirada, en su afán por entablar combate con la caballería de Hotvig rodearon como un enjambre la desmembrada columna.

Las tropas de Simón atacaron entonces a los mercenarios por su punto flaco. Quienes más cerca estaban de la oleada de gnomos, sólo tuvieron tiempo de volverse, llenos de asombro, antes de verse ensartados por las cortas lanzas de los qanuc. Algunos de esos thrithingos parecieron mirar a esos gnomos con tal estupefacción que parecían más dominados por un supersticioso terror que por la sorpresa. Los qanuc seguían con sus aullidos de guerra mientras cargaban contra ellos y, además, hacían girar sobre sus cabezas unas piedras atadas a engrasadas cuerdas, cosa que producía un tremendo zumbido equiparable al de un montón de avispas enloquecidas. Los moruecos se movían con notable agilidad entre los caballos, más lentos, con lo que varias de las monturas de los mercenarios se encabritaron y arrojaron al suelo a sus jinetes. Asimismo, los gnomos utilizaban sus agudas lanzas para pinchar los indefensos vientres de los caballos. Más de un mercenario thrithingo murió aplastado por su propio corcel.

El estruendo de la batalla, que al principio le había parecido a Simón un gigantesco rugido, cambió por completo cuando se vio envuelto en él, transformándose de repente en un extraño silencio, en una espantosa y zumbadora quietud de la que asomaban rostros que hacían horribles muecas y las grandes bocas de los caballos, blancos los dientes y rojas las gargantas. Todo pareció suceder con una angustiosa lentitud, y Simón tuvo la sensación de que él se movía todavía más despacio que las figuras que lo rodeaban. Hizo girar su espada en el aire y, aunque era de simple acero, la sintió tan pesada como si se tratara de la negra *Espina.*

Un hacha de mano golpeó a uno de los gnomos que luchaba junto a Simón. El pequeño cuerpo salió disparado de lomos del morueco y pareció caer tan lentamente como una hoja de árbol hasta desaparecer entre los cascos de *Hogareña.* A través del tronante vacío, Simón creyó oír un débil y agudo grito, semejante a la voz de un pájaro lejano.

«Muerto —pensó distraído, cuando *Hogareña* se tambaleó para conseguir estabilizarse poco después—. Lo han matado.»

Un instante más tarde tuvo que alzar su propia espada para desviar el ataque de uno de los mercenarios montados. Simón tuvo la impresión de que aquellas dos espadas no chocarían nunca, pero, cuando se encontraron con un ligero chasquido, sintió el golpe en todo su brazo y en el pecho. Algo lo rozaba por el otro lado y, al bajar la vista, se dio cuenta de que su provisional corselete estaba rasgado, y de que la sangre le brotaba de una herida a lo largo del brazo. Pero sólo notaba una raya de gélido entumecimiento desde la muñeca hasta el codo. Jadeante, Simón volvió a levantar el arma para contraatacar, mas no halló a nadie a su alcance. Hizo dar una vuelta a *Hogareña* y, tras

escudriñar la niebla que subía del hielo, espoleó a la yegua en dirección a un nudo de enmarañadas formas, donde descubrió a algunos qanuc mantenidos a raya por el enemigo.

A partir de ese momento, la batalla lo cubrió cual una enorme mano asfixiante, y ya nada tuvo mucho sentido. En medio de la pesadilla, recibió un empujón en el pecho, dado por el escudo de alguien, y cayó del caballo. Cuando se arrastró en busca de apoyo, comprendió rápidamente que, aunque estuviera provisto de los pinchos mágicos de Binabik, no era más que un hombre luchando por recobrar el equilibrio en una vidriosa sábana de hielo. Por fortuna, las riendas habían quedado enredadas alrededor de su mano, de modo que la yegua no se desbocó, pero esa misma suerte estuvo a punto de costarle la vida.

Uno de los thrithingos montados salió de la lobreguez y lo empelló hacia atrás, con lo que Simón quedó atrapado contra el flanco de *Hogareña.* El fiero espadachín tenía la cara tan llena de cicatrices rituales, que la piel que asomaba por debajo del casco parecía corteza de árbol. Simón se hallaba en una situación terrible, el brazo del escudo aún liado con las riendas, de manera que apenas podía colocar medio escudo entre su cuerpo y el del adversario. El mercenario lo hirió dos veces, produciéndole un corte poco profundo a lo largo del brazo, paralelo al primer tajo del día, y una cuchillada en la parte gruesa del muslo, debajo de la cota de malla. Sin duda alguna, aquel individuo habría dado muerte a Simón en cuestión de unos minutos, pero alguien surgió de pronto de entre la niebla —otro thrithingo, como Simón comprobó con sorpresa— y por casualidad chocó con su enemigo y empujó el caballo de éste hacia Simón, con lo que sacó a medias de la silla al atacante. En su desesperación, Simón dio una estocada, más en su propia defensa que otra cosa, y le rajó la pierna al mercenario hasta la ingle. El primer thrithingo se desplomó al suelo, donde se revolvió entre chillidos hasta que las convulsiones le hicieron perder el yelmo, mientras la sangre de la herida manaba como un surtidor. La delgada cara del hombre, de ojos muy abiertos y contraída por el dolor, le recordó a Simón una rata caída en un barril de agua de lluvia de Hayholt. Había sido horrible verla agitar las patas frenéticamente, desnudos los dientes y los ojos saltones. Simón había intentado salvarla, pero sin conseguir otra cosa del aterrorizado roedor que un mordisco en la mano, por lo que había echado a correr, incapaz de presenciar cómo el animal se ahogaba. Ahora, un Simón ya algo mayor contempló durante unos segundos al gimiente mercenario y, poniéndole un pie encima del pecho para impedir que se revolcara más, le hundió la espada en el cuello hasta que el individuo hubo dejado de moverse.

Cosa curiosa, el joven experimentó una gran despreocupación. Necesitó un buen rato para soltar la holgada manga del cadáver, que se ciñó luego a la herida de su propia pierna. Sólo cuando hubo terminado la tarea y apoyó el pie en el estribo de *Hogareña,* se dio verdadera cuenta de lo hecho. Sintió náuseas, pero por suerte no había cometido el error de comer algo aquella mañana, y después de una breve pausa pudo montar en su silla.

Simón había supuesto que sería algo así como un segundo jefe de los gnomos, el lugarteniente de Josua entre los aliados qanuc, mas no tardó en descubrir que tendría bastante trabajo con mantenerse vivo.

Sisqi y sus diminutas tropas estaban esparcidas por todo el nebuloso campo de batalla. En determinado momento había conseguido hallar el área donde más concentrados estaban, y él y los gnomos habían permanecido juntos durante un rato —Sisqi, indemne, con su delgada lanza tan rápida como el aguijón de una avispa, y la redonda cara con gesto tan fiero que parecía un pequeño demonio de las nieves—, pero finalmente había vuelto a separarlos el flujo y reflujo del combate. No era en la lucha en filas ordenadas donde los gnomos destacaban más, y Simón se dio cuenta, muy pronto, de que resultaban más útiles moviéndose deprisa y del modo más cauteloso entre la voluminosa caballería de Fengbald. Los moruecos parecían tan seguros como gatos sobre sus patas y, aunque Simón vio, aquí y allá, los cuerpecillos muertos o heridos de muchos qanuc entre las demás víctimas, parecía que su eficacia iba en aumento.

El propio Simón había sobrevivido a diversos combates y matado a otro thrithingo, esta vez en una lucha más o menos limpia.

Fue mientras él y este segundo adversario se atacaban uno a otro, cuando Simón comprendió que, para el enemigo, él ya no era un chiquillo. Más alto que el mercenario, y ataviado con su yelmo y la cota de mallas, indudablemente causaba la impresión de un guerrero maduro y de temer. Con súbitos ánimos había reanudado las arremetidas, empujando hacia atrás al thrithingo. Luego, cuando éste detuvo su caballo frente a *Hogareña,* Simón recordó las lecciones de Sludig, y fingió un torpe movimiento. El mercenario mordió el anzuelo y se inclinó demasiado hacia adelante en su intención de devolver el ataque. Simón permitió que la espada del hombre le hiciera perder parte del equilibrio, le dio entonces con el escudo en el casco y le hundió la espada entre las dos mitades de la coraza, allí donde su cuerpo quedaba desprotegido. El mercenario aguantó en su silla mientras Simón hacía retroceder a *Hogareña,* soltando así su espada, pero, antes de que hubiese dado media vuelta, el adversario se había desplomado al ensangrentado suelo de hielo.

Simón miró a su alrededor y se preguntó quién llevaría las de ganar.

Cualesquiera ideas que Simón conservara acerca de la nobleza de la guerra, las perdió durante aquel interminable día en el helado lago. En medio de la espantosa carnicería, esparcidos por doquier amigos y enemigos caídos, mutilados y cubiertos de sangre, algunos incluso sin rostro..., llenos los oídos de Simón de los lamentos y de las súplicas de quienes deseaban ser rematados, perdida ya toda su dignidad de soldados; con la hediondez del sudor, causado por el miedo, de la sangre y de los excrementos, era imposible ver en la guerra algo distinto de la calificación que en su día le había dado Morgenes: una especie de infierno en la tierra, organizado por la impaciente humanidad para no tener que esperar a la vida en el otro mundo. Para Simón, lo peor de todo era casi la absurda injusticia. Por cada caballero armado que fuese

derribado, morían destrozados seis hombres de a pie. Hasta los animales sufrían tormentos que no serían infligidos a asesinos ni a traidores. Había allí caballos desjarretados por un golpe casual, abandonados sobre el hielo en su horripilante agonía. Pese a que muchos de los animales pertenecían al ejército de Fengbald, nadie les había preguntado si deseaban ir a la guerra, sino que habían sido obligados a ello, como también habían hecho Simón y el resto de la gente de Nueva Gadrinsett. La propia guardia erkyna habría preferido verse en cualquier otra parte, antes que en aquel campo de muerte adonde los había llevado el deber y donde los tenía prisioneros la lealtad. Sólo los mercenarios estaban allí por su voluntad. Para el joven caballero, la mente de quienes elegían tal profesión por gusto resultó, de pronto, tan incomprensible como los posibles pensamientos de arañas o lagartos, y quizá más, ya que las pequeñas criaturas de la tierra solían huir del peligro. Los mercenarios eran unos locos, y eso era el peor problema del mundo: que los locos fueran poderosos e intrépidos, con lo que podían imponer su voluntad a los débiles y amantes de la paz. Si Dios toleraba semejante aberración, Simón no pudo dejar de decirse que era un dios viejo, que había perdido el juicio.

El sol, muy alto ya, se escondía detrás de las nubes. Era imposible calcular cuánto había durado la batalla, cuando sonó de nuevo el cuerno de Josua. Esta vez fue una llamada que surcó el neblinoso aire. Simón, que no se había sentido tan cansado en su vida, se volvió hacia los pocos gnomos que tenía cerca y gritó:

—*¡Sosa!* ¡Venid!

Instantes después estuvo a punto de derribar a Sisqi, que contemplaba con rostro extrañamente carente de emoción a su morueco muerto. Simón se inclinó hacia ella y le tendió la mano, que ella estrechó entre sus fríos y secos dedos para trepar al estribo de *Hogareña.* El la ayudó a sentarse en la silla.

—¿Dónde está Binabik? —gritó Sisqi, por encima del estruendo.

—No lo sé, pero Josua nos llama y debemos acudir.

Entonces sonó de nuevo el cuerno. Los hombres de Nueva Gadrinsett se retiraban con toda rapidez, como si no hubieran podido resistir ni un momento más de lucha —cosa más que probable—, y lo hacían con tal velocidad que parecieron evaporarse alrededor de Simón, al igual que la espuma de una ola se disipa en la playa. Su marcha dejó a media docena de gnomos y un par de infantes de Deornoth en medio de un círculo formado por guardias erkynos a caballo, a unas cincuenta anas de distancia. Si nadie los ayudaba, aquellos defensores serían barridos. Simón, consciente de eso, pasó la vista a la reducida compañía e hizo una mueca. Eran demasiado pocos para hacer algo, desde luego... Y aquellos gnomos habían oído, como ellos, el toque de retreta. ¿Debía él ahora rescatar a quien pudiera? Estaba rendido y asustado. Además sangraba por sus heridas, y la seguridad quedaba muy cerca. El había sobrevivido, y eso ya era un milagro, pero... supo que no podía abandonar a su suerte a aquella pobre gente.

—¿Vamos hacia allá? —le preguntó entonces a Sisqi, señalando el

grupo de defensores sitiados.

Ella hizo un fatigado gesto de afirmación y gritó algo a los escasos qanuc que todavía tenían alrededor, mientras Simón hacía avanzar a *Hogareña* hacia los guardias erkynos a un ágil trote. Los gnomos los siguieron, esta vez sin gritos de guerra ni cantos. La pequeña compañía guardaba silencio por agotamiento.

Y se produjo una nueva y sangrienta pelea. La parte alta del escudo de Simón resultó aplastada por un golpe de espada, y las astillas de pintada madera saltaron al aire. Varias de las estocadas propinadas por él mismo dieron en objetos sólidos, pero el caos reinante le impidió distinguir qué había tocado. Los gnomos y hombres cercados redoblaron sus esfuerzos, al ver que recibían ayuda, y consiguieron abrirse una brecha, aunque por lo menos cayó otro qanuc. Su morueco, salpicado de sangre, se alejó a saltos del cadáver después de arrancar del estribo una bota de su amo muerto y corrió como alma que lleva el diablo a través del lago, describiendo alocados zigzags hasta desaparecer entre las nieblas del atardecer. Los debilitados guardias erkynos, que tras los momentos iniciales no demostraban más deseos de prolongar la lucha que Simón y los suyos, peleaban furiosamente pero cedían terreno en un intento de conducir a Simón y al resto de los suyos hacia donde se hallaba el grueso de las fuerzas de Fengbald. En esto, Simón divisó una abertura y le gritó algo a Sisqi. Y después de un último tumulto de soldados y caballos y gnomos y moruecos, el grupo capitaneado por Simón logró romper el cerco de los guardias erkynos y huyó en dirección a Sesuad'ra y a las barricadas.

El cuerno de Josua volvió a sonar cuando el joven caballero y sus gnomos —menos de cuarenta en total, como comprobó él con desánimo— alcanzaron la gran pared de troncos levantada al pie de la carretera que llevaba a las alturas. Muchos de los demás defensores de Sesuad'ra se hallaban allí, pero incluso quienes no habían recibido heridas tenían aspecto de total agotamiento, y la cara gris como los moribundos. En cambio, varios de los thrithingos de Hotvig canturreaban con voces roncas, y Simón descubrió que del pomo de la silla de montar de uno de ellos tendía algo sospechosamente parecido a un par de sangrientas cabezas que se balanceaban con los movimientos del caballo.

Simón experimentó inmenso alivio al ver al príncipe Josua delante de la barricada, agitando a *Naidel* en el aire como una bandera mientras daba la bienvenida con grandes voces a los combatientes que regresaban. Su rostro expresaba preocupación, aunque con sus palabras quería confortar al grupo de valientes.

—¡Acercaos! —exclamó—. ¡Les dimos a probar su propia sangre! ¡Les enseñamos los dientes! ¡Venid, venid! Hoy ya no nos molestarán más.

A pesar del frío que le encogía el corazón como si fuera escarcha, Simón sintió una profunda y amorosa lealtad hacia Josua, pero a la vez sabía que el príncipe podía ofrecerles poco más que palabras. Los defensores de Sesuad'ra se habían mantenido bastante bien frente a un enemigo mejor entrenado y equipado que ellos, pero difícilmente podían

igualarse a las fuerzas de Fengbald, que triplicaban su número, y el elemento de sorpresa preparado por Binabik había sido aprovechado ya al máximo. En adelante, la guerra sería de desgaste, y a Simón le constaba que ellos tenían las de perder.

En la helada superficie que habían dejado atrás, los cuervos ya empezaban a devorar cadáveres. Los pajarracos saltaban y picoteaban y peleaban entre sí con gritos estridentes. Medio cubiertos por la niebla como estaban, podrían haber sido pequeños diablos negros llegados para recrearse con la destrucción.

Los defensores de Sesuad'ra cojearon montaña arriba, conduciendo por las riendas a sus jadeantes monturas. Aunque se sentía muy entumecido, Simón experimentó satisfacción al ver que los qanuc supervivientes eran más que los dejados por Sisqi y él en el lago helado. Los que se habían salvado, corrían todo lo posible, ansiosos por saludar a los suyos con gritos de alegría, pero lógicamente también hubo expresiones de dolor y fuertes lamentos al contar los gnomos sus bajas.

Simón se sintió invadido por una felicidad aún mayor cuando vio a Binabik situado junto a Josua. También Sisqi lo vio, y de un salto bajó de *Hogareña* para precipitarse hacia él. La pareja se abrazó al lado del príncipe, sin preocuparles su presencia ni la de nadie.

El joven caballero los contempló unos momentos, antes de seguir adelante. Sabía que tenía el deber de ocuparse del resto de sus amigos, pero de momento eran tales su cansancio y su extenuación, que apenas podía poner un pie delante del otro. Alguien que pasaba cerca de él le ofreció una copa de vino. Apurada y devuelta la copa, dio unos pasos más hacia la cumbre, donde ya habían sido encendidos los fuegos. Ahora que había terminado la lucha de la jornada, varias de las mujeres de Nueva Gadrinsett les salían al encuentro con comida y para ayudar a atender a los heridos. Una de ellas, una muchacha de greñudos cabellos, entregó a Simón una escudilla de algo que humeaba débilmente. Quiso él darle las gracias, mas no pudo hacer acopio de las energías necesarias.

Aunque el sol tocaba en aquel momento el horizonte occidental y todavía reinaba bastante claridad, Simón se halló tendido en el fangoso suelo apenas terminada la sopa, aún con la armadura puesta, excepto el casco y con la capa sirviéndole de almohada. *Hogareña* estaba cerca, paciendo unos escasos tallos de hierba que habían resistido el pisoteo general. Segundos después, el joven notó que lo vencía el sueño. El mundo pareció tambalearse a su alrededor, como si él yaciera en un enorme barco de lento balanceo. La oscuridad avanzaba deprisa; no la negrura de la noche, sino una oscuridad profunda y sofocante que nacía en su propio interior. Y Simón supo que, si soñaba, por una vez no sería con torres ni ruedas gigantes. No; ahora vería caballos que gritaban enloquecidos, y una rata que se ahogaba en un barril de agua de lluvia.

Isaak, el joven paje, permanecía lo más cerca posible del brasero para recibir algo de calor, porque estaba aterido. Fuera, el vendaval tiraba de las cuerdas y zarandeaba las paredes de lona de la vasta

tienda del conde Fengbald como si quisiera arrancarla de cuajo y llevársela a la lobreguez de la noche. El muchacho deseó no haber tenido que abandonar nunca Hayholt.

—¡Eh, chico! —lo llamó Fengbald, con una mal contenida violencia en la voz—. ¿Dónde está mi vino?

—Calentándose con las especias, señor —contestó Isaak, procediendo a extraer el hierro candente de la jarra para llenar enseguida la copa del amo.

El conde hizo caso omiso de Isaak mientras éste le servía el vino y dedicó su atención a Lezhdraka, que con gesto ceñudo continuaba en un rincón, todavía puesta la ensangrentada armadura de cuero. El conde, en cambio, se había bañado —con el consiguiente trabajo de Isaak para calentar innumerables ollas de agua sobre un reducido lecho de carbón— y ahora lucía una túnica de seda escarlata. Se había puesto unas zapatillas de ante, y los largos y negros cabellos le caían sobre los hombros en húmedos bucles.

—¡No quiero volver a oír semejantes tonterías! —le dijo al capitán de los mercenarios.

—¿Tonterías? —replicó Lezhdraka con un rugido—. ¿Y a mí me lo decís? ¡Vi a ese pueblo mágico con mis propios ojos, habitante de las piedras!

Fengbald entrecerró los ojos.

—Más os valdrá aprender a hablarme con respeto, hombre de las praderas...

Lezhdraka apretó los puños pero no movió los brazos.

—En cualquier caso, vi a esa gente. ¡Y vos también!

El conde emitió un sonido de disgusto.

—Todo lo que yo vi, fue un montón de enanos, de esos seres que uno puede ver dando volteretas y haciendo cabriolas delante de la mayoría de los tronos de Osten Ard... Digan lo que quieran Josua y esa fregona de Geloë, no se trataba de sitha.

—No puedo demostrar que fuesen enanos o seres sobrenaturales, pero lo que no es justo es que llaméis fregona a Geloë —protestó Lezhdraka—. No es una mujer vulgar, y su nombre es muy conocido en las praderas. Conocido y temido. Los hombres que penetran en su selva no regresan.

—¡Bah! ¡Qué ridiculez! —exclamó Fengbald, y vació su copa—. Yo no me burlo así como así de los poderes ocultos... —dijo, y dejó el tema en suspenso, como si algún incómodo recuerdo acudiese a su memoria—. No me burlo —repitió al cabo de unos momentos—, pero... tampoco quiero que se burlen de mí. Y a mí no me asustan los trucos de invocaciones, por mucho que puedan afectar a los salvajes supersticiosos.

El thrithingo miró a Fengbald por espacio de un momento, y en su rostro apareció una fría serenidad.

—A juzgar por lo que acabáis de decir, vuestro señor parece interesarse mucho por lo que vos llamáis «superstición», pero no ha profundizado mucho en ello.

La mirada que le devolvió Fengbald fue igualmente gélida.

—Yo no llamo señor a nadie. Elías es el rey, simplemente —declaró, pero el instante de arrogancia pasó en el acto—. ¡Isaak! —bramó el conde con irritación—. ¡Más vino, maldito seas!

Y, cuando el chico se apresuró a servirle, Fengbald meneó la cabeza.

—¡Basta de sutilezas! —gruñó—. Tenemos un problema, Lezhdraka, y quiero resolverlo.

El jefe de los mercenarios se cruzó de brazos.

—A mis hombres no les gusta la idea de que Josua tenga aliados con poderes mágicos —murmuró—, mas no temáis. No son unos entecos. Lucharán en cualquier caso. Nuestras leyendas nos enseñaron, hace ya mucho tiempo, que la sangre de los seres fantásticos se derrama igual que la de un hombre. ¡Hoy mismo quedó bien demostrado!

Fengbald hizo un gesto de impaciencia.

—¡Pero no podemos permitirnos batirlos de esta manera! Son más fuertes de lo que yo pensaba. ¿Cómo puedo presentarme ante Elías con la mayor parte de su guardia erkyna muerta a manos de unos cuantos campesinos acorralados? ¡No! Tiene que haber otros caminos, unos caminos que me aseguren un retorno triunfal a Erkynlandia...

Lezhdraka lanzó un bufido.

—No hay otros caminos. ¿Os referís a algún atajo secreto, a alguna carretera escondida, acaso? Vuestros espías no regresaron, según veo... No; el único camino es el que seguimos. ¡Derrotaremos a esa gente hasta que no quede nadie con vida!

Pero Fengbald ya no le prestaba atención. Tenía la vista fija en la puerta de la tienda, donde aguardaba un soldado que no se decidía a entrar.

—¿Qué hay? —preguntó el conde.

El soldado hincó una rodilla en tierra.

—Me manda el capitán de la guardia, señor...

—Bien —dijo Fengbald, arrellanándose en su sillón—. Supongo que traes contigo a cierta persona, ¿no?

— Sí, mi señor.

—Hazlo entrar y espera fuera hasta que yo vuelva a llamarte.

El hombre se fue, tratando de disimular la decepción que le causaba tener que permanecer en el exterior de la tienda con el terrible viento que soplaba. Fengbald echó una mirada de mofa a Lezhdraka.

—Parece ser que uno de mis espías ha vuelto.

Momentos más tarde volvió a levantarse la solapa de la puerta y entró tambaleante un anciano, salpicadas de nieve sus andrajosas ropas.

Fengbald lo recibió con amplia sonrisa.

—¡Ah, de modo que has regresado! Porque eres Helfgrim, ¿no?

Entonces, el conde se volvió hacia Lezhdraka, satisfecho de poder presentarle aquella pequeña función.

—Recordáis al gobernador de Gadrinsett, ¿verdad, Lezhdraka? Nos dejó por espacio de unos días para hacer una visita, pero ahora ha vuelto —agregó, y de cara al recién llegado inquirió con dureza—:

¿Pudiste escapar sin ser visto?

Helfgrim hizo un desdichado gesto afirmativo.

—Hay gran confusión, señor. Nadie me vio desde el comienzo de la batalla. También faltan otros, y muchos cuerpos quedaron perdidos en el hielo y en el bosque de la falda de la montaña.

—¡Bien! —exclamó Fengbald con un chasquido de los dedos—. Y supongo que harías lo que te ordené...

El viejo bajó la cabeza.

—No..., no hay nada, señor.

Fengbald clavó en él una breve mirada. Con la cara colorada empezó a levantarse, pero luego se sentó de nuevo, muy apretados los puños.

—¡Vaya! Al parecer has olvidado lo que te encargué...

—¿Qué diablos significa todo esto? —intervino Lezhdraka con enojo.

El conde no le prestó atención.

—¡Llama al guardia, Isaak! —gritó.

Cuando el soldado entró, Fengbald lo invitó a acercarse con un movimiento de la mano y le susurró algo al oído. El hombre volvió a salir.

—Lo probaremos otra vez —dijo el conde, dirigiéndose al gobernador—. ¿Qué descubriste?

Helfgrim parecía incapaz de soportar los ojos de Fengbald. Su enrojecida cara, de barbilla temblorosa, daba la impresión de esconder alguna congoja.

—Nada de particular, mi señor —balbució por fin.

Era evidente que Fengbald había logrado contener su ira, porque se limitó a esbozar una tirante sonrisa.

Poco después se hinchó de nuevo la solapa de la entrada. Entró el soldado, esta vez acompañado de otros dos guardias que escoltaban a un par de mujeres, ambas de mediana edad y con hebras grises en los oscuros cabellos. Se las veía preocupadas, y sus capas estaban muy raídas. La expresión miedosa de sus cenicientos rostros pasó a ser de sobresalto cuando vieron al viejo acobardado delante de Fengbald.

—¡Padre! —chilló una de ellas.

—¡Misericordioso Jesuris! —jadeó la otra, haciendo la señal del Árbol.

Fengbald presenció la escena con frialdad.

—Parece que has olvidado quién maneja aquí el látigo, Helfgrim. Veamos... si me mientes, tendré que someter a tortura a tus hijas, por mucho que eso preocupe a mi conciencia aedonita. Pero todavía sufrirá más tu propia conciencia, ya que tú serás responsable de lo que suceda. ¡Habla! —ordenó con una fea mueca.

El anciano miró a sus hijas y lo horrorizó el temor que había en sus rostros.

—¡Que Dios me perdone! —dijo—. ¡Que Dios perdone mi traición!

—¡No lo hagáis, padre! —chilló una de las mujeres.

La otra no podía contener los sollozos, hundida la cara en la manga de su vestidura.

—No me queda más remedio —contestó Helfgrim, y se volvió hacia el conde—. Sí... —confesó con voz trémula—. Existe otro camino para subir a la roca, uno que sólo muy pocos conocen. Es otro antiguo sendero sitha. Josua tiene montada una guardia allí, pero no es más que una vigilancia simbólica, porque el extremo inferior queda escondido por la maleza. Me lo enseñó cuando preparábamos la defensa.

—Conque una vigilancia simbólica, ¿eh? —repitió Fengbald con maliciosa sonrisa, mirando triunfante a Lezhdraka—. ¿Y cuántos hombres pueden avanzar por ese camino?

La voz de Helfgrim se hizo casi inaudible.

—Una docena, de frente, una vez despejados de zarzas unos cuantos metros.

El capitán de los mercenarios, que había escuchado en silencio durante todo el rato, dio un paso adelante. Estaba furioso, y sus cicatrices destacaban blancas contra su oscura tez.

—¡Sois demasiado confiado! —rugió de cara a Fengbald—. ¿Cómo sabéis que no se trata de una trampa? ¿Quién os asegura que Josua no nos aguardará allí con todo su ejército?

El conde se mostró impasible.

—Vosotros, los hombres de las praderas, sois de mentalidad excesivamente simple, Lezhdraka. ¿No os lo dije ya antes? El ejército de Josua tendrá suficiente trabajo para intentar rechazar nuestro ataque frontal de mañana, demasiado trabajo para prescindir de más soldados que los ya destinados a vigilar el arranque de ese camino..., cuando aparezcamos por sorpresa en el sendero indicado por Helfgrim. Llevaremos una considerable compañía y, para tener la certeza de que no habrá traición posible, este hombre irá con nosotros.

Las dos mujeres se echaron a llorar.

—¡No lo hagáis entrar en batalla, por lo que más queráis! —suplicó una de ellas, desesperada—. ¡Tened en cuenta su edad!

—En efecto, es viejo —asintió Fengbald, que por unos momentos pareció considerar tal cuestión—. Por lo tanto, no temerá a la muerte, si realmente hay alguna trampa... Es decir, si en el arranque del camino hay más fuerzas de las que vuestro padre indicó. En consecuencia, os llevaremos también a vosotras.

Helfgrim dio un salto.

—¡No, por Dios! ¡No tenéis derecho a arriesgar sus vidas! ¡Son inocentes!

—Si lo que declaraste es verdad, estarán tan seguras como dos palomas en un palomar —replicó Fengbald con una insolente risita—. Pero, si intentaste traicionarme, tus hijas morirán. De manera rápida, pero dolorosa.

El anciano volvió a implorarle compasión, pero el conde se repantigó en el sillón, imperturbable. Finalmente, el gobernador se acercó a sus hijas.

—Todo irá bien —musitó al mismo tiempo que les daba unas torpes palmadas en los hombros, inhibido por la presencia de aquellos crueles extranjeros—. Permaneceremos juntos y no pasará nada.

Librodot

A continuación miró a Fengbald con una profunda cólera asomando a sus trémulas facciones. Por espacio de unos segundos, su voz sonó tremendamente insegura.

—¡No hay ninguna trampa, diantre! Ya os convenceréis. Pero allí siguen apostados un par de docenas de hombres, como os informé. Traicioné al príncipe por vos. Ahora os corresponde actuar de manera honrosa frente a mis hijas y mantenerlas apartadas de todo peligro, si hay lucha. ¡Concededme este favor, señor!

Fengbald hizo un amplio movimiento con la mano.

—No temas. Prometo por mi honor de noble que, cuando hayamos tomado esa horrible roca y Josua esté muerto, tú y tus hijas quedaréis en libertad. Entonces podrás confirmarle a la gente que el conde Fengbald cumple su palabra.

Seguidamente se levantó y dijo a los guardias:

—Llevaos a los tres, ¡y que estén separados del resto de su pueblo!

Salidos los prisioneros, Fengbald se volvió hacia Lezhdraka.

—¿Por qué estáis tan callado, hombre? ¿Sois incapaz de admitir que os equivocabais? ¿Y de que acabo de resolver vuestro problema?

El thrithingo parecía dispuesto a discutir, pero al fin, y aunque reluctante, movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Los habitantes de las piedras son débiles. Ningún thrithingo traicionaría a su pueblo por dos hijas.

Fengbald soltó una carcajada.

—Los habitantes de las piedras, como nos llamáis, tratamos a las mujeres de diferente modo que vosotros, pedazos de bruto. Y mañana, Lezhdraka —añadió mientras se aproximaba al brasero para calentarse las largas manos—, os demostraré cómo *este* habitante de las piedras trata a sus enemigos..., sobre todo a quienes lo han desafiado como el príncipe Josua. ¡De esa maldita roca chorreará la sangre!

Contempló luego las relucientes ascuas con una torcida sonrisa en las comisuras de los labios. Fuera aullaba el viento y se refregaba contra la lona como un animal.

Librodot

13

Los constructores de nidos

Tiamak miraba fijamente las aguas. Estaba un poco distraído, de manera que cuando apareció el pez, una oscura sombra serpenteando entre los nenúfares, su lanzazo llegó demasiado tarde. El wran contempló con disgusto el puñado de chorreantes plantas y volvió a arrojarlas a las fangosas aguas. Cualquier pez que hubiese por las cercanías, habría huido ya.

«Los Que Vigilan Y Dan Forma —pensó malhumorado—, ¿por qué me habéis hecho esto?»

Se acercó más a la orilla de la estrecha vía navegable y chapoteó con el máximo cuidado hasta el siguiente remanso, donde se situó lo mejor que pudo para esperar de nuevo.

Desde bien pequeño, siempre le había parecido recibir menos de lo deseado. Era el menor de seis hermanos, y todos los demás comían antes que él, de modo que, cuando le llegaba la escudilla, estaba casi vacía. Tiamak no se había desarrollado tanto como sus tres hermanos o su padre, Tugumak, ni había tenido nunca la misma destreza que su hermana Twiyah para la pesca, así como tampoco lograba encontrar tantas bayas y raíces útiles como la despabilada Rimihe. Y, cuando por fin descubrió algo en lo que podía superar a todos los demás —dominar el arte de leer y escribir de las gentes de las tierras secas y aprender incluso sus lenguas—, resultó que también eso era poco. Todo su correr detrás de la sabiduría de los habitantes de las tierras secas tropezaba con la incomprensión de su familia y de los demás lugareños de la Arboleda del Pueblo. Llegado el momento de marcharse a Perdruin para estudiar allí en una escuela, ¿acaso alguien se mostró orgulloso de él? ¡Nadie! Pese a que no se tenía noticia de que ningún otro wran hubiera hecho algo semejante —o quizá precisamente por eso—, ni un solo miembro de su familia comprendió sus ambiciones. Y los propios habitantes de las tierras secas, salvo contadas excepciones, desdeñaban abiertamente sus aptitudes. Los indiferentes profesores y los burlones condiscípulos habían dado a entender a Tiamak de manera bien clara que, por muchos pergaminos y libros y cultas discusiones que devorara, nunca pasaría de ser un salvaje, un animal que, simplemente, había conseguido desarrollar una maña.

Así había transcurrido toda su vida hasta este año fatal, sin más consuelo que los estudios y la correspondencia con los Portadores del Pergamino. Y ahora, como si Los Que Vigilan Y Dan Forma exigieran todo el pago en un reducido plazo de tiempo, todo lo que le caía encima era demasiado, sencillamente demasiado.

Librodot

«Así es como los dioses nos toman el pelo —pensó con amargura—. Se dan por enterados de nuestros más caros deseos, y luego nos los conceden de tal modo que casi suplicamos que nos los retiren... ¡Y pensar que yo había dejado de creer en los dioses!»

Los Que Vigilan Y Dan Forma habían colocado la trampa con suficiente habilidad; de eso no cabía duda. Primero le habían hecho elegir entre sus familiares y los amigos; después le habían enviado aquel cocodrilo para que les fallara a los parientes. Ahora, sus amigos necesitaban que los guiara a través de la vasta zona pantanosa, y lo cierto era que sus vidas dependían de él, pero la única ruta segura pasaba justamente por la Arboleda del Pueblo, la aldea que él había abandonado. Tiamak deseó haber aprendido a construir una trampa tan perfecta... ¡Cada noche habría comido cangrejo para cenar!

Hundido hasta las caderas en las verdosas aguas, el wran reflexionó. ¿Qué podía hacer? Si regresaba a su aldea, todo el mundo se enteraría de su vergüenza. Incluso cabía la posibilidad de que no lo dejasen entrar, por considerar que había traicionado al clan. Y, si intentaba rehuir la furia de los lugareños, tendría que apartarse leguas y más leguas del camino para encontrar una barca aprovechable. Los únicos otros pueblos cercanos a ese extremo del Wran —Casa de las Ramas Altas, Arboles Amarillos o Flor en la Roca— quedaban mucho más al sur. Dirigirse a uno de ellos significaría dejar el sistema general de canales y cruzar algunas de las más peligrosas extensiones pantanosas. No había más solución, pues, que la de detenerse en la Arboleda del Pueblo o en una de las aldeas más apartadas, ya que él y sus compañeros nunca alcanzarían el lago Thrithing sin una chalana. La actual embarcación hacía agua de manera alarmante. Ya se habían visto forzados a surcar varios trechos de traidor e imprevisible fango, teniendo que cargar ellos con la barca allí donde no había suficiente profundidad.

Tiamak suspiró. ¿Qué había dicho el propio Isgrimnur? Que hoy día la vida no era más que un cúmulo de dificultades.

De pronto, el wran creyó ver una sombra que se agitaba entre sus rodillas. Rápidamente alargó una mano, y sus dedos se cerraron alrededor de algo pequeño y escurridizo. Lo alzó y comprobó que se trataba de un pez llamado «ojuelos», por cierto bastante pequeño. Pero más valía eso que nada. Abrió el saco de lona que flotaba a su lado, anclado a una gruesa raíz, y, tras meter el pez dentro, ató de nuevo el cordón y volvió a hundir el saco en el agua. Quizá fuese un buen augurio. Tiamak cerró los ojos para una breve oración de gracias. Confiaba en que los dioses, al igual que los niños, se portaran mejor si eran alabados. Terminado el rezo, el wran volvió a dedicar su atención a las verdes aguas.

Miriamele hacía todo lo posible por mantener el fuego encendido, pero resultaba difícil. Desde que habían penetrado en las marismas, no habían encontrado nada parecido a madera seca, y las escasas llamas que conseguían avivar sólo ardían a rachas.

La princesa miró a Tiamak cuando éste regresó. El menudo y

moreno hombrecillo traía un rostro impenetrable, y simplemente la saludó con un movimiento de la cabeza al depositar en el suelo un bulto envuelto en hojas. A continuación, el wran se encaminó a donde Isgrimnur y los demás reparaban la barca. Tiamak parecía muy tímido. Sólo le había dirigido un par de palabras a Miriamele, desde su partida de Kwanitupul. Ella se dijo que tal vez sintiera vergüenza de su salmodiante acento wran, pero enseguida apartó de sí tal pensamiento; Tiamak hablaba la lengua westerling mejor que muchas personas crecidas en esas tierras, y las marcadas consonantes de Isgrimnur y las musicales vocales hernystiras de Cadrach llamaban mucho más la atención que la suave cantinela del hombre de los pantanos.

Miriamele desenvolvió el pescado traído por Tiamak, lo limpió, y frotó luego el cuchillo contra las hojas, antes de envainarlo de nuevo. Nunca en su vida había cocinado, hasta el momento de su huida de Hayholt, pero en su odisea con Cadrach había tenido que aprender, aunque sólo fuera para no pasar hambre cuando, con harta frecuencia, el monje estaba demasiado borracho para servirle de ayuda. La princesa se preguntó si en los pantanos crecería alguna planta útil para condimentar la comida... Quizá diera buen resultado envolver el pescado en las mismas hojas y cocerlo al vapor. Al fin se dijo que lo mejor era pedir consejo al wran.

Tiamak observaba cómo Isgrimnur, Cadrach y Camaris intentaban, por cuarta o quinta vez, calafatear las vías de agua que constantemente mantenían inundado el fondo de la pequeña barca. El hombrecillo de los pantanos permanecía un poco apartado, como si considerase que ponerse hombro a hombro con ellos pudiera parecer presuntuoso por su parte, pero al momento Miriamele reflexionó que quizá fuera precisamente al revés: que los wrans opinaran que quienes vivían fuera de las marismas no valían mucho. ¿Acaso la impasibilidad de Tiamak significaba orgullo, en vez de modestia? Miriamele había oído decir que algunos salvajes, como por ejemplo los thrithingos, miraban por encima del hombro a los habitantes de las ciudades. ¿Podría ser eso aplicable a Tiamak? La princesa comprendió lo poco que conocía a la gente de fuera de Nabban y Erkynlandia, no obstante haberse creído siempre una sagaz conocedora de la humanidad. En cualquier caso, el mundo del otro lado de las murallas del castillo resultaba mucho más extenso y complicado de lo que había supuesto.

Alargó una mano hacia el hombro del wran, pero la retiró antes de tocarlo.

—Tiamak... —dijo.

El wran se volvió, sobresaltado.

—¿Qué deseáis, lady Miriamele?

—Quisiera preguntaros algunas cosas sobre plantas... para la olla, ¿sabéis?

Tiamak bajó la vista e hizo un gesto afirmativo, y Miriamele no tuvo la impresión de que se tratara de un hombre demasiado orgulloso para hablar. Los dos regresaron a donde ardía el fuego. Después de formularle diversas preguntas al wran y demostrar sincero interés, el hombrecillo se expresó con más libertad. La princesa estaba

asombrada. Si bien su reserva no desapareció del todo, el wran resultó tan buen conocedor del mundo de las plantas y tan dispuesto a compartir su experiencia, que pronto Miriamele se halló inundada de información. Tiamak se encargó de buscar media docena de flores, raíces y hojas que podían emplearse sin temor para dar gusto a los alimentos, que cogió durante un paseo con ella alrededor del campamento y junto a la orilla. Además le indicó una docena más que encontrarían en su viaje a través del Wran. Una vez roto el hielo, se extendió asimismo sobre otros vegetales de uso medicinal o para preparar tinta y muchas otras cosas.

—¿Cómo sabéis tanto?

Tiamak se paró en seco, como si aquellas palabras lo hubieran sobresaltado.

—Lo siento, princesa. No queríais oír tantos detalles…

Miriamele se echó a reír.

—¡Pero si me parece maravilloso! ¿Dónde aprendisteis todo eso?

—Lo estudié durante largos años.

—¡Debéis de saber más que nadie en el mundo!

Tiamak apartó la cara. La princesa estaba realmente fascinada. ¿Se sonrojaba el wran?

—No —contestó él al fin, mirándola con timidez, aunque también con cierto orgullo—. Sólo soy un estudiante, pero confío en que, algún día, mis trabajos sean famosos y que mi nombre llegue a ser recordado.

—¡De eso estoy segura! —exclamó Miriamele, todavía un poco impresionada.

Aquel esbelto hombrecillo, de revuelta pelambrera negra que ya empezaba a encalvecer, y que ahora vestía como cualquier otro wran, sin más prendas que un cinturón y un taparrabo, parecía tan culto como los sacerdotes escribas de Hayholt.

—No me extraña que Morgenes y Dinivan fuesen vuestros amigos —agregó la princesa.

La satisfacción desapareció en el acto del rostro de Tiamak, para ser reemplazada por la tristeza.

—Gracias, lady Miriamele. Pero ahora voy a dejaros cocinar el pescado a vuestro gusto. Ya os aburrí durante suficiente rato.

El wran se alejó a través del pantanoso calvero, pasando con habilidad de un sólido terrón seco a otro, de modo que alcanzó el extremo opuesto y tomó asiento en un tronco sin haberse mojado los pies. Miriamele, que estaba embarrada hasta las espinillas, quedó admirada de su destreza.

«Pero… ¿qué le dije para que se molestara?»

La princesa se encogió de hombros y volvió junto al fuego con el puñado de flores de los pantanos para el pescado.

Después de la cena —los condimentos recomendados por Tiamak habían tenido mucho éxito—, el grupo permaneció sentado alrededor de la lumbre. El aire continuaba templado, pero el sol se había hundido ya detrás de los árboles, y las marismas se llenaban de sombras. Un ejército de ranas, que no había cesado de croar y hacer ruido desde que

había anochecido, competía ahora con una serie de pájaros que piaban, gorjeaban y cantaban, de manera que el crepúsculo resultaba tan escandaloso como una feria.

—¿Es muy extenso el Wran? —preguntó Miriamele.

—Casi tanto como la península de Nabban —respondió Tiamak—, pero sólo cruzaremos una pequeña parte, dado que ya estamos en la región más septentrional.

—¿Y cuánto tiempo nos llevará, amigo guía? —intervino Cadrach, apoyado en un tronco mientras intentaba convertir en flauta un junco de los pantanos.

A su lado, en el suelo, había ya varias cañas estropeadas: las víctimas de anteriores pruebas.

La tristeza que ya había visto Miriamele más temprano en el rostro del wran había vuelto a él.

—Eso depende.

Isgrimnur arqueó una de sus tupidas cejas.

—¿Depende de qué, hombrecillo?

—Del camino que elijamos —suspiró Tiamak—. Probablemente será mejor compartir mis preocupaciones con vos. Creo que es una decisión que no debo tomar solo.

—Hablad —lo invitó el duque.

Tiamak expuso su dilema y dijo claramente que no sólo sentía vergüenza de regresar a su aldea después de haber fallado en su misión, sino que, aunque los demás obtuvieran permiso para abandonar la Arboleda del Pueblo, quizás él se viera forzado a quedarse y, en tal caso, ¿qué harían ellos en las profundidades del Wran sin un guía?

—¿No podríamos contratar a otro lugareño? —inquirió Isgrimnur—. Desde luego, no deseamos que os ocurra nada a vos... —se apresuró a añadir.

—No, claro —contestó Tiamak con frialdad—. En cuanto a vuestra pregunta, no lo sé. Nuestro clan nunca fue partidario de causar problemas a otros, salvo que alguien hiciera realmente daño a algún habitante de la Arboleda del Pueblo, pero eso no significa que los mayores no impidan que cualquier aldeano os ayude. Es difícil de decir.

La discusión se prolongó hasta bien entrada la noche. Tiamak hizo todo lo posible para explicar la distancia y los peligros que encerraba un viaje a otro poblado situado más al sur que la Arboleda del Pueblo. Finalmente, cuando una familia de alborotadores monos pasó por encima de sus cabezas, causando un gran balanceo de ramas, llegaron a un acuerdo.

—Es duro, Tiamak —señaló Isgrimnur—, y no queremos obligaros, pero creo que lo más acertado será pasar por vuestra aldea.

El wran asintió muy serio.

—Estoy conforme. Aunque yo no hice ningún daño a las gentes de Casas de las Ramas Altas ni de Arboles Amarillos, no tengo ninguna certeza de que allí se mostrasen amables con los extranjeros. Al menos, los de mi pueblo siempre fueron tolerantes con los escasos habitantes de las tierras secas que llegaron hasta allí. Me conviene dar un paseo —agregó con un suspiro—. Permaneced junto al fuego, por favor.

Dicho esto, se levantó para descender hacia el canal, y se desvaneció rápidamente entre las sombras.

Camaris, a quien aburría la conversación, se había acurrucado hacía rato, apoyada la cabeza en una capa, y dormía con las largas piernas encogidas como las de un niño pequeño. Miriamele, Isgrimnur y Cadrach se miraban por encima del llameante fuego. Las aves escondidas, calladas desde el momento en que Tiamak se había alejado del campamento, volvieron a emitir sus roncas voces.

—El wran parece muy triste —dijo Miriamele.

Isgrimnur bostezó.

—A su manera, ha demostrado ser un hombre muy equilibrado.

—¡Pobrecillo! —musitó la princesa, temerosa de que Tiamak pudiese regresar y oír sus palabras, porque a nadie le gustaba ser compadecido—. Sabe mucho de plantas y flores. Es una pena que tenga que vivir tan apartado de quienes podrían comprenderlo mejor.

—No es el único que se enfrenta a semejante problema —comentó Cadrach, casi para sí mismo.

Miriamele contemplaba a un cervatillo de piel moteada de blanco y grandes ojos redondos que había bajado a beber. Contuvo la respiración mientas el pequeño animal caminaba sobre sus delgadas patas por la arenosa orilla, a escasos tres codos de la barca. Los compañeros de viaje se habían adormecido con el calor de la tarde, de modo que nada asustaba al venado. La joven apoyó la barbilla en la borda del bote, maravillada ante los gráciles movimientos de aquella criatura.

Cuando introdujo la nariz en el fangoso río, una terrible boca llena de dientes surgió repentinamente de las aguas. Antes de que pudiera retroceder, el cervatillo fue apresado por el cocodrilo y arrastrado a la parda oscuridad. No quedaron de él más que unas ondas en la superficie. Miriamele volvió la cabeza, mareada y presa de un gran susto. ¡Con qué rapidez le había llegado la muerte al pobre venado!

Cuanto más observaba la princesa aquel mundo pantanoso, más cambiante le parecía: un lugar de movediza fronda, fluctuantes sombras y eterno movimiento. Por cada una de sus bellezas —grandes campanillas rojas, tan perfumadas como cualquier señora importante de Nabban, o colibríes semejantes a rayos de enjoyada luz—Miriamele veía lo que parecía ser una equivalente fealdad, como las enormes arañas, grandes como soperas, que pendían de las ramas salientes.

En los árboles había pájaros de mil colores, burlones monos y hasta moteadas serpientes colgadas de las ramas cual hinchadas enredaderas. A la puesta del sol, de las copas de los árboles partían nubes de murciélagos que convertían el cielo en un remolino de oscuras alas. También abundaban por doquier los insectos, que zumbaban y picaban de mala manera a la vez que sus diminutos cuerpecillos relucían a la desigual luz del sol. Hasta la vegetación se agitaba y sacudía. Juncos y arbustos se mecían en el viento, y las plantas acuáticas se balanceaban con cada pequeña ola. El Wran era un tapiz en el cual cada hilo parecía estar en movimiento. Todo vivía.

Miriamele recordó el bosque de Aldheorte, lugar igualmente

pictórico de vida, de profundas raíces y silencioso poder, pero aquella selva se notaba vieja y estabilizada. Como un pueblo antiguo, parecía haber encontrado su propia y majestuosa música, su propio ritmo, moderado e inalterable... Ya entonces, había pensado que el Aldheorte podría permanecer tal como estaba hasta el fin de los tiempos. El Wran, en cambio, diríase que se inventaba a sí mismo continuamente, como si fuera una espiral de espuma en el bullente linde de la creación. A Miriamele no le costaba imaginárselo transformado en un lúgubre desierto, si regresaba al cabo de veinte años, o en una selva virgen tan espesa por la que fuese imposible pasar: una masa de verdes y negros donde las geminadas hojas impedirían por completo el paso de la claridad solar.

A medida que pasaban los días y la barca con su reducida tripulación penetraba más y más en la pantanosa zona, Miriamele experimentó un alivio. Todavía sentía enojo hacia su padre y sus terribles decisiones; hacia Aspitis, que la había engañado y violado; hacia aquel dios presuntamente bueno que le había arrebatado el control de su vida... Sin embargo, era un enojo que ya no la hería tanto. Cuando todo lo que la rodeaba estaba tan lleno de vida misteriosamente vibrante, resultaba difícil ceñirse a los amargos sentimientos que la habían dominado durante las últimas semanas. Si el mundo evolucionaba por todas partes de forma continua, era casi imposible no sentir que también en ella se producía una renovación.

—¿Qué son todos esos huesos? —preguntó Miriamele.

A cada lado de la vía navegable, la orilla se hallaba cubierta de esqueletos. Era aquello una espantosa confusión de espinas dorsales y cajas torácicas, semejantes a los blanqueados palos de barcos zozobrados, sorprendentemente blancos en contraste con el fango.

—Espero que sean huesos de animal —agregó la princesa.

—Todos somos animales —replicó Cadrach—. Todos tenemos huesos.

—¿Qué intentáis, monje? ¿Asustar a la muchacha? —protestó Isgrimnur, enfadado—. Mirad esos cráneos. Son de cocodrilo, ¡no humanos!

—El duque tiene razón —intervino Tiamak, que estaba en la proa—. Son restos de cocodrilos. Pero ahora debéis permanecer todos quietos. Penetramos en la laguna de *Sekob.*

—¿Qué es eso?

—El motivo de todos estos huesos.

El wran se dio cuenta de que Camaris introducía su venosa mano en el agua y observaba con el interés de un chiquillo cómo ésta se rizaba.

—¡Isgrimnur! —gritó—. ¡No le permitáis hacer eso!

El duque se apresuró a sacarle la mano de la laguna. El anciano lo miró con ligero reproche, pero conservó la goteante mano en su regazo.

—Os ruego que, ahora, estéis quietos durante un rato —dijo Tiamak—. Y remad despacio, sin chapoteos.

—¿Qué sucede aquí? —quiso saber Isgrimnur, pero una mirada del wran bastó para hacerlo callar.

Librodot

El duque y Miriamele procuraron que, a partir de entonces, los remos casi no hicieran ruido.

La barca se deslizó por una vía navegable tan envuelta en la fronda de los inclinados sauces, que parecía tener una sólida cortina verde a cada lado. Dejados atrás los sauces, descubrieron que el cauce desembocaba de pronto en un amplio y tranquilo lago. Los banianos llegaban hasta la misma orilla, y sus serpenteantes raíces formaban una pared de retorcidas maderas alrededor de casi todo el estanque. En el extremo opuesto, los árboles retrocedían y el fondo del lago subía hasta formar una extensa playa de pálida arena. Unas pequeñas islas, meras protuberancias en la superficie de las aguas, cerca ya de la playa, eran lo único que rompía la cristalina uniformidad de la laguna. Una pareja de avetoros andaba con paso lento por la ribera más próxima, inclinándose para buscar algo con el pico en el lodo. Miriamele pensó que la amplia playa podría ser un sitio ideal para acampar. El lago en sí ya parecía un alegre paraíso, después de los húmedos y enmarañados lugares donde les había tocado parar. Ya estaba a punto de decirlo, cuando la enérgica mirada de Tiamak la hizo enmudecer. La princesa se imaginó que aquello seria un paraje sagrado para el wran y su pueblo. Pero, aun así, Tiamak no tenía motivo para tratarla como si fuera una niña malcriada.

Miriamele apartó la vista del hombrecillo y contempló de nuevo el lago con el fin de recordarlo si, algún día, necesitaba evocar aquel cuadro de maravillosa paz. Pero entonces tuvo la inquietante sensación de que el lago se movía, de que las aguas se desplazaban hacia un lado. Momentos después comprobó que eran las diminutas islas lo que se movía... ¡Cocodrilos! Ya en otras ocasiones se había engañado al ver otros troncos y bancos de arena que de repente cobraban vida, y sonrió ante su ingenuidad de ciudadana. Quizá no fuese tan buena idea la de acampar allí, aunque unos cuantos cocodrilos tampoco estropeaban el aspecto del lugar...

Las móviles prominencias sobresalieron más del agua a medida que se acercaban a la playa. Fue sólo cuando el inmenso e increíble animal se arrastró arena arriba y su monstruosa forma quedó totalmente iluminada por el sol, cuando Miriamele comprobó que se trataba de un único cocodrilo.

—¡Dios nos asista! —exclamó Cadrach en un ahogado susurro, al que se unió Isgrimnur.

La gigantesca bestia, larga como diez hombres y ancha como una barcaza, volvió la cabeza para contemplar el pequeño bote que avanzaba por el lago. Tanto Miriamele como el duque dejaron de bogar, paralizadas las manos en los remos.

—¡No paréis! —dijo Tiamak con voz sibilante—. Remad despacio, despacio, pero sin interrupción...

A pesar de la distancia, Miriamele creyó ver el centelleo de los ojos de la horrorosa criatura, que los seguía con la vista, y sintió el tremendo frío que había en ellos. Cuando las enormes patas y garras se clavaron en el suelo como si el monumental reptil se dispusiera a dar media vuelta y entrar nuevamente en el agua, la princesa llegó a temer que el

corazón le fallara. Pero el cocodrilo no hizo más que lanzar al aire un poco de arena, bajó la imponente cabeza llena de bultos y cerró el horrible ojo amarillo.

Alcanzada por fin la salida del lago, Miriamele e Isgrimnur se pusieron a bogar con energía, como si hubiesen llegado a un tácito acuerdo. Momentos después, ambos respiraban con gran fatiga. Tiamak les dijo que descansaran.

—Estamos a salvo —anunció—. Ya no puede darnos alcance. Es un cocodrilo demasiado pesado.

—¡Qué horror! —jadeó la princesa—. ¡Un verdadero monstruo!

—Es el viejo *Sekob.* Mi pueblo lo llama el abuelo de todos los cocodrilos. No sé si eso es cierto, pero desde luego es quien manda a todos los de su especie. Año tras año vienen otros cocodrilos a luchar contra él, y año tras año devora a esos desafiantes, tragándoselos enteros, de manera que ya no necesita cazar nada. Alguna vez, los más fuertes consiguen escapar del lago y arrastrarse hasta la ribera, antes de morir. De ellos proceden los huesos que visteis.

—Nunca había presenciado nada igual —dijo Cadrach, todavía pálido, si bien en el tono de su voz hubo un nuevo ánimo—. ¡Si es como uno de los grandes dragones!

—*Sekob* es el dragón del Wran —asintió Tiamak—. De eso no cabe duda. Pero, al contrario que la gente de las tierras secas, los habitantes de los pantanos dejamos en paz a nuestros dragones. *Sekob* no constituye peligro alguno para nosotros, sino que, precisamente, mata a muchos de los grandes despedazadores de hombres que, en otro caso, buscarían sus presas entre los wrans. Por consiguiente, lo respetamos. El viejo *Sekob* está demasiado bien alimentado para molestarse en dar caza a tan insignificante bocado como cualquiera de nosotros constituiría.

—¿Por qué nos ordenasteis estar quietos, pues? —preguntó Miriamele.

Tiamak le dirigió una dura mirada.

—El monstruo puede no necesitar comernos, pero... ¿verdad que no entraríais en el salón del trono de un rey para poneros a jugar? ¡Sobre todo, si el rey es viejo y tiene mal genio!

—¡Elysia, Madre de Dios! —resolló Isgrimnur con la frente sudorosa, pese a que el día no era particularmente tórrido—. ¡No, desde luego que no deseamos enojar a ese viejo monstruo!

—Ahora sigamos adelante —propuso Tiamak—. Si continuamos viaje hasta el atardecer, mañana al mediodía podemos estar en la Arboleda del Pueblo.

Reanudado el camino, el wran se mostró más hablador. Cuando llegaron a unas aguas tan poco profundas que no tenía objeto remar, casi lo único que podían hacer era escuchar las historias de uno y otro mientras Tiamak, de pie, impulsaba la barca con la pértiga. Miriamele formulaba una pregunta detrás de otra, y el wran dio amplias explicaciones sobre la vida de su pueblo, así como también habló de las propias decisiones que tanto lo habían diferenciado de sus

Librodot

compatriotas.

—¿No tiene rey, vuestro pueblo? —inquirió la joven.

—No —contestó el hombrecillo, reflexionando unos instantes—. Tenemos unos mayores, como los llamamos, aunque alguno de ellos no supera mi edad. Cualquier hombre puede llegar a serlo.

—¿Cómo? ¿Solicitándolo?

—No. Mediante la celebración de fiestas —respondió con tímida sonrisa—. Cuando un hombre tiene mujer e hijos..., y a lo mejor más familiares que viven con él, y puede mantenerlos a todos, sobrándole todavía algo, empieza por dar esto a otros. A cambio, puede pedir algo como, por ejemplo, una barca o nuevos flotadores para la pesca, pero también hay quien dice: «Pediré un pago cuando celebre mi fiesta». Finalmente, cuando le deben lo suficiente, «llama a los cangrejos», como nosotros decimos, lo que significa que todos los que tienen una deuda con él han de pagársela. Entonces invita a una fiesta a todos los habitantes del lugar. Si la gente queda satisfecha, ese hombre se convierte en un mayor. Pero contrae la obligación de celebrar una fiesta cada año. De lo contrario, dejaría de serlo.

—Suena tonto —gruñó Isgrimnur mientras se rascaba.

Había sido el principal blanco de los insectos de la zona y tenía la cara llena de ronchas. Miriamele comprendió su mal humor y le perdonó el arranque de genio.

—No más tonto que pasar las tierras de padres a hijos —señaló Cadrach en tono suave, aunque no sin cierto sarcasmo—, o conseguirlas rompiéndole la crisma al vecino con un hacha, como vuestro pueblo hacía hasta hace bien poco, duque...

—Nadie debiera poseer lo que no es capaz de proteger —replicó Isgrimnur, pero en realidad parecía más interesado en alcanzar un punto difícil entre sus omóplatos que en continuar el debate.

—Yo creo que es un buen sistema —expuso Tiamak sin perder la calma—. Asegura que nadie pase hambre y que nadie acumule riquezas. Hasta que comencé mis estudios en Perdruin, nunca se me había ocurrido que pudiera hacerse de otra manera.

—Pero, si un hombre no quiere figurar entre los mayores —indicó Miriamele—, nadie puede obligarlo a entregar las cosas reunidas.

—Bien, pero en tal caso no estará bien considerado en la aldea— comentó Tiamak con una risita—. Además, dado que los mayores deciden qué es lo más conveniente para la comunidad, están en su derecho de decidir que, por ejemplo, el excelente vivero junto al cual un hombre rico y egoísta ha construido su casa, pertenece a partir de ahora a todo el pueblo. Tiene poco sentido ser rico y no pertenecer a los mayores. Sería motivo de celos, ¿entendéis?

El duque Isgrimnur seguía rascándose. Tiamak y Cadrach se sumieron en una pacífica conversación sobre algunos de los más intrincados puntos de la teología wran. Y Miriamele, cansada ya de tanta charla, aprovechó la ocasión para observar al viejo Camaris.

Pudo hacerlo sin ninguna violencia, porque al anciano parecía importarle muy poco. No prestaba atención a los asuntos tratados por sus compañeros, tal como un caballo paciendo en la dehesa no se

interesaría por lo que los comerciantes hablasen junto a la valla. Examinando su rostro bonachón pero en absoluto estúpido, a la princesa le resultaba casi imposible creer que se hallaba en presencia de una leyenda. El nombre de Camaris-sá-Vinitta era casi tan famoso como el de su abuelo Juan *el Presbítero,* y Miriamele no tenía la menor duda de que ambos serian recordados por las generaciones venideras. Allí estaba el caballero, viejo y atontado, cuando todo el mundo lo consideraba muerto. ¿Cómo podía haber sucedido algo semejante? ¿Qué secretos se escondían detrás de su cándido aspecto?

La joven se fijó entonces en las manos del anciano. Nudosas y llenas de callos producidos por décadas enteras de duro trabajo en La escudilla de Pelippa y de participación en incontables batallas, conservaban sin embargo una nobleza y, pese a su tamaño y al largo de los dedos, había una delicadeza en ellas. Advirtió que Camaris retorcía sin sentido la tela de sus harapientas calzas y se preguntó cómo aquellas diestras y cuidadosas manos podían haber causado la muerte de manera tan rápida y terrible como afirmaba la leyenda. No obstante, ella había sido testimonio de su fuerza, que incluso habría resultado impresionante en un hombre mucho más joven, y, en los pocos momentos de peligro vividos por el pequeño grupo en el Wran, cuando la barca amenazaba con volcarse o alguien había caído en un pozo de engullidor fango, Camaris había respondido con pasmosa celeridad.

Los ojos de Miriamele volvieron a posarse en la cara del caballero. Nunca lo había visto antes de su encuentro en la posada, desde luego, ya que la desaparición de Camaris databa de un cuarto de siglo antes de su propio nacimiento, pero su rostro encerraba algo extrañamente familiar. Algo que sólo le parecía descubrir desde determinados ángulos, una curiosa vislumbre que en más de una ocasión la hizo creerse al borde de alguna revelación; pero aquel momento desaparecía, y con él la misteriosa familiaridad. Ahora mismo, por ejemplo, la insistente sensación no estaba. Camaris era, simplemente, un anciano todavía apuesto, poseedor de una expresión serena y alejada del mundo.

La joven se dijo que tal vez fuera sólo consecuencia de las pinturas y los tapices vistos. Al fin y al cabo, ¡había tantos retratos del famoso personaje! En Hayholt, en el palacio ducal de Nabban e incluso en Meremund..., aunque el rey Elías sólo los colgaba cuando estaba próxima la llegada de su padre, Juan *el Presbítero,* en honor a la amistad del progenitor con el más destacado caballero de Osten Ard, ya que Elías, quien se consideraba a sí mismo el más brillante caballero de la época, tenía poca paciencia para las historias de los tiempos de la Gran Tabla, y menos todavía para aquellas que hacían referencia a la gloria de Camaris...

Los pensamientos de Miriamele se vieron interrumpidos por la voz de Tiamak, que anunciaba la cercanía de la Arboleda del Pueblo.

—Espero que me perdonéis si hacemos una parada y pasamos la noche en mi pequeña casa —dijo—. Hace meses que no la veo, y quisiera cerciorarme de que mis aves han sobrevivido. De todos modos tardaríamos una hora, por lo menos, en alcanzar la aldea, y se ha hecho más tarde de lo que yo calculaba —explicó, señalando el enrojecido cielo

occidental—. Podemos aguardar hasta mañana para saludar a los mayores.

—¡Confío en que vuestra casa tenga cortinas que impidan la entrada de bichos! —señaló Isgrimnur, quejumbroso.

—Hablasteis de vuestras aves… —intervino Cadrach—. ¿Os referís a las de Morgenes?

—Sí. Con ellas empecé —contestó Tiamak—, pero hace tiempo que crío mis propias palomas. Es cierto, sin embargo, que Morgenes me enseñó a hacerlo.

—¿Podríamos servirnos de ellas para enviarle un mensaje a Josua? —preguntó Miriamele.

—No directamente a Josua —respondió el wran, pensativo—. Pero, si conocéis a algún Portador del Pergamino que pueda encontrarse a su lado, lo intentaremos. Estas aves no saben dar con cualquier persona, salvo con aquellas para las que fueron especialmente entrenadas. Sólo conocen lugares, como cualquier otra paloma mensajera. No obstante, estudiaremos el asunto cuando estemos bajo mi techo.

Tiamak condujo la barca a través de una sucesión de riachuelos, algunos de tan poco fondo que todos los componentes del grupo tuvieron que meterse en el agua hasta la cintura para pasar el bote por encima de los bancos de arena. Por último alcanzaron una lenta vía navegable que descendía entre largas hileras de banianos. Se detuvieron delante de una cabaña tan hábilmente disimulada que, de no guiar su dueño la barca, habrían pasado de largo sin descubrirla. Tiamak desenganchó la escala confeccionada con bejucos, y uno tras otro treparon a la casa del wran.

Miriamele tuvo una decepción al hallar tan parco el interior de la choza. Resultaba obvio que el menudo erudito disponía de pocos medios, pero al menos había esperado ver, en su primera visita a un habitáculo wran, algunos muebles exóticos. Pero allí no había camas, ni mesas, ni sillas. Aparte del hogar situado en el suelo de la casa, debajo de una salida de humos sabiamente dispuesta, lo único visible era un pequeño cofre de mimbre; otro mucho mayor y más sólido, de madera; una especie de escritorio, hecho de corteza de árbol estirada, y algunas cosillas sin importancia. Pero al menos se estaba seco allí dentro, y eso sólo ya significaba tanto, después de la terrible humedad de los días pasados, que Miriamele sintió un súbito agradecimiento.

Tiamak mostró a Cadrach la leña apilada debajo del alero, al otro lado de una de las altas ventas, y le encargó encender un fuego mientras él subía al tejado para ver sus palomas. Camaris, cuya estatura lo hacía parecer un gigante en la pequeña casa —aunque Isgrimnur no era mucho más bajo y, desde luego, bastante más corpulento—, permanecía incómodamente agachado en un rincón.

El wran apareció entonces en una ventana, cabeza abajo. Estaba asomado al borde del tejado, y su alegría era evidente.

—¡Mirad! —exclamó, con un plumoso montoncillo gris en la mano—. ¡Ésta es *Amor Meloso¡* Ha regresado… Y también varias otras.

Tiamak desapareció de su vista como si lo hubiesen tirado de una cuerda. Al cabo de un momento, Camaris salió por la ventana y lo

siguió con una destreza increíble.

—¡Si al menos encontrásemos algo de comida! —dijo Isgrimnur—. No me fío nada de las cosas que puedan ofrecernos estos pantanos, y con ello no quiero decir que no le esté reconocido a Tiamak. Lo que pasa es que... —añadió pasándose la lengua por los labios— no me vendría nada mal un asado de ternera, por ejemplo. Necesitamos recuperar energías.

Miriamele no pudo contener la risa.

—Pues no creo que haya muchas vacas en el Wran.

—¿Quién sabe? —murmuró el duque—. Es un lugar extraño, donde podríamos encontrar cualquier cosa.

—Ya encontramos al abuelo de todos los cocodrilos —intervino Cadrach, ocupado con el pedernal—. ¿Quién sabe sí, entre esa malsana y húmeda maleza, puede acechar la gigantesca abuela de todas las vacas, con una falda grande como un carro?

El rimmerio no mordió el anzuelo.

—Si cuidáis vuestros modos, amigo, quizás incluso os deje un bocado o dos.

Pero no hubo vaca ni ternera. Isgrimnur y sus compañeros tuvieron que contentarse con una aguada sopa de hierbas de las marismas y unas tajadas de un pescado que Tiamak había logrado atrapar poco antes del anochecer. El duque dejó escapar algún comentario referente a la exquisitez de un palomo asado sobre los rescoldos de un fuego, pero el wran demostró tal horror, que Isgrimnur se apresuró a presentarle sus disculpas.

—Soy así —gruñó—. Lo siento, Tiamak. Sería incapaz de tocar a vuestras palomas.

La verdad es que, de llegar a intentarlo en serio, habría tropezado con inesperadas dificultades. Camaris, por su parte, se había aficionado a las palomas del wran como si se tratase de una familia perdida largo tiempo atrás. El viejo caballero pasó casi toda la velada en el tejado de la casa, con la cabeza metida en el palomar. Sólo bajó el tiempo necesario para tomar su parte de sopa y trepó de nuevo al tejado, donde permaneció en silenciosa comunión con las aves hasta que todos los demás yacían ya en el suelo de madera de la vivienda, envueltos en sus capas. Incluso cuando por fin se acostó, continuó con los ojos fijos en el oscuro techo, como si a través de la paja pudiese ver posadas en sus estacas a sus nuevas amigas. Así seguía mucho rato después que los ronquidos de Isgrimnur y Cadrach llenaran la pequeña estancia. Miriamele lo observó hasta que la somnolencia comenzó a envolverla como un remolino.

Así fue como Miriamele se durmió en una casa construida en la copa de un árbol, con el quedo chapaleteo de las aguas debajo y, en las alturas, los gritos de las aves nocturnas.

Diferentes pájaros emitían sus estridentes voces cuando la despertó la luz que se filtraba a través de los árboles. Eran unos chillidos ásperos y repetitivos, pero no molestaban a Miriamele. En realidad, la

princesa había descansado sorprendentemente bien. Tenía la sensación de que había gozado del primer sueño profundo desde que había abandonado Nabban.

—¡Buenos días! —le dijo con alegría a Tiamak, que estaba inclinado sobre el fuego—. Hum... ¡Huele bien!

El wran asintió con la cabeza.

—Descubrí un tarro de harina que había enterrado detrás de la casa. La verdad es que no entiendo cómo no se humedeció. Por regla general, mis precintos no se mantienen. No será un gran desayuno —dijo, señalando con sus largos dedos las pequeñas y planas tortas que burbujeaban sobre una piedra caliente—, pero yo siempre me siento mejor cuando he comido algo caliente.

—¡Yo también! —exclamó Miriamele, a la vez que aspiraba el calorcillo con satisfacción.

No dejaba de ser asombroso, pero asimismo tranquilizador, que una persona criada entre crujientes mesas de banquetes de la realeza erkyna tuviese tal ilusión por probar unos panes ácimos cocidos encima de un trozo de roca. Al menos, lo habría sido en otras circunstancias. No dejaban de ser profundos tales pensamientos, pero la princesa llegó a la conclusión de que era absurdo reflexionar de aquel modo a primeras horas de la mañana.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Intentan apartar de la parte más estrecha del canal algunos pedruscos. Si logramos hacer pasar la barca, no nos costará nada llegar a la Arboleda del Pueblo. Estaremos allí mucho antes del mediodía.

—¡Bien! Quisiera asearme —dijo entonces Miriamele—. ¿Dónde puedo hacerlo?

—Hay un estanque de agua de lluvia a poca distancia —señaló Tiamak—. Pero es conveniente que os acompañe yo.

—Puedo ir sola —replicó ella con cierta brusquedad.

—Naturalmente, pero aquí es muy fácil dar un paso en falso, lady Miriamele —le hizo ver el wran, a quien causaba turbación tener que corregir a la joven dama.

Mas fue la princesa la que se avergonzó.

—Lo siento —musitó—. Sois muy amable de querer acompañarme, Tiamak. Iremos cuando estéis listo.

El wran correspondió con una sonrisa.

—Enseguida. Dejadme retirar primero estas tortas, para que no se quemen. Los primeros cangrejos deben ser para quien preparó la trampa, ¿no os parece?

No fue nada fácil descender de la casa haciendo malabarismos con las tortas calientes. Poco faltó para que Miriamele se cayera.

Sus tres compañeros se hallaban a poca distancia, estuario arriba, metidos hasta la cintura en las verdes y espumosas aguas. Isgrimnur se enderezó para saludarla con la mano. Se había quitado la camisa, y su pecho y estómago, cubiertos de espeso vello rojizo, lucían en toda su magnificencia pese a la opacidad del sol. Miriamele rió. El duque parecía un oso.

—¡Hay comida! —gritó Tiamak—. Y en el cuenco tengo más masa.

Isgrimnur saludó de nuevo.

Después de atravesar durante unos momentos la espesa y pegadiza breña y esquivar trozos de peligroso pantano, Miriamele y Tiamak escalaron un pequeño montículo.

—Es uno de los pocos altozanos que hay en esta parte del Wran— explicó Tiamak—. El resto es muy llano. Desde aquí no podéis verlo— agregó, indicando un punto lejano, tan cubierto de árboles como todo lo demás—, pero allí está el cerro más elevado de todo el Wran, a una media legua de nosotros. Se llama *Ya Mologi,* Colina de la Cuna.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Me figuro que La Que Dio A Luz A La Humanidad debió de vivir en ese sitio. Es una de nuestras divinidades —añadió con renovada timidez.

Al ver que Miriamele no hacía ningún comentario, el hombrecillo señaló un lugar más cercano, donde el suelo parecía doblarse sobre sí mismo. Allí crecía una fila de altos árboles, de nuevo sauces, como comprobó la princesa. Parecían bastante más robustos que toda la vegetación que los rodeaba.

—¡Mirad! —dijo Tiamak, mostrando a Miriamele, con un gesto, el punto donde el terreno descendía.

Era aquello un diminuto cañón, un simple pliegue en la ladera, que no alcanzaba ni un tiro de piedra de largo de un extremo a otro. El fondo estaba casi totalmente cubierto por un estanque lleno de jacintos y nenúfares y hierba de largos tallos.

—Es un estanque de agua de lluvia —le comunicó Tiamak, lleno de orgullo—. Esta es la razón por la que mi padre, Tugumak, construyó la casa aquí, aunque quedara un poco apartada de la Arboleda del Pueblo. Existen algunos otros estanques en esta parte del Wran, pero éste es el más bonito.

Miriamele lo contempló con cierto recelo.

—¿Puedo bañarme en él? —preguntó—. ¿No habrá cocodrilos, serpientes o algo semejante?

—Nada, salvo unos cuantos escarabajos acuáticos —aseguró el wran—. Me voy para que podáis asearos a gusto. ¿Sabréis encontrar el camino de regreso?

—Sí —contestó Miriamele tras una breve duda—. Y, si me extraviara, estáis tan cerca que podría llamaros a gritos.

—Exactamente.

Tiamak emprendió el retorno por el estrecho desfiladero y no tardó en desaparecer entre el seto vivo formado por sauces. Cuando la princesa volvió a percibir su voz, ésta sonó ya muy débil.

—¡Os guardaremos el desayuno, señora!

«Ha dicho eso para que yo sepa que, en efecto, está lejos —pensó Miriamele con una sonrisa—. Y para que no terna que esté escondido por aquí, mirándome. Incluso en los pantanos hay caballeros.»

La joven se desnudó, deleitándose con el calorcillo matutino que constituía uno de los pocos encantos del mundo de los pantanos, y penetró en el agua. Suspiró de placer cuando el agua le llegó hasta las rodillas. Resultaba muy agradable, sólo ligeramente más fresca que un

baño en una tina. Miriamele se dijo que, con esta posibilidad de lavarse, Tiamak le había hecho un pequeño regalo: uno de los más encantadores que había recibido en mucho tiempo.

El fondo del estanque estaba cubierto de un suave y firme lodo, de agradable tacto para los dedos de los pies. Los sauces, que se alzaban tan cerca del agua e inclinaban hacia ella sus ramas como si ansiaran beber, la hicieron sentir tan protegida y en la intimidad como si se hallara en su alcoba de Meremund. Después de recorrer parte del borde del lago, descubrió un lugar donde la hierba crecía muy espesa debajo de la superficie. Se sentó en ella como si fuera una alfombra, y se hundió en el agua hasta que ésta le llegó casi hasta la barbilla. Se mojó la cara y empapó bien sus cabellos, procurando deshacer los enredos. Ahora que comenzaban a crecerle de nuevo, ya no podía tratarlos con tanto descuido como últimamente.

Terminado su aseo, la princesa permaneció allí durante un rato escuchando el gorjeo de los pájaros y los susurros del templado viento en su juego con los árboles.

Cuando Miriamele volvía a ceñirse al cuerpo el sucio y hasta maloliente hábito de monje —enojada consigo misma por no haber previsto la necesidad de llevar consigo alguna ropa de recambio, al huir de La escudilla de Pelippa— el ruido de hojas se hizo súbitamente más intenso. La joven levantó la vista, segura de que lo produciría un pájaro grande o, quizás, incluso uno de aquellos monos de las marismas, pero lo que vio la hizo contener el aliento, anonadada.

Lo que pendía de una rama tenía el tamaño de un niño pequeño, pero aun así causaba la impresión de ser peligrosamente grande. Tenía aspecto de cangrejo y, al mismo tiempo, de araña, pero, a pesar de su caparazón propio de un crustáceo, parecía poseer sólo cuatro patas, articuladas todas ellas y que terminaban en una curva garra. El cuerpo de la criatura estaba cubierto por una concha córnea y coriácea, gris y marrón, salpicada de un negro profundo y entrecruzada además por desiguales tiras de liquen. Sus ojos eran lo peor, sin embargo: eran semejantes a cuentas, y su negro centelleo —de misteriosa inteligencia, un extraño contraste con la deforme cabeza y el quitinoso cuerpo— la hizo tambalearse hacia atrás hasta tener la certeza de que aquel ser no podría alcanzarla, por muy buen saltador que fuese. Pero el animal no se movió. Miriamele tuvo la sensación de que la vigilaba de manera perturbadoramente humana, aunque no había nada humano en aquella criatura. Ni siquiera tenía visible, salvo que hicieran tal función los pequeños elementos rechinantes que asomaban por una hendidura situada en la parte baja de su chata cabeza.

Miriamele se estremeció, asqueada.

—¡Vete! —gritó, agitando las manos como si quisiera ahuyentar a un perro molesto.

Los brillantes ojos la miraron con lo que casi parecía una divertida malicia.

«¡Pero si no tiene cara! —se dijo la princesa—. ¿Cómo puede albergar sentimientos, pues?»

Era un animal, resultara peligroso o no. ¿Cómo podía sospechar descubrir sentimientos en algo que, al fin y al cabo, no era más que un bicho gigantesco? Aun así, Miriamele encontraba horripilante a aquella criatura. Y, aunque ésta no hizo ningún movimiento hostil, la muchacha dio un gran rodeo para salir del angosto cañón. El animal no trató de seguirla, si bien volvió la cabeza para mirar hacia dónde iba.

—Un ghant —explicó Tiamak cuando todos embarcaban de nuevo—. Lamento que os asustara, princesa. Son unos seres muy feos, pero raramente atacan a la gente, y casi nunca a nadie de más estatura que un niño.

—¡Pero me miraba como lo haría una persona! —insistió Miriamele, a la que sobresaltaba el mero recuerdo de aquel animal—. No sé por qué, pero me dejó angustiada.

Tiamak le dio la razón.

—No se trata de animales inferiores, desde luego, o al menos eso creo, pese a que muchos wrans opinan que no son más inteligentes que cualquier cangrejo de río. Pero yo vi los enormes nidos que construyen, y la astucia con que atrapan peces y pájaros.

—¿Sugerís que son criaturas que piensan? —inquirió Cadrach con sequedad—. ¡Tal cosa resultaría preocupante para la jerarquía de la Madre Iglesia! Porque, si son capaces de pensar, ¿no tendrían que poseer alma? Nabban tal vez debiera enviar misioneros al Wran, para traer a estas gentes al seno de la Verdadera Fe.

—¡Basta ya de burlas; hernystiro! —gruñó Isgrimnur—. Valdrá más que me ayudéis a sacar esta dichosa barca del banco de arena.

El viaje hasta la Arboleda del Pueblo era breve, o al menos eso había dicho Tiamak. La mañana era luminosa y de un calor moderado, mas, aun así, la aparición del ghant había puesto de mal humor a la princesa. Le recordaba la terrible y extraña naturaleza de las tierras pantanosas. Aquello no era su hogar. Tiamak quizá se sintiera feliz allí —cosa que incluso ponía en duda—, pero ella nunca estaría a gusto en ese lugar.

El wran, que ahora empujaba la barca con el remo, los condujo por una interminable sucesión, llena de curvas, de entretenidos canales y riachuelos, cada uno escondido del siguiente por el denso escudo de vegetación que crecía a lo largo de las arenosas y desiguales orillas —espesas paredes de pálidos juncos y oscura y enmarañada maleza festoneada de flores brillantes, aunque de aspecto casi febril—, de manera que cada vez que un canal lateral los llevaba de una vía navegable a otra, la anterior se desvanecía casi tan pronto como la popa del bote había entrado en la nueva.

Las primeras casas de la Arboleda del Pueblo aparecieron a ambos lados de la vía navegable. Algunas estaban construidas en lo alto de los árboles, como la de Tiamak. Otras se alzaban sobre pilotes. Un poco más allá, Tiamak detuvo el bote junto al embarcadero de un gran palafito y llamó a grandes voces a sus ocupantes.

—¡Roahog! —gritó.

Al no obtener respuesta, golpeó con el remo uno de los pilotes. El

ruido espantó a una bandada de pájaros verdes y rojos, que abandonó los árboles entre protestas. Tiamak repitió la llamada y se encogió de hombros.

—*El Alfarero* no está —dijo—. Tampoco vi a nadie en las demás casas. Tal vez celebren una asamblea en el muelle central.

Siguieron adelante. Ahora, las casas se veían más juntas. Algunas de las viviendas parecían componerse de muchas casas pequeñas de diferente forma y tamaño, unidas en una construcción primitiva; eran verdaderos revoltijos de formas, salpicadas de irregulares ventanas negras, semejantes a los nidos de los búhos en los acantilados. Tiamak se paró aquí y allá, pero nadie contestó.

—El muelle central —repitió con firmeza, aunque Miriamele lo vio preocupado—. Tienen que estar reunidos en el muelle central.

Este resultó ser un amplio muelle plano, que penetraba hasta el centro de la parte más ancha de la vía navegable. Las casas se apiñaban a su alrededor, y algunos sectores del propio muelle presentaban tejados de paja y paredes separadoras. Miriamele se imaginó que esas áreas corresponderían a puestos de mercado. Había allí señales de una vida reciente: grandes cestos decorados colocados en la sombra, botes balanceándose en sus amarraderos... Mas ni una sola persona.

Era evidente que Tiamak estaba desconcertado.

—Los Que Vigilan Y Dan Forma —jadeó el wran—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—¿Se han ido todos? —preguntó la princesa—. ¿Cómo puede desaparecer una población entera?

—Vos no conocéis el norte, señora —intervino Isgrimnur, hosco—. En la Marca Helada hay muchas ciudades más vacías que ollas viejas.

—Pero aquella gente fue ahuyentada por la guerra. Aquí, en cambio, no hay guerra. Al menos por el momento.

—Algunos de los habitantes del norte huyeron de la guerra, sí —murmuró Cadrach—. Otros escaparon por miedo a cosas más difíciles de mencionar. Y el temor abunda hoy en todas partes.

—No lo entiendo —musitó Tiamak, moviendo la cabeza como si no acabase de creer lo que veía—. Mi pueblo no escaparía así como así, por mucho que lo asustara la guerra. Además, dudo mucho que hayan oído siquiera hablar de ella. Nuestra vida está aquí. ¿Adonde iba a irse la gente?

Camaris se levantó de pronto, con lo que la barca se movió con violencia y todos los demás pasajeros se llenaron de alarma. Pero, cuando el anciano hubo recobrado el equilibrio, simplemente alargó un brazo y arrancó una larga y amarillenta vaina de semillas de una de las ramas que caían sobre el canal y, tan tranquilo, volvió a sentarse para examinar su trofeo.

—En cualquier caso, aquí hay barcas —señaló Isgrimnur—. Justamente lo que necesitamos. Y no quiero ser cruel, Tiamak, pero debiéramos apoderarnos de una y continuar. Dejaremos nuestro bote a cambio, como vos mismo dijisteis. Tal vez podáis escribir unas líneas en uno de vuestros pergaminos —añadió, después de pensar cómo le correspondía actuar a un caballero—, para que sepan qué hicimos.

Tiamak le miró por espacio de unos segundos, como si de repente hubiese olvidado la lengua westerling.

—Ah, claro —dijo al fin—. Una barca nueva... Ya sé que tenemos prisa, duque, pero... ¿os importaría detenernos aquí algún tiempo? Es preciso que compruebe si una de mis hermanas o alguna otra persona dejó una nota.

—Bien... —respondió Isgrimnur con un vistazo al desierto muelle, y Miriamele creyó adivinar en él cierta reluctancia.

Indudablemente, aquel pueblo vacío tenía un aire misterioso. Sus habitantes habían desaparecido de manera súbita, como si se los hubiese llevado un fuerte vendaval.

—Supongo que es natural —decidió el duque por último—. De todos modos existía la posibilidad de que tuviéramos que pasar aquí el día entero...

—Gracias. Marcharnos sin más, sería... La verdad es que yo no hice todo lo que podía, por mi pueblo —confesó el wran—. Y ahora no sería justo coger una chalana y partir sin, al menos, echar una mirada a la aldea.

Poco después había amarrado la barca a un poste.

Los habitantes de la Arboleda del Pueblo parecían haber salido de estampía. Una rápida inspección demostró que muchas cosas útiles habían sido abandonadas, entre ellas varios cestos de frutas y verduras. Mientras Tiamak salía en busca de alguna indicación del porqué de la huida de sus gentes, Cadrach e Isgrimnur recogieron el inesperado regalo y cargaron su nueva embarcación, una chalana grande y bien construida, hasta dejarla más hundida de lo que, probablemente, querría Tiamak. Por su parte Miriamele halló unos cuantos vestidos floreados en una de las chozas próximas al muelle central. Había bolsas y no tenían forma alguna, y desde luego no se hubiese puesto jamás semejantes prendas en su casa, pero en las actuales condiciones le harían buen servicio para cambiar de ropa. También encontró un par de sandalias de cuero, que sin duda constituirían un gran alivio, ya que desde su huida de Naglimund no había llevado, con breves intervalos, más que las botas. Tras una breve vacilación, pues no le parecía bien apropiarse de cosas de otra persona sin dejar nada a cambio, Miriamele se decidió. Al fin y al cabo, ¿qué podía dar ella?

Cuando se acercaba ya la tarde, Tiamak regresó un par de veces para darles noticias, que en general no eran tales. En todas partes había visto la misma evidencia de precipitada huida, mas nada indicaba el motivo de tal retirada. La única clave posible consistía en que una serie de lanzas y otras armas habían desaparecido de la cabaña donde solían reunirse los mayores de la aldea; armas que, según Tiamak, no eran propiedad de nadie en concreto, sino de todo el pueblo, y que por su importancia sólo eran utilizadas en caso de lucha o de algún conflicto.

—Creo que iré a la casa de Mogahib *el Viejo* —dijo el wran—. Es el jefe de los mayores, y quizá descubra allí algo. Queda a bastante distancia canal arriba, de modo que tomaré una barca. Espero estar de

Librodot

regreso antes de que el sol roce la línea de los árboles.

Y señaló la trayectoria del sol en dirección oeste.

—¿No queréis comer algo, antes de partir? —preguntó Isgrimnur—. Tendré el fuego encendido dentro de unos instantes.

Tiamak meneó la cabeza.

—Puedo esperar al regreso. Aún quedará mucha parte del día por delante.

Pero la tarde avanzaba y el wran no había vuelto. Miriamele y los demás comieron nabos, o por lo menos algo parecido a los nabos: unas raíces bulbosas y feculentas que, como Tiamak había asegurado, eran sanas y nutritivas, y luego una jugosa fruta amarilla que cocieron sobre las brasas, envuelta en hojas. Un pájaro pardo, semejante a una paloma, que Cadrach había cazado con ayuda de una trampa, constituyó la base de una sopa que completó la cena. Cuando las sombras se extendieron sobre las verdes aguas y empezó el zumbido de los insectos, Miriamele se asustó.

—Tendría que haber regresado. Hace rato que el sol se hundió detrás de los árboles.

—El hombrecillo es listo —trató de tranquilizarla Isgrimnur—. Probablemente habrá descubierto algo interesante. Quizás un pergamino de los wrans, o quién sabe qué. Llegará pronto.

Mas Tiamak no se presentó, ni siquiera cuando el sol había desaparecido por completo y en el cielo empezaban a relucir las estrellas. Miriamele y sus compañeros prepararon sus lechos en el muelle central, aunque con no pocos recelos, dado que aún no tenían ni la menor idea de lo que podía haber sido de los habitantes de la Arboleda del Pueblo. Su único consuelo eran los rescoldos del fuego. La joven tardó mucho en conciliar el sueño.

El sol de la mañana estaba ya muy alto cuando Miriamele despertó. Una mirada al preocupado rostro de Isgrimnur le bastó para confirmar lo que tanto había temido.

—¡Pobre Tiamak! ¿Dónde estará? ¿Qué pudo sucederle? ¡Confío en que no lo hirieran!

—¡No sólo «pobre Tiamak», señora! —replicó el monje, cuyo agrio tono de voz no logró disimular su profunda inquietud—. ¡Pobres de nosotros, diréis! ¿Cómo vamos a encontrar la salida de este maldito mundo de pantanos?

Miriamele abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin hablar. ¿Qué podía decir?

—No nos queda otro remedio —decidió Isgrimnur la segunda mañana desde la desaparición de Tiamak—. Tendremos que buscar la manera de abandonar estos lugares.

Cadrach frunció el entrecejo.

—Tanto da que nos entreguemos al abuelo cocodrilo, entonces. Al menos, eso nos ahorraría tiempo.

—¡Callad, diantre! —contestó el rimmerio—. ¡No esperéis de mí que acepte esa muerte! Nunca me di por vencido en la vida, y eso que pasé momentos bien difíciles.

—Lo creo, pero nunca antes os habíais visto perdido en el Wran— señaló Cadrach.

—¡Basta ya! —gritó Miriamele, que tenía dolor de cabeza a causa de aquella discusión que duraba desde el mediodía anterior—. Isgrimnur está en lo cierto. No nos queda otra solución.

El monje parecía a punto de decir algo desagradable, pero cerró la boca y se puso a contemplar las vacías casas de la Arboleda del Pueblo.

—Iremos en la misma dirección que Tiamak —determinó el duque—. Así quizá podamos encontrarlo, en el caso de que algo le hubiera ocurrido. A lo mejor está herido, o se le agujereó la barca, o...

—Pero él dijo que no iba lejos, sólo al otro extremo de la aldea— intervino la princesa—. Cuando dejemos atrás las últimas casas, no sabremos qué camino tomar...

—¡No, en efecto, y a mí no se me ocurrió preguntarle nada, cuando él se fue! —gruñó Isgrimnur—. Aunque tampoco nos ayudaría mucho cualquier información. ¡Este endiablado lugar me vuelve loco!

—Sin embargo, el sol del Wran es el mismo de otras tierras —indicó Miriamele, a cuya voz también asomaba la desesperación—. ¡Y las estrellas también lo son! En consecuencia, tendríamos que calcular la dirección a seguir para encontrarnos con el tío Josua, en el norte... ¡Al menos eso!

Isgrimnur esbozó una triste sonrisa.

—Es verdad, princesa. Haremos lo posible.

Cadrach permaneció unos momentos con cara de enojo, antes de encaminarse a la barca elegida y pasar alrededor del viejo Camaris, que estaba sentado en el borde del muelle con los pies en las verdes aguas. Poco antes, Miriamele también se los había refrescado de la misma forma, con el resultado de verse mordida por una tortuga. El anciano parecía haber establecido mejores relaciones que ella con los habitantes del río.

Cadrach se agachó para alzar uno de los sacos apilados en el muelle y tirárselo a Camaris, que lo cogió sin la menor dificultad y lo dejó caer en la barca.

—No pienso discutir más —dijo el monje mientras iba en busca de un segundo saco—. Carguemos todas las provisiones posibles. Al menos no moriremos de hambre ni de sed, aunque... quizá pronto deseemos que así hubiera sido.

Miriamele no pudo contener la risa.

—¡Madre de Dios! ¿Es que no podéis mostraros más pesimista, Cadrach? ¡No sé por qué no os matáis ahora mismo! Habríais acabado de padecer.

—Oí expresar ideas peores —gruñó Isgrimnur.

La princesa vio con cierta pena cómo el centro de la Arboleda del Pueblo desaparecía detrás de ellos. No obstante estar desierta la aldea, era un lugar donde había vivido gente: por doquier quedaban rastros de una reciente ocupación. Ahora, ella y sus compañeros abandonaban un baluarte relativamente familiar y de nuevo se enfrentaban a los misteriosos pantanos. De súbito, Miriamele se arrepintió de no haber

insistido para que esperaran un par de días más a Tiamak.

Durante buena parte de la mañana encontraron casas desiertas en ambas orillas, si bien estas viviendas se distanciaban cada vez más entre sí. La vegetación era tan densa como siempre. Ante aquellos interminables muros verdes a cada lado, Miriamele llegó a pensar, por primera vez, que habría sido mejor no seguir a Tiamak a tan inhóspita región. El Wran parecía un mundo sólo preocupado por su propia espesura, al que le importara bien poco algo tan insignificante como los seres humanos. Y se sintió muy pequeña.

Fue Camaris quien lo vio primero, aunque no dijo nada ni hizo el menor ruido. Sólo su postura y la repentina atención, semejante a la de un perro de caza, despertaron la curiosidad de los demás, que al mirar hacia adelante descubrieron un punto oscuro a la deriva.

—¡Es una chalana! —exclamó Miriamele—. ¡Y dentro hay alguien, boca abajo! ¡Tiene que ser Tiamak!

—Desde luego se trata de su barca —comprobó Isgrimnur, al acercarse—. ¡La que lleva pintados en la proa unos ojos amarillos y negros!

—¡Daos prisa, Cadrach! —gritó la princesa, y en su ansia empujó de tal manera en el brazo al monje, que por poco lo tira al agua—. ¡Usad la pértiga con más energía!

—Si volcamos y morimos todos ahogados, poco favor le habremos hecho al wran —contestó Cadrach entre dientes.

Por fin alcanzaron la chalana. La morena y menuda persona yacía enroscada en el fondo con un brazo colgando sobre la borda, como si hubiese quedado dormida cuando intentaba tocar el agua con la mano. El bote daba lentas vueltas en redondo cuando Miriamele y sus compañeros se detuvieron a su lado. La princesa fue la primera en pasar a la otra embarcación, con lo que ambas se balancearon peligrosamente.

—¡Cuidado, mi señora! —protestó Cadrach, pero Miriamele ya había apoyado en su regazo la cabeza del hombrecillo y jadeó al ver la sangre seca en el oscuro rostro.

Instantes después, la joven emitía un sonido de decepción.

—¡No es Tiamak...!

El wran, que obviamente había sufrido mucho en los últimos días, era más robusto y de tez un poco más clara que Tiamak. Llevaba la piel cubierta de alguna sustancia viscosa cuyo olor hizo arrugar la nariz a Miriamele. Pero eso fue todo cuanto la princesa pudo descubrir, ya que el hombrecillo estaba completamente inconsciente. Al acercarle a los labios el odre de agua, tuvo que poner gran cuidado en no hacerlo atragantar. El desconocido logró beber unos sorbos, pero de momento no despertaba.

—¿Cómo diantre se apoderó este dichoso wran de la barca de Tiamak? —refunfuñó Isgrimnur mientras se quitaba el barro de los tacones de sus botas con un trozo de madera.

Habían acampado provisionalmente en la orilla para tomar una

decisión, y el suelo del lugar elegido estaba empapado.

—¿Qué debió de sucederle a Tiamak? —prosiguió el duque—. ¿Lo acecharía este otro wran para arrebatarle la barca?

—¡Miradlo! —dijo Cadrach—. ¡Este hombre sería incapaz de estrangular a un gato! No; la cuestión no consiste en cómo consiguió la barca, sino en por qué no está Tiamak con él y, sobre todo, queremos saber qué le ocurrió a este pobre individuo. ¡Recordad que es el primer wran que vemos desde que huimos de Kwanitupul!

—Eso es cierto —señaló Miriamele—. Es posible que a este hombre le sucediera lo mismo que a la gente de la Arboleda del Pueblo. Quizás huyese de ello... o... de algo...

Miriamele se estremeció. En vez de encontrar a su guía, habían tropezado con un nuevo misterio, para complicarlo todo aún más y hacerlo más desagradable.

—¿Qué hacemos, pues? —añadió la princesa.

—Supongo que tenemos que llevarlo con nosotros —opinó Isgrimnur—. Nos conviene formularle preguntas, cuando recobre el conocimiento. Pero sólo Aedón sabe cuánto tardará en despertar, y no podemos esperar tanto.

—¿Formularle preguntas? —murmuró Cadrach—. ¿Y cómo pensáis hacerlo, duque Isgrimnur? Tiamak es un caso raro entre los de su raza, como él mismo admitió.

—¿Qué queréis decir?

—Dudo que este hombrecillo sepa hablar algo que no sea la lengua del Wran.

—¡Demonios! ¡Maldito sea todo tres veces! —voceó el duque, ruborizado—. Perdonad mi arrebato, princesa. Pero el monje tiene razón. No obstante, ¿qué otra cosa nos cabe hacer, sino llevarlo con nosotros?

—Tal vez sepa dibujar algo. Mapas, por ejemplo —sugirió Miriamele.

—¡Exactamente! —asintió el duque con claro alivio—. ¡Mapas! ¡Una idea muy inteligente, señora, muy inteligente! Sería una buena solución.

El desconocido wran durmió todo el resto de la tarde, sin despertar siquiera cuando la barca fue bajada de la fangosa orilla y botada de nuevo. Antes de partir, Miriamele había lavado las heridas del hombrecillo, comprobando que, por fortuna, eran sólo superficiales. Por lo menos, las que se veían. De momento no cabía hacer nada más.

La ingrata tarea de Isgrimnur, consistente ahora en hallar un camino seguro a través de aquel mundo extraño y traicionero, resultó algo más fácil de lo previsto, dado que aquella parte de la vía navegable era bastante recta. Aunque hubo algunas bifurcaciones en las que el duque podría haber enfilado otro canal, de vez en cuando todavía veían casas aisladas, de manera que no se preocupaban demasiado.

El sol acababa de pasar el mediodía cuando el wran despertó de pronto con el consiguiente susto de Miriamele, que precisamente le hacía sombra en los ojos con una ancha hoja. El hombre arrugó la frente, y sus castaños ojos se abrieron alarmados al ver a la joven, para

mirar luego horrorizados de un lado a otro, como si estuviera rodeado de enemigos. Poco a poco, sin embargo, su expresión de sobresalto se dulcificó y se lo vio más tranquilo, si bien aún no hablaba. Por el contrario, lo que hizo fue contemplar durante un buen raro la bóveda de ramas y hojas que encima de él se deslizaba hacia atrás. Su respiración era débil, como si el simple hecho de mantener abiertos los ojos representase el límite de sus fuerzas. Miriamele comenzó a hablarle con suavidad, al mismo tiempo que le humedecía la frente. Tenía el convencimiento de que Cadrach acertaba al suponer que aquel wran no conocía su lengua, pero tampoco intentaba decirle nada importante; confiaba en que una voz queda y amistosa lo haría sentirse mejor aunque no entendiera sus palabras.

Poco más de una hora después, el hombrecillo se hubo recuperado lo suficiente para incorporarse en parte y beber algo de agua. Parecía aún muy aturdido y enfermo, por lo que no sorprendió a nadie que emitiera gemidos de malestar, que prosiguieron incluso cuando Miriamele le ofreció más agua. El wran empujó hacia un lado el odre y señaló el canal entre signos de extrema inquietud.

—¿Estará loco? —susurró Isgrimnur con cara de sospecha—. Sólo nos faltaba eso: ¡un wran loco!

—Yo creo que intenta recomendarnos que demos media vuelta —dijo la princesa, y de repente se dio cuenta de la gravedad de sus palabras—. Quiere indicarnos que... el camino emprendido es malo...

Finalmente, el wran logró hablar.

—*Mualum nohoa...* —farfulló el hombrecillo, evidentemente horrorizado—. *¡Sanbidub nohoa yia ghanta!*

Dicho esto repetidas veces, trató de arrojarse al agua. Pero estaba débil y atontado, de forma que Miriamele no tuvo gran dificultad para impedirlo. La princesa quedó impresionada al ver que el wran se echaba a llorar, sin avergonzarse de ello y con la redonda cara expresando todo el desvalimiento de un niño.

—¿Qué puede significar todo esto? —preguntó la joven, sin ocultar su alarma—. Se refiera a una cosa o a otra, él cree que existe un peligro.

Isgrimnur, que ayudaba a Cadrach a mantener la barca apartada de la enmarañada orilla, al entrar en una curva del canal, contestó:

—¿Quién sabe? Quizá tenga miedo de algún animal, o no quiera encontrarse con otro grupo de wrans en guerra con su clan. Igualmente puede ser cualquier superstición pagana... Un estanque embrujado, por ejemplo.

—O algo relacionado con la desierta Arboleda del Pueblo —indicó Cadrach—. ¡Fijaos!

El wran había vuelto a incorporarse, dispuesto a desasirse de Miriamele.

—*¡Yia ghanta!—balbució.*

—*Ghanta...* —repitió la princesa, jadeante, con la mirada puesta en la vía de navegación—. ¿Ghants? Pero si Tiamak dijo que...

—Es posible que Tiamak cambiara de parecer, entretanto —murmuró Cadrach.

En el extremo del canal, que quedó a la vista al doblar la chalana el recodo, se alzaba una enorme y estrafalaria estructura. Casi podía haberse tratado de una parodia de la Arboleda del Pueblo, ya que evidentemente albergaba a numerosos seres. Pero, así como la aldea era, a todas luces, obra de manos humanas, esta desproporcionada aglomeración de barro y hojas y ramas —que se extendía desde el borde del agua hasta las copas de los árboles, alcanzando una altura de muchos hombres uno encima de otro, y a lo largo de la orilla hasta una distancia de unos doscientos metros— no había sido construida por el hombre. De aquella monstruosidad partían unos escalofriantes zumbidos y chasquidos que se esparcían por toda aquella zona del Wran, algo semejante a una densa nube de ruido, a un ejército de grillos encerrado en una bóveda. Varios de los edificadores eran claramente visibles, incluso desde el arranque del amplio canal. Se movían de una manera peculiar, saltando con destreza de un tocón de rama a otro situado más abajo para introducirse rápidamente en una de las negras ventanas del nido o volver a salir por ellas.

Miriamele experimentó horror y, a la vez, cierta estremecedora fascinación. Un solo ghant la había asustado ya. ¿Qué no sentiría ahora, pues, al calcular, por las dimensiones del nido, que en él se esconderían centenares de las espantosas criaturas?

—¡Madre de Jesuris! —dijo Isgrimnur con voz sibilante, al mismo tiempo que hacía girar el bote y retrocedía por el canal hasta el recodo desde donde ya no se veía la horripilante construcción—. ¿Qué aborto del infierno era aquello?

Un escalofrío recorrió la espalda de Miriamele al pensar en los ojos burlones que la habían observado mientras se bañaba, dos penetrantes puntos negros en un inhumano rostro.

—Son los ghants de que Tiamak nos había hablado.

El wran enfermo, que había caído en un mortal silencio al verse cerca del nido, empezó a agitar las manos con angustia.

—*¡Tiamak!* —exclamó pese a su ronquera—. *¡Tiamak nib dunou yia ghanta!*

Y señaló desesperado en dirección al monstruoso nido, ahora tapado por un muro de fronda.

Miriamele no conocía la lengua wran, pero entendió de sobra lo que el hombrecillo quería decir.

—Tiamak está ahí dentro. ¡Que Dios lo proteja! Los ghants lo tienen prisionero en su nido...

14

Oscuros corredores

La escalera era empinada y el saco pesaba mucho, pero, aun así, Raquel sentía cierto placer. Sólo una vez más le tocaría afrontar las embrujadas habitaciones superiores del castillo, y entonces habría terminado.

Apenas abandonado el sombrío rellano, a medio tramo de escalera, la mujer se detuvo y dejó el bulto en el suelo, aunque con cuidado para que los tarros no hicieran ruido. La puerta quedaba cubierta por lo que Raquel *el Dragón* creía el más viejo y polvoriento tapiz de todo Hayholt. Era eso una importante medida para que su escondrijo no llamara la atención y, en consecuencia, ella no lo limpiaba nunca. Todo su interior se rebelaba cada vez que tenía que poner las manos en el mohoso tejido, pero en la vida había circunstancias en que la limpieza ocupaba un segundo término. Raquel hizo una mueca. «Los tiempos difíciles traen consigo extraños cambios», solía decir su madre. ¡Y, por Aedón, que eso resultaba bien cierto!

La mujer había tenido la precaución de engrasar los viejos goznes, de manera que, al levantar el tapiz y mover el pomo, la puerta se abriera casi en silencio. Pasó el saco por encima del umbral y dejó caer de nuevo el tapiz para que la puerta quedara disimulada. Luego destapó la lámpara, la colocó en una elevada hornacina y procedió a desempaquetar las cosas.

Cuando hubo sacado el último tarro y dibujado en cada uno el contenido con una paja untada de negro de humo, se dedicó a examinar su despensa. Durante el último mes había trabajado en firme, hasta el punto de que a ella misma la asombraba la audacia de sus hurtos. Ahora sólo le faltaba el saco de fruta seca que había descubierto en la incursión de hoy. Después podría pasar todo el invierno sin riesgo de ser apresada. Pero ese saco era necesario: una carencia total de fruta significaba enfermar de escorbuto, si no de algo peor todavía, y Raquel no podía permitirse enfermar sin nadie que la cuidara. Lo había preparado todo muy bien para su temporada de soledad, ya que en todo el castillo no quedaba nadie digno de confianza.

La mujer había buscado con mucha paciencia el lugar adecuado para su refugio. Aquel agujero, situado en lo más profundo de los sótanos del castillo, donde nadie ponía el pie desde hacía tiempo, era justamente lo que ella necesitaba. Y ahora, gracias a su incesante busca, tenía allí una alacena tan bien provista, que más de un señor de la malparada Erkynlandia se la envidiaría. Además, Raquel había descubierto otro cuarto vacío, pocos peldaños más arriba. No quedaba tan

bien escondido como su rincón particular, pero había en él una tronera a nivel del suelo exterior, fuera de la cual pendía el bajante que procedía de uno de los canalones de piedra del castillo. Raquel ya tenía en su celda un barril de agua. Mientras durasen las nevadas y las lluvias, podría llenar cada día un cubo en el bajante sin necesidad de tocar para nada su preciosa provisión de agua potable.

Asimismo, la mujer había reunido ropas de repuesto y varias mantas de abrigo, así como un colchón de paja. Incluso tenía una silla con respaldo y todo. No le faltaba leña para el diminuto hogar, y a lo largo de las paredes había amontonado tantas hileras de tarros de vegetales y carnes en adobo y apilado tantas hogazas de pan duro bien envuelto, que apenas le quedaba espacio para andar de la puerta a la cama. Pero valía la pena. En su pequeño retiro lleno de provisiones, podría pasar casi todo un año. Qué ocurriría si se le agotaban los víveres, o qué acontecimiento podría producirse que le permitiera abandonar su guarida y salir de nuevo a la luz del sol, era algo que Raquel ignoraba. Tampoco quería preocuparse por ello, de momento. Pasaría el tiempo sintiéndose a salvo, mantendría limpio su nido, y aguardaría... Desde la niñez le habían inculcado esta lección: «Tú haz lo que puedas. Dios cuidará del resto».

Aquellos días pensaba mucho en su juventud. La constante soledad y su secreta vida cotidiana limitaban sus actividades, por lo que la mujer buscaba distracción y consuelo en los recuerdos. Y a su memoria acudían cosas olvidadas durante años: una santa mansa en la que su padre había sido dado por perdido en las nieves, una muñeca de paja que una vez le había hecho su hermana... Los recuerdos, al igual que la comida que flotaba en la salada oscuridad de los tarros que ella ordenaba una y otra vez, sólo esperaban ser sacados de su rincón.

Raquel empujó un poco hacia atrás el último tarro, para que la fila quedara más recta. Era posible que el castillo se desmoronara, pero en su cubil estaría todo como era debido. «Sólo un viaje más —se dijo—. Y ya no tendré que temer nada. ¡Por fin podré descansar un poco!»

La encargada de las sirvientas de Hayholt había alcanzado el último peldaño y se disponía a abrir la puerta cuando la invadió una terrible sensación de frío. Por el otro lado de la puerta se aproximaban unos pasos que producían un sonido semejante al del agua goteando sobre piedra. ¡Alguien saldría en cosa de momentos, y ella sería hecha prisionera!

El corazón comenzó a latirle con tal violencia, que la pobre mujer temió que le saltara del pecho. Al mismo tiempo fue presa de una absurda inmovilidad.

«¡Muévete, imbécil!», se riñó a sí misma.

Los pasos se hacían más fuertes. Finalmente, Raquel retiró una mano y, al comprobar que era capaz de moverse, se forzó a descender algunos escalones mientras miraba como loca a su alrededor. ¿Adonde podía ir? ¿Adonde? ¡Estaba atrapada!

Bajó unos cuantos resbaladizos peldaños más. Allí donde la escalera formaba una curva, había un rellano muy semejante a aquel en

que había descubierto su nuevo hogar. También ese descansillo estaba adornado con un mohoso y raído tapiz. Raquel se agarró a él, luchando contra la pesada y polvorienta tela que parecía resistírsele. Sin duda era demasiado, esperar que también allí se escondiera una habitación, pero al menos podría apretarse contra la pared y confiar en que la persona que ahora tiraba de la puerta de arriba fuese corta de vista o tuviera mucha prisa.

¡*Había* una puerta! Raquel se preguntó, al instante, si en todo el castillo existía un tapiz que no cubriera alguna puerta secreta. Apoyó la mano en el pomo…

«¡Aedón en el Árbol!», rezó en silencio. Porque, probablemente, los goznes chirriarían… Pero éstos no hicieron ningún ruido, por fortuna, y la puerta se abrió despacio, al mismo tiempo que la del piso superior arañaba las baldosas del suelo. Las pisadas de unas botas sonaron con más fuerza al bajar la escalera. Raquel se introdujo rápidamente en el cuarto y quiso cerrar la puerta tras de sí, mas no lo consiguió del todo. Quedó abierta cosa de un palmo.

La mujer alzó la vista, deseando poder destapar su lámpara pero agradecida, a la vez, de que en la escalera ardiese una antorcha. Aunque los ojos le hacían chiribitas y el corazón le palpitaba de manera espantosa, se obligó a buscar el motivo de que la puerta no encajara. Y lo halló. La parte superior del tapiz se había enganchado, y ella no alcanzaba a soltarlo. Asió de nuevo el grueso y sucio terciopelo para tirar de él, pero los pasos se oían ya casi en el rellano. La mujer retrocedió, horrorizada, y contuvo el aliento.

A medida que se acercaba el ruido, aumentaba también aquella misteriosa sensación de frío: un helor que penetraba en los huesos, como si hubiera salido de una caldeada pieza a los gélidos vientos del pleno invierno. A Raquel la sacudían unos temblores incontrolables. A través de la abertura distinguió un par de figuras vestidas de negro. Su queda conversación, que precisamente empezaba a ser audible, cesó de repente. Una de las personas se volvió, y Raquel pudo ver su pálida cara por espacio de unos instantes. Creyó que el corazón se le paraba. Era una de aquellas brujas…, ¡una de las Zorras Blancas! Pero enseguida cambió de postura, hablándole a quien la acompañaba en voz baja pero extrañamente musical. A continuación miró hacia el tramo de escalera que acababan de descender. Un nuevo chacoloteo resonó poco más arriba.

¡Más Zorras Blancas!

No obstante el miedo a moverse o a hacer algo que pudiera producir ruido, la mujer retrocedió. Sin apartar los ojos de la puerta parcialmente abierta, y sin dejar de pedir a Dios que aquellos seres no se diesen cuenta de ello, Raquel palpaba por detrás en busca de la pared posterior. La puerta ya no era más que una línea vertical de amarillento resplandor, pero su mano aún no encontraba resistencia. Por último, la mujer se detuvo para mirar a su alrededor, temerosa de tropezar con algo y volcarlo con estrépito.

Aquello no era una habitación. Raquel se encontraba en la boca de un corredor que conducía a la oscuridad.

Hizo una pausa y se esforzó en pensar. No tenía sentido permanecer allí, sobre todo con un tropel de aquellas criaturas tan cerca. Las gruesas paredes de piedra carecían de rincones donde esconderse, y la mujer tenía conciencia de que, en cualquier momento, podía hacer algún ruido o, peor todavía, desmayarse y caer al suelo, con lo que la descubrirían enseguida. ¿Y quién sabía cuánto rato estarían allí aquellos seres, murmurando entre sí como un grupo de cornejas en una rama? Cabía incluso la posibilidad de que, cuando estuvieran todos reunidos, entrasen en el pasillo. Si, al menos, se adentraba por él, quizás encontrara dónde esconderse o, tal vez, incluso la manera de salir de allí.

Raquel avanzó, pues, rozando la pared con la mano. ¡Qué desagradables y mugrientos bultos notaban sus dedos! Con la otra sostenía la oscurecida lámpara, siempre atenta a no golpear la piedra con ella. La delgada ranura de luz de la puerta desapareció al iniciar el corredor una curva, y Raquel se vio envuelta en negrura. Con la máxima cautela alzó un poco la caperuza de la lámpara, para que un pequeño rayo de luz le permitiese distinguir las baldosas, y comenzó a andar más deprisa.

La mujer alzó la lámpara para escudriñar el monótono pasillo, que más allá de la mancha de claridad se perdía en las tinieblas. ¿No tenía fin el laberinto de corredores del castillo? Ella había creído conocer Hayholt tan a fondo como cualquiera, pero las últimas semanas habían constituido una revelación. Debajo de los almacenes situados en los sótanos, que antes eran el límite inferior de su experiencia, parecía existir otro castillo. ¿Conocía Simón esos rincones?

Pensar en el chico le resultaba doloroso, como siempre. Raquel continuó adelante pese a su preocupación. De momento, nada indicaba que la persiguieran. Había recobrado el aliento y estaba un poco más serena, pero no tenía sentido permanecer allí en espera de... ¿qué?

Desde luego, había un problema que resolver. Si no se atrevía a volver atrás, ¿qué debía hacer? Hacía rato que ya no confiaba en su habilidad para encontrar el camino en semejante enredo de pasadizos. ¿Qué ocurriría si se equivocaba y seguía penetrando en la oscuridad, perdida, para morir quizá de hambre?

«No seas tonta. Simplemente, no te alejes de este corredor o, si acaso, deja señales. De ese modo, siempre podrás regresar al rellano y a la escalera.»

Raquel soltó un bufido, igual al que había reducido al llanto a más de una sirvienta nueva. Sabia lo que era la disciplina, aunque fuese ella misma quien la necesitara ahora.

«No tienes tiempo para memeces.»

Sin embargo, no dejaba de ser extraño caminar por aquellos solitarios espacios, de los que no sabia adonde conducían. Le recordaban un poco lo dicho por el padre Dreosan acerca del Lugar de Espera, aquel espacio situado entre el infierno y el cielo donde las almas aguardaban el momento de ser juzgadas, o donde permanecían eternamente si no eran suficientemente pecadoras para el averno, ni

estaban preparadas para entrar en la gloria.

A Raquel, eso le había parecido siempre una idea poco confortante. Le gustaban las cosas claras y concisas. Quien fuera malo, debía ser condenado y arder en los infiernos. Quien, por el contrario, hubiese llevado una vida limpia, según las leyes de Aedón, podría volar al cielo y cantar y reposar feliz para siempre en las azules alturas. En cambio, ese lugar intermedio de que había hablado el sacerdote resultaba desagradablemente enigmático. El Dios en que Raquel creía no podía actuar de tal manera.

La luz de la lámpara cayó entonces sobre una pared: el corredor terminaba en un vestíbulo, lo que significaba que, si quería continuar, debía elegir entre la derecha y la izquierda. Raquel frunció el entrecejo. Había llegado el momento de abandonar el camino recto, y eso no le hacía ninguna gracia. La cuestión era: ¿se atrevería a retroceder, o permanecía allí? No debía de hallarse muy lejos de la escalera.

Pero el recuerdo de aquellos susurrantes seres de cara blanca fue decisivo.

Se untó un dedo con negro de humo y, de puntillas, hizo una señal en la pared izquierda del corredor donde estaba, para tener una guía a su regreso. Seguidamente torció, aunque reluctante, por el lado derecho del pasillo en forma de cruz.

El corredor describía incontables curvas, atravesado por otros, y de vez en cuando se abría a estrechas galerías sin ventanas, cada cual tan vacía como una tumba saqueada. Raquel marcó con cuidado cada vuelta. Empezaba ahora a preocuparse por la lámpara, ya que sin duda se acabaría el aceite si tardaba mucho en retroceder, cuando de pronto se vio ante una vieja puerta que constituía el final del pasillo.

Aquella puerta no tenía pestillo ni cerradura, ni había en ella señal alguna de nada. La madera era vieja y estaba deformada, y sus manchas de agua eran tantas que le daban el aspecto de un caparazón de tortuga. Los goznes consistían en grandes y bastos trozos de hierro, sujetos mediante clavos semejantes a simples fragmentos de tosco metal. Raquel examinó el suelo para cerciorarse de que no había allí más huellas recientes que las suyas, hizo la señal del Árbol y tiró del grueso pomo. La puerta se abrió en parte, entre chirridos, pero chocó con lo que debía de ser una centenaria capa de polvo y escombros que cubría el suelo. Al otro lado había otro espacio oscuro, si bien esa oscuridad encerraba un cierto resplandor rojizo.

«¡Es el infierno!», fue el primer pensamiento de Raquel. Del Lugar de Espera pasaba directamente al infierno... Pero enseguida reaccionó y se dijo: «¡Elysia, madre de Dios! ¡Pero si ni siquiera estás muerta, imbécil! ¡Sé sensata!».

Y entró.

El corredor que se abría detrás de la puerta era distinto. En vez de tener las paredes revestidas de piedras talladas y bien encajadas, no se veía allí más que roca viva. Los tenues reflejos rojos que serpenteaban a través de las desnudas paredes parecían proceder del pasillo de la izquierda, como si a la vuelta de una esquina hubiese un fuego encendido.

No obstante su incertidumbre, Raquel ya se disponía a avanzar en dirección al origen de aquel resplandor cuando percibió un súbito ruido que venía del otro lado, del nuevo pasadizo que se abría a su derecha. La mujer retrocedió en el acto hacia la puerta, pero seguía enganchada y no se cerraba. Buscó refugio entre las sombras, pues, y procuró contener la respiración.

Fuera una cosa u otra la que causaba el sonido, no iba muy deprisa. Raquel se encogió cuando el débil roce se aproximó, pero aparte del temor sentía un profundo enojo. ¡Pensar que ella, encargada de las sirvientas de Hayholt, tenía que esconderse en su propio hogar de..., de cosas! En un intento de calmar su excitado corazón, trató de revivir el momento en que había atacado a Pryrates: la diabólica agitación, la extraña complacencia de ser capaz de hacer algo después de todos aquellos tristes meses de sufrimiento. Pero, ahora, ¿qué? Su más enérgico golpe no parecía haber afectado en nada al rojo sacerdote, de manera que... ¿cómo podía actuar contra toda una banda de demonios?

No; era preferible seguir escondida y guardar la ira para cuando le sirviese de algo.

Al pasar la figura por delante de la atascada puerta, Raquel experimentó primero un inmenso alivio al comprobar que se trataba sólo de un mortal, de un hombre de cabellos oscuros cuya forma apenas se distinguía contra la roca teñida de rojo. Pero la curiosidad de la mujer resurgió al momento, alimentada por la misma furia de antes. ¿Quién se atrevía a circular por aquellos oscuros lugares?

Asomó un poco la cabeza para ver mejor al individuo, que andaba muy despacio, rozando la pared con la mano. Llevaba la cabeza inclinada hacia atrás y la movía de un lado a otro, como si quisiera leer algo escrito en el sombrío techo del corredor.

«¡Si es ciego!», se dio cuenta súbitamente Raquel. La vacilación, las palpantes manos... No se equivocaba. Momentos después, supo que conocía al hombre y volvió a esconderse en la oscuridad.

«¡Es Guthwulf! ¡El monstruo! ¿Qué diablos hace aquí?»

Por espacio de unos segundos, la mujer tuvo la horrible certeza de que los secuaces de Elías la buscaban, registrando meticulosamente todas las habitaciones y los corredores del castillo. Sin embargo, ¿para qué enviar a un ciego? Y... ¿desde cuándo estaba ciego Guthwulf?

Algo acudió a su memoria, fragmentado pero no por eso menos inquietante. ¿No era Guthwulf al que había visto en el balcón, con el rey y Pryrates? El conde de Utanyeat se había lanzado sobre el alquimista en el momento en que éste, con la daga de Raquel hundida en su espalda, se volvía hacia la encargada de las sirvientas, que yacía aturdida en el suelo. Pero... ¿por qué habría hecho eso Guthwulf? Todo el mundo sabía que el conde de Utanyeat era la mano derecha del Supremo Rey y el más duro de los favoritos de Elías.

¿Le había salvado Guthwulf realmente la vida?

A Raquel le daba vueltas la cabeza. Se asomó de nuevo a la puerta, pero Guthwulf ya había desaparecido en un recodo del pasillo, en dirección al resplandor rojo. Una pequeña sombra se destacó entonces de una oscuridad más intensa y pasó rápidamente junto a sus pies, si-

guiendo al conde, camino de las sombras. ¿Un gato? ¿Un gato gris?

El mundo existente debajo del castillo se había convertido en una confusa pesadilla para Raquel, que destapó un poco la lámpara e inició el regreso por donde había llegado, dejando entreabierta la puerta del tosco pasadizo. Por ahora no quería tratos con Guthwulf, ciego o no. Se guiaría por sus propias señales hasta verse de nuevo en el rellano, sin dejar de rezar por que las Zorras Blancas hubiesen continuado camino de sus demoníacos quehaceres. La mujer tenía mucho en que pensar. Demasiado. Lo único que ansiaba era encerrarse en su seguro rincón y dormir...

Mientras Guthwulf seguía adelante, su cabeza estaba llena de una seductora y ponzoñosa música: de una música que le hablaba, llamándolo a la vez, y que lo asustaba como nada antes.

Durante largo tiempo, en la inacabable oscuridad de sus días y noches, sólo había percibido esos cantos en sueños, pero ahora lo martirizaban también cuando estaba despierto, surgiendo en él desde lo más profundo para ahuyentar incluso de su mente aquellas susurrantes voces que eran sus compañeras de costumbre. Esta era la voz de la espada gris, y sonaba bastante cerca.

Parte del conde de Utanyeat sabía perfectamente que la espada era sólo un objeto, una muda hoja metálica que pendía del cinturón del rey, y que lo último que desearía hacer en el mundo era ir en su busca, ya que donde estaba la espada estaría también el rey Elías. Desde luego, Guthwulf no quería ser apresado. Le importaba poco su seguridad personal, pero prefería morir solo en los pozos situados debajo del castillo que ser visto por quienes lo habían conocido antes de que se convirtiera en tan lastimosa ruina humana. Sin embargo, la presencia de la espada era tremendamente coactiva. Su vida consistía ahora en poca cosa más que ecos y sombras, fría piedra, fantasmales voces y el quedo sonido de sus propias pisadas. Mas la espada vivía y, en cierto aspecto, la vida del arma era más poderosa que la suya propia. Y él ansiaba estar cerca de ella.

«No quiero ser atrapado —se dijo Guthwulf—. Seré astuto y precavido.»

Simplemente, se aventuraría al máximo para percibir la vitalidad de su canto...

Los pensamientos del conde se vieron interrumpidos por algo que se movía entre sus tobillos: el gato, su amigo de las sombras. Guthwulf se agachó para tocar al animal, le pasó los dedos por el huesudo lomo y notó su magra musculatura. Lo había seguido, quizá para distraerlo. El conde esbozó una débil sonrisa.

El sudor le resbalaba por la mejilla cuando se enderezó. El aire era más templado. Guthwulf admitió la posibilidad de que, después de tantas escaleras y rampas subidas, se acercara a la superficie, pero... ¿podían haber cambiado las cosas de tal modo, durante el tiempo pasado bajo tierra? ¿Habría terminado el invierno para ser reemplazado por un cálido verano? No parecían haber transcurrido tantas semanas, pero una oscuridad perpetua resultaba engañosa. Eso ya lo había

aprendido el ciego Guthwulf mientras estaba en el castillo. En cuanto al tiempo... Bien, en una época tan llena de mal agüero y de confusión, cualquier cosa era posible.

Ahora, las paredes de roca empezaban a notarse calientes. ¿Dónde se metía? El conde apartó de sí los pensamientos negativos. Se encontrase en un sitio u otro, la espada estaba allí. Lo llamaba. Sin duda, sólo tendría que caminar un poco más...

Aquel momento en que *Dolor* había cantado en su interior, llenándolo...

En el mismo momento en que Elías lo había obligado a tocar la espada, diríase que él, Guthwulf, había pasado a formar parte de ella, quedando casi incluido en una extraña melodía. Por unos instantes, al menos, él y la hoja formaron una sola cosa.

Dolor necesitaba a sus hermanas. Juntas crearían una música mucho más sublime todavía.

En el salón del trono, y pese a su horror, Guthwulf había anhelado tal unión. Y ahora, en el recuerdo, la ansiaba otra vez. Cualesquiera que fueran los riesgos, necesitaba percibir la canción que lo había encantado. Era una especie de locura. Le constaba, mas carecía de la fuerza para resistirse a ella. Por el contrario, le harían falta todas sus reservas de ingenio y dominio de si mismo para aproximarse sin ser descubierto. ¡Estaba ya tan cerca la espada!

El aire del angosto corredor era sofocante. Guthwulf se detuvo y palpó lo que lo rodeaba. El gato se había ido, probablemente en busca de algún rincón menos perjudicial para sus patas. Cuando el conde volvió a apoyar la mano en la pared del túnel, sólo pudo pasarla por un pequeño trozo antes de tener que retirarla otra vez. De alguna parte, delante de él, llegaba un sonido suave pero constante, un rugido casi silencioso. ¿Qué le aguardaría allí?

Antaño, un dragón había establecido su guarida debajo del castillo: el gusano rojo llamado *Shurakai,* cuya muerte había proporcionado gran reputación a Juan *el Presbítero* y, además, los huesos para el trono de Hayholt; una bestia cuyo llameante aliento había matado a dos reyes y a incontables habitantes de la fortaleza, siglos atrás. ¿Podía existir otro dragón, algún cachorro de *Shurakai,* llegado a su edad adulta en medio de las tinieblas? Si así era, ¡que lo matara y lo dejara reducido a cenizas! Guthwulf había dejado de preocuparse mucho por semejantes cosas. Todo cuanto deseaba, era disfrutar primero de aquel canto de la espada gris.

El camino torció hacia arriba en un marcado ángulo, y el hombre tuvo que agacharse para avanzar. El calor era intenso. Guthwulf se imaginó cómo la piel se le ennegrecía y arrugaba como la de un cochinillo asado. Al continuar el conde su lucha con la fuerte pendiente, el fragor aumentó: un grave retumbo, tembloroso como el del trueno, o el de un mar enfurecido, o... la ruidosa e inquieta respiración de un dragón dormido. Luego, el ruido empezó a cambiar. Al cabo de un momento, el conde se dio cuenta de que el pasillo se ensanchaba y, al doblar una esquina, sus aguzados sentidos de ciego le indicaron que, además, había aumentado la altura del techo. Un caluroso viento le

sopló en la cara. El extraño rugido producía misteriosos ecos.

Unos pasos más, y Guthwulf descubrió el motivo. Detrás de donde él estaba, se abría una amplia sala, algo tan enorme como la cúpula de la iglesia de San Sutrino, en Erchester. ¿Un pozo llameante? El conde notó que sus cabellos flotaban en la ardorosa brisa. ¿Habría llegado acaso al legendario Lago del Juicio, donde los pecadores eran arrojados al fuego para toda la eternidad? ¿O lo aguardaba el mismo dios entre la solidez de las rocas? En la contusión de los últimos días, Guthwulf no recordaba mucho de su vida anterior a la ceguera, y lo que le venía a la memoria parecía ahora absurdo y falto de sentido. Si de veras existía tal lugar y tal castigo, él desde luego lo merecía, pero sería una pena no volver a sentir nunca la poderosa magia de la espada gris.

El conde redujo sus pasos, arrastrando cada pie con cautela antes de apoyarlo en el suelo. La atención que ponía en ello lo hacía avanzar más despacio. Finalmente, su pie no tocó piedra. Guthwulf se paró y, después de agacharse, palpó con los dedos el caliente piso. Tenía delante un borde de piedra, cuyos extremos no acertaba a alcanzar. Y más allá de eso no había más que el vacío y un vendaval abrasador.

Guthwulf se puso de pie, apoyándose ora en un pie, ora en el otro, cuando el insoportable calor penetró a través de las suelas de sus botas, y escuchó el terrible estruendo. Pero también percibió otros sonidos. Uno consistía en unos irregulares y profundos golpes metálicos, como si dos piezas chocaran una y otra vez; el segundo era de voces humanas.

Se repitió el entrechocar de metales y, al fin, ese ruido despertó en el conde un recuerdo de su vida en el castillo. Los sonoros retumbos procedían de las grandes puertas de la herrería, que se abrían y cerraban. Unos hombres arrojaban sin duda combustible a la gran fogata... Lo había presenciado muchas veces, al inspeccionar la fundición en su condición de persona de confianza del rey. Guthwulf comprendió que debía de hallarse en una de las bocas del túnel, casi encima del gigantesco horno. No es de extrañar, pues, que sus cabellos estuvieran a punto de incendiarse.

Pero la espada gris se encontraba allí. Lo sabía con tanta seguridad como un ratón en busca de comida sabía que lo acechaba un búho. Probablemente, Elías había bajado a la herrería, con la infaltable espada colgada del cinto.

Guthwulf se apartó del peligroso borde, calculando con desespero la forma de descender a la fundición sin ser visto.

Después de permanecer en un mismo sitio hasta casi quemarse los pies, tuvo que moverse por fuerza. Entre reniegos se dijo que no había manera de aproximarse al objeto ansiado. Corría peligro de andar por esa red de túneles durante días enteros, sin dar con otro camino, y cuando llegara... ¡Elías se habría largado! Pero tampoco podía darse por vencido. La espada lo llamaba, y poco importaba lo que se interpusiera en su camino.

Guthwulf retrocedió a trompicones por el corredor, alejándose del calor, pese a que la espada insistía en su regreso y en que saltara al ígneo olvido...

—¿Por qué me habéis hecho esto, mi Dios? —gritó, aunque su voz fue engullida inmediatamente por los rugidos del horno—. ¿Por qué me echáis semejante maldición?

Las lágrimas se evaporaron de sus párpados no bien aparecidas.

Inch se inclinó ante el rey Elías. En la fluctuante luz de la fragua, el enorme individuo parecía un mono de las selvas del sur; un mono vestido, pero aun así una triste imitación de un hombre. El resto de los obreros se había arrojado al suelo, al entrar el rey. La diseminación de cuerpos en toda la herrería daba la impresión de que la sola presencia del monarca había bastado para causar la muerte de cien personas.

—Trabajamos, Majestad, trabajamos —gruñó Inch—, pero es una tarea lenta.

—Conque trabajáis, ¿eh? —replicó Elías con aspereza; aunque el encargado de la fundición sudaba a chorros, la pálida tez del rey permanecía seca—. ¡Pues claro que trabajáis! Pero no está acabada la tarea que yo os impuse... Si no me explicas pronto el motivo de tal retraso, serás desollado, y tu asquerosa piel colgará encima de tu propio horno hasta que se seque.

El hombretón cayó de rodillas.

—Trabajamos todo lo aprisa posible, señor.

—¡Pero no basta! —insistió Elías, y su mirada recorrió el oscuro techo de la caverna.

—Resulta difícil, amo, ¡muy difícil! Sólo disponemos de parte de los planos. A veces nos toca corregirlo todo, cuando nos llega el siguiente dibujo.

Inch alzó la vista, y su único ojo aguardaba ansioso la reacción del rey.

—¿Qué significa eso de «parte de los planos»?

Algo se movió entonces en la boca de un túnel, a considerable altura sobre el horno. Elías estrechó los ojos para ver qué era, pero la borrosa mancha pálida —¿un rostro?— quedó oscurecida por el humo y el revuelto aire caliente.

—¡Majestad! —exclamó alguien—. ¡Estáis ahí! El rey se volvió despacio hacia la figura vestida de escarlata. Levantó una ceja con gesto de sorpresa, mas no dijo nada. Pryrates se apresuró.

—Me sorprendió comprobar que os habíais ido —agregó el alquimista, cuya rasposa voz sonó algo más dulce y más razonable que de costumbre—. ¿Puedo ayudaros en algo?

—No os necesito constantemente, sacerdote —contestó Elías, cortante—. Hay cosas que puedo hacer solo.

—Pero no os encontrabais bien, Majestad.

Pryrates extendió la mano, y la ancha manga roja hizo un movimiento ondulante. Por un momento pareció que, realmente, el alquimista iba a tomar a Elías del brazo para llevárselo de la herrería, pero se limitó a pasarse los dedos por la calva.

—Debido a vuestra debilidad, Majestad, temí que resbalaseis en esa escalera tan empinada.

Elías entrecerró los ojos hasta que fueron sólo dos negras ranuras.

Librodot

—No soy un vejestorio, sacerdote. ¡No soy como mi padre en sus últimos años! Este patán dice que los planos para la defensa del castillo son difíciles de interpretar —añadió, señalando de refilón al arrodillado Inch antes de dirigirse nuevamente a Pryrates.

Pryrates lanzó una mirada asesina al herrero.

—¡Miente, Majestad! Vos mismo aprobasteis los planos. ¡Sabéis que no es cierto!

—Sólo nos los entregáis por partes, sacerdote —se defendió Inch con voz profunda y lenta, detrás de la cual se escondía una evidente rabia.

—¡No te atrevas a hablar así delante del rey! —rugió Pryrates.

—¡Digo la verdad, sacerdote!

—¡Silencio! —gritó Elías, enderezándose, y su nudosa mano se apoyó en la empuñadura de la espada gris—. ¡Exijo silencio! ¿Qué significa eso? ¿Por qué Inch sólo recibe los planos a trozos?

Pryrates respiró a fondo.

—Por motivos de secreto, rey Elías. Os consta que varios de los hombres que trabajaban en la fundición, huyeron... En consecuencia, no permitimos que nadie vea todos los planos para la defensa del castillo. ¿Qué le costaría a cualquiera escapar con los conocimientos adquiridos y facilitárselos a Josua?

Cuando Pryrates clavó los ojos en el rey, hubo un prolongado silencio. El aire que se respiraba en la fragua pareció espesarse, y el fragor de los fuegos quedó extrañamente amortiguado. Las vacilantes luces arrojaron largas sombras.

De repente, Elías pareció perder interés en el asunto.

—Supongo que eso podría suceder —admitió, y con la vista volvió a buscar aquel lugar donde le había parecido advertir movimiento—. Mandaré otra docena de hombres a las fraguas. Cuento con una serie de mercenarios que no me importan. ¡Con eso sí que no tendrás excusa! —concluyó, de cara al encargado.

Un temblor recorrió todo el corpachón de Inch.

—No, Majestad.

—Bien. Ya te dije cuándo quiero acabados los trabajos en los muros y las puertas. ¡Y deberás tenerlos listos!

—Sí, Majestad.

El rey se volvió hacia Pryrates.

—Veo que al soberano le toca cerciorarse de que las cosas funcionan como debieran.

El sacerdote inclinó la reluciente cabeza.

—Sois irreemplazable, señor.

—Pero también estoy un poco cansado, Pryrates. Tal vez sea como vos decís... Mi salud no ha sido la mejor, al fin y al cabo.

—En efecto, Majestad. Quizás os convenga tomar la poción curativa, y luego dormir un poco.

Ahora sí que el alquimista insinuó un gesto de apoyo al codo del rey, para conducirlo gentilmente hacia la escalera que subía al castillo propiamente dicho. Y Elías obedeció como un chiquillo dócil.

—Sí, Pryrates. Creo que necesito acostarme un rato. Pero no creáis

que voy a dormir, de momento.

Miró de reojo hacia el túnel que se abría encima de la herrería y meneó la cabeza como si estuviera soñando.

—Una excelente idea, señor —repuso el sacerdote—. Ahora dejemos que el encargado de la fragua prosiga su trabajo.

Pryrates fijó duramente la vista en Inch, cuyo único ojo le devolvió la mirada, y se alejó despacio con rostro inexpresivo, llevándose de la caverna al rey.

Detrás de ellos, los postrados obreros empezaron a ponerse de pie, excesivamente impresionados y exhaustos hasta para murmurar entre sí acerca del insólito acontecimiento. Cuando por fin volvieron a sus tareas con pasos lentos, Inch aún permaneció arrodillado durante un rato, tan gélidas sus facciones como las del sacerdote.

Raquel retrocedió con toda precaución y logró hallar el rellano. Para su gran alivio, la escalera estaba vacía. Las Zorras Blancas se habían ido.

«Sin duda, para hacer alguna de sus maldades», pensó la mujer, e hizo la señal del Árbol.

Luego se apartó de los ojos un mechón de pelo canoso. Estaba extenuada; no sólo por el agotador recorrido por los pasillos —le parecía haber caminado durante horas enteras—, sino también por lo que acababa de comprobar. Ya no era una joven, y no le gustaba que el corazón le palpitara como hoy, porque eso no era la consecuencia de una buena y honrada labor.

«¡Ay, mujer, que te vuelves vieja...!»

En cualquier caso, Raquel no era tan tonta como para olvidar toda precaución, de modo que procuró que sus pisadas fuesen quedas y ligeras cuando bajó la escalera, sin dejar de escudriñar cada rincón antes de iniciar una curva, y con la lámpara detrás de ella para que el resplandor no la delatara. Eso le permitió descubrir la presencia del escanciador Hengfisk algo más abajo, antes de tropezar con él en las sombras reinantes entre las antorchas colgadas de las paredes. Pero, aun así, su sorpresa fue tal que se le escapó una exclamación y dejó caer la lámpara, que rodó con estrépito hasta el descansillo inferior —¡el suyo, el de su secreto refugio!— y al fin se detuvo junto a las sandalias del monje, donde empezó a verter llameante aceite sobre el suelo de piedra. El hombre de ojos saltones contempló con tranquilo interés el fuego que le rodeaba los pies, y luego miró a Raquel con amplia sonrisa.

—¡Misericordiosa Rhiap! —jadeó ésta—. ¡Dios mío, asísteme!

Intentó retroceder escalera arriba, mas el hermano Hengfisk se movía tan deprisa como un gato. Pasó junto a ella en cosa de segundos y, de repente, se volvió para cerrarle el camino, siempre con su horrible sonrisa en la cara. Sus ojos parecían dos pozos vacíos.

Raquel se atrevió a bajar, insegura, hacia el rellano. Pero el monje se movió al mismo tiempo, paso a paso, sin hacer el menor ruido. Si ella se paraba, él también. Si la asustada mujer trataba de ir más deprisa, la adelantaba, forzándola a apretarse contra las pétreas paredes de la escalera para evitar el contacto con él. Del hombre se desprendía un

calor febril y, además, un extraño olor semejante al del metal candente y al de plantas en descomposición...

Raquel se echó a llorar. Le temblaban los hombros e, incapaz de sostenerse ni un momento más, la desdichada se deslizó al suelo hasta quedar acurrucada.

—¡Elysia, Madre de Dios! —rezó en voz alta—. Tú que diste a luz al Salvador, ¡ten compasión de esta pecadora! Elysia, elevada por encima de todos los mortales, reina del cielo y del mar, intercede por esta suplicante para que le sonría la misericordia divina y...

Cerró los ojos con fuerza e hizo la señal del Árbol. Pero, para mayor angustia, no pudo recordar el resto de la oración. Todavía más encogida, se esforzó en hacer memoria. ¡Y cómo le latía el corazón! De un momento a otro, el monje escanciador la agarraría, ¡la tocaría con sus asquerosas manos! Pero, cuando hubieron transcurrido unos instantes sin que ocurriera nada, su curiosidad pudo más que el miedo. Y Raquel abrió los ojos.

Hengfisk seguía delante de ella, pero ahora estaba serio. Apoyado en la pared, tiraba de sus ropas como si le asombrase llevarlas. Sus miradas se encontraron, y ella vio que algo había cambiado. En el hombre se adivinaba una nueva vida. Se lo veía triste e indeciso, pero quizá más humano que unos minutos antes.

El monje miró el charco de aceite en llamas, las azuladas lenguas que querían lamerle los pies, y dio un salto atrás, alarmado. El fuego fluctuó. Los labios de Hengfisk se movieron, pero primero no brotó de ellos palabra alguna.

—... *¿Vad es...?*—balbució al fin—. *Ufnammen Hott, ¿vad es...?*

Continuó con la vista clavada en Raquel, perplejo, pero algo sucedía en su interior. Las facciones del monje se tensaron, como si una mano invisible le sujetara la parte posterior de su tonsurada cabeza. De súbito, los labios se le pusieron tirantes, y los ojos parecieron vaciarse. Raquel emitió un pequeño grito. Ocurría algo que no acertaba a entender..., como si en aquel escanciador de ojos saltones se produjera una lucha. Quedó inmóvil, petrificada.

Finalmente, Hengfisk meneó la cabeza como un perro que saliera del agua, observó de nuevo a Raquel y paseó la mirada por la escalera. La expresión de su rostro había cambiado otra vez: ahora tenía el aspecto de un hombre atrapado bajo un enorme peso. Momentos más tarde, sin decir nada, el monje dio media vuelta y corrió con torpeza escalera arriba. La mujer oyó cómo sus desiguales pasos se desvanecían en la oscuridad.

Raquel avanzó entre tambaleos hasta el tapiz y lo apartó con envarados y tembloroso dedos. Cuando hubo abierto la puerta, entró medio atontada y la cerró enseguida tras de sí. Antes de dejarse caer sobre el colchón, aún tuvo la fuerza necesaria para correr el cerrojo. Una vez echada, se tapó hasta la cabeza mientras temblaba como si la sacudiera la fiebre.

El canto que le había hecho abandonar las seguras profundidades se debilitaba. Guthwulf musitó un reniego. Era demasiado tarde. Elías

se iba, llevándose la espada gris al salón del trono, a aquella especie de polvorienta tumba de estatuas de malaquita y huesos de dragón. Donde antes había oído la misteriosa música del arma, ahora sólo quedaba un vacío, un terrible hueco en su ser.

Ya sin esperanza, el conde eligió el primer corredor que parecía descender y se alejó de la superficie como una lombriz desenterrada por una pala. Había un agujero en su persona, un agujero por el que habrían podido pasar el viento y el polvo. Guthwulf se sentía vacío.

Cuando el aire se hizo más respirable y las piedras ya no se notaron tan calientes al tacto, volvió a aparecer el gato. El conde percibió su ronroneo mientras el animalito se frotaba contra sus pies, mas no se detuvo a acariciarlo. En esos instantes no tenía nada que ofrecer. La espada, que le había cantado, estaba nuevamente lejos de él. Pronto volvería a oír aquellas estúpidas voces, las voces espectrales, que carecían por completo de sentido...

Siempre palpando las paredes, y lento como la gran rueda del tiempo, Guthwulf regresó poco a poco a las profundidades.

Librodot

15

El lago de cristal

El ruido producido por su llegada fue como un vendaval, como los bramidos de incontables toros, como un reguero de pólvora que incendiara vastas tierras secas. Aunque corrían por caminos no utilizados durante siglos, los caballos no vacilaban, sino que se lanzaban a todo galope por los secretos senderos que serpenteaban a través de bosques, valles y pantanos. Las antiguas sendas, olvidadas por veintenas de generaciones de mortales, volvían a abrirse ahora, como si la rueda del tiempo hubiese hecho un alto en su eterno rotar y girara de pronto hacia atrás.

Los sitha habían dejado el verano para recorrer un país maltratado por el invierno, pero, a medida que ellos atravesaban el extenso bosque y pasaban por los lugares de su antigua soberanía —el accidentado Maa'sha; la selvática zona de Peja'ura, tan cubierta de cedros; Shisae'ron con sus ríos, las negras tierras de Hekhasór...—, el suelo parecía agitarse bajo el paso de los cascos, como si quisiera despertar de un gélido sueño. Los pájaros salían asustados de sus nidos de invierno para cernerse en el aire como abejorros, al oír el tronar de los sitha. Las ardillas quedaban paralizadas en las heladas ramas. Y, en sus profundas guaridas, los osos gruñían con hambrienta expectación. Hasta la luz pareció cambiar detrás de la abigarrada compañía, cuando los rayos de sol empezaron a abrirse camino a través del encapotado cielo para dar brillo a la nieve.

Pero la garra del invierno era fuerte y, una vez pasados los sitha, el frío puño volvió a cerrarse alrededor del bosque, envolviéndolo todo de nuevo en un gélido silencio.

La compañía ni siquiera se detuvo a descansar cuando el rojo resplandor del crepúsculo se retiró del cielo y las estrellas centellearon entre las altas ramas de los árboles. Además, los caballos no necesitaban más claridad para encontrar su camino a lo largo de las viejas sendas, pese a que todas estaban cubiertas de una maleza de años y años. Aunque las monturas fuesen mortales y bien terrenales, de carne y hueso, sus amos pertenecían a la estirpe de Venyha Do'sae, el Jardín Perdido. Cuando los caballos de Osten Ard todavía corrían sin domar por las praderas, desconocedores de lo que eran las bridas, los antepasados de estos corceles sitha ya habían ido a la guerra contra los gigantes o transportado mensajeros a lo largo de los caminos que se extendían por todo el espléndido imperio. Llevaban a sus jinetes con tanta rapidez como una brisa marina, y sus movimientos eran tan

Librodot

suaves que, según se decía, Benayha de Kementari había escrito meticulosos poemas mientras iba montado, sin que le quedara borrosa ni una sola letra. Esos caballos casi habían nacido con el dominio sobre los caminos, con un instinto que bullía en su fiera sangre, y su resistencia parecía ya cosa de magia. Ahora que los sitha volvían a cabalgar, sus monturas demostraban aún mayores energías a medida que pasaban las horas y corrían como una furiosa y encrespada ola en dirección al lindero del bosque mientras el sol empezaba a esparcir su calor al otro lado del horizonte.

Y, si por las venas de los caballos circulaba sangre antigua, sus jinetes eran la historia de Osten Ard en persona. Incluso los más jóvenes, nacidos después del exilio de Asu'a, habían visto pasar los siglos. Los ancianos recordaban todavía la ciudad de Tumet'ai en su esplendor, con todas sus torres, y los campos llenos de amapolas rojas como el fuego —inmensas extensiones de maravilloso colorido— que habían rodeado Jhiná T'seneí antes de que el mar la engullera.

Durante largo tiempo, los Pacíficos habían permanecido escondidos de los ojos del mundo, sumidos en sus penas y viviendo sólo de los recuerdos de otros días. Hoy, en cambio, cabalgaban luciendo armaduras tan brillantes como el plumaje de los pájaros, y sus lanzas brillaban como rayos helados. Todos cantaban, porque los sitha siempre habían cantado. Los viejos caminos se abrían delante de ellos, y los calveros resonaban bajo los cascos de los caballos por primera vez desde que los árboles más altos eran sólo pimpollos. Después de un sueño de siglos, un gigante había despertado.

Los sitha cabalgaban.

Pese a haber recibido golpes y magulladuras hasta el agotamiento durante todo el día de lucha, y después de pasar más de una hora, anochecido ya, buscando flechas sueltas en el helado barro —un trabajo que ya de día habría sido duro, pero que a la luz de las antorchas resultaba de una dificultad cruel—, Simón no durmió bien. Despertó poco después de la medianoche entre fuertes dolores musculares, y la cabeza le daba vueltas. En el campamento reinaba la quietud. El viento había barrido los cielos, y las estrellas centelleaban cual puntas de cuchillos.

Cuando fue obvio que no podría volver a conciliar el sueño, al menos de momento, Simón se levantó para encaminarse a los fuegos que ardían en la ladera, algo más arriba de la gran barricada. La hoguera más grande se hallaba cerca de uno de los hitos de piedra de los sitha, tan deteriorados por el tiempo, y allí encontró el joven a Binabik y a unos cuantos más —Geloë, el padre Strangyeard, Sludig y Deornoth— sentados junto al príncipe en tranquila conversación. Josua tomaba sopa de una humeante escudilla. Simón supuso que era el primer alimento que el príncipe se concedía desde que había amanecido.

Josua alzó la vista cuando el joven caballero penetró en el círculo de luz.

—¡Bienvenido, amigo! —dijo—. Todos nos sentimos orgullosos de

vos. ¡Sabía que podía depositar en vos mi confianza, muchacho!

Simón inclinó la cabeza, sin saber qué decir. Lo satisfacía el elogio, pero no podía apartar de su mente lo visto y hecho en el lago helado. No se sentía muy noble.

—Gracias, príncipe Josua.

Se sentó, envuelto en su capa, y prestó atención a lo que los demás comentaban con respecto a la batalla.

Tuvo la sensación de que sus compañeros no tocaban el punto vital, pero era de suponer que todos los allí reunidos sabían, tan bien como él, que no podrían ganarle a Fengbald una lucha por desgaste. El enemigo era demasiado numeroso, Sesuad'ra no era un castillo que pudiera resistir un largo asedio: había muchos puntos donde un ejército invasor tendría modo de tomar posiciones. Si no conseguían detener el avance de las fuerzas de Fengbald en el lago helado, poco podrían hacer salvo vender sus vidas al máximo precio.

Cuando Deornoth, vendada la cabeza con una tira de tela, hablaba de los métodos de lucha observados en los mercenarios thrithingos, Freosel avanzó a grandes pasos hacia la fogata. El alcaide todavía llevaba la manchada indumentaria del día, y tanto sus manos como su ancha cara estaban sucias de polvo; no obstante la glacial temperatura, tenía la frente mojada de sudor, como si hubiera bajado sin descanso desde Nueva Gadrinsett.

—Vengo de arriba, príncipe Josua —jadeó—. Helfgrim, el gobernador de Gadrinsett, ha desaparecido.

Josua miró brevemente a Deornoth, y seguidamente a Geloë.

—¿Alguien lo vio marcharse?

—Estaba con otros, contemplando la batalla. Nadie sabe cómo ocurrió.

El príncipe se puso ceñudo.

—Eso no me gusta. Espero que no le haya sucedido nada malo. Debemos tratar de averiguar algo —dijo con un suspiro; dejó la escudilla y se levantó—. Por la mañana habrá poca ocasión para ello.

Sludig, que había llegado detrás de Freosel, dijo:

—Perdón, señor, pero no es necesario que vos os encarguéis de eso. Dejad que lo hagan otros, para que podáis reposar.

Josua esbozó una sonrisa.

—Gracias, Sludig, pero también me aguardan otras tareas arriba, de modo que no será un gran esfuerzo. Deornoth, Geloë..., quizá queráis acompañarme. Y asimismo vos, Freosel. Hay algunas cosas que deseo discutir con vos.

Con gesto distraído empujó uno de los trozos de leña con la punta de la bota, se arrebujó en la capa y se encaminó al sendero. Aquellos a quienes había invitado fueron con él. Freosel, por su parte, dio media vuelta y posó una mano en el hombro de Simón.

—Sir Seomán, el otro día hablé sin pensar lo que decía...

Simón sintió desconcierto y una considerable turbación al oír su título de boca de aquel joven poderoso y competente.

—No sé a qué os referís.

—A la Bella Raza —contestó el hombre de Falshire con expresión

seria—. Tal vez creáis que me burlaba, o que en mí había desprecio hacia ellos. Escuchadme: temo a los Pacíficos como cualquier otro aedonita temeroso de Dios, pero me consta que pueden ser valiosos amigos. Si podéis llamarlos, hacedlo. Precisamos toda la ayuda posible.

—No tengo poder sobre ellos, Freosel; absolutamente ninguno. ¡No sabéis cómo son!

—Eso es cierto. Pero, si son amigos vuestros, decidles que estamos en un gran apuro. Era cuanto tenía que hablar con vos.

Sin más palabras, el hombre subió por el sendero a toda prisa, para reunirse con el príncipe y los demás.

Sludig, que se había quedado, hizo una mueca.

—¿Llamar a los sitha? ¡Ja! Resultaría más fácil llamar al viento.

—Sin embargo, necesitamos apoyo, Sludig.

—Eres demasiado confiado, muchacho. A los sitha les importamos muy poco. Dudo que volvamos a ver a Jiriki. Además, tenemos nuestras espadas y nuestros cerebros y nuestros corazones —gruñó, agachándose delante del fuego para calentar sus heladas manos—. Dios le da al hombre lo que éste merece; ni más ni menos. Si el príncipe no me necesita —añadió, enderezándose—, voy a buscar un sitio donde dormir. Mañana, la carnicería será peor que hoy.

Saludó con la cabeza a Simón, Binabik y Strangyeard y bajó en dirección a la barricada con la cadena del cinto tintineando quedamente.

Simón lo siguió con la vista, a la vez que se preguntaba si Sludig tendría razón con respecto a los sitha. Tal idea le producía una terrible sensación de pérdida.

—El rimmerio está enojado —comentó el archivero, sin duda sorprendido de sus propias palabras—. Bueno, en realidad apenas lo conozco…

—Creo que estáis en lo cierto, Strangyeard —musitó Binabik, fijos los ojos en el trozo de madera que había estado tallando—. A algunas personas no les hace ninguna gracia estar por debajo de otras, sobre todo si antes fue al revés. Sludig vuelve a ser soldado de a pie, después de haber sido elegido para buscar y traer consigo a una gran presa. Lamento que tenga que participar en la batalla con esos sentimientos en su corazón —continuó el gnomo, pensativo, y la tristeza de su cara daba a entender que compartía el sufrimiento del rimmerio—. Somos amigos desde que recorrimos juntos las tierras del norte, pero desde que estamos aquí lo veo ceñudo y abatido.

En el pequeño grupo se hizo un silencio sólo interrumpido por el chisporroteo del fuego.

—¿Y qué opinas de lo que dijo? —inquirió Simón de repente—. ¿Tiene razón?

Binabik lo miró de manera penetrante.

—¿A qué te refieres, Simón? ¿A los sitha?

—No. A eso de que «Dios le da al hombre lo que éste merece; ni más ni menos». ¿Es eso cierto? —le preguntó Simón a Strangyeard.

El archivero pareció ponerse nervioso y apartó la vista. Momentos más tarde, sin embargo, se volvió hacia el joven.

—No, Simón. No creo que sea así. Aunque tampoco puedo penetrar en la mente divina...

—Lo digo porque, desde luego, mis amigos Morgenes y Haestan no obtuvieron lo que merecían. Uno murió quemado, y el otro aplastado por la porra de un gigante.

La amargura en la voz de Simón era patente.

Binabik abrió la boca como si fuera a decir algo, pero, al ver que Strangyeard iba a hablar también, permaneció callado.

—Dios tiene sus planes, hijo —explicó el archivero con prudencia—. Y puede ser que nosotros no los comprendamos..., o que ni el propio Dios sepa exactamente cómo esos planes van a resultar.

—Empero, vosotros los sacerdotes afirmáis que Dios lo sabe todo.

—Tal vez Dios haya decidido olvidar algunas de las cosas más penosas —objetó Strangyeard con delicadeza—. Si vos vivieseis eternamente y sintierais todos los dolores del mundo como si fuesen los vuestros propios, si murierais con cada soldado, lloraseis con cada viuda y cada huérfano, compartieseis el sufrimiento de cada madre que pierde a un amado hijo..., ¿no ansiaríais quizás olvidar algo, también?

Simón contempló las fluctuantes llamas. «Como los sitha—pensó—. Atrapados para siempre en sus penas. Anhelando el final, como dijo Amerasu.»

Binabik siguió trabajando en su pieza de madera, que empezaba a adquirir lo que parecía querer ser la forma de una cabeza de lobo, de tiesas orejas y alargado morro.

—Si me permites una pregunta, amigo Simón, ¿hay un motivo especial para que las palabras de Sludig te afectaran tanto?

—Verás... Sencillamente, no sé ni lo que debo sentir. Esos hombres vinieron a matarnos, y ojalá sean ellos lo que mueran..., y de un modo horrible, espantoso... Al mismo tiempo, Binabik, son la guardia erkyna. Los conocí a todos en Hayholt. Algunos de esos soldados me daban golosinas, o me montaban en sus caballos y decían que yo les recordaba a sus hijos... —murmuró al mismo tiempo que jugueteaba con una pequeña vara y arañaba el fangoso suelo—. ¿Qué es justo? ¿Por qué nos hacen tanto daño, cuando nosotros nunca nos metimos con ellos? Pero es el rey quien los manda, así que ¿por qué han de morir de peor manera que nosotros?

Los labios de Binabik esbozaron una casi imperceptible sonrisa.

—Veo que tienes un problema respecto de los mercenarios... ¡No, no digas nada! Te comprendo, pero a la vez cuesta sentir pena por quienes van a la guerra a cambio de dinero. Las cuestiones que planteas son importantes, mas son preguntas para las que no hay respuesta —indicó mientras se guardaba en el interior de la chaqueta la talla a medio terminar e introducía el cuchillo en un bastón desmontable—. Diría yo que es como ser un hombre o una mujer, en vez de un niño o una niña; tienes que encontrar tu propia solución para unas preguntas que, en realidad, no tienen contestación. Por cierto —agregó dirigiéndose a Strangyeard—, ¿tenéis aquí cerca el libro de Morgenes, o está arriba, en el poblado?

El archivero, que contemplaba las llamas sumido en sus pensa-

mientos, exclamó sobresaltado:

—¿El libro, dices? ¡Ay, pastos celestiales! lo llevo siempre conmigo. ¿Cómo podría dejarlo en cualquier sitio, para que se extraviara? Claro que no es mío —añadió, volviéndose enseguida hacia Simón con expresión de timidez—. No creáis que olvidé vuestra amabilidad de dejármelo leer, Simón. ¡Nunca imaginaréis lo maravilloso que ha sido para mí poder saborear las palabras de Morgenes!

El joven caballero experimentó una punzada de pena casi agradable al recordar a Morgenes. ¡Cómo añoraba al buen hombre!

—Tampoco me pertenece a mí, padre Strangyeard. Morgenes me lo confió para que personas como vos y Binabik pudieseis leerlo. Creo que es lo que, precisamente, estoy aprendiendo estos días: que nada me pertenece del todo. Durante un tiempo, pensé que *Espina* era para mí, pero ahora lo dudo. Me han sido concedidas otras cosas, pero ninguna de ellas parece dar el resultado que debía. Ahora, al menos, celebro que alguien saque provecho de lo escrito por Morgenes.

—Todos lo sacamos —contestó Binabik, que aunque sonreía hablaba en tono serio—. Morgenes lo planeó todo para nosotros, en estos difíciles tiempos.

—Un momento —se excusó Strangyeard, y poco después regresaba con su saco, cuyo contenido volcó sin cuidado: un Libro de Aedón, una bufanda, un odre de agua, unas cuantas monedas pequeñas y varias fruslerías.

En el fondo, bien guardado, apareció el manuscrito.

—¡Aquí está! —anunció el sacerdote con aire de triunfo, pero luego hizo una pausa—. ¿Para qué lo buscaba?

—Porque yo pregunté si lo teníais —respondió Binabik—. Contiene un pasaje que, a no dudarlo, Simón encontrará de gran interés.

El gnomo tomó el manuscrito ofrecido y lo hojeó con gran cuidado. No era fácil leerlo a la vacilante luz de la fogata. Dado que, por lo visto, no iba a ser un proceso muy rápido, Simón se alejó para vaciar su vejiga. El viento soplaba gélido por la ladera, y el blanco lago, visible a través de un hueco entre los árboles, parecía un lugar ocupado por fantasmas. Cuando volvió, tiritaba de frío.

—Ya lo tengo —anunció Binabik, a la vez que agitaba la página—. ¿Prefieres leerlo tú mismo, o quieres que lo haga yo?

A Simón le hizo gracia la amabilidad del gnomo.

—A ti te gusta leerme cosas. ¡Adelante, pues!

—Sólo es en interés de tu progresiva educación —contestó Binabik, en un tono de burlona severidad—. Escucha lo que escribe Morgenes:

> *De hecho, el asunto de quién fue el más destacado caballero del mundo de Aedón constituyó durante largos años, en todas partes, una constante fuente de discusiones, tanto en los corredores del Sancellan Aedonitis, en Nabban, como en las tabernas de Erkynlandia y Hernystir. Sería difícil afirmar que pudiera haber alguien superior a Camaris, pero parecía encontrar tan poco placer en la lucha que, probablemente, la guerra era una penitencia para él, y su notable habilidad sólo*

una forma de castigo. Con frecuencia, cuando el honor lo obligaba a tomar parte en torneos, escondía la cimera en forma de martín pescador que era símbolo de su estirpe, cosa que hacía para evitar que sus contrincantes se asustaran por adelantado. Asimismo, Camaris tenía fama de imponerse a sí mismo ciertas desventajas, tales como la de luchar únicamente con la mano izquierda, y no por blasonar de valiente, sino, como yo supongo, por el peligroso deseo de que al fin lo venciese alguien, para así librarlo del peso de ser el más descollante caballero de Osten Ard. En consecuencia, era un buen blanco para cualquier pendenciero bebido, mas también motivo de inspiración para todo bardo. Hasta los sacerdotes de la Madre Iglesia estaban de acuerdo en que, en la guerra, la admirable humildad del caballero y su compasión para con un enemigo derrotado llegaban a veces demasiado lejos, como si Camaris anhelase perder de manera honorable, o incluso morir. Sus hechos de armas, famosos en todo Osten Ard, llegaban casi a avergonzar al hidalgo.

Cuando Tallistro de Perdruin resultó muerto en una emboscada, en la primera guerra contra los thrithingos —traición que se hizo famosa en tantas baladas como ensalzaban las proezas de Camaris—, ya sólo el propio Juan el Presbítero *pudo ser considerado un digno rival de Camaris en la pugna por el título de mejor guerrero de Aedón. En realidad, nadie creía que ni Juan* el Presbítero, *por fuerte que fuese, hubiese podido vencer a sir Camaris en una lucha abierta: después de Nearulagh, la batalla en que se encontraron, Camaris tuvo buen cuidado de no volver a pelear con Juan, por miedo a perturbar el delicado equilibrio de su amistad. Pero, así como la destreza había llegado a constituir una onerosa carga para Camaris, y la continuación de una guerra —incluso de aquellas aprobadas y, según algunos, incitadas por la Madre Iglesia— significaba un tormento y motivo de sufrimientos para el héroe de Nabban, Juan* el Presbítero *era un hombre cuya máxima dicha parecía la de verse en el campo de batalla. No se le podía llamar cruel, ya que ningún enemigo derrotado había recibido un trato que no fuera noble, con excepción de los sitha, contra los cuales Juan albergaba tremendos resentimientos, y a los que persiguió hasta que todos hubieron desaparecido de la vista de los mortales. Dado, sin embargo, que algunos opinaban que los sitha no son seres humanos y, por consiguiente, no tienen alma —aunque yo no me atrevería a decir tal cosa—, podemos afirmar que todos los enemigos de Juan fueron tratados con tanta nobleza que hasta los más escrupulosos eclesiásticos tuvieron que considerarlo justo y compasivo. Y para sus súbditos, los paganos hernystiros inclusive, Juan fue siempre un rey generoso. Sólo cuando la alfombra de la guerra se extendió ante él, se convirtió en un arma peligrosa. Por eso la Madre*

Iglesia, en cuyo nombre realizaba las conquistas, le dio el nombre de Espada del Señor, en agradecimiento y... quizá también por un poco de miedo.

Así prosiguieron las discusiones, que aún continúan: ¿quién destacó más? ¿Camaris, el hombre más diestro con la espada de que se tiene memoria? ¿O Juan, sólo poco menos competente, pero un gran jefe y un hombre que veía con buenos ojos una guerra justa y santa... ?

Binabik carraspeó.

—Y, tal como dice Morgenes que las discusiones continuaron, él mismo dedica varias páginas más al asunto, penetrando en la cuestión que tan importante fue en su día... o que, al menos, la gente creyó importante.

—¿O sea que Camaris mataba mejor, pero lo hacía más a disgusto que el rey? —preguntó Simón—. ¿Por qué lo hacía, pues? ¿Por qué no se metió a monje o ermitaño?

—¡Ah! Ahí está el quid de lo que antes te extrañaba —contestó Binabik, mirándolo fijamente con sus oscuros ojos—. Por eso, los escritos de los grandes pensadores nos ayudan tanto a los demás. Morgenes formula de otra manera sus palabras, pero en el fondo se traía de la misma pregunta que te hacías tú: ¿es justo matar, aunque sea el deseo de tu señor o de tu país o de la Iglesia? ¿Es preferible matar pero no gozar con ello, o no matar en absoluto y entonces, quizá, tener que ver lo que les ocurre a tus seres queridos?

—¿Encuentra Morgenes una respuesta?

—No. Como ya señalé, los doctos saben que estas preguntas no tienen contestación. La vida se compone de estas dudas y de las respuestas que cada uno de nosotros encuentra para sí mismo.

—Por una sola vez, Binabik, ¡dime si *existe* una respuesta para algo! ¡Estoy harto de pensar tanto!

El gnomo se rió.

—El castigo por haber nacido... Pero no; probablemente sea demasiado decir eso. El castigo por estar vivo. Tal vez podamos decir eso. ¡Bienvenido, Simón, al mundo de los que están condenados a pensar y formularse preguntas cada día, sin llegar a saber nunca nada con certeza!

—Gracias —respondió Simón con un bufido.

—¡Pues sí, Simón! —intervino Strangyeard, cuya voz sonó ahora extraña y melancólica—. ¡Bienvenido! Rezaré por que, algún día, os alegréis de que vuestras decisiones no fueran las más fáciles.

—¿Cómo?

—Perdonadme por decir cosas sólo propias de viejos, Simón, pero... ¡ya veréis!

El joven caballero se levantó.

—Muy bien. Ahora que habéis logrado que la cabeza me dé vueltas, voy a hacer lo mismo que Sludig: marcharme malhumorado y procurar dormir.

Apoyó la mano en el hombro de Binabik y, a continuación, se

dirigió al archivero, que con todo respeto devolvía a su sitio el libro de Morgenes.

—Buenas noches, padre Strangyeard. ¡Que descanséis! Buenas noches, Binabik.

—¡Buenas noches, amigo Simón!

Mientras regresaba a su rincón, oyó cómo el gnomo y el sacerdote conversaban tranquilamente. Y el saber que personas como aquéllas permanecían despiertas le produjo una cierta sensación de seguridad.

Deornoth había terminado sus tareas poco antes del amanecer. Ya estaba cansado de afilar una y otra vez su espada. Había cosido varias hebillas arrancadas de su coselete con ayuda de una gruesa aguja, lo que le había dejado los dedos entumecidos, y luego había pasado a limpiar cuidadosamente de barro las botas. Ahora tenía que escoger entre quedarse descalzo, sin más protección que los trapos que le envolvían los píes, con lo que pasaría un frío terrible hasta que llegara el momento de bajar de nuevo a la superficie helada, o bien calzarse otra vez y permanecer donde estaba. Un solo paso a través de la enfangada ruina que era el campamento estropearía todo el trabajo realizado con tanto esmero. El descenso ya sería suficientemente difícil para hacerlo además con una capa de resbaladizo barro en las suelas.

Cuando el cielo comenzó a palidecer, Deornoth, oyó el quedo canto de algunos de sus hombres. Ayer había luchado por primera vez junto a ellos. Sin duda constituían un ejército andrajoso. Muchos de los soldados no habían empuñado jamás una espada, y, de quienes tenían alguna práctica, varios eran ya tan viejos que llevaban años sin pasar la revista anual. Pero la lucha en defensa del hogar podía convertir al más pacífico campesino en un enemigo a tener en cuenta, y la desnuda roca era ahora el único hogar para muchos. Los hombres de Deornoth, bajo el mando de los pocos que ya habían servido en el ejército, se habían defendido con bravura, con una bravura realmente notable. La pena que tenía el caballero era la de no poder ofrecer a esos valientes otra recompensa que la matanza del día naciente.

De pronto se oyó el succionante ruido de los cascos sobre el barro, y el quedo murmullo de quienes rodeaban a Deornoth se apagó. El caballero se volvió y pudo ver a un reducido grupo de jinetes que bajaba por el sendero que cruzaba el campamento. A la cabeza iba una esbelta figura montada en un semental castaño, con la capa ondeando en el fuerte viento. ¡Por fin, Josua estaba a punto! Deornoth se puso de pie con un suspiro e hizo un gesto a sus tropas mientras recogía las botas. Las horas de relativo descanso habían pasado. Descalzo todavía, y con un instintivo deseo de retrasar el inevitable momento, el caballero fue a reunirse con su príncipe.

Al principio hubo pocas sorpresas en el segundo día de lucha. Tal como había profetizado Sludig, fue una tarea sangrienta, cuerpo a cuerpo, espada contra espada. A media mañana, el hielo estaba cubierto de rojo y los cuervos se regalaban con las víctimas del combate.

Quienes sobrevivieron a esa batalla le dieron muy diversos

nombres: para Josua y sus estrechos colaboradores fue el Sitio de Sesuad'ra. Para los capitanes de las tropas erkynas de Fengbald, el Valle del Stefflod, y para los mercenarios thrithingos, la batalla de la Roca. Pero, para la mayoría que recordaba el terrible encuentro, el nombre más evocador era el Lago de Cristal.

La lid continuó toda la mañana de un lado a otro del helado foso que rodeaba Sesuad'ra según quien llevara una ventaja momentánea. Primero fue la guardia erkyna la que, llena de rabia por el resultado del día anterior, atacó con tanto ímpetu que los defensores de la Roca del Adiós tuvieron que retroceder hacia las propias barricadas. Habrían podido ser derrotados entonces por la superioridad numérica del enemigo, pero Josua se lanzó hacia adelante sobre su brioso *Vinyafod,* capitaneando un pequeño grupo de jinetes thrithingos de Hotvig, y causó tal desconcierto en los flancos del ejército real, que éste no pudo aprovechar su ventaja como hubiera querido. Las flechas recogidas por Freosel y sus compañeros volaron ladera abajo, y la guardia erkyna de verde uniforme se vio forzada a retirarse hasta que la lluvia de saetas hubo terminado. Fengbald, envuelto en su capa roja, cabalgaba sin descanso por la parte central del lago, agitando la espada y gesticulando con furia.

Sus tropas embistieron de nuevo, mas ahora ya estaban preparados los defensores, y la ola de la montada guardia erkyna chocó contra los grandes muros de troncos. Salió entonces una compañía de la ladera, rompió las filas verdes y penetró profundamente en las fuerzas de Fengbald. No tenía este grupo la fuerza suficiente para dividir los ejércitos del conde. En caso contrario, la batalla se habría desarrollado de manera muy diferente, pero, aunque los defensores fueron rechazados con grandes pérdidas, era evidente que los soldados campesinos de Deornoth actuaban con renovada determinación. Sabían que podían luchar en ese campo a un nivel casi igual, y era claro que no abandonarían su hogar a las espadas del rey sin exigir por ello un sangriento precio.

El sol había alcanzado las puntas de los árboles, y la luz matutina se esparcía hasta el extremo opuesto del valle. El hielo volvía a estar cubierto de una espesa niebla. En medio de la lobreguez, el combate se hizo desesperado cuando los hombres no sólo lucharon unos contra otros, sino además con el traicionero campo de batalla. Ambas partes parecían decididas a que la guerra terminase definitivamente al anochecer. A juzgar por el número de inmóviles formas que ya yacían esparcidas por el helado lago, no cabía duda de que, por la tarde, pocos defensores de Sesuad'ra quedarían en condiciones de pelear.

En la primera hora después del alba, Simón ya había olvidado a Camaris, a Juan *el Presbítero* e incluso al propio Dios. Sentíase como una barca en medio de una espantosa tormenta, pero las olas que lo amenazaban tenían caras y blandían afiladas hojas. Josua había decidido que ya carecía de sentido mantener como fuerzas de reserva a los gnomos; estaba seguro de que Fengbald se limitaría a lanzar a sus hombres contra los defensores de Sesuad'ra hasta que éstos se hallaran

vencidos, por lo que no tenía objeto intentar sorprender a nadie. Ya no había orden de batalla, sino sólo un mínimo sistema de mandos, banderas desgarradas y lejanos toques de cuerno. Los contendientes se embestían y golpeaban, agarrándose mutuamente como náufragos a punto de ahogarse, para luego soltarse y respirar unos momentos antes del nuevo ataque, mientras los cuerpos de los caídos quedaban diseminados por toda la helada superficie.

Cuando el empuje de los guardias erkynos obligó a retroceder hacia las barricadas a los hombres de Sesuad'ra, Simón vio cómo el gnomo pastor Snenneq era atravesado por una lanza enemiga, levantado por completo del morueco que montaba y ensartado en uno de los troncos de árbol que formaban las barricadas. Aunque era indudable que el pobre gnomo estaba muerto o moribundo, el erkyno de Fengbald arrancó el arma de un tirón y, clavándola otra vez en el cuerpecillo al deslizarse éste al suelo, retorció la lanza como si matara a un insecto. Enloquecido de ira, Simón espoleó a *Hogareña* a través de un hueco en la maraña de soldados y atacó a diestro y siniestro con toda su energía, hasta decapitar casi al guardia causante de la pérdida de Snenneq, que cayó del caballo y quedó inerte sobre el hielo. La sangre le chorreaba del cuello como un surtidor. Seguidamente, Simón se agachó y, cogiendo al gnomo por la chaqueta de cuero, lo alzó del suelo con una mano sin notar siquiera su peso. La cabeza del desdichado se bamboleó, ciegos los fijos ojos castaños. El joven acunó en sus brazos, estrechándolo contra sí, al pequeño amigo, sin importarle que su sangre le empapara los pantalones y la silla de montar.

Algo más tarde se encontró al borde de la batalla. El cuerpo de Snenneq había desaparecido. Simón no supo si él mismo lo había dejado caer o depositado en alguna parte. Lo único que recordaba era la cara de asombro y angustia del gnomo muerto, entre cuyos labios y dientes había sangre.

Simón descubrió que, si uno no reflexionaba, era fácil odiar. Si sólo veía las caras de sus enemigos como pálidas manchas en el interior de sus yelmos, si sólo veía sus abiertas bocas como horrorosos agujeros negros, resultaba fácil cargar contra ellos y destrozarlos con toda su fuerza, tratar de arrancar de los cuerpos las nudosas cabezas y los temblorosos miembros hasta que los abominables individuos estuviesen bien muertos. Asimismo, el joven se dio cuenta de que no le daba miedo morir. De momento continuaba vivo y entero, y notaba que todos sus anteriores temores se habían disipado. Al fin y al cabo, no era tan difícil sobrevivir. Los hombres contra los que arremetía, aunque eran gente ya muy entrenada y veteranos con larga experiencia en batallas, parecían asustados ante los súbitos y resueltos ataque de Simón, que blandía la espada con fiereza y propinaba incesantes golpes, cada uno más duro que el otro. Cuando ellos levantaban las armas, él lanzaba mandobles contra sus brazos y manos y, si esos soldados fingían retroceder con objeto de hacerlo caer en una trampa, él arrojaba a *Hogareña* contra sus flancos para luego alejarse con tanto estruendo como cuando Rubén *el Oso* batía el metal candente en las cuadras de Hayholt. Más

tarde o más temprano, el temor asomaría a los ojos de esos hombres, y lo blanco reluciría en lo más hondo de sus cascos. Tarde o temprano, los guerreros contraatacarían, pero él, Simón, proseguiría con su martilleo implacable, hasta que sus enemigos emprendiesen la huida o murieran. Una vez sucedido esto, él aspiraría profundamente el aire hasta no percibir más que el rápido tamboreo de su corazón, hasta que la cólera hiciera renacer sus fuerzas y pudiese partir en busca de alguien más a quien machacar.

Había tanta sangre por doquier que, por momentos, se formaba una roja niebla que todo lo cubría. Se desplomaban los caballos, agitando de manera convulsiva las patas. El fragor de la batalla era tan intenso que ya casi ni se oía. Al abrirse paso a través de la masacre, Simón tuvo la sensación de que los brazos se le volvían de hierro, duros y rígidos como la hoja que sostenía en la mano. No tenía caballo, sino cuatro patas que lo conducían a donde él quisiera. Estaba totalmente salpicado de rojo. En parte, de su misma sangre, pero él sólo notaba un fiero fuego en el pecho y una loca necesidad de descalabrar a quienes habían venido a robarle su nuevo hogar y asesinar a sus amigos.

Simón lo ignoraba, pero debajo del yelmo tenía la cara mojada por las lágrimas.

Por fin pareció correrse una cortina, dejando penetrar la luz en la oscura cámara de los brutales pensamientos de Simón. Se hallaba en mitad del lago, aproximadamente, y alguien lo llamaba.

—¡Simón! —gritó una voz aguda, que de momento no acertó a reconocer—. ¡Simón...!

El muchacho recorrió el suelo con la vista, pero el soldado de a pie que yacía encogido a poca distancia de él no volvería a llamar nunca a nadie. El tremendo entumecimiento empezó a ceder. El cadáver pertenecía a uno de los hombres de Fengbald. Simón apartó la mirada para no ver su desencajado rostro.

—¡Ven, Simón!

Era Sisqi, que cabalgaba hacia él seguida por dos de sus gnomos. Al hacer girar a *Hogareña* para recibir a sus amigos, Simón no pudo evitar fijarse en los amarillos ojos de los moruecos. ¿Qué pensarían aquellos animales? ¿Qué podían pensar de todo cuanto veían?

—Sisqi... —dijo entre parpadeos—. ¿Qué hay?

—¡Ven a toda prisa!

La prometida de Binabik señaló con su lanza un lugar cercano a las barricadas. La batalla seguía en todo su apogeo y, pese a que Simón agudizó la vista, supo que habría hecho falta alguien como el viejo Jarnauga para entender semejante caos.

—¿Qué pasa?

—Tienes que ayudar a tu amigo. A tu *croohok.* ¡Ven!

Simón espoleó de nuevo a *Hogareña y* fue detrás de los gnomos, que manejaban con extraordinaria pericia a sus moruecos. La yegua estuvo a punto de resbalar al correr sobre la vidriosa superficie, y el jinete comprendió que estaba cansada, verdaderamente rendida. ¡Pobre *Hogareña!* Tendría que hacer un alto, darle de beber y... dejarla

dormir..,, dormir... También él había llegado a una fatiga extrema. Le dolía la cabeza, y parecía que le hubiesen molido el brazo derecho a mazazos.

«¡Ay, Aedón! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho hoy?»

Los gnomos lo introdujeron de nuevo en el nudo de la batalla. Los hombres que vio a su alrededor estaban exhaustos hasta la total despreocupación, como los esclavos de las islas del sur enviados a luchar en los circos de la antigua Nabban. Habríase dicho que los enemigos se sostenían unos a otros mientras peleaban, y el entrechocar de las armas producía un sonido doloroso, desafinado, como el de cien campanas agrietadas.

Sludig y un grupo de defensores estaban rodeados por mercenarios thrithingos. El rimmerio tenía un hacha en cada mano. Lo habían derribado del caballo, pero incluso en sus apuros por conservar el equilibrio en el hielo conseguía mantener a raya a dos enemigos de caras llenas de cicatrices. Simón y los gnomos acudieron lo más aprisa posible y atacaron por la espalda a los mercenarios. Si bien el acalambrado brazo no le permitió a Simón golpear como hubiese querido, su hoja rozó la desprotegida cola de una de las monturas de los thrithingos, con lo que el animal retrocedió de repente y su jinete fue a parar al suelo, donde los compañeros de Sludig se encargaron de dejarlo fuera de combate. El rimmerio utilizó entonces al asustado caballo como escudo contra el otro adversario, hasta conseguir poner un pie en el estribo y subir a la silla. Tuvo el tiempo justo de alzar una de sus hachas para desviar el golpe que le destinaba el segundo thrithingo con su curva espada. Dos veces más chocaron sus respectivas armas, pero al fin pudo Sludig arrebatarle la espada al hombre con una destral mientras, con un furioso rugido, le hundía la otra en la cabeza, que, pese al yelmo de duro cuero, se partió como si fuera una cascara de huevo. Por último plantó un pie encima del pecho del thrithingo y arrancó el hacha. El mercenario cayó lenta y pesadamente al suelo.

Simón le gritó algo a Sludig, pero tuvo que volverse enseguida cuando, en medio del tumulto, un caballo sin jinete salió disparado contra el lomo de *Hogareña,* y poco faltó para que también él se viera desmontado. Se agarró a las riendas, logró enderezarse y le propinó un puntapié a la desconcertada criatura, que se alejó entre relinchos, luchando por no perder el equilibrio en tan resbaladizo lugar.

El rimmerio contempló brevemente a Simón, como si no lo reconociera. Tenía la rubia barba manchada de sangre, y su cota de mallas estaba rasgada por varios sitios.

—¿Dónde está Deornoth?

—No lo sé. Yo acabo de llegar —jadeó Simón, incorporándose en la silla para mirar a su alrededor, al mismo tiempo que apretaba las ijadas de *Hogareña* con las rodillas.

—Quedó aislado —le informó Sludig, de pie en los estribos—. ¡Ahí veo su capa!

Indicó un grupo de thrithingos, en cuyo centro relucía algo azul.

—¡Ven! —agregó Sludig, e hizo avanzar al caballo del mercenario

muerto. El bruto, que no iba provisto de las especiales puntas de hierro, patinaba de mala manera.

Simón llamó a Sisqi y sus amigos, que remataban con sus lanzas a los thrithingos heridos. La hija del Pastor y la Cazadora ladró algo en lengua qanuc a sus compañeros, y todos siguieron a medio galope a Simón y Sludig.

El cielo se había oscurecido al verse tapado el sol por una espesa capa de nubes. Ahora, el aire empezó a llenarse de diminutos copos de nieve. También la niebla parecía densificarse. Simón creyó distinguir un destello carmesí en medio del confuso mar de hombres en lucha, a poca distancia de Sludig. ¿Sería Fengbald? ¿Allí, en plena confusión? Resultaba poco probable que el conde se arriesgara de tal forma, cuando la experiencia y la superioridad numérica estaban de su parte.

Simón no tuvo tiempo de considerar tal posibilidad, porque Sludig irrumpió en aquel nudo de thrithingos, golpeando sin distinción con sus hachas a quien se le acercaba. Aunque dos hombres cayeron heridos y parecía abierta una brecha, Simón comprobó que enseguida la llenaban otros, algunos de ellos aún a caballo. Sludig no tardaría en verse rodeado. La sensación de irrealidad que dominaba a Simón se hizo todavía más fuerte. ¿Qué hacía él en semejante lugar? ¡Si no era soldado! Todo junto era una absurda locura. No obstante, ¿qué otra cosa podía hacer? Sus amigos sufrían heridas y morían... Así pues, se arrojó hacia adelante para atacar con fiereza a los barbudos mercenarios. A cada brusco movimiento de su brazo, un dolor comparable a una lengua de fuego le partía de entre los hombros para penetrarle en la base del cráneo. Oyó detrás de él los estridentes gritos de Sisqi y sus qanuc, y de repente había atravesado el grupo enemigo.

Sludig había desmontado y estaba de rodillas junto a un hombre envuelto en una capa de color del crepúsculo. Era Deornoth, y su rostro presentaba una impresionante palidez. Debajo del caballero de Josua, medio cubierto por la misma capa azulada, yacía de espaldas un musculoso thrithingo con la mirada vacía fija en el encapotado cielo. En sus labios había sangre seca. Con la afilada claridad de percepción de quien está al borde de un ataque de locura, Simón se fijó en que un copo de nieve se posaba en el ojo abierto del mercenario.

—Era el jefe —bramó Sludig por encima del estruendo—. Deornoth lo ha matado.

—Pero... ¿y él? ¿Está vivo?

Sludig intentaba levantar el cuerpo del caballero. Simón echó una ojeada a su alrededor para ver si se hallaban en un peligro inmediato, pero los mercenarios habían sido atraídos hacia otro punto del movedizo caos. El joven se apresuró a saltar de *Hogareña,* y ayudó al compañero a subir a Deornoth a su propio corcel. El rimmerio montó detrás del herido, que iba desmadejado como un muñeco mal rellenado.

—Mal —dijo Sludig—, lo veo muy mal. Tenemos que llevarlo a las barricadas.

Partió al trote, seguido por Sisqi y los otros dos gnomos. El rimmerio describió un amplio círculo en busca de una relativa seguridad.

Simón se apoyó jadeante contra el costado de *Hogareña,* y observó la espalda de Sludig y la macilenta cara de Deornoth bamboleándose sobre el hombro del compañero. Todo salía aun peor de lo imaginado. Jiriki y sus sitha no aparecían. Dios no había creído conveniente ayudar a los virtuosos. ¡Ojalá pudiera borrar ese día de pesadilla! Simón tiritaba y, por espacio de unos instantes, llegó a creer que, si cerraba los ojos, todo habría desaparecido como por encanto y él se encontraría de nuevo en su cama de las habitaciones destinadas al servicio, en Hayholt, con el sol de primavera penetrando por las rendijas...

Finalmente montó en la yegua con piernas temblorosas y espoleó al animal. No era el momento de dejar vagar la mente. Tenía otras cosas que hacer.

De pronto vio otro destello rojo, esta vez a su derecha. Se volvió y descubrió una figura vestida de carmesí, sentada en un caballo blanco. Su yelmo estaba adornado con unas alas de plata.

¡Fengbald!

Despacio, como si el hielo se hubiese transformado en pegajosa miel bajo los cascos de la yegua, Simón dio media vuelta y avanzó hacia el armado guerrero. Sin duda era un sueño... El conde asomaba detrás de un pequeño grupo de guardias erkynos, pero su atención parecía fija en la lucha que tenía efecto delante mismo de él. Y Simón, situado al borde de la refriega, tenía el camino abierto. Sin pensarlo más, aguijoneó a *Hogareña.*

A medida que avanzaba, cada vez más aprisa, el plateado yelmo aumentaba de tamaño y relucía con intensidad pese a la cerrazón. La capa carmesí y la brillante cota de mallas daban la impresión de una herida en medio de la tenue oscuridad de los lejanos árboles.

Simón gritó, mas el hombre no le hizo caso. Espoleó entonces a su montura con los pinchos de sus botas. La yegua soltó un relincho de protesta y aceleró el paso, a la vez que de sus labios brotaba la espuma.

—¡Fengbald! —voceó de nuevo Simón, y ahora sí que el conde pareció oírlo.

El cerrado casco giró en dirección a él, inescrutables los ojos tras la ranura. El conde alzó su espada con una mano y tiró de las riendas para colocar a su montura de cara al atacante. Fengbald causaba la sensación de moverse despacio, como si estuviera bajo el agua, como si también él viviese un terrible sueño.

Cubiertos por el propio yelmo, los labios de Simón dejaron los dientes al desnudo. Una pesadilla, en efecto. Pero la pesadilla de Fengbald sería él, Simón, ahora. Blandió la espada hacia atrás, con lo que la musculatura de sus hombros se tensó al máximo. Cuando *Hogareña* se precipitó sobre el conde, el joven agarró la espada con ambas manos y descargó el arma con tal ímpetu que él mismo estuvo a punto de caer de la silla, pero no había sido en vano. Una vez enderezado de nuevo en la silla y pasado el primer peligro, Simón hizo describir un cuidadoso semicírculo a su montura y vio a Fengbald en el suelo, perdida la espada. El conde yacía de espaldas y luchaba por levantarse.

Simón saltó de la yegua, dio un resbalón y cayó dolorosamente

sobre sus codos y rodillas. Se arrastró a gatas hasta donde el conde todavía intentaba erguirse, se enderezó y azotó el centelleante yelmo con la parte plana de su espada, poniendo en ello todas sus energías. El enemigo cayó hacia atrás con los brazos extendidos como las alas de su águila de plata, y Simón se abalanzó sobre él. ¡Él, Simón, había vencido a Fengbald! ¿Estaría ganada la batalla, con eso? El joven lanzó una mirada a su alrededor, jadeante, pero nadie parecía haber presenciado la pelea, ni tampoco vio nada que indicara el final de la lucha... Montones de figuras seguían combatiendo como fieras entre la niebla, en todo el lago. ¿Era posible que él hubiera ganado la batalla sin que nadie se diese cuenta?

Simón desenvainó su cuchillo qanuc y oprimió con la punta el cuello del derrotado mientras, con la otra mano, intentaba quitarle el yelmo. Por fin lo consiguió y se lo arrancó al caído sin la menor consideración. Lo tiró a un lado, y el casco rodó por la superficie helada. Simón se inclinó sobre la cabeza del adversario y...

El prisionero era un hombre de mediana edad, de cabellos grises y calvicie incipiente. En su ensangrentada boca faltaban casi todos los dientes. No era Fengbald.

—¡Por el Árbol! —renegó Simón.

El mundo se hundía. Nada era ya real. El joven clavó la vista en la coraza y en el alado yelmo que había quedado a poca distancia. Todo ello pertenecía sin duda alguna a Fengbald, pero aquel hombre no era el conde.

—¡Un engaño! —rugió Simón—. ¡Ay, Dios, nos han tomado el pelo como a chiquillos!

Simón tenía un nudo en el estómago.

—¡Madre de Aedón! —agregó segundos después—. *¿Dónde está Fengbald?*

En el extremo occidental de Osten Ard, muy lejos de los problemas de los defensores de Sesuad'ra, una pequeña procesión emergió de un agujero en las laderas de las montañas de Grianspog cual una familia de ratones blancos que hubiesen sido soltados de una jaula. Al abandonar los sombríos túneles, hicieron un alto para contemplar, parpadeantes y con ojos entrecerrados, la cegadora capa de nieve que todo lo cubría.

Los hernystiros, que en conjunto sumaban sólo un par de centenares, en su mayoría mujeres, niños y hombres viejos, se amontonaron desconcertados en la gran plataforma de roca existente a la salida de la caverna. Maegwin temió que, de un momento a otro, todos volvieran a buscar refugio en las seguras cuevas. La situación era muy delicada. La princesa había tenido que emplear todo su poder de persuasión para convencer a su pueblo de la necesidad de emprender aquel viaje que ahora parecía condenado al fracaso.

«Dioses de nuestros antepasados —pensó—, Brynioch y Rhynn, ¿qué queda de nuestro carácter?»

Sólo Diawen, que respiraba profundamente el gélido aire con los brazos abiertos al estilo de las celebraciones rituales, parecía compren-

der lo glorioso de aquella marcha. La expresión del arrugado rostro del viejo Craobhan no dejaba lugar a dudas sobre lo que él opinaba de semejante disparate, y en los restantes súbditos resultaba evidente que predominaba el miedo. Diríase que todos esperaban cualquier presagio, cualquier excusa para penetrar de nuevo en la montaña.

Necesitaban un estímulo. Para los mortales era angustioso vivir como pretendían sus dioses... Para Maegwin, el asunto representaba una responsabilidad con la que casi nadie hubiese querido cargar. La princesa suspiró y dijo:

—Nos aguardan grandes días, pueblo de Hernystir. Los dioses quieren que bajemos de la montaña para enfrentarnos a nuestros enemigos..., los enemigos que nos arrebataron nuestras casas y granjas, nuestro ganado y los cerdos y las ovejas. ¡Recordad quiénes sois! ¡Venid conmigo!

Dio unos pasos hacia el camino, y sus seguidores la imitaron aunque lentamente y de mala gana. No obstante ir abrigados con las prendas más gruesas que habían logrado encontrar, tiritaban de frío, y muchos niños lloraban.

—¡Arnoran! —llamó Maegwin al arpista, que iba a cierta distancia detrás de ella (quizá con la esperanza de poder retrasarse tanto, que su ausencia no se notara), y el hombre no tuvo más remedio que avanzar luchando contra la fuerza del viento.

—¿Sí, mi señora?

—Quiero que vayas a mi lado —ordenó ella— y toques una canción.

Arnoran echó una mirada de soslayo a la empinada y blanca vertiente de la montaña, de la que los separaba muy poca distancia, y apartó la vista enseguida.

—¿Qué canción, princesa?

—Alguna cuyo texto conozca todo el mundo. Algo que levante los ánimos —dijo, y trató de hacer memoria mientras andaba—. ¡Sí; toca *El Lirio de Cuimhne!*

El arpista, que se contemplaba nervioso los pies, contestó:

—Como mandéis, señora.

Alzó el instrumento y pulsó los primeros acordes, repitiéndolos varias veces para calentar los dedos. Finalmente lo hizo en serio y con fuerza, para que quienes iban detrás lo oyesen.

La rosa de Hernysadharc es bella...,

cantó con bríos, para que el viento que azotaba la ladera y sacudía los árboles no le tapasen la voz,

roja como la sangre, blanca como la nieve;
mas la dejo donde está
porque debo ir a atraparte.

De uno en uno, primero, y en grupos después, la gente de Maegwin se unió a la popular canción.

En Inniscrich, las violetas crecen
oscuras como el cielo nocturno,
mas no las arrancaré,
pues prefiero una belleza, radiante.

Junto a Abaingeat florecen las margaritas
cual estrellas que parpadeen en el cielo,
pero en su valle quedarán,
ya no puedo detenerme.

La más bonita flor de todas
nace donde el río besa el prado,
y allí donde ella brota quiero ir:
es el lirio de Cuimhne...

Al llegar al estribillo, montones de hernystiros cantaban ya. Su marcha parecía acelerarse al compás de la vieja canción. Las voces del pueblo de Maegwin llegaron a acallar al viento y, cosa rara, éste redujo su fuerza, como si admitiera la derrota.

Los supervivientes de Hernysadharc, descendieron entre cantos de su refugio en la montaña.

Se detuvieron en un saliente de roca limpio de nieve, y allí consumieron su comida del mediodía bajo un sol débil y, a la vez, agotador. Maegwin caminaba entre la gente, y sobre todo prestaba atención a los niños. Hacía largo tiempo que no se sentía tan feliz y satisfecha. Por fin, la hija de Lluth podía cumplir con su deber. El amor que experimentaba hacia su pueblo asomó burbujeante, y los súbditos lo notaron. Era posible que algunas de las personas de edad desaprobaran la loca empresa, pero para los chiquillos constituía un juego maravilloso. Seguían a la princesa a través de los campos, entre risas y voces, e incluso lograron que sus preocupados padres olvidasen por un rato el peligro en que se hallaban y la incertidumbre de su porvenir. Al fin y al cabo, ¿cómo podía mostrarse la princesa tan alegre y llena de luz, si los dioses no la acompañaran?

En cuanto a Maegwin, casi todas sus dudas habían quedado en el Bradach Tor. Antes de que el sol empezara a declinar, toda la compañía estaba otra vez en marcha entre animosos cantos.

Alcanzado por último el pie de la montaña, la gente pareció más esperanzada. Para la mayoría, era la primera vez que pisaba las praderas de Hernystir desde que las tropas de Rimmersgardia habían obligado al pueblo de Lluth a esconderse en el interior de la montaña medio año antes. Ahora, los hernystiros volvían al hogar.

Los primeros piquetes de Skali se lanzaron hacia adelante a toda prisa al divisar el pequeño ejército que bajaba de la cordillera, pero refrenaron con brusquedad sus monturas, con lo que los cascos de los caballos levantaron grandes nubes de nieve en polvo, cuando se dieron cuenta de que aquella gente no iba armada y sólo llevaba en sus brazos

criaturas en mantillas. Los rimmerios, endurecidos guerreros todos ellos, impasibles ante la confusión y el horror de cualquier batalla, miraron consternados a Maegwin y su grupo.

—¡Alto! —voceó el jefe, del que sólo se veían el yelmo y la capa forrada de piel, con lo que de lejos parecía un asustado tejón en la puerta de su madriguera—. ¿Adonde os dirigís?

La princesa adoptó un gesto altanero ante aquella ridícula orden en lengua westerling.

—Vamos a ver a tu señor, Skali de Kaldskryke.

Los soldado quedaron todavía más atónitos, si cabía.

—No es necesario que os rindáis tantos —dijo el jefe—. Di a las mujeres que aguarden aquí con los niños. ¡Que los hombres vengan con nosotros!

Maegwin frunció el entrecejo.

—¡No venimos a rendirnos, estúpido! ¡Queremos recuperar nuestras tierras!

Agitó una mano, y sus seguidores, que se habían parado mientras la princesa hablaba con el soldado, continuaron su camino.

Los rimmerios les salieron al encuentro cual perros que intentaran conducir a un rebaño de indiferentes y hostiles ovejas.

Mientras avanzaban por las nevadas praderas que se extendían entre las estribaciones de las montañas y Hernysadharc, Maegwin sintió renacer en ella la ira, una ira que el orgullo de una acción positiva había vencido por unas horas. Un bosquecillo tras otro de viejos árboles —robles, hayas y alisos— habían sido arrasados por las hachas de los rimmerios, descortezados los troncos y remolcados a través del suelo. Los hombres de Skali y sus caballos habían convertido la tierra que rodeaba sus campamentos en helado fango, y las cenizas de los incontables fuegos se hallaban esparcidas sobre la sucia nieve. Toda la faz de aquella zona estaba herida y sufría... ¡No era de extrañar que los dioses se sintieran desgraciados! Maegwin miró a su alrededor y vio la propia furia reflejada en las caras de sus súbditos, cuyas íntimas dudas se desvanecían ahora como gotas de agua en una piedra caliente. ¡Con su ayuda, los dioses volverían a limpiar esos lugares! ¿Podía desconfiar alguien de que así sucedería?

Finalmente, cuando el sol de la tarde pendía inmenso en el grisáceo cielo, llegaron a las afueras de Hernysadharc. Formaban ahora parte de una multitud mucho mayor: durante el lento acercamiento del pueblo de Maegwin habían acudido a presenciar el extraño espectáculo numerosos rimmerios procedentes de las acampadas próximas, y parecía que todo el ejército ocupante fuese detrás de los hernystiros. La combinada compañía, que sumaría unas mil almas se abría paso por las estrechas y retorcidas calles de Hernysadharc hacia el Taig, la casa real.

Cuando aquella muchedumbre llegó a la gran explanada de la cumbre del altozano, Skali de Kaldskryke ya aguardaba delante de las grandes puertas de roble del Taig. El rimmerio llevaba su oscura armadura, como si se dispusiera a luchar, y sostenía bajo el brazo el yelmo en forma de cuervo. Lo rodeaba su guardia personal, una legión

de hombres hoscos y barbudos.

Gran parte del pueblo de Maegwin sintió que su valor se esfumaba de súbito. Del mismo modo que los propios rimmerios de Skali se mantenían a una respetuosa distancia, también muchos de los seguidores de la princesa comenzaron a quedarse atrás. Sólo Maegwin y unos cuantos —entre ellos el viejo Craobhan, siempre fiel— continuaron adelante. La princesa avanzaba sin miedo ni vacilación hacia el hombre que había conquistado y subyugado su país de manera tan brutal.

—¿Quién sois vos, mujer? —inquirió Skali con voz sorprendentemente suave, en la que incluso se adivinaba cierto tartamudeo.

Maegwin sólo la había oído en una ocasión: al gritarles Skali a los hernystiros escondidos en la montaña, anunciándoles la entrega del mutilado cuerpo de su hermano Gwythinn..., pero esa única vez era suficiente. Maegwin conocía esa voz, ya gritase o susurrase, y la odiaba con toda su alma. La nariz a la que Skali debía su apodo sobresalía audaz. Nada en ellos permitía descubrir la menor amabilidad, pero la princesa tampoco lo había esperado.

Cara a cara con el destructor de su familia, Maegwin saboreó su propia y glacial serenidad.

—Soy Maegwin —anunció—, hija de Lluth-ubh-LIythinn, rey de Hernystir.

—Que está muerto —replicó Skali con sequedad.

—Porque vos lo matasteis. Vengo a deciros que vuestro tiempo ha terminado, y que tenéis que abandonar este país antes de que los dioses de Hernystir os castiguen.

Skali la observó con interés. Los miembros de su guardia hacían muecas de burla ante semejante situación, pero *Nariz Afilada* permanecía serio.

—¿Y si no lo hago, hija de rey?

—En tal caso, los dioses decidirán vuestra suerte —contestó ella con tranquilidad, no obstante el odio que bullía en su interior—. Y no será benigna.

Skali siguió unos momentos con la vista fija en la princesa. Luego hizo una señal a varios de sus soldados.

—Encerradlos a todos. Y si se resisten, matad primero a los hombres.

Los guardias, que ahora se reían con descaro, comenzaron a rodear al pueblo de Maegwin. Uno de los niños rompió a llorar, y otros lo imitaron.

Cuando vio que los soldados ponían la mano encima a su gente, la princesa sintió que le flaqueaba la confianza. ¿Qué ocurría? ¿Cuándo arreglarían los dioses todo aquello? Miró a su alrededor, esperando que de los cielos cayeran mortales rayos, o que el suelo se abriera para engullir a los profanadores, mas nada de eso sucedió. Entonces buscó con desespero a Diawen. Los ojos de la hechicera estaban cerrados en profunda concentración, y sus labios se movían en silencio.

—¡No! —gritó Maegwin cuando los guardias pincharon con sus lanzas a alguno de los niños que lloraban, para que se pusieran en línea con los demás hernystiros—. ¡No los toquéis! ¡Tenéis que abandonar de

Librodot

inmediato estas tierras! —bramó con toda la autoridad que pudo reunir—. ¡Es la voluntad de los dioses!

Pero el rimmerio hizo caso omiso de ella. El corazón de Maegwin latía con tal violencia, que parecía querer estallar. ¿Qué pasaba? ¿Por qué la habían traicionado los dioses? ¿Podría haber sido todo un incomprensible ardid?

—¡Brynioch! —exclamó—. ¡Murhagh *el Manco!* ¿Dónde estáis?

Los cielos no contestaron.

La claridad del amanecer se filtraba a través de las copas de los árboles, prestando un tenue resplandor a las medio desmoronadas piedras. La compañía, formada por cincuenta caballeros montados y el doble de soldados de infantería, dejó atrás otra pared en ruinas, un precario montón de erosionados bloques enharinados de nieve al que unas rosas silvestres y el esplendor del espliego conferían extraordinaria vida. El cuerpo de ejército pasó en silencio y, luego, inició el descenso hacia el lago helado, una blanca extensión rayada de azul y gris que asomaba por detrás de los últimos árboles como la tela de un pintor.

Helfgrim, el gobernador, volvió la cabeza para contemplar una vez más las ruinas, pese al esfuerzo que eso representaba al tener las manos sujetas al pomo de la silla.

—De modo que es eso... —dijo con voz queda—. La ciudad encantada...

—Puedo necesitar que me conduzcas al camino —replicó Fengbald, muy brusco—, pero eso no significa que no te rompa antes el brazo. ¡No quiero volver a oír hablar de «ciudades encantadas»!

Los arrugados labios de Helfgrim insinuaron una sonrisa.

—Es una lástima pasar tan cerca de un lugar semejante y no mirar, conde Fengbald.

—¡Mira cuanto te dé la gana, con tal de que mantengas cerrado el pico! —lo cortó éste, y vigiló que los soldados de caballería no compartieran el interés del gobernador.

Alcanzada la orilla del lago helado, Fengbald alzó la vista al mismo tiempo que se apartaba de la cara la suelta melena negra.

—¡Ah! Las nubes se acumulan. ¡Bien! Convendría hacer todo esto a oscuras —añadió, de cara a Helfgrim—, pero no soy tan imbécil como para fiarme de que un viejo chocho vaya a encontrar el camino de noche. Además, Lezhdraka y los demás armarán suficiente jaleo en el otro lado de la roca para mantener bien ocupado a Josua.

—Sin duda —asintió el gobernador con expresión cautelosa—. Señor, ¿no permitiríais, al menos, que mis hijas cabalgasen a mi lado?

Fengbald lo miró receloso.

—¿Por qué?

El anciano hizo una pausa.

—Me resulta duro decirlo, señor. Confío en vuestra palabra. No creáis lo contrario. Pero temo que vuestros hombres... Si quedan fuera de vuestra vista, conde Fengbald, podrían cometer alguna barbaridad.

Fengbald se echó a reír.

—¡Supongo que no temes por la virtud de tus hijas, viejo compa-

ñero! Salvo que yo esté muy equivocado, sus días de la primera juventud quedan muy lejos.

Helfgrim no pudo contener una mueca de desagrado.

—Aunque así sea, señor, sería muy amable por vuestra parte tranquilizar el corazón de un padre.

El conde reflexionó unos instantes y, después, llamó de un silbido a su paje.

—Isaak, diles a los guardias encargados de las mujeres que se acerquen más. Nadie se quejará de ser llamado a cabalgar junto a su señor feudal —agregó para tener más satisfecho al anciano.

El paje Isaak, que hubiera deseado para sí la oportunidad de ir a caballo, hizo una reverencia y retrocedió por el enfangado sendero.

Poco después aparecieron los guardias. Las dos hijas de Helfgrim no estaban atadas, pero cada una iba sentada en la silla delante de un hombre armado, de modo que recordaban a las mujeres de los hyrkas, que —como se rumoreaba en las ciudades— frecuentemente eran raptadas en incursiones por sorpresa, en plena noche, para llevárselas sin miramientos como sacos de harina en las sillas de sus forzadores.

—¿Os encontráis bien, hijas? —preguntó Helfgrim.

La menor de ellas, que había llorado, se secó los ojos con el borde de su capa y procuró sonreír con valentía.

—Sí, padre. Estamos bien.

—Lo celebro. No derrames más lágrimas, pues, mi pequeño conejito. Procura ser como tu hermana. No tenéis nada que temer. Sabemos que el conde Fengbald es hombre de palabra.

—Sí, padre.

El conde sonrió benévolo. Sabía *él* de sobra qué clase de hombre era, pero convenía que también su gente se enterara.

El viento había arreciado, cuando los primeros caballos pisaron la superficie helada. Fengbald soltó un reniego cuando su propia montura dio un traspié y tuvo que abrir mucho las patas para no perder el equilibrio.

—Aunque no tuviera otros motivos —dijo en tono sibilante—, mataría a Josua por el mero hecho de haberme traído a este maldito lugar.

—Un hombre tiene que ir muy lejos para escapar de vuestro largo brazo, señor —respondió Helfgrim.

—No existe sitio tan apartado.

De la ladera norte de la enorme roca llegaba la nieve, que el viento empujaba en sentido casi horizontal. Fengbald entrecerró los ojos y se puso la capucha.

—¿Ya estamos cerca?

También Helfgrim estrechó los ojos y, seguidamente, indicó una mancha oscura que destacaba enfrente.

—Aquello es el pie de la colina, señor —informó al conde sin dejar de observar el punto señalado a pesar de que la nieve le aguijoneaba la cara.

Fengbald esbozó una torcida sonrisa y comentó por encima de los aullidos del viento:

—Te veo muy taciturno. ¿Acaso todavía no confías en mi palabra?

Librodot

Helfgrim se contempló las ligadas muñecas y frunció los labios antes de contestar.

—No, señor. Pero no deja de dolerme tener que traicionar a quienes tan bien me trataron.

El conde llamó con la mano a los jinetes más próximos.

—Para salvar a tus hijas. Un motivo suficientemente noble. Además, Josua estaba condenado a perder en cualquier caso. No serás más culpable de su caída que el gusano que devora un cadáver lo es de la siega hecha por la Muerte. No eres peor que un gusano, ¿ves? —concluyó con una infame risita, satisfecho de su propia frase.

Helfgrim levantó la vista. Su arrugada tez, ahora salpicada de nieve, resultaba gris.

—Quizá tengáis razón, conde Fengbald.

Ahora, la roca sobresalía imponente cual dedo amenazador. La compañía se hallaba sólo a unos centenares de codos del borde del hielo cuando Helfgrim señaló de nuevo hacia adelante.

—¡Allí está el camino, señor!

Era una diminuta brecha en la vegetación, apenas visible aunque uno se encontrase cerca. Aun así, Fengbald pudo comprobar que el gobernador decía la verdad.

—Entonces... —comenzó a decir el conde cuando, de súbito, una voz tronó desde lo alto de la montaña.

—¡Deteneos, Fengbald! ¡No os lo imaginéis tan fácil!

El conde se paró, sorprendido. Un reducido grupo de figuras había aparecido en un saliente del camino. Una de ellas formó bocina con las manos.

—Retroceded, Fengbald... ¡Largaos y abandonad estos lugares! ¡Si regresáis a Erkynlandia, os dejaremos vivir!

El conde se volvió inesperadamente y golpeó a Helfgrim en un lado de la cabeza. El viejo estuvo a punto de caer de su montura. Sólo sus atadas muñecas lo impidieron.

—¡Traidor! ¡Dijiste que no habría más que un par de guardias!

El temor descompuso el rostro del gobernador. La mano de Fengbald había dejado una marca roja en su pálida mejilla.

—¡Yo no os mentí, señor! Comprobad que son sólo unos pocos...

Fengbald ordenó a sus tropas que mantuviesen sus posiciones y avanzó unos pasos.

—¡Sólo veo un puñado de hombres! —gritó desde abajo—. ¿Cómo pretendéis impedirme que suba?

El que estaba más cerca del borde contestó:

—¡Lo conseguiremos, Fengbald! ¡Daríamos nuestras vidas y más para impedir vuestro avance!

—Muy bien. ¡Si tenéis ganas de correr...!

Por lo visto, tomaba las palabras de aquella gente como una fanfarronada, porque mandó avanzar a su ejército.

—¡Alto! —rugió la figura—. Os daré una última oportunidad, maldito. Sé que no reconocéis mi cara, pero... ¿y si os digo mi nombre? ¡Soy Freosel, el hijo de Freobeorn!

—¿Y a mí qué me importa, imbécil? —contestó Fengbald—. ¡Para

mí no eres nadie!

—¡Como tampoco lo eran mi mujer y mis hijos, ni mis padres, ni todos aquellos a quienes asesinasteis!

Ahora, la robusta figura había pisado el hielo con el resto de sus compañeros. Todos juntos no sumaban más de una docena.

—¡Incendiasteis medio Falshire, maldito hijo de perra! ¡Pero ahora ha llegado la hora de pagar todas vuestras fechorías!

—¡Basta! —voceó Fengbald, y de cara a sus soldados añadió—: ¡Subid y liquidad a esa gentuza! ¡La roca no es más que un nido de ratas!

Freosel y sus camaradas se inclinaron para alzar al momento lo que parecían hachas o espadas o cualesquiera otras armas con que defenderse. Pero poco después, cuando sus hombres empezaban a conducir a sus monturas por el resbaladizo suelo, Fengbald vio, con gran asombro, que los defensores de la montaña blandían pesados martillos. Freosel fue el primero en dejarlo caer contra la capa de hielo, como si actuara impulsado por una estúpida frustración. Sus compañeros lo imitaron.

—¿Qué demonios hacen? —ladró Fengbald cuando el grueso de su ejército estaba todavía a unos cien codos de la orilla—. ¿Es que todo el pueblo de Josua se ha vuelto loco? ¡Tal vez por culpa del hambre que pasa!

—Os van a matar, señor —dijo a su lado una voz tranquila.

El conde dio una rápida media vuelta hacia Helfgrim, que seguía sujeto a la silla de su caballo. Las hijas y sus guardianes se encontraban a escasa distancia, y los soldados parecían tan excitados como confundidos.

—¿Qué farfullas? —gritó Fengbald, levantando la espada como si fuese a cortarle la cabeza al anciano.

Pero, antes de que pudiese acercarse más a él, hubo un tremendo y ensordecedor crujido, como si se rompieran los huesos de un gigante. Segundos después, el estruendo se repitió, y en la parte más adelantada de la compañía se produjo una repentina confusión de voces y de estridentes relinchos de caballos.

—¿Qué ocurre? —exigió saber el conde, al mismo tiempo que alargaba el cuello para ver la causa de aquel desorden.

—Los hombres de Josua prepararon el hielo para vos, Fengbald. Yo los ayudé en el proyecto. También *nosotros* somos de Falshire —declaró Helfgrim en voz suficientemente alta para que se lo oyera a pesar del viento—. Mi hermano era el alcalde de la ciudad, como vos habríais podido averiguar enseguida en el caso de haberos guiado otro propósito que no hubiese sido el de robarnos el pan, el oro y hasta nuestras jóvenes para acostaros con ellas. ¿Suponíais, acaso, que permaneceríamos inactivos mientras intentabais destruir también a los contados miembros de nuestro pueblo que escaparon de vuestra brutalidad?

Estalló un nuevo trueno y, de repente, a poca distancia del gobernador y del conde, una enorme grieta llena de espumosa agua negra apareció donde un momento antes había hielo. El agujero se hizo más

Librodot

ancho, siguió resquebrajándose la blanca capa, y un par de jinetes con sus caballos desaparecieron en las oscuras profundidades después de una breve lucha por salvarse.

—¡Pero vosotros también moriréis, perro traidor! —gritó Fengbald, empujando su montura hacia el anciano.

—¡Desde luego! Pero mis hijas y yo habremos vengado a los demás desdichados. ¡Sus almas nos darán la bienvenida! —respondió Helfgrim con una fría sonrisa en la que no cabía la menor alegría.

El propio Fengbald se vio arrojado hacia un lado cuando la blanca superficie reventó debajo de él y se abrió como las fauces de un dragón. Un segundo más tarde, el caballo del conde se había hundido, y él se agarraba con desespero a un dentado trozo de hielo que se balanceaba de manera terrible. Las botas y las calzas de Fengbald estaban ya sumergidas en las gélidas aguas.

—¡Salvadme…! —chilló el horrorizado hombre.

Helfgrim y sus hijas, montados aún los tres en sus enloquecidos caballos a pocos codos de distancia, contemplaban la escena sobrecogidos. Los guardias habían salido disparados a través de la sábana de hielo todavía entera, sin otro pensamiento que el de llegar a suelo firme.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Helfgrim.

Las dos mujeres permanecían con la vista clavada en el conde, desmesuradamente abiertos los aterrados ojos.

—¡Demasiado tarde para vos, Fengbald! —repitió Helfgrim.

Al cabo de un instante, todo el témpano de hielo en que se hallaban los tres y sus corceles se rompió con una escalofriante crepitación, y el gobernador y sus hijas desaparecieron en las picadas y tenebrosas aguas como fantasmas al llegar la madrugada.

—¡Socorro! —chillaba Fengbald todavía.

Pero los dedos le resbalaban y, al deslizarse hacia el borde, el pedazo de hielo al que se sujetaba empezó a ladearse. El otro extremo se levantaba de cara al plúmbeo cielo, en cambio, mientras que el suyo descendía inexorable.

A Fengbald parecían saltársele los ojos.

—¡Noooo! —jadeaba—. ¡No puedo morir! ¡No puedo…!

El témpano, ahora casi en posición vertical, se volcó al fin. La enguantada mano del conde quiso agarrarse brevemente al aire, mas también se perdió de vista.

El sol le daba en los ojos a Maegwin. La duda le mordía el corazón, enviando negros rayos de dolor a todos sus miembros. A su alrededor, los rimmerios de Skali cercaban a sus súbditos empujándolos con las lanzas, como si se tratase de ganado.

—¡Dioses de nuestro pueblo! —quiso rezar, pero la voz se le quebró en la garganta—, ¡Salvadnos! ¡Lo prometisteis!

Skali *Nariz Afilada* se acercó entre risas, las manos metidas en el interior del cinturón.

—Vuestros dioses están muertos, hija. Como vuestro padre. Como vuestro reino. Pero yo encontraré utilidad para vos —dijo con sarcasmo. Maegwin notó su olor, semejante al que despedía la carne de venado

pasada—. Sois poco atractiva, *haja,* vuestras piernas son largas..., y a mí me gustan las piernas largas. ¡Siempre mejor que hacer de prostituta para mis hombres!, ¿no?

La princesa dio un paso atrás y se protegió con los brazos como si esperase un golpe. Pero, antes de que pudiese decir nada, el sonido de un lejano cuerno surcó el aire. Skali y sus soldados se volvieron, llenos de sorpresa. El cuerno se oyó de nuevo, más claro y estridente y fuerte, produciendo una cascada de notas que resonaron alrededor de todo el Taig y en los campos de Hernysadharc. Maegwin no sabía qué pensar.

Primero fue sólo un destello que venía del este. Los cascos de las monturas hacían un ruido comparable al de un río crecido después de unas lluvias intensas. Los hombres de Skali se pusieron a buscar los yelmos que habían dejado en cualquier parte, al descubrir la pacífica naturaleza de los seguidores de Maegwin. El propio Skali llamó a gritos a su caballo.

La princesa comprendió que se trataba de un ejército... Aquello era un sueño, un sueño hecho realidad, y se aproximaba por las nevadas praderas. ¡Por fin llegaban!

Un tercer toque de cuerno. Los jinetes avanzaban atronadores, a una velocidad increíble, en dirección a Hernysadharc. Sus armaduras centelleaban en todos los colores del arco iris: azul celeste, carmesí, verde, naranja y el bermellón del crepúsculo vespertino... Maegwin los oía cantar mientras cabalgaban: un agudo, brillante y entusiasta sonido como el que podría producir una inmensa bandada de pájaros maravillosamente musicales. Quizá se tratara de cien o de diez mil jinetes; Maegwin ni siquiera se atrevía a imaginárselo, dado que el precioso terror de su llegada hacía casi imposible mirar demasiado rato en su dirección. Irradiaban colores, ruido y luz, como si el mundo hubiera sido abierto de un tirón y ahora pudiese brotar de él la viva sustancia de los sueños.

Otra vez el cuerno. Maegwin, de pronto completamente sola, avanzó tambaleante hacia el Taig sin ser consciente, en esos momentos, de que era la primera vez que volvía a tocar sus muros de madera desde que Skali había obligado a huir a su pueblo. Los rimmerios, espantados, se reunían en la ladera, al pie de la gran mansión de su padre, luchando por conseguir que sus caballos se enfrentaran al desconcertante enemigo. El cuerno volvió a sonar.

«¡Han venido los dioses!»

Maegwin, ya en la puerta, dejó vagar la vista. La culminación de todas sus angustias y esperanzas había llegado al fin, arrasando los nevados campos para rescatar a su pueblo. ¡Los dioses! ¡Los dioses! ¡Ella había logrado traer a los dioses!

En el interior del Taig se produjo un alboroto. Más hombres de Skali salieron de él mientras se ponían los yelmos y, con torpes dedos, se abrochaban los cintos. Uno de ellos tropezó con Maegwin y, de un empujón, la puso en medio del camino de otro, que en su bestialidad propinó un puñetazo a la princesa en la cabeza.

El mundo de Maegwin se desvaneció en la nada.

Fue Binabik quien, ayudado por Sisqi —o quizá por Qantaqa, cuyo olfato no fallaba ni entre la terrible confusión que rodeaba la roca—, encontró finalmente a Simón. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el hielo, junto a una inmóvil figura que llevaba la armadura de Fengbald. *Hogareña* le hacía compañía, tiritando de frío a causa del vendaval y con el hocico cerca de la oreja del amo. Qantaqa le tocó una pierna con su pata y emitió un quedo gemido mientras esperaba al gnomo.

—¡Simón! —exclamó Binabik mientras se arrastraba con cuidado a través de la áspera superficie blanca del lago. Por doquier había cuerpos desparramados, pero el gnomo no se detuvo a mirar a ninguno—. ¿Estás herido?

El joven caballero alzó despacio la cabeza. Tenía la garganta tan seca, que su voz fue poco más que un murmullo.

—¡Binabik! ¿Qué ha sucedido?

—¿Estás bien, Simón? —quiso saber el hombrecillo, que, después de examinar a su amigo, se enderezo y dijo—: ¡Tienes muchas heridas! Es preciso que te llevemos al campamento.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar Simón.

Binabik tiraba de sus hombros en un intento de ayudarlo a levantarse, pero el caballero no parecía tener la fuerza suficiente. Sisqi se acercó y permaneció junto a ellos, por si Binabik necesitaba su cooperación.

—¡Hemos vencido! —anunció Binabik—. El precio pagado es alto, ¡pero Fengbald está muerto!

—No —musitó Simón, y su macilenta cara reflejó preocupación—. No era él, sino... otra persona.

Binabik echó una mirada al cadáver.

—¡Que sí, Simón! Fengbald acaba de morir en otra parte del lago. Tuvo una muerte horrible, como muchos otros. Pero ven. Te hace falta calor y comida, y necesitas que alguien te cure las heridas.

Simón dejó escapar un profundo quejido cuando el menudo amigo lo hizo poner de pie, y el tono de su voz provocó una mirada de inquietud en Binabik. El joven caballero intentó dar unos pasos, pero al coger las riendas de *Hogareña* jadeó.

—No..., no puedo montar...

—Camina, pues, si te ves capaz —dijo el gnomo—. Poco a poco. Sisqi y yo te acompañaremos.

Con Qantaqa a la cabeza, como de costumbre, el pequeño grupo inició el regreso a la Roca, cuya cumbre estaba bañada por la rosada luz del crepúsculo. Una niebla cada vez más densa cubría el helado lago, donde los cuervos revoloteaban y saltaban de un cuerpo a otro cual diminutos diablos negros.

—¡Ay, cielos! —susurró Simón—. Quiero ir a casa...

Binabik se limitó a mover la cabeza.

16

Antorchas en el fango

—Alto— dijo Cadrach casi en un susurro, pero con evidente tensión— ¡Parad ahora!

Isgrimnur buscó el fangoso fondo del canal con su pértiga, para detener la embarcación. El bote retrocedió suavemente hacia los juncos.

—¿Qué pasa, hombre? —gruñó—. Lo hemos consultado todo una docena de veces. ¡Creo que ha llegado el momento de avanzar!

En la proa, el viejo Camaris jugueteaba con una larga lanza hecha con una caña por el duque. Era delgada y ligera, y su punta había sido frotada contra una piedra hasta quedar afilada como el puñal de un asesino. Como de costumbre, al anciano caballero parecía importarle poco la conversación de sus compañeros. Alzó la lanza y, lentamente, introdujo la punta en las quietas aguas como si pretendiera atacarlas.

Cadrach respiró a fondo, angustiado. A Miriamele le produjo la sensación de que iba a echarse a llorar.

—No puedo ir.

—¿Que no podéis ir? —rugió Isgrimnur—. ¿Qué significa eso? ¡Fue vuestra la idea de aguardar a la mañana para entrar en el nido! ¿Qué diantre queréis decir ahora?

El monje meneó la cabeza, incapaz de enfrentarse a la mirada del duque.

—Pasé la noche tratando de darme ánimos, y no dejé de rezar hasta hace unos momentos. ¡Sí, yo! —añadió de cara a Miriamele, con triste ironía—. Pero no puedo. Soy un cobarde, lo reconozco. Pero no soy capaz de penetrar en ese..., en ese sitio.

Miriamele apoyó una mano en su hombro.

—¿Ni siquiera para salvar a Tiamak? —preguntó sin apartar la mano, pero manteniéndola con tanto cuidado como si el monje se hubiese vuelto de frágil cristal—. ¿Ni para salvarnos a todos? Porque, sin Tiamak, difícilmente saldremos de estos lugares.

Cadrach hundió la cara en sus manos. La princesa sintió resurgir cierta desconfianza hacia él. ¿Hacía teatro el monje? O... ¿qué otra cosa podía proponerse?

—¡Que Dios me perdone, señora —gimoteó—, pero no puedo meterme en ese agujero con semejantes criaturas! *¡No puedo...!*

Eran tan convulsivos y descontrolados sus movimientos y temblores, que Miriamele se dijo que no podía tratarse de una argucia.

—Comprendo que ya no tengo derecho a ser considerado un hombre. Hace tiempo que lo perdí... —balbució Cadrach a través de sus

abiertos dedos—. No me importa nada la vida, ¡creedme! Sin embargo, no... ¡no puedo ir allí!

Isgrimnur dio rienda suelta a su frustración.

—En tal caso, y maldito seáis, esto es el final. Tendría que haberos hundido el cráneo la primera vez que os vi, ¡y nunca debí permitir que me impidieseis hacerlo! —agregó dirigiéndose a Miriamele—. ¡Cadrach no es más que un secuestrador, un borracho y un cobarde! —gritó, con un gesto de desprecio para el monje.

—Sí, probablemente tendríais que haberme matado en la primera ocasión —admitió Cadrach con voz inexpresiva—. Y sería preferible que lo hicieseis ahora, antes que obligarme a penetrar en ese asqueroso nido. ¡No pienso entrar!

—¿Por qué, Cadrach? —inquirió Miriamele—. ¿Por qué?

El monje la miró. Sus hundidos ojos y todo su rostro enrojecido por el sol parecían suplicar comprensión, pero la amarga sonrisa descubría que no la esperaba.

—Sencillamente, no puedo. Me..., me recuerda un sitio donde estuve una vez, señora —explicó, sacudido por nuevos estremecimientos.

—¿Qué sitio era ése? —preguntó la princesa, mas Cadrach no respondió.

—¡Aedón en el Sagrado Árbol! —imprecó Isgrimnur—. ¿Y qué hacemos ahora?

Miriamele contempló los ondeantes juncos, que de momento les tapaban la horrible vista del nido de ghants, situado río arriba a unos centenares de anas. La fangosa orilla olía a marea baja. La joven arrugó la nariz y suspiró. ¿Qué podían hacer, realmente?

Hasta última hora de la tarde anterior no habían sido capaces de establecer un plan. Eran muchas las posibilidades de que Tiamak estuviera muerto ya, lo que dificultaba aún más cualquier decisión. Si bien nadie se había atrevido a decirlo abiertamente, algo les decía que lo mejor que podían hacer era seguir adelante, con la esperanza de que el wran aparecido inconsciente en la barca de Tiamak se recuperase lo suficiente para servirles de guía. Y, si eso fallaba, quizás encontrasen a otro nativo de los pantanos que los ayudara a salir definitivamente del Wran. A ninguno le gustaba la idea de abandonar al pobre Tiamak, pese a significar, sin duda alguna, lo menos arriesgado. Por otro lado, resultaba horrible pensar en lo que podía costarles averiguar si todavía seguía vivo, y salvarlo si por fortuna así era.

No obstante, cuando Isgrimnur declaró que no sería propio de un aedonita abandonar a su suerte a Tiamak, Miriamele experimentó alivio. Por muy horripilante que fuera la idea de tener que meterse en aquel nido, tampoco hubiese querido alejarse sin al menos intentar rescatar al amigo wran. Además, como recordó, ya se había enfrentado a tremendos problemas en los últimos meses. Y, en cualquier caso, ¿cómo podría vivir en paz consigo misma si lograba salvarse mientras el tímido y menudo erudito quedaba en poder de aquellos chascantes monstruos?

Cadrach —que parecía mucho más asustado que los demás— había insistido con energía en la conveniencia de aguardar a la mañana. Y sus motivos tenían sentido: era absurdo emprender tan peligrosa aventura sin un previo plan de batalla, y más aún cuando faltaba tan poco para el anochecer. El monje les había hecho ver que, de ir entonces, necesitarían antorchas además de las armas, ya que, aunque el nido tenía, por lo visto, unos agujeros que dejarían entrar la luz, ¿quién sabía qué oscuros pasadizos atravesarían el corazón de la guarida?

En consecuencia, habían acordado realizar el ataque por la mañana y acampar en un cercano y oscilante bosquecillo de cañas que bordeaba la corriente. El lugar era cenagoso y húmedo, pero se hallaba a una buena distancia del nido, lo que constituía una interesante ventaja. Isgrimnur cortó un gran haz de juncos con su espada *Kvalnir,* y después los endureció sobre las ascuas del fuego con ayuda del monje. Algunos de los tallos fueron afilados y convertidos en dardos. El duque y Cadrach abrieron asimismo los extremos de otros para introducir piedras entre las dos mitades y sujetarlas con enredaderas, con lo que obtuvieron una especie de cachiporras. Isgrimnur lamentó la falta de buena madera y cuerdas, pero Miriamele estaba admirada de su habilidad. Resultaba mucho más tranquilizador penetrar en el horroroso nido con esas armas, por muy primitivas que fuesen, que llevar las manos vacías. Finalmente sacrificaron varias de las prendas encontradas por la princesa en la Arboleda del Pueblo, rasgándolas a tiras que ataron con fuerza a las cañas restantes. Miriamele machacó una de las hojas de un árbol que, según Tiamak, era llamado palmera de aceite. Se lo había mostrado en su paseo botánico de unos días atrás. La joven empapó un trapo en su jugo y lo aplicó al fuego. En efecto prendió, si bien no con tanta eficacia como una verdadera lámpara. El olor que producía era acre y desagradable, pero les serviría para mantener encendidas un rato más las antorchas, y Miriamele tenía el presentimiento de que necesitarían disponer del máximo tiempo posible. Ella se encargó de arrancar un montón de hojas y untó los trapos que cubrían las improvisadas antorchas hasta que sus manos quedaron tan pringadas que se le pegaban los dedos.

El cielo nocturno empezaba a aclararse poco antes de la aurora, cuando Isgrimnur los despertó a todos. Habían decidido dejar en el campamento al wran herido. Carecía de sentido ponerlo en nuevos peligros, ya que todavía estaba exhausto y medio muerto de hambre. Si sobrevivían a su intento de rescatar a Tiamak, siempre tendrían tiempo de volver en su busca. En el caso contrario, el hombrecillo quizás hallase el medio de salir de allí y salvarse.

Isgrimnur sacó la pértiga del agua y eliminó el fango enganchado en su extremo.

—¿Qué hacemos, pues? Con el monje no cabe contar.

—Quizás haya algo en lo que pueda sernos útil —opinó Miriamele, a la vez que lanzaba una significativa mirada a Cadrach, que se hacía el distraído—. En cualquier caso, no hay inconveniente en llevar adelante

la primera parte de nuestro plan, ¿verdad?

—Eso supongo —gruñó el duque, observando al hernystiro como si tuviera ganas de probar en él una de las cachiporras, y de pronto puso en sus manos la pértiga—. ¡Adelante! ¡Ya os despabilaréis para servirnos de algo!

Cadrach apartó la barca del ondulante bosquecillo de juncos y la introdujo en la parte ancha del canal. El sol no brillaba mucho aquella mañana, escondido como estaba detrás de una oscura capa de nubes, pero el aire era incluso más caluroso que el día anterior. Miriamele tenía la frente tan sudada que llegó a desear tener la suficiente audacia para descalzarse y desafiar a los cocodrilos bañándose los pies en las lodosas aguas.

Se deslizaron por la vía navegable hasta ver de nuevo su objetivo. Entonces se arrimaron a la orilla y continuaron canal arriba con toda prudencia, aunque sin separarse de la protección de cañas y árboles. El nido tenía un aspecto tan siniestro como recordaban, pero por su interior parecían moverse menos ghants. Cuando se hubieron acercado todo lo posible, Isgrimnur dejó que la barca derivase hacia el otro lado, hasta que un boscoso recodo impidió del todo que fueran descubiertos desde el infernal nido.

—Ahora, a esperar—murmuró el duque.

Todos permanecieron largo rato en silencio. Los insectos eran un martirio. Miriamele, temerosa de matarlos a palmadas por el ruido que eso podía producir, trataba de atraparlos con los dedos apenas aterrizaban, pero eran demasiado persistentes y numerosos, por lo que recibió una serie de picaduras. La comezón era tal que creyó enloquecer, y la tentación de saltar al río y ahogar de una vez a todos los bichos se apoderaba tanto de ella que la joven temió no poder resistirla. Se agarraba con fuerza a los bordes de la barca. El agua estaría fresca... Y ya no sentiría más picor. ¡Y que la devorasen los malditos cocodrilos!

—¡Ahí! —susurró Isgrimnur.

La princesa levantó la vista.

A menos de veinte codos, un ghant descendía por una larga rama que serpenteaba por encima del canal. A causa de sus articuladas patas, los movimientos del animal parecían extraños y torpes. No obstante, el arácnido avanzaba confiado y con ligereza por la delgada y tambaleante rama. De ves en cuando se paraba y permanecía tan inmóvil que, dado su color gris y también debido a las tiras de liquen que veteaban su cuerpo, se lo podía confundir con la corteza del árbol o con una excrecencia particularmente grande.

—¡Empujad! —le indicó Isgrimnur a Cadrach.

El monje obedeció y dejó que el bote avanzara en dirección a la rama. Miriamele y los demás estaban tan callados como podían.

El ghant no los había visto. Cuando se aproximaron más, continuó rama adelante, sin prisas, hacia tres pajarillos que se habían posado en su extremo. Al igual que el ser que iba a darles caza, las pequeñas aves parecían ignorar por completo el peligro que se avecinaba.

Isgrimnur reemplazó a Camaris en la proa y se inclinó hacia

adelante, con cuidado de no perder la estabilidad. Por fin, el ghant parecía haber visto la barca que se acercaba. Sus negros ojos centellearon mientras se balanceaba en su árbol, como si dudara de si aquel extraño objeto era una amenaza o un potencial banquete. Cuando el duque alzó el dardo, el ghant había llegado probablemente a una conclusión, porque dio media vuelta y empezó a trepar rama arriba, de regreso al tronco del árbol.

—¡Ahora, Isgrimnur! —gritó Miriamele.

El rimmerio arrojó la pequeña lanza con todas sus fuerzas, con lo que el bote se movió de manera peligrosa. Los pájaros se echaron a volar entre graznidos y locos aleteos. El dardo surcó sibilante el aire, arrastrando tras de sí un trozo de la inestimable soga de Tiamak, y golpeó al ghant aunque sin atravesarle el caparazón. El arma rebotó y fue a parar al agua, pero el impacto había sido suficiente para derribar al animal, que cayó al verde canal y emergió instantes después con un frenético pataleo hasta que consiguió enderezarse y nadar en dirección a la orilla con extraños y espasmódicos movimientos.

Isgrimnur realizó una hábil maniobra con la pértiga y situó la barca a la altura del repelente ser, al que azotó dos veces seguidas con la parte plana de su espada. Cuando el ghant quedó flotando, ya fuera de combate, el duque hizo un lazo con un poco de cuerda de Tiamak y atrapó una de sus garras para arrastrarlo consigo a tierra.

—No quiero meter eso en el bote —dijo.

Miriamele estuvo de acuerdo con él.

El ghant parecía muerto. El caparazón de su deforme cabeza estaba roto y rezumaba un espeso líquido de un gris azulado. Pero nadie se aproximó demasiado cuando el duque utilizó la pértiga para ponerlo patas arriba sobre la arena. Camaris permaneció en la barca, si bien demostraba la misma curiosidad que los demás.

Isgrimnur frunció el entrecejo.

—¡Que Dios nos asista! Son unos bichos horribles, ¿no?

—Vuestro dardo no consiguió matarlo.

Miriamele se daba cuenta de que sus posibilidades eran bastante pocas.

El duque hizo un gesto tranquilizador.

—Estos animales tienen una armadura terriblemente gruesa. Procuraremos que nuestros dardos sean más pesados. Una piedra bien sujeta a su extremo será suficiente. No os preocupéis más de lo debido, princesa. Haremos lo necesario, y todo saldrá bien.

Cosa rara, Miriamele le creyó y sintió alivio. Isgrimnur siempre la había tratado como a una sobrina favorita, pese a que las relaciones con Elías fuesen tensas, y ella, por su parte, le demostraba una amorosa y bromista familiaridad que nunca había podido tener con su propio padre. Sabía que Isgrimnur haría todo lo imaginable para mantenerlos a todos a salvo. Y el duque de Elvritshalla solía ser una persona muy eficaz. Aunque permitía a sus compañeros e incluso al personal de su casa que tomaran con jocosidad sus fuertes pero efímeros arrebatos de mal genio y, asimismo, la ternura que se escondía debajo, el duque era hombre extraordinariamente capaz. La princesa

Librodot

agradeció una vez más su presencia.

—Espero que así sea —dijo, y estrechó la manaza de Isgrimnur.

Todos contemplaban el ghant muerto. Miriamele comprobó ahora que tenía seis patas, como un escarabajo, y no cuatro como había creído. Las dos que le habían pasado inadvertidas al ver el primer ghant eran dos diminutos y débiles miembros que asomaban justamente debajo de donde la cabeza carente de cuello se unía al redondeado cuerpo. La boca del animal quedaba medio escondida detrás de una especie de fleco plumoso, y su caparazón era mate y coriáceo como el huevo de una tortuga marina.

—Volveos, princesa —recomendó Isgrimnur al levantar su espada *Kvalnir—.* No os gustará presenciar esto.

Miriamele contuvo una sonrisa. ¿Qué se figuraba él que le había tocado pasar durante el último medio año?

—Adelante —contestó—. No soy tan remilgada.

El duque bajó su espada, la apoyó en el abdomen de la asquerosa criatura y empujó. El ghant resbaló hacia atrás sobre el lodo. Isgrimnur gruñó e inmovilizó el cuerpo con el pie, antes de pincharlo de nuevo. Esta vez, y después de un breve esfuerzo, logró atravesar el caparazón, que cedió con una débil explosión. Un olor salado y al mismo tiempo ácido llenó el aire. Miriamele dio un paso atrás.

—Los caparazones son duros —dijo el duque, pensativo—, pero pueden ser perforados. Ya temía tener que asediar un castillo lleno de soldados provistos de armadura.

Cadrach había palidecido, pero seguía con la vista fija en el ghant, fascinado.

—Como indicó Tiamak —murmuró—, resulta horrible su semejanza con el hombre. Pero desde luego no siento la muerte de éste ni de todos cuantos podamos aniquilar.

—¿«Podamos»? —repitió Isgrimnur con enojo, pero la princesa volvió a apretarle la mano.

—¿Qué más nos dice este cuerpo? —quiso saber Miriamele.

—No encuentro aguijones venenosos ni dientes, por lo que supongo que no pican como las arañas, y eso es un consuelo. Además es posible matar a estos ghants. Sus caparazones no son tan duros como los de las tortugas. Y eso ya representa algo, ¿no?

—En tal caso, creo que ha llegado el momento de arrancar —dijo la princesa.

Cadrach empujó la chalana hacia la orilla con ayuda de la pértiga. Ahora se hallaban sólo a unos centenares de pasos de donde empezaba el nido. De momento, nadie parecía haber descubierto su presencia.

—¿Qué hacemos con la barca? —susurró Isgrimnur—. ¿La dejamos aquí, por si tenemos que huir a toda prisa? Y... ¿qué proponéis respecto de este dichoso monje? —añadió con expresión agria.

—Tengo una idea —contestó Miriamele, igualmente en un murmullo—. Cadrach, si vos mantenéis la barca en medio de la corriente hasta que nosotros regresemos, podéis recogernos cuando salgamos del nido. Lo más probable es que tengamos mucha prisa —señaló en tono áspero.

—¿Cómo? —protestó Isgrimnur, esforzándose en no levantar la voz, aunque no lo consiguió del todo—. ¿Vais a dejar a este cobarde al cuidado de nuestra barca, para que se largue remando si se le antoja? ¿Para que nos plante cuando más lo necesitamos? ¡No, por Aedón! Cadrach vendrá con nosotros, por mucho que haga falta atarlo y amordazarlo...

El monje agarró la pértiga con tanta fuerza, que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Por qué no me matáis ya? —exclamó—. ¡De todos modos moriré, si me hacéis entrar allí!

—No insistáis, Isgrimnur —intervino Miriamele—. Cadrach puede ser incapaz de meterse en el nido, pero tampoco nos abandonaría aquí. No, después de lo mucho que pasamos él y yo juntos. ¿Verdad que no? —le preguntó directamente al monje.

Este la miró receloso, como si se temiera algún truco. Tardó unos momentos en hablar.

—No, mi señora. ¡Claro que no lo haría, piense lo que quiera el duque Isgrimnur!

—¿Y por qué debería yo dejaros tomar tal decisión, princesa? —le reprochó el duque a la joven—. Por mucho que creáis conocer a este hombre, ¡bien que dijisteis, vos misma, que os había robado algo, vendiéndoos además al enemigo!

Miriamele se puso ceñuda. Era cierto, desde luego, y eso que a Isgrimnur no se lo había contado todo. Por ejemplo, nunca había mencionado el intento de Cadrach de huir y dejarla abandonada en el barco de Aspitis, cosa que, de saberla el duque, no lo favorecería en absoluto. Y se preguntó a sí misma si, en efecto, estaba tan segura de que el monje los esperaría. Pero para eso no tenía respuesta. Simplemente creía que él se hallaría allí cuando salieran..., ¡si es que salían!

—Poco podemos elegir —respondió al fin—. Salvo que lo forcemos a venir..., y bastante difícil será ya para nosotros encontrar el camino y hacer lo que nos proponemos, sin tener que arrastrar además a un prisionero..., tendríamos que atarlo a algún sitio para impedir que se fuera con la barca, si se le ocurre. ¿No veis, Isgrimnur, que lo que yo propongo es lo mejor? Si dejamos la barca sin vigilancia, ¿quién sabe qué podría suceder, aunque procurásemos esconderla de los ghants?

El duque consideró largamente el problema mientras movía la barbuda mandíbula como si rumiara las diversas posibilidades.

—Supongo que tenéis razón —admitió al fin—. Pero, si no estáis allí cuando os necesitemos —agregó de cara al monje, en tono amenazador—, algún día descubriré vuestro paradero y os machacaré los huesos, ¡y entonces os comeré como si fueseis una presa de caza!

Cadrach sonrió con tristeza.

—Estoy convencido de que lo haríais, duque Isgrimnur. En cuanto a vos, señora, ¡gracias por confiar en mí! No es fácil ser una persona como yo.

—Me figuro que no lo es, realmente —gruñó el rimmerio—. En caso contrario abundarían más los elementos como vos.

—Espero que todo salga bien, Cadrach —dijo Miriamele—. ¡Pero

rezad por nosotros!

—A todos los dioses que conozco.

El duque, que no cesaba de murmurar, malhumorado, hizo saltar la chispa de su pedernal y encendió una de las antorchas. El y Miriamele se introdujeron las restantes en sus respectivos cinturones hasta parecer erizos. La princesa llevaba una cachiporra y una de las pequeñas lanzas a las que habían añadido peso, lo mismo que Camaris, que manoseaba distraído sus armas mientras los otros dos trabajaban en ellas. Isgrimnur llevaba envainada su espada *Kvalnir* y, en la mano libre, un par de dardos.

—¡Entrar en batalla provistos de garrotes! —refunfuñó—. ¡Para luchar contra sabandijas!

—Nos dedicarán un canto lúgubre —musitó Miriamele—, o bien de gloria. ¡Ya veremos! Sir Camaris —dijo, volviéndose hacia el anciano—, vamos a tratar de ayudar a Tiamak, a vuestro amigo... ¿Lo recordáis? ¡Está ahí dentro! —explicó a la vez que, con su lanza, señalaba la oscura masa del nido, que asomaba amenazadora detrás de los árboles—. Es preciso dar con él y sacarlo. ¿Creéis que me entiende, Isgrimnur? —le preguntó al duque al ver la impasible expresión del hombre.

—Se ha vuelto simple..., aunque quizá no tanto como parece.

El duque se agarró a una rama baja y saltó al agua, que le alcanzaba hasta las pantorrillas.

—Permitid que os ayude, princesa.

Alzó seguidamente a Miriamele y la dejó en la orilla.

—Josua no me lo perdonaría jamás, si os ocurriese algo. Todavía opino que es un disparate que me acompañéis, sobre todo cuando *ése* quedará atrás, cómodo y seguro... —insistió Isgrimnur.

—Me necesitáis —declaró la princesa—. Ya resultará una empresa suficientemente ardua siendo tres.

Tales razones no acababan de convencer al duque, que al fin dijo:

—¡Pero no os apartéis de mí!

—No lo haré, querido tío.

Cuando Camaris chapoteó hasta la ribera, Cadrach se puso a empujar la barca hacia aguas más profundas.

—¡Basta! —ordenó Isgrimnur—. Esperad, al menos, hasta que estemos dentro. No nos conviene llamar la atención de los ghants antes de hora.

El monje detuvo la embarcación con la pértiga.

—¡Que los dioses os protejan! —murmuró—. ¡Buena suerte!

El duque contestó con un bufido y se internó en la maleza. El fangoso suelo hacía chapalear sus botas. Miriamele dirigió una última mirada a Cadrach, tomó a Camaris de la mano y siguió con él a Isgrimnur.

—¡Buena suerte! —repitió Cadrach en un susurro, pero nadie pareció oírlo.

—¡Allí! —jadeó la princesa—. ¡Hay uno bien grande!

Un suave zumbido llenó el aire. Estaban muy cerca del nido; tanto

que, si Miriamele se hubiese atrevido a alargar la mano desde su escondrijo entre una maraña de floridos arbustos, casi podría haberlo tocado. Al aproximarse a la enorme estructura de barro, habían podido comprobar enseguida que muchas de las ventanas —simples agujeros en las paredes— eran tan pequeñas que ni la princesa cabría a través de ellos. ¡Mucho menos, por tanto, el corpulento Isgrimnur!

—Al ataque, pues —decidió el duque.

Cogió su antorcha e indicó a sus compañeros que hiciesen otro tanto. A unos codos de distancia, un par de ghants llegaban escarabajeando a lo largo del perímetro del nido. Aunque iban en fila, uno detrás de otro, producían unos chasquidos y sibilantes sonidos, como si conversaran. Miriamele volvió a preguntarse hasta qué punto eran inteligentes aquellos animales. Los ghants pasaron por delante de ellos a cuatro patas, cuyas articulaciones producían unos extraños crujidos. Los tres humanos los observaron hasta que hubieron desaparecido en una curva del descomunal nido.

—¡Ahora!

Isgrimnur cogió la antorcha que había dejado hincada en el fango detrás de él, para que su propio volumen tapara su resplandor. Incluso a la luz del sol, la llama inspiró cierta sensación de seguridad a Miriamele.

Después de mirar con cautela en todas direcciones, el duque cruzó la corta distancia que los separaba del nido y metió la cabeza en la desigual entrada. Una vez que hubo penetrado a través de ella, hizo señal a Miriamele y Camaris para que lo siguieran.

Cada vez más renuente a medida que se acercaba el fatal momento, Miriamele vaciló antes de obedecer al duque y respiró tan a fondo como si fuera a sumergirse en unas aguas profundas. Ahora comprendía mejor la decisión de Cadrach que la suya propia. Aquel lugar estaría lleno de aquellos repugnantes seres de tantas patas... Las rodillas se le debilitaron. ¿Cómo podía penetrar en semejante agujero negro? Pero el pobre Tiamak ya estaba allí dentro, solo entre todos los ghants. ¡Quizá pidiera auxilio a gritos, en la horrible oscuridad!

La princesa tragó saliva, pues, y entró.

Se encontró en un pasadizo circular, tan ancho como sus brazos extendidos y sólo un poco más alto que ella. Isgrimnur tenía que avanzar agachado, y Camaris, que seguía a Miriamele, necesitaba encorvarse aún más. Las paredes, de barro, aparecían cubiertas de piedras sueltas y trozos de varas astilladas, todo ello rebozado además con una paliducha espuma que hacía pensar en escupitajos. El túnel era húmedo y tenebroso y apestaba a vegetación podrida.

—¡Uf! —hizo Miriamele arrugando la nariz, entre violentas palpitaciones—. Esto no me gusta nada.

—Lo sé —susurró Isgrimnur—. Da asco. Continuemos. ¡A ver qué descubrimos!

Avanzaron por el tortuoso pasadizo, siempre a punto de resbalar en el escurridizo barro. Isgrimnur y Camaris se veían forzados a caminar encogidos, lo que les hacía todavía más difícil mantener el equilibrio. A Miriamele empezaban a fallarle los ánimos. ¿Por qué se

habría empeñado tanto en demostrar su valor? ¡Aquél no era sitio para una muchacha! No lo era para nadie, en realidad.

—Temo que Cadrach tuviera razón —musitó, intentando que no se notara el temblor de su voz.

—Ninguna persona sensata querría estar aquí —contestó el duque en tono tranquilo—, mas no es éste el caso. Además, me consideraré contento de seguir como hasta ahora, porque si el túnel se hace más angosto tendremos que ir de rodillas.

Miriamele se imaginó lo que significaría verse atacada por ghants sin poder echar a correr. Echó un vistazo al pegajoso suelo, y se estremeció.

Después de varias curvas, la luz procedente de la entrada palidecía cada vez más. En cambio, el olor a podredumbre se intensificaba, acompañado ahora de un extraño tufo a moho, curiosamente picante y empalagoso a la vez. La princesa se introdujo la clava en el cinto y encendió una de las teas en la de Isgrimnur. Luego prendió otra y se la pasó a Camaris, que la tomó con la tranquilidad con la que un niño aceptaría un trozo de pan. Miriamele envidió su mema calma.

—¿Dónde están los ghants? —murmuró ella.

—No nos adelantemos a los problemas.

El duque hizo la señal del Árbol con la antorcha, antes de proseguir.

El sinuoso túnel daba vueltas y más vueltas, como si caminasen por los intestinos de algún enorme animal. Después de unos cuantos e inseguros pasos, alcanzaron un punto donde un nuevo túnel cruzaba el suyo. Isgrimnur se detuvo a escuchar.

—Creo que se oye más ruido en éste —murmuró, señalando uno de los ramales.

En efecto, el sordo zumbido parecía más fuerte allí.

—Pero ¿debemos ir en dirección al ruido o alejarnos de él? —preguntó Miriamele, a la vez que trataba de apartar de su cara el asfixiante humo de la antorcha.

La expresión de Isgrimnur fue pesimista.

—Sospecho que Tiamak o cualquier otro prisionero se hallará en el centro del nido. Conviene seguir el ruido, pues. No es que me haga ninguna gracia —añadió.

Incorporado a medias, el duque dibujó un círculo en aquella especie de espuma con uno de sus dardos de caña, con lo que asomó la pared de barro que había debajo.

—Es preciso marcar nuestro camino.

La espuma de las paredes era más espesa en este nuevo pasadizo, y había sitios en que colgaba del techo en forma de viscosas hebras.

Miriamele hacía todo lo posible para evitar el roce con aquello tan repelente, pero no podía evitar respirar, y casi tenía la sensación de que el húmedo y desagradable aire de los túneles se le congelaba en el pecho. Sin embargo, y como ella misma se decía, por ahora no tenía motivo de queja: llevaban bastante rato en el interior del nido, y aún no habían visto a ninguno de sus habitantes. Eso sólo ya era una suerte increíble.

Librodot

—Desde fuera no se veía tan espacioso —le comentó a Isgrimnur.

—Nunca lo vimos por detrás, en primer lugar —respondió el duque, con cuidado de no pisar un montón de pálida suciedad—. Y me figuro que estos dichosos túneles dan vueltas en redondo. Apuesto algo a que, si nos abriésemos paso por aquí —y tocó la pared con su antorcha, de modo que la espuma produjo un sonido sibilante y burbujeó—, encontraríamos otro túnel al otro lado.

—Sí. Van en círculo, cada vez más hacia adentro. Como una caracola —susurró Miriamele, a quien mareaba la sola idea de seguir por esa interminable espiral de fango y sombras. De nuevo se apoderaba de ella el miedo—. No obstante...

Delante de ellos, en el pasadizo, hubo un rápido movimiento.

Por lo visto, el ghant había salido de otro túnel lateral, y ahora permanecía inerte y encogido en medio del camino, como si estuviera atontado. También Isgrimnur se paró en seco unos segundos, antes de seguir adelante. El ghant, privado de todo lo que pudiera considerarse una cara, vigilaba su aproximación, al mismo tiempo que abría y cerraba las dos diminutas patas situadas debajo de la cabeza. De repente, dio media vuelta y desapareció. Isgrimnur vaciló un poco, pero luego se lanzó en su persecución, en continua lucha por no perder el equilibrio. Arrojó entonces su dardo, pero al enderezarse instintivamente soltó una exclamación de dolor que le heló la sangre a Miriamele.

—¡Diantre! Me he golpeado en la cabeza. ¡Cuidado, hija! Este maldito techo es bajo.

Y el duque se frotó la frente.

—¿Le disteis al bicho?

—Eso creo, pero no puedo verlo bien —respondió Isgrimnur, y dio unos pasos—. Sí; está muerto. Al menos, lo parece.

La princesa se colocó a su lado y miró por encima de sus anchos hombros el cuerpo que yacía en el charco de luz de la antorcha. El dardo de Isgrimnur sobresalía del caparazón, y de la herida fluía un liquido algo más claro que la sangre. Las articuladas patas se movieron de manera convulsiva un par de veces, hasta quedar quietas cuando Camaris se adelantó también y estiró su largo brazo para darle la vuelta a la singular criatura. La faz del ghant resultaba tan inexpresiva en la muerte como en vida. El anciano adoptó una expresión contemplativa y, tomando un puñado de sucia tierra del suelo, lo dejó caer sobre el pecho del cadáver. Miriamele se dijo que aquello era un extraño gesto.

—Venid —murmuró Isgrimnur.

El nuevo túnel no era tan tortuoso como el primero. Formaba una marcada pendiente, desigual y empapada. Las paredes parecían masticadas por una boca monstruosa. Al ver las centelleantes tiras de espuma, Miriamele decidió que valía más pensar en otra cosa.

—¡Cuernos! —dijo de pronto Isgrimnur—. ¡Estoy enganchado!

Una bota se le había hundido en el viscoso fango del suelo. La princesa le tendió un brazo, para que pudiera sujetarse a él mientras tiraba. El removido lodo despidió un hedor horrible, y unos minúsculos seres arrancados de su ambiente por los esfuerzos del duque corrieron

a enterrarse de nuevo.

Pese a todos sus intentos, el rimmerio parecía hundirse más y más.

—Esto me recuerda aquellas arenas absorbentes que, según Tiamak, hay en las zonas pantanosas. ¡No puedo soltarme! La voz de Isgrimnur delató cierto miedo.

—No es más que barro —procuró calmarlo Miriamele, aunque no cesaba de preguntarse qué sucedería si los ghants los atacaban de pronto—. ¡Quitaos la bota, si es preciso!

—Ya no es sólo la bota, sino toda mi pierna la que se hunde…

Realmente, el lodo le llegaba ya hasta la rodilla, y el cieno empezaba ya a apoderarse del otro pie. El olor a carroña iba en aumento.

Camaris avanzó y puso sus dos piernas a los lados del pie de Isgrimnur antes de sujetar el muslo del duque con las manos, Miriamele pidió a Dios que sólo hubiese un trozo de traicionero lodo. En el caso contrario, todos podrían quedar atrapados. ¿Qué ocurriría entonces?

El viejo caballero tiró de Isgrimnur, que emitió un gemido de dolor. Pero ni aun así se soltó el pie. Camaris lo intentó nuevamente, con tanto brío que las venas del cuello se le pusieron tensas como cuerdas. Por fin, la pierna del duque quedó libre con un fuerte sonido succionante, y Camaris arrastró al compañero hasta una parte más firme de suelo.

Isgrimnur se inclinó unos momentos para examinar el barro que tenía adherido hasta la rodilla.

—Simplemente me enganché —dijo, aunque respiraba con dificultad—. No fue más que eso. Sigamos adelante.

Pese a sus palabras, el temor no había desaparecido de su voz.

El camino era penoso, porque había que buscar los puntos secos. El humo de las antorchas y la fetidez del fango mareaban a Miriamele, por lo que la joven casi experimentó nuevos ánimos cuando el estrecho túnel se ensanchó al fin hasta formar una especie de gruta en la que la blanca espuma pendía en forma de estalactitas. Los tres penetraron allí con gran cautela, pero aquello parecía tan desierto como el túnel. Cuando atravesaban la caverna evitando los charcos, Miriamele alzó la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó preocupada.

Unos sacos grandes y relativamente luminosos colgaban del techo, demasiado cerca de sus cabezas. Cada uno tenía el tamaño de una hamaca mediana, de cuyo centro asomaban unos zarcillos blancos y finos, semejantes a telarañas, que formaban delicados flecos. El aire caliente que subía de las antorchas los hizo oscilar.

—Lo ignoro, pero no me gusta nada —contestó Isgrimnur con una mueca de repugnancia.

—Creo que son bolsas de huevos, como las que las arañas depositan en el fondo de algunas hojas.

—Nunca me fijé mucho en eso —gruñó el duque—. Y no quiero mirarlas más de lo estrictamente necesario.

—¿No debiéramos hacer algo? ¿Quemar las bolsas, quizá?

—No hemos venido a matar a esos bichos —replicó Isgrimnur—,

sino en busca del pobre hombrecillo de los pantanos. ¡Sólo Dios sabe lo que podría suceder si empezásemos a meternos con tales cosas!

Aunque el barro se les pegaba al calzado, cruzaron rápidamente la caverna en dirección al túnel, que allí recobraba sus dimensiones anteriores. Miriamele no supo resistir la tentación de lanzar un último vistazo a lo que de manera tan escalofriante la había subyugado. Y a la escasa luz de la antorcha le pareció descubrir un oscuro movimiento en uno de los sacos, como si algo tratara de romper la blanquinosa membrana para salir de la bolsa. Deseó no haber mirado.

Unos pasos más allá, el túnel describió una curva y se encontraron frente a media docena de ghants. Algunos habían subido por las paredes y ahora estaban allí parados, chascando sorprendidos. Los demás se acurrucaron en el suelo, con sus sucios caparazones brillando tenuemente bajo el resplandor de las antorchas. A la princesa le dio un vuelco el corazón.

Isgrimnur avanzó decidido y blandió su espada de un lado a otro. Miriamele tragó saliva, asustada, pero se colocó detrás de él y alzó su tea. Después de unos momentos de ruidosa indecisión, los ghants se retiraron por el túnel.

—¡Nos temen! —exclamó la joven con nuevo estímulo.

—Tal vez —respondió Isgrimnur—. Pero también es posible que vayan en busca de sus compañeros. ¡Sigamos!

El duque echó a andar, aunque agachado a causa de la poca altura del techo.

—¡Pero si ésa es la dirección en que se han ido los ghants! —objetó Miriamele.

—Queremos encontrar el corazón de este endemoniado nido, ¿no?

Pasaron junto a numerosos túneles laterales a lo largo de su descenso, pero Isgrimnur parecía muy seguro del camino a tomar. El zumbido crecía y, asimismo, se hacía más insoportable el olor a putrefacción. La princesa sentía ya dolor de cabeza. Hallaron otras dos cámaras de huevos de ghants —si realmente se trataba de eso—, que procuraron dejar atrás a toda prisa. A Miriamele ya no le quedaban ganas de detenerse a contemplar aquellas bolsas.

Llegaron de forma tan súbita a la caverna central, que poco faltó para que cayesen a través de la boca del túnel y fueran a parar en medio del enorme enjambre de ghants.

La cámara, de vastas dimensiones, estaba a oscuras. La única luz procedía de las antorchas de los humanos, pero era suficiente para distinguir la inmensa y movediza horda y el débil centelleo de los caparazones cuando los ghants trepaban unos encima de otros en la tenebrosidad del fondo de la cueva, así como el apagado brillo de sus incontables ojos. La cámara medía, aproximadamente, un tiro de piedra de ancho, y sus paredes eran de barro apilado y luego alisado. Todo el suelo aparecía cubierto de seres de múltiples patas: centenares y centenares de ghants.

El zumbido procedente de la inquieta masa era aquí tan intenso, que Miriamele lo sentía en sus dientes y en los huesos del cráneo como una angustiosa pulsación.

—¡Madre de Jesuris! —jadeó el duque, con voz quebrada.

Miriamele tiritaba de frío y estaba medio mareada.

—¿Q... qué...?

Tragó bilis y empezó de nuevo la frase.

—¿Qué... hacemos?

Isgrimnur se inclinó hacia adelante para escudriñar aquel mar de enormes insectos, que por ahora no parecían haber descubierto su presencia, pese a que los más cercanos se hallaban sólo a una docena de codos de distancia. Diríase que estaban todos embebidos en alguna horrible y absorbente actividad. Miriamele procuraba contener la respiración. Quizá depositaran allí sus huevos y, entregados por completo a esa función de la naturaleza, ni siquiera se fijaran en los intrusos.

—¿Qué es eso que hay en el centro? —susurró el duque, con dificultad para mantener la voz más o menos serena—, ¿eso que todos los ghants rodean?

Miriamele se esforzó en distinguirlo, aunque en aquel momento no le apetecía en absoluto. Era una horrible visión infernal: un gigantesco montón de revueltos y fangosos seres incapaces de sentir esperanza ni alegría, de patas que se agitaban sin sentido, de caparazones que chirriaban al rozarse unos contra otros..., y siempre el escalofriante zumbido, el continuo rechinar de los ghants allí apretujados. La princesa parpadeó, ansiosa por concentrarse. En medio del enjambre, allí donde la actividad parecía más febril, había una serie de bultos pálidos y relucientes. El más próximo tenía una mancha oscura en su parte alta, que se movía. Miriamele necesitó sólo un momento para comprender que aquello oscuro situado encima de la luminiscente masa era una cabeza... ¡Una cabeza humana!

—Es Tiamak —jadeó, horripilada, con repentinas náuseas—. Está metido en algo repugnante..., en esa... masa. ¡Ay, Elysia, Madre de Dios! ¡Tenemos que ayudarlo!

—Pssst —hizo Isgrimnur, tan asqueado como ella, para indicarle que callara—. Dejadme pensar—murmuró—. Debo reflexionar unos instantes.

La diminuta pelota que era la cabeza de Tiamak empezó a menearse de un lado a otro encima del gelatinoso montón. Mientras Miriamele e Isgrimnur miraban pasmados al wran, éste abrió la boca y se puso a dar grandes gritos. Mas en vez de palabras le salieron sólo unos pavorosos sonidos como los que emitían los ghants, algo que resultaba tan cruel al proceder de la boca del pobre Tiamak, que la princesa rompió a llorar.

—¿Qué le han hecho? —sollozó.

A su lado notó entonces un movimiento, y un soplo de aire caliente la rozó al pasar junto a ella una antorcha. Seguidamente, la llama avanzó a saltos hacia la agitada congregación de ghants.

—¡Camaris! —exclamó el duque, pero el anciano ya se abría paso entre los animales más cercanos, blandiendo su antorcha como una guadaña.

El tremendo zumbido se tornó vacilante, produciendo extraños

ecos en los oídos de Miriamele. De repente, los ghants que rodeaban a Camaris lanzaron unos ruidos de una estridencia terrible, y otros más apartados se unieron al furioso concierto. El alto caballero andaba entre ellos como un amo de podencos que acudiese a cobrarse la zorra. Excitadas criaturas corrían alrededor de sus piernas, agarrándose algunas a su capa y sus calzas mientras Camaris golpeaba a otros ghants hasta hacerlos caer.

—¡No conseguirá hacerlo solo! —gimió Isgrimnur, y avanzó decidido por el resbaladizo barro, extendiendo los brazos para no perder el equilibrio—. ¡Vos quedaos ahí! —le gritó a la princesa.

—¡Os acompaño! —contestó ella.

—¡No, por Dios! Permaneced aquí con la antorcha para que podarnos encontrar el camino de regreso al túnel. Si perdiésemos la luz, estaríamos listos.

El duque alzó la espada por encima de su cabeza y la dejó caer sobre los ghants más cercanos. El golpe propinado al primero produjo un horrible sonido a hueco. Isgrimnur se introdujo todavía más en el enjambre, y el ruido de su lucha se perdió entre el alboroto general.

El zumbido había cesado por completo. Ahora, la amplia cámara estaba llena de los entrecortados gritos de unos ghants enfurecidos, de un espeluznante coro de chasquidos. Miriamele intentó averiguar qué ocurría, pero Isgrimnur había perdido ya su antorcha y era poco más que una oscura forma en medio de la hormigueante masa de caparazones y de patas de espasmódicos movimientos. Más en el centro, la tea de Camaris aún cortaba el aire como una bandera de fuego, agitada de un lado a otro mientras su portador vadeaba aquel repelente mar en dirección adonde Tiamak se hallaba apresado.

La princesa sentía una mezcla de terror y furia. ¿Por qué tenía que esperar mientras Isgrimnur y Camaris arriesgaban sus vidas? ¡Eran sus amigos! ¿Y si ellos morían o los capturaban? En tal caso, se vería sola, forzada a encontrar el modo de salir del nido y perseguida por los horrorosos bichos. ¡Qué locura! No se expondría a eso, pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

«Piensa, chica, piensa», se dijo a sí misma, a la vez que daba continuos y angustiosos saltos para tratar de ver si el duque seguía de pie. ¿Qué podría hacer?

Imposible continuar allí. Resultaba demasiado duro. Decidida, sacó de su cinturón las dos últimas antorchas y las encendió. Cuando ardieron, clavó una a cada lado de la boca del túnel, respiró a fondo y se guió por las descendentes huellas de Isgrimnur. Las piernas le temblaban tanto que tuvo miedo de caerse. Parecía envuelta en irrealidad: ¡era inverosímil que ella hiciese tal cosa! La piel le picaba de tan fría. Ninguna persona sensata penetraría en semejante pozo de muerte. Aun así, sus pies la llevaban adelante.

—¡Isgrimnur! —chilló—. ¿Dónde estáis?

Unas gélidas y fangosas patas se agarraban a ella, unas cosas quitinosas que parecían ramas de árbol que hubiesen cobrado vida. Las sibilantes criaturas corrían por todas partes. Nudosas cabezas se pegaban a sus piernas, y Miriamele pensó que iba a vomitar. Coceó como

un caballo para sacarse de encima a los asquerosos bicharracos. Una garra se le enganchó a la pantorrilla y logró colgarse del extremo superior de la bota. Por espacio de un momento, la antorcha iluminó al ghant, que relucía como una piedra húmeda. Alzó ella el dardo, con lo que por poco se le escapó de la mano la tea, y atacó con toda su fuerza al animal. El arma chocó contra algo que, por suerte, cedió. Al retirar la pequeña lanza, la garra se soltó.

Era más sencillo blandir la porra, pero eso no parecía matar a los ghants. A cada golpe caían y quedaban patas arriba, pero al instante volvían al ataque con más insistencia. Al cabo de unos momentos se introdujo el garrote en el cinturón y tomó la antorcha con la mano libre. Al menos, el fuego mantenía a raya a los odiosos bichos. Dio de lleno en la vacía cara de un ghant, sobre la que se vertió parte del aceite de palma encendido, que le quedó enganchado. Gritando como loca, la criatura cayó hacia adelante y se enterró a sí misma en el lodo, pero otro ghant trepó a su quitinoso caparazón para ocupar su lugar. Miriamele lo apartó de sí con un chillido de horror. El ejército de esos engendros no se acababa nunca.

—¡Miriamele! —sonó la voz de Isgrimnur en alguna parte—. ¿Sois vos?

—¡Estoy aquí! —aulló ella, y el eco resonó en toda aquella parte de la cueva—. ¡Venid, venid deprisa!

—¡Os dije que no os movierais! —la riñó el duque—. Camaris ya regresa. ¡Mirad la antorcha!

La joven intentó dar muerte a uno de los ghants que tenía delante, pero el dardo sólo arañó su caparazón. En medio de la agitada masa vio entonces el destello de una llama.

—¡Ah, ya lo veo!

—¡Vamos allá! —gritó el duque, aunque los chasquidos de los ghants casi tapaban su voz—. Quedaos donde estáis y moved vuestra antorcha.

—¡Aquí, Isgrimnur, aquí!

El mar de revueltas criaturas parecía pulsar como si lo surcara una ola. La luz de la antorcha se movía por encima de los ghants, aproximándose. Miriamele luchaba con desespero... ¡Todavía quedaba una posibilidad de salvación! Describió con el hacho un arco tan amplio como pudo, para alejar de sí a los atacantes. Una garra se cogió a la tea, que súbitamente desapareció en el barro entre chisporroteos, dejándola a oscuras. Impotente, la princesa se puso a dar lanzadas hacia todos lados.

—¡Socorro! —chilló—. ¡He perdido la antorcha!

No obtuvo respuesta de Isgrimnur. Todo estaba perdido. Miriamele se preguntó por unos instantes si sería capaz de emplear el dardo contra ella misma... En ningún caso permitiría que los ghants la atrapasen viva.

Algo la agarró por el brazo. Quiso desprenderse entre alaridos, mas no lo consiguió.

—¡Soy yo! —gritó Isgrimnur—. ¡No me hiráis!

El duque la estrechó contra su ancho costado y llamó a Camaris,

que todavía se hallaba a cierta distancia. La antorcha se aproximaba, con los ghants danzando a su alrededor como gotas de agua sobre una piedra caliente.

—¿Cómo encontraremos ahora la salida? —bramó Isgrimnur.

—Dejé dos hachos junto a la puerta —dijo Miriamele, volviéndose para mirarlos, pero en aquel momento se le enganchó algo a la capa—. ¡Allí! —indicó, aunque enseguida recordó que el duque no podía verla, por lo que agregó—: ¡Detrás de vos!

Asqueada, se sacudió de encima al ghant.

Al instante, Isgrimnur la arrastró con él al mismo tiempo que limpiaba el camino con *Kvalnir,* por fin se abrió paso entre el montón de zumbonas criaturas y se encaminó hacia la boca del túnel.

—Hemos de aguardar a Camaris.

—Ya viene —voceó Isgrimnur—. ¡Adelante!

—¿Ha logrado rescatar a Tiamak?

—¡Adelante!

La tierra estaba tan resbaladiza, que Miriamele retrocedía medio paso por cada uno que daba hacia arriba, pero aun así no la abandonó su empeño de trepar hasta donde había dejado las dos antorchas. Detrás de ella percibía la pesada respiración del duque y, a intervalos, el sordo golpe de la espada *Kvalnir* contra los caparazones de sus perseguidores. Alcanzado al fin el túnel, arrancó del fangoso suelo las dos antorchas y se dispuso a volver a la lucha, Isgrimnur iba a un paso de ella, y la vacilante luz que sin duda era la de Camaris resplandecía aún al pie de la subida.

—¡Daos prisa! —gritó.

La antorcha se detuvo y, luego, se balanceó de un lado a otro, como si Camaris la utilizara para mantener a raya a los ghants mientras trepaba. La princesa distinguió ahora los cabellos del anciano, que bajo el resplandor del hacho adquirían un color entre plateado y amarillento.

—¡Ayudadlo! —dijo Miriamele de cara a Isgrimnur.

El duque descendió unos pasos a la vez que se defendía tan rápidamente con la espada que ésta parecía borrosa. Segundos más tarde, Camaris estaba libre de los bichos atacantes y los dos subieron del mejor modo posible la pendiente que conducía a la boca del túnel. Camaris había perdido su clava. Pero lo importante era que llevaba a Tiamak colgado del hombro. El wran estaba cubierto de algo semejante a jalea blanca y, por lo visto, se había desvanecido. A Miriamele la impresionó su desencajado rostro.

—¡Adelante, caramba! —gruñó Isgrimnur, y empujó a la princesa túnel adentro.

La joven apartó los ojos del pegajoso cuerpo del hombrecillo y echó a correr sin dejar de blandir su encendida antorcha, con lo que las sombras danzaban formando extrañas figuras en las parduscas paredes.

El suelo de la cámara que habían dejado atrás pareció entrar en erupción cuando los ghants salieron disparados, decididos a darles caza. Una masa de chascantes formas seguía a Isgrimnur, una verda-

dera ola de carne acorazada. Los horribles ghants podrían haber atrapado a los fugitivos en cuestión de segundos, pero eran tan numerosos que llenaban casi por completo el pasadizo y se enmarañaban unos con otros. Los que iban en último lugar forcejeaban por abrirse paso, y lo que consiguieron fue obturar la boca del túnel con una pared de agitados cuerpos.

—¡Id vos delante! —bramó el duque.

A la princesa le costaba avanzar con la cabeza agachada y la espalda torcida, sobre todo teniendo en cuenta que el fangoso suelo ya habría resultado problemático caminando de manera normal. Miriamele se cayó varias veces, y en uno de sus resbalones se torció el tobillo. Apenas sintió el dolor, pero en un oscuro rincón de su mente supo que, si sobrevivía a la espantosa aventura, ya lo notaría después. Se esforzaba en distinguir las marcas dejadas por Isgrimnur de manera tan concienzuda en las espumosas paredes, pero, cuando se hubieron alejado un par de centenares de pasos de la siniestra cámara, la joven se dio cuenta, horrorizada, de que se había saltado un túnel lateral. Tendrían que haber pasado, por lo menos, una de aquellas cámaras donde los ghants depositaban sus huevos, y en cambio se hallaban todavía en uno de los monótonos pasadizos... Y éste descendía, mientras que el de regreso debería haber subido.

—¡Creo que nos hemos extraviado, Isgrimnur!

Miriamele redujo la marcha y arrimó la tea a las rezumantes paredes en desesperada busca de algo que reconociese. Detrás de ella percibía los cansados pasos de Camaris.

El rimmerio soltó una retahíla de maldiciones.

—Seguid corriendo, pues —terminó—, ¿Qué otra solución queda?

La princesa aceleró nuevamente el paso. Le dolían las piernas, y a cada respiración sentía fuertes pinchazos en los pulmones. Segura de haber errado el camino, eligió el primer túnel lateral que parecía seguir una línea ascendente. La cuesta no era empinada, pero el barro dificultaba la subida, y a pesar de su propia fatigosa respiración volvió a oír los chasquidos de los ghants.

Por fin vieron el término de la pendiente, así como otro túnel que discurría perpendicularmente al suyo, unas cien anas más arriba. Miriamele ya creía poder confiar en un pronto y afortunado desenlace de la pesadilla, cuando de pronto se llenó de ghants el pasadizo inferior. Dado que avanzaban muy pegadas al suelo y en cuatro patas, en lugar de las dos de los humanos, las horripilantes criaturas subían mucho más aprisa que ellos. La princesa empleó todas sus energías para escapar. Sólo dudó un instante, antes de escoger el ramal de la derecha. La respiración de Camaris era cada vez más pesada. Varios de los ghants más veloces alcanzaron a Isgrimnur, que iba el último. Entre gritos de enojo y repugnancia, el duque hizo un nervioso barrido con *Kvalnir,* y los ghants adelantados cayeron dando tumbos sobre la búlleme masa de congéneres.

Antes de que Miriamele y sus compañeros hubiesen bajado cincuenta pasos por el nuevo túnel, los ghants habían llegado ya al punto más alto de la subida que tenían detrás y se desparramaron por la

galería. Sobre suelo llano aún corrían más, y los saltos que daban eran terribles. Algunos treparon directamente a las paredes para no tener que dar tantas vueltas detrás de los fugitivos.

—Tenemos que volvernos y pelear —jadeó Isgrimnur—. Camaris: ¡dejad en el suelo a Tiamak!

—¡Oh no, por Dios! —exclamó Miriamele—. ¡Se acercan más por delante!

Aquello era una pesadilla espantosa, sin fin.

—¡Estamos atrapados, Isgrimnur!

—¡Paraos en el acto! ¡Lucharemos aquí!

—¡No! —protestó Miriamele, aterrada—. Si nos detenemos aquí, nos tocará combatir a los dos enjambres a la vez. ¡Sigamos adelante!

Descendió unos pasos más, pero se dio cuenta de que nadie la seguía. Volvió la cabeza y comprobó que Isgrimnur se volvía con fiereza hacia los ghants que tenía detrás, que habían reducido su marcha al considerarlo ya su presa, y ahora avanzaban con deliberada precaución. Su número iba en alarmante aumento al unirse a ellos docenas y docenas más de ghants procedentes del túnel inferior. La princesa sintió horror al descubrir inquietos puntos en el corredor, cuando la luz de la antorcha se reflejó en los vidriosos y muertos ojos de los ghants.

—¡Misericordiosa Elysia! —suspiró Miriamele, creyéndose definitivamente derrotada.

Camaris, que estaba junto a ella, tenía la vista fija en el suelo, como si meditara sobre algo extraño pero no de tremenda importancia. Tiamak seguía apoyado en su hombro, cerrados los ojos y la boca abierta, como un chiquillo dormido. Miriamele experimentó súbita y profunda pena. Había deseado salvar al wran; habría sido tan maravilloso poder salvarlo...

Isgrimnur dio una brusca media vuelta y, para asombro de la princesa, le soltó una fuerte patada a la pared, cosa que repitió una y otra vez, como si el fracaso le hubiera hecho perder la razón.

—¡Por Dios, duque! —dijo la joven, pero la bota de Isgrimnur atravesó en aquel momento la pared, haciendo un agujero del tamaño de su cabeza en el desmoronadizo barro.

Al siguiente golpe cayó otro trozo de seco lodo.

—¡Ayudadme! —gruñó.

Miriamele dio un paso adelante, pero, antes de poder echarle una mano al compañero, un nuevo empujón de éste arrancó una parte de pared todavía mayor. El hueco medía ahora casi dos codos de altura, aunque detrás no parecía haber más que negrura.

—¡Entrad! —la urgió Isgrimnur.

A una docena de pasos, los ghants producían unos chasquidos indescriptibles. La princesa introdujo su antorcha a través de la brecha, y luego metió la cabeza y los hombros, temerosa de encontrarse con garras que la asaltasen por todos lados. Al fin acabó de penetrar como pudo, pidiendo a Dios que allí hubiera suelo firme, porque la aterrorizaba la posibilidad de caer al vacío. Sus manos tocaron la suciedad de otro túnel y, después de una rápida ojeada al desierto pasadizo, volvió atrás para ayudar a los otros. Camaris le pasó por el

boquete al inerte hombrecillo, y poco faltó para que a Miriamele le resbalara de las manos. El delgado wran no constituía una gran carga, pero ahora era un peso muerto, cubierto además de un viscoso cieno. Detrás de ella entró el anciano caballero, y el último en abrirse paso —si bien no con facilidad, dada su corpulencia— fue Isgrimnur. Apenas emprendido el nuevo camino, el agujero se llenó de patas de ghants, duras y brillantes como madera pulida.

Kvalnir entró en acción y produjo chirriantes gritos de dolor entre los perseguidores. Las patas fueron retiradas en el acto, pero el chascar de los repelentes animales continuó.

—Con o sin espada, esos bicharracos entrarán enseguida —jadeó el duque.

Miriamele clavó la vista en el hueco. El hedor que despedían los ghants era intenso, como también lo era el áspero ruido que hacían al rozarse entre sí. Se reunían para preparar otro ataque, y pocos eran los centímetros que los separaban de los humanos.

—Dadme vuestra camisa —le dijo la princesa a Isgrimnur—. Y la de Camaris.

El duque la miró extrañado, como si de pronto se hubiese vuelto loca, pero inmediatamente se quitó la rasgada prenda, que Miriamele acercó a la llama de su antorcha hasta que se encendió. Fue un proceso angustiosamente lento, ya que la camisa estaba húmeda y enfangada. Por último, Miriamele utilizó la punta de su lanza para introducir la llameante tela en el hueco de la pared. Los ghants del otro lado lanzaron silbidos de sorpresa y quedos chasquidos. La princesa añadió entonces la camisa de Camaris y cuando ambas cosas ardían a fondo, empotró también con toda su fuerza la pesada capa de Isgrimnur.

—¡Ahora, a correr de nuevo! —dijo, extrañada de su propia serenidad, aunque sentía un ligero mareo—. No creo que les guste el fuego, pero tampoco será un impedimento decisivo para ellos.

Camaris tomó en brazos a Tiamak, y todos se apresuraron. A cada vuelta elegían el túnel que parecía conducir hacia arriba. En otras dos ocasiones horadaron paredes, olfateando como perros los boquetes hechos, en espera de notar la proximidad del aire libre. Al final encontraron un pasadizo que, aunque más angosto y bajo de techo, daba la impresión de ser más fresco.

El fragor de los perseguidores había comenzado de nuevo, si bien aún no había aparecido ninguna de las asquerosas criaturas. Miriamele hacía caso omiso de la gelatinosa espuma que se le pegaba a las manos mientras avanzaba medio a gatas por la galería. Tiras de una paliducha baba le cruzaban la cara y le ensuciaban el pelo. Algo de ello tocó sus entreabiertos labios y, antes de que la princesa pudiera escupirlo, notó un amargo sabor almizcleño. De pronto, en la siguiente curva, el túnel se hizo más ancho. Dieron unos cuantos pasos más y, al asomarse a otra vuelta, descubrieron que la claridad iluminaba el fango.

—¡Luz de día! —exclamó Miriamele.

Nunca había sentido tal alegría al verla.

Avanzaron a trompicones hasta el próximo recodo, y se hallaron ante un redondo aunque dentado agujero detrás del cual se abría el

cielo: gris y apagado, pero cielo al fin, ¡el glorioso cielo! Miriamele se arrojó hacia adelante, trepó por el hueco y, una vez fuera, pisó un suelo de aterronado barro.

Las copas de los árboles se balanceaban a sus pies, tan verdes e intrincadas que la todavía enlodada mente de la princesa no acababa de comprenderlo. Estaban en una de las partes superiores del nido, y el canal quedaba a escasos doscientos codos de distancia, tranquilo como una serpiente gigantesca. Pero allí no aguardaba barca alguna.

Camaris e Isgrimnur la siguieron al tejado de la monstruosa guarida.

—¿Dónde demonios está el monje? —bramó el duque—. ¡Maldición! Sabía que no podíamos fiarnos de él.

—Ahora, lo que importa es salir de aquí —dijo Miriamele.

Después de una precipitada inspección encontraron el camino que conducía a un tejado más bajo. Haciendo equilibrios pasaron por un estrecho saliente de barro hasta alcanzar la seguridad algo mayor de un nivel más bajo, y desde allí descendieron de una plataforma a otra, siempre en dirección a la cara delantera del nido y al río. Llegados al tramo final, desde donde sólo necesitaban dar un pequeño salto al suelo, una compañía entera de ghants surgió del agujero existente cerca de la cima del nido.

—¡Ahí vienen!—resolló Isgrimnur—. ¡Abajo todos!

Antes de que Miriamele pudiera obedecer, otro enjambre aún más numeroso brotó de una de las grandes entradas de la fachada, formando una agitada masa debajo mismo de ellos. La joven sintió que la vencía un mortal cansancio. Tan cerca de la salvación... ¡No había derecho!

—¡Acude en nuestra ayuda, Señor! —rezó el duque con escasa energía en la voz—. ¡Atrás, Miriamele! Yo saltaré primero.

—¡No podéis! —gritó la joven—. ¡Hay demasiados ghants!

—Imposible permanecer aquí.

En efecto, los otros bichos descendían a gran velocidad por los niveles superiores del nido, patilargos como arañas y ágiles como monos. Emitían expectantes chasquidos, y sus negros ojos centelleaban.

De súbito un brillante destello atravesó la playa. Miriamele fijó la vista en los ghants de abajo, que se arremolinaban como locos. Sus voces sonaban todavía más chillonas y salvajes que antes, y algunos de aquellos seres parecían quemarse. La princesa miró entonces hacia el canal, en un intento de hacerse una idea de lo que en realidad sucedía. En aquel momento reapareció la chalana. Cadrach, de pie en la cuadrada proa con las piernas esparrancadas, sostenía algo semejante a una larga antorcha, cuyo extremo superior ardía con viva llama.

Mientras Miriamele seguí absorta, el monje blandió el hacho hacia adelante, y de su punta pareció saltar una bola de ruego que aterrizó en medio de los ghants apelotonados en la arena. Hubo un terrible estallido, y las llamas se extendieron sobre las criaturas como si fuesen cola encendida. Los caparazones de los ghants atrapados empezaron a burbujear a causa del calor, y los repugnantes seres chillaban como

langostas arrojadas en agua hirviendo, mientras que otros corrían enloquecidos de un lado a otro, a la vez que trataban inútilmente de arrancarse la coraza y, con ello, producían unos crujidos comparables a los de ruedas de carros rotas. Cadrach se agachó de nuevo en la chalana y, al enderezarse, otra potente llama había florecido en la punta de su extraño hacho. Al momento, un segundo chorro de fuego líquido se esparcía sobre los aterrorizados ghants. Entonces, el monje se llevó las manos a la boca.

—¡Saltad ahora! —gritó—. ¡Daos prisa!

La princesa miró brevemente a Isgrimnur. La cara del duque expresaba estupefacción, pero éste no tardó en recobrar la suficiente serenidad para propinar un suave pero decidido empujón a la muchacha.

—Ya lo habéis oído —gruñó—. ¡Saltad!

Así lo hizo Miriamele, aterrizó de golpe en la arena y rodó orilla abajo. Algo se agarró insistentemente a su capa, pero ella supo apartarlo con las manos. Momentos después, Isgrimnur cayó a su lado con un sibilante resoplido. Los ghants, que se movían con desespero y entre chillidos por la playa medio cubierta de hierba, prestaban ahora poca atención a sus anteriores presas. El duque se puso de pie y levantó las manos. Camaris, muy inclinado sobre el desigual saliente del nido, echó en sus brazos a Tiamak. Isgrimnur perdió el equilibrio y fue a parar al suelo, aunque sin soltar al desvanecido wran. A los pocos instantes saltaba también Camaris. El grupo se precipitó ribera adelante. Unos cuantos ghants que no habían sucumbido al furioso ataque de Cadrach quisieron seguirlo, pero Miriamele y Camaris supieron sacudírselos de encima. Los fugitivos se arrojaron pendiente abajo hasta meterse en las verdes y fangosas aguas.

La joven se dejó caer en el fondo de la chalana, casi incapaz de respirar. Con un par de empujones dados con la pértiga, el monje retiró la barca hasta el centro de la vía de navegación, fuera del alcance de los insistentes ghants.

—¿Estáis herida?

Cadrach estaba muy pálido, y en sus ojos había un brillo casi febril.

—¿Cómo..., cómo lo...?

A Miriamele le faltó aire para terminar la frase.

El monje bajó la cabeza y se encogió de hombros.

—Las hojas de palmera de aceite... Tuve la idea cuando os hubisteis metido en..., en ese sitio. Las cocí. Hay cosas que sé hacer—explicó con cierta timidez, mostrando el tubo que había confeccionado con una larga caña—. Usé esto para lanzar el fuego.

La mano que lo sostenía estaba llena de tremendas ampollas.

—¡Oh, Cadrach! ¡Mirad qué hicisteis!

El monje se volvió hacia Camaris e Isgrimnur, que estaban inclinados sobre Tiamak. Detrás de ellos, en la orilla, los ghants pegaban terribles saltos y emitían sonidos sibilantes que hacían pensar en almas condenadas y obligadas a danzar. A lo largo del horripilante nido aún

llameaban restos de fuego, que enviaban al cielo del crepúsculo volutas de negro humo.

—No, ¡mirad lo que hicisteis *vos!* —dijo Cadrach con una triste sonrisa en la que, sin embargo, había cierta felicidad.

Librodot

Apéndice

Librodot

Personajes

Erkynos

Barnabás—. Sacristán de la capilla de Hayholt.
Breyugar—. Conde de Westfold; jefe de la guarnición de Hayholt bajo el reinado de Elías.
Colmund—. Escudero de Camaris y posterior barón de Rodstanby.
Deornoth, sir—. Caballero de Josua, a veces llamado «la mano derecha del príncipe».
Eahlstan Fiskerne—. Rey Pescador, primer dueño erkyno de Hayholt.
Ebekah—. Llamada también Efiathe de Hernysadharc, reina de Erkynlandia, esposa del rey Juan y madre de Elías y Josua. Conocida como la Rosa de Hernysadharc.
Elías—. Supremo Rey, hijo mayor de Juan *el Presbítero* y hermano de Josua.
Ethelbearn—. Soldado, compañero de Simón en el viaje desde Naglimund.
Fengbald—. Conde de Falshire.
Freosel—. Guardia de Nueva Gadrinsett, natural de Falshire.
Gamwold—. Soldado muerto en Aldheorte durante el ataque de las nornas.
Godwig—. Barón de Cellodshire.
Grimmric—. Soldado, compañero de Simón en el viaje desde Naglimund.
Guthwulf—. Conde de Utanyeat, Heraldo del Supremo Rey.
Haestan—. Soldado de Naglimund, compañero de Simón.
Helfcene, padre—. Canciller de Hayholt.
Helfgrim—. Antiguo alcaide de Gadrinsett.
Helmfest—. Soldado perteneciente a la compañía escapada de Naglimund.
Hepzibah—. Doncella del castillo.
Ielda—. Mujer de Falshire, instalada en Gadrinsett.
Inch—. Capataz de la fundición, en su día ayudante del doctor Morgenes.
Jack Mundwode—. Mítico bandido del bosque.
Jael—. Doncella del castillo.
Jakob—. Candelero del castillo.
Jefe de marmitones—. Jefe de Simón en Hayholt.
Jeremías—. Aprendiz del candelero.
Josua—. Príncipe, hijo menor de Juan, señor de Naglimund, llamado *el Manco.*
Juan—. Rey Juan *el Presbítero,* Supremo Rey.

Librodot

Judit—. Cocinera y encargada de las cocinas.
Langrian—. Monje de la orden Hoderundiana.
Leleth—. Doncella de Miriamele.
Malaquías—. Uno de los nombres adoptados por Miriamele para pasar inadvertida.
Marya—. ídem.
Miriamele—. Princesa, única hija de Elías.
Morgenes Ercestres, doctor—. Portador del Pergamino, médico del castillo del rey Juan y amigo de Simón.
Osgal—. Uno de los miembros de la mítica banda de Mundwode.
Ostrael—. Lancero, hijo de Firsfram de Runchester.
Raquel—. Encargada de las sirvientas de Hayholt, llamada *el Dragón.*
Rubén *el Oso*—. Herrero del castillo.
Sangfugol—. Arpista de Josua.
Sara—. Doncella del castillo.
Sceldwine—. Capitán de la guardia erkyna de Elías hecho prisionero, junto con sus hombres, por el ejército victorioso de Josua en la batalla del lago helado, en el valle del Stefflod, al pie de Sesuad'ra.
Shem Horsegroom—. Mozo de cuadra del castillo.
Simón (Seomán)—. Antiguo pinche de cocina, convertido en caballero.
Strangyeard, padre—. Archivero de Naglimund.
Towser—. Viejo bufón (nombre original: Cruinh).
Ulca—. También llamada *Rizos Negros.* Joven que corteja a Simón en Nueva Gadrinsett.
Welma—. Joven amiga de Ulca, apodada *la Delgada.*

Hernystiros

Bagba—. Dios del ganado.
Brynioch de los Cielos—. Dios del Cielo.
Cadrach-ec-Crannhyr—. Monje de una orden indeterminada, llamado también Padreic.
Craobhan—. Anciano caballero, consejero del rey Lluth.
Cuamh Earthdog—. Dios de la Tierra, patrón de los mineros.
El Zorro Rojo—. Sinnach, príncipe de Hernystir.
Eolair—. Conde de Nad Mullach, emisario del rey Lluth.
Gealsgiath—. Capitán de barco, llamado *el Viejo.*
Gwythinn—. Príncipe, hijo de Lluth, hermanastro de Maegwin.
Hern—. Fundador de Hernystir.
Inahwen—. Tercera esposa de Lluth.
Llythinn—. Rey de Hernystir; padre de Lluth y tío de Ebekah, esposa de Juan *el Presbítero.*
Lluth ubh-Llythinn—. Rey de Hernystir.
Maegwin—. Princesa, hija de Lluth, hermanastra de Gwythinn.
Mircha—. Diosa de la lluvia, esposa de Brynioch.
Mullachi—. Residentes en la propiedad de Eolair, Nad Mullach.
Murhagh *el Manco*—. Un dios.

Rhynn—. Un dios.
Sinnach—. Príncipe, caudillo de guerra en la batalla de Ach Samrath, también del Knoch.

Rimmerios

Dror—. Dios de la Tormenta.
Einskaldir—. Caudillo.
Elvrit—. Primer rey de los rimmerios en Osten Ard.
Ende—. Uno de los niños de Skodi.
Fingil—. Rey, primer señor de Hayholt, «Rey Sanguinario».
Frekke Cabello Gris—. Soldado de Isgrimnur caído en Naglimund.
Gutrun—. Duquesa de Elvritshalla, esposa de Isgrimnur y madre de Isorn.
Hengfisk—. Monje de la orden Hoderundiana y escanciador del rey Elías.
Hjeldin—. Rey, hijo de Fingil, «Rey Loco».
Ingen Jegger—. Rimmerio negro, amo de los mastines de las nornas.
Isbeorn—. Padre de Isgrimnur, primer duque rimmerio bajo Juan; también el seudónimo de su hijo.
Isgrimnur—. Duque de Elvritshalla, esposo de Gutrun.
Isorn—. Hijo de Isgrimnur y Gutrun.
Jarnauga—. Portador del Pergamino de Tungoldyr.
Nisse (Nisses)—. Sacerdote ayudante de Hjeldin, escritor de *Du Svardenvyrd.*
Skali—. Jefe del clan de Kaldskryke, llamado *Nariz Afilada.*
Skendi—. Santo, fundador de una abadía.
Skodi—. Joven rimmeria de Grinsaby.
Sludig—. Vasallo del duque Isgrimnur y comandante de los soldados rimmerios del ejército de Josua.
Storfot—. Señor feudal de Vestvennby.
Tonnrud—. Señor feudal de Skoggey, tío de la duquesa Gutrun.
Udún—. Antiguo dios del Cielo.
Ule Frekkeson—. Jefe de la banda de renegados reclutados por Eolair en la Marca Helada, refugiados en los bosques; hijo de Frekke.

Nabbanos

Anitulles—. Antiguo emperador.
Antippa, lady—. Hija de Leobardis y Nessalanta.
Ardrivis—. Ultimo emperador, tío de Camaris.
Aspitis Prevés—. Conde de Drina y Eadne.
Benidrivine—. Noble linaje de Nabban, blasón del martín pescador.
Benigaris—. Hijo del duque Leobardis y Nessalanta.
Camaris-sá-Vinitta—. Hermano de Leobardis, amigo de Juan *el*

Presbítero.

Clavean—. Noble linaje de Nabban, blasón del pelícano.

Claves—, Antiguo emperador.

Crexis *el Chivo*—. Antiguo emperador.

Dinivan—. Secretario del lector Ranessin.

Domitis—. Obispo de la catedral de San Sutrino, en Erchester.

Elysia—. Madre de Jesuris.

Emettin—. Caballero legendario.

Enfortis—. Emperador en los tiempos de la caída de Asu'a.

Fluiren, sir—. Famoso caballero juanista, perteneciente al desgraciado linaje de Sulian.

Gavanaxes—. Rey de Honsa Claves, de la Casa de Clavena, de quien fuera escudero Camaris.

Hylissa—. Difunta madre de Miriamele, esposa de Elías y hermana de Nessalanta.

Ingadarine—. Noble familia de Nabban, blasón del albatros.

Jesuris Aedón—. Hijo de Dios en la religión aedonita.

Larexes III—. Anterior lector de la Madre Iglesia.

Leobardis—. Duque de Nabban, padre de Benigaris, Varellán y Antippa.

Metessan—. Casa noble de Nabban con el emblema de la grulla azul.

Munshazou—. Criada de Pryrates, natural de Naraxi.

Nessalanta—. Duquesa de Nabban, madre de Benigaris y tía de Miriamele.

Neylin—. Compañero de Septes.

Nuanni (Nuannis)—. Antiguo dios nabbano del mar mencionado en el enigmático poema de Nisses que Tiamak aporta a la Alianza del Pergamino.

Pelippa, santa—. Noble dama del Libro de Aedón, llamada «Pelippa de la Isla».

Prevan—. Noble linaje, blasón del águila pescadora (ocre y negro).

Pryrates, padre—. Sacerdote, alquimista, brujo, consejero de Elías.

Ranessin, lector—. (Nacido Oswine de Stanshire, un erkyno) Cabeza de la Iglesia.

Rhiappa, santa—. Llamada Rhiap en Erkynlandia.

Rovalles—. Compañero de Septes.

Septes—. Monje de una abadía cercana al lago Myrme.

Seriddan—. Barón, señor de Metessa, conocido como Seriddan Metessis.

Thures—. Joven paje de Aspitis.

Tiyagaris—. Primer emperador.

Velligis—. Consejero.

Xannasavin—. Astrólogo de la corte de Benigaris y Nessalanta.

Yistrin—. Santo cuya onomástica coincide con el cumpleaños de Simón.

Sitha

Aditu—. Hija de Likimeya y Shima'onari, hermana de Jiriki.

Amerasu y'Senditu no'e-Sa'onserei—. Madre de Ineluki y Hakatri, bisabuela de Jiriki, también llamada «Amerasu la Nacida en el Barco» y Primera Abuela.
An'nai—. Lugarteniente de Jiriki, compañero de caza.
Canto de la Nube—. Personaje de la canción de Aditu.
Cantor del Cielo—. Personaje de la canción de Aditu.
Conejillo—. Nombre puesto a Aditu por Jiriki.
Drukhi—. Hija de Utuk'ku y Ekimeniso *Báculo Negro;* enamorado de Nenais'u y esposo de ésta. Su triste final dio origen a la separación de los clanes de los Nacidos en el Jardín.
Hakatri—. Hermano mayor de Ineluki, gravemente herido por el dragón *Hidohebhi,* desaparecido en el oeste.
Hijo del Viento—. Personaje de la canción de Aditu.
Ineluki—. Príncipe, ahora Rey de la Tormenta.
Initri—. Padre de Nenais'u y compañero de Jeniyana.
I**yu'unigato—.** Rey de Erl, padre de Ineluki y de Hakatri.
Jiriki, i-Sa'onserei—. Príncipe, hijo de Shima'onari y Likimeya.
Jeniyana de los Ruiseñores—. Madre de Nenais'u, conocida como *el Ruiseñor.*
Kendraja'aro—. Tío de Jiriki.
Kira'athu—. Sanadora.
Ki'ushapo—. Compañero de Simón y Jiriki en su viaje a Urmsheim.
Lady Máscara de Plata y Lord Ojos Rojos—. Nombres que daba Skodi a Utuk'ku e Ineluki.
Likimeya—. Reina de los Hijos del Amanecer, señora de la Casa de la Danza Anual.
Maye'sa—. Mujer sitha.
Mezumiiru—. Sedda sitha (Diosa de la Luna).
Mujer con la Red—. Personaje de la canción de Aditu (probablemente, Mezumiiru).
Nacidos en el Jardín—. Todos aquellos cuyas raíces pueden seguirse hasta Venyha Do'sae, el «Jardín».
Nenais'u—. Mujer sitha en una canción de An'nai; vivía en Enki-e-Sha'osaye.
Oyente de Piedras—. Personaje de la canción de Aditu.
Portador del Farol—. Personaje de la canción de Aditu.
Senditu—. Madre de Amerasu
Shima'onari—. Rey de los *zida'ya* (sitha), señor de Jao é-Tinukai'i.
Sijandi—. Compañero de Simón y Jiriki en su viaje a Urmsheim.
Utuk'ku Seyt-Hamakha—. Reina de las nornas, señora de Nakkiga.
Vara, de Sauce—. Nombre dado a Jiriki por Aditu.
Vindaomeyo *el Flechero*—. Antiguo constructor de flechas sitha, de Tumet'ai

Nornas

Ekimeniso *Báculo Negro*—. Esposo de Utuk'ku, padre de Drukhi.

El No Vivo—. Ineluki, el Rey de la Tormenta.
Garras de Utuk'ku—. Servidoras nornas de Utuk'ku.
La Mayor de los mayores—. Utuk'ku.
Mezhumeyru—. Versión de las normas de Mezumiiru.
Nacido bajo la Piedra de Tzaaihta—. Garra de Utuk'ku.
Nombrada por las Voces—. Garra de Utuk'ku.
Veta de Fuego Plateado—. Garra de Utuk'ku.

Qanuc

Binabik (Binbiniqegabenik)—. Aprendiz de Ookequk, amigo de Simón.
Chukku—. Legendario héroe gnomo.
Hombre Cantor—. Binabik, llamado así entre los suyos.
Kikkasut—. Rey de los pájaros, esposo de Sedda.
Lingit—. Legendario hijo de Sedda, padre del pueblo qanuc y de los hombres.
Makuhkuya—. Diosa qanuc de los aludes.
Morag Sin Ojos—. Dios de la muerte.
Nimsuk—. Pastor de las tropas de Sisqi aliadas con Josua.
Nunuuika—. La Cazadora.
Ookequk—. El Hombre Cantor de la tribu Mintahoq, maestro de Binabik.
Qangolik—. Invocador del Espíritu.
Qinkipa de las Nieves—. Diosa de la nieve y el frío.
Sedda—. Diosa de la Luna, esposa de Kikkasut.
Sisqi (Sisqinanamook)—. Hija menor del Pastor y la Cazadora, prometida de Binabik.
Snenneq—. Jefe de pastores del Bajo Chugik, componente del grupo de Sisqi.
Uammannaq—. El Pastor.
Yana—. Legendaria hija de Sedda, madre de los sitha.

Pueblo thrithingo

Blehmunt—. Cacique muerto por Fikolmij para convertirse en señor de la Marca.
Clan Mehrdon—. Clan de Vorzheva (Clan del Semental).
El Gran Cuadrúpedo—. Juramento del clan thrithingo (referente al Semental).
El Fulminador de los Pastos—. Juramento del clan thrithingo (referente al Semental).
Fikolmij—. Padre de Vorzheva, señor de la Marca del Clan Mehrdon y de todo el Alto Thrithing.
Hotvig—. Guardia del Alto Thrithing.
Hyara—. Hermana menor de Vorzheva.

Kunret—. Hombre del Alto Thrithing.
Ozhbern—. Hombre del Alto Thrithing.
Utvart—. Thrithingo que quería casarse con Vorzheva.
Vorzheva—. Compañera de Josua, hija de un jefe thrithingo.

Wran

El Que Dobla Los Árboles—. Dios del tiempo.
El Que Siempre Camina Sobre Arena—. Dios.
La Que Dio A Luz A La Humanidad—. Diosa.
La Que Espera Para Llevarnos A Todos—. Diosa de la muerte.
Los Mayores—. Rango superior entre las gentes del Wran, el pueblo de Tiamak.
Los Que Respiran Oscuridad—. Dioses.
Los Que Vigilan Y Dan Forma—. Dioses.
Mogahib *el Viejo*—. Uno de los mayores de la tribu.
Mogahib *el Joven*—. Ultimo wran al que Tiamak tiene oportunidad de ver desde que dejara la Arboleda del Pueblo.
Roahog—. Anciano alfarero.
Tiamak—. Estudioso, corresponsal de Morgenes.
Tugumak—. Padre de Tiamak.

Perdruineses

Alespo—. Criado de Stréawe.
Ceallio—. Portero de la posada llamada La escudilla de Pelippa.
Charystra—. Sobrina de Xorastra, y actual posadera de La escudilla de Pelippa.
Lenti—. Mensajero de Stréawe, también conocido por *Avi Stetto.* Su estancia en Nueva Gadrinsett coincide con la llegada de Camaris.
Middastri—. Mercader, amigo de Tiamak.
Sinetris—. Barquero que vive en la costa situada más arriba de Wran.
Stréawe, conde—. Señor de Ansis Pelippe y todo Perdruin.
Tallistro, sir—. Caballero del Preste Juan, integrante de la Gran Tabla.
Xorastra—. Antigua propietaria de La escudilla de Pelippa.

Otros

Aquel que Huyó—. Eufemismo aedonita para referirse al diablo.
Danzarines del Fuego—. Secta de adoradores de Ineluki, extendida por Osten Ard; atemorizan a la población con sus actos violentos y sus asesinatos; tienen la costumbre de quemarse a sí mismos o a los

demás.

El Buen Campesino—. Personaje del libro de proverbios de Aedón.

Gan Itai—. Niski, que les canta a los kilpa en el *Nube de Eadne.*

Hijos de Ruayan Vé—. Los dwarrows o *domhiam* en lengua hernystira.

Honsa—. Niña hyrka; una de las criaturas de Skodi.

Los Sin Luz—. Habitantes del Pico de las Tormentas.

Mano Roja—. Altos ministros de Ineluki.

Ruyan Vé—. Conocido también como Ruyan *el Navegante;* condujo a Osten Ard a los *tinukeda'ya* (y también a otros).

Vren—. Niño hyrka.

Yis-fidri—. Un dwarrow, marido de Yis-hadra, guardián de la Sala de los Modelos.

Yis-hadra—. Una dwarrow, mujer de Yis-fidri, guardiana de la Sala de los Modelos.

Lugares

Abaingeat—. Puerto comercial hernystiro, junto a la desembocadura del río Baraillean.

Aldheorte—. Extenso bosque que cubre gran parte del Osten Ard central.

Alto Wran—. Parte del Wran desde su nacimiento hasta la mitad de su curso, aproximadamente.

Ansis Pelippe—. Capital y principal ciudad de Perdruin.

Arboleda del Pueblo—. Aldea natal de Tiamak en Wran.

Asu'a, La Que Mira Hacia Oriente—. Nombre sitha para Hayholt.

Bacea-sá-Repra—. Puerto de la costa septentrional de Nabban, en la bahía de Emettin; significa «Boca de Río».

Bahía de Emettin—. Bahía situada al norte de Nabban.

Bahía de Firannos—. Bahía situada al sur de Nabban, lugar donde se hallan las Islas del Sur.

Bajo Wran—. Parte del Wran hasta su desembocadura.

Ballacym—. Ciudad amurallada situada en las afueras del territorio hernystiro, en la margen izquierda del Inniscrich, próxima al bosque de Stag.

Banipha-sha-zé—. Sala de los Modelos en Mezutu'a.

Baraillean—. Río fronterizo entre Hernystir y Erkynlandia, llamado Vadoverde en Erkynlandia.

Bellidan—. Ciudad nabbana junto a la carretera de Anitullea, en el valle de Commeis.

Bradach Tor—. Pico elevado de las montañas de Grianspog,.

Calle del Taig—. Antigua calle de Tethtain; cruza Hernysadharc hasta el mismo Taig.

Camino Blanco—, Carretera que recorre el borde septentrional del bosque de Aldheorte, en el Yermo Blanco.

Camino de las Fuentes—. Pintoresco lugar de la ciudad de Nabban.

Carretera de Anitullean—. Carretera general que penetra en Nabban

desde el este, a través del valle de Commeis.

Cathyn Dair, junto al mar de Plata—. Ciudad hernystira en el territorio de Hernysadharc.

Caverna de la Entrega—. Donde reciben instrucción las Garras de Utuk'ku.

Cellodshire—. Baronía erkyna al oeste de Gleniwent.

Colina, Sancellina—. La colina más alta de Nabban, donde se hallan ambos Sancellan.

Crannhyr—. Ciudad amurallada en la costa hernystira.

Cueva de Si-injan'dre—. Confinamiento y última morada de Drukhi tras la muerte de Nenais'u.

Chidsik Ub Lingit—, «Casa del Antecesor» de los qanuc, en el Mintahoq de Yiqanuc.

Da'ai Chikiza—. «Árbol del Viento Cantor», abandonada ciudad sitha en la parte este de Wealdhelm, en Aldheorte.

Desfiladero de Onestrine—. Paso entre dos valles nabbanos, lugar de numerosas batallas.

Dillathi—. Montañosa región de Hernystir, al sudoeste de Hernysadharc.

Drina—. Antigua baronía de Devasalles, concedida por Benigaris a Aspitis Prevés.

El Delfín Rojo—. Taberna de Ansis Pelippe.

El jardín Perdido—. Venyha Do'sae.

El Medio—. Lugar al que se accede después de la muerte o en situación similar.

Elvritshalla—. Sede ducal de Isgrimnur en Rimmersgardia.

Enki-e-Sha'osaye —. «Ciudad de Verano» de los sitha, al este del Aldheorte, en ruinas desde largo tiempo atrás.

Falshire—. Ciudad de economía lanar en Erkynlandia, devastada por Fengbald.

Feluwelt—. Nombre thrithingo de parte de las praderas septentrionales, a la sombra del Aldheorte.

Fiathcoille—. Bosque situado al sureste de Nad Mullach, llamado bosque de Stag por los hernystiros.

Gadrinsett—. Ciudad provisional, cerca de la confluencia de los ríos Stefflod e Ymstrecca, establecida por refugiados de Erkynlandia.

Granis Sacrana—. Ciudad amurallada del valle nabbano de Commeis.

Grenamman—. Isla al sur de Nabban.

Grianspog—. Montañas en cuyas cuevas se ha ocultado Inahwen.

Grinsaby—. Ciudad del Yermo Blanco, al norte del Aldheorte.

Harborstone—. Promontorio rocoso en Ansis Pelippe (Perdruin).

Hewenshire—. Población erkyna norteña, al este de Naglimund.

Hikehikayo—. Abandonada ciudad dwarrow, cerca de las Montañas Vestivegg de Rimmersgardia (una de las Nueve Ciudades sitha).

Huelheim—. Mítico país de los muertos en la antigua religión rimmeria.

Inniscrich—. Río que riega el bosque de Stag y pasa por Ballacym.

Jao é-Tinukai'i—. «El Barco en el Océano de Árboles», única población sitha todavía floreciente (en el Aldheorte).

Jardín de Fuego—. Explanada con suelo de azulejos en Sesuad'ra.

Librodot

Jhiná-T'seneí—. Una de las Nueve Ciudades sitha, ahora en el fondo del océano.

Kaldskryke—. Al parecer, lugar donde vive Skali.

Kementari—. Una de las Nueve Ciudades sitha, aparentemente en la isla de Warinsten o cerca de ella.

Khandia (aparece en el texto como Khand)—. Tierra fabulosa y perdida cuya caída fue anunciada por la aparición de la Estrella del Conquistador, según el libro de Morgenes.

Kiga'rasku—. La Cascada de las Lágrimas, bajo el Pico de las Tormentas.

Kwanitupul—. Gran ciudad al borde del Wran.

La Anguila Emplumada—. Taberna de Vinitta.

Las escudilla, de Pelippa—. Posada de Kwanitupul.

Lago Clodu—. Lago nabbano, escena de las Batalla de la Tierra de los Lagos (Guerra de los Thrithing).

Lago Eadne—. Lago nabbano, parte de la propiedad feudal de la Casa de Prevan.

Lago del Lodo Azul—. Lago situado en la base oriental de Trollfells, residencia veraniega de los qanuc.

Lago Myrme—. Lago nabbano.

Lago Thrithing—. Algo así como el nacimiento del Wran o bien donde muere, aunque no se especifica. Terreno de pocas aguas, llanuras y algunos cerros donde comienzan las Praderas Thrithing.

Marca Helada—. Extensión gélida y yerma.

Metessa—. (En el mapa de la segunda parte, sin más referencias en el texto.)

Mezutu'a—. Ciudad ocupada por los dwarrows, en el interior de las Montañas Grianspog, de Hernystir; una de las Nueve Ciudades sitha.

Mintahoq—. (Se alude varias veces.) Lugar de residencia de Sisqi y Binabik.

M'yin Azoshai—. Término sitha para referirse a la colina de Hern, en Hernysadharc.

Naarved—. Ciudad de Rimmersgardia.

Nakkiga—. «Máscara de Lágrimas», ciudad en ruinas de las nornas, junto al Pico de las Tormentas; también una ciudad reconstruida dentro de la montaña. Según una antigua versión, era una de las Nueve Ciudades.

Naraxi—. Isla en la bahía de Firannos.

Nariz Pequeña—. Montaña de Yiqanuc donde murieron los padres de Binabik, también llamada «Yamok».

Nueva Gadrinsett—. Nombre dado al campamento de Josua en Sesuad'ra.

Ogohak Chasm—. Profundo lugar del Mintahoq donde eran ejecutados los criminales.

Pico de las Tormentas—. Montaña donde viven las nornas, «Sturmrspeik», para los rimmerios; también llamada «Nakkiga».

Puerta de las Lluvias—. Entrada de Jao é-Tinukai'i.

Puerta del Verano—, Entrada de Jao é-Tinukai'i, llamada también «Shao

Irigú».

Re Suri'eni—. Nombre sitha del río que atraviesa Shisae'ron.

Rincón de los Ecos—. Lugar sagrado del Mintahoq.

Risa—. Isla de la bahía de Firannos.

Sala de los grabados—. Salón de audiencias del rey Lluth en el Taig.

Sala de los Modelos—. Lugar donde los dwarrows conservan en piedra sus mapas y cartas.

Sala del Testigo—. Sala circular de Mezutu'a, donde se alza el Shard.

Sancellan Aedonitis—. Palacio del Lector y sede principal de la Iglesia Aedonita.

Sancellan Mahistrevis—. Anterior palacio imperial; actual palacio del duque de Nabban.

Sendero de los Sueños—. Lugar onírico frecuentado por los inmortales, pero no de su uso exclusivo.

Sesuad'ra—. La Roca del Adiós, lugar de la separación de los sitha y las nornas.

Sesu-d'asú—. El jardín de la Casa de la Despedida en lengua sitha.

Shao Irigú—. Nombre sitha de la Puerta del Verano.

Shisae'ron—. Nombre sitha del terreno sudoeste del bosque del Aldheorte.

Skoggey—. Feudo de Rimmersgardia, hogar de Tonnrud, tío de la duquesa Gutrun.

Sovebek—. Ciudad abandonada en el Yermo Blanco, al este del monasterio de San Skendi.

Spenit—. Isla de la bahía de Firannos.

Sta Mirare—. Montaña central de Perdruin, también llamada «Aguja de Stréawe».

Stefflod—. Río que corre junto y dentro del lindero del Aldheorte, y es afluente del Ymstrecca.

Teligure—. Ciudad del norte de Nabban, donde se recose mucha uva.

Torre de Hjeldin—. Torre de Hayholt habitada por Pryrates.

Torre del Ángel Verde—. Torre de Hayholt.

Tumet'ai—. Ciudad norteña de los sitha, enterrada bajo el hielo al este de Yiqanuc; una de las Nueve Ciudades.

Ujin e-d'a Sikhunae —. Naglimund en lengua sitha.

Umstrejha—. Nombre que los thrithingos dan al Ymstrecca.

Urmsheim—. Montaña del dragón, al norte del Yermo Blanco.

Utanyeat—. Condado del noroeste de Erkynlandia.

Valle de Commeis—. Se abre hacia Nabban.

Valle de Frasilis—. Situado al este del desfiladero de Onestrine (el otro lado del paso desde el valle de Commeis).

Valle de Hasu—. Valle situado en la frontera este de Erkynlandia.

Venyha Do'sae—. El Jardín Perdido, legendario lugar de origen de los *zida'ya.* (sitha), *hikeda'ya* (nornas) y *tinukeda'ya* (dwarrows y niskis).

Viejo Camino de Tumet'ai—. Camino que atraviesa el sur del Yermo Blanco desde el antiguo emplazamiento de Tumet'ai.

Vihyuyaq—. Nombre qanuc del Pico de las Tormentas.

Vinitta.—. Isla del sur, lugar de nacimiento de Camaris y de la Casa de

Benidrivine.
Warinsten—. Isla cercana a la costa de Erkynlandia, lugar de nacimiento del rey Juan.
Wulfholt—, Propiedad feudal de Guthwulf en Utanyeat.
Yakh Huyeru—. Sala Vibrante, bajo el Pico de las Tormentas.
Yásira—. Lugar de reunión de los sitha en Jao é-Tinukai'i.
Yijarjuk—. Nombre qanuc de Urmsheim.
Ymstrecca—. Río que atraviesa Erkynlandia y el Alto Thrithing de oeste a este.
Zae-y'miritha, catacumbas de—. Grutas construidas por los dwarrows o modificadas por ellos.

Criaturas

Amor Meloso—. Una de las palomas de Tiamak.
Atarin—. Caballo de Camaris.
Bukken—. Nombre que los rimmerios dan a los excavadores; también llamados «Boghanik» por los qanuc.
Excavadores—. Pequeñas criaturas subterráneas, semejantes a los humanos.
Ghants—. Desagradables y peligrosos animales quitinosos de Wran.
Gigantes—. Grandes seres hirsutos, de forma humana.
Grimalkin—. Gato que cuida de Guthwulf en las profundidades del Hayholt, al que Raquel *el Dragón* trata de domesticar.
Hidohebhi—. Dragón Negro, madre de *Shurakai* e *Igjarjuk,* matado por Ineluki, también llamado «Drochnathair» por los hernystiros.
Hogareña—. Yegua de Simón.
Hunën—. Nombre rimmerio para los gigantes.
Igjarjuk—. Dragón de hielo de Urmsheim.
Jauría del Pico de las Tormentas—. Perros de caza de las nornas.
Khaerukama'o el Dorado—. Dragón, padre de *Hidohebhi.*
Kilpa—. Criaturas marinas de forma casi humana.
Mosca azul—. Pequeño y desagradable insecto de los pantanos.
Niku'a—. Mastín de Ingen Jegger.
Ojos Colorados—. Una de las palomas de Tiamak.
Patas de Cangrejo—. Una de las palomas de Tiamak.
Pintada de Tinta—. Una de las palomas de Tiamak.
Qantaqa—. Loba de Binabik.
Rim—. Caballo de tiro.
Rubén el Oso—. Personaje de fábula.
Shurakai—. Dragón de fuego muerto bajo Hayholt, cuyos huesos conforman el Trono de Huesos de Dragón.
Tan Veloz—. Una de las palomas de Tiamak.
Vildalix—. Caballo de Deornoth, antes de la propiedad de Fikolmij.
Vinyafod—. Caballo de Josua, antes de la propiedad de Fikolmij.

Librodot

Cosas

Árbol—. El Árbol de la Ejecución en que Jesuris fue colgado cabeza abajo ante el templo de Yuvenis, en Nabban. Ahora es el símbolo sagrado de la religión aedonita.

Arpa Cantora—. Testimonio de Nakkiga, en el Gran Pozo.

Balada de Moirah—. Canción de dudoso gusto, cantada por Sangfugol y el padre Strangyeard.

Batalla del Valle de Huhinka—. Batalla entre gnomos y rimmerios.

Batalla de las Tierras de los Lagos—. Principal batalla de la Guerra de los Thrithing, que tuvo efecto junto al lago Clodu.

Calderón de Rhynn—. Instrumento de percusión hernystiro para convocar a la batalla.

Capilla de Elysia—. Famosa capilla de la Iglesia de San Sutrino, en Erchester.

Casa de Hielo—. Lugar sagrado de los qanuc, donde celebran los ritos para asegurar la llegada de la primavera.

Casa de la Danza Anual—. Traducción al westerling del nombre de la familia de Jiriki.

Cayado—. Estrella. (Posiblemente, las tres estrellas llamadas «Lu'yasa» por los sitha.)

Cellian—. Ti-tuno, legendario cuerno sitha que perteneció a Camaris, hecho del diente del dragón *Hidohebhi.*

Cincuenta Familias—. Nobles linajes nabbanos.

Cinti—. Moneda nabbana; le centésima parte de un emperador de oro.

Citril—. Raíz aromática de gusto amargo para mascar.

Clavo Brillante—. Espada de Juan *el Presbítero,* que contiene un clavo del Árbol y un hueso de un dedo de san Eahlstan Fiskerne.

Columna y Árbol—. Emblema de la Madre Iglesia.

Conquistador—. Juego de dados, popular entre los soldados.

Costa gris—. Casa del tablero de *shent.*

Charca—. Parece ser el Testigo situado en la antigua Asu'a.

Delfín alado—. Emblema del conde Stréawe de Perdruin.

Día del Juicio Final—. Día del fin del mundo para los aedonitas.

Días de Fuego—. Posiblemente, una muy remota era de Osten Ard (oscura referencia de Geloë).

Dolor—. Espada de hierro y madera embrujada, forjada por Ineluki y regalada a Elías. (En lengua sitha: *Jingizu.)*

Du Svardenvyrd—. Libro profético de Nisses, casi mítico.

En Semblis Aedonitis—. Famoso libro religioso sobre las bases filosóficas de la religión aedonita y la vida de Jesuris.

Escarabajo Alado—. Constelación nabbana.

Espejo feérico—. Espejo que Jiriki entregó a Simón; un Testigo menor.

Espina—. Espada hecha de piedra de estrella, perteneciente a sir Camaris.

Estrella del Conquistador—. Cometa de mal auspicio.

Farol del Verano—. Estrella (posiblemente la Reniku de los sitha).

Flores de nieve—. Florecillas que recogen Simón, Binabik y Miriamele

Librodot

en Sesuad'ra para el entierro del anciano Towser.

Flores estrella—. Pequeñas flores blancas.

Fuego Parlante—. Testigo Maestro en Hikehikayo.

Gatuña—. Hierba que da flores y que como brebaje posee poderes curativos.

Gran Tabla—. Lugar de reunión del rey Juan con sus caballeros y héroes.

Grandes Espadas—. Espina, Dolor y Clavo Brillante.

Halcón—. Constelación nabbana.

Hierba laúd—. Hierba alta.

Hierba, viva—. Especie de gramínea herbácea que Tiamak utiliza en infusiones curativas. Se encuentra en las orillas del Wran.

Hierbaya—. Una especia.

Hijos de Hern—. Nombre que los dwarrows dan a los hernystiros.

Hijos del Navegante—. Nombre que los *tinukeda'ya* se dan a sí mismos.

Ilenita—. Brillante y costoso metal.

Indreju—. Espada de Jiriki, de madera mágica.

Jabalí sobre Lanzas—. Emblema de Guthwulf de Utanyeat.

Juya'ha—. Tela sitha.

Kangkang—. Licor qanuc.

Kei-vishaa—. Una especie de ungüento usado por los sitha para la celebración de ciertos ritos y por las nornas como veneno adormecedor.

Kraile—. Nombre que los sitha dan a unos «frutos del sol».

Kvalnir—. Espada de Isgrimnur.

La Estrella del Conquistador—. Libro de ciencias ocultas; en nabbano: *Sa Asdridan Condiquilles.*

Laguna de las Tres Profundidades—. Testigo Maestro de Asu'a.

Lobo Mixis—. Constelación nabbana.

Lujosa—. Formación en línea de tres estrellas en el cuadrante nordeste del cielo a principios de junen (en lengua sitha).

Madera de plata—. Madera muy estimada por los constructores sitha.

Mansa Connoyis—. Oración del Enlace.

Manzana de río—. Fruta de los pantanos.

Martín Pescador—. Constelación nabbana.

Minneyar—. Espada de hierro del rey Fingil, heredada a través de la dinastía de Elvrit.

Minog—. Planta comestible de grandes hojas, que crece en Wran.

Naidel—. Espada de Josua.

Nube de Eadne—. Barco de Aspitis Prevés.

Oinduth—. Lanza negra de Hern.

Ojos de Dragón de Tierra—. Testigo Maestro en Sesuad'ra.

Palmera de arena—. Árbol de los pantanos.

Pilar Verde—. Testigo Maestro en Jhiná T'seneí.

Poema de «Las tres espadas»—. Versos contenidos en el libro de Nisses que se supone encierran el significado de dichas hojas y la forma de utilizarlas.

«Por la orilla del Vadoverde»—. Canción interpretada por Sangfugol en la noche de hoguera en Sesuad'ra.

Prise'a—. Siempreviva, flor apreciada entre los sitha.
Puerta de Nearulagh—. Una de las puertas de acceso a Hayholt.
Raed—. Especie de consejo o concilio decisorio en la corte de Josua.
Raíz Amarilla—. Hierba común, utilizada para infusiones en Wran (y en otras partes del sur).
Recompensa del Viajero—. Popular marca de cerveza.
Red de Mezumiiru—. Grupo de estrellas. Los qanuc la llaman «Manta de Sedda».
Reniku, Farol del Verano—. Nombre sitha para la estrella que indica el fin del verano.
Rhao iye-Sama'an—. El Testigo Maestro de Sesuad'ra, llamado «Ojo del Dragón de Tierra».
Roca de la Despedida—. Canción hernystira referente a la Roca del Adiós.
Seis Cantos de Respetuosa Petición—. Rito sitha.
Serpiente—. Constelación nabbana.
Shard—. Testigo situado en Mezutu'a.
Shent—. Juego sitha, que al parecer procede de Venyha Do'sae.
Somorgujo, Nutria—. Nombres wran para estrellas.
Sotfengsel—. Famoso barco Elvrit, enterrado en Skipphavven.
Stanshire negra—. Cerveza.
Ti-tuno—. Grito o clamor en sitha; *Cellian* en nabbano; legendario cuerno sitha, fabricado con el diente del dragón *Hidohebhi,* que pertenecía a Camaris.
Trono de Juvenis—. Constelación nabbana.
Último Día del Invierno—. Día en que se celebra en Yiqanuc el Rito de la Vivificación.

Tabas—. Huesecillos; instrumentos de consulta de Binabik.
Pájaro sin Alas
Pez Espada
El Camino de las Sombras
Antorcha a la Entrada de la Cueva
Carnero Repropiante
Nubes en el Paso
La Grieta Negra
Flecha Desenvuelta
Círculo de Piedras

Festividades—.
2 de ferruero—. Candelmansa.
25 de marzis—. Elysiamansa.
1 de avrel—. Día de los Inocentes (trad. 1° vol.: Todos los Locos).
30 de avrel— Noche Empedrada.
1 de maya—. Día de Belthainn.
23 de junen—. Solsticio de verano.
15 de tiyagar—. Día de San Sutrino.
1 de anitul—. Hlafmansa.
20 de setiendre—. Día de San Grenis.

30 de octandre—. Vigilia del Tormento (trad. 1° vol.: Todos los Santos).
1 de novendre—. Día de Difuntos o Día de las Almas, (trad. 1° vol.: Festividad del Alma).
21 de decimbre—. San Tunath.
24 de decimbre—. Aedonmansa.

Meses
Eneror, ferruero, marzis, avrel, maya, junen, tiyagar, anitul, setiendre, octandre,
novendre, decimbre.

Días de la semana
Lunen, mardis, mistóles, jueses, veirnes, sátedo, domingo.

Guía para la pronunciación

Erkynos

Los nombres erkynos se dividen en dos clases: Erkyno Antiguo (E. A.) y Warinstenio. Los procedentes de Warinsten, la isla nativa del Preste Juan (la mayor parte de los nombres de los servidores del castillo o de la familia de Juan) han sido representados como variantes de nombres bíblicos, por ejemplo: Elías-Eliyah, Ebekah-Rebeca, etc. Los nombres en erkyno antiguo deben pronunciarse como en castellano moderno, con las siguientes excepciones:

ae—. ay, como en «¡Ay!».
f—. *k,* como en «casa».
e—, en los finales de los nombres se pronunciará apagada.
ea—. sonará como *a* en «marca», excepto al principio de palabra o nombre, en donde adquirirá la pronunciación de *ae.*
g—. siempre suave, como en «gusano».
h—. siempre *j*
i—, corta, apenas audible.
j—. fuerte, como en «jergón».
o—, larga pero suave, como en «oolito».

Hernystiro

Los nombres hernystiros, así como las palabras, pueden ser pronun-

ciados en la misma forma que E. A., con algunas excepciones:

th—. siempre como *d* en «odre».
ch—. siempre *como g.*
y—, pronunciada *ir,* como en «partir».
h—. muda, excepto a principio de palabra o después de *t* o *c.*
e—, pronunciada *ay,* como en «rayo».
ll—. siempre como *l* simple: Lluth-Luth.

Rimmerio

Los nombres y palabras en rimmerspakk difieren de la pronunciación E. A. en lo siguiente:

j—. se pronuncia *y:* Jarnauga-Yarnauga; Hjeldin-Hyeldin, aquí con la *h* casi muda.
ei—. se pronuncia *ai,* como en «maitines».
ë—, se pronuncia *i*, como en «satinado».
ö—, se pronuncia *u,* como en «pues».
au—. se pronuncia *ou,* como en «COU».

Nabbano

El lenguaje nabbano se rige básicamente por las reglas de una lengua romance; se pronuncian todas las vocales y las consonantes. Hay, sin embargo, algunas excepciones:

i—, la mayor parte de los nombres llevan el acento en la penúltima sílaba: Ben-i-GAR-is.
e—, al final de un nombre suena muy larga: Gelles-Gel-lees.
y—, se pronuncia como una *i* larga.

Qanuc

El lenguaje de los gnomos es muy diferente del resto de las lenguas humanas. Existen tres clases de sonido *k* reflejados en las letras *c, q,* y *k.* La única diferencia inteligible para la mayoría de los que no son qanuc es el ligero cloqueo que se infiere a la *q,* aunque no se recomienda su utilización a los principiantes. En nuestro caso, los tres sonidos serán *k,* como en «kilo». Las demás interpretaciones se dejan a elección del lector, pues no tendrá grandes dificultades para pronunciar fonéticamente.

Librodot

Sitha

El lenguaje de los *zida'ya* es incluso más difícil de pronunciar para lenguas no entrenadas que el de Yiqanuc. La perspectiva de hacer un paralelismo fonético es casi nula, pues tendríamos pocas o incluso ninguna posibilidad ante un experto, como bien se dio cuenta Binabik. Sin embargo existen algunas reglas que deben ser aplicadas.

i—. cuando es la primera vocal se pronuncia *ih.* Cuando se encuentra en cualquier otra posición, especialmente al final, se pronuncia *ii,* por ejemplo: Jiriki—Ji-RII-kii.
ai—. pronunciada como una *i*, como en «tiempo».
'(apóstrofo)—, representa un chasquido, y no debe ser pronunciado por los lectores mortales.

Nombres excepcionales

Geloë—. Se desconoce su procedencia, al igual que el origen de su nombre. Se pronuncia *Ye-LO-ii* o *Ye-LOY.* Ambas pronunciaciones son correctas.
Ingen Jegger—. Es un rimmerio negro, y la *J* de Jegger se pronuncia *y,* como en «yegua».
Miriamele—. Aunque nacida en la corte erkyna, el suyo es un nombre nabbano que ha desarrollado una extraña pronunciación —tal vez debido a la influencia familiar o a la confusión de su doble origen—, y suena algo así como *Mirii-a-MEL.*
Vorzheva—. Mujer thrithinga, su nombre se pronuncia *Vor-SHE-va,* con la *zh* parecida a la *zs* húngara.

Palabras y frases

Hernystiro

Domhaini—. Dwarrow o dwarrows.
Goirach—. Loco o salvaje.
Isgbahta—. Barca de pesca.
Sitha—. Los Pacíficos.

Nabbano

Duos Onenpodensis, feata vorum lexeran—. ¡Dios Todopoderoso, que sea ésta tu voluntad!
Duos wulstei—. Si Dios quiere.
En Semblis Aedonitis—. Bajo la forma de Aedón.
Ereb Irigú—. Equivalente a «el Knock».
Escritor—. «Escritor»: uno de los que forman parte del grupo de consejeros del lector.
Lector—. «Portavoz», cabeza de la Iglesia.
Matra sá Duos—. Exclamación: Madre de Dios.
Sa Asdridan Condiquilles—. La Estrella del Conquistador.
Veir Maynis—. «Gran Prado», el océano.

Perdruinés

Avi stetto—. Tengo un cuchillo.
Ohé, vo stetto—. Sí, tiene un cuchillo.

Qanuc

Aia—. Atrás (Hinik Aia = Regresar).
Boghanik—. Excavadores (bukken).
Chash—. Correcto.
Chok—. Corre.
Croohok—. Rimmerio.
Croohokuq—. Plural de Croohok. Rimmerios.
Guyop—. Gracias.
Hinik—. ¡Vete, márchate!
Mosoq—. ¡Encuentra!
Muqang—. Basta.
Nihut—. ¡Ataca!
Ninit—. Ven.
Sosa—. ¡Ven! (más enérgico que «ninit»).
Ummu—. Ahora.
Utku—. Individuo de las tierras bajas.
Yah—. Exclamación para llamar la atención.

Rimmerio

Dverning—. Dwarrow.
Gjal es, künden!—. Ásperamente: «¡Dejadlo en paz, niños!»
Haja—. Sí.
Halad, künde—. ¡Basta, niño!

Kundë-mannë—. Hijo de hombre.
Rimmersmannë—. Rimmerio.
Vaer—. ¡Cuidado!
Vjer sommen marroven—. Somos amigos.

Sitha (y nornas)

Ai, Nakkiga, o'do'tke stazho—. (Nornas) ¡Ay, Nakkiga, te fallé!
Asu'a—. Mirando hacia oriente.
Hiyanha—. Botes de peregrinaje.
Hikeda'ya—. Hijas de la Nube; nornas.
Hikeda'yei—. Segunda persona plural de «Hikeda'ya»: ¡Vosotras, las nornas!
Hikka—. Portador.
Isi-isi'ye-a sudhoda'ya—. ¡En verdad es un mortal!
J'asu para-peroihin!—. ¡Vergüenza de mi casa!
Ras—. Término que indica respeto: «señor» o «noble señor»
Ruakha—. Moribundo.
S'hue—. Aproximadamente, «señor».
Ske'i—. ¡Alto!
Staja Ame—. Flecha Blanca.
Sudhoda'ya—. Hijos del Crepúsculo: mortales.
Venyha s'anh!—. ¡Por el Jardín!
Yinva—. (Nornas). ¡Ven! o ¡Venid!
Zida'ya—. Hijos del Amanecer: sitha.

Wran

Ka—. Equivalente a «alma».